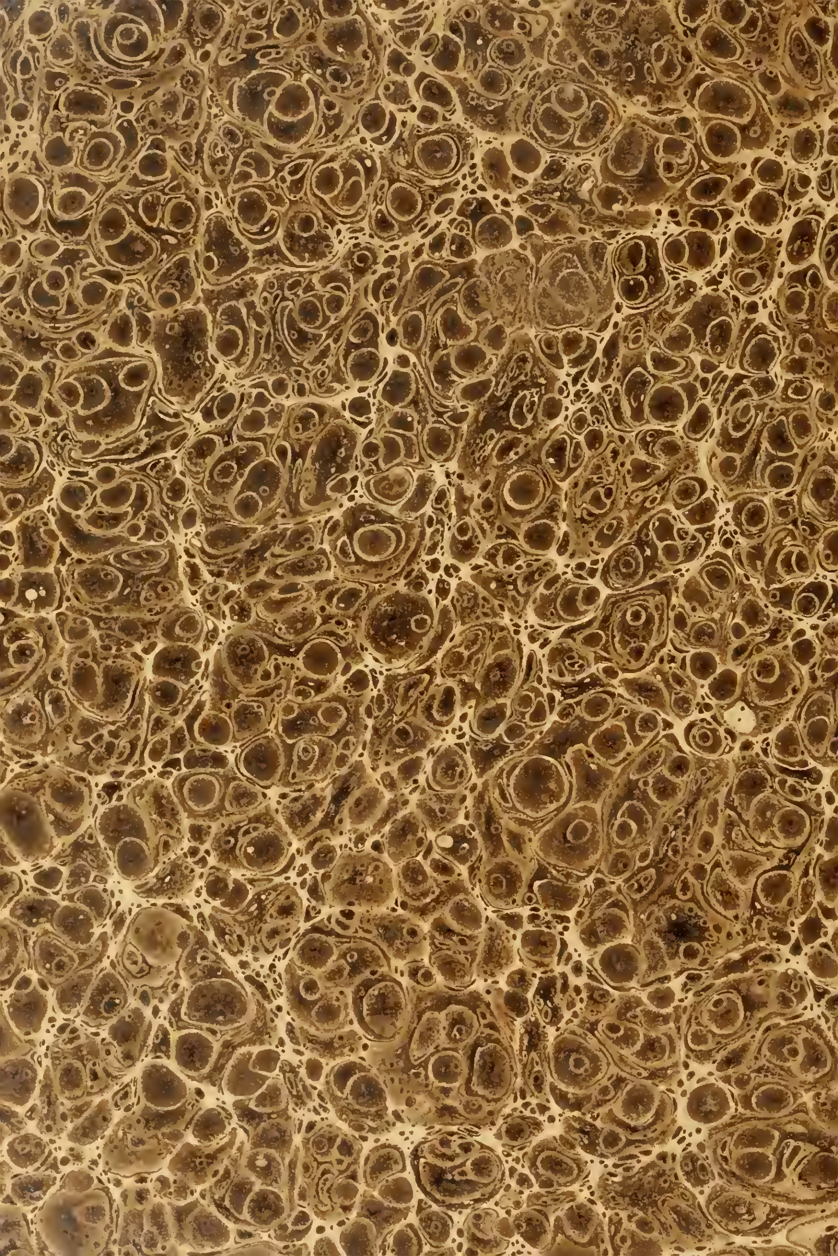
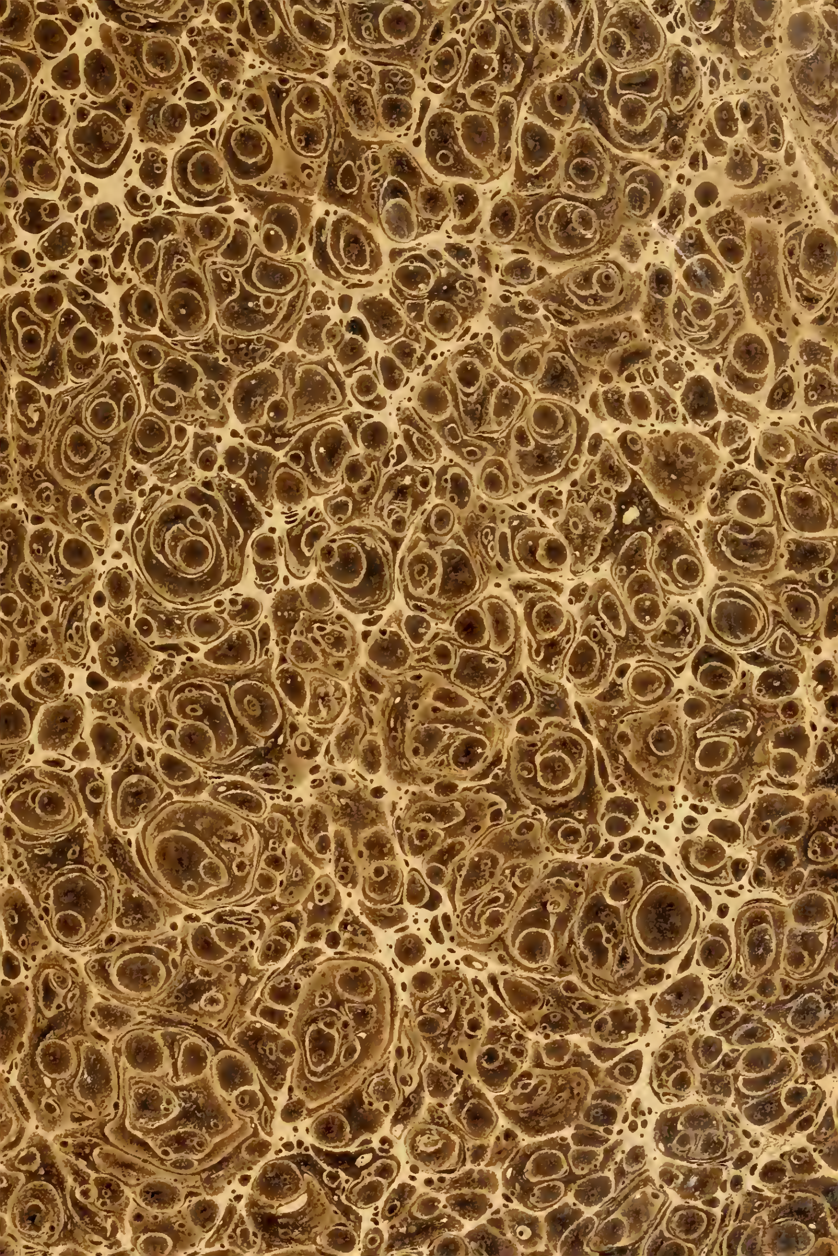

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646460 4





OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

IX

Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo)*.
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio)*.

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado)*.
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo)*.

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Avila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO IX





MADRID

IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10.

1908

PRÓLOGO

De la *Introducción del Símbolo de la Fe* que repartida en cuatro partes, ocupa los cuatro volúmenes anteriores, hizo Fr. Luis de Granada un compendio ó sumario, impreso por vez primera en Salamanca, en 1585, á lo que sospecho, pues hallo citada una edición de este año, hecha en casa de los herederos de Matías Gast. No he podido hallarla, y para esta edición me valgo de dos ejemplares que poseo, de dos ediciones diferentes, hechas ambas en Salamanca en un mismo año, 1588, en casa de Cornelio Bonardo. Son correctas, y las dos llevan el *Breve Tratado en que se declara de la manera que se podrá proponer la doctrina de nuestra sancta fe y religión cristiana á los nuevos fieles.*

Este Compendio, excepto en las dos ó tres primeras ediciones, se publicó siempre con el título de *Quinta Parte* á continuación de las cuatro partes que forman la *Introducción*. Lo cual fué un error, pues siendo como compendio obra independiente, perdió de circular mucho más, y de conseguir el fin completo á que el autor lo destinaba, que era suplir entre las personas ocupadas la lectura de la obra extensa.

De todos modos, casi puede ser considerada esta *Quinta Parte* como libro nuevo, por las adiciones que lleva, y por la redacción propia, pues el venerable autor no se limitó á suprimir, conservando parte del texto primero, sino que hizo un nuevo texto, digno de toda estimación por el estilo y la elocuencia que caracterizan al gran prosista castellano.

Fr. Justo Cuervo.

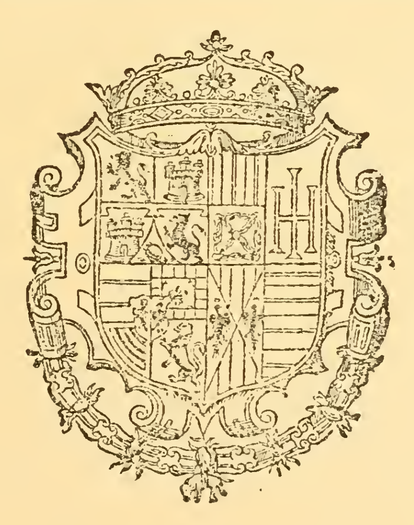
QVINTA PARTE DE LA INTRODVCTION DEL SYMBOLO DE LA FE.

Añadiose vn tractado de la manera de enseñar los mysterios de nuestra Fe a los que se conuierten de los infieles.

Compuesta por el Padre Maestro Fray Luys de Granada de la Orden de Sancto Domingo.

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis, Psalm. 92.

Deus autem spei repleat vos omni gaudio, & pace in credendo, Rom. 15.



Con Priuilegio.

EN SALAMANCA,

En la Officina de Cornelio Bonardo.

Año M. D. LXXXVIII.

EL REY

POR cuanto por parte vos Fray Luis de Granada, de la Orden de Santo Domingo, nos fué fecha relación que vos habíades compuesto la Quinta Parte de la Introducción del Símbolo de la Fe, suplicándonos os mandásemos dar licencia para lo poder imprimir, y privilegio por diez años, ó como la nuestra merced fuese: lo cual visto por los del nuestro Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la pragmática por nos hecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, é nos tovímoslo por bien, y por la presente, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes que se cuenten del día de la fecha desta nuestra cédula, vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, y damos licencia y facultad á cualquier impresor destos nuestros reinos, que vos nombráredes, para que por esta vez lo podáis imprimir, con que después de impreso, antes de que se venda, lo traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él se vió, que va rubricado y firmado al cabo de Pedro Zapata del Mármol, nuestro escribano de Cámara, de los que en el nuestro Consejo residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigáis fe en pública forma en cómo por corrector nombrado por nuestro mandado se vió y corregió la dicha impresión por el dicho original, y se imprimió conforme á él, y que quedan ansimismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que ansí fueren impresos, y se os tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere ó vendiere, haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que el dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere: la cual dicha pena sea la tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara. Y mandamos á los del nuestro Consejo, Presidente y Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa, Corte y Chancillerías, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y Señoríos, ansí á los que agora son como á los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así os hacemos, y contra el tenor y forma della ni de lo en ella contenido no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara.

Fecha en S. Lorenzo á veinte y seis días del mes de Junio de mil y quinientos y ochenta y cuatro años.

YO EL REY

Por mandado de Su Majestad
Antonio de Eraso

AL SERENÍSIMO PRÍNCIPE ALBERTO

ARCHIDUQUE DE AUSTRIA,

CARDENAL DE LA SANCTA IGLESIA ROMANA,

LEGADO DE LÁTERE APOSTÓLICO,

Y GOBERNADOR DE LOS REINOS Y SEÑORÍOS DE PORTUGAL

TIENE V. A. con su acostumbrada benignidad y clemencia tan captivos los corazones de todos los que le conoscen, que no pueden dejar de tener grande deseo de servirle, y gran cuidado de suplicar á nuestro Señor le dé largos días de vida para bien y consolación destos reinos de la corona de Portugal. Y entre éstos que llamo captivos, me tengo yo por uno dellos, y tanto más, cuanto más conoscimiento tengo de las grandes virtudes que nuestro Señor puso en la Real persona y ánima de V. A. Y deseando yo (para cumplir con este mi deseo) hacer algún servicio á V. A. no hallé otro sino ofrecerle aquí el postrer parto de mis trabajos pasados, que no sé si por ser el postrero, es más querido que los otros, conforme á lo que está escrito del sancto patriarca Jacob, el cual quería más á Josef que á los otros sus hijos, por haberlo engendrado en la vejez (1). Es este libro la quinta parte del libro llamado Introducción del Símbolo de la Fe, y es sumario de las cuatro partes precedentes dél, pero de tal manera es sumario, que tiene muchas consideraciones acrescentadas, que después se han ofrescido. Y aunque la doctrina y materia deste sumario principalmente pertenesce á la fe, que es la perfección de nuestro entendimiento, pero también se ha tenido intención á mover la voluntad al amor y temor de nuestro Señor, y guarda de sus sanctos mandamientos, que es el fin de todas las escripturas cristianas.

---

(1) Genes. 37.

Reciba pues V. A. con su acostumbrada benignidad este pequeño presente, para que si las muchas ocupaciones del gobierno no le dieren tanto lugar para leer en esotro libro mayor, pueda leer en este más pequeño la substancia de lo que aquel mayor contiene: cuya Serenísima persona y estado nuestro Señor prospere con largos días de vida para bien común deste reino y de toda la Iglesia cristiana.

AL CRISTIANO LECTOR

Después de acabadas, cristiano lector, las cuatro partes de la Introducción del Símbolo de la Fe (donde se trata de las excelencias della, y de los principales misterios que en ella se contienen) paresció necesario hacer esta recapitulación y sumario de lo contenido en ellas, para que así se pudiese mejor retener en la memoria lo que allí difusamente se trata. Y será necesario advertir aquí primeramente la orden que en este sumario seguimos, y ésta es la misma que guardamos en las cuatro partes que aquí se recapitulan. Porque en la primera parte de aquel libro mayor seguimos la orden que en toda buena doctrina se guarda, que es proceder de las cosas fáciles á las dificultosas, y de las claras á las escuras, y de las más conoscidas á las menos conoscidas, y finalmente de las cosas que se alcanzan por la lumbre natural de la razón, á las que se alcanzan por la lumbre sobrenatural de la fe, que es más alta. Y porque entre las que se alcanzan por lumbre de razón, la primera á nuestro propósito es, que hay Dios, esto es, un supremo señor y gobernador de este mundo, y que él por la soberanía de su grandeza y por la muchedumbre de sus beneficios debe ser legítimamente venerado, estas dos cosas se tratan brevemente en la primera parte deste sumario, la cual corresponde á la primera parte de nuestra Introducción.

Tras esta primera parte entra luego muy á propósito la segunda, que es probar claramente que esta verdadera religión y veneración que á Dios se debe, es la cristiana, y que fuera della ninguna hay que sea verdadera y agradable á Dios.

Mas en la tercera parte descendemos al profundo misterio desta sanctísima fe y religión, que es la obra de la redempción. En la cual, supuesta la fe deste misterio, se prueba claramente que aunque nuestro Señor pudiera redemir el mundo por otros muchos medios, pero que ninguno había más conveniente, así para la gloria suya como para el remedio de nuestra miseria, que el de la encarnación y pasión de nuestro Salvador.

En la cuarta parte se trata también deste misterio, mas de otra manera, porque en ella se muestra por las escrituras de los

profetas y por las obras que (según el testimonio de ellos) Cristo había de obrar en el mundo, cuando viniese, que él es el verdadero Mesías prometido en la ley, pues todas las señales que para conoscerlo nos dieron los profetas, perfectísimamente concurren en él. Lo cual no menos sirve para confirmación de nuestra fe, que lo pasado. Porque ver que las profecías destas obras fueron escritas muchos años antes, y ver después punto por punto el cumplimiento dellas, es una de las mayores confirmaciones que tiene nuestra fe. Y por este medio el apóstol S. Pablo no sólo convencía á los fieles que habían creído de la circuncisión (que recebían las sanctas Escrituras) sino también á una gran muchedumbre de gentiles, hombres y mujeres, como se lee en el capítulo 17 de los Actos de los Apóstoles. Pero más particularmente sirve esta doctrina para los que cada día trae nuestro Señor de la circuncisión al Evangelio, para los cuales hay colegios diputados en algunas insignes ciudades de la Cristiandad: y para éstos, que aún están tiernos en la fe, era necesario declararles los fundamentos firmísimos que tienen para creer, porque no crean así á bulto, sino con la claridad y fundamento que para esto nos dan las sanctas Escripturas, y los que están ya firmes en la fe, con la luz desta doctrina se alegrarán y confirmarán más en ella.

En lo cual parece que aunque sean muchos los provechos que desta escriptura se pueden colegir, pero uno de los más principales es aclarar los misterios de nuestra fe, y confirmar los fieles en ella, mostrándoles la hermosura y excelencias que tiene, para que así con mayor amor y devoción la abracen y estimen. Lo cual, aunque en todos los tiempos sea necesario, pero mucho más en éstos, donde por nuestros pecados la fe ha recebido tantas heridas y padecido tan miserables naufragios como cada día vemos y lamentamos. Callo otros grandes frutos que de la fe formada (que es acompañada con caridad) se siguen.

Mas aquí advierto que este sumario de tal manera es sumario de las cuatro partes de nuestra Introducción, que á veces añade otras nuevas consideraciones y sentencias que después acá se han ofrecido. Por lo cual nadie se debe espantar que haya tanto crecido este libro. Mas por la parte que es sumario no se excusa repetir algunas sentencias por los mismos términos que en la Introducción se escriben, cuando contiene la misma brevedad que aquí se pretende. Lo dicho basta para aviso del cristiano lector.

PREÁMBULO DESTA PRIMERA PARTE

QUE TRATA DE LOS GRANDES FRUTOS Y PROVECHOS QUE SE SIGUEN DE LA FE FORMADA CON CARIDAD

PORQUE en este sumario señaladamente se trata de nuestra fe y de los medios por donde se confirma y cresce en nuestras ánimas, será cosa conveniente resumir aquí en breve los grandes frutos y provechos que della se siguen, para que con mayor estudio se muevan nuestros corazones á procurar por alcanzar esta tan preciosa y rica joya. Pues conforme á esto, decimos que la fe es primer fundamento de la vida cristiana, y la raíz y principio de todas las virtudes. La fe es la primera piedra sobre que se funda todo el edificio de la vida espiritual. La fe es el norte y la carta de marear, con la cual navegamos seguramente por el mar tempestuoso deste mundo. La fe nos pone delante las principales razones y motivos que tenemos para el amor y temor de Dios, que son paraíso, infierno, juicio final y pasión de Cristo nuestro Señor, con todos los otros beneficios divinos. La fe nos declara más perfectamente la hermosura de la virtud y la fealdad del pecado, para que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro. La fe nos descubre las celadas y artes de nuestro adversario, y nos provee de remedios saludables contra él. Y por concluir muchas cosas en pocas palabras, la fe es maestra de nuestra vida, principio de nuestra justificación, fundamento de la esperanza, sabiduría de los humildes, filosofía de los ignorantes, esfuerzo de los flacos, consuelo de los tristes, freno de los pecadores, acusadora de los malos, refugio de los buenos y tormento perpetuo de la mala consciencia. Y sobre todo esto, la fe (cuanto al conoscimiento) levanta al hombre sobre la naturaleza humana, y lo pone en la orden de las cosas sobrenaturales y divinas, por ser ella una lumbre sobrenatural que el Espíritu Sancto infunde en nuestras ánimas, la cual sin razones

ni argumentos humanos nos inclina á creer firmemente todo lo que Dios nos tiene por medio de su Iglesia revelado.

Pues como sean tantos y tan grandes los fructos y provechos de la fe, síguese que uno de los principales cuidados y oficios del buen cristiano ha de ser que así como trabaja por crescer en la virtud de la caridad, para amar más y más á Dios, así procure de crescer más y más en la fe para alcanzar más claro conoscimiento de Dios.

N. B. Sigue la advertencia que hizo. Á los aficionados á las obras y doctrina del P. Fr. Luis de Granada Cornelio Bonardo, impresor, *y la traducción castellana de Breve de Gregorio XIII, las cuales quedan impresas en el tomo V, páginas 9 y 11 de esta edición.*

Sigue luego el privilegio de Rey, impreso en la página 8 del tomo presente.

DEL PRIMER ARTÍCULO DE NUESTRA FE, QUE ES, CREO EN DIOS

CAPÍTULO I

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios, conviene á saber, que hay en este universo un soberano príncipe, un primer movedor, una primera causa de que penden todas las otras causas, un primer principio sin principio, que dió principio á á todas las cosas criadas, y una primera verdad y bondad, de que proceden todas las verdades y bondades. Éste es el fundamento de nuestra fe y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol que el que se quiere llegar á Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios (1). Y es tan manifiesta en lumbre de razón esta verdad, que se alcanza por evidente demonstración, como la alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy día todos los sabios, conosciendo por los efectos y obras que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual dice Santo Tomás que los sabios no tienen fe de este primer artículo, porque tienen evidencia de él, la cual no se compadesce con la escuridad que está aneja á la fe. Mas los ignorantes, que no alcanzan esta razón, y lo creen porque Dios lo reveló, tienen fe de este artículo.

Mas veamos agora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad: lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe, porque cuando se casa la fe con la razón, y la razón con la fe, contestando la una con la otra, cáusase en el ánima un nobilísimo y suavísimo conoscimiento de lo que testifica la fe.

Primera razón. Entre estos fundamentos el primero que tuvieron, procedió de considerar el movimiento de los cielos. Para cuya inteligencia se ha de presuponer que todas las cosas que se mueven corporalmente, tienen dentro ó fuera de sí alguna virtud

(1) Hebr. 11.

ó fuerza que las mueva. Lo cual se ve claramente así en el hombre como en todos los animales, en los cuales el cuerpo es el que se mueve, y el ánima la que lo mueve. Y esto parece ser así, porque faltando el ánima, falta luego el movimiento que della procedía. Pues dejemos agora los movimientos de la tierra, y subamos al movimiento del más alto cielo, que está sobre el cielo estrellado, el cual mueve los otros cielos inferiores, y es causa de todos los movimientos que hay acá en la tierra: el cual se mueve con tan grande ligereza, que en un solo día natural da una vuelta á todo el mundo. Pues este cielo, según lo presupuesto, ha de tener movedor que lo mueva. Pues deste movedor se pregunta si en su ser y en la virtud que tiene para causar este movimiento, tiene dependencia de otro, ó no. Si no la tiene, sino por sí mismo tiene su ser y su poder, ése tal llamaremos Dios, porque solo Dios es el que como superior de todas las cosas no pende ni en su ser ni en su poder de nadie sino de sí mismo. Mas si me decís que tiene otro superior, de quien depende cuanto al ser y cuanto á la virtud del mover, de ése superior haré la misma pregunta que del inferior: y procediendo en este discurso, ó se ha de dar proceso en infinito (lo cual es imposible) ó habemos finalmente de venir á un primer movedor, de que penden los otros movedores, y á una primera causa, de cuya virtud participan su virtud todas las otras causas: y ésa es á quien llamamos Dios. Ésta es la demonstración por donde los filósofos probaron que había un primer movedor y una primera causa de las causas, que no pendía de nadie sino de sí misma. Y los que penetran la fuerza de esta demonstración, no tienen fe deste primer artículo, porque tienen (como dijimos) evidencia dél. Y para éstos no se llama éste artículo de fe, sino preámbulo della, como dice el mismo sancto Doctor.

§ I

Segunda razón. Á esta razón se añade otra muy acomodada á la capacidad del pueblo, y muy eficaz, que es ver las habilidades que todos los animales tienen para su conservación, esto es, para buscar su mantenimiento, y para defenderse en sus peligros, y para curarse en sus enfermedades, y para criar sus hijos. En las cuales cosas hacen todo lo que á estos fines pertenece,

tan perfectamente como si tuvieran razón, no la teniendo. De dónde se concluye haber en el mundo una suma razón y sabiduría que crió todos estos animales con tales inclinaciones, que por medio dellas hagan todo aquello que conviene para su conservación, tan enteramente como si tuviesen razón. Esto tratamos en nuestra Introducción del Símbolo por muchos y diversos ejemplos en que esto se ve claro, de los cuales apuntaremos aquí algunos brevemente.

Pues para la primera cosa, que es buscar su mantenimiento, basta para ejemplo desto la hormiga, la cual cuanto es más pequeño animal, tanto más nos declara la providencia del Criador. Vemos pues con cuánta diligencia se provee en el verano para el tiempo del invierno, y cómo hace su alholí en que guarde el grano que allegó, y cómo lo saca al sol para que no se le pudra, y lo vuelve á encerrar después de enjuto, y (lo que es más admirable) halló manera cómo estando el grano debajo de la tierra mojada, no pudiese nacer. Pues ¿cómo pudiera la cabeza de un tan pequeño animalillo hacer esto, si no fuera enseñado por aquel maestro y proveedor universal de todas las cosas?

Pues ¿cuánto había aquí que poder decir de las habilidades que las abejas tienen para hacer la miel de que se mantienen? ¿Cuánto de la subtileza de las redes que hacen las arañas para cazar moscas, que es la caza de que se sustentan? Demás de esto, todos cuantos animales se mantienen de yerba, en nasciendo tienen conocimiento de todas las yerbas saludables, y de las ponzoñosas, para no tocar en ellas.

II. Tampoco les faltan habilidades para escapar de los peligros, ó por fuerza, ó por ligereza, ó por maña, ó por temor, que los hace solícitos en la guarda de sí mismos, porque ningún animal nace sin temor de la muerte. Y para huir della les dió el Criador conoscimiento de los animales que les son amigos y enemigos. Los pollitos temen al gato, y no al perro. La gallina no huye del pavón ni del ansarón, y tiene gran miedo del gavilán, siendo tanto menor. Y generalmente todas las avecillas tienen tan gran miedo de las aves que viven de rapiña, que hasta de la sombra de ellas tienen miedo. Al ciervo defiende el recatamiento que le causa su natural temor, y á la paloma y á la liebre su ligereza, y así á los demás. Y porque no imaginemos que esto se hace acaso, ni temen otras cosas más que las que son dignas

de ser temidas, ni jamás se olvidan déstas. Otras hay que se defienden por arte y industria. De lo cual, entre otros ejemplos, es uno que refiere Plutarco del perdigoncillo, el cual huyendo de los que le buscan, se tiende de espaldas, y se cubre lo mejor que puede con tierra para no ser hallado. El conejo también se vale de su industria, porque hace dos ó tres agujeros en su madriguera, y cuándo le aprietan por una boca, escapa y huye por las otras. Mas á todas estas artes y providencias excede la de las grullas, que cuando van camino y paran á dormir, tienen su centinela que las vela con una piedra en la mano, para que si se dormiere, despierte al sonido della. Todos saben esto, y no por esto adoran y reconoscen aquí la ptovidencia del Criador que esto les enseñó. Porque ¿qué más hicieran, si tuvieran razón?

III. Vengamos á la tercera cosa, que es la cura de sus enfermedades. El mismo Plutarco dice que cuando la tortuga se ceba en alguna víbora, tiene por atriaca el orégano, y así lo busca, y con él sana. El mismo autor dice que cuando en la isla de Creta es herido el ciervo con alguna saeta, busca una yerba que llaman dictamo, con cuya virtud despide de sí las saetas. En lo cual resplandesce la sabiduría y providencia del Criador, que no quiso dejar á este animal, tan acosado de los monteros, sin remedio, y (lo que no es de menor admiración) sin leer á Dioscórides, le dió natural conoscimiento deste remedio. Y no es menos admirable el conoscimiento que tiene la golondrina de la celidueña para curar los ojos de sus hijuelos: y con la misma yerba curan las culebras los suyos, de las cuales aprendieron los médicos la virtud desta yerba para curar los nuestros. En las cuales cosas vemos cómo los brutos no sólo se igualan con los hombres, haciendo sus obras tan perfectamente como si tuvieran razón, mas antes los exceden en el conocimiento natural que tienen de sus medicinas: el cual los hombres no alcanzan sino con largo estudio de letras, ó aprendiéndolo dellas. Lo mismo se confirma por el conoscimiento que los canes y los gatos tienen de las yerbas con que se purgan por vómito. Pues ¿qué diré del animal por nombre hipopótamo, que rozándose por cosas ásperas se sangra, y después restaña la sangre revolcándose en el cieno? ¿Qué diré de la cigüeña, que de su pico hace un clistel, y tomando en él agua salobre, con la mordicación de ella purga el vientre?

IV. Síguese la cuarta cosa, que es la criación de los hijos, en

la cual, así en el amor como en la criación y sustentación y defensión dellos, se hallará que ninguna cosa menos hacen de lo que los hombres, que tienen razón. Porque las avecicas primeramente buscan entre las ramas de los árboles el lugar más escondido, donde juntando unas pajicas con otras, hacen uno como cestico redondo para la criación de los hijuelos. Y lo que más es, buscan algunas plumicas ó pelicos de cosas blandas, que sirven de colchoncillos para que los hijuelos recién nacidos, y tiernos, y sin plumas, no se lastimen. Y los hijuelos, por pequeños que sean, salen á la borda del nido á purgar el vientre, por no ensuciar la cama, y el padre viene después, y con el pico echa todos aquellos excrementos fuera. ¿Qué más diré? Cosa es para dar gracias al Criador ver cómo el macho y la hembra reparten el trabajo de la criación, revezándose en calentar los huevos, para que estando el uno sobre ellos, el otro vaya á buscar de comer.

Lo mismo vemos en todos los otros animales de cuatro pies, que guardan fielmente la fe y ley del matrimonio mejor que los hombres, y condenan la ley de los moros, que concede muchas mujeres á un marido, no teniendo los brutos por la mayor parte sino sola una. Mas ¿cuán grande es el amor de las aves para con sus hijos, pues el manjar buscado con tanto trabajo, y encerrado en su cuerpo, lo sacan dél para darlo mastigado y caliente á sus hijos, como hacen las madres á los suyos?

Ni ponen menor cuidado en defenderlos que en criarlos, ni se ponen para esto en orden de guerra con menor artificio que los hombres. Porque las vacas, cuando sienten lobos, se hacen una muela como un escuadrón, y encierran dentro sus becerricos, y ellas ponen las caras y las armas de los cuernos contra los enemigos. Mas las yeguas, ofrecido el mismo peligro, usan de la misma providencia con sus potricos, volviendo las caras á ellos, y las ancas al enemigo, porque entienden que en los pies tienen sus armas y defensivos. Otros animales flacos guarecen sus hijos por arte, como hace el conejo, que cuando sale por la boca de su madriguera á buscar de comer, la deja cubierta con yerbas, ó con lo que puede, para que el cazador no halle abierta la puerta para tomarle sus hijos, á los cuales regala y ama tanto, que se pela los pelos de la barriga para hacerles con ellos la cama blanda.

Mas si las aves hicieron su nido en la tierra, y por caso alguna culebra se los quiere comer, es cosa mucho de notar ver el revolear y piar de la madre al derredor de los hijos para defenderlos del enemigo. Con el cual ejemplo compara Gregorio teólogo la solicitud y diligencia de la madre de los siete Macabeos, para que sus hijos no perdiesen juntamente con la fe la vida de sus ánimas.

Otra cosa añadiré aquí, de mucha consideración, la cual me refirió una persona dignísima de fe. Y ésta es, que vió una águila real tener su nido en un árbol grande, y vió que muchos pajaritos hacían en él sus nidos con la misma providencia que las golondrinas hacen los suyos en nuestras casas, para tener sus hijos seguros de las aves enemigas. Pues así estos pajaritos los hacían en este árbol, para que á sombra del águila (de que huyen todas las aves) estuviesen los hijuelos seguros de sus contrarios. Y en lo uno y en lo otro se ve el recaudo de la divina Providencia, que enseña á estas avecitas á buscar lugar seguro para sus hijos, y al águila dió corazón tan generoso, para que ni se cebe en cosa tan baja, ni toque en estas aves que se fiaron de su amparo y nobleza, como lo hacen los grandes señores cuando algunos delincuentes se acogen á sus casas. Y en esto también se verá la perfección de esa misma Providencia, la cual con el ejemplo de las aves nos incita á las virtudes, como lo vemos en la nobleza desta águila y del gavilán, y en la caridad y agradescimiento de las cigüeñas para con sus padres viejos.

Y pues he llegado á este punto del ejemplo que nos dan los brutos animales, diré una cosa que si no fuera á vista de muchos testigos, no me atreviera á referirla. Y fué así, que estando dos perros en un monasterio nuestro, acertaron á dar una gran cuchillada á uno dellos lejos del monasterio, con la cual quedó en tierra más para morir que para vivir. Pues el otro perro, visto el mal del compañero, lo visitaba y le lamía la herida, que es una eficacísima medicina para este mal, como en nuestra Introducción se escribe. Desto no me maravillo tanto, pues en el Evangelio hallamos más caridad en los perros que en los criados del rico avariento, pues ellos no le daban limosna, mas los perros le hacían la que podían, que era lamerle las llagas. Lo cual refiere allí nuestro Salvador para confusión de los hombres, en quien se halla menos humanidad que en los perros. Pero de

lo que más me maravillo es, que llevaba un pedazo de pan en la boca para dar de comer á quien no lo podía buscar. Esta piedad ordenó el Criador que se hallase en los perros para confusión de los hombres ajenos de toda humanidad y misericordia. Y no será esto increíble á quien hubiere leído los ejemplos admirables que Plinio cuenta de la fidelidad de los perros para con sus señores.

Pues volviendo al propósito, considerando los filósofos estas y otras semejantes habilidades que se ven en las criaturas, forman esta razón, con que prueban haber en este mundo un potentísimo y sapientísimo gobernador que lo rige. Porque vemos (dicen ellos) que todos los animales brutos hacen todo aquello que conviene á su conservación, tan á su propósito y tan acertadamente como si tuvieran razón, y sabemos que carecen della: luego habemos de confesar que hay en este mundo una razón universal, que es, una suma sabiduría que formó todos estos animales con tales inclinaciones, que sin tener razón, hagan todo aquello que les conviene tan acertadamente como si la tuvieran. Porque (poniendo ejemplo en una cosa) ¿de qué otra manera hicieran su nido las golondrinas, si tuvieran razón, que como lo hacen? Y ¿de qué otra manera criaran sus hijos, sino como los crían? Y ¿de cuál otra manera los padres repartieran entre sí tan igualmente el trabajo de la criación, sino como lo reparten? Y ¿de qué otra manera mudaran los aires y las regiones en sus tiempos, para su conservación, sino como los mudan? Considerando pues Sant Augustín todas estas cosas y otras muchas más que se ven en las criaturas, dijo aquellas tan memorables palabras: Tengo por cosa tan cierta que hay en este mundo una primera y suma Verdad, que se conoce por las cosas criadas, que antes dudaría de mí si vivo ó no vivo, que dudar della.

§ II

Tercera demonstración. Á esta tan clara demonstración se añade otra muy semejante á ella, y no menos clara ni menos eficaz, que se colige de la fábrica admirable y artificio singular con que están fabricados los cuerpos de todos los animales, tan acomodada á lo que conviene para la conservación de sus vidas. Si no, veamos cuán proporcionado está el cuerpo del pece para nadar,

y del ave para volar, y del galgo para correr, y del león con sus dientes y uñas para pelear, y de las aves de rapiña con sus picos y uñas y ligereza de alas para cazar, y así todos los demás. Las aves que se mantienen de pesces (como el cisne y otras semejantes) tienen las piernas largas para andar por las lagunas, y los cuellos en la misma proporción, para alcanzar los pesces que andan en lo bajo, y los pies como palas de remos, con que ellas reman y nadan, y algunas con los picos llanos y con unos dientecillos dentro, para retener el pesce que no se les vaya. El camello también tiene el cuello alto, porque tal tiene el cuerpo, para que pueda llegar á la tierra á pascer. Y porque fuera cosa fea y pesada si el elefante tuviera el pescuezo conforme á la grandeza de su cuerpo, en lugar desto se le dió aquella trompa flexible y ternillosa, de la cual se sirve como de una mano para comer y beber y para todo lo que quiere.

Demás desto vemos cómo la divina Providencia vistió todos los animales, unos de plumas, otros de lana, otros de cueros, otros de conchas, otros de pelos, otros de escamas. Los cuales vestidos les duran toda la vida, y (lo que más es) crescen juntamente con sus cuerpos.

Esto está dicho aquí brevemente y en común de la fábrica de los cuerpos de los animales, en la cual abiertamente resplandesce el artificio de la divina Sabiduría. Pero mucho más claro resplandesce ella, si descendiéremos á tratar por menudo de las partes de los cuerpos de los animales, y señaladamente del hombre, que difiere poco dellos en esto. En cuyo cuerpo hay tantos secretos y maravillas, que dieron materia á grandes médicos y filósofos de escribir muchos y grandes libros del artificio admirable que en ellos hay. Y ni aun con todo cuanto escribieron, pudieron agotar todas las maravillas que en esto hallaron. Y por haber tanto que decir en esta materia, y haber tocado algo della en nuestra Introducción del Símbolo, pasaremos aquí brevemente por ella.

Advertiendo primeramente que nuestra ánima (con ser una simple substancia) tiene tres facultades tan principales, que las llaman los filósofos por estos nombres, ánima intelectiva, y sensitiva, y vegetativa. La intelectiva sirve para entender las cosas espirituales y universales con la lumbre del entendimiento, la cual tenemos común con los ángeles. La sensitiva es para sentir

las corporales y particulares con los cinco sentidos corporales, que son oir y ver, &c. La cual tenemos común con los brutos animales, que tienen los mismos sentidos que nosotros. La vegetativa sirve para mantener nuestros cuerpos, restaurando con el manjar que comemos, lo que el calor natural siempre gasta, y haciendo crescer nuestros cuerpos hasta cierta medida con él. La cual facultad tenemos común con los árboles y plantas, que así crescen y se mantienen con el humor de la tierra como nuestros cuerpos con sus proprios manjares.

Pues cuanto al artificio desta fábrica particular, la primera cosa que se nos ofresce, es la armazón de los huesos de todo el cuerpo, dende los pies hasta la cabeza: donde es mucho de considerar la encajadura de los unos con los otros, hecha con tanto compás y proporción, que ningún oficial en mucho tiempo la podría hacer tan ajustada y perfecta como ella está. Y no son menos admirables las cuerdas y ligamentos con que estos huesos están enlazados unos con otros para que no se puedan fácilmente desencajar, si no fuese con grande violencia. Ni es menos de considerar que en el un lado del cuerpo hay más de ciento y cincuenta huesos, y en el otro otros tantos, que les corresponden en el mismo sitio, y en la misma figura, y en el mismo tamaño, sin exceder en un solo cabello la caña de un brazo á la del otro, y la de una pierna á la de la otra, ni de una costilla ó artículo á otro.

Pues para cubrir todos estos huesos de carne y de sangre, que es, para hacer carne del pan que comemos (que es un linaje de alquimia natural) ¿cuántos cocimientos, cuántas digestiones y repurgaciones, y cuántos oficiales son menester para esta conversión?

Entre los cuales el primer oficial es la boca, donde se hace la primera digestión, para la cual sirven los dientes delanteros (que son agudos) para partir el manjar, y los traseros, que son llanos, para molerlo después de partido. Y con esto se junta el oficio de la lengua para traspalar el manjar de una parte á otra, por que vaya más digesto.

Síguese luego el garguero, por do el manjar desciende al estómago, donde se cuece como en una olla con el calor del corazón y del hígado, que le son vecinos. Cocido ya y digesto, va por un portillo que tiene, á los intestinos más vecinos, de los cuales nascen unas venas delicadísimas que van á parar al hí-

gado, por las cuales él chupa y atrae á sí lo más delicado del manjar que allí cayó, y lo grosero dél queda para mantenimiento de las tripas y para despedirlo después fuera de casa. Mas el hígado recibiendo en sus senos el licor susodicho, le da otro cocimiento, con que de blanco lo hace de color de sangre, conforme á la que él tiene. Y porque también aquí hay superfluidades, éstas despide él para otros lugares y provechos. Y así las heces y como borra desta sangre envía por sus venas al bazo, de que él se mantiene. Y la superfluidad de la cólera envía á una vejiguilla que está pegada con él, donde está recogida la hiel. Y purificada de esta manera la sangre, como fiel despensero la envía por todas las venas, de que todo el cuerpo de pies á cabeza está entretejido, y desta sangre se hace la carne, con que se mantienen y restauran todos los miembros de lo que el calor natural gastó.

Y asimismo este despensero no se olvida de su señor, que es el corazón, al cual envía su ración de sangre. Y ésta, recebida en los senos dél, se refina y purifica más, y se hace una sangre calidísima, que se llama sangre arterial, la cual reparte él y envía por otro linaje de venas, que llaman arterias, las cuales tienen las túnicas dobladas, para que no se rompan con la viveza y movimiento desta sangre. Y para mayor guarda van ellas debajo de las venas, dándoles calor y espíritu de vida.

Mas sobre este señor hay otro superior, que es el celebro, al cual envía el corazón por sus caños aquella sangre que refinó, de la cual tomando otro nuevo cocimiento y purificación, se hace la masa del celebro, que son los sesos, los cuales por sus conductos descienden por todo el espinazo, y desta masa blanca proceden los niervos, que se reparten y derraman por todo el cuerpo, así como las venas y las arterias, y por éstos se comunican á todo el cuerpo los espíritus que llaman animales, los cuales son causa del sentido y movimiento de nuestros miembros. Y por esto, cuando por alguna ocasión se entupen estas vías, quedan los miembros paraliticados y sin movimiento alguno, porque no pueden estos espíritus pasar adelante.

En cada cosa déstas hay muchas y grandes maravillas que considerar. Pero la mayor es la que notó Salomón, el cual con toda su sabiduría no halló en todas estas obras de Dios (y señaladamente en esta fábrica de los cuerpos de todos los animales)

cosa alguna que sobrase ni que faltase (1). Y con ser innumerables las especies de los animales que andan por la tierra, y nadan en la mar, y vuelan por el aire, ni Salomón, ni cuantos sabios puede haber en el mundo, hallarán en tanta muchedumbre y variedad de criaturas cosa que sóbre ó que falte, ó que se pudiera colocar en otro lugar y sitio del cuerpo, más conveniente del que tiene. Por dónde este sabio concluye que las maravillas y perfección deste artificio bastan para convencer y mostrar á todos los entendimientos que una fábrica tan perfecta y acabada no se pudo hacer acaso, sino con suma sabiduría y providencia del que todo esto ordenó. Porque si sería gran locura decir que un retablo de imágines perfectísimas y hermosísimas se hizo de una rociada, mojando un hisopo en diversas tintas, y sacudiéndolo sobre una tabla sin otra alguna industria, ¿cuánto mayor locura sería decir que un cuerpo humano, ó de cualquier otro animal perfecto (donde hay tanta variedad de miembros y sentidos exteriores y interiores tan acomodados al uso y servicio de la vida) se hiciese acaso, sin tener hacedor que todo esto trazase con tanta perfección y proporción como ello está?

Por esto pues dice Salomón que vienen los hombres á honrar á Dios, conociendo por esta obra tan admirable la alteza de aquella suma sabiduría que tales cosas supo y pudo hacer. Ésta es pues la demonstración por la cual evidentemente prueba el príncipe de los médicos Galeno que hay una suma Sabiduría fabricadora desta obra tan perfecta.

§ III

Cuarta demostración. Mas no se acaban aquí los testimonios y argumentos desta tan importante verdad, porque así como la fábrica y orden de las partes del cuerpo humano (que se llama mundo menor) dan testimonio della, así las de este mayor en que vivimos, prueban esta misma verdad. Lo cual nos muestra la variedad de los movimientos del sol y de la luna y de todos los cielos, de que procede la variedad de los cuatro tiempos del año, tan acomodados á la procreación de los frutos de la tierra y de

(1) Eccle. 3.

los animales della, pues cada año (que es una revolución del mismo sol) se produce cuasi otro nuevo mundo, para que la corrupción de las cosas que se acaban, se supla con la sucesión de otras que comienzan, para que así se conserve el mundo, haciéndose por esta vía inmortal, siendo poblado de cosas mortales. Y así vemos cada año nacer nuevos animales en la tierra, nuevos pesces en la mar, nuevas aves que vuelan por el aire, y junto con los animales se produce cada un año nuevo pasto y mantenimiento para ellos y para nosotros, para que así se conserve lo que así se produjo, y esto tan ordinaria y infaliblemente, que jamás ha faltado ni faltará hasta la fin esta orden y renovación del mundo.

Esta consideración prueba con tanta eficacia la verdad susodicha, que hasta los filósofos gentiles, sin tener lumbre de fe, la conoscieron y testificaron. Y así Tulio confiesa que en este mundo hay Dios, que rige y gobierna el curso de las estrellas, y las mudanzas de los tiempos, y la sucesión de las cosas, y el que conserva las órdenes dellas, y contemplando la mar y las tierras, procura el bien y la salud de la vida humana (1). Séneca también dice así (2): Superflua cosa es querer mostrar que tan grande obra como es este mundo, carezca de gobernador, porque este curso y recurso tan cierto de las estrellas no puede ser acaso, antes habemos de confesar que esta ligereza y velocidad dellas procede del imperio de la ley eterna. Y que esta tan grande abundancia de las cosas que nascen de la mar y de la tierra, y tan grande resplandor de clarísimas estrellas que ordenadamente relucen, y esta orden tan cierta no se hace acaso, sino con grande consejo, por el cual vemos cómo el gravísimo peso de la tierra está fijo en el lugar más bajo, mirando cómo al derredor della corren con tanta ligereza los cielos, y los mares recogidos en sus valles ablandan las tierras, y no crecen con tantos ríos como entran en ellos. Y no es cosa menos admirable ver cómo de unas pepitas muy pequeñas nascen árboles tan grandes. Ni es menos admirable ver los flujos y reflujos de la mar, que en tan breve tiempo se extienden y revuelven con grande ímpetu á su proprio lugar, unas veces con mayores crescientes, y otras con menores, según que la luna cresce y mengua, por cuyo arbitrio

(1) I De Natura Deor. (2) Séneca, lib. de Divin. Provid.

las ondas del mar Océano se mueven y rigen. Lo de suso es de Séneca, el cual reconoce el orden de la divina Providencia, que en estas cosas resplandece. Y por esto (como dice Lactancio) ningún hombre habrá tan rudo ni tan bárbaro que levantando los ojos al cielo (aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, por cuya providencia se rige todo esto que vemos) que no conozca por la grandeza de las cosas y por el movimiento y disposición y constancia y utilidad y hermosura y orden dellas, que hay alguna divinidad que todo esto gobierna, y no ser posible que esto que con tan maravillosa razón y orden se conserva, no se rija con mucho mayor consejo.

Quinta demostración. Demás de las razones susodichas tuvieron los filósofos otro fundamento ó motivo para creer que había Dios, puesto caso que no lo veían, ni él se puede ver con ojos corporales. Y ésta fué mirar que ninguna nación había en el mundo, por fiera y bárbara que fuese, que no tuviese alguna noticia de Dios y no lo honrase con alguna manera de honra, puesto caso que ni supiese cuál era el verdadero Dios, y cuál la manera de honrarlo. La causa desto es, porque el mismo Dios que imprimió en los corazones de los hombres una natural reverencia y amor para con los padres que los engendraron, y para con los príncipes y señores que los gobiernan, ése mismo imprimió también en ellos otro amor y reverencia para con el mismo Dios, que es Padre de los padres, y Señor de los señores, y dador de todos los bienes. Pues desta inclinación nasce la noticia que todas las naciones, por bárbaras que sean, tienen de alguna manera de divinidad que en este mundo preside, y la honran con alguna manera de honra, según dijimos.

CÓMO EN ESTE MUNDO HAY UN SOLO DIOS Y SEÑOR, Y QUE ES IMPOSIBLE HABER MUCHOS DIOSES

CAPÍTULO II

Declarado ya con tan evidentes demonstraciones cómo en en este mundo hay un supremo señor y gobernador de todo lo criado, que llamamos Dios, síguese declarar luego que no hay más que un solo Dios, y que es imposible haber muchos dioses. Lo cual breve y evidentemente se prueba por esta razón. Porque si hubiese (pongo por ejemplo) dos dioses diferentes entre sí, necesariamente había de haber alguna cosa especial que tuviese el uno, con que se diferenciase del otro. Pregunto pues si esto que tiene el uno, que no tiene el otro, es perfección ó imperfección. Si es imperfección, ya ése no será Dios, porque en Dios no ha de haber alguna imperfección. Mas si es perfección, ya el otro no será Dios, pues le falta esa perfección. Porque Dios es una cosa sumamente perfecta, y tal, que no se puede entender otra mayor.

Confírmase también esta verdad por este ejemplo. Vemos que en toda buena gobernación ha de haber una cabeza por quien todo se gobierne en paz y concordia. Así vemos que en el ejército bien gobernado hay un capitán general que todo lo ordena, y en el reino un solo rey que todo lo rige, en la ciudad un supremo presidente que la gobierna, y en la casa un padre de familias, á quien todos obedecen, y hasta en el cuerpo humano hay una sola cabeza, que influye su virtud en todos los miembros. Por dónde como sería gran monstruosidad haber en un cuerpo dos cabezas, así lo sería haber dos gobernadores con igual poder en una república bien ordenada. Porque no podrían dejar de seguirse de aquí disensiones y bandos, siguiendo unos una parcialidad y otros otra. Por dónde dijo el Salvador que todo reino dividido sería destruído (1). Y no es necesario ir muy lejos por los ejemplos desto, pues vemos que Rómulo y Remo, fundadores de Roma, habiendo cabido ambos en un mismo vientre, no pudieron

(1) Luc. 11.

caber en una ciudad, y César y Pompeyo, que eran suegro y yerno, tampoco cupieron en todo el mundo. Pero ¿qué mayor argumento queremos que el ejemplo de las abejas, en las cuales imprimió el Criador este instincto, que tengan un solo rey á quien acompañen y sigan á doquiera que va, al cual aman tanto, que si acaso muere, todas lo cercan al derredor, y si no se lo quitaren delante, allí se estarán sin comer hasta morir? Y con todo este amor, si aciertan á tener dos reyes, matan el uno y quédanse con el otro solo.

Constándonos pues que toda buena gobernación procede de una cabeza, y mirando cómo este mundo es perfectísimamente gobernado (pues vemos cuán ciertos y infalibles son los movimientos de los cielos, del sol, de la luna y de los otros planetas, de cuyo movimiento pende la variedad de los tiempos, y con ellos la procreación de los animales que cada año nascen, y de los nuevos frutos y pastos con que se mantienen) síguese que el mundo se gobierna por un supremo señor y gobernador, y no por muchos, y éste es solo Dios.

Con ésta se junta otra razón no menos palpable que la pasada. Porque cónstanos que toda muchedumbre de cosas diversas no puede reducirse á unidad y concordia sino por uno, como lo vemos en la música de diversas voces, las cuales no podrían causar suavidad y melodía, si no hubiese algún músico que las ordenase con tal proporción que viniesen á causar esta suavidad, porque de otra manera serían causa de grande disonancia. Pues esta misma unidad y concordia vemos en cuantas cosas hay en este mundo. Porque todas ellas, dende la mayor hasta la menor, concuerdan en el servicio, sustentación y conservación del hombre, sin que haya en el cielo, ni en la tierra, ni en la mar, ni en el aire cosa que esté exempta de su servicio, como luego declararemos. Pues viendo cómo cosas tan varias y diferentes, y muchas dellas entre sí contrarias, están reducidas á un fin, que es este servicio del hombre (por ser él la más noble criatura deste mundo inferior) necesariamente habemos de confesar que hay un supremo gobernador, el cual redujo esta tan grande variedad á esta susodicha unidad y concordia, y éste es un solo Dios, el cual así como crió todo este mundo visible, no para sí ni para los ángeles, sino para solo el hombre, así trazó y ordenó todas las cosas con tal orden que todas ellas sirviesen al hombre.

DE LA MUCHEDUMBRE DE LOS BENEFICIOS QUE NUESTRO SEÑOR DIOS NOS HA HECHO MEDIANTE LAS OBRAS DE NATURALEZA

CAPÍTULO III

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, aunque principalmente sirve para declarar las razones por las cuales los filósofos gentiles conoscieron que había en este mundo una suma Sabiduría que con tanta orden y concierto lo gobernaba, todavía en estas mismas razones se nos da á entender mucho del cuidado y providencia con que ella gobierna todas las cosas, y de la grandeza de sus beneficios. Mas porque éstos son los que más mueven nuestros corazones al amor y servicio de nuestro Criador, dejadas aparte las obras de gracia, de que adelante se trata, en esta primera parte trataremos de los beneficios de naturaleza, lo uno, porque veamos lo que debemos á este Señor, y lo otro, porque en estos mismos beneficios, que llamamos obras de naturaleza, conozcamos y reverenciemos la divina Providencia que en ellos resplandesce.

§ I

Pues entre estos beneficios el primero y el que es fundamento de todos los otros, es haber criado él esta gran casa del mundo con toda la variedad de cosas que hay en ella, para el uso y servicio del hombre. Porque claro está que no crió él este mundo para sí, pues por infinitos siglos estuvo sin él antes que lo criase, y no menos glorioso y bienaventurado que lo está agora. Ni tampoco lo crió para los ángeles, porque como ellos sean espíritus, ni tienen necesidad de lugar corporal en que estén, ni tampoco de manjar corporal con que se sustenten, porque (como dice Sant Rafael) su manjar es espiritual y invisible (1), que es Dios.

(1) Tob. 12.

Ni tampoco se puede decir que lo criase para los animales brutos, porque no convenía á su sabiduría criar este tan hermoso mundo y gobernarlo perpetuamente con tanta orden y concierto para cosa tan baja como son los animales brutos, que ningún conocimiento tienen ni pueden tener de Dios. De dónde claramente se infiere que solo el hombre es para quien Dios crió estos tan hermosos palacios, y este tan grande y tan hermoso mundo, y esos tan hermosos y tan grandes cielos que lo gobiernan, cuya grandeza es tan admirable, que ninguna estrella hay en ellos, por pequeña que parezca, que no sea mayor que todo el cerco de la tierra junto con la mar. Pues según esto, ¿cuán grande será aquel cielo donde hay tanta infinidad de estrellas y tantos espacios vacíos, donde podrían caber muchas más? Cosa es ésta que declara la omnipotencia de aquel soberano Señor que con una sola palabra crió de nada cuerpos de tan extraña grandeza y hermosura. En lo cual se ve la grandeza de la magnificencia de Dios y la dignidad del hombre, pues para solo él fué criado este tan grande y tan hermoso mundo, proveído de tanta variedad y infinidad de cosas, y para él solo perpetuamente lo gobierna con el movimiento de los cielos, del sol, de la luna y de los otros planetas y estrellas. Por dónde el que tuviere ojos para saber mirar estas cosas, entenderá que todo este mundo es un grande libro escrito con el dedo de Dios, y que todas las criaturas son las letras dél, las cuales tienen sus proprias significaciones, con que predican la gloria de su hacedor. Mas los hombres dados á las ocupaciones y aficiones de las cosas temporales no saben leer por este libro, ni entienden lo que estas letras significan. Y déstos dice el Psalmo (1): El varón ignorante no conocerá, y el loco no entenderá estas maravillas. Quiere decir, no verá en las cosas criadas más de aquello que por de fuera parece, sin levantar los ojos á contemplar la sabiduría del que las crió. Mas por el contrario, el que supiere leer por este libro, no podrá dejar de decir con el mismo profeta (2): ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están hechas con suma sabiduría. En este mismo libro hallará que no sólo todo este mundo visible fué criado para servicio del hombre, sino también todas cuantas criaturas hay en él. Por dónde quien quisiere saber cuántos sean

(1) Psalm. 91. (2) Psalm. 103.

los beneficios de Dios, cuente cuantas criaturas hay en este mundo visible, porque todas ellas son beneficios hechos al hombre, pues todas le sirven, cada cual en su manera. Por lo cual dijo Aristóteles que los hombres eran como fin de todas las cosas, pues todas ellas se empleaban en su servicio, y de todas recibían algún fruto. Y para más clara inteligencia de este beneficio tan universal, procederemos primeramente por las partes principales de este mundo, que son los elementos, y después por las cosas, que se componen de ellos, y veremos cómo todas ellas son beneficios de aquella liberalísima mano de Dios, que con tanta largueza proveyó á todas las necesidades de los hombres, aunque sabía cuán mal habían de ser de muchos agradecidas.

DE LOS CUATRO ELEMENTOS

CAPÍTULO IV

Pues comenzando por la tierra, que es el más bajo de los elementos, ¿quién podrá explicar cuántas comodidades y provechos se nos siguen della? Porque ella es la que por la mayor parte provee de mantenimiento no sólo á los hombres, sino también á las bestias y ganados, y ella la que produce tantas diferencias de plantas y de árboles, unos que llevan fruto, y otros que carecen dél, pero no menos necesarios para nuestra vida que los otros. Ca unos sirven para edificar las casas en que moramos, y otros para fabricar los navíos en que navegamos, y otros menos nobles, para el fuego con que nos calentamos y guisamos lo que comemos. Della nacen las fuentes claras que siempre corren cuasi de una manera, sin jamas cesar y sin acabarse de entender el origen de esta maravilla. Della también manan los caudalosos ríos, que como venas deste gran cuerpo de la tierra están repartidos por toda ella para refrescarla y regar con ellos los campos, y proveernos de mantenimiento con sus pesces. Y della misma nascen los lagos y las lagunas, de que recebimos este mismo beneficio. Y no sólo nos sirve con la sobrehaz de lo que por de fuera paresce, sino también con lo interior de sus entrañas, donde nos cría el cobre, y el estaño, y el plomo, y el latón, y el azabache, y el hierro con que labramos la tierra, y el oro y plata para comercio de las gentes, y tantas diferencias de piedras preciosísimas y hermosísimas para ornamento de los reyes y príncipes. Con esto se juntan las grandes canteras que hay en ella, no sólo de piedras toscas que sirven para lo común de los edificios, sino de otras más preciosas de sillerías y marmolerías, de jaspe, de alabastro, de cristal, de pórfiro, y de otras piedras de muy hermoso grano, de ellas blancas, de ellas prietas, de ellas jaspeadas y de otros hermosos colores, que aquel poderoso Señor crió para ornamento de sus templos y de los palacios y casas reales, para que ninguna cosa faltase á esta gran casa y familia suya del mundo. Y allende de esto lo in-

terior de la tierra tiene sus venas de agua, para que donde faltaren las fuentes y los ríos, cavando en ella, se hagan pozos que suplan esta falta, que es otro singular beneficio de la divina Providencia, pues la vida de los hombres y de los animales no puede pasar sin el refrigerio de este elemento. Finalmente ella es la que nos sostiene y trae á cuestas el tiempo que vivimos, y después como piadosa madre nos recibe en su regazo, y nos da en sí perpetua casa cuando morimos.

§ I

Síguese la mar, de que no menos provecho recebimos que de la tierra. Porque ella es una plaza y una mesa general que la divina Providencia diputó para nuestro mantenimiento. En la cual hay tantas diferencias de manjares sabrosísimos cuantas diferencias de pesces hay en ella, que son innumerables, y por eso ordenó el Criador que ella cercase toda la tierra (como lo hace el mar Océano) para que todas las naciones marítimas, y las más vecinas á ellas gozasen deste mantenimiento, que no cuesta más que sacarlo del agua. Y por esto quiso que ella rompiese y entrase con el mar Mediterráneo por el corazón de la tierra, para que los que estaban más lejos del mar Océano gozasen deste mismo beneficio. Y no menos sirve para el comercio y contratación de las gentes, para que lo que en unas partes falta, y en otras sobra, se comunicase donde falta, y así los frutos de unas tierras fuesen comunes á otras por medio de la navegación. También sirve para el tiempo de las esterilidades y hambres. Las cuales en breve espacio se remedian con el socorro desta misma navegación. Y dejada la maravilla que resulta de ver tantas diferencias de figuras y especies de peces y conchas de la mar, y otras innumerables cosas que en ella se crían, la mayor maravilla es el lugar y sitio que el Criador le dió. Porque su lugar natural era estar sobre la tierra y cubrirla toda como elemento superior, mas por obediencia del Criador fué echada deste su lugar natural, por que se descubriese la tierra para la habitación de los hombres. De dónde se sigue otro milagro, de que el mismo Criador se gloría en el

profeta Hieremías (1), que es haber puesto por muro y defensivo deste elemento tan furioso (que levanta las olas hasta el cielo) un poco de arena movediza, y cuanto más brava anda la mar, y más altas levanta sus ondas (que parece que han de cubrir la tierra) en llegando á la arena, reconoce la ley que le está puesta, y no osa pasar adelante. Ni deja de ser maravilla la que notó Salomón. cuando dijo que entrando tantos y tan caudalosos ríos en la mar sin jamás cesar, no por eso crece ni se hace mayor (2).

Ni es menos necesario el tercero elemento del aire para la conservación de nuestra vida, porque mediante él respiramos y vivimos, y con él se refrigera nuestro corazón de tal manera, que si esto le faltase por un breve espacio, se acabaría la vida. Y de parte dél se crían también los espíritus vitales, que tan necesarios son para esa misma vida. Y los vientos también, que se cuentan por aire, sirven á la navegación y comercio que ya dijimos. Y (lo que más es) ellos pasando por la mar, acarrean las nubes (que son como aguaderos de Dios) cargadas de agua, con que se riega y fructifica la tierra. Con ellos otrosí se purifica el aire, y se avientan las parvas, y se refrescan las plantas, y se refrigeran nuestros cuerpos en tiempo del calor.

Del cuarto elemento, que es el fuego, recebimos este provecho, que reconcentrándose el aire, por huir del fuego, en su media región, nos cría las heladas y las nieves, que es gran beneficio de los sembrados, que con esto se arraigan más en la tierra.

§ II

Demás destos beneficios y provechos que recebimos de los cuatro elementos, encarece el Salvador otros dos que recebimos del sol y del agua lluvia que cae del cielo. Porque exhortándonos al amor de nuestros enemigos y á hacer bien á quien nos hace mal, añade luego diciendo que haciéndolo así, seremos hijos de nuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores (3).

Pues comenzando á tratar primero del sol, se nos ofrece luego la grandeza de su hermosura. Porque ¿qué figura se puede

(1) Hierem. 5. (2) Eccl. 1. (3) Matth. 5.

ofrecer á nuestros ojos más hermosa que el sol, cuando nace por la mañana? El cual con el resplandor de su luz hace huir las tinieblas, y restituye su color á todas las cosas, y alegra el cielo, la mar, y la tierra, y los ojos de todos los animales. De manera que podemos comparar su hermosura (según el Profeta dice) con la de un esposo que sale del tálamo, y su fuerza y ligereza á la de un gigante (1), pues en espacio de un día natural da una vuelta á todo el cielo, que es un espacio cuasi infinito, y luego á la mañana amanece en el mismo lugar para volver á la misma carrera. Él es una hacha clarísima que la omnipotente mano de Dios encendió y puso en lo alto del cielo, la cual basta para dar luz á todo este tan grande mundo, que comprehende cielos y tierra, y no sólo luz, sino también calor, para consuelo y abrigo de los fríos, y para hacer crecer y fructificar las plantas Él es el que con la grandeza de su resplandor da luz á todas las estrellas y á la luna con los otros planetas, mediante la cual influyen y comunican á los cuerpos de la tierra sus virtudes é influencias. Él es el que con su movimiento tan regular y tan ordenado, llegándose y desviándose de nosotros, es causa de los cuatro tiempos del año, que son invierno, verano, estío y otoño, de los cuales pende la procreación y generación de las cosas. Porque con el frío del invierno se arraigan las plantas en la tierra para crecer con fundamento, y con la templanza del verano comienzan á crecer y subir á lo alto, y con los ardores del estío, después de crecidas, maduran y se sazonan, y con el tiempo del otoño acaban otras de madurar, y se comienza á romper la tierra y disponer para la sementera. Y esta misma diversidad de tiempos sirve para conservar la salud de nuestros cuerpos, los cuales como están compuestos de cuatro humores, que responden á los cuatro elementos de que todas las cosas están compuestas, tienen necesidad de rehacerse con el beneficio de los mismos tiempos. Mas porque siendo ellos entre sí contrarios, no hagan guerra unos á otros, haciéndose los unos más poderosos que los otros, igualó el Criador las fuerzas dellos, dando á cada uno igual tiempo, que son tres meses de espacio en que se rehaga.

El mismo sol, junto con el movimiento de los cielos, es causa del día y de la noche, que son dos tiempos muy necesarios para

(1) Psalm 18

la comodidad de nuestra vida, porque en el día los hombres y los animales trabajan, y en la noche los unos y los otros descansan. Y allende desto la noche sirve con el frescor que tiene, para refrigerar y humedecer las plantas, y restaurar lo que el calor del día consumió de ellas. Mas ¿quién podrá acabar de explicar las virtudes y oficios deste planeta, pues él es el que hace crecer, florescer y fructificar todos los árboles y plantas? Y pasa tan adelante su virtud, que no sólo en lo exterior de la tierra, sino también en lo interior della cría todos los metales y piedras preciosísimas que dijimos. Y entre las maravillas que mostró el Criador en este planeta, una es la gran ligereza con que se mueve. Porque siendo él (como los astrólogos dicen) ciento y sesenta y seis veces mayor que toda la tierra (porque tan grande convenía que fuese el que había de dar luz y calor á todo el universo) al tiempo que amanece, en poco más ó menos de un cuarto de hora se descubre todo. De dónde se infiere que en este tan breve espacio corre tantas leguas cuantas tiene la tierra, contadas no una vez, sino las sobredichas ciento y sesenta y seis veces, que es una de las cosas que más agota los entendimientos, y más declara la omnipotencia de aquel soberano Señor que tal ligereza le dió.

El segundo beneficio que el Salvador encarece, es el agua lluvia, de do procede todo el socorro y provisión de nuestra vida. Porque por ella se nos da pan, y vino, y aceite, y junto con esto pasto para los animales, de cuyas carnes comemos, y con cuyos cueros y lana nos vestimos y calzamos, lo cual todo se nos concede por la pluvia. Por dónde cuando ella falta, todo el mundo padesce. Y así, cuando Dios quiere castigar los pecados y olvido de los hombres, castígalos quitándoles este beneficio, para que siquiera, viéndose castigados, recorran á Dios, y se humillen delante dél, pidiéndole misericordia y emendando su vida, porque poco valen las oraciones, si no se quitan los pecados. En esta lluvia hay dos grandes maravillas, en que singularmente resplandece la divina Providencia. La una es que siendo el agua cuerpo pesado, proveyó el Criador de artificio con que subiese á lo alto, haciendo que el sol levantase las nubes de la mar llenas de los vapores del agua, y después, resolviéndose en lo alto con su proprio peso cayesen en la tierra. La otra es el compás y la manera en que el agua cae tan menuda y tan cernida, que parece colada por un cedazo, para que así penetre mejor las entrañas

de la tierra. Y así vemos que ningún riego artificial es tan favorable á las plantas como éste que viene del cielo, el cual cae tan compasado, que si todos los entendimientos humanos hubieran de pedir agua lluvia, no acertaran á pedir una cosa tan proporcionada como ésta. Por dónde el profeta Hieremías, hablando con Dios, y condenando la vanidad de los ídolos, dice (1): ¿Por ventura, Señor, hay entre los ídolos de las gentes algunos que hagan llover, ó los cielos pueden por sí dar agua lluvia á la tierra? ¿No eres tú Señor y Dios nuestro, con cuya esperanza vivimos? Porque tú haces todas estas cosas. Éstos pues son los dos beneficios que con tanta razón encaresce nuestro Salvador.

(1) Hierem. 14.

DE LOS COMPUESTOS DE LOS CUATRO ELEMENTOS

CAPÍTULO V

AGORA veamos lo que resulta del beneficio destos cuatro cuerpos simples, de que habemos tratado. Lo que resulta es proveer al hombre copiosamente de todo lo necesario para la conservación de su vida, para cuyo servicio todo este mundo visible fué criado, como arriba dijimos. Pues para el mantenimiento deste hombre, ¡cuántas diferencias de manjares crió este soberano Señor, cuánta variedad y muchedumbre de peces en la mar, cuánta de aves en el aire, cuánta de animales y ganados en la tierra, cuántas diferencias de frutas, unas tempranas y otras tardías, unas para el invierno y otras para el verano, porque en ningún tiempo faltasen los regalos de su providencia á los hombres ingratos, cuántos géneros de legumbres, que tan fácilmente y tan presto produce la tierra, cuántas diferencias de granos de trigo, de cebada, de centeno, de mijo y de panizo, y de otras cosas de que se hace pan, que es nuestro principal mantenimiento, cuántos de vinos, que se hacen de diversos materiales, para dar calor y substancia á nuestros cuerpos! Y con esto se junta la caza y la montería, de que muchas naciones se sustentan, manteniéndose de las carnes de los animales, y vistiéndose de sus pieles.

Y porque muchas veces suelen enfermar nuestros cuerpos, ¡cuántas maneras de yerbas y de raíces medicinales crió para nuestro remedio, cuántos géneros de piedras para la cura de la melancolía y de otros malos humores, cuántas maneras de palos de las Indias para la cura de diversas enfermedades, cuántas maneras de fuentes de aguas medicinales, frías y calientes, unas para remedio de la piedra, otras de la gota, y otras para extender los niervos encogidos, y otras para otras enfermedades! De modo que así como los grandes señores tienen despensa para dar de comer á sus criados, y botica para curarlos, así este Señor

(cuya familia es todo este mundo) tiene también esta provisión y mesa que dijimos, para dar de comer á sus criaturas, y botica y medicinas para curarlas.

§ I

Toda esta provisión de cosas ordenó aquel sapientísimo Rey y Señor para el uso y necesidades de esta gran casa del mundo. Mas no contento con esto (que es oficio proprio de señor) quiso haberse en esta provisión no sólo como señor con criados, sino como padre con hijos, y hijos muy amados y regalados. Porque no contento con la provisión de las cosas necesarias para la conservación de la vida, crió infinitas otras para el gusto y regalo della, de tal manera que ninguno de nuestros sentidos corporales carece de sus proprios deleites y consolaciones. Y comenzando por el más excelente de ellos, que es la vista, ¡cuántas maneras de flores de mil colores y figuras producen los campos sin que nadie los labre, cuántas maneras de rosas, de clavelinas, de violetas olorosas, de jazmines, de azucenas y de lirios y otras flores tan hermosas y tan artificiosamente fabricadas y pintadas que como el Salvador dice (1), ni Salomón con toda su gloria se vistió tan ricamente como una déstas! Pues ¿qué diré de las praderías tan frescas, de las arboledas muy espesas, y de las huertas y jardines floridos, de la verdura de los campos, y de la hermosura admirable de algunas aves, y señaladamente del pavón, el cual puso espanto en la nación donde primero fué visto? Pues ¿qué diré de la hermosura del cielo estrellado en una noche serena? ¿Hay espectáculo en el mundo más hermoso que éste, y que más declare la hermosura y omnipotencia de quien tal retablo pudo pintar?

Pues para el regalo de los oídos, ¡cuán suave música y melodía, y cuán dulces alboradas nos dan los ruiseñores, los canarios, los sirgueritos, y otras aves semejantes, á las cuales dió el Criador habilidad para que con una tan pequeña garganta gorjeasen y hiciesen tanta armonía! Mas á todo hacen ventaja las voces humanas de algunos hombres y mujeres, que más parecen voces

(1) Matth. 6.

de ángeles que de criaturas humanas. Pues para el sentido del oler, ¡cuántas especies aromáticas están criadas de almizcle, de algalia, de ámbar, de benjoy y de otras especies olorosas que lleva la India oriental! Con éste se junta el olor suavísimo de muchas diferencias de flores, las cuales no sólo deleitan la vista con su hermosura, sino también el sentido del oler con su olor y con las aguas que de ellas se destilan. Mas para el sentido del gusto ya vimos cuántas diferencias de frutas y de carnes diputó el Criador, entre las cuales hay algunas de maravilloso sabor. Y no contento con esto, añadió tantas diferencias de especerías, de clavos, de canela, de pimienta, de maza y de otras drogas y especies suavísimas. Y demás desto añadió la sal, que da sabor á los manjares, y los preserva de corrupción. Añadió las cañas dulces, de que se hace el azúcar, que para tantas cosas aprovecha. Añadió el licor suavísimo de la miel, que no menos sirve que él. Y (lo que es de mayor admiración) este tan precioso y saludable licor nos fabrican unos animalicos tan pequeños como son las abejas, cuya república y policía y solicitud para fabricar sus panares obliga al hombre á maravillarse de la sabiduría del autor que en tan pequeños cuerpos puso tan grande industria, que ninguna prudencia humana hasta agora la ha podido imitar. Y porque el sentido del tocar se regala con cosas blandas, crió para ello otros animalicos poco mayores que éstos, que con maravilloso artificio crían la seda blanda, que es el ornamento y atavío no sólo de los grandes príncipes y señores, sino también de los templos y de los altares. Todas estas diferencias de cosas crió este divino presidente para regalo de nuestros sentidos, mas no para que los hombres usasen desto para sus vicios. Porque á la grandeza de su divina Providencia pertenecía que en esta su gran casa del mundo ninguna cosa faltase al uso de nuestra vida.

§ II

Mas no era razón que tan noble criatura viviese en el mundo sin criados y servidores. Pues para esto deputó el Criador todos los animales brutos, entre los cuales unos sirven para romper la tierra; como son los bueyes, otros para llevar y traer cargas, como son los camellos, las acémilas, los dromedarios y los elefantes, aunque éstos para más cosas sirven. Otros deputó para aliviar el trabajo de los caminantes (como son las bestias caballares) domándolas y sirviéndose de ellas para este uso. Y otros también sirven para el tiempo de la guerra, como son los caballos, que son animales muy ligeros, esforzados y animosos. Sírvese también de los ganados, manteniéndose de sus carnes y de su leche, y vistiéndose de sus pieles y de sus lanas.

Pues ¿qué diré de las diferencias de los canes, y de las habilidades que tienen para servicio del hombre? Tulio, considerando la sagacidad destos animales para oler y rastrear la çaza, y el esfuerzo y lealtad para pelear por sus señores, y ponerse á cualquiera peligro por ellos, hace argumento para probar la providencia que Dios tiene de los hombres, pues para solos ellos sirven estas dos tan señaladas habilidades. Por dónde el rey Masinisa, fiándose poco de los hombres, tomó para guarda de su persona muchos y muy hermosos lebreles, que de noche y de día le guardaban. Y porque arriba dijimos que la caza era parte de nuestro mantenimiento (pues para eso la crió Dios) por que nada nos faltase, proveyó también de muchas diferencias de perros, que para lo mismo nos ayudan, que sería largo explicar. Y así déstos como de otros se cuentan extrañas habilidades y fidelidades para con sus amos. Para lo cual todo el Criador les proveyó de tal instincto, que después de los elefantes, no hay animales que más se lleguen á la razón del hombre que éstos.

Mas porque no sería el hombre bien servido, si no tuviese otros criados más entendidos que los brutos, la divina Providencia (que en nada falta) crió hombres para servicio de otros hombres, porque crió muchos dellos con ingenios serviles y groseros, que son proprios para servir y ser mandados, y otros de prudentes y generosos corazones, que son más para mandar y regir que para servir y obedecer. Y porque para esto son menester

pocos, son muy pocos los que tienen altos y generosos entendimientos: mas porque para servir en mil maneras de servicios necesarios para la vida humana hay necesidad de muchos, por eso son muy muchos los que tienen bajos espíritus y viles corazones. De modo que aquéllos podemos comparar con las piedras preciosas, que en pocas partes se hallan, y á éstos con las toscas, de que doquiera hay grande abundancia. Y de esta manera reciben beneficio los unos y los otros, porque los grandes tienen necesidad del servicio de los pequeños, y los pequeños del gobierno y amparo de los grandes.

DE LA PROVIDENCIA
QUE DIOS TIENE DE LAS COSAS HUMANAS

CAPÍTULO VI

De lo que hasta aquí se ha dicho, claramente se colige la providencia que el Criador tiene de todas las cosas que crió. Mas algunos filósofos fueron tan desatinados, que reconosciendo la providencia que Dios tenía de los brutos animales, vinieron á decir que no la tenía de los hombres, movidos por la desorden que se halla en ellos, viendo los malos encumbrados, y los buenos abatidos, y otras desórdenes semejantes. Pero demás de ser cosa prodigiosa decir que Dios tiene cuidado de las bestias y no de los hombres (para cuyo servicio las bestias fueron criadas) paresce claro su desatino, considerando las cosas que crió para regalo de los cinco sentidos del hombre, de que hemos tratado. Pero más particularmente se verá esto considerando muchas cosas que crió, que no sirven á los animales, sino á solos los hombres. Ca por este medio pretende Tulio probar esta providencia (1). Y entre otros argumentos trae por ejemplo la sagacidad de los perros para oler y rastrear la caza, y la fidelidad para defender á sus señores. Pero demás desto hay otras muchas cosas que no sirven para los brutos, sino para solos los hombres, como es la hermosura de las flores, como son rosas, clavelinas, violetas y otras diferentes, cuyo color y olor no sirve á los brutos, sino á solos los hombres. Pues ¿qué diré de las piedras y perlas preciosas, de los rubíes y esmeraldas, carbuncos, diamantes y otras preciosísimas para ornamento de la vida humana? ¿Qué diré de las especies aromáticas y olorosas, como son ámbar, almizcle y otras semejantes? ¿Qué tienen que ver aquí los animales para este género de cosas? ¿Qué diré de tantas diferencias de drogas, como son clavo, pimienta y otras tales, que sirven para el regalo del gusto del hombre? ¿Qué diré de tantas maneras de aguas calientes, de yerbas y raíces medicinales,

(1) II De Natur. Deorum.

como son el ruibarbo para evacuar la cólera, y el agárico para la flema, y otras infinitas para otros efectos, de que arriba tratamos? Con éstos se juntan los minerales de acero, cobre, estaño, plomo, azogue, oro y plata para el comercio de la contratación, y hierro para labrar la tierra. Pues la yerba llamada barrilla, de que se labran tan ricas piezas de vidrio cristalino, ¿no son para solo el hombre? Con esto junto muchos frutos de la tierra, que son proprios para el hombre, como son las cañas dulces, de que se hace el azúcar. Pues ¿qué diré del gusano que hila la seda, que sirve para el ornamento de los templos y de los príncipes de la tierra? Y aquella grande maravilla de la piedra imán, la cual la divina Providencia crió y también descubrió para la navegación y contratación de las gentes, ¿no sirve para solo el hombre, y para traer y llevar lo que en una parte sobra y en otra falta, para la sustentación de nuestros cuerpos? Pues ¿qué hombre habrá tan bruto, que no entienda por las cosas sobredichas y por otras semejantes la providencia que el Criador tiene de nuestros cuerpos?

Pues probada ya la de los cuerpos, está probada la de las ánimas, pues nos consta que el cuerpo se hizo para el servicio del ánima, como el esclavo para el servicio de su señor, y como casa donde ella mora, y como instrumento para todas sus obras. Porque el cuerpo sirve para el uso de los cinco sentidos corporales, y éstos para criados y ministros del ánima. Ca mediante estos sentidos, y especialmente el de los ojos, conosce el ánima muchas diferencias de cosas, y filosofando por la noticia de las cosas que ellos le han dado, ha inventado todas las sciencias liberales y todas las artes mecánicas, y finalmente por medio dellos se ha levantado al conoscimiento de la primera causa, que es Dios. Porque discurriendo de unas causas en otras, y conosciendo por los efectos de las cosas que se ven, las causas que no se ven, y la orden y dependencia dellas, ha llegado al conoscimiento de la primera causa, de que todas las otras causas penden, que es Dios.

Y si contra esto se alegare lo que decía Epicuro, si Dios tiene providencia de las cosas humanas, ¿para qué crió las víboras y otras muchas serpientes, que no son provechosas, sino nocivas? Á esto se responde que como en la república bien ordenada ha de haber premio y galardón para los buenos, así ha de haber soga y cuchillo para castigo de los malos, y para esto sirven las

cosas nocivas y ponzoñosas, que son como instrumentos y verdugos de Dios para nuestro castigo. El cual como nos castiga muchas veces quitándonos la pluvia, cuando lo merecemos, así lo hace también con la plaga del pulgón y de otros animales semejantes.

Verdad es que la misma Providencia que usa destos instrumentos para nuestro castigo, puso en ellos tal moderación, que no se multiplicasen tanto, que fuesen más para destruición que para castigo: de lo cual pondré algunos ejemplos. La escorpión hembra pare once hijos, y después de paridos come los diez, y deja uno solo para conservación de la especie: el cual, después de nacido, toma venganza de la muerte de sus hermanos matando y comiéndose la madre. La víbora también se envuelve con el macho de tal manera, que no parecen dos, sino uno, y él mete la cabeza en la boca della, la cual por la gran dulzura que en esto siente, se la corta y come, y al tercero día sale preñada de veinte viboreznos, de los cuales pare cada día uno: y ofendidos con esta dilación del parto los que quedan, rompen los ijares de la madre, y así salen, quedando desta generación muertos padre y madre, como está dicho. En lo cual vemos singularmente cómo resplandesce aquí la divina Providencia, pues ordenó que cosas tan venenosas no multiplicasen tanto.

En el Brasil dicen que hay una culebra ponzoñosísima que luego mata: y para que no hiciese tanto daño, proveyó el Criador que tuviese en la cabeza una como campanilla, para que el sonido della diese aviso á los hombres deste peligro. También en la isla de Ceilán (de donde se trae la canela) hay otras culebras no menos ponzoñosas (que llaman de capelo) y en la misma tierra nasce un árbol, cuyas hojas son remedio y medicina deste mal. En el Perú también hay unas culebras tan grandes, que tendrán treinta y cinco palmos de largo, de muy fiera catadura, las cuales llaman culebras bobas, porque aunque se lleguen á ellas los indios, ó cualesquier otros hombres, no les hacen mal. Y éstas se mantienen de las carnes de los ciervos y venados que en aquella tierra andan. Y con ser bobas, todavía no pierden la astucia de serpientes, porque pónense junto á las aguas donde ellos acuden á beber, y allí los aguardan: y como alguno llega á beber, sacúdenle con la cola por medio del lomo, y así lo derriban y comen todo sin dejar más que la piel y los huesos dél. Y

quien esto me refirió, viendo un venado atravesado en los dientes desta bestia, le quitó el venado y la mató, sin recebir perjuicio della. Esto refiero en testimonio de la providencia especial que nuestro Señor tiene de los hombres, pues una tan fiera bestia no toca en un hombrecillo, como es cualquiera de los indios. Y aunque hay otras fieras ponzoñosas que no guardan la cara á los hombres, pero en las unas y en las otras muestra el Criador su providencia: en las unas, de juez para nuestro castigo, y en las otras, de padre para nuestro remedio. Y con esto se junta haber hecho nuestro Señor las serpientes subjectas á poder ser encantadas, para que así no puedan dañar con su ponzoña, como se colige del Psalmo 57. Y no es pequeña maravilla que palabras tengan virtud para obrar esto en animales brutos. Esto baste para responder á la objección del Epicuro, y para concluir este capítulo de la divina Providencia, de la cual se trata más copiosamente en la primera parte de nuestra Introducción del Símbolo y en la *Sylva Concionatorum*.

DE LAS GRANDEZAS DE NUESTRO SEÑOR DIOS, SEGÚN QUE SE COLIGE DE LAS COSAS CRIADAS

CAPÍTULO VII

Por lo que hasta aquí se ha dicho así de los beneficios que nuestro Señor nos ha hecho por medio de las cosas criadas, como de su divina providencia, con que él nos provee de todas las cosas, se entenderá la gran obligación que tenemos á amar y servir á quien tantos bienes nos ha hecho y siempre hace. Mas allende desta obligación, tenemos otra, que es la inmensidad y grandeza de su Majestad, según que se colige desta obra de la creación, de que aquí habemos tratado. La cual nos obliga tanto á lo susodicho, que aunque nada hubiésemos recebido, ni esperásemos recebir, por sola esta causa estamos obligados á venerarle con suma reverencia, conforme á la inmensidad de su grandeza

Pues para entender algo della conviene presuponer aquella común sentencia de S. Dionisio, el cual dice que en todas las cosas hay estas tres, ser, poder y obrar, las cuales tienen tal correspondencia y consecuencia entre sí, que por el obrar conoscemos el poder, y por el poder el ser. Pues siendo esto así, ¿cuál podremos imaginar que es aquel Ser donde hay tan gran poder, que con sólo querer crió en un momento tanta infinidad de cosas en este mundo, y esto con tanta perfección, que en ninguna dellas se hallará cosa que sóbre ni que falte? Y decendiendo más en particular, ¿cuál es aquel poder que con decir, Produzgan las aguas, crió tanta infinidad de peces en la mar, y de aves en la tierra? ¿Cuál es otrosí aquel poder que con sólo decir, Háganse lumbreras en el cielo, súbitamente fué criado el sol, y la luna, y los otros planetas, y tan gran número de estrellas, que solo él las puede contar, cada una de las cuales, por pequeña que sea, es mayor que toda la tierra? S. Augustín tiene por opinión que en un punto crió Dios toda esta tan grande máquina del mundo,

fundado en aquellas palabras del Eclesiástico, que dice (1): El que vive eternalmente, crió todas las cosas juntas.

Pues según esto, ¿quién no se espantará del poder que tales y tantas cosas crió con una sola palabra en un momento? Espantábase cierto el profeta Esaías, cuando decía (2): ¿Quién midió las aguas con el puño, y pesó los cielos con un palmo? ¿Quién tiene colgada con tres dedos toda la grandeza de la tierra, y asentó por su peso los montes y los collados como con una balanza? ¿Quién ayudó al Señor en esta obra tan grande, y quién le dió consejo de lo que había de hacer? Todas las gentes delante dél son como un hilico de agua que corre de un pequeño vasico, ó como un grano de peso que se carga sobre la balanza. Las islas de la mar son como un poquito de polvo, y toda cuanta leña hay en el monte Líbano, y cuantos millares de ganados andan pasciendo por él, no bastan para ofrecerle un digno sacrificio. Todas las gentes delante dél son como si no fuesen, y como nada son reputadas en su presencia. Él es el que está asentado sobre el cerco de la tierra, y todos los hombres son como cigarrones delante dél. Él es el que sobre nada asentó los cielos, y los extendió como un tabernáculo para morar en ellos. Levantad, dice él, vuestros ojos al cielo, y mirad quién es el que crió un cuerpo tan hermoso y tan grande. Porque él es el que saca por su cuenta este tan grande ejército de las estrellas, y llama á cada una por su nombre. Hasta aquí son palabras del Profeta, por las cuales pretende declararnos la inmensidad de la grandeza de nuestro Dios, para inducirnos por este medio á la veneración y reverencia de aquella altísima Substancia, ante la cual tremen los principados y poderes celestiales, y tiemblan las columnas del cielo (que es oficio proprio de la virtud que llaman religión) á la cual pertenece el culto y veneración de Dios.

(1) Eccli. 18. (2) Esai. 40.

CONCLÚYESE DE TODO LO DICHO EN ESTA PRIMERA PARTE LA GRANDE OBLIGACIÓN QUE TENEMOS AL AMOR Y SERVICIO DE NUESTRO CRIADOR

CAPÍTULO VIII

TODO cuanto en esta primera parte hasta aquí se ha dicho, sirve para declararnos la grandeza de la obligación que tenemos al culto y veneración desta soberana Majestad, así por razón de su grandeza (que acabamos de declarar) como por la muchednmbre de sus beneficios y por la providencia paternal que de nosotros tiene, pues aun las bestias fieras reconocen y sirven á sus bienhechores.

Qué tan grande sea la obligación que por todos estos títulos le tenemos, no se puede ni con lenguas de ángeles declarar. Porque la obligación es tan grande, cuanto lo es el Señor á quien se debe: y porque su grandeza es infinita, así se le debė amor y reverencia y honra infinita, y por consiguiente, todo lo que le falta para ser infinita, tiene menos de lo que su grandeza merece. Mas porque nuestra devoción y reverencia, ni la de todos los ángeles puede llegar á esta medida, bástenos saber que todas las obligaciones que tenemos á amar y reverenciar á todas las criaturas excelentes, caben en solo él. Porque esta reverencia debemos á los príncipes y señores que nos gobiernan, y á los padres que nos engendraron, y á los hombres de excelente sanctidad, que nos dan ejemplos de virtud, y finalmente á todos los bienhechores, de cuyos beneficios nos aprovechamos. Pues según esto mucho más estamos obligados á reverenciar y honrar á nuestro Dios y Señor, en el cual solo se hallan todos estos títulos y derechos para ser honrado. Porque él es Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Padre de los padres, y Sancto de los sanctos, y liberalísimo bienhechor sobre todos los bienhechores. Y así todas las obligaciones que tenemos á todos estos géneros de personas eminentes, tenemos á solo él. Y esto con tanto exceso, que no hay obligación en la tierra que comparada con la que á él tenemos, merezca este nombre de obligación, así como no hay perfección merecedora de honra, que comparada con la suya merezca nombre de perfección.

Pues de todo lo que hasta aquí está dicho, se concluye que

amar, servir y honrar á este soberano Señor, cuya grandeza es incomprehensible, y cuyos beneficios son innumerables, es una obligación la más justa, más sancta, más necesaria, más debida, más provechosa, más hermosa, más obligatoria de cuantas todos los entendimientos criados pueden comprehender. Y todos los títulos honrosos que se pueden inventar, aquí se deben, y todo queda corto y bajo para lo que esta obligación merece. Esto se confirma con el común consentimiento de todas las naciones del mundo, porque (como ya dijimos) ninguna hay tan bárbara que aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, no crea que lo hay, y no le honre con alguna manera de veneración, aunque se engañe en lo uno y en lo otro. Y es tanto lo que se debe de amor y servicio á aquella altísima Substancia, que no sólo es verdad lo que alegamos de Esaías, que todos los ganados y leña del monte Líbano no bastan para ofrecerle un digno sacrificio, mas si se juntaren en uno los amores de todos los bienaventurados que ven la divina esencia, y sobre éstos los de todos los querubines y serafines, que son los espíritus que más arden en amor della, y sobre éstos el amor de la sacratísima Virgen, que es aún mayor, y encima de todos éstos el del ánima sanctísima de Cristo nuestro Señor, si todos estos amores se juntaren en uno, con ser tan grandes, quedarán infinitamente más bajos de lo que aquella infinita Bondad merece. Porque todos estos amores, por grandes que sean, son finitos, mas el que se debe á aquella soberana Bondad, es infinito, el cual en solo Dios se halla, que infinitamente se ama, como él lo merece. De modo que en solo el pecho divino se cumple enteramente la ley del amor que le es debido.

Y conforme á esta medida gradúan los teólogos la fealdad y malicia de la ofensa hecha contra esta soberana Majestad, diciendo que como es contra Majestad infinita, así tiene gravedad infinita, y en ley de justicia merece pena infinita, cual es la del infierno, pues priva de bien infinito, y aun con esta pena no se descarga suficientemente. Porque tal es aquella Bondad, que tal castigo merece quien la ofende.

De toda esta primera parte, y de todo lo que agora acabamos de decir, se entenderá la grande obligación que tenemos de servir y honrar á este soberano Señor con alguna manera de culto y religión que sea agradable á sus purísimos ojos y conforme á la alteza de su dignidad.

Resta agora inquirir cuál sea la verdadera religión y culto con que él haya de ser honrado. Porque se han visto en el mundo muchas maneras de ceremonias con que los hombres ciegos han pretendido honrar á los que tenían por dioses. De las cuales unas eran supersticiosas, otras vanas y ociosas, que ningún bien contenían, otras crueles y sangrientas, en que se sacrificaban hombres, otras torpes y deshonestas, en que prostituían las vírgines por honra de la diosa Venus, otras desvergonzadísimas, como las que hacían á la diosa Flora y al dios Príapo, de que se hace mención en la sancta Escriptura (1), y otras desvariadas y locas, como las que se hacían al dios Baco, emborrachándose los hombres, y haciendo mil insultos y locuras. Pues ¿qué podemos decir de todas estas maneras de religiones, sino que eran tales cuales los dioses que por ellas eran venerados, que eran los demonios? Y de tales dioses, ¿qué otras religiones se podían esperar?

Y que estas religiones sean falsas y indignas de Dios, muéstrase claramente por esta razón. Porque la verdadera religión ha de ser con obras que agraden y honren á Dios, y ninguna cosa de cuantas hay en el mundo le agrada sino sentir altamente de sus grandezas y perfecciones, é imitarle en la sanctidad y pureza de la vida, porque ésta hace al hombre semejante á Dios, que es la misma sanctidad y pureza. Y pues la semejanza es causa de amor, síguese que los que esta sanctidad y pureza de vida tuvieren, serán los que más le agradarán y honrarán. De dónde también se infiere que sola la religión cristiana es la verdadera, pues ella es la que más altamente siente de las grandezas de Dios y de sus divinas perfecciones, y la que mayor sanctidad y pureza de vida profesa y enseña. Y demás desto mostraremos aquí que todas las condiciones que ha de tener la verdadera religión, en sola ella se hallan con tanta perfección que no se puede imaginar otra mayor. Lo cual declararemos más por extenso en la segunda parte que se sigue, para que viendo casi de una vista toda la hermosura y excelencia de nuestra religión, nos aficionemos más á ella, y confirmemos en ella, y se alegre nuestro espíritu con el espectáculo desta tan alta y tan importante verdad.

---

(1) III Reg. 15.

SEGUNDA PARTE DESTE SUMARIO

EN LA CUAL SE DECLARA CÓMO LA VERDADERA FE Y RELIGIÓN CON QUE DIOS HA DE SER HONRADO ES LA QUE LA IGLESIA CRISTIANA PROFESA

PRIMERO PREÁMBULO EN QUE SE DECLARA QUÉ COSA SEA FE, Y DE DOS MANERAS DE FE

CAPÍTULO I

POR cuanto en esta quinta parte de nuestra Introducción del Símbolo señaladamente se trata de la verdad y excelencia de nuestra sancta fe, y de los dos principales artículos y fundamentos della, será necesario declarar primero qué cosa sea fe. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de fe, una acquisita y humana, y otra infusa, sobrenatural y divina, que es la de los cristianos. Y dejada aparte aquélla, y tratando de la nuestra, decimos que fe es una lumbre sobrenatural que el Espíritu Sancto infunde en nuestro entendimiento (que los teólogos llaman hábito de la fe) el cual por virtud de Dios inclina nuestro entendimiento á creer los artículos de la fe, y todo lo demás que Dios nos tiene revelado en sus Escripturas, con mucha más firmeza y certidumbre que lo que se ve con los ojos y toca con las manos. Porque así como el hábito de la caridad inclina nuestra voluntad á amar á Dios sobre todas las cosas, puesto caso que no le veamos, así el hábito de la fe inclina nuestro entendimiento á creer todos los artículos de la fe, puesto caso que con nuestra razón no los comprehendamos. Esto se ve claramente en la fe de los sanctos mártires, muchos de los cuales eran personas simples y sin letras (como lo eran las mujeres) los cuales, sin saber

teología ni haber visto milagros, movidos por este hábito de la fe, que es por esta lumbre interior del Espíritu Sancto, estaban tan certificados y tan firmes en el conoscimiento desta verdad, que dejaban asar y despedazar sus carnes por ella.

En esta lumbre resplandecía singularmente el cuidado de la divina Providencia, la cual no falta en las cosas necesarias á ninguna de sus criaturas, como toda la escuela de los filósofos confiesa. Vió pues este Señor que el hombre tenía necesidad de fe, sin la cual es imposible agradar á Dios, como dice el Apóstol (1), y por ésta se nos obliga á creer cosas tan altas y tan sobrenaturales, que exceden la facultad de la razón humana, como es el misterio de la sanctísima Trinidad y de la encarnación y pasión del Hijo de Dios, &c. Vió pues este soberano Señor que como el hombre sea criatura racional, como fácilmente cree y abraza aquello que él alcanza por su razón, así siente mucha dificultad en creer lo que no alcanza por ella, pareciéndole que no es posible ser lo que él no puede entender. Y de esta dificultad han nascido todas cuantas herejías ha habido y hay hoy en el mundo. Porque los hombres, mayormente los filósofos, estiman en mucho la lumbre de la razón, teniéndola por un rayo de la divina luz que se derivó en nuestras ánimas, y por una participación de la claridad divina. Por lo cual vinieron á estimar tanto esta lumbre de la razón, que no se quisieron humillar ni creer que podía ser lo que ellos no podían entender.

Pues conosciendo la divina Providencia esta dificultad que la razón natural siente en creer cosas sobrenaturales, nos proveyó de un medio sobrenatural, que es esta lumbre y hábito de la fe, el cual, como dijimos, inclina nuestros entendimientos á creer con la firmeza susodicha las cosas de la fe, como se declaró por ejemplo de los mártires.

Esta fe se nos infunde en el sancto Baptismo con la esperanza y con todas las otras virtudes, y esto con tanta firmeza que aunque por el pecado mortal se pierda la gracia con todas las virtudes que de ella manan, la fe y esperanza nunca se pierden, si no es por acto contrario, que es desesperar y descreer. Porque como derribado el edificio de una casa, todavía los cimientos quedan en su lugar, así caído todo el edificio de las virtudes con el pe-

(1) Hebr. 11.

cado, éstas dos susodichas, que son como fundamento de las otras, quedan en pie. Mas por faltar la forma de la gracia y de la caridad, quedan (como las llaman los teólogos) informes y imperfectas, y así queda la fe muerta, y también la esperanza, y como las cosas muertas no tienen eficacia para ninguna cosa, así esta manera de fe como cosa muerta no nos aviva, ni despierta, ni mueve á lo que movería, si estuviese viva: y estando así, es para mayor condenación del que tiene ociosa esta pieza tan rica. Y así dice el Salvador que el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la pone por obra, será más gravemente castigado que el que ni la sabe ni la óbra (1).

Y que la fe sea especial don de Dios, decláralo el Ápóstol á los de Éfeso por estas palabras (2): Por la gracia de Dios habéis sido salvos mediante la fe, la cual es don de Dios, dado por su gracia, y no por nuestras obras, porque nadie tenga razón de gloriarse en sí. Y en otro lugar dice el mismo hablando con los filipenses (3): Á vosotros os es dado por los méritos de Cristo no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis trabajos por él. Pues por estas palabras claramente se nos da á entender que la fe es don de Dios y dádiva graciosa de su infinita misericordia. Porque mediante este don de la fe se levanta el hombre sobre sí mismo y sobre la condición de la naturaleza de la criatura racional, pues sin tener otros argumentos se mueve á creer con la firmeza susodicha las cosas que no alcanza la razón humana. Porque para algunas de las otras virtudes hallaron los filósofos motivos en nuestra naturaleza, como para la liberalidad, para la justicia, para la templanza, para la fortaleza, &c. tanto que dice Tulio que si no apagasen los hombres con sus malas costumbres y malos consejos las centellas que la naturaleza nos dió para procurar las virtudes, ella nos guiaría á la vida bienaventurada (4), aunque en esto se engañó como filósofo gentil. Mas esta fe que decimos, es tan alta, y excede tanto nuestra capacidad, que no hay virtud en que menos puedan nuestras fuerzas que en ella. Por dónde, si alguno sin esta luz quisiese comprehender las cosas de la fe, sería semejante á un enano que quisiese con su brazo alcanzar á lo alto de un tejado. Mas éste mismo, puesto sobre los hombros de un gigante, llegaría á donde por sí no puede. Y esto

(1) Luc. 12. (2) Ephes. 1. (3) Philip. 1. (4) II De Nat. Deorum.

mismo acaesce al que sin lumbre de fe, ó con ella, quiere entender la alteza de nuestros misterios.

Entendido pues que esta fe es un altísimo don de Dios, se entenderá luego el principal medio por donde ella cresce y se confirma, que es la frecuente y devota oración que la pide. Y por tanto, el que desea arraigar en su ánima esta virtud, debe insistir con devotas y humildes oraciones noche y día, pidiendo á nuestro Señor el acrescentamiento della, porque siendo ella el primer fundamento y raíz de todas las virtudes, cresciendo la raíz, crescerán también estas espirituales ramas de virtudes que della proceden.

Ayuda también la devota oración por otra vía, porque como dice S. Bernardo, muchas veces en ella se bebe aquel vino de la suavidad espiritual que embriaga las ánimas, y hace salir de sí y juntarse con Dios. La cual suavidad á veces es tal, que nos es grande conjectura de la presencia del Espíritu Sancto consolador, que es el autor della. Y éste es tan grande testimonio de la verdad de nuestra fe, que le paresce al hombre que ya no cree con escuridad sino con claridad los misterios de la fe.

Éste es pues uno de los principales medios por donde se confirma y cresce este don celestial, sin el cual ni bastan razones ni milagros para causar en nuestros entendimientos esta firmeza susodicha de la fe. Porque hartos milagros vió Faraón en Egipto, y muchos más vieron los fariseos, obrados por nuestro Salvador, y ni él ni ellos recibieron la fe, la cual por la malicia de sus pecados habían desmerecido.

Ayuda también para acrescentamiento desta lumbre la sanctidad de la vida, porque como en un espejo limpio resplandesce más vivamente la claridad del sol, así resplandecen más los rayos desta divina luz en una ánima purgada y limpia, que en la que no lo está. Dónde es de notar que como la caridad y todas las otras virtudes crecen con el ejercicio de las buenas obras, así cresce también el hábito de la fe, arraigándose y cresciendo más y más en el ánima, y haciéndola más firme y más constante en ella.

Demás de lo dicho crece también la fe, considerando con toda humildad y devoción todas las cosas que nuestro Señor ha hecho en confirmación desta verdad, las cuales son tales y tantas, que si fuésemos engañados, podríamos decir á Dios, como dice Ri-

cardo: Señor, si somos engañados, vos nos engañastes, porque tales y tantas maravillas habéis hecho en testimonio desta doctrina, que no pudimos dejar de creer que vos érades el autor y maestro della.

Y conforme á esto es muy celebrada entre teólogos esta notable conclusión y sentencia: los cuales dicen que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes á la razón humana (por estar ellos levantados sobre toda razón) pero que es cosa evidente que deben ser creídos. Porque son tantas y tan admirables las cosas que nuestro Señor ha hecho en confirmación dellos, que todas ellas juntas hacen evidente demonstración que deben ser con tanta firmeza creídos, como si fuesen demonstrados. Lo cual no calló el Profeta Real, cuando dijo (1): Vuestros testimonios, Señor (que son las verdades de que vos dais testimonio) son en gran manera creíbles. Mas aquí es de notar que esta demonstración no es como la de los matemáticos, que se concluye con solos tres términos ó tres proposiciones, sino es un agregado de todas las cosas que nuestro Señor ha hecho en confirmación desta verdad. Pues deste género de cosas se trata en esta segunda parte para declaración y prueba de la conclusión susodicha, y el agregado de estas cosas era menester resumir en breve, para que casi de una vista viese el cristiano lector el fundamento y firmeza de nuestra fe, que de todas estas partes se colige.

Pues esto es lo que con el favor de nuestro Señor trataremos en esta segunda parte, en la cual brevemente referimos veinte y dos singulares excelencias que tiene la fe y religión cristiana, por las cuales consta la verdad de la conclusión susodicha. Y porque una de las principales cosas que confirman esta verdad, es el testimonio y sangre de los mártires, como lo significa su mesmo nombre (porque mártir quiere decir testigo) por esto me detengo más en tratar desta excelencia, demás de otros grandes frutos que della se siguen, como adelante se dirá.

Pues concluyendo este preámbulo, digo que la humilde y devota consideración destas excelencias es un grande motivo para la confirmación y acrescentamiento de la fe que profesamos. Y digo humilde, porque como la fe (según está dicho) sea don de Dios que desciende de lo alto, no debe pensar nadie que conside-

(1) Psalm. 92.

raciones ni argumentos sin humildad de corazón, acompañada con la devota oración, sean suficientes para esto. Mas porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia, el que con esta humildad se pusiere á considerar estas excelencias de nuestra fe, reconosciendo que de la piadosa mano de Dios le ha de sobrevenir el acrescentamiento desta luz, no podrá dejar de aprovechar mucho con esta consideración. Mas no piense el que en este sancto ejercicio se ocupa, que una sola excelencia de las que aquí referimos, es bastante confirmación de nuestra fe, porque todas ellas juntas hacen la demonstración que arriba dijimos, puesto caso que algunas hay tan eficaces, que solas ellas bastan para testimonio de nuestra fe, como son las profecías y los milagros, y el mayor de todos ellos, que fué la conversión del mundo, como adelante se verá.

SEGUNDO PREÁMBULO,

DE LA MANERA DE PROCEDER EN ESTA SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO II

PRESUPUESTO este preámbulo, comencemos á tratar de la manera del proceder en esta materia. El fundamento de la cual es una sentencia celebrada entre filósofos, los cuales ponen por argumento y señal de ser una cosa verdadera, que todas las cosas anejas á ella, como son todas sus propriedades y condiciones, &c. concuerden con ella, porque si algunas dellas desdicen y no convienen con ella, no puede ser verdadera. Pongamos ejemplo en una cosa material, y de aquí vendremos á lo espiritual. Finjamos agora que un rey fuese vencido en una batalla, donde fuesen muchos los presos y captivos, y el rey entre ellos, sin saberse dél muerto ni vivo: el cual al cabo de ocho ó nueve años de su captiverio huyese dél, y viniese á su reino maltratado y desemejado, en traje pobre de captivo, y dijese que él era el rey de aquel reino. ¿Qué harían entonces los grandes y señores dél? Claro está que mirarían todas las señales de su rostro y de su cuerpo y de su edad, y tratarían con los más familiares de su cámara de todos los secretos que con él pasaron, y de todos los pasos en que á solas lo acompañaron, y de todas las palabras ó promesas secretas que dél oyeron, y de otras cosas semejantes, y hallando que todas estas señales, sin faltar una, concurrían en él, luego sin algún escrúpulo lo reconocerían por su verdadero rey. Éste parece que era el medio más acertado para este conoscimiento. Digo pues que desta manera procederemos agora en la averiguación de la verdad de nuestra sancta fe y religión, mostrando clarísimamente que todas las propriedades y perfecciones que todos los entendimientos criados pueden pedir y desear en una sancta religión, caben tan perfectamente en la nuestra, que no se puede concebir ni desear más de lo que en ella hay. Y esto hecho, verse ha la excelencia y hermosura della, no por razones ni argumentos humanos, sino por

ella misma, que es, por las cosas que en sí contiene y enseña. Y con esto se verá con cuánta razón exclamó Tulio, cuando dijo (1): ¡Oh cuán grande es la fuerza de la verdad, la cual por sí misma se defiende contra todos los ingenios y astucias y contra todas las artes y asechanzas de los hombres!

Declaradas pues estas propriedades y excelencias, vendrá el hombre con la vista de cosa tan pura y tan perfecta (sin otros más argumentos y subtilezas) á confirmarse en la verdad de la fe, y así dirá con el Profeta (1): Vuestros testimonios, Señor (que son los misterios que vos habéis testificado) son muy dignos de ser creídos. Vendrá á gustar de una música espiritual, la cual procede desta consonancia que nuestros misterios tienen con la pureza de la verdad y consigo mismos entre sí, y vendrá á dar gracias á nuestro Señor por el don de la fe que recibió, y trabajará por conservarlo con la pureza de la vida y con la guarda de la buena consciencia. Presupuesto este segundo preámbulo, comenzaremos á tratar de las excelencias de nuestra fe.

(1) Cicer. pro M. Coelio. (2) Psalm. 92.

PRIMERA EXCELENCIA DE NUESTRA SANCTA FE, EN LA CUAL SE DECLARA QUE LA DOCTRINA DE LA FE HA DE SER REVELADA POR DIOS, Y QUE TAL ES LA DOCTRINA QUE PREDICA LA RELIGIÓN CRISTIANA

CAPÍTULO III

ENTRE estas excelencias la primera es que la fe y la doctrina desta religión fué enseñada y revelada por Dios. Para lo cual es de saber que la fe (como ya dijimos) es la raíz y fundamento de toda la vida cristiana. Pues por la parte que es fundamento, conviene que sea sólido y firme, pues ha de dar firmeza á todas las partes del edificio que se arman sobre él. Porque de otra manera, siendo él flaco y movedizo, también lo será todo lo que sobre él se cargare. Y por esto la fe, que es como decimos, fundamento de la vida cristiana, ha de ser certísima y firmísima y de infalible verdad. Y tal verdad ha de proceder de un principio infalible, de la primera verdad, que es Dios, en quien no puede caber error ni falsedad. Porque del entendimiento humano, escurecido con las tinieblas del pecado original, no puede en esta materia de la religión proceder cosa que sea de infalible verdad. Cuya ceguedad se ve por la infinidad de tantas y tan abominables sectas y falsas religiones y idolatrías como hubo en el mundo antes que amaneciese la luz del Evangelio. Y no menos se conosce esto por la variedad y contradicción de las opiniones de los filósofos. Los cuales (aunque eran como la nata y flor de la naturaleza humana, y los que gastaron toda la vida en adelgazar y perfeccionar sus ingenios con el estudio de la sabiduría) con todo eso son tan diversos los pareceres y lenguajes de los unos y de los otros, como los de aquéllos que edificaban la torre de Babilonia: y lo que peor es, discuerdan en las tres cosas más esenciales y que más sirven para la verdadera religión, que son el conocimiento de la divina Providencia, y de la inmortalidad del ánima, y del último fin de la vida humana. Porque unos ponen en Dios providencia de las cosas de acá

bajo, y otros se la quitan, y otros la afirman de los animales, y niéganla de los hombres. Y al ánima algunos la hacen mortal, y otros inmortal. Y lo peor de todo es que siendo el conocimiento de nuestro último fin la medida y regla por donde se han de enderezar todos los pasos y obras de nuestra vida para venir á él, son tan varios y ciegos en esta parte que refiere Macrobio, como escribe Sant Augustín (1), ciento y sesenta opiniones, ó por mejor decir disparates, que se dejaron decir en esta materia. Porque pretendían hallar este último fin y bienaventuranza en esta vida, como gente que de la otra no tenía noticia, siendo ésta un piélago de infinitas miserias y un mar de continuas mudanzas y desasosiegos. Por dónde con mucha razón se indigna S. Augustín así contra estos filósofos como contra todos los que en esta vida buscan esta felicidad, y así dice él (2): ¿Á dónde vais, hombres perdidos, por caminos tan ásperos y dificultosos á buscar la felicidad? No está el descanso donde lo buscáis. Buscad lo que buscáis, mas no está donde lo buscáis. Buscáis vida bienaventurada en la región de la muerte, no la hallaréis ahí. Porque ¿cómo se hallará vida bienaventurada donde apenas hay vida? En las cuales palabras no condena el sancto doctor á los que buscan vida bienaventurada (porque este deseo imprimió el Criador en nuestros corazones para que nos fuese espuela de la virtud) sino porque perdemos tiempo en buscarla donde ella no está, que es en esta vida.

Pues tornando al propósito, como la verdad de la fe (según dijimos) sea el fundamento de toda la vida cristiana, y ésta haya de ser certísima, firmísima y infalible, y tal firmeza no se halle en las escuelas y doctrinas de los filósofos, y mucho menos en los comunes entendimientos de los hombres, síguese que nos ha de venir de Dios, el cual no falta en las cosas necesarias á sus criaturas, como la misma filosofía confiesa, pues vemos que ninguna criatura hay tan pequeña, aunque sea un mosquito ó una hormiga, á quien falte lo necesario para la conservación de su vida. Pues ¿cuánto menos faltará al hombre, para cuyo servicio este mundo fué criado? Item, si tantas diferencias de manjares, de aves, de peces y de animales crió Dios para mantenimiento del hombre, y tantas diferencias de yerbas y piedras y

(1) August. 18 de Civit. Dei. (2) August. lib. 4 Conf.

aguas medicinales para la cura de las enfermedades destos cuerpos corruptibles que tenemos comunes con las bestias, ¿cómo se había de olvidar de las ánimas inmortales, que tenemos comunes con los ángeles, no proveyéndolas de lo necesario para la perfección de su vida? Pues ¿cómo era posible que faltase á la mayor de las necesidades del ánima quien tan copiosamente proveyó de tantas cosas á las necesidades del cuerpo? ¿Quién osará atribuir tal descuido á aquella perfectísima Providencia que en nada falta? Pues á esta suma y extrema necesidad era razón que acudiese su bondad. Porque de otra manera grandísimo inconveniente y desorden era acudir él con tanta provisión á las necesidades del cuerpo, y desamparar las del ánima, mayormente constándonos que el cuerpo es para servicio del ánima como el siervo para el de su señor, según arriba dijimos, tratando de la divina Providencia.

Á esta razón añade un religioso doctor otra no menos eficaz, presuponiendo (como adelante se dirá) que ninguna manera de religión se ha visto en el mundo, donde haya habido tan gran número de buenos y sanctos como en la cristiana. Pues siendo esto verdad, síguese que como Dios esencialmente sea la misma bondad; que ha de ser amigo de los buenos (lo cual también Aristóteles confiesa) pues la semejanza es causa de amor. Y si Dios ama á los buenos, síguese que los ha de ayudar en sus necesidades: y la mayor dellas es la de su salvación. Y no se pueden salvar, si no tienen verdadero y cierto conoscimiento de Dios, y éste no lo pueden tener si él no se lo da, pues vemos la muchedumbre de supersticiones y engaños que acerca deste conocimiento ha habido en el mundo. Y pues ninguna cosa de las susodichas se puede negar, síguese que este conoscimiento tiene la religión cristiana, pues en ella (como se presupone) ha habido tantos sanctos y buenos, de que las historias eclesiásticas y los martirologios dan claro testimonio. Mas decir que en el mundo no hay este conoscimiento ni culto verdadero de Dios, es grande blasfemia, porque es decir que la más noble criatura que Dios crió en la tierra, que es el hombre (para cuyo servicio todas las otras están deputadas) fuese criada de balde y sin medio para conseguir su último fin. Lo cual manifiestamente deroga á la bondad y sabiduría y providencia del Criador, que ninguna cosa hizo de balde, cuanto más el hombre.

Pues á esta necesidad decimos que acudió él revelándonos por sí y por boca de sus ministros la doctrina de la fe, que es lo que habemos de creer, y lo que habemos de obrar, y lo que habemos de esperar, y la manera en que lo habemos de servir y honrar.

Quédanos agora por declarar que esta celestial doctrina es la que profesa y enseña la religión cristiana. Lo cual se demostrará en el proceso de todo lo que en esta escriptura se sigue, donde por la hermosura y excelencias desta doctrina mostraremos haber sido Dios el autor y enseñador della.

SEGUNDA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA,
QUE ES SENTIR ALTAMENTE DE DIOS

CAPÍTULO IV

Entre las cosas que la verdadera fe y religión ha de tener, después de ser revelada por Dios, la primera y más principal es sentir alta y magníficamente de las grandezas de Dios. Esto sintieron aun los filósofos gentiles. Porque Galeno, príncipe de los médicos, tratando de la fábrica del cuerpo humano, y de las maravillas y providencias que en ellas se ven, dice que no consiste la verdadera religión en ofrecer á Dios perfumes olorosos ó sacrificios de animales, sino en conocer la grandeza de la sabiduría que tales cosas trazó y fabricó en la formación de nuestros cuerpos, y la grandeza del poder que fué bastante para ejecutar todo lo que así ordenó, y la grandeza de su bondad, que tan perfectamente proveyó á sus criaturas de todo lo necesario para su conservación, sin que nada les faltase. Esto supo decir aquel filósofo, en lo cual contesta con lo que declaró el mismo Señor por el profeta Oseas, cuando dijo (1): Misericordia quiero, y no sacrificios, y conocimiento de Dios más que holocaustos, que era otro género de sacrificio más perfecto. Pues este conocimiento nos enseña la fe católica, la cual confiesa ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor. Y así le atribuye las grandezas y perfecciones que todos los entendimientos así de hombres como de ángeles pueden comprehender, y todas en sumo grado de perfección. Y así confiesa ser él infinitamente bueno, sabio, poderoso, sancto, hermoso, justo y misericordioso. Y especialmente predica y confiesa su omnipotencia, la cual testifica ser tan universal y tan grande, que la fábrica de todo este mundo criado, y de todo cuanto hay en él, no le costó más que lo que dice David: Él dijo, y las cosas fueron hechas, él mandó, y luego fueron criadas. Y lo que excede toda admiración,

(1) Osee 6.

con la facilidad que crió este mundo, podría en un punto criar otros mil mundos tan grandes y tan hermosos y tan poblados como éste. Confiesa también que todas estas cosas crió él sin necesidad, y las gobierna sin cansancio, y las encamina á sus fines sin distraimiento. Confiesa que todas las cosas criadas penden dél, y él no pende de nadie, que todas son mudables, y en él no cabe mudanza, que todas son compuestas, mas en él ni hay composición ni división, que todas son capaces de alguna novedad, mas en él no hay cosa nueva ni vieja, que en todas hay cosas pasadas y presentes y venideras, mas en él no hay pasado ni venidero, porque lo uno y lo otro le está presente en el instante de su eternidad. Confiesa que todas tienen el ser y el saber y el poder limitado y finito, como él se lo quiso limitar, mas en él así el ser como el saber y el poder es infinito, porque no tuvo quien esto le limitase. Confiesa que todas las cosas tuvieron principio y pueden tener fin, mas él ni tuvo principio ni puede tener fin, siendo él principio y fin de todas ellas. Finalmente, todas ellas pueden dejar de ser, si él quisiere, mas él no puede dejar de ser, porque él es el mismo ser. Es tanta su grandeza, que todo este mundo criado delante dél no es más (como dice el Sabio) que una gota del rocío que cae por la mañana. Es tan grande su bondad, que no hay cosa que se pueda llamar buena, comparada con ella. Es tan grande su hermosura, que todas las hermosuras criadas se escurecen en su presencia. Es tan grande su sabiduría, que todo otro saber ante él es ignorancia. Es otrosí sumamente amigo de los buenos, y agradescido á sus servicios, y copioso galardonador dellos, y por el contrario sumamente enemigo de los malos, y aborrecedor de sus maldades, y justísimo castigador dellas. Finalmente, él es en todas sus perfecciones infinito, inmenso, inefable, invisible é incomprehensible, de tal manera que todo cuanto dél alcanzan los más altos serafines, es cuasi nada en comparación de lo que les queda por alcanzar, que es infinito. Y esto nos representan aquellos dos serafines que vió Esaías en el templo, de los cuales dice que con sus alas tenían cubierta la cara y los pies de Dios (1), para dar á entender que ninguna criatura, por altísima que sea, conoce á Dios de cabo á cabo, por ser él incomprehensible é infinito. Por lo cual todo se ve cuán magnífica-

(1) Esai. 6.

mente siente la religión cristiana de las grandezas de Dios, pues no es posible sentirse más altamente de lo que ella siente. Algunos de los filósofos le quitaron la providencia y cuidado de las cosas humanas, y quitada ésta, le quitaban la justicia, y la misericordia, y el agradescimiento de los servicios, y la fidelidad para con sus fieles siervos, y finalmente con esto destruían toda la religión y culto de Dios. Mas la fe católica de tal manera confiesa y extiende la divina Providencia, que ninguna cosa exime della, ni un pájaro que cae en el lazo, como dice el Salvador, y que él es el que da de comer á los hijuelos de los cuervos, cuando sus padres no se lo dan.

§ I

Esta excelencia susodicha pertenece á la fe, cuyo oficio es creer y confesar todas estas grandezas y perfecciones de Dios que habemos referido, y conforme á ellas reverenciarle y adorarle con adoración que llaman latría, que á solo Dios se debe. Y todo esto se ha de creer con tanta firmeza y constancia, que antes queramos perder la vida que faltar en esta fe y creencia. Porque como un capitán que tiene á cargo por su rey una fortaleza, está obligado á morir, si fuere menester, antes que hacer traición á su rey entregándola á algún tirano, así el cristiano está obligado á morir antes que hacer traición al verdadero Dios, adorando el falso.

A esto pues nos obliga la fe y religión cristiana, y así como ella lo manda y lo ha cumplido enteramente, porque en ella ha habido mil cuentos de mártires que se dejaron despedazar y abrasar por no dar la gloria que se debe al verdadero Dios, á los falsos dioses. Ni contra esto hay ley, ni parentesco, ni obligación de padres á hijos, ni de hijos á padres, ni otro cualquier vínculo, por estrecho que sea, que no se deba romper por esta obligación. Porque el celo de la honra y gloria que á Dios se debe, todas estas obligaciones ha de poner debajo de los pies, cuando se encuentran con esta grande obligación.

Y conforme á esto, tiene Dios promulgadas dos leyes admirables, que declaran bien la fe y reverencia que se debe á su divi-

na Majestad. La primera ley dice así (1): Si tu hermano, hijo de tu padre, ó tu hijo, ó tu hija, ó la mujer que duerme en tu seno, ó algún amigo á quien amas como á tu misma vida, te quisiere inducir á que adores dioses ajenos, mira que en ningún caso lo encubras, ni tengas compasión dél, sino muera luego por ello apedreado de todo el pueblo, y tú le has de tirar la primera piedra. Vea pues el hombre, en la justicia de esta ley, cuán grande sea la majestad de Dios, á quien tal reverencia y obediencia se debe.

Pues no es menos admirable la segunda ley, que dice así (2): Si supieres por cosa cierta que los moradores de alguna de tus ciudades adoran dioses extranjeros, en el punto que esto de cierto supieres, pasarás por los filos de la espada todos los moradores desa ciudad, sin perdonar ni aun á las bestias y ganados que pacen en el campo, y pondrás por tierra toda esa ciudad, y juntarás todas las alhajas y cosas della en medio de la plaza, y pegarles has fuego junto con la misma ciudad, de manera que ella quede hecha una sepultura eterna que nunca jamás sea reedificada. Y mira que no se te pegue á las manos cosa alguna della, sino todas sus cosas tendrás por abominables. Desta ley se concluye que si un hombre hallase allí piezas de oro y plata, no consiente esta divina ley tocar en cosa semejante, por la grandeza del odio y detestación que se debe tener á todo lo que de cualquier manera sirvió para desacatar á Dios. Pues esta ley no menos que la pasada declara la reverencia que se debe á aquella soberana Majestad, pues con tan espantoso juicio manda castigar el desacato cometido contra ella.

(1) Deut. 13. (2) Ibidem.

TERCERA Y CUARTA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SER ELLA RELIGIOSÍSIMA, ESTO ES, SER GRANDE HONRADORA Y GLORIFICADORA DE DIOS, Y MUY CUIDADOSA DEL CULTO DIVINO, Y SER TODA ESPIRITUAL.

CAPÍTULO V

A esta excelencia susodicha de la fe es muy connexa y conjuncta otra singular excelencia de nuestra sanctísima fe y doctrina cristiana, que es ser ella muy religiosa, esto es, dada al culto y veneración de Dios, y muy ocupada en sus alabanzas. Para lo cual es de saber que después de aquellas tres nobilísimas virtudes teologales, que tienen el principado entre todas las otras (porque tienen por objecto y blanco á Dios, á quien derechamente miran) el segundo lugar tiene ésta que llaman los teólogos religión, que tiene á su cargo el culto y veneración de Dios, alabándole y dándole gracias por sus beneficios, y pidiéndole gracia y remedio para todas nuestras necesidades como á verdadero remediador de todos los males, y ofreciéndonos prompta y alegremente á todas las cosas de su servicio. Y á esta virtud pertenece alabar y glorificar á Dios, y cantar y predicar las mismas perfecciones y grandezas que confiesa la fe. Por lo cual dije ser esta excelencia muy conjuncta con la pasada, porque lo que la una confiesa, la otra predica y alaba. Y para cumplir la Iglesia cristiana con lo que pide esta virtud, instituyó el oficio divino de las siete horas canónicas, con los psalmos y himnos y otras oraciones, y las fiestas del año, para lo cual deputó los ministros de la Iglesia, así clérigos como religiosos y religiosas dedicadas y consagradas á Dios. Y no contenta con las alabanzas y oficios y oraciones del día, quiere que también parte de la noche se ocupe en estos mismos ejercicios. Y para esto ordenó que no solamente los religiosos, mas también las religiosas (aunque mujeres flacas) se levanten de noche á las mismas horas. Para lo cual muchos, así dellos como dellas, se acuestan vestidos y en duras camas, para que más fácilmente

despidan el sueño, y se hallen más hábiles y ligeros para cantar las alabanzas divinas.

Y para esto entre otras sagradas lecciones y oraciones usa la Iglesia convenientísimamente de los Psalmos de David, con los cuales ejercitamos los principales oficios de la religión, que son alabar á Dios y predicar sus grandezas y perfecciones y las maravillas de sus obras. Y con ellos mismos le damos gracias por la muchedumbre de sus beneficios y misericordias, y pedimos favor y gracia para guardar sus mandamientos, que es oficio proprio de la oración, la cual pertenesce á la misma virtud de la religión. Porque la oración con que pedimos á nuestro Señor estos favores y socorros, por la misma obra que hace, honra y glorifica á Dios, testificando que él es padre de misericordias, y dador universal de todos los bienes, y autor de nuestra salud. Y todas estas cosas contienen los Psalmos de David, que están llenos del espíritu de Dios. Y así quien devotamente los cantare, cumplirá con lo que se debe á esta insigne virtud de la religión, la cual después de las tres virtudes teologales (que miran derechamente á Dios) tiene ella el principado entre todas las virtudes morales, porque tiene á su cargo el culto y veneración del mismo Dios.

Mas los siervos de Dios que con toda diligencia anhelan á la perfección, no se contentan con solo esto. Y con tener ellos cada día sus tiempos deputados para tratar con Dios en la oración, y darle gracias por sus beneficios, mas procuran ordenar su vida de tal manera que toda ella sea una continua oración. Y por eso la mezclan en todos los tiempos y lugares, esto es, cuando se acuestan, cuando se levantan, cuando van á comer, cuando acaban de comer, cuando salen de casa, cuando quieren tratar algún negocio, por pequeño que sea, y aun cuando quieren hablar, primero recorren á Dios con el Profeta, diciendo (1): Pon, Señor, guarda en mi boca, y cerradura en mis labios, para que no se desmanden en malas palabras. Pues ya cuando son tentados, cuando atribulados, cuando las prosperidades por una parte, y las adversidades por otra los cercan, ¿con qué armas pelean, y á qué puerto se acogen, sino al de la oración?

Y no menos toman ocasión para ella de cuantas cosas notables

(1) Psalm. 140.

sucеden en la vida humana. Y así cuando oyen algo de los desastres desta vida, de las enfermedades, muertes y pecados del mundo (de que Dios los ha librado) de aquí toman ocasión para darle gracias por esta liberación, pues entienden que no hay miseria, ni desastre, ni pecado en que caiga un hombre, en que no pueda caer otro hombre, si Dios no le guarda. Pues cuando el sol sale y alegra el mundo con su luz, cuando ven el cielo estrellado en una noche serena, cuando miran las flores de los campos, la verdura de las arboledas, los cantos de las aves, la frescura de los valles, la claridad y perpetuo manantial de los ríos y de las fuentes, el resplandor de las perlas, y la variedad y fecundidad de las aves de el aire, y de los animales de la tierra, y peces de la mar, de todas estas cosas toman motivos para alabar y glorificar al Criador de tantas maravillas, en las cuales como en un espejo lo ven y reverencian, rastreando por los efectos la hermosura y sabiduría y providencia de la primera causa, que es Dios. De modo que como dijo Sant Antonio, todo este mundo les es un libro en que leen las perfecciones y grandezas de Dios de tal manera, que los que saben filosofar y leer por este libro, en todas las cosas ven á Dios, autor de todas ellas.

§ I

Mas no paran aquí los amadores de la perfección, sino además de estos actos susodichos que pertenecen á la virtud de la religión, acrecientan los de la caridad, á la cual pertenece referir y enderezar todas nuestras obras, palabras, pensamientos y propósitos y deseos, y todos los pasos de nuestra vida á gloria y honra de Dios, que es proprio oficio de la caridad. Y no sólo refieren á él todas las obras virtuosas, mas también todas las otras que sirven á las necesidades de nuestra vida. Lo cual nos aconseja el Apóstol, cuando dice (1): Ora comáis, ó bebáis, ó hagáis otra cualquier obra, todo lo enderezad y ofresced á gloria de Dios.

Desta manera juntándose la virtud de la caridad con la de la religión, se hace un muy buen compuesto y un linaje de sacrificio muy saludable á las ánimas, y muy agradable á Dios. Porque

(1) I Cor. 10.

no se contentan estas dos virtudes con servir y honrar con sus proprias obras á Dios, sino llaman y provocan á todas las otras virtudes á lo mismo, esto es, á la paciencia, obediencia, ayunos, vigilias, oraciones, y asperezas del cuerpo, y obras de misericordia, y finalmente todas las obras de las otras virtudes, haciéndolas y enderezándolas á honra y gloria de Dios. De esta manera y con este ejercicio se viene á hacer una vida espiritual y divina, pues toda ella con todas nuestras obras se refiere y endereza á Dios, y por esa misma se cumple perfectamente con la principal de las tres partes de justicia, en que consiste la perfección de la vida cristiana, que son, cumplir con lo que debemos á Dios, y á nosotros, y á nuestros prójimos. Entre las cuales tres partes la primera, que tiene respecto á Dios, es tanto más excelente que las otras dos, cuanto es Dios más excelente que todo lo que no es él: y esas mismas dos partes que pertenescen á las criaturas, no tienen por sí precio, sino por la parte que les cabe de la primera, que es por referirlas y enderezarlas á Dios.

De esta manera pues enseña la doctrina cristiana á los amadores de la perfección á andar siempre uñidos con Dios, que es la mayor felicidad que en esta vida se puede alcanzar, pues dice el Apóstol que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él (1). Y este sancto ejercicio nos enseña esta doctrina. Porque no se contenta con que sintamos altamente de Dios y de todas sus perfecciones (conforme á lo que nos enseña la fe) sino quiere también que nos ocupemos en predicar y cantar día y noche sus alabanzas. Y cuán agradable le sea este ejercicio, decláralo en el Psalmo 49, en el cual, desechando todos los sacrificios de la vieja ley, pide este sacrificio de sus alabanzas, diciendo que éste es el que verdaderamente le honra y engrandece, y éste es el que pone los hombres en el camino de la verdadera salud y felicidad eterna. Y esta manera de sacrificio llama el profeta Oseas becerros de los labios (2), significando por esto ser más agradable á la Majestad divina estos becerros de sus alabanzas que los de otros animales.

Mas al fin de esta materia conviene avisar que aunque este ejercicio susodicho sea provechoso para todos los que caminan á la perfección, mas señaladamente sirve para los principios. Por-

(1) I Cor. 6. (2) Osee ult.

que los que arden ya en el amor de Dios, no tienen necesidad de estos despertadores para acordarse dél; porque la llama de amor que arde en sus corazones, los trae de tal manera uñidos con él, que no los deja apartar dél. Porque en él solo hallan suma consolación y descanso, y fuera dél todo les es desabrimiento y amargura.

§ II

De lo que hasta aquí está dicho se colige lo que al principio propusimos, que es esta singular excelencia de la fe y religión cristiana, que es ser ella religiosísima, esto es, grande honradora de Dios y muy dada al culto divino. Esta excelencia entenderemos mejor por comparación de otra que adelante se sigue, que es ser muy dada al estudio de la virtud. Porque quien considerare (como adelante diremos) lo que contienen los oficios divinos, los psalmos, los himnos, las antífonas, los responsos, las capítulas, las lecciones de los maitines, las epístolas y evangelios de las misas, con la confesión que les precede, y con las oraciones que se siguen, verá claro que todas estas cosas se ordenan á hacer á los hombres enemigos capitales de los vicios, y amadores y seguidores de toda virtud. Por lo cual se entenderá ser la religión cristiana una perfectísima escuela y oficina de toda virtud y sanctidad, que es una de las grandes excelencias y glorias que ella tiene.

Pues conforme á esto digo que quien considerare todas estas cosas susodichas, verá ser ella también religiosísima, esto es, grande honradora de Dios, porque en estas mismas cosas juntamente andan mezcladas las alabanzas divinas y el estudio de la oración, que son partes de la religión. Y lo mismo nos declara el *Gloria Patri* que se pone al fin de los psalmos y de los himnos, y la Gloria de la misa, y el prefacio della. Y lo mismo nos declaran las fiestas del año, no sólo las de Cristo nuestro Señor, sino también las de los sanctos, porque en ellas glorifica la Iglesia á Dios, que es admirable en ellos, y por eso los honra en sus fiestas, porque fueron ellos grandes honradores de Dios: y así todo lo que la Iglesia hace, redunda en gloria y alabanza del mismo Dios.

Con estas dos excelencias de la religión cristiana se pone ade-

lante otra, que es ser ella sobrenatural y divina. Porque la ley que tenemos fué dada por Dios, y la gracia con que se guarda, es dádiva de Dios, y los sacramentos que nos dan esa gracia, fueron instituídos por el mismo Hijo de Dios, y la fe, que es fundamento de la religión cristiana y entrada para los sacramentos, es don especial de Dios, y el premio que se da al guardador desta sancta ley, es el mismo Dios visto claramente en su misma esencia y hermosura. En lo cual se conosce ser esta sancta religión toda divina, pues el principio y los medios y el fin son divinos. Y del mismo fundamento se infiere ser esta sancta religión sobrenatural, que es otra grande excelencia, porque levanta al hombre sobre todo lo humano y sobre toda la alteza y dignidad de su naturaleza, y lo traslada y hace entrar en la orden de las cosas divinas.

§ III

A estas tres excelencias me pareció añadir la cuarta (aunque salga un poco del propósito) y ésta es, que como ella es toda divina, así es toda espiritual, conviene saber, contraria á los apetitos de la carne y conforme á las leyes del espíritu. Para cuyo entendimiento es de notar que así como el hombre está compuesto de dos partes, que son carne y espíritu, una de las cuales lo hace semejante á las bestias, y la otra á los ángeles (por dónde así como un hombre que es juntamente médico y zurujano, puede usar de cualquiera destos dos oficios) así el hombre, porque es compuesto de estas dos naturalezas, espíritu y carne, puede vivir dos maneras de vidas, una carnal, seguiendo los apetitos de su carne, con que se hace semejante á las bestias, y otra espiritual, seguiendo las leyes é inclinaciones del espíritu, con que se hace semejante á los ángeles y al mismo Dios, á cuya imagen y semejanza fué criado.

Digo pues que ésta es otra excelencia de la religión cristiana, ser ella toda espiritual, y enseñarnos á mortificar los apetitos sensuales de nuestra carne, y vivir conforme á las leyes del espíritu, lo cual nos enseña el Apóstol cuando dice: Si viviéredes según la carne, moriréis, y si con la fuerza del espíritu mortificáredes las obras de la carne, viviréis. Y en otro lugar: El que siem-

bra por parte de su carne obras de carne, cogerá de la carne obras de corrupción, y el que siembra por su espíritu obras espirituales, el fructo que de esta sementera cogerá, será la vida eterna. Y en otro lugar, hablando con los más aprovechados en el camino de Dios, dice: Los que son de Cristo, crucificaron su carne en todos sus vicios y concupiscencias. De modo que la vida déstos es una perpetua lucha y una conjuración del espíritu contra la carne y contra todos sus aliados, que son sus apetitos. Y en esta excelencia se verá cuán diferente sea la ley de los cristianos de la de los moros, pues la una, como está dicho, es toda espiritual, y la otra toda carnal, pues da licencia para tantas carnalidades y vicios de mujeres, y otros mucho mayores promete en su paraíso tan sucio y bestial como él lo fué, cuyos discípulos son todos los que viven conforme á los apetitos de su carne, porque aunque escupen y blasfeman con las palabras á Mahoma, con las obras le imitan, que es cosa de grande lástima y confusión, en la cual vive la mayor parte del mundo.

Estas cuatro excelencias susodichas, con las demás que se siguen, bastan para que el cristiano se alegre y dé gracias á Dios por haberle cabido tan dichosa suerte como es haber nacido en la casa de Dios, que es su Iglesia, donde está el conocimiento de la verdad, que nos lleva á la vida eterna.

QUINTA EXCELENCIA DE LA FE Y RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA RECTITUD DE LAS LEYES QUE NOS MANDA GUARDAR

CAPÍTULO VI

Después de honrar y sentir altamente de Dios (de que habemos tratado) lo que ha de tener la verdadera religión, son leyes sanctísimas conformes á la lumbre natural que el Criador imprimió en nuestros corazones, las cuales ninguna cosa admitan contra ella, y esto con palabras claras y compendiosas. Lo cual se halla tan perfectamente en la religión cristiana, que no se puede más desear. Ca ella resume todas las leyes en dos palabras, que son amar á Dios sobre todas las cosas y á los prójimos como á nosotros mismos. De estas dos leyes trataremos agora aquí brevemente, y primero de la primera.

Pues la primera ley, y la más alta, más justa y más obligatoria, es amar á Dios sobre todas las cosas, y amarle con toda nuestra voluntad, entendimiento y memoria, y con todas nuestras fuerzas, y finalmente con todo lo que él crió, para que todo sirva á quien todo lo dió. Amámosle con toda nuestra voluntad, deseando que él sea el que es, que es la suma de todos los bienes, y deseando que todas sus criaturas le alaben y sirvan y glorifiquen, y doliéndonos de corazón porque no lo hacen. Amámosle también con el entendimiento, considerando sus divinas perfecciones y grandezas y todo aquello que nos puede inducir á su amor. Amámosle con la memoria, acordándonos de los beneficios recebidos, porque éstos aun á las bestias fieras incitan á amar á quien bien les hace, pues como dice el Profeta (1), hasta el buey y el asno (que son animales rudísimos) reconoscen el pesebre de su señor. Amámosle también con todas nuestras fuerzas, cuando todas las empleamos en el servicio de quien las dió y las conserva.

(1) Esai. 1.

Aquí es de notar que como la excelencia pasada principalmente pertenece á la fe, así ésta pertenece á la caridad, que es forma y vida desa misma fe y de todas las virtudes, sin la cual ellas ni son virtudes cristianas, ni tienen mérito ante Dios. Y como dijimos que la fe era don de Dios, así decimos que lo es también la caridad, y aun el mayor de los dones suyos, como lo prueba largamente el Apóstol en la segunda epístola á los de Corinto (1), y en la que escribió á los Romanos (2), donde dice que la caridad de Dios ha sido infundida en nuestros corazones por virtud del Espíritu Sancto que nos es dado. Dónde claramente muestra ser esta virtud don de Dios, infundido por él en nuestros corazones.

Y como la fe nos obliga á creer en Dios con tanta firmeza que estemos aparejados á perder la vida con todo cuanto más tuviéremos, por ella, así la caridad nos obliga á amar á Dios más que todas las cosas que en esta vida se aman, y aborrecer el pecado, que le es contrario, sobre todas las cosas que se aborrecen, porque por él perdemos á Dios.De dónde se infiere que ofreciéndose caso en que hayamos de perder todas las cosas que en esta vida se aman, ó perder á Dios con un pecado mortal, estamos obligados á posponerlo todo por no perder á Dios. De lo cual tenemos ejemplo muy palpable en la sancta Susana, la cual puesta en medio destos dos tan grandes contrastes, se determinó de perder vida, fama y honra suya y de sus padres, marido y hijos, con todo lo demás que se pierde perdida la vida, antes que hacer una ofensa con que perdía á Dios. Pero más admirable ejemplo es el de tres madres, una del Testamento Viejo, que fué la madre de los siete Macabeos, y dos del Nuevo, por nombre Felícitas y Sinforosa, cada una de ellas con siete hijos mancebos. Las cuales consintieron despedazar las carnes de sus hijos delante de sus ojos, por no cometer una ofensa contra Dios.

Pues en esto son conformes la fe y la caridad, porque como la fe nos obliga á morir por no perderla, así también la ley de la caridad. Y cuanto toca á lo que debe á Dios, no se puede poner otra ley más justa ni más obligatoria que ésta que nos propone la religión cristiana.

De esta virtud, que es reina de todas las virtudes, había mu-

(1) II Cor. 11. (2) Rom. 5.

cho que decir en este lugar, mas porque están escriptos dos tratados nuestros del amor de Dios, uno en el Memorial de la Vida Cristiana, y otro en las Adiciones dél, donde esta materia se trata copiosamente, no digo más en este lugar.

§ I

Mas vengo á la segunda ley, que toca al amor del prójimo, el cual nos encomienda la religión cristiana tan encarecidamente, que nos manda amarle como á nosotros mismos, que es lo último que se puede encarecer. Pues ¿qué virtud hay que no se comprehenda en este mandamiento, y qué vicio que no se excluya con él? Porque amando yo al prójimo como á mí, como yo no quiero ser agraviado, ni maltratado, ni robado, ni infamado, ni injuriado, ni deshonrado de nadie, así yo nada desto haré contra mi prójimo. Y por el contrario, como yo deseo ser socorrido en mis necesidades, y ayudado en mis trabajos, y consolado en mis angustias, y amparado en mis peligros, así usaré yo de todos estos oficios y beneficios con mis prójimos. Y así en estas dos palabras están resumidas todas las leyes y todas las escripturas. Mas el amor de los prójimos (que es cuchillo y muerte de infinitos pecados que se hacen contra ellos) nos encomendó el Salvador tan encarecidamente en su doctrina, que dice estas palabras (1): Si llegares á ofrescer tu ofrenda en el altar, y en ese lugar te acordares que tu prójimo ha recebido algún agravio de ti, deja tu ofrenda al pie del altar, y ve primero á reconciliarte con tu prójimo, y esto hecho, vuelve á ofrescer tu ofrenda. No parece que se pudiera encarescer más esta ley de la caridad para con los prójimos, que querer Dios en cierta manera anteponer la deuda que debemos al prójimo, á la ofrenda y sacrificio que se ofresce á él. En lo cual da á entender que ningún linaje de servicio ni sacrificio le agrada, si al prójimo tenemos agraviado, y no hacemos lo que es de nuestra parte para desagraviarlo. Pues según esto, ¡cuán justo y cuán grande amador es de los hombres que él crió, quien tan justa, tan caritativa y piadosa ley les dió!

Pues ¿qué diré de aquellas divinas palabras con que en el día

(1) Matth. 5.

del juicio ha de galardonar las obras de caridad y misericordia, diciendo á los buenos (1): Lo que hicistes á uno destos pobrecitos, á mí mismo lo hicistes? Y habiendo otras muchas obras virtuosas, por las cuales se da el reino del cielo, no se hace aquí mención sino de las obras de caridad, para declararnos aquel Maestro que nos vino del cielo, cuánta parte sean estas obras de misericordia para alcanzar misericordia delante de Dios, y cuánta parte la falta dellas para no alcanzarla.

Pues ¿qué ley se pudiera poner á los hombres más dulce y más caritativa que ésta? Y ¿con qué palabras pudiera más nuestro Señor encarecer las obras de caridad y misericordia que con éstas? Si este Señor con toda su sabiduría quisiera inducir los hombres á estas obras, ¿qué más pudiera hacer que decir: Lo que hecistes á uno destos necesitados, á mi persona lo hecistes? En lo cual se ve cuánta sea la hermosura y excelencia de la ley de los cristianos, pues toda ella consiste en caridad y benevolencia y obras de piedad y hermandad. Y ¿qué sería el mundo, si esta ley se guardase, sino un paraíso terrenal, siendo agora, como lo es en mucha parte, una congregación de fieras que se comen unas á otras?

Y no es menor excelencia desta sanctísima ley no haber en ella cosa que se pueda llamar imperfección. De lo cual no carecía la ley antigua, donde (por no ser aún venida la luz y gracia del Evangelio) se sufrían algunas imperfecciones, como era tener muchas mujeres, y dar libelo de repudio á la que les descontentase. Lo cual dice el Salvador que permitió Moisén por la dureza de corazón de aquel pueblo, por que no cayesen en otro mal mayor, matando las mujeres que les descontentasen. Pero nada desto consienten las leyes de nuestra sanctísima fe y religión.

Mas aquí es mucho para considerar la bondad y providencia de nuestro Señor, el cual como desea que todos los hombres se salven y vengan á gozar de la bienaventuranza para que fueron criados, hízoles para esto el camino fácil y muy llano, porque demás de las fuerzas de la gracia que les da para caminar por él quitóles la carga pesada de la vieja ley, resumiendo toda su doctrina en estas dos leyes susodichas de amor, tan fáciles de guar-

(1) Matth. 25.

dar. Porque como él venía á hacer de dos pueblos uno, que era de judíos y gentiles, quitó de por medio lo que á cada una de las partes ofendía. Á los judíos ofendía la idolatría de los gentiles, y á los gentiles la carga de la ley de los judíos. Pues por esto, el que venía á confederar estos dos pueblos, quitó los ofensivos de ambos, porque quitó la idolatría de los gentiles y las cargas de la ley de los judíos, como más largamente lo declara el Apóstol en la Epístola escrita á los de Éfeso (1). Y desta manera quedó toda la doctrina cristiana recogida en estos dos mandamientos susodichos de la caridad, de que penden (como dice el Salvador) la ley y los profetas. Y la guarda desta ley basta para la salvación de cualquiera fiel que la guardare.

(1) Ephes. 2.

SEXTA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA,
QUE ES LA ALTEZA DE LA VIDA
QUE MEDIANTE LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS NOS ENSEÑA

CAPÍTULO VII

Es nuestro Señor tan deseoso de la salvación de los hombres, que les facilitó el camino del cielo, quitándoles la carga de los mandamientos de la ley antigua, y resumiendo la doctrina de la nueva ley en estos dos mandamientos susodichos, tan conformes á la lumbre natural de la razón, para que el que fuere desobediente, no tenga excusa honesta que alegar por sí.

Mas para los que no contentos con esto anhelan á la perfección de la vida cristiana, propúsoles en su Evangelio consejos de grande perfección, mediante los cuales, levantándolos sobre la facultad y condición de la naturaleza humana, los hace espirituales y divinos y semejantes á Dios y á sus sanctos ángeles. Los cuales apuntaremos aquí brevemente, porque la declaración dellos pide más largo tratado, puesto caso que en algunos dellos nos detendremos algo más.

Pues entre estos consejos el primero es que después de amar los enemigos, á que nos obliga la ley de la caridad susodicha, pasemos adelante, y hagamos bien á quien nos hace mal, y roguemos á Dios por ellos, procurando de vencer su malquerencia con nuestros beneficios. Otro consejo se sigue después de éste, el cual sirve á la perfección y fineza desta misma caridad, que es no traer pleitos, por seguirse muchas veces dellos rancores y malas voluntades. Otro es no jurar, aunque sea verdad lo que se jura, por la reverencia que se debe al nombre de nuestro Señor. Otro consejo es el de la castidad, el cual libra al hombre de las cargas y cuidados del matrimonio, que suelen distraer el espíritu. Otro es el de la pobreza evangélica, con el cual despide el hombre de sí todos los cuidados y negocios y pleitos que suele traer consigo la posesión de los bienes temporales. Otro consejo es

el de la obediencia, con el cual el hombre se despoja de sí mismo, renunciando su propria voluntad en manos de su superior. Y con estos tres postreros consejos queda el hombre dentro y fuera de sí libre y desembarazado para entregarse todo á la contemplación de las cosas divinas. Otro consejo es el de los ayunos y abstinencia, con que maceramos y enflaquecemos nuestra carne, y así también se enflaquecen las pasiones que della proceden. Otro consejo es el de la limosna y obras de misericordia espirituales y corporales, no sólo en caso de extrema ó grande necesidad (porque en estos casos más es precepto que consejo) sino también fuera dellos.

Todos estos consejos se ordenan á un muy alto fin, que es traer siempre nuestro espíritu uñido con Dios. Y por eso es muy encomendado otro consejo divino, que es la frecuente y continuada oración: Porque ésta es la que junta nuestro espíritu con Dios, hablando y conversando con él, demás de ser ella un eficacísimo medio para alcanzar la gracia, pues su oficio proprio es pedirla, mediante la cual cobra el hombre nuevo espíritu y nuevas fuerzas para la guarda de los mandamientos divinos. Por lo cual dijo el Eclesiástico (1): Quien guarda la ley, multiplica la oración. Porque como entiende que no puede guardar perfectamente esa ley sin el socorro de la gracia, cuanto con mayor cuidado pretende guardar la ley, tanto con mayor estudio frecuenta la oración, con que se alcanza la gracia que nos da fuerzas para guardar esa ley. Este oficio es tan proprio del cristiano, que dél (como de cosa muy principal) quiso el Señor que se intitulase su Iglesia, cuando dijo (2): Mi casa será llamada casa de oración en todas las gentes. Y por esto todas las sanctas Escripturas á cada paso nos encomiendan esta virtud. Sant Pablo, en la carta que escribe á los de Tesalónica, dice (3): Haced oración sin cesar, y dad gracias al Señor en todas las cosas. En otra manda que para defendernos de las tentaciones del enemigo, hagamos oración en todo tiempo en espíritu (4), que es, con entrañable devoción y atención. En otra dice (5): Quiero que los hombres hagan oración en todo lugar, levantando las manos puras á Dios. Y estima en tanto el Apóstol esta virtud, que por amor de ella aconseja la castidad, por que así esté el hombre más libre para darse á la ora-

(1) Eccli. 35. (2) Esai. 56. (3) I Thessal. 5. (4) Ephes. 6. (5) I Tim. 2.

ción (1). De manera que bien mirado, la perfección de la vida cristiana, guardada conforme á los consejos del Evangelio, es una perpetua oración, que es traer siempre el corazón levantado á Dios, como lo hacían todos los sanctos, y especialmente aquéllos que se acogían á la soledad de los desiertos para vacar siempre á Dios. Pues ¿qué es esto sino querer que el hombre esté siempre unido con Dios, y que trate siempre con Dios, y que negocie todas sus cosas con Dios, y finalmente que estando en la tierra, more en el cielo conversando con Dios? Y ¿qué es esto sino imitar el oficio de los ángeles, que están siempre en la presencia de aquella soberana Majestad? Y ¿qué se puede esperar de aquí, sino que como Moisén bajó del monte lleno de claridad (2), por haber tanto tiempo comunicado con Dios, así venga el hombre á hacerse divino por esta misma comunicación? Porque si dice el Apóstol que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él (3), ¿qué se puede esperar de aquí, sino hacerse el hombre espiritual y divino? Esta diferencia ponen los filósofos entre nuestros sentidos y el entendimiento, que aquéllos se ofenden con las cosas muy sensibles, como los ojos con una grande luz, y los oídos con un gran trueno, mas por el contrario el entendimiento tanto más se ennoblece y perfecciona, cuanto las cosas que contempla son más altas. Pues no habiendo cosa más alta en el mundo que Dios, ¿cuán ennoblecido y ahidalgado quedará nuestro entendimiento, estando siempre levantado y ocupado en Dios? Esto solo basta (aunque más no hubiese) para conocer la alteza de la religión que tal doctrina y tal ejercicio nos enseña.

§ I

Otro consejo altísimo es el que arriba tocamos de la virginidad y castidad, el cual levanta al hombre sobre la facultad y condición de la naturaleza humana, y lo hace semejante á los ángeles y á los moradores del cielo, donde como dice el Salvador, no hay bodas ni casamientos. Esta virtud que así levanta al hombre, es especial don de Dios, sin cuya gracia nadie la puede perpetuamente guardar. Es también esta virtud amiga de la oración, y

(1) I Cor. 7. (2) Exod. 24. (3) I Cor. 6.

por esta causa la aconseja el Apóstol á los fieles de Corinto, para que como él dice, libres de las cargas y cuidados del matrimonio, puedan sin impedimento emplearse en el oficio de la oración (1). Y como esta virtud ayuda por esta vía á la oración, así la oración es uno de los principales medios por donde ella se alcanza, como lo es también para los otros dones de Dios.

Y como esta virtud es muy alabada en la ley de gracia, así es grandemente aborrecido el vicio contrario á ella. Por dónde los Apóstoles, libertando á los fieles que habían creído de los gentiles, de las cargas de la ley antigua, resumieron su doctrina en mandarles que se apartasen de la veneración de los ídolos y del pecado de la fornicación, como uno de los principales vicios que aborrece la pureza de la religión cristiana (2). Aunque también figuró esto Dios en la ley con la ceremonia de la circuncisión, por la cual nos manda cortar y cercenar de nuestras vidas este vicio. Del cual también nos aparta el Apóstol diciendo que todos los pecados que hacen los hombres, están fuera de sus cuerpos, mas éste ensucia y profana su proprio cuerpo, y lo inhabilita para ser templo de Dios (3).

Mas tornando al propósito, todos estos consejos que aquí habemos contado, nos declaran cuán grande sea la perfección de la vida cristiana, pues levanta al hombre sobre la condición de su propria naturaleza á una vida sobrenatural y divina. Lo cual no sólo declaran estos consejos susodichos (á que contradice la condición de la naturaleza corrupta) sino también la alteza del fin á que ella se ordena, que es ver la esencia divina en su misma gloria y hermosura, lo cual á ninguna criatura criada ni por criar, por altísima que fuese, puede convenir por vía de naturaleza, sino por sola la divina gracia. Por dónde como el fin es sobrenatural, así lo han de ser todos los medios, pues es regla de filosofía que el fin y los medios han de ser de la misma orden, y así lo son en esta parte. Ca los medios para conseguir este fin son las virtudes infusas, que son sobrenaturales, y la gracia de donde ellas proceden, también es sobrenatural, infundida por el Espíritu Sancto, y los sacramentos que causan y dan esta gracia, también tienen debajo de forma visible virtud y gracia invisible. Y demás desto la fe, que es fundamento de todo lo dicho, es una

(1) I Cor. 7. (2) Act 15. (3) I Cor. 6.

lumbre sobrenatural que infunde Dios en el ánima, que la inclina á creer todo lo que él nos tiene revelado, aunque sobrepuje la facultad de la razón. Por dónde confesar la religión cristiana muchas cosas que no alcanza nuestra razón, no sólo no es argumento contra ella, sino por ella, pues siendo el fin (como dijimos) sobrenatural, necesariamente se sigue que también lo han de ser los medios.

Dónde también es de notar que como esta manera de vida es sobrenatural, así también es celestial y divina, y toda llena de virtud y sanctidad, porque quien estuviere atento á las misas y oficios divinos y á las antífonas y responsos y oraciones que se cantan en ellos, y á los sacramentos que se administran en ellos, verá claro que todo ello sirve para inducir los hombres á ser justos y sanctos, y que no es otra cosa la Iglesia cristiana sino una oficina y escuela de sanctidad y virtud, pues ninguna otra cosa se trata en ella sino ésta. Lo cual declararon brevemente los dos sanctos hermanos Joanes y Paulo, cuando mandaron decir al apóstata Juliano que se habían apartado de su compañía por haber él desamparado una religión llena de virtudes. Lo cual es manifiesto indicio de la excelencia desta religión, pues toda ella y todas las partes della se ordenan á hacer á los hombres virtuosos y honradores de Dios. Por dónde ella misma, sin traer razones ni argumentos de fuera, se justifica y aprueba con su misma sanctidad y hermosura, como al principio dijimos.

§ II

Éstos pues son los consejos que nos vino á dar del cielo aquel Señor que por esto se llama Ángel de gran consejo. Esto nos enseñó en toda la doctrina de su Evangelio, y mucho más con los ejemplos de su vida sanctísima. Éstos guardaron los Apóstoles, éstos los pontífices que les sucedieron, éstos aquellos sanctos Padres que moraban en los desiertos, éstos las vírgines purísimas que gloriosamente triunfaron de su flaca naturaleza y de su misma carne, subjectándola al espíritu, y éstos mismos abrazan hoy día todos los amadores de la vida y perfección evangélica.

Ésta es pues la más alta manera de vida que nos enseña la doctrina cristiana. Ésta es la que nos descarna de toda carne,

y nos hace vivir conforme á la mejor y más alta parte de nosotros, que es el espíritu. Ésta es la que levanta el hombre sobre sí mismo, que es sobre la naturaleza de su carne (que á todo esto contradice) y así lo hace semejante en su grado á aquellas soberanas inteligencias que viven sin carne. Y ésta finalmente es la que libertando al hombre de los cuidados y negocios y aficiones de las cosas de la tierra, lo levanta á las del cielo, y lo habilita para la contemplación de las cosas divinas, en la cual consiste la bienaventuranza que en esta vida se puede alcanzar. Y lo que más es, por este medio se junta el hombre con Dios, que es el centro y lugar de su paz y cumplido reposo y la suma de toda nuestra felicidad. Porque así como la piedra que contra su naturaleza está en lo alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego ella por sí se viene á lo bajo (que es su lugar natural) así nuestra ánima, libertada por virtud de la gracia de todos los impedimentos que se quitan con la guarda destos consejos, ella luego (como sea espíritu, y tenga aquel supremo espíritu por su centro) con facilidad y suavidad caminará para él, y así se hace una cosa con él. Y siendo esto así, queda probada y declarada la excelencia de la religión cristiana, que es tener leyes justísimas, y demás dellas consejos altísimos y sanctísimos para los que anhelan á la perfección, como ya está declarado.

Por todo lo dicho entenderemos que hay dos maneras de vida en la religión cristiana: una, de aquéllos que guardan fielmente los mandamientos, y otra, de los que se esfuerzan á guardar también los consejos. Las cuales vidas se nos representan en dos maneras de sacrificios que se usaban en la ley, unos, en que se quemaban y ofrescían á Dios las enjundias y grosuras de los animales, y otros más perfectos, en que todo el animal entero se quemaba y ofrecía á Dios, que llamaban holocaustos. Por los primeros entendemos los que cumpliendo fielmente con la ley de la caridad, ofrescen á Dios lo interior de su corazón por amor, y lo demás del tiempo y del corazón emplean en el remedio de sus necesidades. Mas por los segundos entendemos los que renunciando todos estos cuidados y negocios, no tratan más que un solo negocio, que es vacar á Dios, y juntar su espíritu por ardentísimo y continuo amor con él. Tal fué la vida de los sanctos, que morando con los cuerpos en la peregrinación desta vida (teniéndose por extranjeros y huéspedes en ella) con el pensamiento y

con el deseo conversaban en el cielo. Bienaventurados pues los que de tal manera viven, que merecen ser sacrificios vivos de Dios: pero muy más bienaventurados los que de tal manera se entregaron á él, que se pueden llamar holocaustos.

Mas aquí advierto que éstos sobredichos, que regularmente son consejos, en caso de necesidad vienen á ser preceptos, como es el consejo de la limosna en graves ó extremas necesidades, y el del ayuno y de la oración, y así los demás en casos que se ofrescen.

SÉPTIMA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE SOLA ELLA TIENE SACRAMENTOS QUE CAUSAN Y DAN GRACIA

CAPÍTULO VIII

MAS dado caso que el oficio y fin de las buenas leyes sea atajar los pecados y enfrenar nuestros apetitos, mas no basta ella sola para esto, por razón de la común dolencia de la naturaleza humana, que nos vino por el pecado, por el cual quedó ella tan pervertida (como arriba declaramos) que teniendo las afecciones y deseos vivísimos para todo lo corporal, los tiene muy flacos para todo lo espiritual. De modo que ella está como un enfermo que tiene la mitad del cuerpo paraliticado, el cual tiene una parte tan sensible, que una picadura de un mosquito le da pena, y en la otra no siente ni un cauterio de fuego. Pues desta manera quedó el hombre miserable tan insensible para las heridas mortales de su ánima, y tan sentible para cualquier daño del cuerpo. Ni para la cura desta dolencia bastan las leyes de Dios con todas sus promesas y amenazas y con todos sus castigos y beneficios, porque todo esto tuvieron un tiempo los judíos, y con todo eso se desmandaron tanto, que parte dellos fueron llevados captivos á Babilonia, y otra parte (que era la mayor de los diez tribus) fué desposeída de la tierra de promisión que Dios les había dado, y llevados captivos á tierras extrañas, sin que todas las leyes que Dios les había puesto para enfrenar sus apetitos, bastasen para esto, antes, según dice el Apóstol (1), con la prohibición de la ley cresció más el apetito de lo que por ella les era vedado.

Este miserable estado en que el hombre quedó, nos representa aquel endemoniado, de quien se escribe en el Evangelio que moraba en los monumentos, el cual era tan bravo y tan furioso, que hacía pedazos todas las ataduras y cadenas con que lo prendían (2). Pues tal es el hombre despojado de la gracia, á quien todas las cadenas y prisiones de las leyes con que Dios le

(1) Rom. 7. (2) Marci 5.

quería tener preso y subjecto á la guarda de sus mandamientos, las rompe y hace pedazos con el furor y vehemencia de sus apetitos. Los cuales son tales, que hacen al hombre carnal de peor condición que los brutos animales. Porque éstos no apetescen más que aquello á que su naturaleza los inclina, mas el hombre (demás de tener él por parte de su carne semejantes inclinaciones á las de los brutos) tiene también razón y entendimiento para inventar otros linajes de torpezas y carnalidades y otras invenciones de regalos y crueldades ajenas de toda humanidad, como se ve en la extrañeza de los tormentos con que los tiranos atormentaban los sanctos mártires.

Esto nos declara la necesidad que tenemos del socorro de la gracia y de los sacramentos, por los cuales ella se nos da. Y por aquí entenderemos la perfección de la ley y religión cristiana entre cuantas ha habido en el mundo (aunque éntre en esta cuenta la ley dada por Dios en el monte Sinaí) porque ella sola es la que tiene sacramentos que dan gracia, con cuya virtud se guarda la ley divina. Para cuyo entendimiento habemos de notar que es conclusión de fe católica (contra la herejía de Pelagio) que ningún hombre puede guardar enteramente la ley de Dios y vivir por largo tiempo sin caer en algún pecado mortal, sin el socorro de la divina gracia. Esto nos declaró el Salvador, cuando hablando con sus discípulos, dijo (1): Sin mí ninguna cosa podéis hacer. Y el sancto Job hablando con Dios (2): ¿Quién, dice él, puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino solo vos, Señor? Y Moisén hablando con Dios (3): Nadie, dice él, por sí mismo puede ser inocente delante de vos. Pues siendo verdad que ningún hombre puede enteramente guardar la ley de Dios sin el socorro de su gracia, y no guardándola no se puede salvar, síguese que la mayor necesidad de cuantas el hombre tiene, es del socorro desta gracia. Y pues tenemos ya por cosa cierta y averiguada que aquella soberana y perfecta providencia no falta en las cosas necesarias al bien de sus criaturas, mucho menos faltará al hombre en la mayor de sus necesidades, que es ésta, de la cual pende su salvación ó condenación. Pues á esto acudió él perfectísimamente con los sacramentos de la ley de gracia, que son medicinas espirituales desta común dolencia, y caños por donde corre

(1) Joan. 15. (2) Job 14. (3) Exod. 34.

y se deriva en nuestras ánimas el agua de la divina gracia. La cual, demás de hacer al ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, trae consigo todas las virtudes, las cuales la esfuerzan y habilitan así para la obra de los divinos mandamientos como para resistir á todas las tentaciones de nuestros adversarios y enfrenar todos nuestros apetitos.

Mas aquí es de notar que cada uno de los sacramentos tiene un efecto común, y otro particular. El común es dar esta gracia (que es común á todos los sacramentos de la ley de gracia, cuando el hombre de su parte no pone impedimento para ella) y el particular es el que cada uno tiene para remedio de alguna particular necesidad de nuestra ánima. Porque como sean diversas estas necesidades, así eran necesarias diversas maneras de remedios para la cura dellas. Y conforme á esto un sacramento sirve para nascer en la vida espiritual y quitar el pecado original, otro para fortalecernos en esta vida, otro para para mantener y conservarnos en ella, otro para la cura de nuestras enfermedades espirituales, que son los pecados, y otro para quitar las reliquias dellos, y ayudarnos en el fin de nuestra vida, que es la extrema unción. Mas los otros dos, que son de la orden y matrimonio, sirven para ayudar los hombres á cumplir con las leyes y obligaciones de estas dos maneras de vida que hay en la Iglesia cristiana, que son sacerdotes y casados.

Todo esto nos declara ser Dios el autor desta sanctísima fe y religión, pues á la perfección de su divina Providencia pertenecía proveer de saludables y convenientes remedios á estas necesidades tan notorias, y no era razón que faltase esta providencia en las necesidades espirituales (que son de mayor importancia) pues no falta en las corporales, que tan poco importan. Y ésta es una de las cosas que declaran la perfección y excelencia de nuestra religión, y la imperfección de todas las otras, que destos remedios tan necesarios carecen.

OCTAVA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES EL FAVOR GRANDE QUE PROMETE Á LA VIRTUD, Y DISFAVOR Á LOS VICIOS

CAPÍTULO IX

La quinta cosa que ha de tener la verdadera religión, es que proponga grandes favores á la virtud, y grandes disfavores al vicio, señalando grande premios y honras á lo uno, y grandes disfavores y castigos á lo otro, pues nos consta que (como suelen decir) pena y premio son los dos pesos que traen al reloj de la república y de nuestra vida concertado. Pues cuanto á esto es tan extremada nuestra religión, que no hay cosa que se pueda comparar con ella. Porque á la virtud promete tan grandes bienes, que como el Apóstol dice (1), ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón de hombre pudo caber lo que Dios tiene aparejado para los que le aman. Porque no les promete menos que la participación de su misma gloria, la cual consiste en ver claramente la esencia divina, y gozar eternalmente della. Mas por el contrario, propone á los malos y rebeldes la pena del infierno, que es fuego eterno y privación del sumo bien. La cual pena es dos veces infinita: la una, porque priva al condenado de un bien infinito, que es Dios, y la otra, porque ha de durar para siempre, por lo cual se llama infinita por carecer de fin.

Y para mayor gloria y pena de buenos y malos propone la fe otra cosa que nunca toda la filosofía del mundo alcanzó ni pudo alcanzar, que es la resurrección de los cuerpos, para que pues el cuerpo del justo llevó parte de la carga de la virtud, ayunando y velando y orando, y el del mártir padesciendo, tenga su parte con el ánima en la gloria, pues la ayudó fielmente á llevar la carga. Y por el contrario, el del malo que por cumplir con sus apetitos y deleites, despreció las leyes de Dios, pague juntamente con el ánima la golosina de su culpa con la pena. Y esto todo

(1) I Cor. 2. Esai. 64.

pertenece á la rectitud de la divina Justicia, la cual justísimamente ordenó que pues todo el hombre en cuerpo y ánima pecó, en ambas cosas padezca, y el que en ambas por su amor trabajó, en ambas sea galardonado. Mas en este artículo de nuestra fe la maravilla es que el mismo cuerpo que murió, ha de resuscitar, y no otro por él. Porque hacer otro de nuevo sería contra esa misma justicia, pues sería castigar al cuerpo que nunca pecó, y galardonar al que nada mereció. De lo cual se seguiría que el cuerpo del malo se alegraría viendo que no él, sino otro por él había de ser atormentado, y el del justo por el contrario se entristecería viendo que no él, sino otro por él había de ser galardonado.

Mas no piense nadie que todo el galardón y castigo de buenos y malos se guarda para la otra vida. Porque también en ésta promete Dios á sus fieles siervos mil maneras de favores, y otras tantas maneras de azotes y calamidades á los malos, de que están llenas todas las sanctas Escripturas, y señaladamente las de los profetas, que principalmente tratan destas dos cosas, que por excusar prolijidad no se ponen aquí. Por lo cual todo se ve cuán favorecida sea la virtud, y cuán desfavorecido el vicio en la religión cristiana. Esta excelencia es tan grande y tan poderosa para hacer los hombres guardadores de la ley de Dios, que della ha procedido la infinidad de sanctos y sanctas que ha habido y hay en el mundo, por entender ellos la importancia deste negocio, que no es menos que pena y gloria de todos los siglos, y así provocados con lo uno y atemorizados con lo otro, con estas dos tan agudas espuelas de temor y esperanza corren apresuradamente por la senda estrecha de la virtud. Y esta esperanza fué la que señaladamente esforzó los sanctos mártires en medio de sus tormentos, porque sabían que acabando de dar la postrera boqueada, les estaban luego abiertas de par en par las puertas del cielo, y los ángeles aparejados para acompañarlos en este camino. Mas quitada esta esperanza, ¿qué se puede seguir sino lo que el Apóstol en nombre de los malos dice (1): Si no hay esperanza de otra vida, comamos y bebamos, porque mañana moriremos? Pues cuanto á este punto no se puede desear ni imaginar más de lo que nuestra sancta fe y religión propone y enseña.

(1) I Cor. 15.

NONA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA ANTIGÜEDAD DELLA

CAPÍTULO X

TIENE también otra excelencia esta sancta religión, que es la antigüedad della. Porque la antigüedad da autoridad á las cosas, y la verdad es simple y constante y siempre de una manera, como quiera que la mentira sea de muchas. Así vemos que para acertar en el fiel del blanco no hay más que un camino derecho, mas para errar y desviarse dél hay muchos, y lo mismo acaesce en la verdad y en la mentira. Pues esta antigüedad y verdad se halla en nuestra fe y religión, la cual comenzó dende el principio del mundo, y así ha permanecido hasta hoy, y permanecerá hasta la fin. Porque cónstanos que Adán, de cuya penitencia se hace mención en el libro de la Sabiduría (1), tuvo revelación y conocimiento de Dios y de su providencia, y de la manera en que él ha de ser servido, y de la pena y gloria que en la otra vida está deputada para buenos y malos. Y esta doctrina enseñó él á sus hijos, y señaladamente al inocente Abel, y de aquí se derivó en otros descendientes suyos, como fué Sem y Enoch hasta Noé. El cual también la enseñó él á sus hijos, los cuales vieron la severidad del juicio de Dios contra los pecados en aquel tan espantoso castigo del diluvio. A Noé sucedió Abraham, y corrió por su sancto hijo Isaac, y déste vino al patriarca Jacob. Y después déstos en la salida de Egipto sucedió Moisén, el cual dió por escripto en dos tablas de piedra la ley natural que Dios había escripto en los corazones de los pasados. A la cual se acrescentaron las cerimonias de la ley y los sacrificios, los cuales con todo lo demás figuraban aquel sumo sacrificio del verdadero Cordero, que había de ofrecerse por los pecados del mundo, y pagar con la muerte que no debía, la que todos debíamos. Con la ley se juntaron los profetas, los cuales no ya por imágines y figuras, sino por palabras claras denunciaron la ve-

(1) Sap. 10.

nida del Salvador y lo que había de obrar en el mundo. A la ley y los profetas sucedió el Evangelio y la venida del Salvador, en la cual se cumplió todo lo que estaba figurado en la ley, y denunciado por los profetas. Y en esto se ve la concordia del Evangelio con la Ley, y la del Nuevo Testamento con el Viejo. Porque no hay más diferencia entre el uno y el otro, que haberse cumplido en el Evangelio lo que estaba profetizado y figurado en la Ley, puesto caso que en el Evangelio se declaran más distinctamente los misterios que en aquel tiempo estaban encubiertos al pueblo común, aunque no á los sabios y sanctos que entonces había: y con esto se añadieron los siete sacramentos, que manaron de la fuente del costado de Cristo, que son los principales instrumentos y medios de nuestra salud, porque por ellos se nos da la gracia, los cuales hasta este tiempo no habían sido instituídos, porque esto se guardaba para la venida de Cristo, autor y fuente de la gracia, la cual él nos mereció por el sacrificio y mérito de su sagrada pasión. Estos sacramentos se añadieron á la ley antigua, para perficionarla y cumplir lo que le faltaba. Pero en lo demás, la misma fe y los mismos dogmas que los sanctos tuvieron dende el principio del mundo, ésos han corrido por todas las edades siguientes hasta la nuestra, y correrán hasta la fin del mundo. En lo cual se ve lo que al principio propusimos, que es la antigüedad de nuestra fe y religión.

DÉCIMA EXCELENCIA DE LA FE Y RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA ESTABILIDAD Y FIRMEZA DELLA

CAPÍTULO XI

Así como la antigüedad de la fe es argumento de la verdad della, así también lo es la estabilidad y firmeza della: antes estas dos excelencias son tan hermanas, que de la una se sigue la otra. Pues esta firmeza se ve en que habiendo sido la fe y la Iglesia cristiana por tantas partes combatida, nunca jamás pudo ser vencida. Porque contra ella se puso en armas todo el poder del infierno y del universo mundo, todos los grandes y poderosos, todos los pueblos y reyes y emperadores, todos de común consentimiento conjuraron contra ella, estando ella desarmada, pobre y flaca, y despreciada del mundo, y más mansa que una oveja, y con toda esta flaqueza pudo más muriendo y padesciendo que todo el mundo matando y persiguiendo. Cada día morían millares de cristianos, las cárceles estaban llenas de presos, la sangre de los muertos corría por las plazas y calles como en un matadero, y con todo esto no sólo no pudieron sus perseguidores menoscabarla, mas (lo que sobrepuja toda admiración) cuanto ellos más la perseguían, tanto ella más se multiplicaba, pues nos consta que entre esas persecuciones cresció la Iglesia y se extendió por el mundo, la cual en su principio no tenia más que un rinconcillo en los fieles de Judea. Y ni aquella soberbia Roma, que pudo con armas subjectar al mundo, pudo con todos sus tormentos vencer la Iglesia, antes por el contrario, Roma quedó vencida y subjecta al reino del Crucificado, á quien los emperadores romanos adoraron y reverenciaron como á su verdadero Dios y Señor, pisados y acoceados todos sus antiguos y falsos dioses.

Á estos tiranos sucedieron los sabios del mundo, los filósofos, los dialécticos y oradores, con toda la cuadrilla de los herejes, cuales fueron Arrios, Sabelios, Nestorios, Pelagios, Macedonios y otros semejantes monstruos, los cuales no ya con armas, sino con

subtileza y argumentos pretendían corromper y adulterar la pureza de la fe, mas nunca pudieron alterar ni mudar un solo punto della. Antes todos ellos se deshicieron y desvanecieron como humo, y la verdad de la fe, por tantas partes y por tantos modos combatida, quedó en su antigua pureza y virginidad, sin haber jamás admitido alguna tizne de error ó falsedad. Lo cual en ninguna otra religión ó secta se hallará, porque en todas ellas hay errores y falsedades. Pues haber permanescido nuestra verdad en toda su pureza tantos millares de años, habiendo sido impugnada con todas las fuerzas y con todas las artes y máquinas del mundo y del infierno, argumento es que tiene á Dios por su protector y defensor, que la ha siempre defendido y amparado.

En lo cual es mucho de notar la diferencia que hay entre la verdad y la mentira, porque la mentira cuanto es más impugnada con razones y argumentos, más descubre su falsedad, pero la verdad cuanto es más expurgada y examinada, tanto más descubre su resplandor. Así vemos que el cieno cuanto más se bulle, peor huele, mas las cosas aromáticas y olorosas cuanto más se trasfriegan, más suave olor dan de sí. Porque cónstanos como cosa clara que dende el principio del mundo hasta hoy ninguna religión ha habido que haya sido tan combatida por tantas vías como la nuestra. Porque las otras religiones, ó por mejor decir, supersticiones, no tuvieron repugnancia como la nuestra, y todavía ellas por sí mismas se cayeron, y la falsedad y mentira con el tiempo se descubrió: mas la verdad de la nuestra con tantos combates ha siempre crecido, y como el oro en la fragua ha descubierto más su fineza y resplandor.

UNDÉCIMA EXCELENCIA DE NUESTRA RELIGIÓN, QUE ES LA PUREZA DE LAS SANCTAS ESCRIPTURAS

CAPÍTULO XII

Después de esta excelencia se sigue otra no menor, que es la alteza y perfección de las Escrituras así del Viejo como del Nuevo Testamento, y de la eficacia que tienen para mover nuestros corazones al temor de Dios y á toda virtud: mas porque para esto era necesario proceder por todos los libros sagrados declarando la dignidad y excelencia de cada uno (lo cual no se puede hacer sin largo tratado) remito al piadoso lector al lugar donde esto se trata de propósito, que es en la segunda parte de nuestra Introducción del Símbolo. Pero no puedo dejar de apuntar aquí una cosa acerca del evangelista S. Juan, el cual demás de haber tratado más copiosamente que los otros Evangelistas de la divinidad de nuestro Salvador, tiene una cosa en algunos de sus evangelios, que cuenta las cosas con tantas circunstancias y particularidades, que si las leyera un hombre que no tenga fe, jurara ser aquellas historias verdaderas. Y dejados aparte los evangelios que tratan de la resurrección del Salvador (donde algo desto se ve) mírese la historia del ciego dende su nascimiento, con todas aquellas instancias y perplejidades de los fariseos que en ella se cuentan, y por aquí se entenderá lo que digo. Pero aún más claramente se verá esto en la historia de la resurrección de Lázaro, donde entrevienen tantas particularidades é interlocutorias antes de venir al milagro, que cualquier hombre cuerdo (aunque no sea cristiano) constantemente afirmará ser imposible que un pescador (cual era San Juan) fingiese todo lo que allí se cuenta, si el mismo proceso del negocio no fuera su guía y le enseñara lo que allí escribe. De mí confieso que si yo fuera un filósofo gentil, y leyera toda esta historia, este mismo juicio y parecer tuviera, y el mismo creo que tendrá cualquier hombre desapasionado, si atentamente considerare todas las circunstancias que allí se cuentan. Esto quise

apuntar aquí, por ser cosa que juntamente con las demás que aquí escribimos, sirve para la confirmación de nuestra fe.

Y no es menor confirmación della lo que S. Augustín escribe en el libro 7 de sus Confesiones, tratando de la excelencia de nuestras sanctas Escripturas. Dice él que fué especial providencia de nuestro Señor que él antes de su conversión leyese los libros de los filósofos, por que leyendo después las sanctas Escripturas, viese la gran diferencia que había entre las unas y las otras. Porque (como él dice) saben los filósofos á dónde habemos de ir, que es á procurar la felicidad y bienaventuranza, mas no saben el camino para ir no sólo á conocerla, mas ni á poseerla. No tienen aquellas letras la imagen de nuestra religión ni las lágrimas de nuestra confesión, no tratan del verdadero sacrificio, que es el espíritu contribulado y el corazón contrito y humillado, ni de la común salud del mundo, ni de la ciudad sancta y esposa de Cristo, ni de las arras del Espíritu Sancto, ni del cáliz en que está el precio de nuestra redempción. Nadie canta en aquellas letras con el Profeta (1): ¿Por ventura no estará mi ánima subjecta á Dios, pues dél procede mi salud? Estas cosas, Señor, escondiste tú á los sabios y prudentes del mundo, y revelástelas á los pequeñuelos. Todo esto dice S. Augustín en el libro 7 de sus Confesiones. Mas en el octavo confirma lo dicho con un singular ejemplo, que es con la conversión de un gran retórico por nombre Victorino, el cual leyendo las sanctas Escripturas, se convirtió á nuestra fe con grande alegría de los cristianos y grande confusión de los gentiles. Esto mismo experimentan cada día los hombres muy enseñados en otras sciencias, los cuales después de gastado buena parte de la vida en ellas, cuando vienen á darse á la lición de las Escripturas sagradas, hallan en ellas tanta miel y suavidad, tanta luz para sus entendimientos, tanta devoción para sus voluntades, y tanto provecho así para reformar sus vidas como las ajenas, que de muy buena gana dan de mano á todos los otros estudios, por el fruto y gusto que reciben cogiendo suavísimas flores deste hermosísimo jardín. Porque ciertamente, cuanto va del autor destas Escripturas divinas á los autores de las humanas, tanta ventaja hacen las unas á las otras. De lo cual nos hace fe la experiencia de cada día.

(1) Psalm. 61.

DUODÉCIMA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA PUREZA DE LA VIDA QUE CAUSA EN LOS GUARDADORES DELLA

CAPÍTULO XIII

OTRA singular excelencia tiene esta sancta fe y religión, que es la mudanza de vida y los efectos que óbra en las ánimas de los que se aplican á usar de los remedios y socorros que ella nos da para la virtud. Para lo cual es de notar que así como el oficio y efecto proprio de la medicina es curar las enfermedades de los cuerpos, así el de la buena ley es curar las enfermedades de las ánimas, que son los pecados. Por dónde, como por la eficacia y provecho de la medicina conocemos la excelencia della, así por la eficacia que esta sanctísima religión tiene para curar las enfermedades del ánima, conoceremos la dignidad y perfección della.

Declaremos esto por un ejemplo. El oficio de Dios es el que él declaró por S. Juan, cuando dijo: Yo estoy á la puerta, y llamo: si alguno me abriere, cenará conmigo, y yo con él. Este llamamiento (que es un tocamiento divino que á nadie falta) es de muchas maneras, á veces con una recia enfermedad ó algún gran peligro y desastre, á veces con alguna palabra de algún predicador ó confesor, ó de algún buen libro. Acaesce pues que un hombre así tocado se aplica á querer aprovecharse de los remedios y ayudas que esta sanctísima religión nos enseña, que son arrepentirse de los pecados pasados, y hacer verdadera confesión dellos, y aparejarse con toda humildad y reverencia para recebir el sancto sacramento del altar, y procurar cada día de tener un poco de recogimiento para encomendarse á Dios, pidiéndole con toda instancia favor y gracia para no hacer cosa contra su servicio. Continuando pues esto por algunos días, aquel Señor que es Padre de misericordias, y desea que todos se salven, y tiene solennemente jurado que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, acude luego con el rocío

de su gracia y con una nueva luz y alegría espiritual, con la cual el tal hombre queda cebado y enamorado de la virtud. Y continuando más su oración y recogimiento, y frecuentando con toda devoción los sacramentos, á cabo de muy pocos días viene á sentir tales cosas dentro de sí, que él mismo se espanta, porque ve tan gran mudanza en muchas de sus aficiones é inclinaciones antiguas y en sus deseos y ejercicios, que viene á maravillarse de ver su corazón tan trocado, y más en tan breve tiempo. Vese aborrecer lo que antes amaba, y amar lo que aborrecía, tomar gusto en lo que antes le era amargo, y amargarle lo que le era sabroso. Y finalmente, halla fácil lo que antes le parecía cuasi imposible. Parecíale un tiempo que le era imposible guardar castidad, y hácesele esto agora no sólo posible, mas también muy fácil. Antes no hacía caso de cometer á cada paso mil pecados mortales por cualquier nonada, y agora dice que antes morirá mil muertes que cometer tal cosa. Antes era perdido por atavíos, por galas, por juegos, por cazas, por leer libros profanos, y agora siente en sí un grande asco y aborrescimiento de todas estas cosas, por las cuales antes se perdía. Esta mudanza de vida describe un sancto doctor, tratando del milagro que nuestro Salvador hizo cuando mudó el agua en vino, por estas palabras (1): Veis aquí los verdaderos milagros, y dignos de ser predicados, los cuales óbra cada día nuestro Redemptor en nosotros, cuando de los hombres viciosos hace virtuosos, y de los lujuriosos castos, y de los soberbios humildes, y de los seguidores del siglo amadores de Dios. Pues ¿qué tan gran milagro es levantar á un hombre hecho del cieno de la tierra á la pureza y condición de los ángeles, y colocar en el cielo la criatura amasada del cieno de la tierra?

Es tan propria esta obra de Dios, que como muchos hombres infieles vinieron en conocimiento del verdadero Dios por algún milagro, así los fieles se confirman más en la fe por esta mudanza que ven en sus vidas. Así lo sentía David, cuando decía (2): ¿Quién es verdadero Dios sino nuestro Señor? Y ¿qué otro Dios hay sino él? Porque él es el que me ciñó de virtud y fortaleza, y hizo que mi vida fuese limpia y sin mácula de pecado. Esto trae por argumento de ser verdadero Dios el que tal pureza de vida le pudo

(1) Euseb. Emiss. homil. 2 de Epiph. (2) Psalm. 17.

dar, porque como dice el sancto Job (1), ¿quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino solo Dios?

Esta mudanza que aquí habemos dicho, escribe S. Cipriano que experimentó en su conversión. Y así dice él que antes della le parecía imposible lo que los cristianos le decían, que podía el hombre volver á nacer de nuevo de tal manera que quedando la misma substancia y figura del cuerpo, el hombre interior se mudaría en otro nuevo hombre, y que con la mudanza perdería los gustos y apetitos de los vicios pasados, y se le haría fácil y suave el camino de las virtudes. Mas después (dice él) que recibió la gracia del sancto baptismo, luego por una manera admirable sintió en sí esta mudanza, y halló ser verdad lo que antes se le había prometido.

Mas S. Augustín (que tanto tiempo estuvo ciego y enlazado en la carne, pareciéndole que le era imposible vivir sin compañía de mujer) de tal manera se mudó cuando se convirtió á Dios, que le da él gracias por esta tan nueva mudanza en el libro 9 de sus Confesiones, diciendo así: Rompiste, Señor, las ataduras con que estaba presa mi ánima, á ti ofreceré sacrificio de alabanza, é invocaré tu sancto nombre. ¡Oh cuán suave cosa me fué este tiempo carecer de la suavidad de los deleites pasados, y con cuánta alegría dejé lo que antes había miedo de perder!

Pues volviendo al propósito principal, si por la eficacia de la medicina conocemos la virtud della, y por la virtud y eficacia de la ley la excelencia della, ¿cuán perfecta y excelente es aquella ley que en tan breve espacio cura las dolencias del ánima, y muda los corazones, que es obra de solo Dios? Lo cual es tan propria obra de Dios, y tan grande obra, que comúnmente dicen los sanctos doctores que es mayor obra la justificación de un pecador que la creación del mundo.

Por lo dicho parece cuán grande argumento sea de la verdad y excelencia de la religión cristiana esta tan notable mudanza que aquí habemos declarado. Lo cual aún se confirma considerando el poco fruto que los filósofos hicieron en esta materia. Porque siendo ellos la flor de todos los ingenios y el último parto en que la naturaleza empleó más sus fuerzas, y profesando ellos la doctrina de la virtud, vemos cuán pocos salieron de sus escuelas

(1) Job 14.

virtuosos. Por gran cosa cuenta Séneca que había hecho virtuoso á un amigo suyo, por nombre Lucilo. Mas por el contrario vemos en cuán breve espacio muda la doctrina de Cristo á todos los que se aplican á los remedios della, así hombres como mujeres, y de cualquier estado y condición que sean, rústicos, labradores y oficiales mecánicos, los cuales en aplicándose estos remedios, luego se visten de otro nuevo hombre, y de carnales se hacen castos, y de envidiosos benignos, y de escasos liberales y caritativos. Lo cual nunca hizo secta alguna de filósofos. Mas desto aun trataremos adelante.

DÉCIMATERCIA EXCELENCIA DE LA FE Y RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES ALCANZARSE POR ELLA LA VERDADERA FELICIDAD Y ÚLTIMO FIN DEL HOMBRE

CAPÍTULO XIV

Otra condición y propriedad de la perfecta ley es hacer á los hombres no sólo buenos, sino junto con esto bienaventurados. Porque (sirviéndonos de la comparación pasada) así como en la medicina y en el médico que la aplica, consideramos dos cosas, que son el oficio y el fin (porque el oficio es curar, mas el fin es sanar) así en la buena ley ha de haber estas mismas cosas en su manera, que son oficio y fin, y el oficio es hacer á los hombres buenos y virtuosos, mas el fin es hacerlos bienaventurados, porque á esto se ordena la ley y la virtud.

Y ésta es otra singular excelencia de la religión cristiana, que ella es la que nos enseña en qué consiste la bienaventuranza del hombre, y por qué medios se alcanza. Y bienaventuranza, según dice Boecio, es un estado perfecto, en el cual se hallan todos los bienes juntos. Para cuyo entendimiento se ha también de presuponer que en el corazón del hombre imprimió el Criador una inclinación y natural deseo de llegar á un estado donde goce de tantos bienes, que ningún bien le falte, y ningún mal ni trabajo le dé pena. Y en busca deste felicísimo estado andan todos los hombres ocupados, aunque muchos se engañan, pareciéndoles que lo hallarán, si alcanzaren los bienes que ellos apetecen. Y ser cosa posible llegar los hombres á este tan rico estado, conóscese por este natural deseo que el Criador imprimió en sus corazones, pues está claro que este soberano Señor no hace cosa en vano y sin provecho, y vana cosa fuera habernos él criado con este deseo, si no fuera posible alcanzar lo deseado.

Esto entendieron muy bien los filósofos: mas engañáronse grandemente, porque (como arriba dijimos) buscaban esta felicidad en la vida presente, siendo ella más rica de lágrimas y de trabajos que de bienes y descansos. Mas como ellos no sabían

nada de la otra vida, eran forzados á buscar la bienaventuranza en ésta. Sobre lo cual dijeron mil disparates, poniendo unos la bienaventuranza en un linaje de bienes, y otros en otros. Mas la religión cristiana, como tiene á Dios por maestro, nos enseña que este tan grande bien no se ha de buscar en esta vida, sino en la que esperamos, donde clara y distinctamente veremos y gozaremos de aquella infinita hermosura, y poseeremos aquel sumo y universal bien, en quien están todos los bienes. Esto, demás de ser fe, se entiende por la capacidad infinita así de nuestro entendimiento como de nuestra voluntad, porque el entendimiento es tan capaz, que aunque sepa cuantas sciencias hay en el mundo, siempre le queda habilidad y deseo natural de saber más, si más hubiere que saber. Y la voluntad otrosí es tan capaz, que aunque goce de cuantos bienes hay en la tierra, siempre le queda habilidad para desear más, y gozar más, si más hubiere. Y así ni el entendimiento descansará hasta que entienda aquella primera Verdad, en la cual están todas la verdades y todo lo que se puede saber, ni tampoco se quietará la voluntad hasta que venga á gozar de aquel bien universal, en quien están todos los bienes. Y llegando aquí reposará nuestra ánima como en su proprio centro y lugar de su reposo, y así cesarán los deseos de todos los otros bienes que hay fuera de Dios: lo uno, porque de los bienes finitos á los infinitos (cuales son los de Dios) no hay proporción ni comparación, y lo otro, porque esos mismos bienes criados verá por más excelente manera en el Señor que los crió, que en ellos mismos. Ésta es pues la bienaventuranza perfecta que nos enseñó aquel Maestro que vino del cielo, la cual no pudo alcanzar toda la filosofía del mundo. Y en esto se ve la excelencia de nuestra sanctísima religión, la cual así como nos propuso una ley tan perfecta que no se puede imaginar otra mejor, así nos propone un fin á que ella se ordena, tan alto que no se puede hallar otro mayor.

§ I

Mas aquí es de notar que hay dos maneras de bienaventuranzas, una perfecta, que es ésta que dijimos, reservada para la otra vida, y otra comenzada, de que gozan no todos, sino los especia-

les amigos de Dios, los cuales en premio de haber despreciado por él todos los gustos y deleites del mundo, son maravillosamente recreados con las consolaciones del Espíritu Sancto y con aquel espiritual gozo que S. Pablo cuenta entre los frutos deste divino Espíritu (1).

Para tratar desta materia, y declarar la raíz y fundamento della, podré aquí decir lo que dijo el evangelista Sant Juan, cuando quiso darnos desto alguna noticia (2). El que tiene oídos (dice él) para oir, oya lo que el Espíritu Sancto dice á las Iglesias. Digo esto, porque no todos tienen disposición para oir estas cosas, y aun yo tengo recelo de tratarlas, por ser cosas que exceden la facultad de mi entendimiento. Mas porque no faltarán en la Iglesia oídos que esto puedan oir, para éstos diré en breve lo que nuestro Señor me diere á entender.

Es pues agora de saber que después que algunas ánimas, tocadas muy de veras de nuestro Señor, se han ejercitado en todos los ejercicios espirituales, como son oraciones, ayunos, vigilias, aspereza de vida, y mortificación de sus apetitos y proprias voluntades, y obras de caridad, y finalmente en todo género de virtud, andando por el camino de Dios, no con tibieza y negligencia, sino con fervor de espíritu y perseverancia en sus ejercicios, acrescentando cada día fervor á fervor, y virtud á virtud, y devoción á devoción, finalmente después desto vienen á alcanzar el amor de Dios que los teólogos místicos llaman unitivo. Lo cual es como después de haber caminado por el desierto, llegar á la deseada tierra de promisión. La condición deste amor es traer consigo una tan admirable suavidad y alegría en Dios, que con su fuerza prende el corazón de tal manera, que no lo deja ni de noche, ni de día, ni andando, ni estando, ni trabajando, ni holgando, apartar dél. Porque la fuerza desta suavidad (si decirse puede) es como un engrudo tan recio, ó una prisión tan apretada, la cual de tal manera prende y captiva el corazón devoto, que le pone hastío de todas las cosas desta vida, y solo Dios es todo su gusto, su deseo, su pensamiento, su tesoro y su alegría, y satisfecha el ánima con este bocado tan suave, viene á tener desgusto de todo lo que no sabe á él. Y como se dice de Santa Cecilia que ni de día ni de noche cesaba de los coloquios divinos y de la

(1) Galat. 5. (2) Apoc. 3.

oración, por el grande amor y gusto que tenía en Dios, así se puede en su manera decir de los que este amor unitivo han alcanzado. Y porque somos tan groseros, que no entendemos la alteza de las cosas espirituales sino por la bajeza de las corporales, ni sabemos leer sino por el libro de nuestra aldea, pondré un ejemplo, aunque profano, para declarar la condición y grandeza deste amor. Y no se maraville nadie que usemos de tales ejemplos para declarar la fuerza deste amor, pues todo el libro de los Cantares procede por esta semejanza, declarando por la grandeza del amor de los esposos á sus esposas el que Cristo tiene á su Iglesia. Pongamos pues los ojos en el amor que los poetas atribuyen á la reina Dido para con Eneas, el cual brevemente explicó Ovidio en estos dos versos:

Æneasque oculis semper vigilantibus hæret,
Æneamque animo noxque diesque refert.

Declarando por estas palabras que el ánima herida deste amor anda tan empapada en él, que de día y de noche otra cosa ni piensa, ni sueña, ni imagina, sino solo esto que ama.

Arguyo pues agora yo así. Si el espíritu malo y la corrupción de la naturaleza es poderosa para robar de tal manera el corazón, que lo traya desta manera alienado y trasportado en aquello que ama, ¿cómo no será más poderoso el Espíritu Sancto y la abundancia de la gracia para traer un corazón más absorto en Dios, que lo trae un hombre ciego en el amor de una criatura, mayormente siendo Dios, como lo es, un mar de infinita suavidad? Pues por este ejemplo, aunque profano, podrán los hombres, aunque no sean muy espirituales, entender la condición y fuerza de este divino amor que llamamos unitivo, el cual (como dijimos) de tal manera uñe y prende el ánima con Dios, con una tan grande y tan incomprehensible suavidad, que no la deja pensar, ni reposar, ni descansar en otra cosa fuera dél.

Y para confirmación de lo dicho no podré dejar de aprovecharme de algunos ejemplos de cosas que cada día se ofrecen, tratando con algunas personas muy dadas á nuestro Señor. Persona conocí yo un tiempo tan presa deste amor, que en ninguna manera podía cesar de estar siempre actualmente amando y gozando de Dios. Y el gozo era tal, que le quitaba la gana del comer y del dormir, y así venía el cuerpo á debilitarse y enfla·

quescerse notablemente con la falta de lo uno y de lo otro. Y aconsejada por sus Padres espirituales que se divertiese deste ejercicio para acudir á las necesidades del cuerpo, y probándolo hacer por veces, en ninguna manera podía apartarse deste ejercicio, y así padesciendo y adelgazándose el cuerpo, el ánima se engrosaba y gozaba de Dios.

Otras personas conoscí, que las noches enteras, aunque fuesen de invierno, gastaban en este mismo ejercicio, sin que el sueño ni la necesidad del cuerpo las apartase dél. Tales eran aquellas matronas, de quien se escribe que se llegaban á la oración cuando el sol se ponía, y en el mismo lugar las hallaba, cuando volvía á amanecer. Y la causa de estar así sin cansar era la gran suavidad que sus ánimas percibían en Dios, la cual (como dijimos) trae consigo este amor unitivo. Y el fundamento desta verdad es aquella sentencia de Aristóteles, el cual dice que nuestra naturaleza aborrece las cosas tristes y ama grandemente las deleitables. Siendo pues tan grande la fuerza del deleite, no tendrán por cosa increíble los hombres del mundo perseverar los amadores de Dios las noches enteras en esta comunicación suavísima con él, mayormente que está escrito desta celestial Sabiduría que no tiene amargura ni hastío la comunicación della, sino gozo y alegría (1). Á lo menos los que gastan las noches enteras en jugar á las cartas, no podrán dejar de confesar esta verdad, porque de otra manera, recia cosa sería decir que no provee el Espíritu Sancto de mayores consolaciones á sus fieles siervos que la carne y el demonio proveen á los suyos.

Pues volviendo al propósito principal, digo que el que ha llegado á la unión deste divino amor, goza ya en esta vida mortal deste linaje de bienaventuranza comenzada, la cual en parte es muy semejante á la venidera, porque trae consigo (como dijimos) una grande suavidad, una hartura del ánima, una satisfación, una quietud y reposo interior, y una plenitud y hinchimiento de todos los bienes, que le hace decir de todo corazón lo que S. Francisco en toda una noche repetía: ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! Porque de todas les parece que gozan en solo él, y así no les queda más que desear. Ni es esto de maravillar, porque así como una piedra que

(1) Sap. 8.

cae de lo alto, en llegando á lo bajo, está quieta, porque éste es su centro y lugar natural, así también, como Dios sea el centro de nuestra ánima, la cual fué criada para gozar dél, en llegando aquí, pára y se quieta, y cesa la rueda viva de todos los otros deseos, porque queda ella tan harta con solo este bocado, que no tiene hambre ni gusto de otra cosa fuera dél. Ésta es pues la bienaventuranza con que galardona Dios los trabajos de sus fieles siervos aun en esta vida. La cual es tan grande que se parece mucho con la que esperan en la otra, porque así alegra y apaga en su manera todos los deseos y apetitos del corazón como la otra. Y tiénense por tan ricos y dichosos con ella, que no trocarían una muy pequeñita parte della por todo el imperio del mundo.

Á este dichoso estado había llegado S. Augustín, el cual después de haber gustado esta suavidad, hablando con nuestro Señor, dice así: Aunque estas cosas bajas tengan, Señor, sus deleites y sus amores, mas no deleitan de la manera que tú. En ti se alegra el justo, porque tu amor es suave y quieto, porque tú hinches los corazones donde moras, de suavidad y de paz y dulzura. Lo cual no cabe en el amor del siglo y de la carne, que es congojoso y lleno de turbaciones, y por eso no deja estar quietas las ánimas donde él entra. Ca siempre las solicita con sospechas y pasiones y diversos temores. Mas tú, Señor, eres verdadero deleite de los buenos, y con mucha razón, porque en ti está una poderosa y grande quietud y una vida ajena de toda perturbación. Y en otro lugar, hablando con el mismo Dios, dice así: Ya veo la lumbre del cielo con los ojos de mi ánima, y de lo alto luce un rayo que alegra todos mis huesos. ¡Oh, si este bien se me diese perfecto y cumplido! Acrecienta tú, Señor, que eres el autor desta luz, acrecienta esta luz que en mi ánima luce, y sea dilatada y ensanchada en mí. ¿Qué es esto que siento? ¿Qué fuego es éste que calienta mi corazón? ¿Qué luz es ésta que así lo alumbra? Oh fuego que siempre ardes y nunca mueres, sea yo abrasado de ti. Oh luz que siempre luces y nunca te eclipsas, alumbra mi ánima. ¡Oh, si yo ardiese con este fuego! Fuego sancto, ¡cuán dulcemente ardes! ¡Cuán secretamente luces! ¡Cuán suavemente quemas las ánimas! Todo esto es de S. Augustín.

§ II

Pues de la grandeza deste divino amor y suavidad se sigue aquella paz interior, de la cual dice el Apóstol que sobrepuja todo sentido, porque nadie conoce la virtud y excelencia della, sino el que la ha probado. Porque esta paz no sólo hace que el hombre tenga paz con sus prójimos y con Dios, sino también consigo mismo, pacificando y quietando las pasiones de nuestros apetitos con su virtud, y quietando la lucha que la parte inferior de su ánima tiene con la superior, que es el espíritu. Porque la guerra interior que dentro de nosotros padescemos, nace por una parte de la repugnancia de los apetitos de nuestra carne contra el espíritu, y del desasosiego que nos causan los deseos de cosas que desordenadamente deseamos, y de la congoja y pasión que recibimos cuando no las alcanzamos. Por dónde, cesando estos deseos, queda el hombre en paz y quietud y sosiego, porque contento y satisfecho con lo que le han dado, no quiere nada deste mundo, antes lo desprecia y aborrece.

Esta paz promete el Señor á sus fieles amigos en el libro del santo Job, donde entre los privilegios y dones que se conceden á los buenos, uno es que las bestias de la tierra tendrán paz con él. Pues ¿qué bestias son éstas, sino los apetitos y pasiones bestiales de la carne que tenemos común con las bestias, las cuales, siendo tan inquietas y bulliciosas con la fuerza de sus apetitos, vienen á quietarse y tener paz con el hombre, cuando se ven satisfechas con otros mayores gustos y deleites que los que ellas apetecían? Porque (según dice S. Bernardo) así como los que del todo se han entregado á los deleites carnales, no gustan de los espirituales, así por el contrario los que gustan los espirituales (que son altísimos y divinos) luego desprecian los carnales, que son vilísimos y bajísimos.

Y junto con esta paz alcanzan la verdadera libertad del espíritu, que se da á aquéllos que por haber dejado de ser siervos y esclavos de su carne, vienen á conseguir aquella libertad que es propria de los hijos de Dios, por cuya virtud fácilmente se enseñorean de todas las pasiones y apetitos que antes los enseñoreaban, y así viene á cumplirse lo que dice el Profeta de los que por

virtud de la redempción de Cristo han salido deste espiritual captiverio, que prenderán á los que antes los prendían, y subjectarán á los que primero los oprimían (1). Y esta misma libertad los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones y temores de esta vida y de la otra, y así libres destos impedimentos, están presos y unidos de tal manera con Dios, que ni la compañía de los hombres ni las ocupaciones exteriores los apartan de su presencia. Porque entre la muchedumbre de los negocios conservan la simplicidad del espíritu, y de todas las cosas que ven ó oyen, toman motivo para levantarse á Dios, al cual hallan como presente en todas las cosas. En él tienen todo su amor, en él se ocupan siempre, de tal manera que están como absortos en él, y viendo no ven, y oyendo no oyen. Mas ¿qué palabras bastarán para explicar las riquezas y virtudes de éstos, la firmeza en su fe, la paz en su esperanza, el gozo en lo que aman, el alegría en lo que desean, la paciencia en lo que sufren, y la fortaleza en lo que emprenden? Éstos en los trabajos hallan deleite, en la pobreza riquezas, en la hambre hartura, en el abatimiento gloria, en las injurias honra, en las vigilias de la noche descanso, y en el ejercicio de la oración paraíso. Pues si es proprio desta bienaventuranza traer consigo todos estos contentamientos y espirituales deleites, ¿cuán cierto es ser verdadera la religión donde tales y tan nobles deleites se hallan?

Y aunque salga un poco del propósito, no dejaré de decir aquí una cosa de mucha edificación y consolación para el cristiano lector. La cual es que aunque todas las obras de naturaleza y de gracia prediquen la bondad y amor de nuestro Señor para con los hombres (y así nos inciten y conviden á su amor) pero muy más especialmente hace esto la abundancia de consolaciones y regalos con que trata á sus familiares amigos. Porque como haya dos maneras de amor, uno esencial (cual es el de los padres para con sus hijos ya criados) y otro blando y tierno (cual es el que tienen á los hijos chiquitos, á los cuales toman en brazos, y abrazan, y besan, y procuran toda recreación) no se contenta aquel Padre celestial con tener á sus espirituales hijos aquel primer amor, mas ámalos también con este amor tierno, regalándolos y consolándolos con la abundancia de sus deleites. Y porque nadie pien-

(1) Esai. 14.

se que esto sea encarecimiento, oya al mismo Señor que así lo dice por Esaías, hablando con sus espirituales hijos desta manera (1): A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré: de la manera que una madre regala á un hijo chiquito, así yo os consolaré.

Pues ¿qué cosa más tierna, más blanda y más amorosa que ésta? Y es tan proprio este oficio del Espíritu Sancto, que con ser tantos los efectos que óbra en las ánimas, déste (como de muy principal) quiso intitularse, llamándose Paracleto, que quiere decir consolador. Cuyas consolaciones muchas veces son tan grandes, que no las puede la flaqueza del cuerpo corruptible soportar. Y así se escribe de aquel sancto Efrén que era tan grande el gozo espiritual que recibía en la oración, que no pudiendo sufrir la vehemencia dél, decía: Señor mío, apartaos un poco de mí, porque no puedo sufrir el ímpetu de vuestras alegrías. Otras veces decía: Señor, detened un poco las ondas de vuestras gracias. Otro sancto varón, viéndose grandemente visitado de nuestro Señor, y considerando que no podía corresponder con sus servicios á tan grandes mercedes, decía: No tanto, Señor, no tanto, porque ni me hallo digno de tanta consolación, ni sé cómo os la pueda servir. Otra persona decía: Señor, cuando no os tengo, no me sufro, y cuando os tengo, no os puedo sufrir. Lo cual todo nos declara cuánta sea la fuerza de las consolaciones divinas, pues sobrepuja la facultad de las fuerzas humanas. Ésta es aquella grande alegría de que dice el Profeta (2): El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios.

Otras veces visita él las ánimas con una sosegada y quieta alegría y con aquella paz interior de que arriba tratamos. La cual con ser tan quieta, es tan penetrativa y tan grande, que la abundancia della (si decirse puede) rebosa en la misma carne de tal manera que viene el hombre á decir con el Profeta (3): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Y con ser la carne tan contraria á los ejercicios del espíritu, viene contra su naturaleza á deleitarse tanto en ellos, que como dice S. Buenaventura (4), siente pena si la apartan de cosa que ella tanto gusta. Pues ¿quién pensara que la carne sucia, y mal inclinada, y enemiga de todos los espirituales ejercicios, podía llegar á este estado? Pero

(1) Esai. 66. (2) Psalm. 45. (3) Psalm. 83. (4) In Stimul. Amor. lib. I, cap. 1.

no es maravilla que tales relieves le quepan de tal convite. Porque ésta es aquella cena de que dice el Señor por S. Juan (1): Mirad que yo estoy á la puerta llamando: si alguno me la abriere, yo cenaré con él, y él cenará conmigo. Pues ¿cuáles serán los manjares y potajes que Dios administrará en esta su cena real? ¿Cuáles han de ser, sino conformes á la grandeza de sus riquezas y de su bondad y magnificencia y amor? Pues ¿qué cosa más admirable que venir aquel Señor (de cuya majestad tremen los principados y poderes del cielo) á convidar desta manera los viles hombrecillos y vejezuelas que andan rastrando por la tierra? Muchas de las cuales apenas tienen un pedazo de pan para comer, y pasa Dios por reyes y príncipes sin hacer caso dellos, y regálase con éstas. ¿Qué cosa más admirable que decir aquel Señor, que es gloria de los ángeles, que sus delicias son estar con los hijos de los hombres? Pues ¿qué es esto, sino tratar Dios á sus fieles siervos como la madre á su hijo chiquito, á quien regala, y con quien ella se regala? Pues ésta es una de las cosas que más aficiona las ánimas al amor de su Criador, viendo que no se contenta con la grandeza de los bienes que les tiene aparejados en la otra vida, sino también los regala, alegra, y consuela, y trata con la suavidad y blandura que decimos en este destierro. Y cuando ellos por una parte consideran la alteza de aquella Majestad, y por otra su bajeza, y ven cuán amorosamente trata un Señor tan grande á criaturas tan bajas, no acaban de espantarse, y alabarle, y darle gracias, y derretirse y arder en su amor.

Volviendo pues á nuestro propósito principal, si el fin de la perfecta ley es hacer á los hombres bienaventurados, alegres y contentos, ¿cuán excelente es la ley de los cristianos, la cual nos propone estas dos bienaventuranzas tan gloriosas, una para la vida advenidera, y otra para la presente?

---

(1) Apoc. 3

DÉCIMACUARTA EXCELENCIA DE NUESTRA FE, QUE ES HABER DESTERRADO LA IDOLATRÍA DEL MUNDO

CAPÍTULO XV

No pára aquí la virtud y eficacia desta sanctísima religión: pasa aún adelante. Porque estos dos efectos que aquí habemos señalado, son de personas particulares: otros hay universales, que tocan á todo el mundo. Entre los cuales el primero es, que la predicación desta sancta religión desterró la idolatría del mundo. En lo cual (dejadas otras muchas circunstancias que aquí entrevinieron, de que adelante se trata) hay tres cosas tan grandes, que ningún ingenio ni lengua humana las podrá engrandecer como ellas merecen. La primera es que (después de Dios haber encarnado y padecido) el mayor bene ficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar la idolatría dél. Porque así como se dice de la naturaleza del bien, que cuanto es más común y más general, es más divino (porque aprovecha á muchos) así por el contrario, cuando el mal fuere más universal, será más pestilencial y más dañoso. Y tal era éste, pues estaba generalmente recibido y extendido por todas las naciones del mundo, que es cuasi por todo lo que cubren los cielos. Porque aquel engañador del linaje humano todo lo había ocupado, y en todas las islas y rincones más escondidos de la mar y de la tierra había derramado esta mortal pestilencia. Mas ¿qué diré de la antigüedad della, pues era de tiempo inmemorial? ¿Qué de la malicia della, pues por ella se cometía una tan grande blasfemia como era quitar á Dios su silla y corona real, y entronizar en ella el mayor de sus enemigos, que es el demonio? Pues con razón decimos que éste ha sido el mayor y más universal beneficio de cuantos se han hecho al mundo, y por consiguiente que ningún hombre hasta hoy ha parecido en el mundo, que mayor bien le hiciese, que Cristo nuestro Redemptor, pues por la predicación de su Evangelio fué el mundo librado desta tan grande, tan mortal y tan antigua tiranía del demonio. Pues si este Señor fuera el que los judíos creían, diciendo que era blasfemo, porque

siendo hombre se hacía Dios, que es el mayor de los pecados, ¿cómo era posible de cosa tan abominable procediese este tan grande bien?

Lo segundo decimos que acabarse esta obra fué la cosa más dificultosa de cuantas ha habido y habrá en el mundo. Porque todo él con todos los reyes y emperadores y con todos los sabios y poderosos de la tierra se pusieron en armas para defender esta pestilencial superstición, y extinguir nuestra religión, y esto con tanto derramamiento de sangre y con tantas invenciones de tormentos, cuantos nunca fueron vistos ni imaginados. Porque aquel dragón infernal derramó cuanta ponzoña tenía en los corazones de los hombres, para que despojados de toda humanidad, ejecutasen en los cuerpos de los mártires las crueldades que los demonios, enemigos capitales de Cristo, les enseñaban. Y lo que más es, esta batalla no duró por veinte, ó treinta, ó sesenta años, sino por más de trecientos años, porque duró hasta el tiempo del emperador Constantino, el cual juntó el concilio Niceno trecientos y treinta y tres años después del nascimiento de nuestro Salvador. Y aun ni aquí se acabó, porque después sucedió la cruel persecución del apóstata Juliano y del emperador Valente, arriano. En las cuales persecuciones fueron tantos los muertos y despedazados por la fe, que sobrepujan todo lo que aquí podemos decir. Véase pues si ha habido jamás en el mundo otra cosa más dificultosa de acabar.

La tercera cosa es tal, que eran menester lenguas de ángeles para explicarla, que es ver con qué linaje de pertrechos y armas se acabó esta tan grande hazaña. Pues ¿cuáles habían de ser las armas con que Dios triunfase del infierno y del mundo, sino dignas de tal vencedor y triunfador? Y ¿cuáles eran éstas? No cierto armas de hierro, no ejércitos poderosos, no sabiduría de filósofos, no elocuencia de oradores, no grandes riquezas, que todos los ánimos corrompen, sino armas divinas, que fueron las virtudes sobrenaturales que Dios infundía en los corazones de los sanctos mártires, que era una fe vivísima, una fortaleza invencible, una constancia inexpugnable, una paciencia admirable, una lealtad para con su Criador fidelísima, un ánimo generosísimo, un corazón despreciador de todas las amenazas y promesas de los tiranos, un señorío sobre todo lo que el mundo les podía hacer de bien y de mal, como personas muertas al mundo y vivas á solo

Dios. Pues con estas virtudes y armas sobrenaturales y divinas (con las cuales solo Dios podía armar sus caballeros) vencieron muriendo, triunfaron padesciendo, desterraron al demonio, siendo ellos desterrados, derribaron sus altares, estando ellos caídos, y pisaron sus estatuas, siendo ellos pisados y acoceados. Y con toda esta flaqueza pudieron tanto, que acabada esta tan larga y tan reñida conquista, pusieron por tierra los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron sus imágines, y los que eran adorados por dioses, vinieron á ser despreciados y fundidos (como ellos lo merecían) para hacer pailas y calderas para servicio de las iglesias, sin que fuese parte para defenderlos toda la potencia del mundo y del infierno. ¡Oh victoria gloriosa! ¡Oh nueva manera de pelear! ¡Oh poderosas armas, no fabricadas en las herrerías de Milán por manos de hombres, sino forjadas en el cielo por virtud del Espíritu Sancto! Muy bien pudiera aquel omnipotente Señor convertir el mundo con una sola palabra, como lo hizo en la conversión de Nínive por la predicación de Jonás, mas no lo quiso hacer así, porque eso fuera vencer al mundo con el brazo de su omnipotencia. Mayor gloria suya fué vencer todos los monarcas del mundo con la flaqueza de las tiernas doncellas y de todos los otros sanctos mártires, que hicieron escarnio de ellos y de todos sus tormentos. Y no sólo para mayor gloria suya, mas también para mayor gloria y corona de los mismos mártires, los cuales con el trabajo de un día merecieron el alegría de todos los siglos. Y sobre todo esto para gloria de la redempción de Cristo, por cuyos merecimientos se dió á ellos esta tan grande fortaleza y gracia, con que triunfaron del mundo, como adelante se dirá.

DÉCIMAQUINTA EXCELENCIA DE NUESTRA FE, QUE FUÉ LA REFORMACIÓN DEL MUNDO

CAPÍTULO XVI

No se puede negar sino que sobrepuja toda admiración este efecto y beneficio que obró en el mundo la predicación del Evangelio: mas con todo eso tengo por más admirable el que agora diré, que es la reformación de las costumbres y la novedad de vida que en infinitas maneras y estados de personas se vió cuasi en todas las partes del mundo, como consta por todas las historias eclesiásticas. Y digo ser esta obra más admirable, porque más dificultosa cosa es mudar la voluntad de la mala vida á la buena, que convencer el entendimiento al conoscimiento de la verdad, lo cual á veces se hace con una buena razón, ó con algún milagro, aunque no sin tocamiento de Dios. Mas después de rendido el entendimiento, hay mucho camino que andar hasta llegar á reformar la voluntad y conservarla en el bien. Lo cual se ve en las costumbres de muchos cristianos, que estando muy enteros en la fe, están muy rotos en la vida, sin haber sermones, ni temores de muerte, ni juicio, ni infierno que basten para reformar su voluntad.

Para entender la grandeza desta obra traeré el ejemplo de aquél grande orador de Grecia Isócrates, el cual tomando á cargo algún mancebo para enseñarlo, si nada sabía, pedía sola una paga, y si había sido enseñado de otro, pedía dos, una por desenseñarle lo mal sabido, y otra por enseñarle de nuevo. Digo esto para que se entienda la dificultad grande desta obra. Porque una dificultad fué desarraigar á los hombres de sus deleites y torpezas y mala vida, confirmada con la costumbre de muchos años y con los malos ejemplos de sus mismos dioses, y otra levantarlos á la perfección de la vida evangélica. Y cuáles hayan sido las costumbres de los hombres antes de la predicación del Evangelio, Sant Pablo lo declara luego al principio de la Epístola á los Romanos (1), donde cuenta tantas maneras de abominaciones

---

(1) Rom. I.

y vicios y carnalidades que había en los gentiles, que ponen espanto á quienquiera que las lee. Lo cual entiendo yo por esta comparación. Vemos que muchos de los cristianos que tienen fe y sacramentos que dan gracia, y creen que hay juicio, y paraíso, y infierno, y que Dios murió en cruz por satisfacer por los pecados y por desterrarlos del mundo, con tener esto por fe, viven como vemos y lloramos, tan dados á todo género de vicios, como si nada desto creyesen. Pues los que nada desto creían, ni sabían cosa cierta de la otra vida, ni pensaban que había más que nacer y morir, y los dioses que adoraban, eran adúlteros y carnales, ¿cuáles habían de ser los que los adoraban, sino tales como ellos? Y así en aquel tiempo estaba abierta puerta á la carne, y dada licencia para que sin ningún freno de temor ni respecto de Dios se derramase por todas las abominaciones que quisiese, y buscase todas las invenciones de codicias y deleites y carnalidades que se le antojase, en tanto grado que hasta los mismos filósofos, que profesaban la virtud en Grecia, estaban contaminados con vicios feísimos, como S. Hierónimo refiere sobre el capítulo 2 de Esaías. Ésta pues fué la primera dificultad que hubo en este negocio. Para lo cual era necesario desentablar el mundo del estado miserable en que vivía, no sólo desarraigándole de los vicios en que estaba hasta los ojos atollado, sino también abrogando las leyes antiguas de sus mayores y los fueros y costumbres inmemorables de tantos siglos, guardadas por todos los reyes y emperadores del mundo, las cuales no sólo autorizaban con la dignidad de sus personas, mas también las defendían á fuego y á sangre.

Pues la maravilla de la gracia del Evangelio fué que deste linaje de hombres pudo hacer esta gracia hombres celestiales y divinos y semejantes en la pureza de vida á los mismos ángeles, y esto no en sola Judea, donde comenzó la predicación del Evangelio, sino en todas las naciones del mundo, como consta por todas las historias eclesiásticas.

§ I

Esta circunstancia de la cualidad de los hombres, en quien la predicación del Evangelio hizo esta mudanza, engrandece el Señor debajo de diversas metáforas y semejanzas que declaran la fiereza de aquellos hombres en quien ella se hizo. Lo cual nos representa divinamente aquel lienzo que fué mostrado al apóstol S. Pedro, lleno de víboras y serpientes y de otros fieros y ponzoñosos animales (1), para significarnos que tales eran los hombres que Dios había de sanctificar y llevar al cielo, á donde aquel lienzo se volvió. Y conforme á esto la Escriptura de los Profetas unas veces los compara con leones y tigres y osos y serpientes, y dice que en compañía déstos pascerán las ovejas y los corderos y becerros, sin recibir daño alguno dellos (2): otras veces los compara á avestruces y dragones y otras bestias del campo, y éstas dice el mismo Señor que lo alabarán y glorificarán con la sanctidad y pureza de la vida que han de hacer (3): otras veces los compara con los páramos y sequedales y tierras estériles y árboles silvestres, que ningún fructo dan sino para bestias. Y para declarar la mudanza que en éstos hará, dice por Esaías estas palabras (4): Yo haré brotar ríos en lo más alto de los collados, y fuentes de agua en medio de los campos. Haré que en los sequedales y tierras desiertas haya estanques de aguas, y que en la tierra por donde nadie caminaba, nazcan ríos y fuentes. Haré que en la tierra yerma que ningún fructo daba, nazca el cedro, y la espiña (que es árbol incorruptible) y el arrayán, y el olivo, y la haya, y el álamo, y el boj. Pues por estas comparaciones quiere el Señor declarar esta tan maravillosa mudanza que él hizo en la gentilidad, que era como una tierra estéril que ningún fructo de verdadera virtud y sanctidad llevaba, y como un desierto donde no hay sino zarzas, y aulagas, y árboles silvestres, que no sirven más que para el fuego. Pues cuando el Señor dice que esta tierra estéril sin frescura, sin agua y sin fructo, será llena de frescuras y ríos de aguas, nos quiere declarar la extraña mudanza que él había de hacer en las vidas y costumbres destos hombres bárba-

(1) Act. 10. (2) Esai. 11. (3) Esai. 43. (4) Esai. 41.

ros y fieros, de los cuales procedió tan gran número de sanctísimos pontífices, y sacerdotes, y doctores, y monjes, y otros sanctos confesores y vírgines. Y para que entendiésemos cuán admirable obra era ésta, y cuán digna de la omnipotencia de Dios, añade luego el Señor estas palabras: Para que por esta obra vean los hombres, y sepan, y piensen, y entiendan que la mano del Señor hizo esta mudanza, y el Sancto de Israel la pudo acabar. Cuatro palabras pone que significan lo mismo, para darnos á entender cuán grande obra haya sido ésta, y cuánto quería él que fuese pensada y repensada de nosotros, para ser él por ella glorificado. Y aunque esta mudanza de vidas y corazones de un tan grande extremo á otro sea tan admirable, pero más me espanta aquí el primer extremo que el segundo, que es ver que tales hombres cuales fueron éstos antes que Dios los mudase, los hizo tales cuales fueron después que los mudó, pues vemos cuánto cresce la alabanza de un oficial cuando de una materia vil hace una obra de gran primor y perfección.

§ II

Todas estas profecías y otras muchas que sería largo proceso traerlas aquí, declaran la reformación de las vidas que había de causar la venida de nuestro Salvador en el mundo. La cual también profetizaron las Sibilas, y señaladamente la sibila Cumea, como adelante veremos. Porque dice que cuando este nuevo hombre viniese del cielo á la tierra, se había de levantar una gente dorada en el mundo, significando por esta metáfora de oro el precio y resplandor de la vida desta nueva gente.

Cuán grande reformación haya sido ésta, y cuánta infinidad de sanctos se levantaron de los gentiles (que en las costumbres son aquí comparados con bestias fieras y con dragones y serpientes) eran menester lenguas de ángeles que esto pudiesen declarar. Por tanto, como esto sobrepuje lo que nuestra lengua puede explicar, usaré de un breve y compendioso medio, que es remitir al piadoso lector á cualquiera de los martirologios (que son sumarios de las vidas de los sanctos) que están escriptos, y señaladamente al que agora salió á luz por mandado de nuestro sanctísimo padre Gregorio XIII, donde hay trecientos y se-

senta y seis capítulos, que llaman kalendas, para todos los días del año, y ahí verá tanta infinidad y variedad de sanctos y sanctas en todos los estados y edades y condiciones de personas, de hombres, de mujeres, de viejos, de mozos, de niños, de vírgines, de casadas y de personas de alto estado, que no podrá dejar de maravillarse viendo tantas riquezas y tesoros de sanctidad como aquí verá. Y como se escribe de la reina Sabá, que desfallecía su espíritu considerando las grandezas de la casa de Salomón, así desfallecerá el suyo considerando las riquezas de la casa del verdadero Salomón, que es Cristo, y tanto más, cuanto es mayor Cristo que Salomón, y más admirables las riquezas espirituales que duran para siempre, que las temporales que se acaban con la vida.

Aquí verá un ejército de innumerables mártires así de hombres como de mujeres y de vírgines muy delicadas, y de otras innumerables gentes, que padescieron con incomparable fortaleza y constancia tormentos nunca vistos ni oídos, por no perder un punto de la fe y lealtad que debían á su Criador. Muchos de los cuales, sin ser buscados, se ofrecían voluntariamente á los tormentos, deseando derramar su sangre por aquel Señor que por ellos derramó la suya. Y éstos en tan grande número, que á veces padescían ciento juntos, y trecientos, y cuatrocientos, y mil, y cuatro mil, y seis mil, y diez mil, y quince mil, y diez y siete mil, y veinte mil, y treinta mil, y á veces pueblos y ciudades enteras, como lo podrá ver quien leyere el Martirologio de que agora hicimos mención. Y á veces no señala número cierto, más que decir que eran innumerables. Lo cual singularmente declara la virtud y eficacia de la sangre de aquel Cordero que tan liberal y magníficamente comunicó su gracia á tantos cuentos de ánimas para hacer un acto tan heroico como es padescer martirio por la gloria de Dios. En esta nuestra edad, cuando oímos decir que en Africa, ó en Turquía, ó en Inglaterra padesció algún cristiano grandes tormentos por la fe, nos maravillamos y alegramos, y damos gracias á Dios por cosa tan nueva y tan rara. Mas en aquel tiempo era cosa tan ordinaria martirizar los cristianos, que cesaba ya la admiración desta tan grande obra, por ser tan usada y cuotidiana. Entre las grandezas de Salomón se escribe que era tanta la abundancia de plata que había en su tiempo, como de piedras, y

que ya no se hacía caso de la plata, por haber multiplicado en tanta abundancia. Pues si ésta es gran maravilla, cuánto mayor lo es que por virtud de la gracia de nuestro Salomón haya habido en la Iglesia tan grande número de mártires, que ya no se espantaban en aquel tiempo los cristianos de ver este tan cuotidiano derramamiento de sangre, como nos maravillamos agora cuando sabemos de algún nuevo mártir. Y si el martirio es una cosa tan gloriosa, como adelante se verá, cuáles serán las riquezas espirituales de nuestro Salomón, pues trajo al mundo tanta abundancia de ellas.

§ III

Después del ejército de los mártires verá otro de varones apostólicos, que es, de sanctísimos doctores y predicadores del Evangelio, y de vigilantísimos pontífices, de los cuales muy pocos acabaron sus vidas sin sangre. Y como éstos eran sucesores de los Apóstoles, así también eran imitadores de su fe, de su constancia, de su caridad, del celo de la salvación de las ánimas, y del cuidado de apascentar su ganado con los ejemplos de su doctrina y vida sanctísima. Dónde verá cumplida aquella promesa del Señor por Hieremías, que dice (1): Daros he pastores conformes á mi corazón, y apascentaros han con sciencia y doctrina. Los cuales cuando se ofrecían peligros de lobos ó otras fieras, no desamparaban el ganado, como hacen los pastores jornaleros, sino como imitadores de Cristo buen pastor acarreaban sus ovejas, y se ponían en la delantera, ofreciéndose al peligro para animar con el ejemplo de su fortaleza á su ganado. Y cuando esto vea, no se maravillará de la sanctidad de los fieles de aquel tiempo, pues tales eran los pastores que los regían.

Y no menos verá ahí diáconos y sacerdotes religiosísimos, imitadores de sus pontífices, y fidelísimos ministros y ayudadores dellos. En los cuales verá cumplido lo que comúnmente se dice, que entonces los cálices de barro tuvieron sacerdotes de oro,

(1) Hierem. 3.

mas agora los cálices de oro tienen los sacerdotes de barro. Lo cual no se dice por los buenos, sino por los que no lo son.

Pasemos de los sanctos pontífices y varones apostólicos á los monjes de Egipto, de los cuales unos vivían en comunidad, otros en soledad, escondidos del mundo y apartados no sólo de la compañía de los hombres, sino de toda humana consolación, sustentándose con raíces de yerbas, y ocupándose día y noche en la contemplación de las cosas celestiales, con cuyo pasto eran de tal manera recreados y consolados, que podían sufrir alegremente los trabajos de aquella extremada pobreza y abstinencia y soledad.

La manera de vida destos sanctos varones escriben gravísimos y sanctísimos doctores, en cuyos tiempos florecía esta celestial disciplina, cuales fueron Hierónimo, Augustino, Basilio, Crisóstomo, Casiano, Clímaco, Eusebio Cesariense y la historia Tripartita, y allende déstos Paladio, obispo de Capadocia y contemporáneo de Sant Hierónimo, con otros seis compañeros religiosos que partieron de Palestina á pie y descalzos para visitar los sanctos Padres que moraban en la tierra de Egipto, y dos de ellos escribieron las maravillas que vieron, que eran millares de monjes que vivían debajo de la obediencia de sus Padres, á veces dos y tres mil, y á veces cinco mil, los cuales despreciados todos los halagos y gustos del mundo, y puestos todos sus deseos y pensamientos en Dios, imitaban la vida de aquellos espíritus soberanos, ocupándose siempre en amar y alabar á su Criador, teniendo los cuerpos en la tierra, y los pensamientos y deseos en el cielo, y viviendo en la carne como si estuvieran fuera della. Y verá en ellos una continua oración de noche y de día, unos espíritus tan elevados en Dios con las alas de la contemplación, unas abstinencias admirables de muchos que pasaban las semanas enteras sin algún mantenimiento corporal, recreados y sustentados con la abundancia de las consolaciones divinas que del espíritu redundaban en la carne.

Y entre estas cosas refieren una, digna de eterna memoria, y es que en una ciudad vecina de Tebas, llamada Oxirinco, á donde aportaron, era tan grande la sanctidad de los moradores della, que igualmente hacían oración en la plaza que en la iglesia. Y visitando al sancto y dichoso pastor de tan escogido ganado, supieron dél que en aquella tierra había diez mil monjes y veinte

mil vírgines. Pues ¿quién no queda atónito con esta maravilla? ¿Quién no ve aquí la eficacia de la redempción y sangre de Cristo y la excelencia de su Evangelio, pues la predicación dél fué causa de toda esta sanctidad y mudanza de vida, y más en gente que tan atollada estaba en el cieno de todos los vicios? ¿Cuándo, después que el mundo es mundo, se vió tal maravilla, tal sanctidad y tal pureza de vida?

§ IV

Y lo que es aún cosa de mayor admiración, no solamente los varones robustos, mas también las vírgines nobles y delicadas abrazaron el rigor y propósito desta vida. Lo cual refiere San Crisóstomo como testigo de vista (1), porque en su tiempo florescían estas virginales plantas, donde verá el cristiano lector no sólo la excelencia de nuestra Religión, sino también la fuerza del amor de Cristo, cuando se apodera de un corazón. Lo que dice pues este Sancto destas vírgines en sentencia es lo que se sigue. Doncellas de poca edad, acostumbradas á estar todo el día asentadas en sus estrados, acostadas en sus camillas blandas, por ser ellas de su complexión natural delicadas, y mucho más por la costumbre y regalo de la vida (las cuales en ninguna cosa se ocupaban sino en ataviarse y vestirse de ropas más delicadas que sus mismos cuerpos, adornando sus cuellos con joyeles y collares de oro, sirviéndose de muchas criadas que traían al derredor de sí, y cercadas por todas partes de perfumes y ungüentos olorosos) éstas pues, cuando fueron tocadas del fuego del amor de Cristo, despidieron de sí todas estas blanduras y delicadezas, y olvidadas de su edad y de los regalos de la vida pasada, abrazaron de todo corazón la pobreza y aspereza de la cruz de Cristo. Pareceros han por ventura cosas increíbles las que acerca desto os diré, mas no lo son. Porque tengo noticia que muchas destas vírgines que con tanto regalo trataban sus cuerpos, vinieron por amor deste Señor á tratarlos con todo género de aspereza. Porque andan vestidas de jerga, y los pies descalzos, teniendo por cama un saco de paja, y gastando la mayor parte de

(1) Homil. 13 ad Ephes.

la noche en vigilias y oraciones, y la cabeza que antes con tanta diligencia adornaban, traían con un vil lienzo cubierta, y los cabellos mal atados, sin alguna curiosidad. Su comer es una vez al día, y ésta en la tarde, y el manjar no es hortaliza ni pan de trigo, sino habas, garbanzos, aceitunas y higos. Su oficio es ocuparse en labrar lana más áspera que la que sus criadas hilaban en sus casas. Y no menos se ejercitan en la cura de las enfermas, lavándoles los pies, y llevándolas sobre sus hombros, cuando es menester mudarlas de una parte á otra, no desdeñándose de servir en los oficios más viles y bajos de la cocina, y en otros semejantes. Tanto es lo que puede (como dije) el fuego del amor de Cristo, y tan poderosa es el alegría del Espíritu Sancto para vencer la naturaleza. Lo susodicho en sentencia es de Sant Crisóstomo.

Esto refiere este sancto Doctor de aquellas vírgines de su tiempo. Mas ni faltan aun agora en estos nuestros tiempos, que cada día lamentamos, otros ejemplos semejantes. Porque ¿cuántas doncellas nobles y delicadas vemos cada día, las cuales teniendo riquezas y edad y hermosura para poder casar honradamente, y siendo para ello importunadas de sus padres, despreciaron todo esto, y escogieron los monasterios más ásperos y encerrados que se hallaban en la tierra, para sacrificar allí sus cuerpos y ánimas al Esposo Celestial, deterrándose del mundo y de la dulce compañía de sus padres, trocando la seda por el sayal, las riquezas por la pobreza, y la libertad por el encerramiento, y el señorío por la subjección, y las galas por los cilicios, y los manjares delicados por los ayunos, y los regalos de la carne por la mortificación de todos sus gustos y apetitos? Pues ¿quién no reconoscerá aquí las fuerzas de la gracia y la virtud del Evangelio?

Porque es cierto que como la piedra tiene natural inclinación á descender á lo bajo, así nuestra carne (cuanto es de su naturaleza) es tan inclinada al amor de todas las cosas que le son favorables, como son riquezas, honras, deleites y todas las blanduras y regalos de la vida, como lo vemos en los hombres del mundo, que se desperecen por estas cosas, y huyen como de la muerte de las contrarias. Pues ver una criatura compuesta de esa misma carne, aborrescer como peste todas éstas cosas que el mundo adora, y abrazar con toda voluntad éstas que el mun-

do aborresce, claro está que no procede esto de la misma carne, sino lo contrario: luego otra virtud sobrenatural habemos aquí de confesar, la cual prevalece contra la naturaleza de la carne de tal manera que mortifica y adormece sus naturales inclinaciones para que no perviertan al espíritu. Pues si tendríamos por gran maravilla que la piedra no descendiese, ó que el fuego no quemase, ¿cómo no será maravilla que estando nuestro espíritu cercado de carne, cese ella de hacer su oficio y usar de sus malas mañas, con que suele oprimir al espíritu? Y aunque en algunas personas se hace esto con dificultad y contradición, pero en otras es tanta la abundancia de la gracia y de la paz interior que nuestro Señor les da, que está la carne como una serpiente encantada, que aunque es verdadera serpiente, está su ponzoña y malicia suspensa y como adormecida, para no perturbar la paz del espíritu, como antes solía. Y en este tiempo canta el hombre con el profeta David: En el camino, Señor, de tus mandamientos me deleité así como en todas las riquezas del mundo. Y si esta paz interior del ánima se diese á pocos, podríamos decir que una golondrina no hacía verano: mas los que tienen por oficio tratar consciencias de personas espirituales, saben á cuántas ánimas comunica nuestro Señor esta gracia.

§ V

Mas porque todo esto se ha dicho en común, decendamos á tocar algo en particular, refiriendo algunos ejemplos de muchos que se pudieran traer, y éstos de personas ilustres, porque en éstos se ve más claro la virtud de la gracia y de la humildad, porque tanto es más admirable esta virtud, cuanto los estados son más altos. Porque (como dice muy bien S. Bernardo) vivir en estado alto, sin tener corazón altivo, no es obra de la naturaleza humana, sino de la gracia divina. Esto pues nos declara S. Luis, rey de Francia, el cual con toda su grandeza se recogía en un lugar secreto, y allí lavaba los pies y las manos de los pobres, y los limpiaba y besaba con toda humildad y reverencia por ejemplo de Cristo, Y después de esto, ¿qué cosa es ver á la Emperatriz, mujer del emperador Teodosio, andar por los hospitales y casas de enfermos sirviéndoles por su propria

persona como una moza de servicio? ¿Qué es ver á Santa Isabel, hija del rey de Hungría, hacer lo mismo y aplicar ella con sus manos los emplastos y medicinas á las llagas de los bubosos y sarnosos? Pues ¿qué diré de la mudanza de vida, y de las obras de humildad en que se ocupaba aquel notable varón por nombre Galicano, después que se convirtió á nuestra sancta fe, habiendo sido cónsul en Roma? Porque (como escribe Usuardo en su Martirologio) corrió tanto la fama desta mudanza de vida, que venían muchos de las partes de Oriente y de Occidente á ver un hombre tan principal lavar los pies de los pobres, ponerles la mesa, darles aguamanos, servir con toda diligencia á los dolientes, y finalmente ejercitar todos los oficios de esta sancta servidumbre de Cristo.

Pues ¿qué diré de la continencia de S. Eduardo, rey de Inglaterra, y de la reina su mujer? Obligaron los grandes del reino á este sancto Rey á que se casase, por proveer en la sucesión del reino, y buscáronle una nobilísima y honestísima doncella, no menos virtuosa que él. Y ordenado el casamiento, trataron ambos de conservar perpetua virginidad: de lo cual no quisieron que hubiese otro testigo más que Dios. De manera que ella se hace su mujer con el espíritu, no con la carne, y él marido, no con el cuerpo, sino con el ánima, y persevera entre ellos sin la obra del matrimonio el amor matrimonial, y la liga del casto amor sin menoscabo de la pureza virginal. Él es amado sin alguna corrupción, y ella amada sin ser dél tocada. Pues ¿quién no reconoscerá en esta obra la virtud inestimable de la divina gracia? Sant Bernardo tiene por mayor milagro conversar familiarmente con mujeres de sospechosa edad y no desvarar, que resuscitar muertos. Pues según esto, ¿cuán grande maravilla fué conversar tan familiarmente estos dos sanctos casados, no un año ni dos, sino toda la vida, y comer ambos á una mesa, y amarse entrañablemente (pues no hay cosa más amable que la virtud y la honestidad) sin por eso perder la flor de su pureza virginal? Mas el Señor que esta singular pureza dió á este sancto Rey, quiso dar della testimonio. Porque á cabo de treinta y seis años de su glorioso tránsito, abriendo su sepultura, hallaron su cuerpo tan entero y tan flexible, y sus vestiduras tan enteras como el día que lo sepultaron. Desta manera pues honra Dios á los amadores de la castidad.

Y no es cosa menos admirable la que hizo este sancto Rey, porque diciéndole un pobre andrajoso y lleno de llagas podridas que el apóstol S. Pedro le mandaba que lo tomase á sus cuestas y lo llevase dende el Palacio Real hasta la iglesia del mismo Apóstol, sin más examen ni testimonio que éste, tomó á sus cuestas al pobre, teñiéndosele de sangre y materia las vestiduras reales, y escarneciendo dél sus criados, y así lo llevó y puso ante el altar del dicho Apóstol, y súbitamente le alcanzó sanidad. Pues ¿qué dirá aquí la prudencia humana? Claro está que diría ser esta obra indigna de la autoridad y majestad real: mas la prudencia divina y el suceso del milagro nos muestran lo contrario.

Y descendiendo á personas de menor autoridad, ¿qué maravilla es ver al bienaventurado S. Alejo estar diez y ocho años en un rincón de la casa de su padre en hábito de pobre y peregrino, sufriendo muchos malos tratamientos y injurias de sus criados, y ver delante de sus ojos las lágrimas de sus padres viejos, y las de su muy querida esposa, y la abundancia y riquezas de su casa, y con todo esto perseverar todo este tiempo en aquella tan gran pobreza y aspereza de vida, sin que nada de lo dicho enterneciese ó mudase el propósito de su corazón? Ni es menos admirable el ejemplo de Sancta Eufrosina, hija única de su padre, desposada con un muy noble mancebo, la cual tomando hábito de hombre, recibió el de monje, y perseveró treinta y ocho años en el monasterio, donde siendo muchas veces visitada de su padre, sin ser dél conoscida (el cual grandemente consolaba sus lágrimas y desamparo con las dulces y amorosas palabras de ella) nunca, ni las lágrimas de su viejo padre, ni la pena del esposo bastaron para descubrir en todos estos años quién era, por no perder el tesoro de aquella vida religiosa que había hallado, hasta que al punto de la muerte se le descubrió, para que él solo enterrase su cuerpo. Lo cual él cumplió con infinitas lágrimas y con grande admiración y espanto de cosa tan extraña. Y esto hecho, distribuyó toda su hacienda á pobres, y recogido en aquella misma celda de su hija, acabó sanctamente lo que le restaba de vida. Callo otros innumerables ejemplos que á este propósito se pudieran traer, mas éstos bastan para muestra de lo que está dicho.

§ VI

Toda esta variedad y muchedumbre de sanctos que aquí habemos referido, ¿de qué fuente manó, sino de las llagas preciosas de nuestro clementísimo Redemptor, que es aquel Cordero que como dice Sant Juan (1), fué sacrificado dende el principio del mundo? Porque ningún justo hubo, ni habrá, hasta que el mundo se acabe, que no sea justificado por el mérito del sacrificio deste Cordero. Y aquí verá cumplido lo que el mismo Salvador dice, que si el grano de trigo que cae en la tierra, no muriere, él solo permanecerá, mas si muriere, dará mucho fructo (2). Este grano de trigo es Cristo nuestro Señor, que cayó del cielo en la tierra, y si él no muriera, él solo permaneciera en su gloria como Hijo de Dios que era, y ninguno otro hombre se salvara. Mas porque después de caído en la tierra murió, de aquí es que por el mérito de aquel grande sacrificio de su muerte dió mucho fructo, que es esta muchedumbre de Sanctos y Sanctas que habemos dicho. ¡Oh grano de trigo precioso! ¡Oh grano frutuoso! ¡Oh grano, de que procedió una tan grande mies de sanctidad y gracia que hinchió el mundo! ¡Oh grano, de que tantos granos nascieron, cuantos Sanctos ha habido después que Dios crió el mundo, y habrá hasta que se acabe! ¡Oh grano de trigo, de que se consagra aquel pan celestial, que mantiene los justos, y da vida inmortal á los que dignamente lo comen! ¡Oh grano de trigo, muerto en la tierra, que nos abriste las puertas del cielo, y nos das vida perdurable! ¡Oh grano de trigo muerto, que mataste el pecado, y destruíste la muerte, y quitaste la vida y las fuerzas á todos nuestros enemigos! ¡Oh grano muerto en la tierra por la obediencia y gloria del Padre, que á tantos millares de mártires esforzaste para que alegremente muriesen por esa misma gloria! ¡Oh grano de trigo muerto, que resuscitas los muertos, y sustentas los vivos, esfuerzas los flacos, curas los enfermos, alegras los justos, y les das gusto y prendas de la vida eterna!

Por aquí también se confirmará el cristiano en la fe del miste-

(1) Apoc. 13. (2) Joan. 12.

rio de la pasión y encarnación del Hijo de Dios con una tan grande fuerza, que todas las máquinas y argumentos de infieles y herejes no la puedan enflaquecer, tomando por fundamento para ello la condición y naturaleza de la divina Bondad. Porque cierto es que la más gloriosa perfección que hay en nuestro Señor Dios (á nuestro modo de entender) es la bondad, y ésta es por la cual él quiere ser más conocido y alabado, como muchas veces está dicho. Sabemos también que la cosa más natural y más propria desta suma bondad es ser comunicativa de sí misma y de sus bienes, y por consiguiente, querer hacer á los hombres participantes de su bondad y sanctidad. Para confirmación de esto conviene traer á la memoria aquella admirable visión del profeta Esaías, en la cual vió á Dios asentado en un trono muy alto, y dos serafines á los dos lados, los cuales mirándose uno á otro, á altas voces decían: Sancto, Sancto, Sancto es el Señor Dios de Sabaoth. Que es el himno que (como testifica la Iglesia) se canta perpetuamente en el cielo. En lo cual entendemos cuánto se precia Dios deste glorioso título de Sancto, pues por él es siempre alabado en el cielo. Siendo pues esto así, ¿qué cosa más gloriosa y más propria y más digna se puede afirmar de aquella suma Bondad, que haber hecho una cosa, de la cual tanta bondad y sanctidad se siguió en el mundo, como aquí está declarado? Y si son más gloriosas y más dignas de Dios las obras de gracia que las de naturaleza, ¿cuánto más digna y más propria es de Dios la obra de la sanctificación del hombre, que la creación dél? Y si es obra más digna de Dios la que es más magnífica y provechosa para los hombres, ¿cuánto más magnífica obra es sanctificarlos que criarlos, darles ser de gracia que de naturaleza, darles ser divino que humano, darles ser hijos de Dios que ser hijos de hombres, y darles bueno y bienaventurado ser, que darles ser? Por tanto, si tenemos por cosa gloriosa y digna de Dios la creación del mundo, tengamos por cosa muy más gloriosa y más propria y digna de su bondad la redempción y sanctificación del mundo, que fué la obra de su sagrada pasión, por la cual todos los escogidos fueron sanctificados.

Y que esto sea así, vese claramente, porque antes que él viniese al mundo y padesciese, no tenía más que un pueblo en todo él, y éste tan inclinado á la idolatría, que ni amenazas de

Profetas, ni castigos de Dios bastaban para reducirlo á su servicio. Mas después que bajó del cielo á la tierra, y murió en cruz, vemos cuánto se extendió la virtud y sanctidad por todas partes del mundo, y cuán copiosamente se daba la gracia con todos los dones del Espíritu Sancto en aquel tiempo, pues con poner las manos sobre los hombres, se daba el Espíritu Sancto con sus dones y gracias (1). Por dónde no sin razón podemos decir que fué éste un diluvio de gracia, que en aquel tiempo envió Dios al mundo para fundar su Iglesia. Porque como antiguamente se abrieron las fuentes del cielo, y cayó en tierra una tan grande lluvia de agua, que bastó para anegar el mundo, así por el mérito de la preciosa sangre de Cristo se abrieron las fuentes de la gracia celestial, y cayó una tan grande lluvia de gracia sobre la tierra, que bastó, no para anegarla, sino para sanctificarla y juntarla con Cristo. Desta manera (como Sant Crisóstomo dice) Dios conversaba con los hombres en la tierra, y los hombres se levantaban á las cosas del cielo (2). De dónde resultó una mixtura y comunicación de todas las cosas divinas y humanas, porque los ángeles comunicaban con los hombres, y los hombres eran llevados á los coros de los ángeles. Los entredichos y enemistades antiguas habían cesado. Dios estaba aplacado y reconciliado con los hombres, el demonio confuso, y la muerte vencida, el paraíso abierto, la maldición revocada, el pecado perdonado, descubierto el error, restituída la verdad, la doctrina de la fe predicada en todos los lugares, y en todos ellos acrecentada, y una celestial conversación plantada en la tierra, donde aquellas virtudes soberanas trataban y conversaban familiarmente con los hombres. Lo susodicho en sentencia es de Crisóstomo. Lo cual, junto con todo lo demás que hasta aquí se ha dicho, sirve para que se vea la reformación que se siguió en el mundo después de la venida del Salvador á él, de que en este capítulo habemos tratado.

---

(1) Actor. 8 & 19. (2) Homil. 1 in Matth.

DÉCIMASEXTA EXCELENCIA DE NUESTRA SANCTÍSIMA FE Y RELIGIÓN, QUE ES EL TESTIMONIO DE LOS SANCTOS DOCTORES

CAPÍTULO XVII

Como el hombre esencialmente es criatura racional, así como le es cosa natural y fácil creer todo lo que se alcanza por razón, así le es cosa muy dificultosa y ardua creer lo que sobrepuja á la razón. Y de aquí han procedido tantas diferencias de herejías como ha habido en el mundo, y señaladamente la del maldito Arrio, el cual tuvo gran número de seguidores de su blasfemia por causa de la dificultad que la razón humana padece en levantarse sobre sí misma y creer lo que ella no alcanza. Pues como aquella suma bondad de nuestro Criador desea tanto la salvación de los hombres, y su divina providencia provea perfectísimamente á todas las necesidades de sus criaturas, y mucho más á las del hombre (para cuyo servicio ellas fueron criadas) y la primera de sus necesidades sea la fe (sin la cual ni puede honrar á su Criador, ni se puede salvar) por esto le proveyó de suficientísimos remedios y argumentos que lo inclinasen á creer los misterios de la fe, aunque sean sobre toda humana razón.

Y demás de los que hasta aquí se han referido, hay otros cinco gravísimos testimonios: entre los cuales el primero es de los sanctos Doctores, el segundo de las Sibilas, el tercero de los Mártires, el cuarto de los milagros, el quinto y mayor de todos es el cumplimiento de las profecías, que vemos claramente cumplidas. Todas estas maneras de testimonios y de testigos tan abonados ordenó la divina Providencia que testificasen la verdad de nuestra fe, para que no hubiese incredulidad tan obstinada, que no fuese convencida con tan grande fuerza de testigos y testimonios.

Destas cinco maneras de testigos trataremos aquí sumariamente, remitiendo al cristiano lector á donde esto tratamos más copiosamente. Es pues el primero de los sanctos Doctores, de que

la Iglesia Católica está como de un muro firmísimo cercada. Los cuales fueron hombres de singulares ingenios, y muchos de grandísima sanctidad: de los cuales unos se aventajaron en los estudios de la filosofía y de todas las artes liberales, como lo fué Santo Tomás, S. Buenaventura, Alberto Magno, Alejandro de Ales, Escoto y otros innumerables que se siguieron después déstos. Otros hubo que demás destas sciencias, florecieron en los estudios de la elocuencia, como fueron S. Basilio y sus dos contemporáneos Gregorio Teólogo y S. Juan Crisóstomo, Teodoreto, Damasceno entre los griegos, y entre los latinos S. Hierónimo, S. Cipriano, S. Ambrosio, Boecio, que en todas las sciencias fué consumado, y sobre todos S. Augustín, el cual confiesa de sí en el cuarto libro de sus Confesiones que todas las sciencias así de filosofía como de elocuencia había aprendido por sí solo sin maestros, por la gran viveza de su ingenio, y otros innumerables de que S. Hierónimo y otros hacen catálogos, declarando sus nombres y las obras que escribieron. Todos éstos fueron varones doctísimos, ingeniosísimos y muchos dellos sanctísimos, y cuanto más puros y sanctos, tanto más hábiles para el conoscimiento de las cosas espirituales y divinas, y para ser enseñados por aquel Señor que es maestro de los humildes y amigo de buenos, á los cuales comunica él sus secretos. Y todos éstos, después de fundados en las sciencias humanas, emplearon toda la vida en los estudios de la teología y de los misterios de nuestra fe, aprobándola y defendiéndola de todos los argumentos y falsedades de los herejes, y mostrando la dignidad y excelencia della. Todos ellos confesaron la verdad del misterio de la Sanctísima Trinidad, y del Sancto Sacramento del altar, y del inefable misterio de la encarnación y pasión del Hijo de Dios, en el cual no sólo no hallaron cosa indigna de aquella soberana Majestad, mas antes confesaron ser esta obra la más gloriosa y más digna de su infinita bondad y sabiduría, y la que más arrebata y suspende los espíritus así de los hombres como de los ángeles en una grande admiración y amor de esa misma bondad, como Sant Augustín lo confiesa de sí mismo. Y pues tantos Doctores sanctísimos y doctísimos emplearón toda su vida en estudiar y disputar y deslindar y defender la verdad de los misterios de nuestra fe, seguramente pueden los hombres resignarse en el parecer de tan grandes ingenios, acompañados con tanta sanctidad de vida, y no querer discutir de nuevo lo

que tan discutido está por ellos, como cosa en que les iba su salvación.

Y aunque este testimonio sea muy grave, mucho más lo es el de los sagrados Concilios, en los cuales se ayuntó siempre la flor de todos los ingenios y de toda la sanctidad y doctrina del mundo, en los cuales se han tratado todos los artículos y misterios de nuestra fe con suma diligencia, asistiendo en ellos la presencia del Espíritu Sancto, y con toda esta autoridad han sido testificados y confirmados. Con lo cual, demás del testimonio de los sanctos Doctores, se deben quietar y consolar todos nuestros entendimientos, pues estas cosas han sido tan cernidas y apuradas por tantos y tan sanctos Concilios. Éste es pues el primer testimonio de la verdad de nuestra fe.

DECIMASÉPTIMA EXCELENCIA DE NUESTRA FE, QUE ES EL TESTIMONIO DE LAS SIBILAS

CAPÍTULO XVIII

Como nuestro Redemptor venía para ser salvador no de solo el pueblo de los judíos, sino también de los gentiles, que es, de todos los hombres que él crió, por esto quiso que en ambos pueblos hubiese quien denunciase mucho antes su venida. Porque si súbitamente viniera, hubieran de cegarse los ojos de los hombres con el resplandor de tan grande luz, que es, de un misterio tan admirable. Y entre los judíos quiso que hubiese Profetas llenos del espíritu de Dios, que denunciasen su venida, y entre los gentiles las Sibilas, que testificasen lo mismo que los Profetas. Y porque no pudiesen los infieles poner duda en el testimonio de estas vírgines (diciendo que los cristianos habían fingido esto para abono de su Religión) quiso nuestro Señor que antes que hubiese cristianos en el mundo, y antes que el Salvador nasciese, escribiese un poeta gentil, que fué Virgilio, lo que la Sibila llamada Cumea dejó escripto en sus versos, que es la suma de todo lo que los Profetas profetizaron. Lo cual es cosa que puso en grande admiración al emperador Constantino, y así lo hará á quienquiera que esto leyere. La suma pues de lo que esta Sibila dice, según refiere Virgilio, es que una virgen aparecería en el mundo, y que un nuevo hombre vendría del cielo, el cual reformaría las costumbres y vidas de los hombres. Y que en el mundo se levantaría una gente dorada, que es gente purísima y sanctísima, y que en su tiempo morirían las serpientes ponzoñosas, y que los flacos ganados no temerían los fieros leones. Quiere decir que los hombres ponzoñosos como serpientes perderían la ponzoña de su malicia, y los soberbios y fieros como leones se amansarían y humillarían y se juntarían con los pequeñuelos y humildes. Que es lo mismo que profetizó Esaías, cuando dijo que moraría el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito, y que el becerro y el león y la oveja morarían juntos, y que el león á manera de buey comería paja, y que

el niño de teta metería la mano en la cueva del basilisco sin que le empeciese (1). Todas estas son metáforas con que el Espíritu Sancto amplifica y engrandesce esta maravillosa mudanza que se vió en muchos hombres después de la predicación del Evangelio, como arriba tocamos. Y haberse cumplido esto nos consta no sólo por todas las historias eclesiásticas, mas también en parte por los mismos gentiles, que dan testimonio de la constancia y inocencia de los fieles de aquel tiempo. De las otras Sibilas que profetizaron las cosas de la pasión del Salvador y de la segunda venida á juicio, tratamos en nuestra Introducción, mas sola ésta quise aquí referir, así porque esta profecía comprehende la suma del misterio de Cristo, como por ser tan aprobada, que ningún hombre por bárbaro que sea la podrá negar.

(1) Esai. 11.

DÉCIMAOCTAVA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SER APROBADA POR EL TESTIMONIO Y SANGRE DE LOS MÁRTIRES

CAPÍTULO XIX

DESPUÉS del testimonio de las Sibilas síguese el de los sanctos mártires, del cual S. Máximo dice así: La fe católica es la madre del martirio, en la cual los caballeros esforzados de Cristo firmaron la verdad della con su sangre, y la juraron con su muerte. Porque nunca ellos ofrecieran su vida á la muerte con tanta constancia, si no estuvieran firmísimamente certificados que con ésta compraban otra vida sin comparación mejor. En la explicación deste testimonio pasaré las leyes de abreviador, para añadir en esta materia algunas cosas allende las que en nuestra Introducción están escritas, presuponiendo lo que allá dije, que ninguna materia huelgo más de tratar que ésta, y ninguna recelo más, porque es tanta la excelencia della, que ni se puede concebir dignamente su grandeza, y mucho menos explicarse con palabras. Y por eso será menester pedir á Aquél que tal fortaleza y constancia dió á sus mártires para padescer, dé á nosotros palabras para lo poder explicar.

Comenzando pues á tratar del testimonio de los mártires, la primera cosa que nos conviene declarar, es la que la prudencia humana querrá aquí saber, esto es, por qué causa ordenó la divina Providencia que se fundase la fe del Evangelio por medio de tanta infinidad de mártires y con tan horribles y espantosos tormentos. Porque pues nuestro Señor con una palabra del profeta Jonás acabó con todos los ninivitas, no sólo que recibiesen la fe, sino también que emendasen sus vidas é hiciesen penitencia, muy bien pudiera él convertir todo el mundo con la facilidad que convirtió esta ciudad, pues para él no hay cosa imposible.

Para responder á esto (tomando el negocio dende sus principios) conviene presuponer que nuestro Señor Dios es, como

él dice por S. Juan (1), Alpha & Omega, que quiere decir, primer principio y último fin de todas las cosas. Porque él las hizo, y para sí las hizo, esto es, para manifestación de su gloria con la grandeza de las obras y maravillas que él había de obrar en ellas. Siendo esto así, ninguna cosa era más propria ni más conforme al intento de este Señor que aquélla que redundaba más en su gloria, y más perfectamente lo glorificaba.

Es pues agora de saber que aunque todas las cosas criadas (cada cual en su manera) sirvan á este fin (que es glorificar á su Criador) pero ninguna dellas ni todas juntas le glorifican tanto como la fortaleza y lealtad de los sanctos mártires, los cuales combatidos con tantos y tan horribles géneros de tormentos, nunca perdieron punto de la fe y reverencia que debían á este soberano Rey y Señor. Ni saco de aquí á la sacratísima Virgen nuestra Señora, pues (como dice S. Augustín) fué más que mártir al pie de la cruz, ni á Cristo nuestro Salvador, al cual S. Juan llama testigo fiel (2), que es lo mismo que mártir. Y así digo, en consecuencia desta verdad, que fué tan grande la gloria con que aquella soberana Majestad fué por este medio esclarecida y glorificada, que toda la gloria que le dan cuantas cosas vemos en este mundo criadas, queda baja en comparación désta. Y no digo solamente la que le da la hermosura del sol y de la luna y de las estrellas y de todos los cielos (los cuales predican la gloria de Dios) mas aun la que se le da sobre los mismos cielos, donde moran aquellos espíritus soberanos, los cuales mucho más que todo lo corporal y visible testifican su gloria: mas ni aun ellos lo glorifican de la manera que los sanctos mártires lo glorificaron. Porque todo cuanto ellos tienen, son gracias y dones de Dios alcanzados sin trabajo ó con poco trabajo, porque no hicieron más, en siendo criados, que humillarse ante el acatamiento de su Criador, y reconocerle por tal, y esto se hizo en un instante, y sin haber en ellos carne ó otra cosa que resistiese á este reconocimiento. Y solo esto bastó para ser confirmados en gracia, y enriquecidos con grandes dones y privilegios singulares. De modo que ellos fueron como unos preciosos relicarios, en los cuales la magnificencia de Dios quiso depositar las riquezas y tesoros de sus gracias, y así más tenemos aquí por qué

(1) Apoc. 1. (2) Apoc. 1.

glorificar al Criador que á ellos. Mas el mártir, ¡qué dolores, qué crueldades, qué prisiones, qué destierros, qué heridas, qué hambres, qué fuegos, qué despedazamiento de miembros, qué invenciones de tormentos nunca vistos padesció por la gloria de su Señor! Y dado que esta su fortaleza y constancia admirable era dada por Dios que en él obraba, mas él juntamente con Dios obraba y padescía en su cuerpo los dolores agudísimos, que pudiera excusar, si quisiera resistir al que le esforzaba. Pues ésta es la ventaja que hacen los mártires á los ángeles, por altísimos que sean, pues tan poco pusieron de su casa para ser lo que son, habiendo los mártires puesto tanto de la suya por la honra y gloria de su Criador. Porque este padescer era testificar y decir por la obra: tal es nuestro Dios, tal su bondad, tal su grandeza, su magnificencia, su hermosura, su nobleza, su fidelidad y lealtad para con los suyos, y tales las mercedes y beneficios que les hace en esta vida, y ha de hacer en la otra, que aunque padesciésemos cuantos tormentos hay en el mundo por él, es nada para lo que él por sí merece, aunque nada nos hubiese de dar. Lo cual algunos de los mártires testificaban, no sólo por la obra de la pasión, sino también por palabras, como se escribe de S. Ginés, el cual después de azotado cruelísimamente con varas, y rasgadas sus carnes con garfios de hierro, y abrasados sus lados con hachas encendidas, perseverando él en esta gloriosa confesión, dijo: No hay otro rey sino Cristo, por el cual si mil veces muriere, no me lo podréis quitar ni de la boca, ni del corazón. Pues ¿de qué otra manera puede una criatura honrar más á Dios que con esta confesión? ¡Oh voz gloriosa (dice S. Basilio) con la cual el aire que la recibió, fué sanctificado, los ángeles oyéndola la festejaron, y el demonio con su cuadrilla fueron azotados, y Dios la escribió con su dedo en el cielo!

Pues ¿quién no ve siquiera por este ejemplo cuán altamente glorificaron á Dios los sanctos mártires, que con este mismo espíritu padescieron? Por lo cual, considerando yo la infinita muchedumbre destos honradores de Dios, osaré decir que aunque de toda la obra de la creación deste mundo, y de la gobernación perpetua dél, no se siguiera otro fruto sino esta gloria del Criador, era bien empleado todo lo hecho por sola esta causa. Y aún digo más, que si de toda la pasión y dolores de Cristo no se siguiera otro fruto sino éste, él diera por bien empleado todo

cuanto padesció, por la gloria que de aquí resultaba á su eterno Padre, por la cual él padesciera mil tanto más de lo que padesció, si fuera necesario.

Y si me preguntáredes, ¿por qué quiso este Padre celestial que hubiese en el mundo tan gran número de mártires como adelante veremos, pues pudiera él convertirlo con una sola palabra? Á esto respondo que esto quiso él por los grandes frutos que de aquí se siguieron, así para gloria suya como de los mismos mártires. Los cuales con pocos días de trabajo compraron descanso de todos los siglos, trocando la tierra por el cielo, y los bienes perecederos por los perdurables, donde siempre cogerán el fruto de lo que con lágrimas sembraron, y donde serán tan grandes sus alegrías, que si alguna pena pudiese caber en ellas, sería por no haber padescido mucho más por un Señor que tan magníficamente los ha galardonado.

§ I

Otra causa fué querer aquel soberano Señor hermosear aquella ciudad celestial, que se edifica de piedras vivas, con la hermosura y preeminencia destos gloriosos caballeros. Porque como entre las estrellas hay unas más resplandecientes que otras, así quiso él hermosear aquella su casa real con la hermosura de los sanctos mártires, que con especial corona de gloria se señalan y resplandescen entre los otros sanctos que acabaron en paz. Por dónde, así como en el edificio de una casa real hay unas piedras llanas, de que se fabrican las paredes, y otras labradas con muchas molduras y artificio, que sirven para algunas partes más vistosas del edificio, así en la fábrica de aquella casa y palacio celestial los mártires tienen el lugar de estas piedras ricas, las cuales los tiranos escodaron y labraron con todas las maneras de heridas y tormentos con que los martirizaron, para que así tuviesen tanto más principal lugar en el cielo, cuanto más labrados y martillados fueron en este mundo.

Y como estas pasiones sirven para la gloria de la Iglesia triunfante, así también sirven para provisión y socorro de la militante, que es, para esfuerzo de los buenos y confusión de los malos. Porque una de las cosas que más esfuerza á los buenos en

los trabajos de sus abstinencias y penitencias, es el ejemplo de los mártires, conforme á aquello que dice S. Gregorio: Pensemos en los trabajos de los que nos precedieron, y no nos parecerán graves las molestias que padecemos. Y lo mismo también sirve para confusión de los malos, para que ninguna excusa tengan de su mala vida el día del juicio, cuando allí vean las señales gloriosas de los tormentos en los cuerpos de los mártires, con las cuales compraron el reino del cielo, no habiendo querido ellos comprarlo con sola la guarda de los mandamientos divinos.

Finalmente, por este medio quiso la divina Providencia fundar su Iglesia y confirmar la fe della con el testimonio y ejemplo de innumerables mártires que pusieron la vida por ella.

Estas causas sobredichas declaran los grandes frutos que destas pasiones se siguieron para la gloria así de la Iglesia militante como de la triunfante. Mas otras hay que pertenescen á la gloria de Dios y de su unigénito Hijo nuestro Salvador, que son más principales. Porque (como arriba declaramos) con estas pasiones testificaron los mártires la gloria de su Criador, que es el fin que ellos pretendían, y el que Dios pretende en todas sus obras.

Y cuánto haya agradado á aquel soberano Señor esta fe y lealtad destos sus fieles siervos, declarólo él con muy especiales favores al tiempo de sus martirios. Porque muchas veces amansaba las fieras, otras apagaba las llamas, curaba sus llagas, alumbraba sus cárceles, soltaba sus prisiones, dábales de comer por manos de ángeles, animábalos á los trabajos, aliviaba sus dolores, y finalmente morando en ellos, obraba y vencía por ellos. ¡Qué esfuerzo para sufrir las pedradas ver abiertos los cielos y al Hijo de Dios á la diestra del Padre, como vió S. Esteban! ¡Qué esfuerzo para S. Lorenzo oir aquella voz del cielo que decía: Aún te quedan más batallas que vencer! Pues ¿qué diré del cuidado que tenía de honrar aquellos cuerpos despedazados por su amor? Porque no contento con dar á las ánimas aquella singular fortaleza, proveía también á los cuerpos honrosa sepultura. El cuerpo de Santa Catalina mártir tomaron los ángeles, y lo sepultaron en el monte Sinaí, donde Dios había dado la ley. El cuerpo de S. Dionisio, después de asado y descabezado, tomó su propria cabeza en los brazos, y la llevó al lugar donde agora está sepultado, acompañando los ángeles su ente-

rramiento con lumbreras del cielo, y cantando *Gloria tibi, Domine*, y repitiendo muchas veces *Aleluya, Aleluya*. Los cuerpos de los sanctos mártires Gervasio y Protasio reveló Dios á S. Ambrosio á cabo de más de trecientos años, para que los sepultase en lugar más honrado, estando ellos tan enteros, y tan fresca su sangre, como si aquel día fueran degollados. Pues ya ¿qué palabras bastarán para engrandecer aquel regalo y providencia de Dios para con S. Clemente, arrojado en la mar con una áncora? Porque dentro de las aguas de la mar le fabricaron los ángeles una capilla como de mármol y una arca de piedra, donde pusieron su sagrado cuerpo, y el áncora junto á él. Y (lo que es argumento de mayor amor de Dios para con sus sanctos, y deseo de honrar á los que con su propria sangre le honraron) todos los años el día deste martirio se retiraba la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á venerar los huesos de un hombre que murió por él. Pues los milagros que él obró por las reliquias de Sant Esteban, ¿quién los contará, pues escribiendo S. Augustín muchos dellos, confiesa que la mayor parte se le quedaba por escribir? Todo esto declara por una parte cuán glorificado haya sido nuestro Señor con la fe y constancia de los mártires, y por otra la fidelidad y amor dél para con ellos, pues por tantas vías en vida y en muerte los honraba. De dónde resultaba una gloriosa competencia entre él y ellos, ellos en honrar á su Señor, y él en honrar á ellos.

Y no menos sirvió esta muchedumbre de pasiones para gloria de Cristo, y remuneración de sus trabajos, y cumplimiento de sus deseos, que es, de aquella grande hambre y sed que tuvo de la gloria de su eterno Padre, que por este medio (como ya dijimos) fué tan glorificado. Ésta es aquella hambre de que dice Esaías, hablando de la pasión del Salvador (1): Por los trabajos que su ánima padesció, verá y hartarse ha. ¿Qué hartura es ésta dada á este Señor en premio de sus trabajos? La hartura corresponde á la grande hambre y sed que aquella ánima sanctísima tuvo de la gloria del eterno Padre, la cual fué tan grande, cuanto lo era la caridad y gracia que sin medida le fué dada, y cuanto era lo que del Padre había recibido de pura gracia, que eran bienes incomprehensibles. Y porque no había otra cosa en este mundo

(1) Esai. 53.

que más glorificase al Padre que la sangre de los mártires, por eso quiso él que fuesen ellos tantos, para que aquella sacratísima hambre de Cristo quedase satisfecha con este tan grande número de honradores y glorificadores dél.

Dónde será razón que consideren las ánimas religiosas los pensamientos que revolvía entre sí aquel Cordero inocentísimo al tiempo que padescía. Lo cual cada uno podrá imaginar conforme á su devoción. Yo digo que entre otros sanctos pensamientos allí se le representaba primeramente esta gloria de su Padre que decimos, por cuya obediencia y gloria padescía, satisfaciendo con el sacrificio de su muerte por las ofensas hechas contra su majestad. Lo segundo, allí se le representaban las batallas de los sanctos mártires, que con la constancia de su fe y lealtad y con su sangre le habían de glorificar. Los cuales sabía él muy bien cuán grande esfuerzo habían de cobrar, viendo su Capitán y Señor ir delante con la bandera de la cruz, vestido de la púrpura resplandesciente de su sangre, animándolos á pelear con el ejemplo de la pasión que por ellos padesció. Lo tercero, allí se le representaban los trabajos de todos los sanctos, y señaladamente la infinidad de aquellos sanctos monjes que vivían en los desiertos, apartados de toda consolación humana, andando descalzos y medio desnudos, sufriendo los ardores del verano y los fríos del invierno, manteniéndose muchos dellos con solas raíces de yerbas. Los cuales también cobraban esfuerzo para sufrir la aspereza de aquella vida, considerando lo que por ellos padesció su Criador y Señor.

Lo cuarto, allí se le ponían delante los sucesores déstos, que son los religiosos que había de haber y hay en algunas órdenes ó provincias muy reformadas, cuyos profesores habían de ser imitadores y seguidores desta aspereza, desnudez y pobreza de vida susodicha, con todos los demás de cualesquier otros estados que habían de abrazar la cruz y perfección de la vida evangélica. Todos éstos estaban presentes en su corazón al tiempo que padescía, no para que con esta representación se mitigase la fuerza de sus dolores, sino para merecerles con su pasión gracia y fortaleza para vencer todas estas dificultades y batallas.

§ II

Y aun ésta es una de las causas por donde el Salvador (pudiendo redimir el mundo con una sola gota de su preciosa sangre) quiso padescer tantas maneras de dolores é injurias, porque como adelante se trata (1), todos los mártires y todas las otras ánimas que habían de abrazar la cruz y aspereza de la vida perfecta, cuando más los apretasen sus trabajos, levantasen los ojos á su Dios y Señor enclavado en la cruz, no por sí, sino por ellos, y así se esforzasen y consolasen en sus fatigas. Lo cual maravillosamente figuró Dios en el desierto, cuando no hallando los hijos de Israel para beber sino unas aguas amarguísimas, y pidiendo Moisén á Dios remedio para esta necesidad, le mostró él un madero, el cual echado en esas aguas, las hizo dulces (2). Pues ¿qué otra cosa quiso el Señor representarnos aquí con esta tan nueva manera de remedio sino la virtud y eficacia del madero de la sancta Cruz, el cual hizo dulces á los mártires y á todos los seguidores de la vida evangélica todos sus trabajos?

Y no sólo por este medio queda la sed y hambre de Cristo satisfecha, y engrandescida su gloria, sino también porque por el mérito de su sacratísima pasión dió el Padre eterno á los sanctos mártires aquella constancia y fe admirable y aquella fortaleza invencible, de que se escribe en los Cantares (3): Las muchas aguas no pudieron apagar la llama de la caridad, ni las crecientes de los ríos la pudieron cubrir dando á entender que siendo tan poderosas las muchas aguas de las tribulaciones para apagar cualquier otro fuego, era tanto más poderoso el fuego de la caridad que en los corazones de los sanctos mártires ardía, que todas las aguas de las tribulaciones y tempestades del mundo no bastaron para matarlo, porque lo atizaba y soplaba Cristo, que en ellos moraba, con cuya virtud y gracia ellos peleaban y vencían. ¿Qué otra cosa quiso Dios al principio del mundo representar, cuando quitó la costilla del primer Adán, y la puso en la mujer (4), sino que del segundo Adán, que es Cristo, se había de tomar la fortaleza de la gracia, y ponerse en su esposa la Igle-

(1) En la tercera parte, cap. 3. (2) Exod. 15. (3) Cant. 8. (4) Genes. 2.

sia, para que con esta virtud y fortaleza pelease y venciese? Conforme á lo cual dice S. Bernardo: Está el mártir regocijándose y triunfando, viendo despedazado su cuerpo, y abriendo camino el hierro duro por sus costados, sufre esforzada y alegremente ver bullir y correr su sangre. Pues ¿dónde estaba en este tiempo el ánima del mártir? Estaba cierto en lugar seguro, estaba en la piedra, que es Cristo. Y estando en esta piedra, ¿qué maravilla es estar duro como piedra? Mas no hace esto la insensibilidad, sino la caridad.

Con lo cual se juntaba la esperanza del galardón, que les estaba tan á la mano y tan vecino. Y así dice S. Basilio que el deseo grande de la bienaventurada vida diminuía la fuerza del dolor. Porque no miraba el mártir (dice él) los peligros sino las coronas, no hace caso de los verdugos que lo azotan, sino de los ángeles que lo consuelan, no considera la brevedad de los peligros, sino la eternidad del galardón. Y por esto en los tormentos hallaba alegría, los azotes tenía por rosas, la ira del juez por sombra de humo, de la muchedumbre de los soldados hacía escarnio, sus espadas desnudas escupía, las manos de los verdugos le parescían más blandas que cera, la escuridad de la cárcel era para él un verjel deleitable, y las prisiones della rosas y flores. Este esfuerzo y alegría nos mostraron los Apóstoles, los cuales después de muy bien azotados, iban muy alegres, por haber sido merecedores de padescer injurias por Cristo.

Pues volviendo al propósito, por todas estas causas y provechos susodichos quiso aquel soberano Señor que padesciesen tanto los mártires, sirviéndose él de la crueldad de los tiranos para gloria suya y dellos, y pudiendo él librarlos con su poderoso brazo de la muerte, no quiso privar á sí desta gloria, y á ellos de su corona. Y por esto, cuando S. Pedro apóstol se salía de Roma á ruego de los fieles, para escapar de la muerte, encontró en el camino con el Salvador, y preguntándole á dónde iba, respondió: Voy á Roma á ser otra vez crucificado. Por dónde entendió el sancto Apóstol que la voluntad deste Señor era que saliese desta vida con corona de martirio, de que para siempre gozase en el cielo, y así luego se volvió á Roma, donde fué como su Señor crucificado. En el Martirologio de Usuardo se escribe de un sancto varón que recelando los tormentos de los tiranos, huyó á la soledad, y después, oyendo la constancia con que una

virgen llamada Fe había padescido, esforzado con este ejemplo, hizo oración á Dios suplicándole que si él era servido que padesciese martirio, le diese por señal que manase una fuente de una piedra de la cueva donde él estaba, y luego se hizo lo que él pedía, y así se ofreció al martirio, el cual valerosamente padesció. Esto sirve para declarar que no era la principal causa del martirio la crueldad de los tiranos, sino la voluntad de Dios, que se servía de su crueldad para mayor gloria y corona de sus sanctos.

De los motivos que los tiranos tuvieron para perseguir tan rabiosamente la Iglesia.

§ III

Antes que comencemos á tratar de las batallas de los mártires, será bien declarar los motivos que los tiranos tuvieron para perseguir tan cruelmente la fe de Cristo, porque esto en parte nos declarará cuáles serían las llamas del furor que de sus crueles pechos procedían. Es pues agora de saber que aquel infernal dragón, el cual como dice S. Juan (1), engañaba á todo el mundo, después que cayó del cielo por su gran soberbia, por la cual deseaba la semejanza de Dios, no desistiendo de su blasfemia, procuró haber en la tierra lo que no pudo alcanzar en el cielo, que es ser adorado por Dios. El medio que tuvo para esto, fué persuadir con sus engaños á los reyes de la tierra, y señaladamente á los emperadores romanos, que él les había dado aquel tan grande imperio y señorío del mundo, y que él se lo había de conservar, y que sin su favor lo vendrían á perder, y por consiguiente que les era necesario desterrar y extinguir del mundo el nombre y la religión de Cristo que condenaba sus dioses, para tenerlos siempre favorables y propicios, y sucederles todas las cosas prósperamente. Esta blasfemia tenía el demonio tan arraigada en sus corazones, que aunque veían manifiestos milagros que Dios obraba con los mártires, no bastaba para desquiciarlos della. Y desta manera aguijoneados con el furor y rabia deste dragón, y juntamente con la fuerza del amor proprio que en ellos

(1) Apoc. 12.

reinaba, determinaron tomar las armas contra Cristo, é intentar todos los medios y tormentos posibles para extirpar del todo la memoria de este glorioso nombre. Y no contentos con martirizar los sacerdotes y ministros del Evangelio (que eran los fundadores desta religión) extendían su crueldad á todos los otros cristianos, por solo título de cristianos, aunque no tratasen de convertir á otros, cuales eran los que habían huído á los desiertos, ó hacían vida solitaria escondidos en los montes. Lo cual agora no hacen los turcos ni moros, enemigos nuestros, pues consienten morar en sus tierras los cristianos, aunque saben que tienen á su Mahoma por engañador y falso profeta. Mas pasaba tan adelante la furia y rabia de los gentiles, que á ningún género de cristianos perdonaban, ni á mujeres, ni á doncellas encerradas, ni aun á los niños de tierna edad, de que hay muchas historias, porque su intento era apagar totalmente la memoria de Cristo, para que no quedase dél raíz ni rama en todo su imperio. Porque desta manera pretendían aplacar sus dioses, y tenerlos favorables para todas sus cosas. Desta manera pues aquel infernal dragón armó los reyes y príncipes de la tierra contra el Evangelio de Cristo, apoderándose de sus corazones, y derramando en ellos toda la ponzoña y rabia que él tenía. Lo cual se ve por las invenciones de crueldades que usaban, cuales nunca en el mundo jamás fueron vistas. Porque no era posible que en hombres (cuya es propria la humanidad) pudieran caber tan extrañas crueldades, si no fueran atizados é inflamados por aquel común enemigo del linaje humano, el cual con su infernal soplo hace arder las brasas de nuestras pasiones. Este rabioso furor declaró un ángel, como escribe S. Juan en su Apocalipsi, donde dice que oyó una gran voz en el cielo que decía (1): ¡Ay de la tierra y de la mar, porque ha descendido el diablo á vosotros con grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo! Esto dice, porque entendía este enemigo que por la predicación del Evangelio había de ser presto desterrado del mundo, y derribados sus templos y altares, y por esto encendido con ira y rabia desta injuria, atizaba los corazones de sus ministros, que eran los príncipes de la tierra, para que á fuerza de tormentos impediesen la predicación y curso del Evangelio.

(1) Apoc. 12.

Pues estos ministros de Satanás mandaban publicar y fijar sus edictos en las plazas y lugares principales, en los cuales prohibían so pena de muerte que Cristo no fuese adorado, y que solos sus ídolos fuesen tenidos por dioses, y los que no lo creyesen, padeciesen tormentos intolerables. Estaban todas las ciudades llenas de turbación y temor, y los soldados corrían por todas partes buscando los fieles, y robando todas sus haciendas. Las mujeres eran llevadas por fuerza, no había misericordia para los niños, ni se cataba cortesía á los viejos, y los que ningún delicto habían cometido, padecían las penas de los malhechores. Las cárceles estaban llenas de presos, y las casas vacías de sus señores, y los lugares desiertos llenos de los que se escondían en ellos, y el crimen por que padescían, era la fe y religión. Asolábanse los templos, derribábanse los altares, no había lugar de misa, ni de sacrificio, ni de oración. Los ministros de Dios eran desterrados con todo el coro de la piedad y religión, y los demonios triunfaban y hacían fiesta, contaminando todas las cosas con la sangre y humo de sus sacrificios. Finalmente llegó este furor á términos que los maridos acusaban á sus mujeres, y las mujeres á sus maridos, y los hermanos á sus hermanos, y los siervos á sus señores, y lo que más es, los padres á sus mismos hijos, como lo hizo el padre de Santa Bárbara, el cual no se contentó con acusar á su hija, mas él mismo quiso ser el verdugo que la degolló. ¿Qué más diré? En la Kalenda á los tres días de Septiembre se escribe el martirio de cuatro vírgines, Eufemia, Dorotea, Tecla, Erasma, las cuales mandó matar el presidente por nombre Sebaste, el cual era padre de las dos primeras y tío de las dos segundas. Mas ¿de qué manera? Mandólas azotar con varas, y quebrantar sus cuerpos con martillos, y abrasar con fuego y cortar á cercén sus pechos virginales. Pues ¿quién no ve por este ejemplo la furia de aquel dragón infernal, y la grandeza de aquella persecución que la Iglesia padescía, y la fortaleza de la divina gracia que contra todo esto prevalecía? Desta manera, porque una noche escura había ocupado los corazones de los hombres, y ni se conocían ni tenían fe ni ley unos con otros, por haberlos así cegado el demonio.

Toda esta tempestad de persecuciones denunció el Salvador mucho antes á sus discípulos, para que estando prevenidos con este conoscimiento, no desmayasen cuando en ella se viesen. Y

así dijo á sus discípulos por S. Mateo (1): No penséis que vine á poner paz en la tierra, sino guerra. Porque vine á poner división entre el hombre y su padre, y entre el hijo y su madre, y entre la nuera y su suegra, y los familiares de la casa del hombre serán sus enemigos. Y un poco antes dice: Seréis presentados y acusados en los concilios, y azotados en las sinagogas, y llevados ante los reyes y presidentes por amor de mí, y entregará el hermano á su hermano á la muerte, y el padre á su hijo, y levantarse han los hijos contra los padres, procurándoles la muerte, y seréis aborrescidos de todos los hombres por amor de mí: mas el que perseverare hasta la fin, será salvo. Finalmente, viene á concluir por S. Juan que serán echados fuera de la compañía de los hombres, y que los que desta manera los persiguieren, pensarán que hacen servicio á Dios (2). Todo esto denunció el Salvador antes que fuese, y así fué: y con esta tan gran repugnancia y contradiciones del mundo y del infierno se fundó la Iglesia, y desterró la idolatría, y triunfó Cristo del mundo y de todas sus monarquías, de tal manera que los que antes perseguían á Cristo por amor de sus ídolos, vinieron á perseguir y destruir los ídolos por amor de Cristo.

Presupuesto este pequeño preámbulo (por que no se escandalicen los flacos, viendo tantas maneras de tormentos como aquí se relatan) comenzaremos á tratar deste testimonio de nuestra fe, el cual tanto será más firme cuanto mayor fuere el número de los mártires, y más crueles los tormentos que padescieron, y mayor el esfuerzo y alegría con que los padescieron. Estas tres cosas trataremos aquí por su orden sumariamente, sacando muchas dellas del Martirologio de Usuardo, que comúnmente se lee en la Iglesia.

De la muchedumbre de los mártires, y de la grandeza de sus tormentos, y de la constancia con que los padescían.

§ IV

Cuán grande haya sido el número de los sanctos mártires, entiéndese por el tiempo que duró la persecución de la Iglesia, que fué cerca de trecientos años, y por la muchedumbre de los que

(1) Matth. 10. (2) Joan. 15.

martirizaban juntos. Los cuales eran tantos, que (aunque no se sabe de muchos que padescieron, porque los tiranos mandaban quemar todos los libros sagrados y las tablas y memorias de los mártires) pero ésos de que hay noticia en los martirologios, son tantos, que no se pueden explicar en pocas palabras. Porque no era nada padescer á veces docientos, y cuatrocientos, y seiscientos, sino á veces dos mil, y tres mil, y muchos más. Otra vez en Africa, en doce de Octubre, padescieron cuatro mil y novecientos y setenta y seis, en tiempo de Hunerico, rey de los godos. De los cuales unos eran obispos, otros sacerdotes, otros diáconos, con muchos otros legos, los cuales con diversos géneros de tormentos alcanzaron la corona del martirio. En Egipto, en cuatro días deste mismo mes, fueron martirizados Marco y Marceliano, hermanos, con otra innumerable muchedumbre así de hombres como de mujeres, como de mozos de poca edad, de los cuales unos fueron cruelmente azotados, otros, después de terribles tormentos, arrojados en la mar, otros degollados, otros consumidos de hambre, otros crucificados la cabeza abajo y los pies en lo alto. Ni hago aquí mención de seis mil y tantos mártires que padescieron con su capitán Mauricio, ni de los diez mil que fueron crucificados en el monte Ararat, siendo emperadores Adriano y Antonino, ni de once mil vírgines que por los hunos, gente barbarísima, fueron en un día martirizadas, cuyas fiestas celebra la Iglesia. Esto también diré, que en la provincia de Frigia toda una ciudad entera fué metida á cuchillo, sin quedar en ella hombre ni mujer, viejo ni niño, que no pasasen por el espada: tan grande era el furor y deseo que aquel infernal dragón tenía de bañar toda la tierra en sangre de cristianos. Y tiempo hubo en el cual fué tan grande la persecución de los tiranos, que en espacio de un mes fueron martirizados diez y siete mil cristianos con diversos géneros de tormentos, como se escribe en las historias eclesiásticas.

En la Kalenda á los veinte y ocho de Hebrero se escribe que en la ciudad de Nicomedia por mandado de Maximiano fueron martirizados veinte mil cristianos, que padescieron constantísimamente por la fe. Y en la Kalenda á los dos días de Hebrero se refiere que en Roma fueron martirizados treinta mil cristianos, y otros treinta mil en Hierusalén por mandado de Cosdroe, rey de los persas, que fué el que llevó el sagrado leño de la Cruz á Persia, de cuyo poder la sacó el emperador Heraclio. Otras

veces eran tantos los que padescían en todo género de estados, obispos, sacerdotes, clérigos y legos, hombres y mujeres, que el número déstos se remite á aquel Señor que *ab æterno* los tenía predestinados, y aparejadas sus coronas. Finalmente tan grande ha sido el número de los mártires, que comúnmente se alega por dicho de Sant Hierónimo que si la Iglesia hubiese de hacer fiesta de todos los mártires, tendría para cada día más de cinco mil, para que por aquí se vea cuán grande confirmación sea de nuestra fe haber sido testificada y aprobada con la sangre de mártires innumerables. Y para esta batalla tan sangrienta y porfiada, y de tantos años, proveía aquel soberano Emperador de capitanes animosos, que eran sanctísimos obispos y sacerdotes, los cuales con sus amonestaciones y palabras, y mucho más con el ejemplo de sus vidas, y con ir ellos en la delantera, esforzasen y animasen á los otros fieles, y así padescían gloriosamente en compañía dellos. Desta manera padesció Fileas en Egipto con una gloriosa compañía de sus ovejas, que siguiendo á su buen pastor, acabaron gloriosamente el curso de sus martirios.

Pues según lo dicho, ¿cuán grande es la gloria de la religión cristiana, que con tan gran número de testigos, y tan á costa dellos, ha sido defendida y testificada? Y ¿qué gracias debe el cristiano dar á nuestro Señor, que por la constancia y firmeza de estos testigos conservó la fe, para que así llegase de mano en mano á nuestros tiempos? Porque ellos fueron los que trabajaron en esta batalla, y nosotros los que gozamos del fructo de sus trabajos.

Y si es tan grande el testimonio de la fe, por ser tan grande el número de los testigos, ¿cuánto mayor parecerá, si consideramos las maneras é invenciones de tormentos con que fueron atormentados? Porque á unos arrastraban atados á las colas de los caballos, á otros pringaban con pez y aceite hirviendo, á otros aplicaban hachas encendidas á los lados, á otros después de despedazadas sus carnes, enterraban hasta la cintura, dejándolos estar allí hasta que expirasen, á otros enterraban vivos, cubriéndolos de piedras y tierra, á otros echaban en la mar, á otros entregaban á las fieras, á otros despeñaban de lo alto, á otros, después de cruelmente azotados, torcían los brazos, y así torcidos y desencasados de sus junturas, los colgaban de lo alto, y dejaban estar así penando todo el día, á otros quebraban y molían las canillas de

las piernas con piedras de atahona, y así los dejaban estar padesciendo un extraño dolor.

A otros ponían en las calles públicas, proveyendo que nadie los acogiese en sus casas, ni les diese algún mantenimiento, y así se estaban allí noche y día sin comer ni beber, hasta que enviaban sus fuertes y constantes espíritus á la mesa de los ángeles. Y desta manera acabó su vida un sancto obispo, de edad de ochenta años, sin que tales canas y tal edad los moviese á compasión. A otros calzaban zapatos de hierro, hincando en ellos clavos agudos, y desta manera los hacían andar. Mas no piense nadie que se contentaban los tiranos con probar un solo linaje de tormentos, porque si no vencían con unos, acrescentaban otros y otros más crueles, como adelante se verá.

§ V

Todas estas crueldades y carnicerías que aquí escrebimos, mirándolas no con ojos de carne, sino de espíritu, entenderemos ser las mayores maravillas que después de los misterios de la encarnación y pasión de Cristo ha Dios obrado en el mundo, y que mucho más predican su gloria que toda la fábrica de cielos y tierra, y las que más testifican y declaran la virtud y eficacia de la sangre de Cristo, por la cual se dió á los mártires esta tan admirable constancia, que basta para poner espanto á los mismos ángeles. Por tanto, pido al cristiano lector que no se enfade de oir cosas tan extrañas, sino antes como fuere leyendo, así vaya espantándose de ver en la carne fuerzas de espíritu, y en cuerpos humanos corazones de hierro. Conciba de aquí cuán grande sea aquella gloria que esperamos, pues demás de la sangre de Cristo, la da Dios por este precio, y con todo eso dice por Sant Juan que la da de balde (1). Conciba de aquí en su ánimo una grande confirmación de la fe, considerando que no era posible que tanta infinidad de hombres y mujeres delicadas padeciesen tales tormentos, que sólo leerlos hace temblar las carnes, si no fueran divinalmente esforzados para tan grandes batallas, mayormente no esperando en esta vida el premio de sus

(1) Apoc. 22.

trabajos. Los caballeros del mundo que se ponen á grandes riesgos en las batallas, esperan de sus reyes grandes mercedes y favores por los peligros á que se pusieron por su servicio: mas el mártir en esta vida nada esperaba, y con todo eso, por los bienes que no se ven, sufría con paciencia y esperanza los tormentos que veía y padescía.

Prosiguiendo pues lo comenzado, sobre los tormentos ya dichos se inventaron otros que aquel soberbio y rabioso dragón del infierno, viéndose derribar de su silla, inspiraba en los corazones de los tiranos. Porque unas veces encerraban los fieles en cárceles tenebrosas, ó en cuevas escuras, donde con hambre y sed y frío acababan sus vidas, y otras veces con el moho y humedad y hedor intolerable del lugar morían. Mas las heridas con que los atormentaban, ¿cuáles y cuán crueles eran? Unas veces eran heridos con azotes de varas, ó de escorpiones, ó de pelotas de plomo, con que molían sus cuerpos, y otras, después de rasgadas sus carnes, los hacían acostar y revolcar sobre brasas y cascos de tejas agudos, para que se hincasen por las llagas que las brasas del fuego hacían. Otras veces agujeraban sus cuerpos con punzones de hierro encendidos, para que el fuego y el hierro juntamente los atormentasen. Otros eran azotados con azotes de hierro agudo en las espaldas, y á otros estando prostrados en tierra azotaban con niervos de toros tan cruelmente y por tan largo espacio, que les acababan las vidas, y á otros rompían sus carnes con garfios de hierro hasta descubrirles los huesos y salírseles las tripas del cuerpo. Otros era abrasados con planchas de hierro ardiendo. Á otros colgaban de lo alto, poniéndoles debajo de la cabeza una olla hirviendo con humo de piedra azufre y de pez y aceite. Á otros hacían andar con los pies desnudos sobre las brasas. A otro sancto varón entre otros muchos horribles tormentos añadieron éste, que hicieron unos borceguíes de hierro tan largos que llegaban hasta los muslos, y después de abrasados en el fuego, y estando ellos por un lado abiertos, los calzaban al sancto mártir. Véase pues, ¿quién pudiera imaginar tan extraña invención de tormentos? El cual se lee en la Kalenda á los tres días de Septiembre. Pues ¿qué diré de los guisados y potajes que hacían de aquellos sagrados cuerpos? Á unos asaban en parrillas, á otros cocían en calderas, á otros freían en sartenes de aceite hirviendo, á otros majaban en unos grandes almi-

reces de mármol, quebrándoles las canillas de las piernas y de los brazos. Á otros asentaban desnudos en sillas de hierro abrasadas. Á otros acostaban en camas del mismo hierro, poniéndoles fuego debajo. En la Kalenda primero día de Septiembre se lee que pusieron un capacete de hierro abrasado en la cabeza de un sancto, y en la misma se lee que martirizaron á unas sanctas vírgines, metiéndoles hierros ardiendo por la boca hasta llegar á la garganta. Pues ¿qué cosa más horrible y más cruel que ésta? Otros había á quien arrancaban los ojos, cortaban las lenguas y los pies y las manos, y molían las bocas con piedras. Pues oyamos otra invención de tormento nunca visto. Porque hacían acostar los sanctos desnudos en unos zarzos de juncos, y allí los rociaban con miel y con caldo, y ponían al sol, para que las avispas y abejas los estuviesen siempre picando, y (como dice Sant Hierónimo) fuesen vencidos con estas tan continuas picaduras los que ya habían vencido las parrillas y las sartenes. Á otros derribaban de lo alto sobre clavos agudos hincados en tierra. A muchos crucificaban, á otros apedreaban, á otros desollaban, y después los descabezaban. Á otros aserraban por medio del cuerpo, á otros, con mayor crueldad que todas las pasadas, encerraban en un cuero, y junto con ellos serpientes, y atado el cuero con una piedra, lo arrojaban en la mar.

§ VI

Éstos y otros semejantes eran los géneros de tormentos que la crueldad ingeniosa de los tiranos y de los demonios infernales inventaba para vencer la firmeza y constancia de los sanctos mártires. Pues estos ejemplos (como está dicho) singularmente confirman nuestra fe, fortifican nuestra esperanza, encienden la caridad, predican la gloria de nuestro Criador, engrandecen la virtud de la sangre de Cristo, magnifican la eficacia de la divina gracia, animan los fervientes, condenan los tibios, dejan sin excusa los negligentes, y declaran el odio capital que aquella antigua serpiente tiene con los hombres, pues tan rabiosa sed tiene de beber su sangre.

TRÁTASE AQUÍ EN PARTICULAR DE ALGUNOS SEÑALADOS MARTIRIOS DE SANCTOS Y DE VÍRGINES

CAPÍTULO XX

Mas porque todo esto se ha dicho en común, descenderemos más en particular á referir algunos señalados martirios, para que por el ejemplo de los tormentos déstos pocos se entienda cuáles serían los de otros innumerables, que no se pueden contar, pues de todos ellos era causador un mismo oficial, que era el furor y rabia de los demonios, que en el pecho de los tiranos ardía. Éstos sacamos del Martirologio del muy elocuente y docto Pedro Galesinio, que agora salió á luz.

Y entre estos pongo en el primer lugar dos hermanos mochachos, nacidos en un mismo día, por nombres Pergentino y Aurentino, naturales de la ciudad de Arecio y hijos de padres nobles. Los cuales, aunque mochachos en la edad, en la virtud y fortaleza eran más que varones, por virtud de aquel poderoso Señor que en sus puras y dichosas ánimas moraba, con la cual nunca pudieron con terribles tormentos ser vencidos. Después de los cuales finalmente fueron degollados. Dichosos tales mozos, y dichosos tales hermanos, y bienaventurados, no menos hermanos en la fe que en la sangre, los cuales en un día nacidos, en otro fueron coronados.

Pues ¿qué diré de la virgen Sancta Prisca, nobilísima virgen romana, de edad de trece años? La cual fué primero abofeteada y encarcelada, y el día siguiente sacándola de la cárcel, y perseverando ella en la misma confesión de la fe, fué cruelmente azotada, y después con aceite ferviendo por todo el cuerpo rociada, y así fué vuelta á la cárcel. Y pasados tres días fué echada á un león, el cual ningún mal le hizo. Después fué vuelta otra vez á la cárcel, donde por espacio de tres días la atormentaron con hambre. Y después la colgaron del caballete, rasgándole aquellas tiernas y virginales carnes cruelísimamente con garfios de hierro, y de ahí la arrojaron en una grande hoguera, la cual reve-

renciando aquellos virginales miembros, ningún daño hizo á la esposa de Cristo, hasta que finalmente vencidos todos estos tormentos, sacándola fuera de la ciudad, le cortaron la cabeza. Pues ¿quién no ve cuánto resplandece la virtud y omnipotencia de Dios, que tal fortaleza puso en un cuerpo tan delicado y tan flaco? ¡Oh dichosos trece años, que así vencistes y triunfastes de todo el poder del mundo y del infierno!

Y si esta fortaleza en esta edad nos pone tanta admiración, añadiré otra aún de menor edad, para que se vea que así como es Dios más admirable en la fábrica de un mosquito que de un elefante (por haber producido tantos órganos y sentidos en tan pequeña materia) así es mucho más admirable en la fortaleza que dió á estas doncellicas que en la que dió á varones grandes y robustos. Pues según esto, ¿quién no engrandecerá el poder de Dios, considerando el martirio de la virgen Santa Basilisa, que se lee en la Kalenda á tres de Septiembre? Esta esposa de Cristo, siendo de edad de nueve años, fué presa, por ser cristiana. Por lo cual fué primero abofeteada, y luego cruelísimamente azotada con varas, y tras desto atándole la cabeza con cadenas, le dieron humo á narices con pez y piedra azufre y plomo todo derretido. Y después desto la echaron en una hoguera, mas el Esposo celestial la guardó del fuego como á los tres mozos de Babilonia. Y salida sana y libre del fuego, la echaron á dos leones, los cuales teniendo reverencia á la esposa de su Criador, no tocaron en ella. Y llevándola fuera de la ciudad á degollar, padesciendo ella grande sed, pidió con grande confianza al Esposo, por quien padescía, le diese agua, y luego se abrió en el camino una fuente, de que la virgen bebió. Y poco después haciendo oración, envió su espíritu purísimo al Esposo celestial. Pues ¿quién no glorifica á Dios, viendo tal martirio en edad de nueve años?

Ni es menos digno de ser glorificado en el martirio de Santa Cristina, natural de Sicilia, que se lee en la Kalenda á diez de Mayo. Esta virgen fué hija de un padre idólatra, llamado Urbano, la cual movida con celo de la gloria del Esposo celestial, hizo pedazos todos los ídolos de la casa de su padre. Por lo cual embravecido él y olvidándose del afecto paternal y amor de padre, ejecutó en ella todo lo que su crueldad y furor le aconsejaron. Y así primeramente la mandó cruelmente azotar y encarcelar, y después rasgar sus virginales carnes con garfios de hie-

rro, y tras esto, tendida ella sobre las ruedas de un carro, le mandó dar humo á narices con aceite herviendo. Y (lo que más es) hecho ya de padre tirano, la entregó á la justicia para que acrecentasen otros nuevos tormentos á los que él había ejecutado. Entonces el juez, aprendiendo á ser cruel por ejemplo del padre, la atormentó con más terribles tormentos, sobre los cuales le mandó cortar la lengua y ambos los pechos. Y finalmente visto que ni con todo esto podía vencer su constancia, le mandó traspasar con hierro el corazón, y desta manera partió aquella dichosa ánima al tálamo de su Esposo con doblada corona de virgen y mártir. ¡Oh dichosos doce años, y trece años, y nueve años, en los cuales tanto resplandeció el poder de la divina gracia! ¿Quién pues habrá tan incrédulo que no vea claramente que no era posible una tan tierna y delicada edad padescer tantos tormentos, repetidos unos sobre otros, sin desmayar, ni blandear, ni hablar una sola palabra de flaqueza y desmayo? ¿Qué más hicieran, si tuvieran cuerpos de acero? ¡Oh cuán justamente se dice que es admirable Dios en sus sanctos, y que él es el que con la cosa más flaca del mundo vence la mayor potencia y fortaleza del mundo!

Al martirio destas dos vírgines pasadas añadiré otro de otra virgen por nombre Febronia, que cierto me puso admiración, por los muchos tormentos que padesció (1). Porque primeramente fué azotada con varas, y después atormentada en el caballete, y luego abrasados sus lados con hachas encendidas, y tras desto le arrancaron todos los dientes, y le cortaron la lengua, y le cortaron ambos los pechos, y cortaron los pies, y cortaron las manos, y después la cabeza, con que dieron fin á su martirio. Dime pues, oh virgen sanctísima, ¿qué sentías cuando vieses tu pie cortado, y esperabas que te cortasen el otro, y cuando veías la mano cortada, y esperabas que te cortasen la otra? ¿Qué sentías cuando te cortaban la lengua y ambos esos virginales pechos con increíble dolor? ¡Oh cuán admirable y cuán poderoso se mostró en ti este Señor por quien padescías, pues dió á una doncella flaca y tierna tan admirable fortaleza!

Y si esto con mucha razón nos espanta, por ser en edad tan

(1) En la Kalenda á 25 de Julio.

tierna, ¿cuánto más nos debe espantar el martirio de la virgen Sancta Sabina, de edad de nueve años, que se refiere en la Kalenda á los tres días de Septiembre? Pues ¿quién jamás vió tal fortaleza y tal constancia en edad de nueve años?

Pasemos de aquí á otros gloriosos mártires, recontando brevemente sus triunfos, remetiendo la consideración de la grandeza dellos á la devoción del piadoso lector. En Roma á los 19 de Enero sucedió el glorioso martirio de dos casados, marido y mujer, cuyos nombres eran Mario y Marta, con dos hijos dichosos, Audifaz y Abacuch, los cuales siendo nacidos en Persia de nobles padres, vinieron á Roma, donde se ocupaban en sepultar los cuerpos de los mártires y en visitar los encarcelados y consolar los afligidos y atormentados, proveyendo de lo necesario con sus haciendas á los que entre ellos eran pobres. Andando pues ocupados con grande diligencia en estas obras, fueron presos, y mandándolos adorar los ídolos, estuvieron tan constantes, que no bastaron amenazas ni espantos para inclinarlos á esto. Por lo cual fueron lo primero molidos á palos, y atormentados en el caballete, y abrasados con planchas de hierro. Y estándolos atormentando con tanta crueldad, todos ellos, así padres como hijos, con una misma boca cantaban gloria á Dios. Después de lo cual les cortaron las manos, y se las colgaron al cuello, y desta manera los llevaron por medio de la ciudad por muy largo espacio, donde finalmente los degollaron.

Es también muy glorioso el martirio de Ananías, el cual renegando de los falsos dioses y confesando libremente el nombre de Cristo, fué primero por mandado de Diocleciano cruelmente azotado, y después agujerado su cuerpo con punzones de hierro encendidos, para que hierro y fuego juntamente lo atormentasen más. Y sobre esto mandó el presidente que le fregasen las llagas con sal y vinagre, y acabado esto, mandólo volver á la cárcel, para que juntamente con este refrigerio de las llagas estuviese allí penando hasta morir de hambre. Adonde estuvo por espacio de siete días, en los cuales fué maravillosamente recreado y sustentado con manjar del cielo. Lo cual viendo el carcelero, por nombre Pedro, confesó la fe de Cristo. Por lo cual el juez mandó que así á él como á Ananías atasen y asasen en unas parrillas. Mas como ningún daño recibiesen del fuego, siete verdugos que los atormentaban, espantados desta maravilla, se convirtieron á

Cristo, y fueron con los gloriosos mártires arrojados en la mar, como refiere la Kalenda á los veinte y siete de Enero.

§ I

Ni es menos admirable el martirio de Trifón, el cual por mandado del emperador Decio fué primeramente atormentado en el caballete, donde fué su cuerpo rasgado con garfios de hierro, y tras esto, levantándole los pies en alto, y arrimándolos á un madero, los atravesaron con clavos encendidos. Y no contentos con esto, azotaron el cuerpo del mártir ya despedazado. Y sobre esto le aplicaron á los lados hachas encendidas, sin bastar nada desto para mudar el propósito y firmeza del sancto. Y viendo Respino tribuno esta divina constancia del mártir, juzgando (como hombre prudente) que no era posible tolerar un cuerpo humano tan terribles tormentos (los cuales pudiera redemir con poner un grano de encienso al ídolo) si no fuera confortado por Dios, se convertió á Cristo con tan grande fe, que padesció martirio por ella. Y paresciendo á los tiranos que estaría ya más blando el mártir por razón de los tormentos pasados, mandaron que lo llevasen al templo para que adorase el ídolo de Júpiter. Mas haciendo él oración, cayó en tierra el ídolo. Lo cual viendo una virgen llamada Ninfa, confesó la fe de Cristo. Por dónde los dos sanctos varones con ella fueron terriblemente molidos con azotes de plomo, hasta acabar gloriosamente sus vidas, como se refiere en la Kalenda á los diez días de Noviembre.

Admirable fué esta virtud y constancia de los mártires, y también lo es el favor y socorro de la divina gracia que en todos estos martirios se les daba. Pero á todos éstos parece que hace ventaja el terrible martirio de S. Eustaquio, que cuenta Nicéforo y se refiere en la Kalenda á los diez y nueve de Septiembre. Este sancto era casado, y tenía mujer y hijos, y así á él como á la mujer y á los hijos mandó el emperador Trajano encerrar en un buey de metal, y ponerle fuego por debajo. Pues considere agora el piadoso lector (demás de la acerbidad deste tormento que cada uno dellos padescía) el dolor que el marido sentiría viendo lo que la sancta mujer y los hijos padescían, y el de los hijos en ver lo que sus padres padescían. Esto quede para la discreción y devo-

ción del que lo leyere. Oh amor y temor de Dios, ¡cuánto puedes en los corazones donde moras!

Era tan grande la rabia del enemigo del género humano que moraba en los corazones de estos emperadores, que les parescían pequeños todos los tormentos que inventaban, porque siempre quedaban sedientos de la sangre de los mártires. Lo cual se ve en el martirio de Sant Mayor, contra el cual (porque pública y libremente confesaba el nombre de Cristo) de tal manera se embravescieron, que mandaron á treinta y seis soldados que lo azotasen, con tal orden que cansándose unos, sucediesen otro y otro. Y después que dejaron al sancto mártir tal que apenas le quedaba figura de hombre, viendo que todavía perseveraba en su constancia, lo mandaron encerrar medio vivo en la cárcel, de donde le sacaron pasados siete días, donde le atormentaron con otros nuevos tormentos. Y como ni esto bastase para moverle de su sancto propósito, perdida la esperanza de la victoria, dieron fin á esta lucha cortándole la cabeza.

Y no es menos admirable cosa que todas las pasadas la fortaleza y constancia de los gloriosos mártires Fusciano y Victorico (cuyo martirio se refiere en la Kalenda á once de Deciembre) á los cuales mandó el cruelísimo juez Reciovaro meter unas agujas por las orejas, y otras por las narices, y tras esto mandó que les hincasen otras encendidas por las sienes, y luego los asaeteasen. Y esto hecho, sin moverse un punto de la constancia y propósito dellos, desesperada la victoria, mandó que les cortasen las cabezas.

Son tan grandes las victorias y triunfos destos gloriosísimos caballeros de Cristo, que cuando se maravilla el hombre de la fortaleza de unos, parece que cesa en parte la admiración con la novedad y grandeza de otros, como se verá en los que agora referiremos, sacados del Martirologio de Pedro Galisinio, como son cuasi todos los demás que aquí habemos referido, señalando el día en que caen, para que allí los pueda ver en su fuente el que quisiere.

Pues á los cuatro días de Mayo se cuenta el martirio de Ciriaco obispo y de Ana su madre sanctísima. Á este sancto obispo, por no haber querido adorar los ídolos, mandó el perversísimo apóstata Juliano que le cortasen la una mano, y tras esto que le echasen plomo derretido en la boca. El cual tormento espantó á cuantos presentes estaban. Después desto lo

acostaron boca abajo en una cama de hierro, poniéndole carbones encendidos debajo, y estando allí acostado, le azotaban con varas en las espaldas, y rociaban las llagas con sal, y las pringaban con grosura derretida. Vista pues por el tirano esta tan admirable constancia, mandó que lo volviesen á la cárcel. Y porque estando en este lugar, su madre sanctísima (teniendo más cuenta con aquel ánima que Dios había criado, que con el cuerpo que ella había parido, y venciendo como verdadera hija de Abraham con el amor de Cristo el amor del hijo) lo esforzaba y exhortaba á que acabase con igual constancia el curso de su glorioso martirio. Lo cual sabido por el tirano, mandó que aplicasen á la sancta mujer planchas de hierro ardiendo á los dos lados de su cuerpo, y que colgándola por los cabellos la degollasen. Mas al sancto Ciriaco mandó arrojar en una cava llena de serpientes. Las cuales, reverenciando aquel sagrado cuerpo, ningún mal le hicieron. Y viendo esta maravilla un hechicero por nombre Amonio, se convertió á la fe con tan grande constancia, que juntamente con el sancto fué martirizado. Mas el sancto Obispo, después de vencidos todos estos tormentos, herviendo con todo esto la rabia y furor del tirano, fué mandado echar en una tina de aceite herviendo, y en cabo, atravesado su sagrado pecho con una lanza, envió su glorioso espíritu al Señor que lo crió.

Desta tan dichosa madre vengamos á otra que no menos exhortó y esforzó al martirio á un su hijo por nombre Juliano, mozo de diez y ocho años, el cual por no querer adorar los ídolos, fué en todo su cuerpo de diversas maneras atormentado, esforzándolo á todo esto su piadosa madre. Y viendo el tirano que ningunos tormentos bastaban para vencerlo, hízolo meter dentro de un saco lleno de serpientes, y también de arena, y así lo mandó arrojar en la mar. Esto se refiere en la Kalenda á los veinte y uno de Julio, y en la misma se lee otro glorioso martirio de Sant Afrodisio. El cual fué primero por la confesión de la fe abrasado con planchas de hierro, y tras esto fué metido en una grande olla de plomo derretido, y después arrojado á una bravísima fiera: de los cuales peligros fué maravillosamente por Dios librado. Con el cual milagro muchos de los que presentes estaban, se convirtieron á Cristo, ofreciendo libremente sus cervices al cuchillo por su amor. Pero el juez no sólo no se convenció ó ablandó con esta maravilla, mas antes endurecido y obstinado en su maldad,

inventó otro nuevo linaje de tormento contra el sancto, porque mandando cortar una piedra en dos partes, hizo que metiesen al mártir entre ellas, y que los verdugos cargasen sobre ellas de tal manera y con tanta fuerza, que le moliesen y desmenuzasen los huesos: y con esta tan extraña invención de tormento dió el glorioso mártir próspero fin á su batalla.

Pues por este ejemplo, entre otras cosas, entenderemos claramente que la fe es don de Dios, y que si él no concurre con nuestro entendimiento, ni milagros, ni otra cosa alguna basta para creer, como lo vemos en este ejemplo y en otros innumerables que se leen en las batallas de los mártires, donde los tiranos, viendo las maravillas que Dios muchas veces obraba por ellos, nada se movían: mas muchos otros de los que presentes estaban, se convertían, porque Dios ayudaba á éstos con especial auxilio para recibir la fe, mas no ayudaba á los otros con el fervor que á éstos, no por falta de su bondad y misericordia, sino porque su crueldad y malicia obstinada lo impidían.

Y juntamente con esto se nos representa aquí la inmensa bondad y caridad de nuestro Señor Dios, pues súbitamente ante todo merecimiento infundía tal fe, tal fortaleza, tal espíritu, tal caridad en los corazones de unos hombres que toda la vida habían empleado en servicio de los ídolos, para que con tanta constancia padesciesen martirio por la fe que habían recebido, lo cual no se hace sino con especialísimo y singular favor de Dios. Pues ¿qué mayor argumento de la inmensa bondad y magnificencia de nuestro Señor para con los pecadores, que darles esta tan grande fortaleza y gracia? ¿Qué negará á los que le sirven, quien tal gracia dió á los que nunca le sirvieron?

§ II

Á todos estos tan ilustres martirios añadiré otro no menos ilustre del glorioso mártir por nombre Dulas, que se refiere en la Kalenda á los quince de Junio, el cual con ningún género de promesas que el juez le hizo, pudo ser movido de la firmeza de su propósito. Por lo cual fué luego metido en la cárcel, y allí con varas cruelmente en los hombros y en el vientre azotado. De ahí luego puesto en unas parrillas y abrasado, y después rociada

la cabeza con aceite hirviendo, y abrasada con carbones encendidos. Y vencidos ya con admirable fortaleza estos tormentos, le acuchillaron las espaldas con navajas agudas, rociando las heridas con vinagre, y haciéndole acostar y revolver en una cama de cascos de tejas puntiagudas que se le entraban por las heridas. Y con estos tormentos y con otros que jamás fueron oídos, el glorioso mártir envió su purísimo espíritu al cielo.

Es también admirable el martirio de Sant Barlaán, que el gran Basilio celebra en una homilía, donde dice que después que los tiranos habían rasgado sus carnes con azotes sin poderle vencer, usaron con él deste diabólico artificio, que lo llevaron al altar de sus malvados sacrificios, que estaba lleno de brasas, y sobre ellas pusieron la mano del sancto un poco levantada en alto, y en la mano le pusieron encienso, para que vencido con la fuerza del fuego, echase el incienso sobre el altar á honra de sus dioses. Mas el sancto dejó abrasar la mano sin cometer tal maldad. Sobre lo cual exclama Sant Basilio diciendo: ¡Oh mano, que no pudiste ser vencida del fuego! El hierro y el acero se derriten con el fuego, la dureza de las piedras se ablanda y convierte en polvo con él, mas el fuego que doma todas las cosas, pudo abrasar tu mano, mas no la pudo vencer. Con esta victoria azotaste á los demonios, y los acoceaste, los cuales con esas artes y invenciones pensaban derribar tu constancia.

Son tan admirables estas batallas de los mártires, y confirman tan altamente la verdad de nuestra fe, y dan tan claro testimonio de la virtud y poder de la divina gracia, que no puede el hombre dejar de referir cosas de tan grande admiración y edificación. En la Kalenda á los diez de Julio se escribe el martirio admirable de un sancto por nombre Vianor, de quien se refieren ocho maneras de tormentos que le fueron dados. Porque primeramente colgándolo de un palo, lo azotaron cruelmente, y luego le cortaron las orejas, y le arrancaron los dientes, y después le punzaban las carnes con punzones encendidos, para que fuego y hierro juntamente le atormentasen, y tras esto le agujeraron las piernas por los tobillos, y arrancaron el ojo derecho, y le desollaron el cuero de la cabeza. Y visto ya por experiencia que era invencible la constancia del mártir, dieron fin á esta batalla cortándole la cabeza. Estaba presente á todo esto un gentil por nombre Silvano, el cual espantado de esta tan grande

fortaleza y paciencia, y juzgando como hombre prudente y alumbrado por el Espíritu Sancto que era imposible no rendirse un hombre con tan extraños tormentos, si no fuera milagrosamente él confortado por Dios, convencido con este argumento, no sólo recibió la fe de Cristo, sino también luego la confesó. Por lo cual, cortada la lengua y la cabeza, negoció en breve espacio la corona del reino perpetuo. Por este ejemplo entenderá el prudente lector cuán grande confirmación de nuestra fe sea el testimonio de tantos cuentos de mártires, pues uno solo bastó aquí, y en otros muchos martirios, para convertir á muchos de los que presentes estaban.

Mas ¿quién podrá callar el martirio de un muchacho de quince años, por nombre Agapito, que se lee en la Kalenda á los diez y ocho días de Agosto? Porque con ser este glorioso mártir de la edad susodicha, pasó por tantos tormentos, que apenas hubo parte en su cuerpo que no fuese atormentada con su proprio tormento. Porque él primeramente fué cruelmente azotado, y luego encarcelado y afligido con hambre de cuatro días, y de aquí le sacaron y volvieron segunda vez á azotar, renovando las llagas viejas con las nuevas. Tras esto le echaron carbones encendidos sobre la cabeza, y le quebraron las mejillas, y desnudándolo y colgándolo de los pies, encendieron debajo de su cabeza un fuego de leña verde, para darle humo á narices, y bajándolo de allí, le echaron agua herviendo sobre el vientre, y no contentos con esto, echáronlo á las fieras para que lo despedazasen, mas ninguna dellas le tocó. Y visto ya que toda esta carnicería era de balde, mandaron cortarle la cabeza. Pues ¿quién habrá que considerando esta tan extraña fortaleza en tan tierna edad, no glorifique á Dios y no vea cuán grande sea el poder de su gracia, y cuán grande la virtud de la cruz de Cristo, que tan poderosamente en este mártir triunfó del mundo? ¡Oh dichosa edad! ¡Oh dichosos quince años, que tan magníficamente glorificastes á Dios!

Y ¿qué diré también de una sancta mujer que (como cuenta Usuardo) cuatro veces en diversos tiempos fué acusada por cristiana, y tantas veces de nuevo atormentada, sin poder todos estos tormentos menoscabar un punto de su fe? ¿Qué diré de aquella dichosa madre por nombre Sapiencia, que tenía tres hijas, que verdaderamente eran hijas de tal nombre, cuyos

nombres eran Fe, Esperanza y Caridad? Las cuales todas con su sancta madre alcanzaron corona de martirio en Roma, imperando Adriano, como refiere el mismo Usuardo en la kalenda del primer día de Agosto.

Y por ser ésta una obra tan regalada de la divina Providencia para con estas esposas suyas, no dejaré de contar aquí otro semejante regalo de dos hermanos, aunque no fueron mártires, cuyos nombres eran Gerardo y Vedardo, los cuales nascieron en un mismo día, y en un mismo día fueron hechos obispos, y en un mismo día partieron desta vida para la gloria, como refiere el mismo Usuardo á los ocho de Junio. Pues ¿quién no reconosce en esto el regalo de la Providencia divina para con sus sanctos?

He querido referir aquí estos gloriosos martirios para que por éstos se conozcan otros muchos que aquí no se refieren (como está dicho) y para que se vea cuán grande era la fe y lealtad que los sanctos mártires tenían para con su Dios y Señor, y cuál el amor y reverencia que le tenían, pues antes querían padecer mil géneros de tormentos que estar por un solo momento en desgracia suya y padecer el tormento de la consciencia, si ante él se hallaran culpados y desleales. Pues ¿qué dirán aquí los que están los meses y los años en pecado mortal por no vencer un apetito desordenado, y con esto comen, y beben, y huelgan, teniendo á Dios por contrario y enemigo? Vean también los tales cuán engañados viven, pareciéndoles caro comprar el reino del cielo con la guarda de los mandamientos divinos, habiéndolo comprado los mártires con el despedazamiento de todos sus miembros. Y vean también qué excusa tendrán los amigos de deleites el día del juicio, cuando los confunda el Juez con el ejemplo de millares de mártires que allí parecerán con las señales gloriosas de sus martirios.

DEDÚCESE DE TODO LO DICHO CUÁN GRANDE CONFIRMACIÓN DE NUESTRA FE SEA LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES, PONDERANDO LAS PRINCIPALES CIRCUNSTANCIAS QUE INTERVINIERON EN SUS MARTIRIOS

CAPÍTULO XXI

Agora será necesario filosofar sobre lo que está dicho. Y bien entenderá el prudente lector cuánto había que decir y encarecer sobre cada batalla déstas, si hiciera aquí el hombre oficio de predicador y no de historiador. Mas esto quedará para la devoción y admiración de los que lo leyeren. Pero lo que á mi intento y propósito pertenesce (que es confirmar la verdad de nuestra fe con el testimonio de los mártires) esto solo entiendo declarar.

Pues para entender la grandeza de estas batallas debe el prudente lector ponderar todas las circunstancias que en ellas entrevinieron, entre las cuales hallará cinco señaladas, cada una de las cuales considerada por sí sola, es un grande argumento y testimonio de nuestra fe, y así será mucho mayor el de todas cinco juntas.

1. Pues entre estas circunstancias la primera es el número de los mártires que por ella padescieron. Porque á la cuenta de lo que se alega de Sant Hierónimo, que si la Iglesia hubiese de celebrar las fiestas de todos los mártires, tendría para cada uno de los días del año más de cinco mil: siendo pues esto así, y teniendo el año trecientos y sesenta y seis días, eche cada uno la cuenta, y verá que son muchos más de un millón de mártires que en los trecientos años que duró la persecución de la Iglesía, padescieron. Y ser esto así, se confirma por el testimonio de Sant Juan Evangelista, el cual vió á todos ellos en su Revelación vestidos de ropas blancas y con palmas en las manos, cuyo número era

tan grande, que como él dice, nadie lo pudiera contar (1). Y que éstos fuesen los sanctos mártires, declara él diciendo que el ángel que le mostraba estas cosas, le preguntó: Éstos que ves aquí vestidos de ropas blancas, ¿quién son, y de dónde vinieron? Vos (respondió él) Señor mío, lo sabéis. Éstos, dijo el ángei, son los que vinieron aquí pasando por grandes tribulaciones, y lavaron sus ropas y las pararon blancas con la sangre del Cordero. Los cuales ya no padescerán más hambre ni sed, ni los fatigará el sol ni el ardor del estío, porque el Cordero que está en medio del trono, los regirá y llevará á beber á la fuente de las aguas de vida, y Dios será el que enjugará las lágrimas de sus ojos. Todas estas palabras declaran tratarse aquí de la gloria de los mártires, los cuales son tantos en número, que (como el Evangelista dice) nadie los podría contar. Con lo cual paresce ser verdadera la sentencia de Sant Hierónimo que de este número trata. Éste es pues el primer testimonio de nuestra fe, haber padescido por ella esta infinidad de mártires. Porque dende que Dios crió el mundo, tal persecución y matanza jamás se vió, ni donde los hombres aceptasen tan de corazón y de verdad la muerte. Y pues nos consta que no pudieran perseverar los mártires en la constancia de su fe en medio de tantos y tan horribles tormentos sin especialísima gracia y asistencia del Espíritu Sancto (como luego declararemos) síguese que él era el que en ellos y por ellos daba testimonio desta verdad. De dónde se infiere que así como los mártires son innumerables, así lo son los testigos desta verdad..Lo cual es grande confirmación de nuestra fe.

II. La segunda circunstancia que acrescienta más la verdad de este testimonio. es la calidad de las personas que padescían. Y en esta cuenta entran todas las edades y cualidades de personas, viejos, y mozos, y muchachos, y doncellas delicadas, y personas de alto linaje y de grandes dignidades y riquezas, y gran número de obispos sanctísimos y doctísimos, que no se entregaran tan fácilmente á la muerte sin mucha consideración. Siendo pues tan grande el número de los mártires (como está dicho) y más de personas tan cualificadas, ¿quién no ve entrevenir aquí el dedo y la virtud de Dios, que los esforzaba á abrazar voluntariamente la última de las cosas más terribles, que es la muerte violenta?

(1) Apoc. 7.

Porque si éstos fueran pocos (como algunos herejes obstinados que padescieron por sus herejías) no nos maravilláramos tanto: pero ser tan grande el número, como está dicho, ¿quién no reconoscerá aquí particular virtud y asistencia de Dios?

III. La tercera circunstancia es la extraña crueldad y terribilidad y muchedumbre de tormentos renovados unos sobre otros, con que atormentaban á los fieles. Mas éstos ¿qué lenguas, qué palabras, qué ingenio, qué elocuencia los podrá perfectamente explicar? En el capítulo diez y siete, en el § cuarto y quinto desta segunda parte, escribiendo las maneras de tormentos de los mártires, tratamos esto. Pero sobre las que allí referimos, hay otras no menos crueles y espantosas que aquéllas. Porque es verdad que dende el principio del mundo hasta entonces nunca tan nuevos y extraños linajes de tormentos se vieron ni oyeron jamás. Y no contentos los tiranos con un solo tormento, acabado éste inventaban otro, y después de éste otro y otros, de tal modo que llegaban á siete, y ocho, y nueve maneras de tormentos, y muchos déstos en doncellas nobles y delicadas (como fué sancta Prisca, Martina, Eulalia, Bárbara, Anastasia, Cristina y otras tales) de modo que ni en el cuerpo del mártir había cosa sana en que lo atormentar, ni en los verdugos más fuerzas para proseguir en su crueldad. Pues ¿quién no filosofará aquí, y no verá que esta fortaleza y constancia, y más en tales y tantas personas, es cosa que sobrepuja toda la facultad de las fuerzas humanas, y que no fuera posible perseverar la doncella delicada en la continuación de tantos tormentos, si no tuviera á Dios en su ánima? Y ser esto así, vémoslo por los muchos que se convertían á la fe, y padescían por ella, sin ver milagro alguno, por sólo entender que tal fortaleza y paciencia no era obra humana, sino divina. Porque de otra manera, ¿cómo fuera posible no desmayar un cuerpo flaco de una doncella con tanta lluvia de tormentos, cargados á porfía unos sobre otros, teniendo el remedio tan á la mano, como era poner un grano de incienso al ídolo, y más viendo á muchos cristianos desmayar y obedescer á los tiranos por escapar de estos tormentos? Así que no se puede negar sino que el dedo y virtud de Dios entrevino aquí, y les daba esta tan grande virtud y fortaleza. Y aunque bastan y sobran para la prueba desto los ejemplos que hasta aquí habemos referido, pero no dejaré de añadir á los susodichos otro que no podrá dejar de poner admiración á los que lo

leyeren, el cual se refiere en la Kalenda á los doce días de Octubre. Éste es de una noble virgen romana por nombre Anastasia, la cual renunciados los casamientos y bienes del mundo, se había consagrado á Dios en una compañía de religiosas. Y sabida por el tirano su fe y religión, mandóla traer presa en hierros ante sí. Y vista su constancia, mandó primero darle de bofetadas, y desnudándola, ponerle fuego debajo, y después rociarle todo el cuerpo con aceite y plomo derretido, y levantada en el caballete, mandó que á poder de palos le quebrantasen y moliesen todos los huesos, y junto con esto le arrancasen de raíz las uñas y también todos los dientes, y cortarle los pies y las manos y ambos sus pechos virginales. Y finalmente, viendo que su furor era del todo vencido, desesperado de la victoria le mandó cortar la cabeza. Pues volviendo á nuestro propósito, ¿quién habrá tan ciego que no vea ser imposible que una virgen tan delicada no se ablandase con tantos y tan terribles tormentos, si dentro de sí no estuviera toda llena de Dios?

Mas no sólo ponía el Espíritu Sancto en sus voluntades esta fortaleza, sino también infundía en sus entendimientos una tan grande luz, que los inclinaba á creer con mayor firmeza los artículos y misterios de la fe (aunque sean sobre toda razón) que lo que se ve con los ojos, y toca con las manos. Y tener esta fe (como dicen) en sana paz, cuando no cuesta sangre, no es mucho, mas perseverar en ella cuando es combatida con grandes tormentos, esto es obra de la virtud y poder de Dios. Sant Pedro seguramente caminaba por encima de las aguas de la mar, cuando ella estaba quieta: mas cuando vió sus olas levantadas con un grande viento, luego comenzó á titubear en la fe. Pues así decimos que no es mucho estar los hombres firmes en la fe en tiempo de paz, mas conservarla en el tiempo de la tormenta, cuando los vientos y ondas de las persecuciones se levantan contra ella y le dan tan grandes baterías, y que esto no baste para desquiciar al hombre de la fe, ni perder un punto della ni de la confesión della, obra es de la virtud y gracia divina, y no de cualquiera gracia, sino de muy grande y singular gracia. Porque gracia tenía Sant Pedro, y revelación de la divinidad del Salvador, y muchos milagros había visto que daban claro testimonio della, mas es tan grande la flaqueza humana y el temor natural de la muerte, que sin ver él la cara de los tiranos y el horror de sus tormentos, bas-

tó la voz de una mozuela para hacerle negar. Por el cual ejemplo entenderá el prudente lector cuánta luz y fortaleza del cielo era necesaria para estar los mártires constantes en la fe en medio de tantas tempestades y tormentas, pues el Príncipe de los Apóstoles desmayó y negó con tan liviana causa.

Porque sin duda es grande maravilla y obra de Dios tener esta firmeza de fe en cosas que sobrepujan la facultad de la razón, cuando se atraviesan por medio grandes contradiciones y persecuciones, que dan batería cruel á esta misma fe.

IV. La cuarta circunstancia acrescienta aún más la maravilla de esta constancia de los mártires, que fué la manera del padescer, y la voluntad de padescer. Porque siendo tan espantosos y horribles los tormentos (como acabamos de decir) muchos dellos ni se acobardaban, ni se acuitaban en presencia de los tiranos, antes con toda libertad y esfuerzo condenaban su crueldad, y reprehendían sus vicios, y escupían y deshonraban sus dioses, diciendo que eran demonios del infierno, y burlaban de sus emperadores. Y lo que más es, muchos dellos, no sólo hombres, sino también doncellas, sin ser buscadas se ofrecían voluntariamente á padescer por Cristo, y se juntaban con los mártires, animándolos con palabras y corazones generosos á la paciencia del martirio. Pues ¿quién será tan ciego que no vea no ser ésta obra de naturaleza, ni de carne, ni de sangre, sino de la presencia del Espíritu Sancto, que en ellos y por ellos hablaba y triunfaba? Dónde es mucho de notar con grande atención que si esta constancia tuvieran los mártires en confirmación de una verdad que se alcanza por razón natural (como es haber Dios en el mundo) no nos maravilláramos tanto: mas tenerla en testimonio de las verdades que sobrepujan la facultad de la razón natural (como es creer que Dios es trino y uno, y que un hombre crucificado es Dios) esto es cosa tan ardua, que no se puede alcanzar sin especialísimo favor y lumbre de Dios.

V. La quinta circunstancia que declara la presencia y asistencia de Dios en las batallas de los mártires, es el fin desta conquista, que fué la victoria y gloria de Cristo y el caimiento y destierro de la idolatría. Porque pretendiendo aquel dragón infernal por medio de los reyes y emperadores con tan gran matanza de cristianos extinguir el nombre y la religión de Cristo, y establecer la suya, sucedióle tan al revés este su deseño, que no sola-

mente no pudo desarraigar del mundo la religión y culto de Cristo, mas antes ella fué tanto más encumbrada cuanto más perseguida, hasta quedar el campo y la victoria por ella, y el culto de los ídolos desterrado y desechado del mundo. Y para que mejor esto se entienda, y sea Dios por esta maravilla conocido y glorificado, no dejaré de poner aquí un ejemplo muy proprio y muy conoscido y sabido en nuestra edad. En tiempo de los Reyes Católicos, los hombres que aficionados á la ley de Moisén no quisieron recebir el Evangelio, se fueron de Castilla á otras tierras: mas otros se quedaron en el reino, y recibieron el baptismo, pero todavía mucho de éstos quedaron flacos y tiernos en la fe. Por dónde el Sancto Oficio, pretendiendo limpiar la tierra y apartar la cizaña del grano, procedieron en este negocio con misericordia y justicia, usando de misericordia con los penitentes, y castigando á los relapsos y impenitentes. Mas el castigo déstos también era templado con misericordia, pues comúnmente no era más que ahogar al que había de padecer, que es tormento que apenas dura una Avemaría, porque la quema más es deshonra que pena, pues el cuerpo muerto no la siente. Mas Dios que tiene mil maneras para traer los hombres á sí, y manda compeler á los que no quieren venir á su cena, ordenó que con este castigo tan misericordioso, en espacio de cien años poco más ó menos, de tal manera se limpiase la tierra y apartase la paja del grano, que es agora muy poco ó casi nada lo que el Sancto Oficio tiene que hacer en esta parte.

Ruego pues agora al prudente lector haga comparación entre las circunstancias del un ejemplo y del otro, y hallará que la diligencia del Sancto Oficio duró por el espacio que dijimos de cien años, poco más ó menos, mas la de los reyes y emperadores duró casi trecientos años. El castigo del Sancto Oficio era el más breve y blando que puede ser: mas ¿qué diremos de la terribilidad de los tormentos con que los fieles eran atormentados, de que arriba tratamos? Y éstos repetidos unos sobre otros, y otros nuevos sobre otros. Los cuales no duraban por espacio de una Avemaría, sino por días y noches y semanas enteras, dejando estar penando los mártires atormentados hasta que á fuerza de dolores expiraban. Pues ¿qué diré del número de los muertos? Porque el número de los castigados en todos estos cien años no sé si llegaría á mil ó dos mil culpados que padesciesen. Mas ¿qué diremos

del número de los mártires que padescieron? Porque día hubo en que padescieron juntos cuatro mil, y en otro cinco mil, y en otro seis mil, y en otro diez mil, y en otro doce mil, y en otro veinte mil, y en otro treinta mil, y á veces ciudades enteras, que fueron abrasadas y asoladas, sin quedar niño ni viejo que no pasasen á cuchillo. Otras veces eran tantos los que padescían, que el número dellos se remite al conocimiento de solo Dios. Y dejadas aparte las persecuciones de Nerón, y Domiciano, y Decio, y Valeriano, y otros tales, osaré afirmar que solo Diocleciano con su compañero Maximiano martirizaron más de cien mil cristianos, pretendiendo con esta tan extraña carnicería extinguir y desterrar de todo el mundo la religión y nombre de Cristo. Porque parecía á este tirano y á los demás tan gran disparate decir que un hombre crucificado entre ladrones era Dios, y anteponer la religión y culto dél á la de sus dioses, que todo su estudio y cuidado ponían en que no hubiese en el mundo rastro ni memoria de Cristo. Resumiendo pues agora lo dicho, pregunto: ¿cómo siendo tan terribles los tormentos de los mártires, y tan grande el número de los atormentados, y tantos los años que duró esta tempestad, no fueron poderosos los reyes y monarcas del mundo para extinguir el nombre y la religión de Cristo? Mas ¿qué digo extinguir? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras! ¡Oh maravilla digna de ser con lenguas de ángeles en todo el mundo predicada! No sólo no bastaron para esto, mas antes (lo que sobrepuja toda admiración) como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros y persecuciones dellos, así sucedió el negocio tan al revés, que Cristo quedó vencedor y triunfador y adorado del mundo, y las estatuas de sus dioses fueron derribadas y despedazadas y acoceadas, y sus templos y altares abrasados y puestos por tierra. Pues ¿quién será tan ciego que no reconozca en estas dos cosas tan extrañas la virtud y asistencia de Dios? Porque de otra manera, ¿cómo bastaron cien años para limpiar á Castilla de la cizaña que en ella había, con tan blandos y misericordiosos castigos, y no sólo no bastaron trecientos con tan terribles y prolijos tormentos para extinguir el nombre y la religión de Cristo, y establecer la de sus dioses, mas antes la religión de Cristo creció con las persecuciones, y la de los falsos dioses quedó deshecha y desterrada del mundo, y Roma, que era cabeza de la idolatría, quedó hecha cabeza de la Iglesia, y los emperado-

res romanos que la perseguían, se subjectaron á los pies del Vicario de Cristo? Pues ¿qué hombre habrá tan ciego, que no reconozca haber entrevenido aquí (como dijimos) el dedo de Dios? Porque ¿quién era poderoso para obrar esta tan grande maravilla sino Dios? Y ¿qué de otra manera había de triunfar Cristo del mundo y de la idolatría, sino desta manera? Es este discurso tan poderoso para corroborar el testimonio que los sanctos mártires dieron de nuestra fe, que por solo él (aunque más no hubiese) doy por bien empleada toda la escriptura deste libro.

RELACIÓN DE SIETE SACERDOTES QUE PADESCIERON POR LA FE DE LA IGLESIA ROMANA EL AÑO DE 1582 EN INGLATERRA

CAPÍTULO XXII

Es tan gloriosa y tan admirable, cristiano lector, esta materia de la constancia de los sanctos mártires, que es necesaria particular lumbre y gracia de nuestro Señor para saber estimarla y gustar della. Para lo cual es alguna manera de impedimento ser la cosa tan antigua y que tantos años ha que pasó. Y por esto me paresció referir aquí el martirio de siete muy virtuosos y católicos sacerdotes que padecieron agora en nuestro tiempo en el reino de Inglaterra. Y no dubdo que por ser la cosa tan reciente, mueva más nuestros corazones que las pasadas. Y por aquí podremos entender cuán grande fué la constancia y fortaleza de aquellos antiguos mártires, de los cuales muchos padescieron mayores y más prolijos tormentos que los presentes.

La relación desto escribió sumariamente al Rey Católico nuestro señor Don Bernardino de Mendoza, su embajador. Mas una persona que presente se halló á la muerte de aquellos Padres, escribió una carta en lengua latina á un amigo suyo, declarando en particular de la manera que el negocio pasó. La cual va aquí trasladada en lengua española, para edificación y consolación de los lectores.

La carta comienza así:

Los días pasados escribí á v. m. lo que pasó acerca de la muerte del reverendo Padre Edmundo Campion, de la Compañía de Jesús, y de los demás sacerdotes que con él y después dél padescieron por la fe católica el primer día de Deciembre del año pasado de 81, y en el primero de Marzo siguiente. Mas agora, como la divina Bondad haya ordenado llamar á la misma corona otros siete sacerdotes suyos, parecióme que convenía á la razón de nuestra amistad comunicar con v. m. estas cosas, para que entienda en qué estado estamos, y cuánto debamos á nuestro se-

ñor y salvador Jesucristo, que esta tan insigne constancia de confesión dió aun á mancebos en este nuestro tiempo. El negocio pues pasó en esta forma.

Lunes á 28 del mes de Mayo pasado de 1582, sacaron por dos veces al martirio siete sacerdotes de la ciudad de Londres. La primera vez sacaron tres, conviene saber, Tomás Fordo, Juan Schirto y Roberto Fonsano, atados unos con otros de pies y manos. Y puestos ellos encima de un zarzo de mimbres boca arriba, llevaron arrastrando por todas las calles de Londres, atados á las colas de unos caballos, y como venían arrastrados por tierra, y llovía mucho, era cosa lastimera ver cuán enlodados venían antes que llegasen al lugar del tormento. Mas cuando llegaron á él, determinaron matar á cada uno por sí, para que el uno viese los tormentos del otro, y con esto se ablandase y mudase su propósito. Y en el primer lugar sacaron á Tomás Fordo, varón docto y grave y de mucha autoridad, al cual desataron del zarzo en que venía, y lo subieron en un carro, para que arrojado de la pértiga alta del carro, fuese más fácilmente ahorcado. Este Fordo fué hallado en la misma casa con el Padre Campion, y ya había ocupádose por espacio de siete años en cultivar la viña del Señor en Inglaterra, y había trabajado muy bien, y adquirido muchas ánimas á Cristo por la ardiente predicación de la fe católica y ejemplo de vida severísima que hacía. Éste pues, como viniese á la presencia del pueblo, hecha la señal de la cruz (que los herejes abominan) comenzó abiertamente á decir quién era, y qué profesaba, y por qué causa era venido á aquel lugar, esto es, por ser católico, y por singular gracia de Dios dotado de dignidad sacerdotal, y que venía á morir por la confesión de la fe católica, la cual predicaba ser á todos necesaria para su salvación, y que no podía alguno escapar del eterno tormento, si no estuviese en la unión desta fe católica. Por tanto, á todos exhortaba que entrasen dentro del arca de la Iglesia católica. Y comenzando el mártir á decir otras cosas (con las cuales los ánimos de los que presentes estaban, no poco se movían) el Vizconde de Londres (que presidía á la ejecución deste juicio) impedió lo que iba hablando, y le defendió que no pasase adelante, sino que solamente confesase sus traiciones contra la patria y contra el príncipe della, y pedido perdón dellas, se aparejase para morir. Al cual respondió Fordo: No tengo que confesar cosa

de traiciones, las cuales nunca me han pasado ni aun por imaginación, ni vosotros mismos me decís eso de veras, sino engañosamente, porque sabéis muy bien que estaba yo en Inglaterra ese día que vosotros fingís esas no sé qué traiciones en Roma. Y demás desto, ¿quién no sabe que muchas veces nos habéis ofrescido la vida y libertad, si quisiésemos descubrir al magistrado los católicos con quien habíamos estado en esta tierra? Así que ficción es lo que nos acusáis de traiciones. La verdadera causa de nuestra muerte es la religión católica, la cual profesamos, la cual predicamos, y la cual testificamos con el derramamiento de nuestra sangre. Esto ve nuestro Dios, que escudriña los corazones, y que revelará lo escondido de las tinieblas, y á cuyo tribunal nosotros subimos hoy.

Apenas había hablado esto el mártir de Cristo, cuando el Vizconde, movido con ira, interrumpió la plática, porque temía que Fordo persuadiese al pueblo lo que decía, y afrentólo llamándole papista y traidor.

Y preguntóle qué sentía de la Bula de Pío V, con la cual condenaba á la Reina de Inglaterra. A lo cual Fordo respondió: Yo ni preguntado, ni acusado, ni condenado fuí en el juicio de la Bula de Pío V, así que no hay para qué agora me preguntes eso. Luego salió allí un mancebo desvergonzado que se daba por acusador de Fordo, diciendo falsos testimonios contra él, y junto con esto le propusieron ciertos artículos de una conjuración que decían haberse hecho en Roma contra la Reina, diciendo que el Padre se había hallado en ella. Porque ponen grande diligencia los herejes para que no entienda el pueblo que nadie padesce por la religión, porque no se confirmen más en ella, viendo lo que los sanctos padescen por ella, sino que padescen por traición, y así los justician con la misma pena de los traidores.

§ I

En este tiempo el Padre se recogió á su acostumbrada oración y contemplación, sin hacer caso de las invenciones de sus mentiras, y esto hecho, mandóle el Vizconde que metiese la cabeza en la cuerda, como quien luego había de padescer. Mas el Vizconde salió de nuevo con prometerle perdón, libertad y vida por parte

de la Reina, si en alguna cosa consintiese, ó dijese contra la autoridad del Romano Pontífice. A lo cual respondió Fordo que por ninguna vía tal haría, y que estaba aparejado para morir por cualquier cosa, por muy pequeña que fuese, que tocase á la fe de la Iglesia Romana. Mas los herejes daban voces por todas partes diciendo: Di alguna palabra, Fordo, contra el Pontífice Romano, y no morirás. A esto no respondió el mártir, sino rogaba á todos los católicos que hiciesen oración á nuestro Señor con él y por él. Visto pues el Vizconde que nada podía acabar con él, mandó que lo justiciasen. Entonces el mártir de Cristo, despidiéndose de todos y perdonando de corazón á todos lo que contra él injustamente habían hecho, levantando las manos y los ojos al cielo, comenzó á repetir estas palabras con grande afecto: Jesús, Jesús, seáis agora para mí Jesús. Y diciendo esto fué derribado del carro en que venía, y quedó colgado de la cuerda, y quitado de allí medio vivo, fué despedazado por el verdugo en muchas partes.

Después de Fordo fué levantado Scirto, y puesto en el carro, y pasando por donde estaba el cuerpo de Fordo despedazado, tomólo en las manos en la manera que podía, y á grandes voces dijo: ¡Oh mi Fordo, que tan dichosamente acabaste la carrera de tu confesión! ¡Oh bendita ánima, que volaste al cielo deste cuerpo mortal! Ruega agora por mí á ese Señor que claramente ves. Estas palabras afligían el corazón del Vizconde. Pero más se embravescieron los herejes por ver que pedía favor á la beatísima Virgen María. Mas su confesión fué que él vivía conforme á la doctrina que había aprendido y enseñado en la Iglesia católica, la cual había de testificar agora con su sangre. Y entonces alegrándose en espíritu, prorrumpió en estas palabras: Oh Señor Dios y Padre eterno, doite gracias porque me criaste, y porque por tu unigénito Hijo me redimiste, y porque por virtud de tu Espíritu me sanctificaste, y me has conservado en la fe de tu Iglesia católica, y sobre todo esto porque me has traído á esta muerte tan gloriosa por tu sancto nombre. Porque aunque ella á juicio de algunos sea afrentosa, mas para mí es materia de grande gozo y alegría.

Y pesándole mucho al Vizconde destas palabras, interrumpió la plática y preguntóle por las traiciones. Y para prueba desto mandó leer los artículos de las traiciones. En este tiempo el varón de Dios se ocupaba en oración, sin hacer caso de lo que los

herejes hacían para engañar al pueblo. Entonces el Vizconde le ofreció el perdón de la Reina con la misma condición que lo había ofrescido á Fordo. Mas el varón de Dios respondió que no aceptaba la vida con tal condición. Entonces el Vizconde, deseando vencer su propósito, mandóle que mirase el cuerpo de Fordo de la manera que estaba allí despedazado, certificándole que lo mismo había él de padescer, y así luego le propuso el perdón de la Reina, si desistiese de su opinión. Dijo entonces el siervo de Dios: Más amigo soy de mi ánima que de mi cuerpo, haz dél lo que quisieres. Aquí el Vizconde: No quieras, dijo, perderte. Blasfema de aquella ramera babilónica de Roma, y abraza la misericordia que te ofrece tu Reina, la cual no querría que murieses. A lo cual respondió el mártir: Nunca Dios quiera que abrace yo tal misericordia que destruya mi ánima. Y yo te digo, Vizconde, que si no hicieres penitencia desas palabras, que yo te acusaré en el día del juicio ante el tribunal de Cristo, porque al Vicario que él tiene en la tierra, llamaste ramera babilónica.

Con esta respuesta indignado el Vizconde, mandó luego que lo colgasen: y el verdugo comenzó á temblar, y antes que le echase la cuerda en la garganta, pidió perdón al sancto varón, el cual con rostro alegre respondió: Haz, hermano, lo que te mandan, no temas, yo libremente te perdono. Y sacó del seno un pañizuelo en que tenía atados cuatro reales, que era todo el tesoro que él tenía en la tierra, y diólos al verdugo. Y hecho esto, dió una voz con grande alegría, como si hubiera recibido alguna singular consolación de Dios en su ánima, y dijo: Quienquiera que no muere en la unión de la Iglesia católica, sepa cierto que eternalmente ha de morir y ser condenado. Y luego dijo aquella oración de la Iglesia: Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, por tu pasión, &c. Y diciendo esto fué arrojado del carro, y quedó ahorcado.

Después déste trajeron á Fonsono al tablado, y acusándole como á los otros de traición y crimen *laesae majestatis,* él respondió que ni por pensamiento tal crimen le había pasado. Díjole entonces el Vizconde: Yo te lo probaré. ¿Reconoces tú á nuestra Reina por cabeza de la Iglesia en las causas eclesiásticas? No la reconozco por tal, dijo Fonsono. Luego traidor eres, dijo el Vizconde, porque así lo han determinado las leyes de Inglaterra. ¡Oh, hermosas leyes, dijo Fonsono, que hacen traidores á todos

nuestros antepasados, los cuales no reconocieron tales leyes! Á esto no respondió el Vizconde, mas ofrecióle el perdón de la Reina debajo de las condiciones ya dichas, el cual él no quiso recibir. Por tanto el Vizconde mandó que á gran priesa lo despachasen, porque se daba priesa por amor de la lluvia. Mas el varón de Dios comenzó á rezar la oración del *Pater noster* en latín, en lo cual desagradó al Vizconde y á los otros herejes, porque quisieran que la rezara en inglés: mas Fonsono no lo quiso hacer, diciendo que él sabía bien latín, y que los católicos podían muy bien juntamente con él orar en latín, y que él no hacía caso de las oraciones de los herejes y scismáticos, cuyas voces sabía que eran aborrecibles á Dios. Salió entonces un predicador hereje, diciendo: Reza la oración del *Pater noster* como Cristo la rezó. Al cual respondió el mártir: Cristo no la rezó en lengua inglesa. Y dicho esto, y comenzando á decir: *Credo in Deum Patrem*, con lo demás del Credo, á medio camino lo derribaron del lugar en que estaba, y así lo martirizaron.

Lo susodicho se hizo un día muy de mañana, y por estar lloviendo se hallaron pocos á este auto. Y cesando la lluvia, corrió luego la fama de los que quedaban para martirizar, y acudió gran número de gente para verlo. Entonces sacaron del mismo castillo de Londres otros cuatro sacerdotes, los cuales iban tendidos de espaldas y bocarriba en un zarzo de mimbres, atados los unos con los otros, arrastrándolos á las colas de unos caballos. Los nombres déstos eran, Guillelmo Filbeo, Lucas Ribeo, Lorenzo Ricarfono y Tomás Cotamo. Todos éstos, al salir de la cárcel y en el camino, iban cantando el himno, *Te Deum laudamus*, &c. Y llegados al lugar del tormento, mataron á cada uno por sí como á los primeros, y la misma forma se guardó con ellos que con los pasados. Porque á cada uno por sí se le ofresció el perdón de la Reina con las condiciones ya dichas, y todos ellos con igual virtud y constancia lo desecharon. Y antes de la muerte de cada uno se leían aquellos artículos de la traición para infamarlos, y de las respuestas que ellos daban, claramente se veía ser fingidos engañosamente. Salió también un desvergonzado calumniador por nombre Mundeo, que públicamente los acusaba, mas nada decía, sino injurias y maldiciones. Instaban también los predicadores herejes, pidiéndoles que hiciesen con ellos oración en lengua inglesa. Lo cual ellos por ninguna vía

quisieron hacer, diciendo que ellos no podían orar sino con los que estuviesen en la unión de la Iglesia católica.

§ II

Finalmente, como los caballeros de Cristo en ninguna cosa, por pequeña que fuese, quisiesen consentir con la voluntad de los herejes, enojado grandemente el Vizconde de ver cómo ninguno dellos quería aceptar el perdón de la Reina, después de muertos los tres, acometió astutamente al postrero, por nombre Tomás Cotamo, para ver si le podía inducir á que aceptase el perdón de la Reina con las condiciones ya dichas. Mas como el sacerdote de Cristo por ninguna vía lo aceptase, usó con él desta astucia. Preguntó á Cotamo si de veras él era culpado en la traición contra la Reina, como sus compañeros. Él respondió que no lo era, y que esto era claro y manifiesto á los mismos adversarios. Lo cual primeramente probaba porque él no estaba en Italia al tiempo que vosotros decís que se había tratado aquella conjuración contra la Reina. Lo segundo porque él había vuelto de Francia á Inglaterra por convalecer de una recia enfermedad, y que había sido enviado por los Padres de la Compañía de Jesús (entre los cuales había cumplido un año de probación) pero con licencia de los superiores estaba diputado para ir á las Indias, mas por consejo de los médicos había venido á su natural patria, que era Inglaterra, hasta recobrar la salud, que con una larga enfermedad había perdido. Y llegado á esta tierra, no se escondió, como hombre que no sabía parte deste crimen. Y como entendió, que el magistrado andaba en busca dél para llevarlo á la cárcel, él se ofreció de su propria voluntad á la cárcel, lo cual nunca hiciera, si se tuviera por culpado en aquella traición, afirmando que la causa de su prisión y de su muerte era la confesión de la fe católica. Dijo entonces el Vizconde: ¿Pues tú, Cotamo, has de desechar la vida que de gracia te ofresce la Reina? No por cierto, dijo él, si la Reina me la quiere dar, antes la recibo y le doy gracias por ella. Oyendo esto el Vizconde, pretendiendo engañarle, mandó que le desatasen y quitasen la soga de la garganta, y bajasen del carro, y que se fuese libremente. Viéndose pues Cotamo libre, maravillábase deste perdón,

porque no entendía el engaño, y así se dispone para irse. Díjole entonces el Vizconde: Ya estás libre, Cotamo. Sola una cosa te falta, que des alguna muestra de agradescimiento á tu Reina por esta gran misericordia que contigo ha usado. Dijo entonces él: Doy muchas gracias á la Reina por este beneficio. ¿Qué otra más muestra de agradescimiento me pedís? Queremos, dijo el Vizconde, que delante deste pueblo declares que tienes otra opinión que la destos traidores que han padescido, y que no consientes con ellos. Eso no puedo yo hacer, dijo Cotamo, porque en la causa de la Religión totalmente siento lo que ellos sintieron. Á lo menos siquiera (dijo el Vizconde) muestra alguna diferencia entre ti y ellos. No sé, dijo Cotamo, cosa en que me diferencie dellos. Á lo menos (dijo el Vizconde) declara que no concuerdas con ellos en la autoridad del Romano Pontífice. No puedo (dijo Cotamo) discordar dellos en esa materia. Pues ¿en todo (dijo el Vizconde) consientes con la opinión de aquellos traidores? En todas las cosas, dijo Cotamo, que pertenescen á la fe católica, consiento con aquellos sanctos sacerdotes. Oída esta última respuesta, el Vizconde, movido con grande ira, mandó que volviesen á Cotamo al carro de donde lo habían bajado, y lo colgasen y despedazasen. Lo cual fué hecho á gran priesa y con gran furor y palabras injuriosas, y así padesció este sacerdote sanctísimamente como los otros. Esto es lo que la sobredicha carta refiere. Por lo cual vemos que pudieron estos venerables sacerdotes ser muertos y atormentados, mas no vencidos. Pero el malaventurado presidente no pudo dejar de quedar afrentado y confuso, viendo que con todas sus artes y diligencias no pudo vencer la constancia de aquellos esforzados caballeros de Cristo. Y no menos lo quedaría la Reina, viendo que todos ellos antes habían querido perder la vida que otorgarle la dignidad que ella injustamente había usurpado.

Alguno por ventura deseará aquí milagros, como los que algunas veces nuestro Señor hacía con los mártires antiguos. Mas yo no quiero más milagro que ver tal fe, tal fortaleza, tal constancia, tal lealtad para con Dios, y tal libertad de palabras para con el juez, y un ánimo tan generoso, que teniendo la muerte delante, ni se acuitó, ni desmayó, ni habló palabra indigna de su dignidad sacerdotal, ni se enflaqueció viendo un tan horrible espectáculo como eran los cuerpos despedazados de sus compañeros.

Esto pues es más que milagro. Maravillábase el Profeta cuando consideraba el camino que abrió Dios á su pueblo en medio del mar Bermejo, y dice que considerando esta maravilla, le temblaba el corazón y los labios (1). Pues ¿cuánto más gloriosa maravilla es haber dado Dios tal ánimo y esfuerzo á unos hombres de carne tan flaca, que las ondas de tantas aguas de tribulaciones y persecuciones no fuesen parte para ahogarlos y desmayarlos, sino que pasasen á pie enjuto por este golfo tan peligroso sin mojarse y sin perder punto de la fe y lealtad que debían á su Criador? Los hombres que llevan á justiciar, antes de la muerte van ya medio muertos y desmayados, y estos generosos caballeros de Cristo salen de la cárcel cantando *Te Deum laudamus,* como si fueran á fiestas, y no á la muerte. Y si dijeran una palabra en favor de la Reina, pudieran librarse de la muerte, y acabándola de decir, confesarse y pedir misericordia y perdón á nuestro Señor, y es cierto que lo alcanzaran tan fácilmente como Sant Pedro, que más gravemente pecó negando al Señor con juramento, después de haber visto tantos milagros suyos. Mas estos fieles siervos del muy Alto antes quisieron padescer tan cruel muerte que estar por aquel tan pequeño espacio en pecado y en desgracia de su Criador. Ésta es pues otra nueva manera de milagros que óbra la gracia, la cual cuanto era mayor, tanto menor necesidad tenía del favor y esfuerzo de los milagros. Los cuales por la mayor parte hacía nuestro Señor para ayudar á la flaqueza de las doncellas delicadas y tiernas que padecían. Mas como él sabía que la fortaleza que él había dado á estos sanctos sacerdotes, bastaba para esforzarlos sin nuevos milagros, por eso no los quiso hacer, y porque los herejes no los merecían ver. Y así queda declarado que no hacerse allí milagros redunda en mayor gloria de Dios y de su divina gracia.

(1) Habac. ult.

MARTIRIO DEL REVERENDO PADRE EDMUNDO CAMPION, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Y DE OTROS DOS SACERDOTES QUE CON ÉL PADESCIERON, EL UNO LLAMADO RODULFO SERVINO, DEL COLEGIO ANGLICANO QUE ESTÁ EN ROMA, Y EL OTRO ALEJANDRO BRIANTO, DEL COLEGIO REMENSE

CAPÍTULO XXIII

En la carta pasada se hace mención del martirio del Padre Edmundo Campion y de otros sacerdotes que con él padescieron primero día de Deciembre del año mil y quinientos y ochenta y uno.

La historia del martirio deste Padre y de sus compañeros es muy digna de ser sabida. Porque dellos podemos decir con mucha razón que fueron dos veces mártires, una por la fe, y otra por la caridad: esto es, una por no consentir con los herejes, y otra por no descubrir los católicos, aunque muchos tormentos por esta causa les dieron (como en el proceso se verá) siendo en lo uno leales á Dios, y en lo otro á sus prójimos y hermanos.

Este Padre Edmundo Campion era de la Compañía de Jesús, hombre de insigne virtud y doctrina, y diestro en el estudio de las letras humanas, así griegas como latinas. Era natural de Inglaterra, y así por esto como por la eminencia de su virtud y letras fué llamado de Praga (donde á la sazón estaba) y enviado por sus superiores á Inglaterra á confirmar los católicos, y administrarles los sacramentos, y apacentarlos con la doctrina de la fe. Aceptó él esta obediencia con gran voluntad y celo de la salvación de las ánimas, ofreciéndose á manifiestos peligros por ellas, de los cuales muchas veces lo libró nuestro Señor con especial providencia. Tuvieron desto inteligencia los herejes que gobernaban la tierra, y tenían una hambre canina de haberlo á las manos, parte por impedir el oficio que hacía, y parte por saber dél cuáles eran los católicos que él doctrinaba. Entendió esto un hombre malvado, y ofrecióse á descubrir este religioso Padre, recibiendo grandes promesas del magistrado, si saliese con ello.

Vino pues este traidor á Lifordia, que es una villa junto á Oxonia, y fingiéndose católico, trató con un conocido suyo que verdaderamente era, y dél supo dónde moraba. Sabido esto, dió luego aviso al gobernador de la tierra, por nombre Justiniano, el cual vino luego con mucha gente armada, y cercó la casa del Padre, el cual á la sazón había dicho misa, y estaba con otros católicos tratando aquellas palabras del Salvador, que dice: Jerusalén, Jerusalén, que matas los profetas, &c. Entró luego á gran priesa aquella cuadrilla de lobos rabiosos á dar en la manada de las ovejas de Cristo que allí se habían juntado, y de ahí los llevaron presos á una fortaleza que estaba al cabo de la ciudad de Londres. Entrando en esta ciudad, iba el Padre Campion delante con un sombrero en la cabeza, y en la copa dél pusieron los herejes este título: Éste es Campion el jesuíta sedicioso. Salen luego todos de la ciudad á este espectáculo, unos á ver, y otros á escarnecer de los siervos de Dios, Mas el Padre Campion, confortado por el Espíritu Sancto, iba delante con un ánimo sosegado y con rostro alegre y sereno, no sin grande admiración de los que lo veían.

Fué luego encerrado en una carcel escurísima y tan apretada, que no podía estar ni en pie ni acostado. Su comer era un poco de pan y agua. A cabo de tres días, sacado desta prisión, fué llevado por el río á la ciudad con el mismo traje que entrara en ella, hasta el palacio de Roberto, con el cual estaban otros condes herejes y dos secretarios de la Reina. Delante de los cuales el Padre declaró la causa de su venida á aquella tierra con tanta mansedumbre y prudencia, que ellos le quedaron aficionados, no poniéndole otra culpa sino decir que era papista. De aquí le tornaron á la cárcel, pero tratándole más blandamente. Y primero procedieron con él por blanduras y grandes promesas, procurando que en alguna cosa, aunque fuese pequeña, consintiese con ellos. Y viendo que todo esto era de balde, por estar el Padre tan constante en la fe, determinaron de darle tratos de un tormento que llaman del caballete, que es un linaje de tormento muy cruel, donde estando el hombre tendido, le atan á los dedos de los pies y de las manos unos cordeles, los cuales estiran poco á poco de la una y de la otra parte con unas ruedas, por donde vienen casi todos los miembros á descoyuntarse y desencasarse de sus lugares, que es intolerable dolor. Fué el Padre tres veces atormentado con este

tormento tan cruelmente, que á la tercera vez paresció que acabara la vida. Mas siendo recreado en medio de este trabajo con la dulzura y esfuerzo celestial, luego que fué desatado, prorrumpió en aquellas palabras: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.* Pretendían los herejes con este tormento sacar del Padre con qué personas trataba, y quiénes eran los que había traído á la comunicación de la Iglesia Romana, y en qué traiciones había entendido, y otras cosas á este propósito. Mas esforzando nuestro Señor al Padre, ninguna persona descubrió de las que le preguntaban. Y lo mismo hicieron con los otros sacerdotes que con él fueron presos, con determinación que si ellos descubriesen algún hombre principal católico, dijesen que el Padre Campion lo había descubierto, para hacerlo con esto odioso á los católicos. Y pasó esta malicia tan adelante, que uno de los consejeros de la Reina afirmó con juramento á un caballero preso por católico que Campion lo había descubierto. Mas el caballero no le dió crédito, porque conoscía bien la virtud del Padre.

Después de los tormentos del caballete determinaron los maestros de los herejes de ponerse en disputa con él, creyendo que por estar tan mal tratado de los tormentos y enflaquecido con las vigilias y con la hambre pasada, y carescer allí de libros, fácilmente le vencerían, y así sería menoscabado el crédito que los católicos tenían dél, y la fe quedaría abatida. Mas Dios le dió palabras y sabiduría, á la cual no pudieron responder todos sus adversarios. Duró esta disputa por espacio de cuatro días, y afirmaba un católico que se halló presente, haber defendido el Padre la causa de la fe con tan grandes argumentos, que si él fuera hereje, se convertiera á la fe por lo que allí oyó.

§ I

Pasadas estas cosas, fueron llamados á la audiencia real el Padre Edmundo Campion en el mismo día en que se celebra la fiesta de S. Edmundo, mártir y rey de Inglaterra, y con él fueron llamados el Padre Jacobo Bosgra, y Tomás Cuotamo, sacerdotes de la Compañía de Jesús, y Rodulfo Servino, del Colegio Anglicano, que está en Roma, y Lucas Hirbleu y Duarte Riztono, sacerdotes del mismo Colegio, y Alexandre Brianto, del Colegio

Remense. A todos éstos oponían artículos de diversas maneras de traiciones que habían intentado contra su patria y su Reina. A lo cual todos respondieron que por sola la causa de la verdadera y católica religión eran venidos á su patria, y que por esto solo habían sido llamados á juicio y por tantos modos tan cruelmente vejados, y que por esta fe estaban aparejados á ofrecer sus vidas. Duró esta audiencia hasta la tarde, y en cuanto los jueces fueron á comer, mandaron dar de beber á los condenados. Mas el Padre Campion, como tenía los brazos quebrantados del tormento pasado, no pudo llegar la copa á la boca. Pero hallóse allí un señor, por nombre don Apero, varón católico y nieto del clarísimo mártir Tomás Moro, el cual con su mano le llegó la copa á la boca.

Yendo pues Alexandre Brianto con los otros para la audiencia, mostró una grande fortaleza de ánimo, el cual como alférez de Cristo iba delante con una cruz en la mano, que él había fabricado para su consolación, en la cual con un carbón había pintado la imagen del Crucifijo. Y siendo reprehendido por un hereje por haber osado hacer esto, y mandándole arrojar la cruz, respondió: Por ninguna manera lo haré. Caballero soy de Cristo crucificado, no dejaré tan ilustre bandera hasta la muerte. Y tirándole el hereje la cruz de las manos, respondió: De las manos me la podréis quitar, mas no del corazón, antes derramaré mi sangre por el que por mí derramó la suya en la cruz. Y puesto este Padre en el tormento del caballete susodicho, y estando en él por espacio de tres horas, reprehendía la crueldad de los que le atormentaban, y con todo esto decía: ¿Esto es todo lo que podéis? Si no son otra cosa vuestros caballetes más que esto, vengan en buen hora otros ciento. Y no contentos con este tormento, añadieron otra terrible crueldad, que fué hincarle alfileres entre las uñas de los pies y de las manos. Ni debe de parecer espanto despreciar él tan fuertemente los tormentos, porque en medio dellos era grandemente recreado con una maravillosa dulzura del Espíritu Sancto, según él mismo da testimonio en una carta que escribió dende la cárcel á los Padres de la Compañía de Jesús que estaban en Inglaterra. Y para tratar de la ocasión que hubo para escribir esta carta, no será fuera de propósito apuntar algo de las persecuciones de los herejes de Inglaterra, como se escribe en un libro que desta materia está impreso. Del cual se entiende ser tal esta persecución, que en parte excede á todas las de los

tiranos antiguos que perseguían la Iglesia. Porque nunca éstos ponían los fieles á cuestión de tormento para que descubriesen los otros fieles, lo cual se hace en este reino, y esto no como quiera, sino con cruelísimos tormentos. Y con los encarcelados usan de extrañas crueldades, porque no consienten ser visitados ni socorridos con limosnas de amigos ni parientes, so pena de ser tenidos por sospechosos en su mala secta, que es sumo peligro.

Veniendo pues al propósito desta carta, escribe este sancto varón que estando tan cerrada la puerta para toda consolación y visitación humana, un día se ordenó una disputa entre los maestros de los herejes y los católicos, y por esta ocasión se abrió puerta para que entrasen muchos de los católicos á oirla. Y andando algunos los rincones de la cárcel, llegaron á donde estaba este Padre Brianto (de quien vamos hablando) y con esta ocasión escribió una carta á los Padres de la Compañía, en que (entre otras cosas) les daba cuenta de las mercedes que nuestro Señor le había hecho en medio de sus tormentos. Sobre lo cual dice estas palabras:

Si lo que dijere es cosa milagrosa, no lo sé, Dios lo sabe, mas que sea verdadera, mi consciencia me es testigo delante de Dios. Digo pues que estando en el postrer tormento, cuando los verdugos usaban de mayores crueldades en mi cuerpo, teniendo extendidos con gran violencia mis pies y manos, con todo esto casi ningún dolor sentía. Y junto con esto, refocilado y aliviado de los dolores del tormento pasado, quedé con los sentidos perfectos y con el alma quieta y corazón sosegado. Viendo esto los comisarios, saliéronse fuera y mandaron que el día siguiente me atormentasen otra vez de la misma manera. Oyendo yo esta sentencia, creía verdaderamente y esperaba que con el ayuda divina lo sufriría. Y entre tanto que me atormentaban, meditaba como podía la amarguísima pasión de mi Salvador, llena de innumerables dolores. Hasta aquí son palabras de la carta de Brianto. Mas de Servino, colegial del Colegio Ánglico de Roma, se escribe en aquel libro de las persecuciones de Inglaterra que era admirable la caridad y el celo que tenía de la salvación de las ánimas. Por dónde, cuando le contaban la terribilidad de los tormentos que en su patria se daban á los católicos, no sólo no desmayaba, mas antes se encendía más en su corazón este deseo: y según las buenas partes y gracias que de nuestro Señor había recibido, así

de virtud como de letras y ingenio, hubiera de aprovechar grandemente á su patria, si no fuera porque poco después que entró en ella, fué preso y cargado de hierros y encarcelado en una cárcel escura. Mas estando él allí preso, no estaba presa la palabra de Dios, porque allí animaba los otros que estaban presos por la fe, para que perseverasen firmes y constantes en ella, y acordándose que estaba allí preso por Cristo, el amor encendidísimo deste Señor causaba en su ánima tan grande alegría, que no se podía contener que no hiciese y dijese cosas que manifestasen esta alegría que el Espíritu Sancto le daba, el cual en ningún tiempo está más cerca de sus fieles siervos, que en el tiempo de la tribulación. Estaban presos en una cámara junto á la suya dos herejes de una herejía infame y deshonestísima, los cuales viendo las muestras de alegría que en el siervo de Dios parecían, tenían para sí que estaba loco. Mas un día ofreciéndose ocasión para hablarle, vieron que no lo era, sino muy prudente y docto. Y platicando con ellos un rato, cuando se llegó la hora de rezar el oficio divino, despidiéndose de ellos húmilmente, prostróse sobre las rodillas, y rezó su oficio con gran devoción: con lo cual ellos quedaron muy movidos por la novedad del negocio. Después cenando una noche con ellos, de tal manera defendió la causa de nuestra fe y confundió el error dellos, que los redujo á la fe católica, y los absolvió y reconcilió con la Iglesia. De manera que los que estaban presos por aquella herejía infame (la cual persiguen los ingleses) agora están presos por la fe católica.

Esto hecho, como los contrarios le amenazasen con el tormento del caballete, y estando el negocio en tal estado que luego había de ser atormentado, comenzó el varón de Dios á aparejarse con gran cuidado para sufrir el tormento, haciendo primero oración por los que lo habían de atormentar. Pero nuestro Señor lo guardaba para otro mayor triunfo.

§ II

Mas tornando al principal propósito, presentados los sacerdotes ante los jueces que habían de sentenciar la causa, después de vista la acusación y la defensión, determinaron ellos ser el Padre Campion y sus compañeros dignos de muerte. Y preguntán-

doles el juez principal si tenían alguna cosa que alegar en su descargo, respondió el Padre Campion que ninguna más que rogar á Dios inmortal que así el juez como los acusadores y todos sus adversarios en el día muy severo y estrecho del juicio oyesen más blanda sentencia que la que contra ellos se daba. Y pronunciada la sentencia, el Padre Campion con rostro alegre, dando gracias á Dios por este tan grande beneficio, comenzó á decir: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur.* Y Rodulfo Servino dijo: *Haec dies, quam fecit Dominus, exultemus et laetemur in ea.* Mas Alexandre Brianto, considerando la injusticia de aquella sentencia, apeló para el sumo Juez con aquellas palabras: *Judica me, Deus, et discerne causam meam.* Y así con grande alegría de sus ánimas se apartaron de la presencia de aquel Consejo malvado, gozándose por haberlos hecho Dios dignos de padescer por su nombre.

Mas antes que fuesen al lugar del tormento, el Padre Campion habló al pueblo que presente estaba, desta manera: Ya habéis visto cómo somos condenados por crimen *laesae majestatis*, mas con cuánta justicia vos lo ved. Porque si yo en todos los artículos propuestos hubiera ofendido á la majestad real, nunca ella ni todos los de su casa y consejo me ofrecieran vida y libertad y muchas mercedes tan liberalmente, si quisiera condescender con sus opiniones, aun en cosas pequeñas. Antes os digo que este mismo alcaide del castillo que está aquí á par de mí, me prometió estas mismas cosas, y otras mayores, si quisiese sola una vez ir á la iglesia con los herejes. Ni él se atreviera á prometer cosas tan grandes, ni los príncipes de Inglaterra tal permitieran, si hallaran que yo había cometido este crimen contra la Reina. Así que, hermanos, no el crimen de la traición, sino el celo de la católica Religión nos ha traído á este paso.

Acabado esto, los volvieron á la cárcel, y el primero día del mes de Deciembre el dicho Padre Campion y Rodulfo Servino y Alexandre Brianto (de los cuales arriba hicimos mención) fueron entregados á los ministros de la justicia de Londres. Y los otros que con éstos fueron condenados, reservaron para ser justiciados otro tiempo en otras ciudades de Inglaterra, para mayor terror de los católicos. Ataron pues al Padre Campion, y pusiéronlo en un cañizo tejido de varas, y tendido en él, lo llevaban arrastrando á la cola de un caballo. Mas á Rodulfo Servino y á

Alexandre Brianto llevaban de la misma manera atados en otro cañizo, arrastrándolos á las colas de otros caballos por todas las calles de Londres, hasta el lugar donde suelen justiciar los ladrones, que está casi una milla fuera de la ciudad. Llegados á este lugar, desataron al Padre Campion, y echáronle una cuerda al pescuezo, y así le subieron en una carreta que estaba al pie de la horca. Subido en este lugar, comenzó á hablar con grande atención, oyéndole una tan grande muchedumbre de gente, cuanta nunca se juntó en aquel lugar, estando presentes tres condes y cinco barones y otros muchos caballeros y señores principales. Tomó entonces el Padre por tema muy á propósito aquellas palabras del Apóstol: Un espectáculo estamos hechos á Dios, y á los ángeles, y á los hombres. Y declarando él estas palabras, antes que acabase de hablar, un hereje del Consejo Real, que estaba á caballo junto á él, le cortó el hilo de la plática, diciendo: Ora sus, deja, deja ya de tentar y engañar al pueblo con tus palabras fingidas. Mejor harías en confesar delante de todos que tienes ofendida la majestad real, y pedir húmilmente perdón á la Reina. Y lo mismo le aconsejaban los ministros de la justicia y los vicecómites de Londres. Mas Campion acudió diciendo: Hiciera lo que me pedís, si me sintiera culpado en ese crimen, sino tenéis por crimen ser yo católico, que es suma honra y gloria, por lo cual he padescido tantos tormentos, y estoy agora aparejado para recibir la muerte.

Entonces los calvinistas comenzaron á pedirle que rezase con ellos. Lo cual él no quiso hacer, abominando su falsa religión, mas pidió á todos los católicos que allí estaban, que en el punto que él estuviese muriendo, le dijesen el Credo, para que la fe que ya no podría confesar con su boca, la confesase con la de innumerables católicos que allí estaban presentes. Y desta manera hurtando á la carreta los pies debajo, quedó ahorcado: y antes que expirase, uno de los principales herejes le cortó la cuerda, no consistiendo que expirase allí, como se hacía comúnmente con los malhechores. Y estando aún medio vivo, usaron con él y con sus compañeros de una tan rabiosa y desvergonzada crueldad, de la cual nunca Diocleciano ni otros cruelísimos tiranos usaron con los mártires: pero ésta fué obra de hombres cuyas ánimas regía Satanás. Y la crueldad fué, que estando él aún vivo, le cortaron sus partes naturales, y abriéndolo por medio con un

cuchillo, le arrancaron el corazón y las tripas, y las echaron en el fuego: y cortada la cabeza, le partieron el cuerpo en cuatro cuartos, los cuales junto con la cabeza cocieron un poco en agua herviendo, y así los pusieron con clavos hincados en las puertas de la ciudad.

§ III

Acabado esto, el verdugo llamó á Servino, diciendo: Ven tú también, Servino, para que recibas el pago que éste recibió. Acudió luego él con un rostro lleno de alegría, y abrazó al verdugo, y besó la mano sangrienta que traía de la carnicería pasada del Padre Campion. Lo cual de tal manera movió al pueblo, que con gran ruido y murmullo acabaron con el Vizconde que le dejase hablar lo que quisiese. Y así se hizo. Porque subido en la escalera, hizo una grande exhortación al pueblo, y acabada ésta, él mismo metió la cabeza en el lazo que le estaba aparejado. Lo cual viendo el pueblo, comenzó con grande clamor á decir: Oh buen Servino, Dios reciba tu buena ánima. El cual clamor duró por grande espacio, y aun apenas después dél muerto se pudo mitigar.

Después de este Padre llamaron á Brianto. El cual antes que padesciese, profesó brevemente la fe por que moría, y purgóse de la calunnia que á él y á los otros Padres oponían de las traiciones contra la Reina, diciendo que ni aun por imaginación tal cosa había por él pasado. Y demás de sus palabras, la inocencia de su rostro y su cara angélica (porque era mancebo hermosísimo) daba dello testimonio. Pero lo que movía los ánimos y los ojos de los que presentes estaban, era ver el alegría grande que mostraba estando para padecer: la cual alegría nascía de ver que padescía por la fe católica, y junto con esto, porque padescía en compañía del Padre Campion, á quien él tenía grande amor y devoción. Y así en él como en su compañero Servino ejecutaron toda aquella crueldad y carnicería de que usaron con el sobredicho Padre Campion. Los cuales con un breve trabajo compraron eterno descanso, de que agora gozan y para siempre gozarán, gloriándose en el cielo de lo que no se pueden gloriar los ánge-

es, que es haber dado la vida por la gloria de su Criador, dejando vencidos los herejes, y confundidos los demonios, y confirmados las católicos con el testimonio de la fe y constancia con que tantos tormentos padescieron. Resta agora que el cristiano lector considere con ojos de fe con qué alegría los sanctos ángeles acompañarían estas dichosas ánimas que tan valerosamente habían triunfado de toda la potencia del mundo y del infierno, ofreciendo la vida por la gloria de su Señor y por la salvación de las ánimas, leales en esto á su Dios, por cuya fe murieron, y leales á sus prójimos, pues siendo tan cruelmente atormentados, nunca los descubrieron: mártires en lo uno, y mártires en lo otro. Pues ¿qué fiesta se haría este día en el cielo en la entrada destos gloriosos caballeros con doblada corona (si decir se puede) de martirio, y con qué alegría los saludarían y recibirían los sanctos mártires como á compañeros suyos y imitadores de su fe y fortaleza, dándoles el parabién de aquella entrada en la ciudad soberana, para cantar siempre las alabanzas del Señor que tal fe, tal virtud, tal caridad y tal constancia les dió, para que en medio de tantos clamores y torbellinos del mundo estuviesen con un corazón sosegado y con un ánimo invencible y despreciador de todas las amenazas y tormentos de los herejes?

§ IV

Pues quien atentamente considera esta singular excelencia de los mártires, podrá notar en ella cinco grandes maravillas que aquí habemos referido. Entre las cuales la primera es el número tan grande de los mártires que padescieron por la fe. La segunda la cualidad de las personas que padescían, entre las cuales entran mujeres flacas y vírgines nobles y delicadas. La tercera es la horribilidad de los tormentos nunca vistos, con que fueron los sanctos atormentados. La cuarta es el esfuerzo de ánimo y alegría en el padescer, y libertad de hablar, escupiendo y blasfemando de los falsos dioses. La quinta es el fin de toda esta batalla tan prolija y tan reñida, con que pretendían los tiranos extinguir la religión y nombre de Cristo, para establecer su idolatría. Y no sólo no alcanzaron lo que pretendían, mas antes como si las

persecuciones dellos fueran favores nuestros, así su idolatría quedó al cabo destruída, y la religión de Cristo ensalzada y establecida. Pues estas cinco maravillas son una grande confirmación de nuestra fe, y materia de una grande admiración de la grandeza y omnipotencia de nuestro Señor, que por tan alta y nueva manera triunfó del príncipe deste mundo.

DÉCIMANONA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES SER TESTIFICADA Y APROBADA CON MILAGROS

CAPÍTULO XXIV

Otro mayor testimonio tiene la religión cristiana, que es el de los milagros. Para lo cual es de saber que así como Dios es sumamente perfecto, así lo son todas sus obras, porque la imperfección de la obra redundaría en injuria del artífice. Pues como él obligue á todos los hombres á tener fe (sin la cual es imposible salvarse) y para esto sea necesario creer cosas que sobrepujan la facultad de la razón, era justo que proveyese él de medios suficientes para que fuesen creídas. Pues éstos decimos que fueron los milagros, para que las obras que exceden el poder de naturaleza, hiciesen fe de las que exceden la facultad de la razón humana. Y éstos son, como decimos, los milagros, que solo Dios puede hacer: y cuando él los hace en testimonio de alguna verdad, la tal verdad es más cierta que lo que se ve con los ojos y toca con las manos. Los reyes tienen sus sellos reales, por los cuales son conocidas y obedescidas sus provisiones: mas el sello real de Dios, que es rey y señor de la naturaleza, son obras que sobrepujan la facultad de ella, cuales son los milagros, los cuales nadie puede hacer, sino él, ó por virtud dél.

Destos milagros se han hecho tantos en la religión cristiana, que sería más fácil contar las estrellas del cielo que ellos. Porque ningún sancto es canonizado en la Iglesia, que no sea con testimonio y averiguación de muchos milagros, de los cuales se hace diligentísima inquisición, por ser este negocio de grande importancia. De S. Vicente Ferrer (que parece haber sido el que después de los Apóstoles mayor fruto hizo en la Iglesia con su predicación) fueron probados y testificados ochocientos milagros

para su canonización, sin hacerse inquisición de los que hizo en las Españas, donde más tiempo predicó. Pues ¿quién será tan incrédulo, que crea ser todos estos milagros falsos, mayormente que uno solo que sea verdadero, basta para confirmación de la fe? De las reliquias del glorioso mártir S. Esteban cuenta S. Augustín muchos milagros, y dice que si se hubiesen de escribir todos los que en diversos lugares de Africa se hicieron, sería necesario escribir muchos libros.

Mas porque algunos son muy incrédulos de milagros, procuré yo escribir en nuestra Introducción del Símbolo tales milagros, que ningún hombre de razón los pudiese negar. Porque parte dellos son milagros que los mismos sanctos que los cuentan, vieron con sus ojos, y fueron testigos de vista. Y déstos unos escribe S. Augustín, otros S. Ambrosio, otros S. Hierónimo, y S. Gregorio papa, y S. Gregorio teólogo, y S. Crisóstomo, y S. Bernardo, y S. Juan Clímaco, y Teodoreto. Todos estos Padres tan señalados en sanctidad, en autoridad, en doctrina, cuentan especiales milagros á que ellos se hallaron presentes. Otros fueron muy notorios al mundo, como fué el eclipsi miraculoso que se vió en la muerte del Salvador, de que dan testimonio no sólo los Evangelistas (que no osaran escribir cosa que á no ser así, todo el mundo la contradijera, y los escarneciera) mas también lo escribieron autores gentiles. Mas no solamente se escuresció el sol, sino también la luna y todas las estrellas del cielo, que son innumerables, las cuales todas se vistieron de luto por la muerte de su Señor. Y que esto sea así, parece claro, porque escurecido el sol, que da luz á todas las lumbreras del cielo, necesariamente se habían de escurecer todas ellas. Y esto se confirma por testimonio del Evangelista, el cual dice que fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra dende la hora de sexta (cuando el Salvador fué crucificado) hasta la de nona, cuando expiró en la cruz.

También la venida del Espíritu Sancto el día de Pentecostés con tan gran sonido y en figura de lenguas de fuego, dando á los discípulos el don de hablar en todas ellas, tiene por testigos á hombres de todas las naciones y lenguas del mundo, que eran judíos religiosos y honradores de Dios, que de todas estas partes habían venido, y moraban en Hierusalem, y todos éstos quedaron atónitos y como fuera de sí oyendo hablar á los discípulos las maravillas de Dios en sus proprias lenguas. Esto escri-

be S. Lucas (1). Lo cual si así no pasara, tuviera este Evangelista contra sí todo este número de testigos, con lo cual totalmente desacreditaba y destruía toda su escriptura. Y confírmase esta verdad, porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres nacidos y criados en Galilea predicar el Evangelio en todas las naciones del mundo, como lo predicaron, siendo tantas las lenguas del mundo casi como los reinos y provincias dél?

Pues no fueron menos conocidos muchos de los milagros del Salvador, por ser tantos los testigos dellos, y estar vivos muchos de los que se hallaron presentes á ellos. Porque veinte años después de su gloriosa subida al cielo escribió S. Mateo en lengua hebrea su evangelio, donde refiere el milagro que el Salvador hizo dando de comer con cinco panes y dos peces á cinco mil hombres, allende las mujeres y de los muchachos, que no serían menos. También escribe otro semejante á éste, cuando el mismo Señor dió de comer á cuatro mil hombres con siete panes, de que sobraron siete espuertas de pedazos. También fué muy público el milagro del hijo de la viuda, que él resuscitó en presencia de mucha gente que acompañaba á la viuda, y de mucha también que venía con el Salvador. Y muy más público el de la hija del príncipe de la sinagoga, cuya fama corría por toda la tierra, como dice el Evangelista. El cual, si no dijera verdad, tuviera contra sí tantos testigos que en aquella edad serían vivos, pues los milagros eran tan recientes. Ni fué menos público el milagro de la resurrección de Lázaro, por el cual se le hizo aquel tan solenne recibimiento en la entrada de Hierusalem con los ramos.

§ I

Ni tienen menos verdad y autoridad los milagros que el Apóstol refiere en la carta escrita á los de Corinto y en otra á los de Tesalónica (2), donde trae por testigos de la verdad que predicaba, los milagros que entre ellos había obrado. Lo cual nunca el Apóstol dijera, si no fueran éstos muy notorios, porque á no ser así, los mismos á quien escribía, le desmentieran y tuvieran

(1) Act. 2. (2) II Cor. 12. II Thess. 2.

por engañador, pues los milagros que ellos nunca vieron, traía por testigos. A esto añado que quien tuviere juicio sano y leyere con atención solo el capítulo 11 de la segunda epístola que escribió á los de Corinto, y considerare la infinidad de trabajos que él allí refiere haber padecido, siendo tantas veces azotado, encarcelado, acusado, apedreado, junto con los caminos, naufragios, peligros en la mar, en la tierra y en los falsos hermanos, y notare con esto la hambre, la desnudez, la pobreza, las vigilias, trabajando para ganar de comer para sí y para sus compañeros, y con esto mirare la grandeza de sus revelaciones, y el ser arrebatado y llevado al paraíso, quien todo esto considerare, no querrá más milagro ni más confirmación de la fe, de lo contenido en solo este capítulo, demás de los milagros que él refiere haber hecho, en la misma Epístola, de que trae por testigos á los mismos de Corinto, como dijimos. Ni nadie será tan incrédulo, que piense haber fingido el Apóstol todo esto para confirmación de la la fe, pues él fué el mayor perseguidor y impugnador que ella tuvo.

Tampoco en nuestra edad faltan milagros muy notorios. Porque ¿quién no ha oído el milagro del Sancto Sacramento que está en los corporales de Daroca, y del que está en Fromesta en una patena, testificado por los que le han visto con sus ojos, y tenido la misma patena en sus manos, como se escribe en la Historia Pontifical? ¿Quién no ha oído el de la sangre de S. Jenaro, que está en Nápoles, la cual hierve cada vez que la ponen á vista de su cabeza? Y no es menos conoscido el milagro y la virtud que tienen los reyes de Francia en sanar los lamparones, tocándolos con las manos, pues ésta es obra que sobrepuja toda la facultad de naturaleza.

Y con todos los milagros susodichos podemos con mucha razón ayuntar el del Padre Brianto, del cual al fin del capítulo pasado hicimos mención. Pues él, estando preso, afirma con juramento que en medio de los más terribles tormentos ningún dolor ni pena sentía. Pues ¿qué más claro milagro, y más cierto, que el que afirma con juramento quien estaba para padescer martirio?

Ésta es una de las grandes excelencias y confirmaciones de nuestra fe, y así leemos en las sagradas historias, y fuera de ellas, de muchas personas que recibieron la fe por medio de los

milagros que vieron, como fué Naamán siro, cuando se vió súbitamente curado de su lepra, y Nicodemus en el Evangelio, y el Régulo con toda su familia, y muchos de los que se hallaron presentes á la resurrección de Lázaro. Mas porque en nuestra Introducción del Símbolo referimos muchos milagros no sólo de los tiempos pasados, sino algunos también de los presentes, parescióme responder aquí á la opinión de algunos que afirman haber sido necesarios los milagros solamente para fundar la fe, pero que después de ya fundada, no lo son. A esto se responde que aunque los milagros principalmente hayan servido para fundar la fe, mas otras causas hay, después della ya fundada, para que nuestro Señor muchas veces los haga. Porque primeramente los hace para honra de sus sanctos, para que así sean venerados, y tomados por abogados, y finalmente canonizados. Y así vemos la muchedumbre de milagros que nuestro Señor hizo para honra de dos grandes lumbreras de su Iglesia (que en el mismo tiempo florescieron) S. Francisco y Santo Domingo, y en los discípulos y sucesores déstos Sant Buenaventura, Sancto Antonio de Padua, Sant Bernardino, Sancta Clara, y otros muchos que sería largo de contar, y Sancto Tomás de Aquino, S. Pedro Mártir, Sant Antonino, Sancta Catalina de Sena, Sant Vicente Ferrer, y después de todos éstos (cuasi en nuestros días) fué canonizado S. Francisco de Paula. Otra causa de hacer nuestro Señor milagros es socorrer él á sus fieles siervos en algunas grandes tribulaciones y enfermedades muy prolijas, para las cuales ningún remedio humano se halla. Lo cual pertenesce á las entrañas de su misericordia y á la providencia paternal que él tiene de sus siervos. Y deste género de milagros referimos algunos muy auténticos en nuestra Introducción del Símbolo de la Fe. Otras veces se hacen para librar de peligro á los inocentes, como Sant Antonio de Padua, estando aún vivo, libró á su padre de un falso testimonio en causa criminal, que le habían levantado. Otras causas sin éstas hay de hacer milagros, las cuales hallará el cuidadoso lector leyendo los Diálogos de Sant Gregorio, donde cuenta muchos milagros de su tiempo hechos por otras causas, y á veces muy pequeñas, porque allí cuenta él de un sancto varón que rehizo una lámpara de vidrio que se había hecho pedazos, y en la vida de S. Antonino se escribe otro milagro semejante á éste. Porque hallando una moza llorando con grandísima desconsolación, por

habérsele quebrado un librillo de barro, movido de compasión, lo tornó á rehacer, como se escribe de Sant Benito en otra cosa semejante. Y sabemos que en tiempo de Sant Gregorio estaba más fundada y dilatada la fe que agora, pues aun entonces no había turcos ni moros. Esto baste para saber que hay otras muchas causas de hacerse milagros, aun después de ya fundada la fe.

VIGÉSIMA EXCELENCIA DE NUESTRA FE, QUE FUÉ LA CONVERSIÓN DEL MUNDO

CAPÍTULO XXV

A todos estos milagros susodichos añadiré el mayor de todos, que fué la conversión del mundo. Para cuyo entendimiento conviene ponderar todas las circunstancias desta obra, que son muchas y muy esenciales, y cada una de ellas bien considerada es por sí un gran milagro.

Y primeramente consideremos la doctrina que los Apóstoles (que fueron los ministros de esta obra) predicaron y persuadieron al mundo. Esto tratamos más por extenso en nuestra Introducción, y por eso lo resumiremos aquí en breve. Prosiguiendo pues lo dicho, estos nuevos predicadores proponían primeramente al entendimiento el misterio de la Sanctísima Trinidad, confesando que en él había tres personas distinctas, cada una de las cuales era verdadero Dios, y con todo eso no eran tres dioses, sino un solo Dios. Proponían que unas destas tres personas, que era el Hijo de Dios, se había hecho verdadero hombre, y sin dejar de ser lo que era, tomó lo que no era, y así fué Dios y hombre juntamente. Predicaban con grande instancia la resurrección de los cuerpos en fin del mundo, esto es, que un cuerpo comido de peces, ó aves, ó de otros hombres, y convertido en la substancia de ellos, había de resuscitar el mismo que fué, y no otro por él. Asimismo, que las cenizas de un cuerpo quemado y hecho polvo, y éste volado por los aires, se han de venir á juntar este día doquiera que estuvieren derramadas, y dellas se volverá á formar el mismo cuerpo que fué, sin que le falte un solo cabello. Predicaban otrosí que los dioses que todo el mundo y todos los reyes y emperadores en todas las edades y siglos pasados adoraron, no eran dioses, sino demonios engañadores y pervertidores del mundo. Y sobre todo esto predicaban que un hombre pobre, tenido comúnmente por hijo de un carpintero, y después crucificado entre ladrones, era verdadero Dios, criador de cielos y tierra, y que estando pades-

ciendo en la cruz, y muerto en el sepulcro, movía los cielos, y regía el curso del sol y de la luna y de las estrellas, y gobernaba toda esta grande máquina del mundo. Estas y otras cosas tales proponían al entendimiento, para que las creyese con tanta firmeza, que antes quisiesen padecer mil muertes, que negar un punto dellas, so pena de ser condenados á las penas del infierno para siempre.

II. Mas á la voluntad proponían otras cosas aún más arduas, que era apartar á los hombres, que estaban atollados hasta los ojos en todos los vicios y torpezas carnales, guardar castidad de cuerpo y de ánima, y predicaban una manera de vida, que toda ella era una cruz y mortificación de la carne y de todos sus apetitos, resistiendo á todas sus malas inclinaciones, haciéndolas servir y obedescer al espíritu, que es la más brava y más continua pelea de cuantas hay. Pues ¿qué cosa más desabrida para hombres carnales (que tenían por Dios su vientre, su carne, sus deleites, su honra y su dinero) que tal vida como ésta?

III. Mas agora veamos qué hombres eran los que tomaron á pechos esta empresa tan ardua. Esto es cosa aún de mayor admiración. Porque eran unos hombres pobres, rudos, sin letras, sin armas, sin elocuencia, sin nobleza, sin valía y sin algún poder humano. Tales eran los predicadores de cosas tan arduas y dificultosas.

IV. Mas veamos, ¿quiénes eran los que les resistían? Todos los reyes y príncipes de la tierra, y señaladamente todo el poder del imperio romano con todos sus emperadores, Nerones, Trajanos, Adrianos, Decios, Dioclecianos, Maximianos, Valerianos, Máximos, Maximinos, con otros tales, y con ellos todos los filósofos y oradores y hombres poderosos, así judíos como gentiles, como lo proclamó el profeta David, cuando dijo (1): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse en uno los reyes y los príncipes de la tierra, y pusiéronse en armas contra el Señor y contra su Cristo, diciendo: Rompamos estas prisiones y ataduras con que nos quieren prender, y sacudamos de nuestras cervices este nuevo yugo que nos quieren poner.

V. Mas ¿de qué manera y con qué fuerzas contradecían á esta doctrina estos príncipes de la tierra? Con todos los linajes de tor-

(1) Psalm. 2.

mentos que la crueldad de los demonios y de los hombres pudieron inventar, con cárceles, destierros, azotes, fuegos, parrillas para asar los cuerpos, calderas de pez y aceite hirviendo para cocerlos, peines y garfios de hierro para despedazarlos, dientes de fieras para comerlos, cruces y clavos para crucificarlos, y otros tormentos semejantes. Ésta era la guerra y la persecución que contra los profesores desta religión en todas las partes del mundo se levantó. Mas ni aun con esto se satisfacía la furia y rabia de los tiranos, porque después de despedazados los cuerpos de los fieles, los echaban á los perros y aves para que los comiesen. Las cárceles estaban llenas destos dichosos hombres, por las calles y por los campos corrían arroyos de la sangre de los que degollaban, á veces de ciento en ciento, y á veces de docientos en docientos, y á veces de muchos más.

§ I

VI. Pero veamos agora, ya que tales eran los tormentos, ¿cuál era la fortaleza y constancia de los atormentados? Esto es cosa de grande admiración. Porque viérades una infinidad de hombres y de mujeres, de viejos y de niños, y de todos los estados y condiciones de personas, que con una fe y constancia nunca vencida se ofrescieron á todas estas penas y tormentos, por no perder un punto de la fe y lealtad que debían á su Dios y Señor, y esto con ser la persecución tan general, que apenas se hallaría tierra que no fuese bañada con sangre de mártires, ni cárceles que no fuesen pobladas con las cadenas y prisiones de ellos, ni tribunales ante quien no fuesen presentados y acusados.

Y para que más se maraville, entre estos mártires veremos doncellas tiernas y delicadas competir con los hombres en la fortaleza del pelear, donde en cuerpos tan tiernos se hallaron corazones tan de hierro, que ni con fuego, ni con hierro (que todas las cosas doma) pudieron ser ablandados ni domados. Y para que aún más se maraville, verá niños de muy poca edad, aunque no niños en la virtud y fortaleza, padescer por la gloria de Cristo, y perdido el temor de la ferocidad de los tiranos, ofrecer alegremente sus cervices al cuchillo. Verá entre éstos á Pancracio, nobilísimo niño, criado muy religiosamente de sus padres, el

cual después de su fallescimiento gastaba toda su hacienda en remedio de pobres. Y por esto y por blasfemar de los dioses fué sentenciado á muerte, á la cual iba él como un cordero muy alegre, y puesto en el degolladero, signándose con la señal de la cruz, extendió la cerviz para recebir el golpe del espada y con ella juntamente la corona. Desta manera veremos otros muchos niños de poco mayor ó menor edad (como fueron Justo y Pastor hermanos) ofrecerse con ánimos varoniles á la muerte, porque nuestro Señor quería que todas las edades le glorificasen con su sangre, y diesen testimonio de la fe, porque cuanto la edad era más flaca, tanto más claro se veía que aquella fortaleza no era de edad tan tierna, sino de la gracia divina.

Pues ¿qué diré de algunas malas mujeres que después de convertidas á la fe, alcanzaron fortaleza y corona de mártires? ¿Qué diré de los soldados, que suele ser gente muy suelta, muchos de los cuales no fueron menos esforzados en sufrir tormentos, que en pelear con los enemigos, y éstos no en pequeño número, sino muy grande?

Pues díganme agora todos los entendimientos humanos, ¿cómo era posible que tantos hombres se moviesen á creer cosas al parecer tan increíbles, y abrazar vida tan contraria á los apetitos de la carne, viendo aparejada contra sí toda esta lluvia de tormentos, si no fueran atraídos y esforzados con milagros y con especialísimos favores de Dios? ¿No eran éstos hombres de carne y de sangre, tan sentibles como nosotros? ¿No es la muerte la postrera de las cosas terribles? ¿No vemos lo que hace un hombre sentenciado á muerte por escapar della, pues no hay costa, ni camino, ni trabajo, ni peligro á que no se ponga por librarse della? Pues ¿cómo tantos millares de hombres y de mujeres flacas se ofrecieran á tormentos más crueles que la misma muerte, por creer lo que unos rudos pescadores predicaban, si no fuera á poder de milagros y de favores de Dios? Y lo que más es, padescer con tal esfuerzo y alegría, que (como dice David) las heridas de sus llagas eran para ellos saetas de ballestillas de niños. ¿Quién pues no reconoce y adora aquí la grandeza del poder de Dios y de su gracia? ¿Cuándo la naturaleza humana pudo por sí sola llegar á tal fortaleza?

§ II

VII. Resta agora ver qué es lo que estos predicadores susodichos después de tantos torbellinos de persecuciones acabaron. ¡Oh admirable Dios en todas sus obras! ¿Qué lengua podrá explicar esto? Acabaron con los hombres que creyesen todas estas cosas que ellos predicaban, con tanta constancia, que millares de millares de hombres y mujeres, viejos y mozos, se ofreciesen á padescer todos estos tormentos nunca vistos, con incomparable esfuerzo y alegría, antes que negar un solo artículo de todos los susodichos. Acabaron que aquella soberbia Roma, domadora del mundo, junto con su emperador, inclinase su cuello al yugo del Crucificado, y le adorase como á verdadero Dios, y se dejase domar y gobernar por él y por sus vicarios y ministros. Acabaron que el conoscimiento del verdadero Dios, que estaba arrinconado en Judea, se extendiese por todas las naciones del mundo, porque en todas fué predicado y adorado. Finalmente acabaron que los mismos gentiles convertidos á la fe renegasen de los dioses que todo el mundo en todos los siglos pasados adoraba, y los pisasen y acoceasen como á estatuas de abominables demonios. Pues ¿cómo se podía acabar esto en el mundo sin favor del cielo?

Y para que se vea cuán grande maravilla haya sido ésta, tomaré licencia para declarar esto por un familiar ejemplo. Pregunto pues: ¿cuán dificultosa cosa sería acabar con los cristianos que tomasen el Sancto Sacramento del altar, ó la imagen del Crucifijo, y lo echasen en tierra, y lo pisasen y acoceasen, y en lugar dél pusiesen el zancarrón de Mahoma, y lo adorasen? ¿Quién sería poderoso para acabar esto, pues sólo pensarlo hace temblar las carnes? Por aquí pues se entenderá lo que estos pescadores acabaron con los hombres, conviene saber, que tomasen las estatuas de los dioses que adoraban como nosotros adoramos á Cristo, y las derribasen de sus altares, y las acoceasen y quemasen, y que en lugar de ellas pusiesen la cruz de Cristo, y la adorasen, siendo en aquel tiempo esta señal la más abominable cosa del mundo.

Supuesto agora lo que está dicho, pregunta S. Augustín: ¿Por que medio pudieron estos pescadores acabar cosas tan grandes,

si fué por virtud de milagros, ó sin ellos? Si por ellos, claro está que la fe es verdadera, pues Dios con milagros da testimonio della, el cual solo los puede hacer. Si decís que sin milagros, negando los milagros, habéis de confesar otro mayor milagro. Porque ¿qué mayor milagro que creer los hombres una cosa en que tantas dificultades había para ser creída sin milagros? Lo cual explicaremos agora con un ejemplo. Escríbese de aquel gran Taborlán (que venció al gran turco Bayaceto) que deseaba que en sus conquistas se ofresciese alguna fuerza que paresciese inexpugnable, para mostrar en el combate della la grandeza de su poder. Pues desta manera paresce que nuestro Señor quiso mostrar en esta obra de la conversión del mundo la omnipotencia de su gracia. Porque quiso que en ella entreviniesen tantas dificultades, que claramente se viese que solo su poder bastaba para acabarla.

Porque primeramente quiso que su unigénito Hijo tuviese por madre una mujer tan pobre, que estaba casada con un carpintero, que con sierra y azuela ganaba de comer para entrambos. Quiso también, ó permitió que su Hijo bendito fuese comúnmente tenido por hijo deste carpintero. Quiso que naciendo no tuviese otra casa que un establo, ni otra cama sino un pesebre. Quiso que en la vida fuese tan pobre, que se mantuviese de las limosnas que unas piadosas mujeres le daban. Quiso que la compañía de los discípulos que consigo traía, fuese de la más baja gente del mundo.

Pues ya las ignominias, los dolores, las injurias, escarnios y vituperios, las bofetadas, los pescozones, los azotes, la coronación de espinas, que entrevinieron en su pasión, ¿quién las explicará? Finalmente llegó á tal desestima de su persona, que fué tenido por peor que Barrabás, y más indigno de la vida, y en cabo de todo esto desnudándole de sus ropas, fuese en medio de dos ladrones crucificado.

Pues predicar á los hombres (que es á reyes, y emperadores, y filósofos, y todo el resto del mundo) que este tal hombre que así nació, vivió y murió, era verdadero Dios, señor y gobernador de todo lo criado, y que los que eran tenidos y venerados de todo el mundo por dioses, eran demonios que merecían ser pisados y acoceados, ¿qué cosa más dificultosa para persuadir á los hombres? Callo las otras dificultades que arriba tocamos, y por

las unas y por las otras se verá cómo nuestro Señor quiso mostrar la grandeza de su poder venciendo todas estas dificultades y acabando lo que pretendía. Por lo cual dice muy bien S. Augustín que los que niegan los milagros, han de confesar otro mayor milagro, que es acabarse esta obra llena de tantas dificultades sin milagros, que es cosa como imposible.

§ III

Mas para mayor explicación de lo dicho añadiré aquí una consideración, sacada del libro llamado Triunfo de la Cruz. La cual representa en breve todas las particularidades y maravillas que en esta conversión del mundo entrevinieron, para que claramente se entienda que sola la omnipotencia de Dios fué poderosa para acabar esta obra. Finjamos pues agora que estando el Salvador asentado sobre aquel brocal del pozo de la Samaritana, solo y muy pensativo, tratando consigo el negocio de nuestra redempción (que siempre traía ante los ojos) le preguntase alguno qué era lo que pensaba, y que él le quisiese dar cuenta de todo lo que intentaba hacer, y así le dijese: Yo, pobre y extranjero caminante, determino dar ley al mundo, y hacer que los hombres me adoren como á Dios verdadero, aun después que yo fuere abatidamente crucificado. Y quiero que la señal de la cruz, en que yo tengo de padescer, sea adorada con suma veneración, y que los clavos y la corona de espinas y todos los otros instrumentos de mi pasión sean adorados y con gran reverencia y devoción besados y tenidos por más preciosos que todos los tesoros del mundo. Y quiero que los hombres crean que un poco de pan y de vino se convierta en mi cuerpo y en mi sangre, y aquello adoren como Dios, y crean que el agua material del baptismo lava los pecados de las ánimas, y que mi madre sea tenida por virgen y reina del mundo, ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, y que ella sea honrada y venerada en todas las partes del mundo, y mis discípulos, aunque pobres, sean en tanta veneración tenidos, que los hombres reverencien con gran devoción los huesos y cenizas de sus cuerpos. Si un tal pobrecito contase estas cosas, ¿no juzgaría el que esto oyese, que fuese loco y digno de ser escarnecido? Pero si riéndose éste, él perseverase diciendo:

No sólo quiero que los hombres crean estas cosas, mas aún que por ellas muden sus vidas, y que por las promesas de las cosas invisibles, desprecien todas las visibles, y por mi amor padezcan pobreza, hambre, sed, trabajos, tormentos y muerte antes que negar un punto de mi doctrina. Y digo más, que yo quiero hacer todas estas cosas contra la voluntad de todo el mundo, y contra todos los reyes y príncipes, y contra todas las sectas de todos los dioses y hombres, y contra todos los poderes del infierno, y de todos triunfaré y alcanzaré victoria. Si él esto dijese, ¿no te confirmarías más en que el tal hombre estaba fuera de juicio? Pero si aun preguntado con qué armas acabaría todo esto, respondiese: No con otras que con las palabras de unos rudos pescadores. Y porque nadie pensase que quería aprovecharse de la elocuencia (la cual muchas veces persuade á los hombres lo que quiere) añadiese que de nada desto había de usar, sino de una habla simple y llana. Y si sobre todo esto él dijese: Yo sé que infinita muchedumbre de hombres por todo el mundo se convertirá á mí, y por mi amor sufrirán terribles tormentos y muertes, y cuantos más murieren de los míos, tanto más crecerán, porque la sangre de mis mártires será como simiente de que nazcan nuevos fieles, y será mi poder tan grande, que yo haré á Pedro pescador y á todos sus sucesores cabezas de aquella soberbia Roma. Y haré que los emperadores romanos se abajen con toda reverencia á besarles los pies. Oh, si tú oyeras en aquel tiempo á Cristo pobre contar todas estas grandezas, ¿no dijeras que estaba totalmente alienado quien tales cosas decía? Y si sobre todo lo dicho replicase: De mis alabanzas y de la excelencia de mi doctrina se escribirán infinitos libros en todas las lenguas por hombres doctísimos y excelentísimos, y mis sacerdotes con suma reverencia y solemne aparato, con cirios encendidos, pronunciarán en lugar alto y honrado mi doctrina al pueblo, el cual la oirá con grande reverencia, la cabeza descubierta, estando en pie, y así estarán y la oirán reyes y emperadores, diciendo él esto, ¿tú no creerías que éstos fuesen sueños y devaneos? Y si finalmente concluyese diciendo: En todo lo que yo pienso hacer, sin falta seré victorioso, y nadie prevalescerá contra mí, ni jamás destruirá mi religión, la cual durará eternalmente. Cierto, cuando tú considerases bien todas las cosas susodichas, juzgarías que ellas no sólo no fuesen posibles á un hombre pobre, pero ni aun á todos los hombres del

mundo, cuanto quiera que fuesen excelentes. Porque ¿qué príncipes, qué reyes, qué emperadores, qué filósofos, qué oradores habían de ser poderosos para acabar con los hombres que abrazasen una vida tan contraria á los apetitos de la carne, y creyesen cosas al parecer tan increíbles como las que al principio propusimos, y esto con tanta firmeza, que millares de cuentos de hombres y de mujeres se dejasen hacer mil pedazos, y padescer extraños tormentos, cargando unos sobre otros, antes que negar un solo punto de lo que creían? Pues ¿qué potencia criada podía haber en el mundo que acabase esto con los hombres, si no entreviniera aquí el brazo y poder de Dios? Porque pudieron los emperadores romanos por armas apoderarse violentamente de los cuerpos de los hombres, mas Cristo sin ellas alcanzó victoria de sus corazones. Pues como nosotros veamos todo esto cumplido, ¿quién podrá dudar que ésta sea obra del poder y brazo de Dios, y por consiguiente que la fe de Cristo sea verdadera y fundada por Dios, sino el que de todo hubiese perdido el seso?

Y aunque bastaba esta consideración para entera confirmación de nuestra fe, mas con esto se junta otra no menor, que es haber sido esta conversión del mundo con todas estas circunstancias susodichas profetizada, no por uno sino por muchos profetas, y no pocos años antes, sino muchos. Porque unos las denunciaron quinientos, otros mil, otros dos mil años antes que fuesen, para que por aquí se vea que no se hizo esto acaso, sino porque Dios así lo tenía determinado y denunciado por boca de tantos testigos. Con lo cual queda la fe y religión cristiana confirmada con estos dos tan sólidos fundamentos, para que ni todas las fuerzas del infierno ni todas las persecuciones del mundo sean bastantes para prevalescer contra ella.

DE LOS MILAGROS QUE SE COLIGEN DE LO QUE SE HA DICHO EN ESTE CAPÍTULO PASADO, QUE TRATA DE LA CONVERSIÓN DEL MUNDO

CAPÍTULO XXVI

Dije al principio del capítulo pasado que la conversión del mundo era el mayor de los milagros, por razón de concurrir en ella tales circunstancias, que cada una bien considerada era por sí un verdadero milagro y una grande maravilla. Pues esto me pareció agora declarar en este capítulo, mostrando cómo algunas de las cosas que aquí se hallan, no se pudieran acabar, si no entreviniera en ella el dedo y virtud de Dios.

Primera maravilla. Entre las cuales la primera es el destierro de la idolatría, extendida por todas las naciones del mundo, defendida por todos los príncipes y monarcas dél, y esto con la mayor furia y rabia y más crueles invenciones de tormentos que jamás se vieron. Pues ¿qué poder humano, qué rey y qué emperador fuera bastante para desarraigar de los corazones de los hombres un mal tan universal, tan antiguo, tan arraigado en el mundo y tan agradable á la carne (pues daba licencia para todos los vicios que andan en compañía de la idolatría) si no entreviniera aquí el dedo y la virtud de Dios?

Segunda maravilla. La segunda maravilla fué acabar con los hombres que creyesen lo que creyeron. Y dejado aparte el misterio de la Sanctísima Trinidad, del Sancto Sacramento, de la creación del mundo, y resurrección de los cuerpos, con todos los otros artículos de la fe, que sobrepujan la facultad de la razón humana, solamente propondré aquí el artículo de la encarnación y pasión del Salvador, y esto con las circunstancias que en él entrevinieron, para que se entienda la grandeza desta maravilla. Y esto fué hacer creer al mundo que un hombre tenido comúnmente por hijo de Josef, que era un carpintero, cuya madre era tan pobre, que lo parió en un establo, y lo acostó recién nascido

en un pesebre, por no tener otro más cómodo lugar. Y siendo ya de edad perfecta, y andando predicando por la tierra, era tan pobre, que se sustentaba con las limosnas que unas sanctas mujeres le daban. Y cuando se llegó el tiempo de su pasión, fué llevado preso, las manos atadas con cordeles, y con una soga á la garganta (lo cual nos representa el sacerdote con el manípulo del brazo, y con la estola que se pone al cuello) y llevándolo desta manera preso y maniatado por las calles públicas á casa de los pontífices, allí le dieron de bofetadas y pescozones, y le escupieron en la cara, y toda aquella noche los que le guardaban le estuvieron deshonrando y blasfemando, y á la mañana lo desnudaron, y rasgaron sus espaldas con cruelísimos azotes. Y tras desto se juntaron todos los soldados á hacer una farsa dél como de rey fingido, y así le pusieron en la cabeza corona de espinas, y le vistieron una ropa colorada, y le pusieron por cetro real una caña en la mano: y esto hecho, venían á él los soldados, y hincadas las rodillas le saludaban, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos, y dábanle bofetadas, y escupíanle en la cara, heríanle con la caña en la cabeza: y después desta farsa tan cruel fué por el juez sentenciado á muerte de cruz. Y poniéndole la cruz sobre sus hombros, fué con público pregón de engañador llevado fuera de la ciudad, donde en presencia de todo el mundo fué despojado de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, y así desnudo fué crucificado en medio de dos ladrones, y con este tormento acabó la vida, y fué sepultado en una sepultura que le dieron de limosna. Pues ¿qué mayor maravilla que confesando todas estas bajezas susodichas, los Apóstoles y Evangelistas persuadiesen al mundo que este hombre crucificado, que es como si agora dijésemos ahorcado, y aun mucho peor, y esto en compañía de otros ahorcados, y con todas estas bajezas susodichas era verdadero Dios, criador de cielos y tierra, y señor de todo lo criado, y que estando penando en la cruz, y sepultado y amortajado en el sepulcro, dende allí regía el curso del sol y de la luna y de las estrellas, y sostenía toda esta gran máquina del mundo? ¿Qué cosa al juicio humano más dificultosa de creer? Pues que esto viniese á creer el mundo, y no sólo la gente popular, sino también los sabios y filósofos, y finalmente reyes y emperadores, y aquella soberbia Roma, señora del mundo, ¿quién dudará no haber aquí entrevenido el dedo y virtud de Dios con evidentes milagros?

Tercera maravilla. Crece aún esta maravilla con otra no menor, que es haber acabado esto, no sabios, ni filósofos, ni oradores, ni hombres nobles y poderosos, sino unos pescadores tenidos por las heces y estropajos del mundo, sin elocuencia, sin nobleza y sin valía de la tierra. Pues ¿quién no verá por esta obra que no pudieran tales hombres acabar tan grande cosa sin virtud y brazo de Dios?

Cuarta maravilla. Crece aún esta maravilla con otra no menor, que es haber estos pescadores hecho creer cosas tan arduas y dificultosas con tanta constancia y fortaleza, que toda la majestad y autoridad de los emperadores, y todas las crueldades y tormentos que los hombres y los demonios infernales por medio dellos pudieron inventar, no bastasen para desquiciar los hombres desta fe, y esto no á pocos, sino á innumerables hombres y mujeres y doncellas delicadas. Los cuales todos alegre y esforzadamente pusieron la vida por no perder un punto de lo que habían creído. Pues ¿quién no verá que ésta tan grande fortaleza no era de la tierra sino del cielo, ni de la virtud humana sino de la gracia divina?

Quinta maravilla. A estas cuatro maravillas se acrescienta otra no menos admirable, y ésta es que estos mismos pescadores, demás de haber fundado esta fe susodicha, de tal manera reformaron las costumbres de los hombres, que de aquella masa de la gentilidad, corrompida con todos los vicios y carnalidades y abominaciones (que andan en compañía de la idolatría) sacasen hombres sanctísimos y vírgines purísimas, de tal manera que de hombres semejantes en la vida á los demonios, se hiciesen semejantes á los ángeles, como en el capítulo 16 desta parte, que trata de la reformación del mundo, se declaró. Pues ¿cómo pudiera hacer gente tan desvalida una cosa tan admirable (y que el mismo Dios tantas veces promete y encarece por el profeta Esaías) si no entreviniera aquí el dedo y la virtud del mismo Dios que esto prometió?

Pues estas cinco maravillas (que son certísimos milagros) entrevinieron en la conversión del mundo. Por lo cual dijimos ser éste el mayor de los milagros, por razón de las cosas maravillosas que en él entrevinieron. Porque los otros milagros comunes sirven á la salud del cuerpo, que con la vida se acaba, mas éstos á la salud del ánima y mudanza de corazones, y aquéllos tocan

á personas particulares, mas éstos sirven á la salud universal del mundo, y el bien cuanto es más universal, es más divino.

§ I

Vista esta tan grande maravilla de la conversión del mundo, querrá el prudente lector saber de qué manera encaminó este negocio la sabiduría de Dios. Porque (como dicen los filósofos) del maravillarse los hombres vinieron á filosofar, que es inquirir las causas de las cosas de que se maravillan. Es pues agora de saber que de la divina Sabiduría está escripto que dispone y ordena todas las cosas suavemente, procediendo por medios convenientes y proporcionados á los fines que pretende, como lo veremos en esta obra.

Porque primeramente para abrir camino á los predicadores del Evangelio, ordenó que todo el mundo estuviese en la mayor paz que nunca estuvo, debajo de una cabeza, que era el Emperador romano, de modo que de todo el mundo se hiciese un pueblo, para que sin impedimento alguno pudiese correr á todas partes la predicación del Evangelio. Lo cual no pudiera ser si estuviera de la manera que agora está dividido en diversos reinos y con ánimos divididos y enemistados. Esta paz y señorío universal declara la descripción del mundo que se hizo en tiempo de César Augusto, en cuyo tiempo el Salvador nació.

Lo segundo proveyó que los predicadores del Evangelio supiesen todas las lenguas. Porque de otra manera, siendo todos naturales de Galilea, ¿cómo pudieran predicar en todas las naciones del mundo, si no supieran todas las lenguas dél, mayormente siendo necesario tanto tiempo para saber una sola lengua bien sabida?

Lo tercero y más principal infundió el Espíritu Sancto en sus ánimas todos los tesoros y riquezas de sus virtudes y gracias, y señaladamente una fe inexpugnable, y una caridad incomparable, y un ardentísimo celo y deseo de la gloria de Dios y de la salvación de las ánimas. Y sobre todo esto armólos con una tan grande fortaleza, que ni trabajos, ni peligros, ni cárceles, ni cansancios, ni caminos, ni tormentos, ni amenazas de tiranos bastasen para hacerles aflojar ó desmayar en esta empresa. En

los peligros de estas batallas humanas la gente noble quiere antes morir que torpemente huir: mas el que no lo es, cuando ve el pleito mal parado, fácilmente vuelve las espaldas, como lo hicieron los Apóstoles antes de la venida del Espíritu Sancto en la prisión del Salvador, dejándolo solo en poder de sus enemigos. Y el que presumía de más fiel y más valiente, tres veces le negó, pudiendo tener esfuerzo acordándose que era siervo de un Señor que él por revelación del Padre conocía ser verdadero Hijo de Dios, y que como tal pocos días antes había resuscitado á Lázaro de cuatro días muerto. Pero con todo esto negó y desmayó. Mas después de la venida del Espíritu Sancto, así éste como todos sus compañeros (con ser gente de tan baja ralea, según la carne) fueron tan esforzados y tan constantes, que todos ellos murieron en la demanda, unos degollados, otros crucificados, otros despeñados, ótros alanceados, otros desollados, otros apedreados, otros abrasados con planchas de hierro encendidas. De modo que todos con admirable y divina constancia batallaron contra toda la potencia del mundo, y siendo ellos vencidos, lo vencieron y subjectaron á Cristo los que antes de la venida del Espíritu Sancto con muy liviana ocasión lo negaron y desampararon. A solo S. Juan faltó la pasión, mas no faltó el mismo corazón, pues fué echado en la tina de aceite herviendo, aunque della fué miraculosamente librado.

Lo cuarto, dióles el Espíritu Sancto señorío sobre todas las leyes de naturaleza y sobre todos los demonios, y poder de hacer milagros, sanando súbitamente los enfermos, resuscitando los muertos, y lanzando los demonios. Y éste fué el principal instrumento por donde se fundó la fe, proveyendo la divina Sabiduría que los hombres creyesen las cosas que estaban encumbradas sobre la facultad de la razón, viendo otras que estaban sobre la facultad de la naturaleza y que solo Dios puede hacer, con las cuales daba testimonio de la doctrina que los Apóstoles predicaban.

Y no sólo por los milagros que los Apóstoles hacían, sino también por muchos que Dios en favor de los sanctos mártires hacía, cuando padecían, con que se convertían muchos de los que presentes estaban. Porque ¿cuántas personas se convirtieron en el martirio de Santa Catalina y de Santa Margarita, y de otras muchas sanctas y sanctos que á cada paso se leen en los

Martirologios? Y aun algunas veces acaescía convertirse á la fe los mismos jueces y verdugos, como se ve en el martirio del sancto Mena, al cual envió Diocleciano á la ciudad de Alejandría á sosegar un alboroto que allí se había levantado, y acabado este negocio, animaba á los cristianos á la confesión de la fe. Indignado desto el emperador, envió un juez muy riguroso contra él. El cual fué tan cuidadoso en cumplir lo que su amo le mandaba, que en llegando á Alejandría, cortó al sancto la lengua y le sacó los ojos. Mas el Señor, que tanto se precia de hacer maravillas, de ahí á poco le volvió los ojos y la lengua. Y espantado el juez deste tan grande milagro, tocado de Dios, creyó en Cristo con tanta firmeza, que fué juntamente con el sancto Mena martirizado.

Pero sobre esta maravilla aún se cuenta otra mayor, que acaesció en el martirio de Sancta Faustina, virgen sanctísima, la cual muertos sus padres, quedando muy rica y en la flor de su edad, menospreciados los regalos y riquezas y grandes casamientos que le ofrescían, abrazó la vida virginal, ocupándose siempre en ayunos, y vigilias, y oraciones, y limosnas, y lición de libros sagrados. Oyendo esto el emperador Maximiano, envió un juez, por nombre Eulasio, para persuadir á la virgen el culto de los ídolos. Mas como él no pudiese acabar esto con ella, y viese por otra parte los milagros que la virgen hacía, tocado también de Dios, vino á abrazar la fe de Cristo. De lo cual indignado el emperador, envió otro juez por nombre Máximo, para que martirizase así la virgen como el juez que él había enviado. Ejecutando este juez diligentemente la voluntad del emperador, mandó que entrambos fuesen echados en una grande caldera de agua hirviendo. Mas como los mártires ningún dolor ni perjuicio recibiesen deste tormento, movido el juez con esta maravilla, de tal manera abrazó la fe, que se arrojó en la misma caldera. De modo que ambos los jueces con la sancta virgen después padescieron martirio.

Y no menos se convertían por esta misma ocasión los verdugos que los jueces. Porque en el martirio de Santa Martina virgen se convertieron ocho verdugos que la atormentaban, viendo que las penas que ellos ejecutaban en la virgen, ejecutaban los ángeles en ellos, y convencidos con este milagro, renegaron luego de los dioses, y confesaron la fe de Cristo, por la

cual fueron luego martirizados, como se refiere en la Kalenda, 1.° día de Enero.

Pues por lo dicho entenderá el cristiano lector lo que al principio propusimos, que es, por cuán convenientes y gloriosos medios la divina Sabiduría guió este negocio de la conversión del mundo, sin los cuales por ninguna vía se pudiera convertir, y con ellos en muy breve espacio infinitas gentes se convirtieron, y se predicó el Evangelio en todas las naciones más políticas y conocidas del mundo.

VIGÉSIMAPRIMA EXCELENCIA DE LA FE Y RELIGIÓN CRISTIANA, QUE SON LAS PROFECÍAS QUE HAY EN ELLA

CAPÍTULO XXVII

Otra mayor excelencia aún que las pasadas tiene la fe y religión cristiana, que es el testimonio de los profetas. Y aunque el de los milagros sea grande, pero cuanto á nosotros es mayor el de las profecías, porque los milagros ya pasaron, y creémoslos, mas el cumplimiento de muchas de las profecías vémoslo de presente, como luego se declarará, y así dellas podemos decir que son milagros perpetuos que siempre se ven. Mas porque hay dos maneras de profecías, unas del Testamento Viejo, y otras del Nuevo, las del Viejo pondremos al fin desta escritura, y algunas del Nuevo en ésta.

Entre las cuales es admirable la que el Salvador poco antes de su sagrada pasión pronunció por estas palabras (1): Llegada es ya la hora del juicio del mundo, agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél, y si yo fuere levantado en alto y puesto en una cruz, todas las cosas traeré á mí. En estas palabras profetiza el Salvador dos cosas, las mayores que jamás en el mundo se vieron. La una es que él había de desterrar del mundo la idolatría, que en todo él reinaba tantos mil años había, por la cual el príncipe deste mundo, que es el demonio, era en él adorado. Profetiza pues aquí el Salvador que él le había de quitar este principado que tenía tiranizado, y derribar sus templos y altares y sacrificios, como lo vemos el día de hoy cumplido. Cuán grande, cuán dificultosa y cuán provechosa obra haya sido ésta para el mundo, no hay palabras que basten para lo declarar, aunque en parte se podrá entender algo por lo que desta materia arriba se trató. Porque todo lo que está dicho en el capítulo 25 de la conversión del mundo, y en el capítulo 15 del destierro de la idolatría, y en el capítulo 19 de las batallas de los mártires, sirve para entender la dificultad y grandeza desta

(1) Joan. 12.

hazaña, y especialmente por la infinidad de mártires que murieron sobre esta demanda, pues todo el poder del mundo y del infierno se puso en armas contra ella, mas al cabo Cristo salió vencedor, y él es el que desterró esta tan antigua y tan universal pestilencia del mundo. Y ésta fué una de las causas de su venida. Porque ninguna potencia criada y ninguno de los monarcas del mundo fuera poderoso para desarraigar del mundo un error tan antiguo y tan universal, y tan confirmado con la posesión inmemorial de tantos años. Lo cual declaró S. Juan por estas palabras (1): Para esto aparesció el Hijo de Dios en el mundo, para deshacer las obras del diablo. Ésta fué la primera grandeza que el Salvador profetizó, la cual vemos perfectamente cumplida.

La otra fué, que desterrados los falsos dioses, el Crucificado sería por verdadero Dios adorado. Esta profecía del Salvador es tan grande testimonio y confirmación de nuestra fe, que todas cuantas cosas están hasta agora dichas en este libro, y cuantas quedan por decir, no hacen mayor argumento de la verdad de nuestra fe, que sola ésta. Porque ¿quién no queda atónito viendo en qué han parado los dioses de Italia, y de Roma, y de Grecia, y de Babilonia, y de todas las naciones del mundo, y las estatuas dellos, y los templos magnificentísimos que les habían consagrado? A los cuales iban luego los emperadores romanos que venían triunfando con tanta pompa, á adorar y dar gracias á sus ídolos por las victorias habidas. ¿Qué es de aquel magnífico templo de Roma, llamado Panteón, porque estaba dedicado á honra de todos los dioses? ¿Qué es del templo de la diosa Diana de Éfeso, que se cuenta entre las siete maravillas del mundo? ¿Que es del templo de Serapis, que era el gran dios de Alejandría, con su estatua de extraño artificio y grandeza? ¿No vino á ser hecho rajas y echado en el fuego? ¿Qué se hicieron todos aquellos dioses, Júpiter, Juno, Neptuno, Minerva, Palas, Lucina, Berecintia, Venus, y Vulcano su marido, y Marte su adúltero, y Antinoo, y la diosa Flora, que acabó en oficio de mujer pública, y el dios Príapo, en cuyos sacrificios presidía la honrada viuda, madre del santo rey Asá, de que hace mención la sancta Escriptura? ¿Qué se hicieron los ídolos de las otras naciones, Bel, Baal, Baalín, Astarot, Moloc, Dagón, Melcón, con otros innumerables mons-

(1) Joan. 3.

truos que eran adorados en el mundo, y defendidos con extraños tormentos por todos los reyes y monarcas dél? Y con todo esto fué poderoso el Crucificado para desterrar de tal manera el culto y veneración dellos, que ni sus nombres supiéramos agora, si no fuera por los libros de los gentiles de aquel tiempo, que dellos hacen mención.

Pues juntar con esta maravilla la que se sigue, que es, pisados los falsos dioses, adorar por verdadero Dios un hombre crucificado entre dos ladrones (que es como si agora dijésemos ahorcado) vea el hombre de cuál destas dos cosas se deba más de maravillar, ó de haber desterrado este Señor la idolatría de la principal parte del mundo, ó de haber acabado con los hombres que adorasen por verdadero Dios un hombre crucificado.

Dónde es mucho de notar que en esta palabra que el Salvador dice, si fuere levantado en una cruz, todas las cosas traeré á mí, está encerrado un grande misterio. Porque si dijera: Cuando resuscitare, ó subiere al cielo, ó enviare al Espíritu Sancto, todas las cosas traeré á mí, no nos maravilláramos tanto. Mas poner por causa desta tan grande mudanza del mundo la cosa que los hombres más extrañaban para recebir la fe de Cristo, que es la muerte de cruz, esto es lo que más espanta. El misterio que aquí está encerrado (que verdaderamente es admirable) está declarado en la cuarta parte de nuestra Introducción del Símbolo, en la cuarta parte, folio 148 *(página 258 de esta edición)*. La suma dél pondremos aquí en breve. Para cuya inteligencia traiga el hombre á la memoria todas las maravillas que hizo Dios en Egipto para sacar á su pueblo dél, y las que hizo andando cuarenta años con ellos por el desierto, y las que hizo en la conquista de la tierra de promisión, deteniendo las corrientes del río Jordán, peleando por ellos contra sus enemigos, derribando por tierra los muros de Hiericó, haciendo parar el sol en medio del cielo, y otras cosas tales. Y sobre todo esto considere el aparato y majestad con que bajó al monte Sinaí á darles la ley, que puso en tan gran temor y espanto á los hijos de Israel, que dijeron á Moisén: Háblanos tú, y oirte hemos, no nos hable el Señor, por que no muramos. A los cuales respondió él diciendo que por eso había venido el Señor con tan grande espanto y terror, para que este terror estuviese impreso en sus corazones, y los apartase de pecar. Todo este espanto y todas estas grandezas y maravillas ordenó Dios para que

este pueblo lo temiese, conociese y sirviese á solo él, y no adorase dioses ajenos. Y no contento con esto, quiso poner un muro de división entre él y los gentiles, diferenciándolo dellos casi en todas las cosas, esto es, en las diferencias de los manjares, y del labrar los campos, y de coger los frutos dellos, y en el vestido, y en la guarda del sábado, y sobre todo en la circuncisión, para que tuviesen por abominables los hombres que no guardaban estas cosas, mayormente á los no circuncidados: por dónde el rey Saúl pidió á uno de sus soldados en la batalla que lo acabase de matar, por no morir á manos de los no circuncidados: por tan abominables eran tenidos. Y todo esto ordenó así la divina Sabiduría para que este aborrecimiento que tenían á los que no guardaban sus ceremonias, tuviesen también á la superstición y idolatría de los tales.

Mas con todas estas providencias tan admirables acabó tan poco el dador de la ley con ellos, que muertos aquellos viejos que habían visto las maravillas susodichas de Dios, luego se entregaron al culto de los ídolos y de los vicios que andan en compañía dellos.

Pues viendo el Hijo de Dios que cosas tan grandes no habían convencido aquellos hombres, determinó él venir del cielo á la tierra para remedio deste tan grande mal. Mas ¿de qué manera vino? No con aquel antiguo aparato y majestad, sino con la más extremada humildad que jamás se vió. Nace en un establo, tiene por cama un pesebre, y conforme á este principio fué todo el proceso de su vida, y muy más humilde y abatida su muerte, como poco antes lo representamos en el capítulo 25. Porque como allí se dice, fué preso, maniatado, escupido, abofeteado, azotado, coronado de espinas, escarnecido, y vestido ya de blanco, como loco, ya de colorado, como rey fingido, y en cabo tenido en menos que Barrabás, y sentenciado á muerte de cruz con público pregón de malhechor, y finalmente en ella crucificado desnudo entre dos ladrones. Pues con esta figura y aparato de tanta bajeza dice él que traería todas las cosas á sí, y sería adorado por verdadero Dios. ¿Quién oyera esto antes que se hiciera, que no dijera, ése aparato y manera de vida más es para hacer huir á los hombres de ese señor, que traerlos á sí para ser dellos adorado? Pues con todo esto, á pesar de toda la prudencia y potencia humana, ello se cumplió así, y el Crucificado fué en todas las naciones del

mundo predicado, y adorado, y glorificado con la sangre de los mártires que por la gloria y confesión de su nombre en todas las partes del mundo padecieron. Y (como ya dijimos) esto acabó él por el ministerio de unos hombres tan bajos é ignorantes, que algunos dellos por ventura ni leer sabían. Y los que en él creyeron, estuvieron tan lejos de adorar los ídolos, que se dejaban asar y padecer mil tormentos por no adorarlos: y finalmente tanto pudieron, que desterraron la idolatría de la principal parte del mundo. Pues ¿quién no reconosce aquí la virtud y omnipotencia del brazo de Dios? ¿Qué mayor maravilla que una tan grande humildad y bajeza pudiese hacer lo que tan grandes maravillas y hazañas de Dios, como fueron las antiguas, no hicieron? Pues ¿quién pudiera acabar estas dos tan grandes hazañas sino Dios?

§ I

Tenemos también otra profecía muchas veces repetida de la destruición de Hierusalem. Porque yendo el Salvador á ofrecerse por nosotros en sacrificio al Padre eterno en esta ciudad, y poniendo sus piadosos ojos en ella, y representándosele la extrema calamidad y destruición que le estaba guardada por el pecado que habían de cometer en su muerte) de tal manera se compadesció, que derramando muchas lágrimas, comenzó á decir (1): ¡Oh si conocieses agora tú, mayormente en este día que vino para tu paz y remedio, el cual está agora escondido de tus ojos! Porque vendrán días sobre ti, y cercarte han tus enemigos con un vallado, y pondrán cerco sobre ti, y angustiarte han por todas partes, y derribarte han en tierra, y á los hijos y moradores que estuvieren en ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no quisiste conoscer el tiempo de tu visitación. En las cuales palabras el Salvador cuarenta y dos años antes profetizó no sólo en general, sino también en particular, la destruición de Hierusalem. Porque profetizó aquí todo lo que después hallamos escripto en la historia de Josefo. El cual dice que de tal manera fué asolada la ciudad, que quien por allí pasara, juzgara que nunca allí hubo habitación de hombres: y el mismo hace mención de

(1) Luc. 19.

un gran vallado que se hizo en tres días, para que nadie pudiese salir ni entrar en la ciudad. Y aquí también hace mención el Salvador de la matanza de los moradores de la ciudad, la cual fué tan grande, que después del diluvio acá no se halla en cerco ni en batalla muerte de hombres que llegase á la mitad de los que en ésta murieron. Porque justo era que pecado tan extraordinario (como fué la muerte del Hijo de Dios) fuese castigado con pena tan extraordinaria cual nunca se vió. Este mismo castigo profetizó el Salvador en muchos otros lugares del Evangelio. Porque por S. Lucas dice así (1): Cuando viéredes cercada á Hierusalem de un ejército, sabed que es llegada la hora en que ha de ser asolada. Porque éste es el tiempo en que Dios ha de tomar venganza della, para que se cumplan las escripturas de los profetas. Mas ¡ay de las mujeres preñadas, y de las que crían en estos días, porque será grande la tribulación en que este pueblo se verá, y morirán los hombres á hierro, y será grande la ira divina contra ellos, y serán llevados captivos á todas las naciones! Todas estas son palabras del Salvador, donde refiere la misma profecía de la destruición y matanza de Hierusalem. Y aquí hace mención de los captivos, que según Josefo cuenta, fueron noventa y seis mil. Mas los muertos á hierro y por hambre fueron un cuento y cien mil, como el mismo historiador refiere.

Profetizó también que él edificaría en el mundo su Iglesia, y que S. Pedro sería el sumo pontífice y pastor della, y que las puertas del infierno (que son todos los poderes infernales) no prevalescerían contra ella. Pues ¿quién no ve agora el cumplimiento desta profecía? ¿Quién no sabe las tempestades que todos los reyes de la tierra levantaron contra la Iglesia? Y ella pobre, y humilde, y perseguida, padesciendo cada día millares de muertes, no sólo no fué vencida, mas ella salió con la palma de la victoria, de tal manera que de los mismos perseguidores hizo predicadores, y que los que antes perseguían á los cristianos por amor de sus ídolos, viniesen á perseguir los ídolos por amor de los cristianos.

En otra parte profetiza que será quitado á este pueblo el reino de Dios, y será dado á otra gente que haga fruto con él. Lo uno y lo otro vemos también cumplido, pues á los gentiles se dió

---

(1) Luc. 21.

este reino, el cual se quitó á los judíos, digo á los que permanecen en su incredulidad, los cuales ni tienen templo, ni altar, ni sacerdote, ni sacrificio, ni tabernáculo, ni propiciatorio, ni la mesa de los panes, ni el candelero de oro, ni el velo del *Sancta Sanctorum*, ni los vasos sagrados, ni las vestiduras sacerdotales, las cuales cosas estaban anejas al culto y reino espiritual de Dios. En lo cual se ve manifiestamente la verdad desta profecía del Salvador. Mas ¿qué maravilla es carecer del reino espiritual, pues también carece de la república y reino temporal? Lo cual todo por admirable juicio de Dios se entregó al pueblo de los gentiles. Porque á ellos se dió la lumbre de la fe (que es el conoscimiento del verdadero Dios) de que carecían. A ellos se dieron las sanctas Escripturas del Viejo y Nuevo Testamento, y la asistencia del Espíritu Sancto, que rige y regirá la Iglesia hasta el fin del mundo. Á ellos se dieron los méritos y sangre de Cristo, y la virtud y gracia de los sacramentos, y con ellos las llaves del reino de los cielos, y entre ellos el Sanctísimo Sacramento del altar, que es la gloria, la medicina, el pasto, el esfuerzo, el consuelo, el refrigerio, y el tesoro de la religión cristiana, y la prenda de la vida eterna. Pues con esta fe y con estos beneficios y sacramentos fructificó de tal manera la gentilidad, que la que estaba sumida en el profundo cieno de los vicios, ni daba otro fruto sino de pecados (que es manjar de los puercos infernales) comenzó á dar frutos de vida eterna, que fueron innumerables mártires, confesores, doctores y pontífices sanctísimos, y compañías de monjes religiosísimos, y coros de vírgines más puras que las estrellas del cielo.

Éstos pues son los frutos que dió la gentilidad por virtud deste reino de los cielos, que le fué entregado. Esto ¿quién lo podrá negar? Pues el que estas cosas tan grandes y tan dificultosas pudo acabar en el mundo, y profetizarlas tantos años antes que fuesen (que es proprio del solo Dios) ése es el autor y fundador de nuestra fe, la cual es tan firme y verdadera, cuanto es el que la fundó, que es la misma verdad.

Esta profecía del Salvador concluye tan claramente ser él el verdadero Mesías, que sola ella, aunque otra no hubiera, bastaba para testimonio desta verdad. Porque en el tiempo dél estaba profetizado que se había de hacer esta mudanza. Lo cual evidentísimamente profetizó Dios en Malaquías por estas pala-

bras(1): Ya no tengo mi voluntad con vosotros, ni recibiré ofrendas de vuestras manos, porque de donde el sol sale hasta donde se pone, es grande mi nombre entre los gentiles, y en todo lugar se ofrece á mi nombre ofrenda limpia. Pues ¿con qué palabras más claras se pudiera profetizar lo que el Salvador aquí profetizó, que con las de este profeta? Y pues esto vemos cumplido en la venida del Salvador, síguese que él es el verdadero Mesías, en cuyo tiempo esto se había de ejecutar, y en cuya venida las gentes habían de ser traídas al conoscimiento del verdadero Dios, como el profeta Esaías en tantos lugares de su profecía lo canta, engrandece y profetiza.

(1) Malach. 1.

VIGÉSIMASECUNDA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, QUE ES LA MUCHEDUMBRE INNUMERABLE DE SANCTOS QUE HA HABIDO EN ELLA

CAPÍTULO XXVIII

La postrera excelencia de la religión cristiana, que se sigue de las pasadas, y á la cual todas ellas se ordenan, es la muchedumbre innumerable de sanctos que ha habido en ella. Los cuales agora acabamos de referir, y desta materia dijimos algo en el capítulo catorce desta segunda parte, donde se trató de la reformación del mundo que se siguió después de la venida y pasión del Salvador, y de las virtudes heroicas que en aquella dichosa edad florescieron, cuando estaba reciente la sangre de Cristo y la doctrina y milagros de los Apóstoles, los cuales con poner las manos sobre la cabeza de los fieles, daban el Espíritu Sancto con sus dones. Y todo esto en aquel tiempo era necesario para fundar la Iglesia en medio de la gentilidad, la cual Iglesia era entonces combatida por todos los príncipes del mundo.

Declárase también algo desto en el capítulo 19 desta misma parte, que trata de la virtud y constancia de los mártires, y de la muchedumbre innumerable dellos. Los cuales no sólo con el resplandor de su sanctidad, sino mucho más con su sangre y con la grandeza de sus tormentos testifican y adornan la religión cristiana. Mas todo lo dicho en estos dos capítulos es cuasi nada en comparación de lo que en otros libros sobre esta materia está escripto. De lo cual dan testimonio siete grandes cuerpos de libros que recopiló agora el Padre Surio Cartusiano, donde se escriben innumerables vidas de sanctos y de sanctas que en diversos tiempos y lugares florecieron. Asimismo dan desto testimonio todas las historias eclesiásticas, y las vidas de los sanctos Padres, y las corónicas de las órdenes, y los Martirologios que desta materia están escritos, mayormente los que agora han salido á luz en nuestra edad, para que la caridad y la fe que en estos

tristes tiempos está tan amortiguada, con tales ejemplos se avive y encienda. Porque en estos Martirologios hallará el siervo de Dios en una breve lectura tan grandes tesoros de gracias y de virtudes y tan grande variedad y muchedumbre de sanctos y sanctas en todo género de estados, altos y bajos, en todo género de personas, de sacerdotes, de diáconos, de religiosos, de abades de monasterios, que no digo yo leyendo todo el libro, mas seis ó siete capítulos que lea (si algún juicio y sentido de Dios tiene) no podrá dejar de quedar espantado de ver tanta riqueza de virtudes, tanta abundancia de gracias, tantas flores de suavísimo olor de sanctidad, qne le causen esta admiración. Y con la vista destas cosas será su ánima grandemente consolada y edificada, y por ellas verá cuánto fué lo que obró en el mundo la sangre de Cristo, de la cual tan grandes riquezas y tesoros procedieron.

§ I

Propuesta pues agora la verdad desta doctrina, colegimos de aquí que la religión y ley de los cristianos es la más excelente de cuantas se han visto en el mundo, por haber en ella este tan grande número de sanctos. Porque (poniendo ejemplo en las cosas que cada día experimentamos) aquél decimos que es mejor maestro, de cuya escuela salen más y mejores discipulos, y más bien enseñados, y aquél decimos ser mejor médico, que mejor cura y más enfermos sana. Pues estos dos oficios convienen á la buena ley, porque ella es maestra de nuestra vida y la que nos aparta de los vicios y encamina á las virtudes. Pues según esto, aquélla será más perfecta ley, de cuya escuela ha salido mayor número de discípulos virtuosos y sanctos. Es también la ley medicina de de las ánimas enfermas. Porque como el oficio de la medicina es curar las enfermedades de los cuerpos, así el de la buena ley (cual es la ley de gracia, de que hablamos) es curar las enfermedades espirituales de las ánimas, que son los apetitos desordenados y los vicios: y como el fin de la medicina es hacer de los enfermos sanos, así el de la buena ley es hacer de los pecadores justos.

De aquí pues concluímos que siendo tan grande la semejanza que hay entre la medicina y la buena ley, como juzgamos ser

aquélla mejor medicina que más enfermos sana, así decimos ser aquélla la más excelente ley y religión, que mayor número de pecadores ha hecho justos y sanctos. Y no hago aquí diferencia entre ley y religión, porque á la religión pertenece propriamente honrar á Dios, al cual honramos con sentir altamente de sus grandezas y perfecciones y con vivir conforme á la ley que él imprimió en nuestros corazones, cuando nos crió, que no es otra que la que él en tablas de piedra con su dedo escribió.

Pues que esta sanctísima ley y religión haya producido mayor número de varones sanctísimos que todas cuantas se han visto en el mundo, nadie lo podrá negar. Y no hago aquí comparación con las supersticiones de los gentiles, porque todas las que ellos llamaban religiones, no lo eran, sino sectas de perdición, ni con las doctrinas de los filósofos, los cuales como el Apóstol dice (1), habiendo conocido á Dios por las maravillas que en este mundo veían, no le glorificaron como á Dios, sino desvaneciéronse en sus pensamientos, y por esto fueron por justo juicio de Dios escurecidos sus corazones, porque diciendo de sí que eran sabios, quedaron por locos. Ni tampoco hacemos comparación de la ley de los moros, la cual vemos ser toda carnal, pues tan sucio paraíso promete en la otra vida, y tantas mujeres consiente en ésta, demás de que no pone la fornicación simple por pecado, que es abrir puerta para infinitos males. En todas estas sectas de perdición no se hallan rastros de verdadera sanctidad, pues ésta no se halla sin caridad.

Resta pues que la comparación se haga con las dos leyes de Dios, que son ley de naturaleza, y ley de escritura. En aquella ley natural conocemos por justos á Abel, y á Enoch, y á Noé, y á Abrahán con su hijo Isaac, Jacob, Josef, Melquisedec, Job, que son los sanctos de que la Escritura hace mención: y otros también habría sin éstos, que no sabemos. Mas cuán pequeño haya sido el número de los justos en esta ley, el diluvio lo declara en tiempo de Noé, al cual dijo Dios (2): A ti hallé justo delante de mí en esta generación.

Mas en la ley de escritura mayor número de justos se halla. Pero con todo eso se multiplicaron tanto los pecados en esta ley, que de doce tribus que eran, los diez se entregaron al culto de

(1) Rom. 1. (2) Genes. 7.

los ídolos y de los vicios, por lo cual fueron de Dios desamparados, y desposeídos de la tierra que les había dado, y así se derramaron por todo el mundo.

Ni los dos tribus que quedaban de Judá y Benjamín, escarmentaron en cabeza ajena, antes por seguir los mismos vicios fueron llevados cautivos á Babilonia. Por dónde se ve cuán pequeño era el número de los justos en esta ley. Verdad es que S. Juan cuenta en el libro de su Revelación ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos y predestinados de los doce tribus de Israel (1), y es de creer que habría más de los que aquí se cuentan, pues aún no parece que entran en esta cuenta los niños inocentes que mató Herodes, que fueron muchos.

Pero el mismo Evangelista que señaló este número de escogidos de los doce tribus, cuando después déstos trata de los escogidos de la gentilidad (que es de todas las naciones del mundo) dice luego que le fué mostrada una tan grande compañía de sanctos, que nadie los pudiera contar, los cuales vió vestidos de ropas blancas, y con ramos de palmas en las manos, declarando con el color de las ropas la pureza de sus vidas, y con las palmas en las manos la gloria de sus triunfos. Lo mismo nos representa muy á la clara el profeta Esaías haciendo comparación de los fieles de la gentilidad á los del judaísmo. Y así hablando él con la Iglesia recogida de la gentilidad, la exhorta á que dé gracias á Dios por esta fecundidad y abundancia de hijos, y así le dice (2): Alaba á Dios, mujer estéril que no parías, alégrate y predica sus alabanzas la que no tenías hijos, porque mayor ha de ser el número de los hijos de la desamparada (que era la gentilidad) que de la que tenía marido, que era la sinagoga, que tenía á Dios en este lugar. Por dónde la misma Iglesia recogida de la gentilidad, maravillándose mucho en el mismo Profeta de ver su antigua esterilidad mudada en tan grande fecundidad, espantada desta mudanza, pide que le hagan más espacioso lugar donde puedan caber tantos hijos, por estas divinas palabras (3): Tiempo vendrá que los hijos de la mujer estéril dirán: estrecho es el lugar que tengo, hazme un lugar más espacioso en que pueda morar. Y entonces dirás en tu corazón: ¿Quién es el que me engendró estos hijos? Yo la estéril y la que no paría, yo la deste-

(1) Apoc. 7. (2) Esai. 54. (3) Esai. 49.

rrada y la captiva. Pues ¿quién crió estos hijos? Yo la desamparada y sola. ¿Dónde estaban éstos? En las cuales palabras vemos cómo la Iglesia recogida de la gentilidad, que antes era estéril, porque no paría hijos á Dios, se maravillaba desta tan grande multiplicación de fieles, que antes fueron infieles, los cuales siendo primero semejantes á los demonios en la maldad, vinieron á imitar los ángeles en la pureza de la sanctidad.

Pues volviendo al propósito principal deste capítulo, digo que es tan grande testimonio y confirmación de nuestra fe esta infinidad de sanctos que ha habido en la Iglesia cristiana, que aunque no hubiera más milagros, ni profecías tan claras que la confirmasen, ni todos los otros testimonios y excelencias que en esta segunda parte habemos alegado, solo éste basta para el conoscimiento desta verdad, pues evidentemente nos consta por lo dicho que dende que Dios crió el mundo hasta hoy, no ha habido ley, ni religión, ni doctrina en que tanta infinidad de sanctos y sanctas en todo género de sanctidad haya habido, como en la nuestra.

Pues conforme á lo que está dicho, hago esta demonstración. Como sea verdad que haya de haber alguna religión cierta y verdadera con que Dios sea honrado, y en el mundo haya habido muchos modos y maneras con que los hombres han pretendido honrarle, aquélla será la cierta y la verdadera donde se hallare una innumerable muchedumbre de sanctos que militaron debajo della, pues el oficio de la verdadera ley y religión (como ya dijimos) es hacer á los hombres virtuosos y sanctos. Ésta es la más cierta y más común manera que tenemos de filosofar, rastreando por los efectos la cualidad y condición de las causas, así como por la fruta conocemos el árbol que la lleva. Pues como el efecto y oficio proprio de la verdadera religión sea (como decimos) hacer á los hombres sanctos y virtuosos, ¿quién podrá dudar que la ley y religión de los cristianos sea la cierta y verdadera, pues ella ha sido en el mundo un copiosísimo seminario de todo género de virtud y sanctidad, como está declarado?

CONCLUSIÓN DE TODO LO DICHO EN ESTA SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XXIX

Todo lo contenido en esta segunda parte sirve para que por ello se vea la dignidad y excelencia y hermosura de nuestra sanctísima fe y religión, por que los que han recebido esta luz del cielo, se confirmen más en ella, viendo claramente por lo dicho ser verdad lo que los teólogos dicen (como al principio propusimos) que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes, pero es cosa evidente que deben ser creídos con tanta firmeza como si fueran evidentemente demonstrados.

Y para más claro entendimiento desta doctrina traigamos á la memoria tres infalibles verdades que en la primera parte deste libro quedan declaradas. Entre las cuales la primera es que en este mundo hay Dios, el cual es una cosa tan alta y tan grande que no se puede pensar otra mayor, y el mismo es supremo señor y gobernador deste mundo, con cuyos beneficios y providencia se sustentan nuestras vidas. La segunda verdad, que se sigue désta, es que él ha de ser venerado y honrado sobre todas las cosas, así por la grandeza de su majestad como por los innumerables beneficios que dél recibimos, pues en él y por él vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera, que se sigue désta, es que necesariamente ha de haber en el mundo alguna manera de veneración y religión con que él sea debida y legítimamente servido y honrado, conforme á la grandeza de su divina Majestad. Estas tres verdades son tan claras y ciertas en lumbre natural, que por ninguna vía pueden ser negadas.

Queda agora la cuarta, que se ha probado en esta segunda parte, la cual (según sentencia general de los teólogos) es tan evidente como las pasadas, por la cual se prueba la verdadera fe y religión cristiana, porque en ella concurren todas estas excelencias susodichas que ha de tener una perfecta religión, y todas en sumo grado de perfección, como está declarado. Porque (resumiendo lo dicho en pocas palabras) ninguna religión siente

más alta y magníficamente de la bondad, omnipotencia y providencia y de todas las grandezas de Dios, que ella. Ninguna tiene más excelentes leyes y más espirituales y divinos consejos, ninguna tiene sacramentos que den gracia para socorro y medicina de nuestra flaqueza sino sola ella, ninguna favorece más la virtud y desfavorece más el vicio que ella, pues tan grandes premios propone á lo uno, y tan grandes castigos á lo otro. Ninguna ha obrado más excelentes efectos en el mundo, pues ella es la que desterró la idolatría que reinaba en todo él, y la que más reformó las costumbres de los hombres. Sobre todo esto ninguna religión ha habido que por escripturas de tantos doctores sanctísimos haya sido testificada, defendida y aprobada. Ninguna por cuya verdad haya sido tanta sangre de innumerables mártires derramada, ninguna en cuya confirmación tanta infinidad de milagros hayan sido hechos, bastando uno solo para confirmación de la fe. Finalmente, ninguna ha habido, cuya verdad con tantas profecías haya sido testificada, pues así las profecías del Testamento Viejo como las del Nuevo dan testimonio de ella. Y sobre todo esto, como sea verdad que por la excelencia de los efectos conozcamos la de las causas de do proceden, y sea efecto de la verdadera religión hacer los hombres virtuosos y sanctos, notoria cosa es que en ninguna religión de cuantas ha habido en el mundo, se hallará tan grande número de sanctos, en todo género de sanctidad, y especialmente de mártires, como en la nuestra. Los cuales, demás de la sanctidad de su vida, confirman nuestra fe con el derramamiento de su sangre.

Todo esto ningún hombre de razón lo podrá negar. Éstas pues son, cristiano lector, las propriedades y excelencias que pide una perfecta y verdadera religión, y todas éstas vemos cuán perfecta y divinamente cuadran y concuerdan con la nuestra. De manera que todas ellas son voces que predican esta verdad, y así causan una suavísima consonancia y melodía en los ánimos purgados y limpios. Porque como la melodía de la música corporal resulta de diversas voces reducidas á unidad, así también todas estas excelencias (cada cual con su propria consideración) vienen á conspirar y testificar la verdad de nuestra sanctísima fe y religión. La cual música es tanto más suave que ésta material, cuanto se ordena á más alto fin, que es al conoscimiento de la primera y suma Verdad.

Pues todas estas excelencias susodichas, ¿qué son sino argumentos de nuestra fe, testimonios de la verdad, confirmaciones de nuestra religión, indicios de la presencia del Espíritu Sancto que la rige, gloria de Cristo que la fundó, esfuerzo de los cristianos, y esperanza de los afligidos? Porque cuanto la fe está más firme, tanto la esperanza que la presupone, está más esforzada: la cual es puerto seguro de los errados, y común remedio de todos los males.

§ I

Mas al fin desta conclusión quiero satisfacer al deseo de algunos amadores de sí mismos, los cuales aunque sirven á Dios nuestro Señor por quién él es, mas todavía tienen respecto al galardón de la vida eterna. Éstos pues, visto lo que hasta agora está dicho, fácilmente concederán que la religión de los cristianos es la más perfecta de cuantas ha habido eu el mundo, y que cuanto á Dios, tienen la consciencia segura, pues le honran por la más excelente manera que él puede ser honrado. Y esto basta para los que perfectamente le aman, sin alguna pretensión de interese temporal ni eterno. Mas los que no han llegado á este grado de caridad, pueden primeramente esforzar su esperanza con todo lo que hasta aquí se ha dicho. Porque todo esto hace evidente demonstración que todos los artículos de nuestra fe son de verdad infalible, y entre éstos los más principales testifican que hay pena y gloria para buenos y malos, porque éste es el principal fundamento de nuestra fe y confianza.

Mas para mayor esfuerzo de los tales y mayor confirmación desta verdad (dejando aparte todas las razones que prueban la divina Providencia) al presente alegaré sola una, aprovechándome de lo que arriba está dicho de la victoria de los mártires que padecieron por la gloria de Dios. Para lo cual ruego al prudente lector que ponga los ojos en las crueldades que los tiranos ejecutaban en defensión del mayor de los pecados del mundo, que era la idolatría, y en la admirable fe y constancia de los mártires, que padecían por la gloria y honra del verdadero Dios y Señor. Y mire entre los otros á un Diocleciano, el cual bañó toda la tierra en sangre de mártires. Poco dije, mas antes cubrió la tierra con un diluvio desta preciosísima sangre, usando

de nuevas invenciones de tormentos nunca vistos en el mundo, repetidos unos sobre otros, y otros nuevos sobre otros, y esto en servicio de las estatuas de los demonios que él adoraba. Y mire por otra parte la inocencia, la sanctidad y lealtad de los sanctos mártires, que tantas maneras de tormentos con tan admirable constancia sufrían: y visto bien lo uno y lo otro, juzgue él si será razón que aquel soberano y justísimo Juez deje tan extrañas crueldades y maldades sin castigo, y tan admirables y divinas virtudes sin galardón. Pues ¿qué cosa más indigna se puede imaginar de aquella inmensa bondad y justicia, tan amadora de los buenos, y tan enemiga de los malos y perversos?

Pues con esta consideración consolaba el Apóstol á los fieles de Tesalónica, alabando la fe y paciencia que tenían en las persecuciones que padecían, las cuales (dice él) son ejemplo y argumento del justo juicio de Dios (1), pues es cosa tan justa que ni éstos que os atribulan, queden sin castigo, ni vosotros que sois los atribulados, sin galardón. Lo mismo dijo el patriarca Abraham á Dios, cuando iba á destruir á Sodoma y Gomorra. ¿Por ventura, Señor (dijo él) padecerá el justo como el injusto, y el inocente será tratado como el malo? No conviene esto, Señor, á ti, que juzgas el mundo con justicia é igualdad. En ninguna manera harás tal juicio. Pues en estas palabras muestra este sancto Patriarca cuán indigna cosa sea de la justicia de Dios que el bueno sea tratado como el malo, y el justo como el injusto, y que sea igual la suerte de ambos, siendo tan desigual la vida de ambos.

Y junto con este ejemplo ponga también los ojos en el rey Herodes y en S. Juan Baptista, á quien él mandó cortar la cabeza, y darla en un plato por el baile de una mozuela, y esto por haberle el sancto varón dicho que no le era lícito estar casado con su cuñada, estando vivo el marido della. Juzgue pues también aquí el hombre discreto si es razón que acabe la vida encarcelado y degollado el más sancto que nació de las mujeres, sin más galardón, y que aquel tirano adúltero é incestuoso se quede reinando y holgando, habiendo antes desto muerto muchos de sus ciudadanos, y despojado y robado los pobres. Pues ¿qué diré del otro Herodes, que con tan extraña crueldad bañó la tierra

(1) II Thess. I.

con la sangre de tantos niños inocentes y con las lágrimas de sus padres y madres? ¿Es por ventura justo que la divina Providencia deje tan horrible crueldad como ésta sin castigo? Desta manera pues puede poner ante los ojos los hombres malvadísimos y cruelísimos que ha habido en el mundo, y por otra parte muchos varones sanctísimos y de aspérrima vida, y mire cómo ni muchos déstos recibieron aquí el premio de sus virtudes, ni los otros el castigo de sus maldades. Pues pasando esto así, ¿cómo había de consentir aquella infinita Bondad en este mundo que él gobierna, tan gran desorden, sin que hubiese otra vida en que esta desorden se remediase y redujiese á igualdad de justicia?

DE LA PRÁCTICA Y FRUTO DE LA FE

CAPÍTULO XXX

Concluída esta materia de la fe, será razón filosofar un poco sobre ella, y descender á la práctica, que es, al fruto que della se sigue. Cónstanos pues por lo dicho y por lo que en las dos partes siguientes aún se dirá, ser nuestra fe certísima y verdadera. De dónde se sigue que todos los artículos que ella confiesa, y todo lo que nos ha Dios revelado en las sanctas Escripturas, es tan verdadero como ella lo es, y que antes faltará el cielo y la tierra que faltar un punto de todo esto.

Pues esta fe, entre los artículos que confiesa, uno de los más principales es que el unigénito Hijo de Dios descendió del cielo á la tierra, y tomó verdadera carne humana, y conversó en este mundo con los hombres procurando la salvación dellos, y celando la gloria de su eterno Padre, y en cabo de la vida padesció una muerte de las más ignominiosas y dolorosas que se han padescido en el mundo, siendo antes della azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, escarnecido, y despreciado, y tenido en menos que Barrabás, y finalmente crucificado desnudo entre dos ladrones. Todo esto nos predica la fe.

Y si preguntamos por la causa de cosa tan espantosa, respóndenos el Apóstol diciendo que todo esto padesció él por librarnos de todo pecado, y criar en el mundo un pueblo limpio y agradable á Dios, y seguidor de buenas obras, que es en suma hacer á los hombres capitales enemigos del pecado, y amadores y seguidores de la virtud. Siendo esto así, ¿qué cosa se puede imaginar que más fuerza tenga para hacer á los hombres aborrecer el vicio y amar la virtud, que esta obra tan grande? Porque sabemos que cuantos buenos libros se han escripto en el mundo, y escribirán jamás, á estas dos cosas se ordenan. Mas todos ellos juntos ni afean tanto el vicio, ni declaran tanto la importancia de la virtud como este misterio de la encarnación y pasión del Hijo de Dios. Y aun oso decir que si nuestro Señor Dios con toda su omnipotencia y sabiduría quisiera hacer alguna

gran hazaña para declarar á los hombres la dignidad y excelencia de la virtud, y la fealdad y enormidad del pecado, y el odio que contra él tiene, no entendemos que pudiera hacer mayor cosa que bajar del cielo á la tierra y padescer lo que padesció en la cruz por esta causa. Si un gran rey enviase su hijo á Roma para tratar con el Papa un gran negocio, y esto con peligro de ser salteado en la mar de cosarios, todos diríamos: gran negocio es éste para que tal embajador se envía, y no se fía de otro alguno del reino, y más con tal peligro. Pues ¿quién será tan ciego que no vea por este indicio de cuánta dignidad y importancia sea el negocio de la virtud, mirando que la causa de la venida y de la muerte de aquel soberano Hijo de Dios fué sanctificar los hombres, y hacerlos amadores de la virtud? Mucho había Dios declarado la grandeza deste negocio con las voces de los profetas y con la fábrica deste mundo, el cual fué criado para servicio del hombre, para que el hombre así servido, sirviese á su Criador: mas todo esto, aunque era mucho, es como sombra comparado con lo que nos descubrió su unigénito Hijo viniendo al mundo, y padesciendo lo que padesció.

Pues si por autorizar y dar calor á este negocio vino aquel soberano Señor del cielo á la tierra, ¿con qué palabras se podrá encarecer la ceguedad de los que teniendo fe desta verdad, hacen tan poco caso de lo que él vino á hacer? Porque muchos cristianos hay tan desalmados y tan olvidados de la fe que profesan, que éste tienen por el postrero de sus cuidados y por el menor de sus negocios. Pues si no basta para despertarlos de tal sueño este inefable misterio, ¿qué otra cosa bastará? Quien con tal misterio no se mueve, ¿que lo moverá? Quien á tales clamores está sordo, ¿qué voces oirá? Quien con tal medicina no sana del pasmo é insensibilidad que padesce, ¿qué medicina lo sanará? ¿Quién no conocerá por aquí la fealdad y deformidad del pecado, y el incomprehensible odio que Dios le tiene, pues consintió en la cruz y muerte de su unigénito Hijo por crucificar el pecado y desterrarlo del mundo? Y tal es el desacato é injuria que se hace á Dios en él, que con menor satisfación que la sangre de su unigénito Hijo no podía por tela de justicia ser perfectamente descargado.

Pues siendo esto así, ¿cómo los que tienen fe desta verdad, tan fácilmente cometen tantos y tan graves pecados, y esto tan

sin escrúpulo y tan sin remordimiento de consciencia, como si nada fuese en ello? ¿De dónde nasce tan grande pasmo y menosprecio de Dios y de lo que ha hecho para declararnos el aborrecimiento que tiene del pecado? Que esto haga un gentil, que ningún conocimiento tiene deste misterio, no es de maravillar: mas el cristiano que conoce, no por livianas conjecturas, sino por la infalible verdad de la fe, que Dios aborrece el pecado en este grado que está dicho, ¿cómo tan sin temor comete tantos pecados, y aun persevera mucha parte de la vida en pecado, y con él se acueste, y con él se levante sin tener por eso mala noche ni mala cena? Esto es cosa que sobrepuja toda admiración: la cual merecía ser llorada con lágrimas entrañables, según que la lloraron y lloran todos los que tienen celo de la salvación de las ánimas, como lo hacía el glorioso Padre Santo Domingo, el cual ardía y se derretía dentro de sí como una hacha encendida, viendo la perdición de tantas ánimas, y la facilidad en cometer tantos pecados. ¿Qué esperan éstos en la hora de la cuenta, pareciendo ante aquel justísimo Juez cargados de pecados proprios, pues no perdonó él á su mismo Hijo por los ajenos? Si esto (como el mismo Salvador dijo) se hizo en el madero verde, en el seco ¿qué se hará? ¡Oh cuán mal pleito tendrán en esta hora los que casi toda la vida gastaron en ofender este Señor! ¿Qué responderán éstos, cuando les pida Dios cuenta de la sangre de su Hijo derramada para remedio de sus pecados?

§ I

Mas porque la mayor parte de los hombres no mira tanto á la grandeza de su obligación como á la del interese, pasemos á otro artículo, que trata deste interese. Éste pues (según se refiere en el Símbolo de Atanasio) es creer que los que hicieron buenas obras, irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno. En las cuales palabras se nos encomiendan por otro diferente motivo las mismas dos cosas que arriba dijimos, que son el amor de la virtud y el aborrecimiento del pecado, proponiéndonos el galardón de la una, y el castigo de la otra. Y cuál sea el galardón, decláranoslo el Apóstol diciendo que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón de hombre mortal pudo caber lo que tiene

Dios aparejado para los que le aman. Y como sean tantos los bienes que aquí se gozan, el mayor es que (como dice S. Juan) seremos semejantes á Dios en el gozo de la gloria. Porque la gloria deste soberano Señor es ver su divina esencia y gozar de su infinita grandeza y hermosura, y ésa misma verán los justos, y la amarán y gozarán como él la goza, aunque no la comprehenderán como él la comprehende. Y allende de la gloria que cada uno tendrá conforme á sus merecimientos y trabajos (con que el seno de su ánima estará tan lleno que no tendrá más que desear) participará de los gozos de todos los otros bienaventurados, que son innumerables, y así los gozos de cada uno serán también innumerables. Porque si el amor que la madre tiene á un hijo, hace que tanto se alegre ella con la dignidad que dan al hijo, como si ella la recibiera, pues estando allí la caridad en toda su perfección, ¿cuál podremos juzgar que será el gozo que recibirá cualquiera de los escogidos, de la gloria de todos los otros, pues los ama más que la madre á sus hijos? Esto puédese aquí decir, mas no se puede comprehender.

Pues cuando el ánima del justo éntre de nuevo en aquella gloriosa compañía, y se vea por todas partes cercada de tantas alegrías, y sobre todo vea claramente la faz y hermosura del mismo Dios, y en él goce de todos los bienes que se pueden desear, y vuelva los ojos á la vida que vivió, y vea por cuán pequeños servicios y trabajos se le da un tan grande galardón, paréceme que si fuese posible, querría decir á Dios: Señor, yo como rudo y tonto no conoscía la grandeza deste bien que me teníades guardado, y por eso os servía con tanta negligencia: mas agora que ya os he visto, y gozado de vuestra infinita hermosura, quisiera, si esto fuera posible, volver al cuerpo, y padescer mil muertes por la gloria de un Señor que tanto bien me tenía aparejado. Esto no dicen los sanctos, porque no desean cosa que no posean. Mas la grandeza del amor y del galardón está diciendo esto. Éste pues en breve es el premio que en aquella dichosa patria se da á los fieles siervos de Dios.

Lo mismo, aunque por diferente manera, se dice de la pena que por las leyes de la divina justicia está señalada á los malos. Porque (según dice S. Augustín) así como ningún gozo hay en esta vida que iguale con el gozo de los bienaventurados, así ninguna pena hay en ella que iguale con las penas de los condenados. Y

aunque en este estado haya muchas diferencias de penas, conformes á la calidad de las culpas, mas todas ellas se reducen á dos, que los teólogos llaman pena de daño (que es carecer para siempre de la vista de Dios) y pena de sentido, que es el fuego que atormenta agora las ánimas, y después de la resurrección general atormentará también los cuerpos, á los cuales no menos atormentará el horror del lugar donde han de penar, que es el infierno, el cual es (como dice S. Isidro) lago sin medida, profundo sin fondo, lleno de ardor incomparable, y de hedor intolerable, y dolores innumerables, y de tinieblas palpables, donde ninguna orden hay sino horror y espanto perdurable, de donde están desterrados todos los bienes, y están aposentados todos los males. Y siendo esto así, ¿qué cosa (dice un sancto) más penosa que decir siempre no á todo lo que deseas, y decir siempre sí á todo lo que aborreces? Pues ¿cómo los que esto creen, no temen estas penas, estas llamas y este fuego, este llanto y crujir de dientes? ¿Quién de vosotros, dice Esaías (1), podrá morar con los ardores eternos? ¿Quién podrá hacer vida con el fuego tragador? ¿Quién podrá estar acostado en tal cama, cercado de vivas llamas por todas partes? Porque así como el que se sumió en la mar, está por todas partes cercado de aguas de tal modo que todo lo que toca con pies y manos y cuerpo es agua, así estarán los malaventurados en un mar de fuego, que por todas partes atormente los cuerpos que en este mundo se entregaron á los vicios. Pues ¿cuál será entonces el despecho, cuál el furor y rabia de los que por tan pequeño trabajo como era refrenar los apetitos de su carne, se ven arder en tales llamas, sin acabarse jamás de consumir en ellas?

Y porque somos tan materiales que no entendemos las cosas de la otra vida, que no vemos sino por las que en ésta vemos, traeré aquí á la memoria un ejemplo que arriba tocamos del martirio de S. Eustaquio, que fué encerrar á él con la mujer y hijos en un buey de metal, y pegarle fuego por debajo, y que allí el sancto varón junto con su proprio tormento padesciese el de la sancta mujer y de los hijos, y ellos los de ambos sus padres. ¿Quién no se estremece oyendo este tan terrible tormento? Pues por este ejemplo se entenderá algo de la terribilidad de los fuegos infernales. Pues si este tormento, que apenas podía durar

(1) Esai. 33.

por espacio de una ó dos horas, tanto nos espanta, ¿qué hará aquél que ha de durar por siglos eternos?

Y porque nadie piense que esto se dice para espantar y no para obrar, ponga los ojos en las vidas de los sanctos, y ahí verá lo que este temor obraba en ellos. S. Hierónimo, después de haber contado la vida tan áspera que hacía en el desierto, confiesa que por el gran temor que había concebido de las penas del infierno, se había condenado á aquella cercelería. Y no sólo de sí, mas de los otros sanctos monjes escribe que vivían con la misma aspereza que él, tanto, que comer cosa que llegase á fuego, se tenía por demasiado regalo. Pues desta manera temen y se aperciben para la cuenta aquéllos á quien el Espíritu Sancto rige y enseña.

Y pues tan saludable y tan provechoso es este temor para enfrenar los apetitos de nuestra carne, ruego al piadoso lector no extrañe acrescentar agora otras ejemplos á los pasados. Una persona virtuosa me dijo que había recibido un cauterio de fuego en un oído, para cura de una ciática que lo trataba muy mal, y fué tan grande el dolor que en aquel breve espacio sintió con el fuego y con el hierro, que me certificó que si nuestro Señor le diese á escoger una de dos cosas, ó padescer otro cauterio como aquél, ó entrar en una religión la más áspera que hubiese, que él escogería antes esta religión que esperar otro tal cauterio. Pregunto pues agora: si por librarse un hombre prudente de un tan breve tormento aceptaría una regla de vida muy áspera, ¿cómo no se ofrescerá el cristiano á guardar diez mandamientos de Dios, por escapar, no de un cauterio de fuego, sino de llamas eternas? ¿Qué comparación hay aquí del un tormento al otro? ¿Qué comparación hay de fuego que dura por espacio de una Avemaría, con fuego que durará eternalmente, mientras Dios fuere Dios? Pues ¿qué cosa más para llorar que entregarse los cristianos á fuegos eternos, por no guardar diez mandamientos? ¿Dónde está aquí el juicio, dónde el seso, dónde la prudencia, dónde la razón, dónde siquiera el amor proprio, que tanto recela su proprio daño?

Espántame ver lo que algunos enfermos hacen y padescen por cobrar salud. Porque unos se dejan aserrar una pierna, perdiendo una parte del cuerpo por salvar las demás, otros se dejan atar en una escalera para volver un miembro desmentido á su proprio lugar, que es cosa de intolerable dolor, otros se dejan abrir por sacar una piedra que se les ha criado en la vejiga. Y á todos

estos tormentos se ponen aun con esperanza dudosa de su salud, porque muchas veces acaesce, padesciendo esta cura, perder la vida, y así quedar con doblada pérdida, del tormento padescido y de la vida perdida. Y si preguntáis, ¿por qué se subjectan á eso los hombres? Responderán que por conservar la vida. Y ¿cuál vida? Ésta corporal que vivimos, subjeta á más miserias que cabellos tenemos en las cabezas. Mas en fin tienen los hombres por tan gran cosa el vivir (aunque sea tal la vida) que aun con dudosa esperanza de conservarla se ofrecen á toda esta carnicería. Pues siendo esto así, ¿quién no gritará, quién no pasmará de ver á lo que se ponen los hombres por vida tan breve, tan incierta y tan miserable, y que no quieran dar un paso por aquella vida eterna, segura, bienaventurada y llena de todos los gozos y riquezas que el corazón humano puede desear? Cosa es ésta que basta para sacar de juicio á quienquiera que atentamente la considerare. Por tanto, aconsejo y ruego á todos aquéllos que desean salvarse, que si han padescido ó visto padescer algo de los dolores que aquí están dichos, ó otros más cuotidianos, como son los de la gota, ó de la ijada, ó de las muelas (de que casi nadie se escapa) imaginen qué pena será padescer uno solo destos dolores en todos los siglos, que es por mil cuentos de millares de años, sin acabar, y juzgue lo que se debe hacer por evitar tan grande mal. Porque es cierto que si toda la pena del infierno no fuese más que una punzada de alfiler, habiendo de durar para siempre, bastaba para hacer temblar á todos los que esto atentamente considerasen.

Mas no se acaban aquí todas las penas de los malaventurados. Porque á estas penas que llaman de sentido, se añade otra mayor, que es la que dijimos llamarse de daño. De la cual dice S. Crisóstomo que aunque sea intolerable cosa el fuego del infierno, pero que ni mil fuegos de infierno son tan grande mal como ser desechado y privado de aquella bienaventuranza gloriosa, y ser aborrecido de Cristo, y oir de su boca aquella terrible palabra: No os conozco.

Mas sobre todas estas penas los atormenta gravísimamente la representación de la eternidad destas penas. Porque considerando ellos el espacio que han de durar, represéntaseles allí cuasi de una vista toda la eternidad en que han de penar, y esto sin término, sin alivio, sin declinación, sin mudanza, sin espe-

ranza de perdón, ni de penitencia, ni de misericordia, ni de apelación, ni de algún otro refrigerio que les pueda sobrevenir, sino que en aquel mismo estado en que las penas comenzaron, han de permanecer para siempre. Cuando esto consideran, y vuelven los ojos á mirar la brevedad de los deleites pasados, por los cuales padescen agora tan esquivos dolores, y miran también con cuán pequeños trabajos pudieran escapar de tan terribles tormentos, cuando todo esto consideran (lo cual nunca dejan de considerar) es tan grande el furor y el despecho y la rabia que conciben contra sí mismos y contra quien á tales penas los condenó, que ninguna otra cosa hacen perpetuamente sino blasfemar del cielo y de la tierra y de todos los sanctos, y éstos son los cantares, éstos los psalmos que se cantan en aquella capilla infernal perpetuamente. Y sin dubda, aunque otra pena no hubiese en aquel malaventurado lugar sino ésta, que es estar haciendo este tan triste oficio sin cesar, solo esto había de bastar para hacer temblar á los hombres por no cometer cosas por donde mereciesen ser condenados á lugar donde tales canciones se cantan.

Ésta pues decimos que es la práctica de la fe, cuando aquello que creemos así á bulto, lo descogemos y desplegamos para ver lo que debajo de una breve palabra se comprehende, por que así entendemos el precio y el peso de las cosas que creemos, y conforme á esto conozcamos la importancia del negocio de nuestra salvación, y enderecemos á ella todos los pasos de nuestras vidas. Porque no haciendo esto, sino teniendo la fe en solo el entendimiento (como quien tiene la medicina al canto de una arca) no sólo no aprovecha para nuestra salvación, mas antes será para acrescentamiento de nuestra condenación, como dice el Salvador hablando del siervo malo, que sabe la voluntad de su señor, y no la pone por obra (1).

Estos y otros excelentes frutos se siguen de la fe, cuando está encendida y perficionada con la caridad y con los dones del Espíritu Sancto, de que al principio hecimos mención. Para cuya confirmación y declaración sirve toda esta escritura, leída con humilde y devoto corazón.

Mas aquí advierto una y muchas veces que todo esto no basta para hacernos crecer en la fe, si no se junta con ello una muy es-

(1) Luc. 12.

pecial lumbre del Espíritu Sancto, que imprime la verdad de todas estas cosas susodichas en nuestros corazones. Porque como la fe sea don de Dios y una lumbre sobrenatural que él infunde en nuestros entendimientos, con que los inclina á abrazar esta verdad con toda firmeza y certidumbre, si él faltare en esto, ni todas las consideraciones susodichas, ni otras muchas más bastarán para causar en nuestra ánima esta firmeza. Y por esto debe la persona, después que esta doctrina hubiere leído, suplicar á nuestro Señor con toda humildad y confianza que él imprima y asiente todas estas consideraciones en lo íntimo de su corazón, y le aclare la verdad y fuerza que ellas tienen. Y si esta petición continuare, gozará de todos los fructos de la fe, que arriba propusimos, y señaladamente de aquel admirable gozo que el Apóstol deseaba á los Romanos, cuando decía (1): Dios nuestro Señor, que es el autor y el objecto de la esperanza, os conceda que de tal manera creáis, que vuestra ánima sea llena de alegría y de paz, para que así crezcáis en la esperanza y en la virtud del Espíritu Sancto.

Asimismo continuando esta lición y oración, verá con cuánta razón dicen los teólogos (según arriba dijimos) que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes, pero que es cosa evidente que deben ser firmemente creídos. Porque todas estas cosas juntas, que en esta segunda parte habemos tratado, hacen una como demonstración desta verdad, por el concurso y correspondencia de todas las cosas que con ella concuerdan, aunque es cierto que los milagros y el testimonio de las profecías bastan por sí solas para confirmación desta verdad.

Y por aquí también verá cuánta razón tuvo Ricardo de S. Víctor para decir: Pluguiese á Dios que considerasen los judíos y los paganos con cuánta seguridad de consciencia en esta parte nos podríamos presentar en el juicio divino. ¿Por ventura no podríamos decir á Dios con toda confianza, Señor, si en esto que creemos hay error, vos nos engañastes? Porque han sido confirmadas las cosas que creemos, con tantas señales y prodigios y con tales cosas, que otro que vos no las pudiera hacer. Y ciertamente ellas nos han sido enseñadas por varones de suma virtud y sanctidad, y probadas con tantas autoridades, siendo vos el

(1) Rom. 15.

que obrábades juntamente con ellos, y confirmábades sus palabras con los milagros que en testimonio dellas se hacían. Esto dice Ricardo. Lo cual todo sentirá el que (como está dicho) juntare la oración con esta lición, y entonces gozará de los fructos inestimables de la fe, y dará gracias al Señor que infundió en su ánima esta lumbre celestial. Y así le suplicaré siempre que la acresciente y esclarezca con los dones del Espíritu Sancto, para que él le guíe derechamente por los caminos ásperos y peligrosos desta vida hasta llevarlo al puerto seguro de la salud, donde á la fe escura se dará en premio la clara visión, y á la esperanza la posesión, y á la caridad la fruición y gozo del sumo Bien, que es el mismo Dios, el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

PIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE DE ESTE LIBRO

EN LA CUAL SE TRATA

DEL MISTERIO INEFABLE DE NUESTRA REDEMPCIÓN

DE LA DISPOSICIÓN

QUE SE REQUIERE PARA TRATAR DESTE MISTERIO

CAPÍTULO I

Cuando Moisén viendo arder la zarza y no quemarse, quiso llegarse á ver esta maravilla, díjole Dios que se quitase los zapatos, porque el lugar en que estaba era tierra sancta (1). Esto mismo deben hacer los que se llegan á mirar á Dios en la zarza humilde de nuestra humanidad y entre las espinas de sus llagas y dolores. Porque para contemplar este misterio tan alto y tan levantado sobre toda nuestra razón, es necesario que despida el hombre de sí todo lo humano, que son todas las faltas y flaquezas y aficiones humanas, para que con mayor pureza de su ánima pueda contemplar este misterio, y junto con esto todos los juicios y pareceres y reglas de la prudencia humana. Porque querer medir las obras de Dios con la vara de la razón, con que medimos nuestras obras, mayormente ésta de nuestra redempción (que es obra de su infinita bondad y caridad) con la bondad y caridad que se halla en los hombres, por muy perfectos y sanctos que fuesen, sería gran desatino. Porque eso sería apocar y abatir las obras de aquella infinita grandeza, igualándolas con las de nuestra pequeñez, pues nos consta que como su ser excede infinitamente nuestro ser, así las obras de su grandeza exceden con la misma ventaja las nuestras. Y así no puede haber mayor yerro que querer el hombre juzgar y sacar á Dios por lo que ve en sí. Pues éstos son

---

(1) Exod. 3.

los zapatos que ha de descalzar el hombre, éstas las humanidades que ha de despedir de sí, cuando quisiere levantar los ojos á considerar las obras de aquella soberana bondad y caridad que en este misterio resplandecen.

Y descalzados estos zapatos, vaya con fe y humildad y devoción á contemplar á Dios en esta zarza, pidiendo á aquél que es padre de las lumbres, que le envíe un rayo de luz para ver algo de las grandezas y riquezas que en este misterio están encerradas. Porque puede tener por cierto que hay tanta diferencia de lo que el hombre alcanza por su proprio discurso, á lo que alcanza con especial lumbre y tocamiento de Dios, como la que hay de las obras del hombre á las de Dios, y por eso á él se ha de pedir con toda humildad esta luz para entrar en este sanctuario. Y el que esta luz tuviere, hallará en esta sagrada pasión su redempción, y en esta muerte la vida, en estas ignominias la verdadera honra, y entre estas amarguras deleites de inestimable suavidad, y finalmente en este misterio (que el mundo ciego tuvo por locura y flaqueza) hallará todos los tesoros de la sabiduría y bondad divina, como adelante se mostrará. Todo esto conocerá ser verdad quien tuviere la luz y disposición que para contemplar este misterio se requiere. Teníala S. Buenaventura, que fué devotísimo de la sagrada Pasión. Y así dice él de sí mismo estas muy devotas palabras (1): Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que dellas corría, me cegó la vista, y después que ninguna otra cosa pude ver sino sangre, atentando llegué á sus piadosas entrañas, en las cuales moro, y de sus dulces manjares me sustento, y he gran miedo de salir desta tan deleitable morada, y perder la consolación en que vivo. Mas confío en él que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas volveré á entrar, cuando dellas saliere. ¡Oh, cuán buena cosa es estar con Cristo crucificado! Quiero hacer en él tres moradas, una en los pies, y otra en las manos, y otra en su sagrado costado. Allí hablaré á su corazón, y otorgarme ha todo lo que le pidiere. Y luego más abajo añade y dice que es tan grande la consolación y suavidad que las ánimas devotas reciben en la contemplación deste misterio, que hasta la carne (que de sí no gusta de las cosas espirituales) viene á recebir tan grande sabor y consolación en

(1) In Stimulo Amoris.

este ejercicio, que si alguna vez la necesidad de la caridad ó de la obediencia obliga al hombre á desistir de aquel ejercicio, le pesa á la misma carne, porque la apartan de cosa que ella tanto gustaba, y entonces entiende con cuánta razón dijo el Profeta: Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Éste es pues uno de los fructos (entre otros muchos) de que gozarán los que en esta sancta meditación se ejercitaren, si se dispusieren para esto con puro y devoto corazón.

Aristóteles dice que no están dispuestos los mancebos (en quien están aún muy vivas las pasiones) para oir la doctrina de las virtudes que sirven para moderar esas mismas pasiones. Pues si para oir la doctrina de las virtudes morales, que se alcanzan por razón natural, se requiere particular disposición, ¿qué será necesario para tratar del más alto de los misterios de nuestra fe, y más levantado sobre toda razón? Esta obra pues, que á juicio del mundo loco fué tenida por ignominiosa, es la más gloriosa de cuantas Dios ha hecho, y la que por excelencia se llama la obra de Dios. Antes digo que si juntáremos en una parte todas las obras que la magnificencia de Dios tiene hechas y hará hasta el fin del mundo, y cuantas más puede hacer, y las compáraremos con sola ésta de nuestra redempción, no resplandecen más delante de ella que una pequeña estrella ante el sol de medio día. Porque todas estas obras, así hechas como por hacer, no le cuestan á nuestro Señor Dios más que un solo quiero, y con solo éste (según el parescer de S. Augustín) crió en un punto esta tan grande máquina del mundo, con todo cuanto hay en él: ni por razón de esta fábrica se abajó á hacer cosa que pareciese indigna de su majestad. Mas en la obra de nuestra redempción, ¿cuántos años se gastaron? ¿Cuántos trabajos se pasaron? ¿Cuántas injurias, cuántos escarnios, cuántos azotes y dolores y cruces se padescieron? ¿A cuánta humildad y bajeza, y á cuántas obras tan ajenas de la naturaleza divina se abajó el Hijo de Dios, pues descendió á nascer en un establo entre dos animales, y á morir en una cruz entre dos ladrones, y á lavar los pies de Judas, y ser tenido en menos que Barrabás? Pues ¿qué comparación hay aquí entre las otras obras de Dios y ésta, en que se gastaron tantos años, y en que se padescieron tantos dolores, y se recibieron tantas injurias? Callen pues todas las otras obras divinas, por altísimas que sean, calle la creación de los querubines y serafines y

de todos los coros de los ángeles, en presencia de la gloria de la cruz.

Y esto nos declaró el mismo Señor por el profeta Esaías, cuando dijo (1): No os acordéis de las cosas pasadas, ni penséis en las cosas antiguas, porque yo haré otras nuevas que luego veréis, las cuales harán que se echen en olvido todas las pasadas. Y el mismo Salvador, con guardar toda la vida una singular humildad y modestia cuando hablaba de sí mismo y de sus cosas, pero cuando se ofresció tratar del misterio de su venida, la engrandesció con un sumo encarescimiento. Porque dando voces los niños en el templo el día de los Ramos, diciendo (2): Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, y indignándose los fariseos desta alabanza, le dijeron: ¿No oyes lo que éstos dicen? A los cuales entre otras palabras él respondió: En verdad os digo que si éstos callaren, las piedras clamarán. Con las cuales palabras declaró la alteza deste misterio y la grandeza deste beneficio, pues él era tal que hasta las piedras insensibles lo habían de predicar. Y así lo hicieron al tiempo que el Salvador padescía, pues se hicieron pedazos. En lo cual quiso también este Señor condenar la insensibilidad y dureza de muchos malos cristianos, que ni se compadescen del que tales cosas por ellos padesció, ni aman á quien tanto amor en esta obra les mostró, ni aborrecen el pecado, por cuyo odio y remedio tales cosas padesció.

Y es tanto lo que el Salvador desea que sus especiales amigos sientan algo de los dolores que padesció, que demás de haber querido que la Virgen Sanctísima se hallase presente al pie de la cruz, y fuese con él su ánima crucificada, á otros muchos siervos suyos ha dado á sentir los dolores de sus llagas, como leemos en las historias de los sanctos pasados, y aun habemos visto en nuestros tiempos, aunque esto está guardado para los ojos de Dios. De modo que no contento con el conoscimiento que desto nos dan las sanctas Escripturas, quiere también que por la experiencia de sus dolores sientan algo de lo que él por ellos sufrió. Con lo cual callando les dice: Mira lo que por ti padescí, mira cuánto te amé, mira por cuán caro precio te compré, mira cuánto me debes. En lo cual parece decir aquellas palabras del Pro-

(1) Esai. 43. (2) Luc. 19.

feta (1): Deshice tus maldades como se deshace una nube, y quité de ti la niebla escura de tus pecados. Por tanto vuélvete á mí, pues yo te redemí. Ésta es pues la primera sentencia que presuponemos en esta materia.

La segunda es afirmar que aunque nuestro Señor pudiera remediar al hombre caído por muchos otros medios, mas ninguno había más excelente que éste, ni más proporcionado y más conveniente así para la gloria de Dios como para la salud y remedio del hombre, y señaladamente para que en esta obra se hallasen aquellas dos virtudes con que nuestro Señor acompaña todas sus obras, que son misericordia y justicia, las cuales aunque al parecer sean contrarias, aquí se hallan perfectísimamente juntas, como adelante se verá.

Mas al fin deste preámbulo advierto que aunque todo lo que aquí escribimos de la grandeza de la bondad y caridad de nuestro Salvador, y de la acerbidad de los dolores y injurias que por nuestro remedio padesció, se ordene á mover nuestros corazones al amor deste Señor, y á la compasión de sus dolores, y al agradescimiento deste sumo beneficio, y á la admiración desta tan grande bondad y caridad, mas no basta todo cuanto acerca desta materia se escribe para despertar y encender en nosotros estos afectos y sentimientos, si el mismo Señor que nos redimió, no nos los da. Porque aunque él padesció por todos, pero no á todos da el sentimiento de lo que por ellos padesció. Por dónde, así como tratando de las excelencias de la fe, dijimos que no basta lo que dellas se escribe para confirmarnos en ella, si no pedimos á nuestro Señor particular luz y favor para esto (por ser la fe don de Dios) así decimos que no menos es don especial del mismo Dios tener estos piadosos y devotos afectos en la sagrada Pasión. Por lo cual no basta la leción seca de lo que aquí se escribe, si no la acompañamos con esta humilde y devota oración, suplicando á nuestro Señor cumpla con nosotros lo que nos promete por el profeta Ecequiel (2), esto es, que nos quitaría el corazón de piedra y nos daría corazón de carne, para que con éste sintamos algo de lo que este Señor por nuestra causa padesció.

(1) Esai. 44. (2) Ezech. 36.

DE LA SEMEJANZA QUE HAY ENTRE LA OBRA DE LA REDEMPCIÓN Y DE LA CREACIÓN

CAPÍTULO II

Para mayor inteligencia deste soberano misterio de nuestra redempción es de saber que todas las obras de nuestro Señor (y señaladamente ésta, que es la mayor de todas) están ordenadas con suma sabiduría y consejo. Y la principal orden que en ellas hay, es que por la vía que proceden las obras de naturaleza, sean también guiadas las de gracia. Porque como las unas y las otras sean obras suyas, y ambas ellas sean hermanas y hijas de un mismo padre (que es Dios) justo es que tengan semejanza entre sí, y se parezcan las unas con las otras. Y esta manera de filosofar señaladamente siguió el sancto Doctor en todas sus escrituras. Pues para esto habemos de imaginar dos mundos en este mundo: uno natural, que es éste que vemos, con todas las cosas que hay en él, y otro sobrenatural, que es la Iglesia católica, con todos los misterios y sacramentos que hay en ella. Veamos pues de la manera que procedió nuestro Señor en la fábrica deste mundo natural, y por ahí entenderemos la que siguió en la del mundo sobrenatural.

Aquélla explicó brevemente Boecio por estas palabras:

Pulchrum pulcherrimus ipse
Mundum mente gerens, similique imagine formans.

En las cuales palabras significa que aquel hermosísimo Señor, que es fuente de toda hermosura, trazó y concebió en su divino entendimiento la imagen perfectísima deste mundo, y conforme á ella, como á un perfectísimo modelo, lo crió y sacó á luz. Y porque en este mundo (demás de él) hubiese un príncipe y gobernador de quien todas las cosas pendiesen, crió el primero de los cielos (comenzando dende lo alto) que llaman el primer móbile, y junto con él un ángel nobilísimo que lo mueve con increíble ligereza

(pues en espacio de un día natural da una vuelta á todo el mundo) y este cuerpo así movido es causa de cuantos otros movimientos, alteraciones y generaciones hay en la tierra, y esto con tan gran dependencia, que si este movimiento parase, todos los otros pararían, de tal modo que no quemaría el fuego un poco de estopa que estuviese par dél. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, pararían todas las otras que penden del movimiento désta, así parando la rueda de aquel primer cielo, todos los otros movimientos que dél penden, cesarían.

Pues conforme á esta orden decimos que procedió nuestro Señor en la fábrica del mundo sobrenatural, que es la Iglesia católica. Porque como él sea sanctísimo, trazó y concebió en su divino entendimiento este mundo sobrenatural, que es una hermosísima congregación de todos los fieles, y señaladamente de innumerables justos, y una nueva república y nuevo reino, el cual como dice el Apóstol (1), entregará el Hijo de Dios al Padre en el fin del mundo, después que fuere cumplido el número de los escogidos. Esta gloriosa compañía fué mostrada en espíritu á S. Juan en su Revelación, donde dice que vió una compañía tan grande, que nadie la pudiera contar, la cual había sido recogida de todas las naciones y linajes y pueblos y lenguas del mundo, los cuales todos estaban ante el trono de Dios, vestidos de ropas blancas y con palmas en las manos (2). Éste es pues el mundo sobrenatural que Dios *ab aeterno* concebió para criar en el tiempo que le plugo, que es la congregación innumerable de todos los escogidos, dende el primero que hubo en el mundo, hasta el postrero que ha de nascer. Éste es pues el mundo sobrenatural que decimos, el cual es tanto más excelente que el otro, cuanto se ordena á más alto fin. Porque el fin de aquél es conservar las cosas en el ser de naturaleza, mas el de éste es levantarlas al ser sobrenatural de gracia, que es ser divino. Y como Dios crió aquel primer mundo en seis días, así ha de producir éste en las seis edades del mundo, las cuales se acaban el día del juicio final.

Y así como en aquel primer mundo puso el Criador por principio y causa de todas las obras naturales el movimiento del primer cielo, con el ángel que lo mueve, así era razón que pusiese

(1) I Cor. 15. (2) Apoc. 7.

en este mundo sobrenatural otro primer principio y movedor de todas las obras sobrenaturales, que son todas las obras virtuosas y sanctas. Porque no era razón que este segundo mundo caresciese de gobernador, ni este nuevo reino de rey, ni este cuerpo místico de cabeza que influyese su virtud sobrenatural en todos los miembros de él. Pero cuanto este segundo mundo es más excelente que el primero, tanto más excelente convenía que fuese el presidente y gobernador dél. Y conforme á esta dignidad le fué señalado por rey y gobernador y cabeza el mismo Hijo de Dios. Ni podía ser otro más proporcionado ni más conveniente que él. Porque ¿quién había de ser bastante para influir espíritu de sanctidad y gracia en todos los miembros de este cuerpo místico (que son innumerables) sino quien tuviese virtud infinita, cual era la del Hijo de Dios? Item, como sea verdad que en aquella soberana ciudad (donde Dios mora con todos sus escogidos) no pueda entrar cosa sucia y contaminada con pecados, como nos lo representan aquellas vestiduras blancas con que S. Juan vió vestidos á todos los escogidos (1), y sea verdad que todos los hombres estén amancillados con infinitos pecados así originales como actuales, ¿quién había de ser poderoso para purgar tanta infinidad de males, sino quien tuviese esta virtud infinita, que era el mismo Hijo de Dios?

Conformando pues agora esta traza de la obra de la redempción con la de la creación, que al principio propusimos, digo que así como en esta obra de la creación ponemos por causa de todas las obras naturales el movimiento del primer cielo, y la inteligencia que lo mueve y se sirve dél como de instrumento universal para todas las obras naturales, así en la obra de la redempción el Hijo de Dios es el autor y causa eficiente de nuestra salud, y su sagrada humanidad (á manera del primer cielo) es el instrumento general deste Señor. Porque (como dice Cirilo) el Verbo divino (que es el autor y dador de la vida) juntando consigo la carne humana, le comunicó esta virtud, que ella también, como instrumento conjuncto dél, fuese dadora de vida.

De lo que está dicho se infiere (como dijimos) que todos los movimientos y alteraciones deste mundo inferior (de cualquier

(1) Ubi supra.

condición que sean) penden del movimiento del primer cielo. Así entendemos que en el mundo que aquí habemos figurado, de tal manera penden todas las obras virtuosas y sanctas de la gracia y méritos desta sagrada humanidad (que comparamos con el primer cielo) que ningún buen propósito, ni deseo, ni gemido, ni obra ó palabra que sea agradable á Dios, puede haber que no nos venga por los méritos y gracia deste Señor. Para que por aquí entendamos que todos los bienes nos vienen por él, y que á él los habemos de agradescer, y á él y por él los habemos de pedir, y á él nos habemos de acoger en todas nuestras necesidades, y en él habemos de poner toda nuestra confianza, nuestro amor, nuestra felicidad y todos nuestros cuidados y pensamientos, y tener por perdido el tiempo que no gastáremos con él ó por él.

DE LA COMÚN DOLENCIA Y CAÍDA DEL GÉNERO HUMANO

CAPÍTULO III

COMENZANDO á tratar en particular deste inefable misterio de nuestra redempción, habemos de presuponer que ella fué remedio y medicina de la común caída y dolencia del género humano, y señaladamente del pecado original, con que la naturaleza humana quedó pervertida y lisiada. Y porque no se puede conoscer bien la eficacia de la medicina, sino conocida la malicia de la dolencia, trataremos primero de la dolencia, y luego de la medicina. Para lo cual será necesario tomar este negocio de sus primeros principios.

Para la inteligencia desta doctrina habemos de tomar por fundamento la inmensa bondad de nuestro Señor Dios, que es el principio de todas sus obras, y mucho más lo es désta, que por excelencia se llama la obra de Dios. Pues como sea proprio de la bondad ser comunicativa de sí misma y de los bienes que tiene, de aquí se infiere que á la suma bondad (cual es la divina) conviene suma comunicación. Por tanto, no contento él con haber comunicado á sus criaturas el ser que tienen, con todo lo necesario para la conservación deste ser, pasó tan adelante la grandeza de su magnificencia, que no contento con la comunicación de los bienes criados, quiso también comunicar los increados, que es la comunicación y participación de su misma bienaventuranza y gloria. Para lo cual crió dos órdenes de criaturas nobilísimas y capaces desta tan grande gloria, unas puramente espirituales, como son los ángeles, y otras espirituales y corporales, como son los hombres. Los cuales aunque son criaturas muy bajas en comparación de los ángeles, mas en la dignidad deste fin tan glorioso son iguales á ellos.

Mas dejemos agora los ángeles (que no hacen á nuestro prosito) y tomemos al hombre, al cual crió Dios para el fin susodicho. Y porque las obras de Dios son perfectas y ordenadas con suma sabiduría, como crió al hombre para tan alto fin, así le pro-

veyó de todas las perfecciones y gracias que para tal dignidad se requerían. Porque primeramente le infundió su gracia, con los hábitos de todas las virtudes que della proceden, para que con la gracia fuese su ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, y con las virtudes estuviese hábil y dispuesta para bien obrar. Y no contento con esto, criólo con la justicia original, que fué como una corona real, con que le dió señorío sobre todos los animales, para que todos le obedeciesen, y sobre la muerte, y sobre todas las enfermedades que abren camino para ella, y (lo que es más) dióle señorío sobre todos los apetitos y deseos de su carne, los cuales en aquel dichoso estado obedecían á la voluntad con tanta facilidad como le obedecen agora los miembros, cuando los quieren menear, advirtiéndole que siendo él fiel y obediente, gozaría de todas estas gracias y privilegios así él como todos sus descendientes, y no lo siendo, así él como todos ellos los perderían.

Entonces el demonio, como enemigo de Dios, con rabiosa envidia que contra el hombre concibió, por haber de suceder en el lugar que él perdió, procuró engañar á la mujer, y por ella pervertir al hombre, y hacerle quebrantar el mandamiento divino. Por el cual pecado perdieron ambos las gracias y virtudes que de Dios habían recibido, y con ellas el señorío que de todas las cosas les había dado, y señaladamente el que tenían sobre su carne con todos sus apetitos. Y así luego conocieron su desnudez, y hubieron vergüenza el uno del otro, y cubrieron sus partes naturales con hojas de árboles, porque comenzaron luego á sentir la pena de su pecado.

Pues tal cual el hombre por el pecado quedó, tales nos engendró á todos, mortal á mortales, enfermo á enfermos, miserable á miserables, mal inclinado á mal inclinados, pecador á pecadores y subjectos al demonio, á quien él se subjectó, y finalmente, desnudo á desnudos, no tanto de la ropa cuanto de justicia y gracia.

Ni es maravilla que los hijos deste primer hombre nazcan privados de aquella gracia y justicia original que él perdió, porque así como el caballero que comete una traición contra su rey, pierde el estado y mayorazgo que tenía, y por él lo pierden todos sus descendientes, como hijos de traidor, así cometiendo el primer hombre aquella traición de levantarse contra Dios, él perdió

aquella grande dignidad que había recebido, y nosotros la perdimos por él. Éste es pues el estado miserable en que el hombre quedó por el pecado.

§ I

Pues de la privación desta dignidad, que es, destos privilegios y gracias que el hombre perdió pecando, nasce otro grande mal. El cual es, que siendo razón que la criatura amase más á su Criador que á sí misma y que á todas las cosas (como vemos que los miembros aman más á su cabeza que á sí mismos, y así se ponen á ser cortados por ella) mas no es así, antes nascen todos los hombres con un torcimiento y una grande lisión y monstruosidad, que es, con una inclinación habitual de amar más á sí y á todas sus cosas que á Dios. De manera que nacen vueltas las espaldas á Dios, y convertidos á sí mismos por este amor tan desordenado que se tienen. Y este torcimiento y desorden (que procede de la pérdida susodicha) es lo que los teólogos llaman pecado original, en el cual todos somos concebidos. Lo cual se nos declara en el capítulo 25 del santo Job. Porque donde nuestro texto dice que no será limpio el que nace de mujer, los Setenta trasladaron diciendo que nadie está limpio de pecado, aunque sea un niño recién nacido de un día. Y lo mismo alegó el Profeta Real para aliviar la culpa del pecado que había cometido, diciendo (1): Mirad, Señor, que en maldades fuí concebido, y en pecados me concebió mi madre. Y llama aquí pecados al pecado original, porque aunque él sea un pecado en acto, es todos los pecados en potencia, porque de la mala raíz deste amor desordenado nascen todos los pecados, porque ningún pecado hay que originalmente no nazca deste mal amor. Porque los hombres no pecan de balde, sino por algún interese ó deleite que este mal amor pretende. En lo cual se ve cuánta necesidad tienen todos los hombres del favor de la divina gracia para no pecar, como lo significó el santo Job, cuando dijo (2): ¿Quién, Señor, puede hacer pura y limpia una criatura concebida de masa sucia, sino solo vos?

Ésta es pues la dolencia común del género humano. Y que sea ella verdadera y grave dolencia, se conoce por la dificultad

(1) Psalm. 50. (2) Job 14.

que sentimos en hacer las obras que son conformes á nuestra naturaleza. Porque vemos que cuando un ave no puede volar, ni un pece nadar, ni un caballo correr, ó á lo menos que hacen esto con dificultad, entendemos que tienen alguna dolencia que les impide estos oficios y obras, que son tan proprias y naturales. Pues muy más proprio y natural es á la criatura racional vivir por razón (que es vivir conforme á la ley de virtud) y vemos cuán pocos y cuán contados son aun entre cristianos los que desta manera viven. Pues ¿quién no verá por aquí que está doliente la criatura que no puede hacer, ó hace con grande dificultad lo que es tan proprio y tan conforme á su naturaleza? Item, ¿qué cosa hay más justa, ni más obligatoria, ni más conforme á toda ley de naturaleza, que honrar, servir y amar sobre todas las cosas aquel soberano Señor de todo este universo, en quien vivimos, y nos movemos, y somos, y sin cuya virtud no podríamos ni abrir la boca ni respirar? Y con ser esto así, vemos que ninguna cosa menos hacen los hombres del mundo que ésta, que á todas las cosas había de ser antepuesta con infinita ventaja. Pues ¿qué mayor indicio desta común dolencia que éste? Item, tiene el hombre ánima y cuerpo: el cuerpo tiene común con las bestias, y el ánima con los ángeles, y con ser tanta la ventaja de parte á parte, todos sus sentidos y cuidados y trabajos emplea en servicio y regalo del cuerpo, que mañana morirá, y ningún cuidado tiene de su ánima, que para siempre ha de vivir, ó en perpetua gloria, ó en perpetua pena. Pues ¿quién será tan ciego que por estos y otros semejantes desvaríos no vea la corrupción y dolencia espiritual de la naturaleza humana, pues falta en cosas tan proprias y tan naturales y tan necesarias á su vida? Cuando vemos que una criatura con grande gusto come tierra, entendemos que está doliente, por tener apetito de manjar tan contrario á su naturaleza. Pues ¿qué cosa más contraria y perjudicial á la naturaleza de la criatura racional que el pecado, que es obra contra razón? Y pues vemos generalmente los hombres tan apetitosos deste manjar tan contrario á su naturaleza, pues apenas vemos otra cosa en el mundo sino pecados sobre pecados y maldades sobre maldades, ¿quién no verá estar enferma la naturaleza que así apetesce cosa que le es tan dañosa y tan contraria?

Mas el que quisiere entender de raíz la corrupción de nuestra naturaleza, no la ha de considerar en los cristianos que tienen fe,

ni en los hombres que viven debajo de superiores y de leyes (que no los dejan obrar lo que ellos quieren) sino en los monarcas del mundo, que no reconocen superior, ni hay quien resista á sus apetitos, y ahí verá muchos Sardanápalos, y Nerones, y Calígulas, y Heliogábalos, y Falárides, y otros semejantes monstruos, y hallará entre ellos á Jerjes, rey de los persas, que juntó ejército de un cuento de hombres por tierra, y de tres mil navíos por mar, y por haberle sucedido mal los negocios de la guerra, determinó entregarse á todo género de carnalidades y deleites, y llegó á tan grande extremo de deshonestidad, que prometió cierto premio á quien le descubriese algún género de lujuria más delicioso que los que él usaba. Pues ¿quién no ve por estos y por otros semejantes ejemplos cuán grande sea la corrupción y dolencia de nuestra naturaleza?

Mas no haga nadie cargo al Criador desta dolencia. Porque él, que es sumamente perfecto y bueno, todas las cosas crió buenas y perfectas, cada cual en su género. Y así acabándolas de criar, dice la Escriptura que vió todas las cosas que había criado, y que eran no como quiera buenas, sino grandemente buenas (1). Mas el pecado y desobediencia del hombre, que deseó usurpar la semejanza de Dios, fué causa de que perdiese aquella rectitud natural y justicia con que Dios lo había criado, y por él también la perdimos nosotros, como arriba está declarado. Dicen que si plantando una vid, le entremeten en la raíz un poco de escamonea, todas las uvas que lleva nacen escamoneadas, y así son dañosas como la misma escamonea. Desta manera pues podemos imaginar que el escamonea del pecado entró en aquel primer hombre (que era raíz y principio de todos los hombres) por donde el vicio y ponzoña que entró en la raíz (que era aquel común padre) se extendió por todos los hijos. Conforme á lo cual dice S. Augustín: Entonces se perdió el género humano, cuando pereció un hombre en quien estaba todo, porque tal cual él quedó, tales engendró á nosotros. Ésta es ley común de las gentes, que los hijos sigan la condición de sus padres, y así el hijo de nobles es noble, y el hijo del villano es villano, y el hijo de la madre libre es libre, y el de la esclava esclavo.

Perdida pues aquella gracia, la cual tenía enfrenadas todas

(1) Genes. 1.

nuestras inclinaciones y apetitos, faltando este freno, luego todos ellos como caballo desbocado y desenfrenado, se desordenaron y rebelaron contra el espíritu en castigo de haberse el hombre desmandado y rebelado contra su Criador.

Cómo la doctrina del pecado original sirve para declarar la necesidad del remedio de la encarnación y pasión de nuestro Salvador.

§ II

Esta doctrina susodicha del pecado original y de la corrupción de la naturaleza humana, que dél se siguió, es fundamento para entender el misterio de la encarnación del Hijo de Dios y la necesidad que teníamos deste remedio. Para lo cual se debe notar que de dos maneras de remedios había usado la divina Providencia para la sanctificación de los hombres: el uno en la ley de naturaleza, y el otro en la de Escriptura, porque en aquella primera ley estaba impresa en los corazones de los hombres el conocimiento de lo bueno y de lo malo, con un dictamen, que habían de seguir lo uno, y aborrecer lo otro. Asimismo imprimió en ellos una natural reverencia y amor para con Dios, como imprimió la misma reverencia y amor en los hijos para con sus padres. Y demás desta inclinación natural que está dentro de nosotros, hay otra de fuera, porque el sol, y la luna, y la hermosura de las estrellas, y el movimiento de los cielos, y la variedad de los tiempos, y la sucesión de las cosas, y finalmente todas las criaturas están diciendo: Dios me hizo, y más particularmente los animales con la fábrica de sus cuerpos tan perfecta y con las habilidades que el Criador les dió para procurar su conservación, nos incitan al amor y reverencia susodicha.

El fructo que desta ley natural se siguió en el mundo, fué que aunque algunos justos y sanctos hubo en ella, el castigo universal del diluvio declara cuán pequeño era este número de los buenos, y cuán grande el de los malos.

Después desta ley proveyó nuestro Señor de otro más eficaz remedio con la ley de Escriptura, bajando él al monte Sinaí, y dando leyes escriptas por su dedo, y espantando los hijos de Is

rael con la majestad y aparato de su presencia y con las amenazas de sus castigos, y con promesas de sus beneficios. Y aunque aquí hubo mayor número de justos que en la ley de naturaleza, pero con todo esto se desmandaron tanto estos hombres en los vicios y en el culto de los ídolos, que así los diez tribus como los dos que quedaban, fueron castigados con duro cautiverio.

Por lo dicho vemos cuán poco aprovecharon estos dos primeros remedios de que la divina Providencia usó para reformar las vidas de los hombres: de lo cual fué la causa esta mala raíz del pecado original con que la naturaleza humana fué estragada, según habemos declarado.

Mas cuán grande haya sido el estrago y daño que nuestra naturaleza por este pecado recibió (no solamente en el cuerpo, sino mucho más en el alma) no bastarían muchos libros para explicarlo. Mas entre todos los indicios que para esto hay (demás de lo que está dicho) basta tender los ojos por todo el mundo, no sólo por tierras de infieles y paganos (que viven como bestias, siguiendo los apetitos de su carne) sino también por las ciudades y tierras de cristianos, que tienen fe, y sacramentos, y doctrina, y conocimiento de otra vida, y adoran un Dios que murió por matar el pecado y desterrarlo del mundo. Y con todo esto hallará ser tanta la muchedumbre de los malos, que en cada lugar se podrán contar por los dedos los hombres que viven en temor de Dios, y todo el resto dellos no trata más que de lo presente, que sirve para esta vida y para el regalo de su carne, sin tener cuenta con Dios, ni con la salvación de sus ánimas, ni con cosa de la otra vida. Por lo cual dijo Salomón que era infinito el número de los locos (1).

Esto pues basta para entender cuán grande y cuán mortal haya sido aquella lanzada y dolencia del género humano, y cuán grande había de ser la medicina que fuese poderosa para curar un mal tan universal, tan antiguo, tan envejecido y tan arraigado en todos los senos y potencias de nuestra ánima, y tan confirmado con los malos ejemplos de todo el mundo. Y quien esto considerare, no extrañará el misterio de la encarnación y pasión del Hijo de Dios, y la medicina de los sacramentos, porque mal tan grande y tan extraordinario, ya que Dios por las entrañas de su

(1) Eccle 1.

misericordia quería curarlo, extraordinarios remedios pedía, pues ni aun con todo esto han cesado del todo los males.

Ni bastaba para esto la lumbre de naturaleza, ni la de la ley escripta (como ya dijimos) porque éstas no hacían más que alumbrar el entendimiento con el conocimiento del bien y del mal, lo cual no bastaba, porque la principal parte de la dolencia más estaba en la desorden y rebeldía de nuestro apetito que en la falta del conocimiento. Y por esto la medicina que se aplicaba al entendimiento, no bastaba para curar la llaga de nuestra rebelde voluntad. Pues para la cura desta llaga mortal ninguna medicina había más eficaz que el misterio de la encarnación y pasión de nuestro Salvador, como luego se declarará.

DEL REMEDIO DESTA DOLENCIA, QUE FUÉ LA PERFECTA SATISFACIÓN Y REDEMPCIÓN DE CRISTO

CAPÍTULO IV

Estando pues el hombre en este tan miserable estado, y pudiéndolo Dios dejar en él, no lo quiso hacer, sino usando de su infinita bondad y misericordia, determinó darle remedio, y así aquella suma bondad que lo movió á criarlo, le movió á remediarlo, y esto por la más alta manera que podía haber. Porque este fundamento se ha de presuponer así en esta obra de Dios como en todas las demás, que comúnmente no trata él de lo que podría hacer de su poder absoluto, sino de lo que conviene á la rectitud y orden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia, para que todas sus obras sean perfectas como él lo es. Lo cual señaladamente guardó en esta obra de nuestra redempción, por ser ésta la más excelente de todas. Y con esto se responde á las preguntas que los hombres ignorantes suelen hacer acerca deste misterio diciendo: ¿No pudiera Dios remediar al hombre por otros medios, sin tanta sangre y tanta costa suya? A esto fácilmente respondemos que lo pudiera hacer, mas (como está dicho) nunca mira él á lo que puede, sino á lo que conviene á la rectitud y orden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia.

Para cuyo entendimiento se ha de presuponer lo que en otras partes está dicho, conviene saber, que nuestro Señor en todas sus obras pretende dos cosas, que son, gloria suya y provecho del hombre. De dónde se concluye que la obra de Dios en que estas dos cosas más perfectamente se hallaren, ésa será más propria y más digna dél. Pues esto es lo que con su favor y ayuda trataremos en esta tercera parte, declarando cómo en esta obra de nuestra redempción se hallan más perfectamente estas dos cosas, que en cuantas hasta hoy tiene hechas y puede hacer. Y primero trataremos de lo que toca á la gloria de Dios (como cosa más principal) y después de lo que pertenece al provecho del hombre. Mas de tal manera probaremos esto, que á vueltas dello trataremos de lo que sirve para despertar nuestra devoción y amor deste clementísimo Redemptor.

§ I

Comenzando pues por la primera cosa, que es lo que toca á la gloria de Dios, convenía para esto satisfacer en todo rigor de justicia á la Majestad ofendida por los pecados de todos los siglos presentes, pasados y venideros, así actuales como originales, los cuales (cuanto es de parte de la especie humana) no repugna ser infinitos, y lo que más es, cada pecado mortal es de gravedad infinita, por ser ofensa hecha contra majestad infinita, pues nos consta que cuanto la persona ofendida es de mayor dignidad, tanto la ofensa es de mayor gravedad.

Pues ¿quién había de ser poderoso para satisfacer á la Majestad ofendida con tan gran número de ofensas, y todas de gravedad infinita? Claro está que el miserable hombre no era poderoso para satisfacer en rigor de justicia por un solo pecado, cuanto más por tantos. Porque demás de otras manqueras y defectos que en él había, estaba en desgracia y enemistad de Dios, y era como el Apóstol dice (1), hijo de ira, y de tales personas no acepta Dios servicio ni sacrificio, como no aceptó el de Caín, porque estaba en su desgracia (2).

Tampoco ni podía, ni debía satisfacer algún ángel, por muchas razones. Porque primeramente no era cosa decente que la culpa fuese de una naturaleza, que era la humana, y la satisfación de otra, que era la angélica. Y demás desto el ángel es criatura, cuya virtud es limitada y finita, y es también persona particular, y por ambas causas no puede por tela de justicia satisfacer por deuda universal y tantas veces infinita. Y sobre todo esto, ya que él pudiera satisfacer y redemir al hombre, no era razón que quitase Dios esta gloria de sí, y la diese á una criatura. Porque como él sea dador de todo nuestro bien, á él quiso que lo debiésemos todo, y lo amásemos por todo, conforme á lo cual se celebra aquella sentencia de S. Anselmo, que dice: Porque no repartieses el amor entre criador y redemptor, el mismo Señor quiso ser tu criador y tu redemptor.

Tenemos pues aquí declarado cómo ni el hombre ni el ángel podían descargar esta deuda. Por dónde, siendo la deuda (como

(1) Ephes. 2. (2) Genes. 4.

está dicho) infinita, necesario es que la paga y satisfación sea también infinita, para que haya proporción entre lo uno y lo otro, porque de otra manera no se guardara rectitud y orden de justicia. Es luego para esto necesaria virtud infinita. Pero ésta no se halla en las criaturas, sino en solo el Criador: mas éste ni puede satisfacer ni merecer, porque éstas son obras de otra naturaleza inferior, cual es la del hombre. Pues ¿qué remedio, Señor, para que por términos de justicia sea el hombre remediado? ¿Dónde hallaremos remedio para esta dificultad, pues ni en el cielo, ni en la tierra (esto es, ni en los ángeles, ni en los hombres) lo hallamos?

Donde faltó el remedio de las criaturas, no faltó el del Criador, á quien ninguna cosa es imposible. Él pues halló medio para esta tan grande dificultad, y el medio fué digno de su infinita sabiduría é inmensa bondad y misericordia: y éste fué juntar nuestra humanidad con el Verbo divino en un mismo supuesto, para que dél se comunicase á la naturaleza humana virtud y gracia infinita para satisfacer por deuda infinita cual era la nuestra. De modo que de la una naturaleza se tomó el poder merecer y satisfacer, de la otra el caudal de la gracia para poder perfectamente satisfacer, y por esta vía la satisfación fué perfectísima y plenísima en todo rigor de justicia, por la dignidad infinita de la persona que satisfacía. Y con ser tan perfecta la justicia, no fué menor la misericordia, porque todo lo que pagó y mereció el Hijo, se comunicó de pura gracia al siervo: y así se hallan en esta obra justicia y misericordia en sumo grado de perfección, lo cual por otra vía no se podía hallar. Porque si Dios perdonara de pura gracia, hubiera aquí misericordia, mas no justicia, pues tan grandes ofensas quedaban sin castigo. Pero si las castigara como lo merecían, no quedaba lugar á la misericordia: mas por este camino se halló medio para que estas dos hermanas y compañeras perpetuas de todas las obras divinas se hallasen juntas, encargándose por su inmensa caridad el Hijo de Dios de la justicia, y ofreciendo al siervo la misericordia. Y desta manera quedó Dios perfectamente satisfecho y honrado, y el hombre á costa ajena copiosamente redemido y librado.

Pues desta misericordiosa unión de las dos naturalezas divina y humana procedió esta perfecta satisfación. Porque el pobre hombre debía, y no tenía con qué pagar. Dios podía pagar, mas

ni debía ni podía satisfacer. Pero haciéndose Dios hombre, en él tenemos deudor y pagador, pues el hombre debe, y Dios le comunica su virtud para que pague. Y desta manera en la misma naturaleza humana en que se cometió la culpa, se halla el remedio y medicina della: y el hombre con esto queda más honrado, porque si hombre fué el que pecó, hombre también fué el que nos redimió.

§ II

En esta manera de remedio, demás de lo dicho, resplandece maravillosamente la orden de la sabiduría y justicia divina, porque ordenó ella que por el camino que entraron nuestros males, entrasen también nuestros bienes, y que como el pecado y la muerte vinieron por culpa de uno, así la justicia y la vida viniesen por la sanctidad de otro. Porque no era razón que fuese de menor eficacia la sanctidad para remediar, que la culpa para dañar, ni que fuese menor el reino de la misericordia que el de la justicia, y pues la justicia se extendió á condenar á muchos por la culpa de uno, se extendiese también la misericordia á salvar á muchos por la sanctidad de otro.

Ni faltan aquí otras admirables conveniencias, por las cuales se ve con cuánta orden de justicia fué el pecado descargado, y el hombre redemido. Porque así como la soberbia de aquel primer hombre, que siendo puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios, nos condenó á todos, así la humildad de otro hombre, que siendo verdadero Dios se abajó á tomar la naturaleza de hombre, nos hiciese (cuanto es de su parte) salvos á todos. Porque no era posible hallarse humildad que tan derechamente se contrapusiese á aquella soberbia, como ésta. Asimismo, como la desobediencia de aquel hombre que estando por ley de naturaleza subjecto á Dios, se eximió della, nos dañó á todos, así la obediencia de este segundo hombre, que por esa misma ley estaba exempto de toda subjección, ganase el perdón y la justificación para todos, y según dice el Apóstol (1), como por aquella desobediencia se hicieron muchos pecadores, así por esta obediencia se levantarían muchos justos.

Desta manera pues ordenó la divina Sabiduría que hubiese esta maravillosa proporción y correspondencia entre la satisfa-

(1) Rom. 5.

ción y la culpa. Lo cual elegantemente declara Eusebio Emiseno en una homilía de la Pascua, donde hablando en persona del mismo Redemptor, dice así: Extendió su mano atrevida el hombre desobediente al árbol vedado, extendamos nosotros nuestras inocentes manos en el árbol de la cruz. Por medio del madero se cometió la culpa, por medio de otro madero sea quitada. Pecó el hombre cebado con la suavidad del árbol que le era prohibido, páguese la culpa desto con la hiel y vinagre que se bebió por ella. Está el hombre condenado por la culpa de la soberbia, por la cual pretendió usurpar la semejanza de Dios: pues para esto humíllese nuestra divinidad por la culpa de aquella soberbia, y ofrézcase la majestad por el crimen cometido contra esa majestad. Sobre todo esto, el hombre es deudor de muerte, y esta deuda conviene que se pague. Para esto tomaremos naturaleza mortal, y ofreceremos nuestra muerte por esta muerte. Y porque el demonio no tenga qué alegar contra su captivo, él extenderá sus manos malvadas en el árbol de la vida, para que por dos títulos quede el hombre redemido, esto es, por la sangre del Crucificado, y por la maldad del demonio que la muerte le procuró. Desta manera por medio de nuestra pasión quedará el demonio condenado, y el hombre por ella misma libre. Hasta aquí son palabras de Eusebio, en las cuales (demás de las otras singulares conveniencias) vemos ésta, que es haber sido el hombre librado del demonio, no sólo por el poder de Cristo, sino también por título de justicia, y que como él venció al hombre por engaño, así él también fuese engañado. Para lo cual es de saber que como Dios concedió al hombre comer de todos los árboles del paraíso, excepto uno, así permitió al demonio que llevase todos los hombres concebidos en pecado á su reino. Mas como esta licencia se le diera por el pecado, quedaba exempto de ella quien fuese libre del pecado. Mas el demonio viendo á Cristo subjecto á penalidades y muerte (que nos vinieron por el pecado) creyó que él también era pecador como los otros, y así le procuró la muerte. Y porque procuró la muerte al hombre que le era vedado, justamente meresció perder todo lo que tenía poseído, y así el hombre captivo quedó por título de justicia de su poder librado. Lo cual divinamente representó Dios al sancto Job por estas palabras (1): ¿Por

(1) Job 40.

ventura, dice él, serás tú poderoso para prender á Leviatán (que era el mayor pece de la mar) con un anzuelo, como yo lo prenderé? Este gran pece es figura del demonio, el cual Dios prendió con su anzuelo. Este anzuelo fué Dios humanado, cuyo cebo era aquella sagrada humanidad, subjecta á las penalidades desta vida mortal, que nos vinieron por el pecado: mas el garfio de hierro era la potencia de su divinidad, que con este cebo estaba cubierta. Viendo pues el demonio aquella sancta humanidad subjecta á estas penas, creyó que aquel hombre que veía penado, era también culpado, y así por medio de sus miembros le procuró la muerte, porque no entendió que debajo de aquella naturaleza mortal estaba la inmortal, y así mordiendo él en ella, quedó mordido, y acometiendo al cebo quedó preso en el anzuelo. Y desta manera pescó Dios y prendió esta gran ballena que tragaba casi todo el mundo, y sacó de su reino aquel rico despojo de los sanctos padres, que en parte de su reino por culpa del común pecado estaban detenidos. Y así el que engañando venció al hombre, siendo él por Cristo engañado, quedó vencido y saqueado.

Hay también aquí otra conveniencia singular, que es haber tomado el Salvador armas del mismo demonio para vencerle. Porque por el pecado introdujo el demonio la muerte y las penalidades en el mundo, y tomando Cristo en sí estas penalidades y muerte, venció al demonio que las había acarreado. Por lo cual dice el Apóstol que con el pecado destruyó el pecado (1), queriendo decir que tomando en sí las penas que trajo el pecado, nos redimió y alcanzó perdón del pecado. Y esto es cortar la cabeza á Golías con la misma espada de Golías.

§ III

Es tan admirable este medio que la divina Sabiduría escogió para nuestra salud, que por cualquier parte que lo miremos, siempre hallaremos en él singulares conveniencias y beneficios que por él se nos comunican. Porque primeramente por él nos proveyó el Padre eterno de un perfectísimo reconciliador y fide-

(1) Rom. 8.

lísimo medianero entre sí y los hombres, para hacer firmes y eternas paces entre Dios airado y los hombres culpados, porque la condición del perfecto medianero es que sea fiel y grato á ambas las partes. Pues ¿quién más fiel que el Hijo de Dios, fiel y grato á Dios, porque era verdadero Dios, fiel y grato á los hombres, porque era verdadero hombre? Y así él fué el que hizo estas firmísimas paces y amistades entre Dios y ellos, y por esto dice el Apóstol que el Padre Eterno nos hizo agradables y amigos suyos por medio de su amado Hijo (1). Porque ¿quién otro nos había de hacer gratos y amigos, sino este tan grande amigo? ¿Quién sanctos, sino este Sancto de los sanctos? ¿Quién justos, sino éste que es la misma justicia? ¿Quién hermosos, sino éste sumamente hermoso? ¿Quién finalmente hijos adoptivos de Dios, sino el natural Hijo del mismo Dios?

Por este mismo medio nos proveyó también el Padre eterno de un fidelísimo y aceptísimo abogado y sacerdote ante su divino acatamiento, no sólo para alcanzarnos perdón de los pecados, sino también para el remedio de infinitas necesidades y miserias que nos aprietan y cercan en esta vida, la cual con más razón se podía llamar muerte prolija, que vida. Pues ¿qué mejor abogado, qué más fiel y poderoso sacerdote que el Hijo de Dios (el cual representando al Padre aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa, y aquellas preciosas llagas que padesció por su obediencia) está siempre abogando y intercediendo por nosotros?

Por este medio también el hombre, que estaba abatido y hecho semejante á las bestias (cuyas obras imitaba) fué honrado y en parte levantado sobre la dignidad de los ángeles, pues como dice el Apóstol (2), no tomó el Hijo de Dios la naturaleza angélica, sino la humana. Por dónde, así como cuando casa una mujer pobre con un rey poderoso, todos los parientes della quedan honrados, así habiéndose el Rey del cielo desposado con la naturaleza humana (con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas no hay más que una sola persona) todos los hombres quedan ya tan honrados, que pueden decir con el Profeta (3): Tú eres, Señor, mi gloria y el que me has hecho levantar cabeza.

---

(1) Ephes. 1. (2) Hebr. 2. (3) Psalm. 3.

§ IV

Mas agora es bien que entendamos la eficacia desta satisfación, para que así crezca en nosotros la esperanza de la gracia y del perdón. Es pues agora de saber que nuestro Señor Dios, para aceptar y gratificar más nuestras buenas obras, más respecto tiene á la persona que las hace, que á las mismas obras, y por eso se dice que miró Dios á Abel, y por él miró á sus obras, mas en Caín no tenía que mirar, y por eso tampoco miró á sus dones. Pues por aquí entenderá el hombre cuánto agradó al eterno Padre el sacrificio de su unigénito Hijo, si considerare la grandeza del amor con que el Padre le ama, ca le ama con infinito amor, ámale tanto cuanto ama á sí mismo, pues en él ve su misma substancia y hermosura. De dónde se infiere que más ama el Padre á este Hijo, que aborresce todos los pecados del mundo, y por consiguiente más le agradó aquel sacrificio de Hijo tan amado, que le desagradaron todos los pecados del mundo, y más servido y honrado quedó con este servicio, que ofendido con todos nuestros pecados. Y porque la vida deste clementísimo Redemptor valía más que todas las vidas de los hijos de Adán (porque era vida divina) de aquí es que mucho más fué lo que este Señor ofreció á su Padre dándole su vida, que cuanto los hombres le quitaron (cuanto era de su parte) con su malicia.

Desta manera pues este clementísimo Redemptor satisfizo en general y en particular por todas nuestras culpas, y con esta tan copiosa redempción quitó el muro de división que había entre Dios y los hombres , que eran los pecados, y con esto nos reconcilió con él, y amansó el furor y ira que contra nosotros tenía concebida. En figura de lo cual leemos que así como el profeta Jonás fué echado en la mar, luego la mar, que andaba muy brava, súbitamente se sosegó (1), así en cayendo nuestro verdadero Jonás en la mar de sus angustias y pasiones, cesó luego el furor de la ira y indignación divina. Y así luego abrió él las puertas del cielo aun á los ladrones, las cuales habían estado cerradas dende el principio del mundo aun á los muy sanctos. Luego envió al Espíritu Sancto con todas las riquezas de sus dones y gra-

(1) Jonae I.

cias, y especialmente con el don de las lenguas, para que Dios, que en solo el rincón de Judea era conoscido y adorado, lo fuese en todas las naciones del mundo. Y luego el Salvador dió poder á sus discípulos para perdonar pecados, pues él había ya satisfecho por ellos, y les mandó que fuesen por todo el mundo, y predicasen la buena nueva y gracia del Evangelio, que es (como S. Crisóstomo declara) perdón de pecados y satisfación de las penas debidas por ellos, sanctificación de los hombres, justicia, redempción, adopción de hijos de Dios, heredad del reino del cielo, y hermandad con el mismo Hijo de Dios. Estos y otros innumerables bienes contiene en sí el Evangelio, y éste manda el Salvador predicar á toda criatura, sin hacer diferencia de judío ni gentil.

Mas acerca de lo dicho podrá alguno preguntar cuál sea la causa por que estando ya satisfecha tan cumplidamente la deuda del género humano por el sacrificio de Cristo, y merescido el perdón de los pecados, hay tantos que están por perdonar, y que perseveran mucho tiempo en pecados. Á esto respondemos que no nasce esto del defecto de la satisfación de Cristo (que fué perfectísima) sino de la mala voluntad del hombre, por la cual quiere perseverar en su pecado, y ni se dispone, ni aun quiere recebir el perdón dél. Porque notoria cosa es que el sol (cuanto es de su parte) alumbra á todo el mundo, mas si yo cierro todas las puertas por donde me ha de entrar la luz, en mí está la falta, y no en él. Pues lo mismo decimos de la satisfación de Cristo, que basta para mil mundos, mas la culpa es del que no se dispone para la recebir.

Dónde se debe notar que es regla de filosofía que las causas universales no comunican su virtud y sus influencias sino por medio de otras particulares. Y así vemos que el sol cría todas las plantas, mas si el labrador no sembrare trigo ó cebada, no nacerá uno ni otro. Pues así decimos que la pasión de nuestro Redemptor es la causa universal de todos los bienes espirituales que se han dado y darán siempre, mas es menester que entrevenga aquí otra causa particular, que es disponerme yo para que por este medio se me aplique la gracia y el perdón que él nos ganó.

DE LA PROMPTITUD Y ALEGRÍA CON QUE EL HIJO DE DIOS SE OFRECIÓ Á TODOS LOS TRABAJOS QUE SE REQUERÍAN PARA OBRAR EL NEGOCIO DE NUESTRA REDEMPCIÓN

CAPÍTULO V

TENEMOS hasta aquí declarado cómo el más excelente medio que la divina Sabiduría escogió para obrar la salud del género humano, fué juntarse el Verbo divino con la naturaleza humana en una persona. Resta agora ver con qué promptitud de ánimo, y con qué voluntad y alegría se ofreció este Señor á esta obra.

Y para entender esto dende sus primeros principios, conviene saber que esta unión y junta del Verbo divino con la naturaleza humana se celebró en el vientre virginal de nuestra Señora. Porque acabando el ángel de proponer su embajada, y dando la Virgen su consentimiento, luego en ese punto fué criada aquella sacratísima humanidad, y unida por una inefable manera con la persona del Verbo divino con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas no hay más que una sola persona. Y conforme á esta dignidad (que es la mayor de cuantas Dios puede dar) le fueron dadas todas las gracias y poderes y riquezas que para tan alta dignidad se requerían, tan sin tasa ni medida, que si fuera posible agotarse el piélago de todos los tesoros y grandezas de Dios, aquí se agotaran. Y en este mismo punto vió aquella ánima sanctísima la divina esencia con la misma claridad y gloria que la ve agora, y en ella vió todas las riquezas y grandezas que había recibido de pura gracia, que es ante todo merecimiento.

Agora será razón contemplar cuál sería el amor con que esta ánima sanctísima amaría al dador de tantos bienes: mas esto sobrepuja á todo entendimiento criado y por criar, porque el amor fué tal, cual era la dignidad y gracia recebida, que era sin medida. Y cual era este amor, tal era el deseo de agradar y servir y cumplir la voluntad de quien así la había engrandescido y enriquecido, aunque para esto fuese necesario padescer mil cuentos de muertes.

Pues en este punto entendió este Señor que la voluntad del Padre era que fuese reparador, sanctificador y redemptor del género humano, que por la culpa del primer hombre estaba caído, y que para esto amase los hombres con tan grande amor, y desease tanto su remedio, que ofreciese su vida en sacrificio para alcanzarles perdón de sus pecados, y reconciliarlos con Dios, y restituirles la gracia perdida, y que con esto fundase en este mundo un nuevo reino, y una nueva república, y una congregación de hombres muertos al mundo, y vivos á Dios. Los cuales conosciendo la brevedad y instabilidad desta vida, vivan en ella, no de asiento, sino como de prestado, no como en su patria, sino como en venta, no como vecinos y moradores deste mundo, sino como huéspedes y peregrinos en él, no como gente que tiene aquí su ciudad, sino como quien camina para otra que está por venir. Unos hombres tan ofrescidos al servicio de su Criador y á la guarda de sus mandamientos, que estén aparejados á padescer muerte antes que quebrantar uno dellos. Finalmente, unos hombres que aunque sean semejantes á los otros hombres mundanos en la naturaleza, sean tan diferentes en la vida, que así como aquéllos emplean todos sus cuidados y estudios en procurar los bienes del cuerpo, sin tener cuenta con los del ánima, así éstos por el contrario todo su estudio y diligencia pongan en procurar los bienes del ánima, sin hacer caso de los del cuerpo, sino cuanto la necesidad lo requiere.

Pues este reino y esta nueva república poblada de estos nuevos hombres quiso el Padre eterno que su unigénito Hijo fundase en la tierra, á imitación de la república del cielo, y que él fuese su caudillo, su fundador, su capitán y la guía que fuese delante de ellos, llevando la bandera de la cruz en la mano, y enseñándoles el camino del cielo, no sólo con palabras, sino mucho más con obras y ejemplos de su vida sanctísima.

Declarada pues esta voluntad de toda la Sanctísima Trinidad, que en este negocio entrevino, ¿quién podrá explicar con qué alegría, con qué obediencia, con qué promptitud de voluntad, con qué entrañas y deseos aceptaría este mandamiento aquella ánima sanctísima, y con qué amor amaría los hombres que así le eran encomendados? Cosas son éstas tan grandes, y sobrepujan tanto la capacidad de nuestros entendimientos, que no hay qué decir aquí, sino enmudecer y pasmar conociendo que tales es razón

que sean las obras de la magnificencia divina y de aquel Señor que como es incomprehensible en su naturaleza, así lo es en todas sus obras, y más en ésta.

Pues quien quisiere saber una cosa dignísima de ser sabida, que es la raíz y origen del amor de Cristo para con los hombres, sepa que ésta es la grandeza de lã caridad y obediencia que él tiene á su eterno Padre. Porque por eso nos amó, porque su Padre le mandó que nos amase con tan grande amor, como está dicho. Pues ¿con qué alegría aceptaría tal Hijo el mandamiento de tal Padre, de quien tales riquezas y tesoros de gracias había recebido? Porque (como S. Gregorio dice) cuanto con mayor fuerza la caridad sube á lo alto á amar á Dios, tanto con mayor ligereza desciende á lo bajo á amar al prójimo por amor de Dios. Pues por aquí entenderemos con cuánta fuerza revolvería á amar los prójimos encomendados por el Padre quien tan incomprehensible amor tenía al mismo Padre.

Otra causa hay también de la grandeza deste amor, que es aquella sed insaciable que el Hijo de Dios tenía de la gloria de este celestial Padre. Y porque la cosa que más lo glorifica, es la sanctidad de nuestras vidas, por eso deseaba él esta sanctidad con un tan gran deseo, que no se puede con palabras explicar.

CÓMO TODAS LAS PERFECCIONES DIVINAS RESPLANDECEN MÁS ALTAMENTE EN LA PASIÓN DE CRISTO NUESTRO SEÑOR QUE EN TODAS LAS OBRAS SUYAS, Y PRIMERO DE LA BONDAD.

CAPÍTULO VI

POR lo dicho se ve cómo la pasión de Cristo nuestro Salvador sirve para la gloria de Dios, que es la primera cosa que propusimos, pues por ella quedaron las ofensas cometidas contra la divina Majestad perfectamente satisfechas, y por ella quedó Dios mucho más honrado que con nuestras culpas ofendido.

Mas no sólo por esta vía quedó él glorificado, sino porque en esta sagrada Pasión resplandecen más todas las grandezas y perfecciones divinas, que en todas las otras obras suyas ayuntadas en uno, como al principio propusimos.

Y comenzando por la bondad, que á nuestro modo de entender es la mayor de las perfecciones divinas, y de que Dios más se precia, ¿dónde resplandece ella más altamente que en la sagrada Pasión? Para cuya inteligencia conviene primero declarar cuál sea la condición y naturaleza del bien. Ésta es (como dice S. Dionisio) ser comunicativo de sí mismo y de todo lo que tiene, como lo vemos en el sol (que es nobilísima criatura) el cual comunica á todo el mundo la claridad de su resplandor, sin haber cosa que se esconda de su luz y de su virtud. Y cuanto la cosa fuere más buena y más crecida en quilates de bondad, tanto será más comunicativa de sí misma. De dónde se sigue que como Dios sea sumamente bueno, será sumamente comunicativo de sí mismo y de sus perfecciones á todas sus criaturas, á unas más, y á otras menos, según la capacidad y condición de ellas, como dice el mismo sancto. Y por cuanto el hombre tiene en sí capacidad para ser bueno y bienaventurado, de aquí procede desear él sumamente (cuanto es de parte de su naturaleza) hacer á los hombres buenos y bienaventurados, como él lo es. Y esto no por interese alguno que de aquí se le siga, sino por la condición y naturaleza de su bondad. Ésta es pues la que quiso él señaladamente manifestarnos en la obra de nuestra redempción.

Mas aquí es de notar que hay dos grados excelentes de la perfecta bondad: el uno es hacer bien sin ningún linaje de interese ó respecto proprio, sino por pura y sola bondad, el otro es más excelente, que es hacer bien, no sólo sin interese, mas también con pérdida de hacienda, honra ó vida, &c. Y cuanto mayor fuere esta pérdida, tanto declara ser mayor la bondad de donde ella procede. Pues este grado de excelentísima bondad nos declaró el Salvador en su sagrada pasión. Porque (como dice Pedro Ravenas) poco pareció á la grandeza de su caridad comunicarnos sus bienes, si no la mostrara también en padescer nuestros males.

Mas porque él en cuanto Dios no podía padescer (por ser la naturaleza divina inmutable) hizo para esto una cosa tan nueva, tan admirable y tan digna de tal bondad, que fué juntar consigo una naturaleza pasible y mudable, que fué la naturaleza humana, en la cual pudiese padescer lo que en la suya no podía.

Pues deste tan excelente grado de bondad trataremos aquí, no sólo para confirmación de la fe, sino para encender en el corazón de los fieles un grande amor y admiración desta soberana bondad. Y por ser esta materia tan alta, conviene proceder en ella con algunos presupuestos, que serán como escalones para subir á la alteza della.

Entre los cuales el primero sea presuponer que el principio y fundamento de todos nuestros bienes es el conoscimiento de nuestro Dios y Señor. Mas como en esta vida mortal no le podamos conoscer en su misma esencia y hermosura, no tenemos otro medio para conoscerle, sino por las obras y maravillas que ha obrado y óbra en este mundo, las cuales cuanto son más excelentes, tanto nos dan mayor noticia de la excelencia de su hacedor.

Pues como entre todas las obras de Dios la más excelente sea la sagrada humanidad, síguese que ella es la que mayor conoscimiento nos da de sus perfecciones y grandezas, y nos abre camino para entrar en el sanctuario de su divino pecho, y conocer las maravillas que hay en él. Y esto es lo que él nos declaró cuando dijo (1): Yo soy camino, verdad y vida, nadie viene al Padre sino por mí. Y por esto es muy al proprio figurada la sagrada huma-

(1) Joan. 14.

nidad por aquella escalera que vió en sueños el patriarca Jacob (1), que llegaba dende la tierra hasta el cielo, y tenía á Dios en lo alto de ella, para significar que de sus lomos había de proceder esta sacra humanidad, que había de ser escalera por donde los hombres habían de subir al conocimiento de Dios. Y esto es por lo que la Iglesia da gracias á Dios, diciendo que por el misterio de la encarnación del Verbo divino se da á los ojos de nuestra ánima una nueva claridad y luz para el conoscimiento de las cosas divinas. Éste pues sea el primero escalón desta escalera mística.

§ I

El segundo sea, que quien quiere venir en conoscimiento de la grandeza de la divina bondad, ha de apartar los ojos de sí mismo y de la bondad de cuantos sanctos ha habido en este mundo, por grandísimos que hayan sido, y de la bondad de todos los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, y entender que es tan soberana y sobrepujante la divina bondad entre todas estas bondades criadas, y tan diferente de ellas, que en comparación della pierden todo su resplandor, y no lucen más que una candelica pequeña ante el sol de medio día. Lo cual significó el Salvador cuando dijo que nadie era bueno sino solo Dios. De modo que así como la esencia y omnipotencia divina es incomprehensible, así lo es su bondad. Por dónde, como sería gran yerro medir el hombre el poder de Dios con todo el poder criado, así lo será medir la bondad de Dios con cualquiera otra bondad criada. Porque es ella una manera de bondad tan alta, tan soberana y tan diferente de todas las otras bondades, que sobrepuja á todas con infinito exceso. Esto nos denunció el mismo Señor por Esaías, porque después de haber declarado este Profeta la grandeza de la misericordia de Dios para los que se convierten á él, habla luego el mismo Dios con los hombres, diciendo así: No son mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos como los vuestros, porque cuan grande es la distancia que hay del cielo á la tierra, tan grande es la que hay entre mis pensamientos y los vuestros, y entre mis caminos y los vuestros. En las cuales pala-

(1) Genes. 28.

bras vemos cuán grande yerro sería querer los hombres estimar la bondad y misericordia de Dios por la suya, pues cuanto es Dios mayor que el hombre, tanto son mayores todas sus grandezas y perfecciones que las del hombre.

Y porque esta obra de nuestra redempción procedió toda de aquella suma é infinita bondad, conviene para esto tener algún conoscimiento della. Para lo cual es de saber que todas las cosas criadas tienen sus propriedades naturales con que se diferencian unas de otras, como vemos que la propriedad de la tierra es descender á lo bajo, y del fuego subir á lo alto, &c. Pues aunque el Criador esté fuera de la orden de las criaturas, también tiene su propria naturaleza, la cual es estar siempre haciendo bien. Porque como él sea esencialmente la misma bondad, la propriedad natural de la bondad es que así como el sol está siempre echando de sí rayos de luz, así ella está siempre comunicándose á sus criaturas, y haciéndoles bien. Siendo esto así, vea el hombre cuánta razón tiene de gloriarse por tener un tal Señor, cuya naturaleza es hacer siempre bien, y así verá con cuánta razón dijo el Profeta: Alegraos en el Señor, y gozaos los justos, y gloriaos en él los rectos de corazón. Éste es otro presupuesto muy necesario para entender la causa del beneficio inestimable de nuestra redempción, que no fué otra que esta misma bondad.

Mas aquí se ha de advertir que entre las perfecciones divinas que resplandescen en la obra de nuestra redempción, las que más se nos descubren son su bondad y caridad y misericordia. Y por esto la sancta Escriptura unas veces atribuye esta obra á la bondad, otras á la caridad, y otras á la misericordia, las cuales perfecciones están entre sí tan hermanadas, que apenas se puede tratar de la una sin tocar en la otra: mas aunque ellas en nuestro Señor sean una misma cosa, todavía nuestros entendimientos hallan diferentes razones formales con que ponen diferencia entre ellas. Porque á la bondad pertenece comunicarse á los hombres, haciéndolos buenos, que es, comunicándoles la bondad que ella en sí tiene: mas á la caridad pertenesce querer bien y hacer bien á los que ama, y uñirse y hacerse con ellos una misma cosa por amor. Pero de la misericordia es proprio compadescerse de las miserias ajenas, y tomarlas en sí para remediarlas. Pues como este beneficio de nuestra redempción sea tan copioso y tan lleno de bienes, todas estas propriedades y otras muchas caben en él.

§ II

Presupuestos estos fundamentos, comenzaremos á declarar cuánto resplandece la divina bondad en esta obra de nuestra redempción. Dijimos que era proprio de la bondad comunicarse á todos, que es (tratando de los hombres) hacerlos buenos y bienaventurados. Y dijimos que el más excelente grado de la bondad era padescer por hacer á otros buenos, y que cuanto más por esta causa uno padesciese, tanto nos descubría más alto grado de bondad. Pues según esto, deseando el Hijo de Dios hacernos tales cual él es, que es buenos y bienaventurados, vió que ningún medio había debajo del cielo más eficaz para esto, que bajar él del cielo á la tierra vestido de carne humana, y padescer en ella muerte y pasión, por los inestimables frutos que desta pasión se nos habían de seguir (de que adelante se trata) y por los grandes ejemplos y motivos que por ella se nos dan para todas las virtudes, y por las grandes riquezas de gracias que por el mérito della se nos habían de conceder. Viendo pues él todo esto, vencido de la grandeza deste su amor y deseo, no hizo caso de tan pesada carga como tomaba sobre sí, sino de lo que tocaba á nuestro remedio. En lo cual nos descubrió claramente la grandeza de su bondad, ofreciéndose á padescer tan grandes trabajos, y á poner la vida por esta causa, porque como dijo el Salvador que no había mayor muestra de amor que poner el hombre su vida por sus amigos (1), así podemos decir que no hay mayor argumento de bondad que morir un hombre por hacer á otros buenos, y más siendo la muerte acompañada con tantas maneras de injurias y dolores.

Siendo pues esto así, conviénenos agora considerar la grandeza de los trabajos y dolores que el Salvador padesció, y no solo esto, sino todas las otras circunstancias que en esta sagrada Pasión entrevinieron, como es la dignidad de la persona que padesce, y la indignidad de la persona por quien padesce, y la manera y causa del padescer. Porque todas estas cosas juntas declaran la grandeza desta pasión. De las cuales cosas tratamos

(1) Joan. 15.

ya en el Libro de la Oración y Meditación, mas aquí tocaremos algo brevemente dellas, porque en cada cosa déstas tiene el varón devoto bastante materia en que poder apascentar su espíritu y despertar su devoción.

Pues primeramente, cuanto toca á la dignidad de la persona que padesce, levante el hombre los ojos á considerar la alteza y soberanía de aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana, y de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, y de quien tiemblan las columnas del cielo, á quien engrandecen los ángeles, y adoran las dominaciones, y de quien tremen las potestades celestiales: el cual asentado sobre los querubines, mira los abismos, y tiene, como el Profeta dice (1), de tres dedos colgada la redondez de la tierra: cuyas riquezas, cuya gloria, cuya majestad es tan grande, que todo este mundo, y mil mundos que criase, no son más delante dél (como dice el Sabio) que una gota del rocío de la mañana (2). Porque solo él es el que por sí mismo es, sin dependencia de nadie, y todo lo demás es porque él quiere que sea.

Después que así hubiere levantado los ojos á lo alto, abájelos á considerar lo que este tan gran Señor por nuestra causa padesció. Lo cual brevemente declaran los sanctos doctores determinando que los dolores que el Salvador padesció, fueron los mayores que jamás se han padescido ni padescerán (sacados los de la otra vida) porque éstos son de otra condición. De lo cual traen por indicio el sudor de su sangre, cosa jamás vista en el mundo. Y esto concluyen ponderando en particular todas las circunstancias que entrevinieron en su sagrada pasión, y especialmente el haber padescido sin alguna consolación divina ni humana. Lo cual no se puede decir de los mártires, porque saber ellos que acabada la postrer boqueada, les estaba aparejada la corona, les era causa de grande esfuerzo y alegría. Y así muestra el Apóstol que se alegraba en sus trabajos, cuando dice (3): Lleno estoy de consolación, y sóbrame el alegría en todas mis tribulaciones. Pero deste refrigerio quiso carescer nuestro clementísimo Redemptor. Y que esto sea así, pruébase claramente por esta razón. Porque él quiso por su propria voluntad padescer todos los dolores é injurias que en él se ejecutaron, y primero que las pades-

(1) Esai. 40. (2) Sap. 11. (3) II Cor. 7.

ciese, las vió y las aceptó y ofreció por nuestra salud á su Padre.

Pues siendo esto así, ¿cómo había él de procurar consolaciones y consideraciones que mitigasen los dolores que él quería padescer? Porque esto fuera querer padescer y no querer padescer, lo cual es imposible. Y esto mismo nos declaran aquellas lastimeras palabras con que el mismo Salvador acabó su vida en la cruz diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?

Con esto se juntaba la delicadeza de su sacratísimo cuerpo, el cual como era formado por el Espíritu Sancto, así era el más bien acomplexionado de todos los cuerpos, y por eso tenía los sentidos así exteriores como interiores más vivos y más sentibles, porque la perfección dellos es sentir, y así cuanto eran más perfectos, tanto eran más sentibles. Y allende desto la carne de Cristo era toda virginal, tomada de las purísimas entrañas de Nuestra Señora, y así era más tierna, más delicada y más pasible. Y para el que quisiere sentir algo de la acerbidad della, para levantarse por este medio al conoscimiento de la divina bondad, que á tales trances se ofreció por nuestra causa, da S. Buenaventura un espiritual documento á los devotos desta sagrada Pasión (1), que es tomar una disciplina que duela y no haga daño, y levantarse por aquí á considerar cuánto más fué lo que aquel altísimo Hijo de Dios padesció por él. Y este mismo documento servirá también para entender algo de la fortaleza admirable de los mártires, y de la terribilidad de sus tormentos.

Y con la grandeza destos dolores paresce que compiten las injurias é ignominias con que el Salvador fué escarnecido y deshonrado, llevándolo maniatado por las calles públicas, abofeteándolo, escupiéndolo, cubriéndole el rostro con un velo, dándole pescozones, y vestiéndole por escarnio ya de blanco, ya de colorado, y haciendo los soldados farsa dél como de rey fingido, y junto con esto ser cruelísimamente azotado, y sentenciado á muerte tan ignominiosa, y tenido en menos que Barrabás, y pregonado por las calles públicas por malhechor, y en cabo crucificado entre dos ladrones, y esto desnudo en presencia de todo el pueblo, y de su madre sanctísima, y de todos sus amigos y conos-

(1) In Stimulo Divini Amoris, lib. 1, cap. 1.

cidos, que lo estaban amargamente llorando, cuando los enemigos estaban riendo, escarneciendo y triunfando. Pues ¿qué cosa más admirable que ver aquella inmensa Majestad, adorada de los ángeles en el cielo, ser tan escarnecida y deshonrada en la tierra? ¿Qué cosa más admirable que padescer tales tormentos, y cerrar la puerta á todo alivio y consolación que le pudiese venir del cielo ó de la tierra? ¿Qué cosa más admirable que haber querido este Señor juntar consigo una naturaleza mortal y pasible para padescer dolores en ella, por no poder padescerlos en la suya? Y sobre todo esto, ¿qué cosa más admirable que siendo el ofendido, convidar con la paz al ofensor, y ofrecer él de su parte satisfación de la culpa, tomando en sí la pena della? ¿Quién jamás vió ni oyó cosas tan extraordinarias y tan grandes? Vea pues agora el ánima religiosa cuán grande piélago de bondad y amor se le ofrece aquí para nadar y sumirse en el abismo de tan grandes maravillas. Porque por eso dije al principio que el que quería saber estimar la grandeza de esta suma bondad, había de apartar los ojos de todas las otras bondades criadas, para no medir por ellas la grandeza désta. Y acuérdese siempre que como queda agotado el entendimiento humano, cuando considera profundamente las obras de la sabiduría y omnipotencia de Dios (como parece en la obra de la creación del mundo y de la resurrección general de los cuerpos) así es razón que quede cuando considera las obras de su bondad, pues no es él menos bueno que sabio y poderoso, ni menos quiere ser conoscido por lo uno que por lo otro.

§ III

Mas agora veamos la causa que movió á este Señor á padescer tan exquisitos dolores, si por ventura fué algún linaje de interese que de aquí se le siguiese. Para responder á esto quiero presuponer una notable sentencia de Avicena moro, referida por Santo Tomás, el cual dice que solo Dios es propria y perfectamente liberal, y que en ninguna criatura está perfectamente esta virtud. Porque ninguna dellas hay que haga bien sin que de ahí se le siga algún interese, y basta para esto la perfección que la criatura adquiere, cuando hace alguna obra conforme á su naturaleza, aunque no alcance por ella otra cosa. Mas solo el Criador tiene

esta preeminencia, que con todo cuanto ha obrado y óbra en este mundo, ninguna nueva perfección ha adquirido. Por lo cual él es propria y perfectamente liberal, pues todo lo que da y hace, es de pura gracia, sin adquirir para sí nada. Siendo pues esto así, preguntemos á este Señor qué causa le pudo mover á beber un cáliz de tantos dolores. Vos, Señor, cuyas riquezas, cuya gloria, cuya felicidad, cuyas alegrías son tan grandes, que ni con mil mundos que criásedes pueden crescer ni ser más de lo que son, ¿por qué quisistes subjectaros á tantos trabajos? ¿Por qué quisistes beber ese cáliz de tanta amargura? ¿Qué tiene que ver esa altísima y simplicísima Substancia con vestirse de carne, y subjectarse á los trabajos de nuestra mortalidad? Y si esto es poco, ¿qué tenéis vos que ver con prisiones, azotes, y bofetadas, y pescozones, y espinas, y clavos, y cruz? Pues ¿por qué quisistes descender á tan grandes extremos de bajezas? ¿Para qué quisistes vos, mar de infinita gloria, ofreceros á padescer las mayores injurias que jamás se padescieron? ¿Qué deseo fué éste? ¿Qué hambre ésta? ¿Qué os movió á abrazar cosas tan ajenas de vuestra naturaleza, pues había otros muchos medios para remediarnos?

Es verdad que los había, mas ninguno más eficaz y más poderoso para ese remedio, ninguno que más agudas espuelas nos pusiese para toda virtud, ninguno que más encendiese nuestros corazones en el amor de nuestro reparador, ninguno con que Dios fuese más glorificado, ninguno que más nos esforzase á padescer trabajos y contradiciones por él, ninguno que más esforzase los mártires en las conquistas de sus tormentos, ninguno de que tantos y tan grandes frutos y provechos se siguiesen, como adelante se declara. Esto pues fué lo que movió á aquella infinita Bondad á ofrecerse á tantas tempestades y tormentas. No busquemos más otra causa en las obras de Dios, que sola bondad.

Pues por sola ésta, sin haber de nuestra parte merecimiento, ni de la suya interese alguno, determinó remediarnos y restituirnos en su amistad y gracia: y (lo que sobrepuja toda admiración) por sola esta bondad, pudiendo remediarnos por otros medios (pues él era la parte ofendida y el juez de la causa) quiso redimirnos por éste, que á él era tan costoso, por ser á nosotros más saludable y provechoso. Y aunque la comparación parezca extraña, cierto es que es Dios infinitamente más bueno que el de-

monio malo. Pues si éste nunca cesa de hacer mal, sin adquirir por eso nada, ni diminuirse sus penas, ¿qué se ha de presumir de aquella infinita Bondad sino que (cuanto es de su parte) esté siempre haciendo bien, no sólo sin pretender interese, mas antes dando la vida y la sangre por hacer bien á los que tan lejos estaban de merecerlo? Pues ¿quién pudiera hacer esto sino Dios? ¿De cúyas entrañas pudiera proceder esta obra sino de las suyas? Pues ¿qué hombre habrá tan de hierro, que con este fuego de amor no se ablande? ¿Quién tan ingrato, que no quede vencido con la grandeza deste beneficio? ¿Qué ama quien tal bondad no ama? ¿Qué beneficios agradesce quien éste no agradesce? ¿Á quién sirve quien á este Señor no sirve? ¿En quién pone su amor quien aquí no lo pone? Así que concluyendo esta materia, digo que si preguntáis por la causa desta tan grande obra, respondo que sola y pura fué aquella infinita bondad de nuestro clementísimo Redemptor.

Declárase tres causas principales de la grandeza de los dolores de Cristo nuestro Salvador.

§ IV

Dijimos poco ha que la causa que movió al Salvador á redemirnos con tan grandes dolores, fueron los grandes é inestimables fructos que desta manera de remedio se nos habían de seguir (de que adelante se trata) mas al presente apuntaremos aquí tres muy principales. Y para inteligencia del primero conviene presuponer que (como dice S. Máximo) la vida cristiana (si se ha de guardar conforme á las leyes del Evangelio) es una perpetua cruz. Lo cual declaran aquellas palabras que el Salvador (como refiere S. Marcos) dijo á todo el pueblo (1): Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Tres cosas señala aquí el Salvador, y todas tres asaz dificultosas. Porque ¿qué cosa más dificultosa que negar á sí mismo, que es contradecir á todos sus desordenados apetitos y proprias voluntades, y tomar su cruz, que es poner haldas en cinta, y apa-

(1) Marc. 8.

rejarse á los trabajos de la vida virtuosa, y seguir á Cristo, el cual en esta vida no caminó por camino de la vida regalada, sino áspera, humilde y trabajosa? Pues siendo esto así, con razón se dice que la vida cristiana es toda cruz.

Y la razón desto es, porque la vida cristiana es vida virtuosa, y la virtud está vestida de dificultad y trabajo. Porque así como es propriedad natural del fuego tener calor, así lo es de la virtud tener aneja dificultad, y donde ésta no hay, no ponemos virtud. Por dónde imagino yo (aunque la comparación sea humilde) que la virtud es como la castaña en el árbol, que está vestida de uno como erizo lleno de espinas. Por lo cual el que quiere gozar del fruto deste árbol, ha de quitar primero las espinas con que él está cercado. Pues desta manera imagine el hombre que todas las virtudes están erizadas y cercadas de espinas, que es, de la dificultad y trabajo con que están acompañadas, y que es necesario vencer y tragar esta dificultad para abrazar y ejercitar la virtud.

Y esta dificultad y trabajo nace de un grande tirano y contrario que ella tiene, que es el amor desordenado de sí mismo, primogénito del pecado original, y la primera y más vehemente de todas nuestras aficiones y pasiones, y la raíz de todas ellas. Este amor es capital enemigo de todo trabajo, y amigo de todo deleite y regalo, y cuanto á esto más vehemente nos inclina, tanto más nos aparta de la virtud, que ama los trabajos, y aborrece los deleites y regalos. Por lo cual quienquiera que fuere enemigo del trabajo, bien se puede despedir de todas las virtudes, porque todas ellas están acompañadas y hermanadas con él.

Pues volviendo á nuestro propósito, cónstanos que el Salvador pretendía por medio de su sacratísima pasión hacernos buenos, y sanctos, y amigos de la virtud, como él lo es. Vió pues él que la vida cristiana y virtuosa es una perpetua batalla contra este tirano del amor proprio, enemigo de toda virtud, y contra esta nuestra carne, de donde él procede, que es la mayor enemiga que tenemos. Vió pues el Salvador cuán necesario nos era el trabajo para domar y mortificar esta carne, para que el espíritu y la virtud reinase en nosotros, y por eso, él que tanto deseaba (como dijimos) que fuésemos virtuosos y sanctos, se quiso ofrecer á tantas maneras de trabajos, para que en su sagrada pasión tuviésemos no sólo gravísimos ejemplos, sino también

grandísimos estímulos y motivos que nos incitasen á padescer algo por la salud propria, considerando cuánto quiso padescer el Señor de la majestad por la ajena. Ésta es pues una causa de la grandeza de las pasiones del Salvador, de la cual se trata adelante en el capítulo diez y siete desta parte.

Otra es saber él que ninguna cosa hay debajo del cielo que más le agrade que amar á Dios, y padescer trabajos por su amor. Porque cónstanos que el fin de toda la vida cristiana es la caridad, y la perfección della consiste en la perfección desa misma caridad. Y entre los grados desta virtud el más alto es llegar á padescer alegremente trabajos por este Señor. Siendo esto así, ¿qué mayores estímulos y motivos se nos pudieran dar para lo uno y para lo otro, que los que se nos dan en esta sagrada pasión? Lo cual en parte está ya declarado, y adelante se declarará más.

A estas dos causas añado la postrera, como muy principal entre todas. Para lo cual se ha de presuponer que nuestro Dios y Señor, viendo al príncipe deste mundo, que es el demonio, apoderado dél, y adorado en casi todo él con injuria del verdadero Dios, determinó echar fuera este tirano, aunque armado y defendido con toda la potencia del mundo. Y esto pretendió él acabar, no con armas de hierro, porque no fuera honra suya plantar la fe con las armas que el príncipe de los herejes Mahoma dilató su mentira, sino con armas dignas de tal Emperador, que son armas divinas, fraguadas no en las herrerías de Milán por artificio humano, sino en el pecho de los sanctos mártires con el fuego del Espíritu Sancto. Estas armas eran fe firmísima, esperanza cierta de la corona, caridad inflamada, fortaleza invencible, constancia inexpugnable y corazón generoso, despreciador de todas las prosperidades y adversidades del mundo.

Para entender lo que acerca desto hay más que decir, conviene brevemente presuponer que ningunas lenguas ni de hombres ni de ángeles bastan para declarar la sed ardentísima que el Salvador tenía de la gloria y honra de su eterno Padre, declarada en aquella sed corporal que padesció en la cruz. Tampoco bastan estas lenguas para explicar cuán grandemente glorificaron los mártires á su Criador con la terribilidad de sus tormentos, con los cuales espantaron cielos y tierra, hombres y ángeles y demonios. Pues como el Salvador deseaba tanto la gloria de su Padre,

y veía cuán grande gloria se le daba con la fe y sangre destos fidelísimos y fortísimos caballeros, y entendía cuán grande esfuerzo y consuelo habían ellos de recebir en sus batallas con el ejemplo de su pasión, por eso quiso él ir en la delantera con la bandera de la cruz en la mano, y corona real de espinas en la cabeza, rasgadas las espaldas, y teñidas de sangre con los azotes, y con las llagas de pies y manos, para esfuerzo dellos.

Aviso para los devotos.

§ V

Y porque no extrañe nadie lo que creemos y confesamos en el Credo, que es haber Dios padecido, muerto y sido sepultado, acuérdese que Dios nuestro Señor, en cuanto Dios, ni padesció, ni es posible padescer: mas padesció en cuanto era verdadero y perfecto hombre. Pero dícese haber él padescido, por haber él ayuntado consigo la naturaleza humana en un supuesto, que es, en la persona divina, y porque las obras se atribuyen á las personas que las hacen, y en aquellas dos naturalezas no hay más que una sola persona, que era la divina. Por esto así las obras de la una naturaleza como de la otra se atribuyen á esta divina persona. Y porque no le espante la ignominia de la cruz y de la pasión, acuérdese que este Señor, como es perfecto Dios, así es perfecto hombre como todos los otros hombres, y pues la mayor gloria que puede tener un hombre, es padescer muerte por Dios (como la padescieron los mártires) no era razón que ésta faltase al Capitán y Señor dellos y al Sancto de los sanctos, pues era verdadero hombre, y podía con su muerte glorificar á Dios como ellos, y mucho más que ellos. Y en testimonio de esta gloria quiso él que las señales della se estampasen no en otros reposteros que en sus sagrados pies y manos y costado. Y así tendremos este aviso, que cuando quisiéremos concebir en nuestras ánimas una grande admiración y amor deste Señor, en cada una de sus pasiones y injurias habemos de traer á la memoria que ése que padece es Dios, señor de cielos y tierra. Mas cuando el demonio nos tentare, diciéndonos que es cosa indigna de tan grande Majestad padecer tales cosas, debemos acordarnos que él era verdadero y

perfecto hombre, pero el más sancto de los hombres, y no era razón (como decimos) que al más sancto de los sanctos faltase esta tan grande gloria de padescer por Dios.

Y ésta fué la causa por que él quiso que su inocentísima madre se hallase presente al pie de la cruz, y padesciese el mayor de los dolores que ninguna pura criatura padesció. Porque como la causa del dolor sea el amor, como aquel su amor fué el mayor de los amores, así éste fué el mayor de los dolores. Porque las cuatro llagas que padescía el Hijo dulcísimo en su cuerpo, eran cuatro puñaladas que ella padescía en su ánima, y la quinta (que fué la lanzada) ella la sintió, y no él. Y demás desto cada martillada que los sayones daban en los clavos que hincaban en los pies y manos del Hijo, era un puñal que hincaban en el corazón de la madre, y así cuantas martilladas ellos daban en los clavos, tantos eran los puñales que hincaban en aquel piadosísimo y amantísimo corazón.

Y para que las ánimas devotas sientan algo de la grandeza deste dolor, usaré para esto de un ejemplo. Pocos días ha que en esta ciudad degollaron un mancebo por justicia, y pusieron su cabeza en un lugar público. Tenía este mancebo madre, la cual vencida con la impaciencia del dolor, fué á ver la cabeza del hijo, á la cual dijo mil lástimas, como madre lastimada. De ahí se fué á su casa, donde fué tan traspasada de dolor, que ese mismo día expiró. Esto hizo la vehemencia del amor de madre á hijo, aunque hijo culpado. Piense pues agora el ánima religiosa cuánto mayor sería el amor de la Virgen sanctísima para con su Hijo, y más tal hijo, al cual vió ella con sus ojos desnudo en una cruz, colgado de tres clavos, y después alanceado, y sobre todo esto lo tuvo así muerto entre sus virginales brazos. Pues ¿á dónde podremos imaginar que llegaría este dolor, que tantos años antes le profetizó Simeón? (1) Ciertamente, así como cuando el Salvador antes de su pasión dijo: Triste está mi ánima hasta la muerte, dió á entender que aquel dolor bastara para causarle la muerte, si él no lo impidiese, así podemos con verdad decir que este dolor de la Virgen bastara para lo mismo, si Dios no la guardara para el bien de su Iglesia.

Dónde se debe mucho considerar en este paso que todos estos

(1) Luc. 2.

dolores quiso el amantísimo Hijo que ella padesciese, no por sus pecados (que no los tenía) ni por los del mundo (porque la pasión dél bastaba) sino porque á la más sancta de las sanctas no faltase la mayor gloria que los sanctos tuvieron, que fué padescer grandes dolores por Dios. Porque cuanto esta obra es más costosa, tanto es de mayor merescimiento, y tanto más declara la fineza de la virtud y la perfección de la caridad.

CÓMO EN LA SAGRADA PASIÓN RESPLANDESCE SINGULARMENTE LA CARIDAD DE CRISTO NUESTRO SEÑOR PARA CON LOS HOMBRES

CAPÍTULO VII

Después de la bondad síguese la caridad de Cristo nuestro Señor para con los hombres, la cual procede de esa misma bondad. Y ésta resplandesce tanto en el misterio de la encarnación y pasión de nuestro Señor, que á ella señaladamente atribuyen los sanctos, y más particularmente S. Augustín, la causa destos misterios (1). Porque el Salvador venía á encender fuego de amor en la tierra (como él mismo dice) y entendía que el mayor incentivo deste fuego era mostrarnos él la grandeza de su amor. Lo cual prueba este sancto por ejemplo del amor profano, porque los que con este amor desean ser amados, todo su estudio ponen en declarar á la parte el grande amor que le tienen. Pues esto hizo nuestro clementísimo Redemptor, mostrando á los hombres la grandeza del amor que les tenía, en esta obra tan llena de amor. Por lo cual señaladamente se atribuye la obra de la Encarnación al Espíritu Sancto, porque él es esencialmente amor.

Para tratar pues deste divino amor, declararemos aquí dos grados ó diferencias dél. Para cuya inteligencia se debe presuponer que así como señalan los sanctos dos maneras de gracias, una que llaman preveniente (con que nuestro Señor previene al hombre para que salga del pecado, y sea justificado) y otra que llaman subsecuente (que es la que le acompaña después de justificado para que haga buenas obras, y viva como hijo de Dios) así podemos imaginar en nuestro Señor dos amores, uno preveniente, y otro subsecuente, porque aunque en él no haya primero ni postrero, pasado ni venidero (pues todas las cosas le están presentes) mas nuestro entendimiento halla esta orden y consecuencia en la misma naturaleza de las cosas, aunque en él no la

(1) August. De Catechis. Rudib.

haya. Y así ponemos en él estos dos amores, conviene saber, amor preveniente (que es el que tuvo á los hombres antes de la gracia de la redempción, cuando determinó por su sola bondad redimirlos) y otro amor que podemos llamar subsecuente, que es el que les tiene después de ya redimidos y sanctificados y hechos participantes de su espíritu, que es otra causa deste amor. Pues destos dos amores trataremos aquí, porque ambos son eficacísimos para abrasar los corazones en el amor deste Señor que así nos amó.

Pues cuán grande caridad y misericordia haya sido amarnos el Señor (que es determinar de enviarnos remedio) estando contaminados con todos los pecados, encarece el Apóstol por estas palabras (1): Apenas se hallará (dice él) quien quiera morir por dar vida á un justo, aunque podría ser hallarse por darla á un bueno que fuese aventajadamente justo. Pero en esto nos declaró Dios la grandeza de su caridad, que no siendo tales, sino contaminados con mil maneras de pecados, Cristo quiso morir por los que tales éramos.

Pero muy más á la larga amplifica él este sumo beneficio, considerando esta indignidad de las personas á quien fué hecho, escribiendo á los de Éfeso estas divinas palabras (2): Estando vosotros muertos en vuestras maldades y pecados, viviendo conforme á las leyes y costumbres deste mundo y del príncipe dél, que es el demonio (el cual óbra en los corazones de los hijos de la desconfianza, que son los hombres perdidos y desalmados) y viviendo conforme á los apetitos y deseos de vuestra carne de la manera que nosotros también algún tiempo vivimos, por lo cual éramos hijos de ira, esto es, enemigos de Dios y sentenciados á muerte: estando pues en este miserable estado, Dios que es rico en misericordias, por la grandeza del amor que nos tuvo (estando nosotros muertos en nuestros pecados) nos resuscitó y dió vida en Cristo (por cuya gracia sois salvos) y nos asentó en los cielos con él, para mostrar en los siglos advenideros las riquezas abundantes de su gracia y de la bondad de que usó con nosotros por Cristo. En las cuales palabras vemos ayuntadas en uno aquellas tres divinas perfecciones que dijimos, misericordia, caridad y bondad. Por las cuales fué determinado en el consistorio de la Sanctísima Trinidad que se hiciese este sumo beneficio á los que

(1) Rom. 5. (2) Ephes. 2.

no sólo no lo merecían, mas antes totalmente lo desmerescían por la muchedumbre de sus maldades. Por lo cual podrán juzgar los hombres cuánto deben amar á aquel Señor que siendo ellos tan malos y capitales enemigos suyos, los previno con su misericordia, determinando hacerles este sumo beneficio. Y desta prevención divina se aprovecha el evangelista S. Juan para exhortarnos al amor de nuestro Redemptor, alegando que él primero nos amó (1), esto es, que determinó dar remedio á los que estábamos perdidos, antes del cual no podíamos nosotros, siendo hijos de ira, amarlo meritoriamente, sin que él primero nos diera facultad para ello con la gracia de la redempción. Y esto es lo que el Padre eterno encarece por el mismo Sant Juan con estas divinas palabras: De tal manera amó Dios al mundo, que dió por él á su unigénito Hijo. Y darlo fué entregarlo á los mayores dolores que jamás se han padescido. Si dijera que lo dió solamente por rey, ó por maestro, ó por ejemplo y dechado de todas las virtudes (como de hecho lo dió) no nos maravilláramos tanto, porque natural cosa es de aquella suma bondad hacer bien, y comunicarse á sus criaturas. Mas darlo fué entregarlo á los mayores dolores y deshonras que se han visto. Esto es lo que suspende en una grande admiración todos los entendimientos que esto saben ponderar. Porque no fué otra la causa desto, que conoscer el eterno Padre los grandes é inestimables bienes que de aquí se seguían al hombre. De modo que amó tanto y deseó tanto nuestros bienes, que no se le hizo caro comprarlos con la sangre y muerte de su unigénito Hijo.

Crece aún esta admiración, si consideráremos cuáles eran los hombres que él así quiso remediar, lo cual se entenderá por la infinidad de pecados con que el mundo estaba contaminado, considerándolo antes que fuese participante de la redempción de Cristo. Los cuales cuenta el Apóstol en el primer capítulo de la Epístola escrita á los Romanos, que comprehenden todas las maldades y abominaciones que el entendimiento humano puede imaginar. Porque desamparados los hombres de la gracia de la redempción, y dejados en manos de su libre albedrío, no se contentaron con caer en todos los vicios humanos, mas también vinieron á imitar la fiereza de las bestias, haciéndose maliciosos

(1) I Joan. 4.

como serpientes, ponzoñosos como víboras, crueles como tigres, bravos como leones, carniceros como lobos, y sobre todo envidiosos y soberbios como los mismos demonios. Pues por lo dicho se entenderá cuán admirable fué la caridad de nuestro Dios, pues siendo tan enemigo de los malos y de su maldad, de tal manera determinó remediarlos, que entregó su unigénito Hijo á la muerte por ellos. Pues ¿quién aquí no pasma y enmudece considerando la realeza y magnificencia desta bondad, y la grandeza deste amor? Porque mereciendo los hombres que en aquel estado vivían, mil infiernos, les envió su unigénito Hijo, para que á costa de su sangre les meresciese el reino de los cielos.

§ I

Vengamos al otro amor, que llamamos consecuente, el cual considera la hermosura de las ánimas redimidas y sanctificadas y hechas templos vivos del Espíritu Sancto. Las cuales ama él con tan grande amor, que como dice el Apóstol (1), sobrepuja todo lo que se puede entender. Y en este número entra la universidad de todos los justos que hubo dende el principio del mundo, y habrá hasta que se acabe, que son más que las estrellas del cielo.

Esta compañía tan gloriosa vió Cristo dende el instante de su concepción tan distinctamente como si la viera con los ojos corporales. Y aquí vió todos los Padres del Testamento viejo, que fueron patriarcas, y profetas, y reyes, con aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos, que el mismo S. Juan vió señalados de los doce tribus de Israel (2). Vió también todos los sanctos del Testamento nuevo, que fueron primeramente aquel glorioso senado de los Apóstoles y varones apostólicos, fundadores de la fe. Vió el ejército rutilante de innumerables mártires, hombres y mujeres, viejos y niños, con las heridas é insignias gloriosas de sus martirios y triunfos. Vió la orden de los sanctos pontífices y pastores, que día y noche velaban solícitamente sobre la guarda de su ganado. Vió la de los sanctos doctores que con la luz de su doctrina y ejemplo de vida lo apascentaban y recreaban.

(1) Ephes. 3. (2) Apoc. 7.

Vió la pureza de los otros sanctos confesores, que como estrellas lucientes resplandecían en el cielo de su Iglesia. Y entre éstos vió la alteza de aquellos sanctos monjes, que muertos al mundo y vivos á Dios, empleaban los días y las noches en la contemplación de las cosas celestiales, viviendo en la carne como si estuvieran fuera della. Y junto con esto vió millares de religiosos de diversas órdenes, que sacrificaron á Dios sus voluntades, viviendo debajo del seguro yugo de la sancta obediencia. Y sobre todo esto vió los coros de innumerables vírgines, que renunciados todos los deleites y halagos del mundo, consagraron sus cuerpos y ánimas al Esposo celestial. Vió también la compañía de las honestísimas viudas, entre las cuales vió la casta Judith, y la profetisa Ana del Evangelio, con otras innumerables, las cuales domando la carne con ayunos y oraciones, se llegaban á la dignidad de las vírgines, ofreciendo á su Criador fruto de sesenta. Ni faltaron aquí muchos sanctos casados, que según la doctrina del Apóstol, tenían las mujeres como si no las tuviesen, y usaban deste mundo como si dél no usasen: entre los cuales entra el rey David, y el patriarca Abraham, Isaac, y Jacob, y S. Luis, rey de Francia, y S. Eduardo, casado y virgen, rey de Inglaterra, con otros muchos. Toda esta gloriosa compañía vió el Salvador en espíritu tan distinctamente como si la tuviera presente, y con la misma claridad vió la diversidad de las gracias y virtudes y dones del Espíritu Sancto, que por el mérito de su pasión en ellos habían de resplandescer.

§ II

Pues según esto, ¿cuál sería el alegría que este Señor recibiría con este espectáculo tan glorioso de tan grande número de ánimas hermoseadas con la abundancia de los dones y gracias que él les había de merecer con el sacrificio de su pasión? Dice S. Crisóstomo que no hay en el mundo hombre tan enamorado de una criatura, aunque sea de los que andan enhechizados por ella, que tanto la ame, cuanto Cristo ama una ánima pura y humilde, muerta al mundo y viva á solo Dios. Pues si sola una ánima es tan amada deste Señor, cuánto más lo serían tantos

cuentos de ánimas sanctísimas y perfectísimas en todo género de virtud y sanctidad. Cuando al principio del mundo criaba Dios cada cosa, decía primero que era buena: mas cuando acabando la obra de la creación, vió todas las cosas que había criado juntas, dice que le parecieron no como quiera buenas, sino en gran manera buenas. Pues así decimos que si tan grande es el amor que tiene Cristo á una sola ánima buena, ¿cuál será el que tuvo á tan grande número de ánimas buenas, sino tantas veces mayor, cuanto ellas son más en número? Y según esto, ¿cuán de corazón ofrecería él la vida, y mil vidas que tuviera, por la sanctificación y hermosura de tantas ánimas?

Encarecen los escriptores gentiles la hermosura de la reina Helena (por quien Troya se perdió) diciendo que no tenían por cosa indigna los príncipes troyanos, y el mismo rey Príamo, sustentar la guerra tantos años entre sí y los griegos por la hermosura desta reina. Y aunque este ejemplo sea profano, servirá para declarar en nuestro propósito cómo no tienen los sanctos doctores de la Iglesia por cosa indigna de aquella soberana grandeza padescer muerte por la sanctificación y hermosura de las ánimas, ni tampoco lo tuvo aquella real Majestad padescer los dolores que padesció, por la hermosura desta su Iglesia, no por la que ella tenía en sí, sino por la que él le había de dar con su sangre.

Mas porque estos ejemplos de amores de carne son bajos para declarar la grandeza de la caridad de Cristo, traeré otro mayor de la caridad de S. Pablo, el cual hace juramento solenne diciendo que tomaría por partido ser anatema de Cristo (que es carecer de las riquezas que esperaba gozar en él) porque sus prójimos y hermanos del linaje de los judíos se convirtiesen á la fe, y se salvasen. Pues si la caridad de S. Pablo llegaba aquí, ¿á dónde pensamos que llegaría la de Cristo para con todos sus escogidos, pues es cierto que tanto excede la caridad de Cristo á la de S. Pablo, cuanto la claridad del sol á la de una estrella? Pues ¿con qué amor amaría á sus escogidos quien tal caridad tenía? Y la razón que tiene para amarlos, es ver en ellos el fructo de su pasión y su mismo espíritu, y así los ama como el primer hombre amó la primera mujer. El cual sabiendo por revelación de Dios que había sido formada de su propria substancia, amóla como á sí mismo y como á cosa suya propria. Pues desta mane-

ra dice S. Pablo que ama Cristo á su esposa la Iglesia (1), porque ve en ella su mismo espíritu, el cual le da el ser espiritual que tiene, y así la ama como á cosa suya propria, salida de su precioso costado. Ámala otrosí como la cabeza á sus miembros, en quien influye su espíritu y su gracia. Ámala también como padre á sus hijos, á los cuales dió todo el ser espiritual que tienen. Y no sólo conoceremos aquí amor de padre, sino también de madres, las cuales tienen otra particular razón de amar á sus hijos, por haberlos parido con dolor y con peligro de la vida. Pues tampoco falta á nuestro Salvador esta razón de amor, pues con tantos dolores nos parió en la cama de la cruz. Y así puede él muy bien decir al pueblo cristiano lo que Raquel dijo cuando parió á Benjamín, muriendo del parto dél. Por lo cual puso por nombre al hijo que parió, Benoni, que quiere decir, hijo de mi dolor (2). Pues ¿con cuánta mayor razón puede el Salvador decir á cada uno de los fieles hijo de mi dolor, pues con tan grandes dolores ganó á cada uno dellos esta dignidad de ser hijos de Dios? En lo cual vemos claramente cómo todas las razones y causas de amor para con sus fieles siervos se hallan en Cristo nuestro Señor. Porque él los ama como el padre y la madre aman á sus hijos, y como la cabeza á sus miembros, y como el esposo á la esposa que le fué sacada del lado, cuando dormía el sueño de la muerte en la cruz, porque entonces se desposó con la Iglesia. Vea pues agora el vil gusanillo con qué retorno de amor debe corresponder á este tan grande y tan noble y tan fiel amador.

§ III

Mas agora veamos los efectos que se siguieron deste amor. Entre los cuales el primero es el que ya dijimos, que fué tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados, y satisfacer por ellos. En figura de lo cual leemos que estando destruída toda la tierra de Egipto con la plaga de las langostas, y haciendo Moisén oración por el remedio della, dice la Escritura que envió Dios un viento abrasador, el cual arrebató toda aquella infinidad de

---

(1) Ephes. 5. (2) Genes. 35.

langostas, y dió con ellas en el mar Bermejo, donde todas se ahogaron. Pues ¿qué es esto sino lo que dijo el Profeta hablando deste Señor (1), que él tomaría todas nuestras maldades, y arrojaría en el profundo de la mar todos nuestros pecados? Mas esto fué en el mar Bermejo, para que entendamos que en el mar de su preciosa sangre fueron ellos ahogados.

El segundo efecto fué tomar él para sí los dolores y tormentos de su pasión, y dar á nosotros el fruto y merescimiento dellos. Lo que de aquí se sigue, se había de decir de rodillas, y levantadas las manos y los ojos al cielo. Porque esto fué hacer este Señor con los hombres lo que hace un esclavo con su señor, el cual anda á ganar todo el día con su trabajo, y lo que gana da á su amo, y él se queda con solo el trabajo. Lo cual hizo por nosotros este piadosísimo Redemptor. Pues ¿á dónde podía más llegar la caridad deste Señor, que hasta aquí? ¿Quién pudiera hacer esto sino Dios, cuya bondad y caridad es incomprehensible?

El tercero efecto fué morir él corporalmente, por que el hombre no muriese espiritual y eternalmente. Por lo cual dijo Sant Augustín: Amásteme, Señor, más que á ti, pues quisiste morir por mí. Y dado caso que la divinidad ni padesció, ni podía padescer, mas padesció aquella sagrada humanidad, la cual él amaba más que á todas las cosas criadas, y con todo esto la ofreció en sacrificio por librarnos de la muerte que todos debíamos, con la suya que nada debía. Séneca escribe que en el tiempo de las guerras civiles de Roma, entrando los soldados muy furiosos á buscar un senador para matarlo, un esclavo suyo se vistió de las ropas del señor, y se puso su anillo en el dedo para engañarlos. Y así se ofreció á la muerte por escapar della á su señor. Pregunto pues agora: si este esclavo sanara de las heridas y viviera, ¿qué fuera razón que hiciera su señor en pago desta tan extraordinaria lealtad? Si él era hombre de ley, no le parecería que había beneficio que fuese bastante recompensa de tan grande amor. Mas volvamos agora este negocio al revés, conviene saber, que el señor hiciese esto por su esclavo, ó subamos este negocio más arriba, y digamos que algún rey hiciese esto por un esclavo. Pues en este caso, ¿qué dirían los hombres? Dirían que esto era extremo y exceso demasiado, y aún dirían que era locura, consi-

(1) Mich. 7.

derando la distancia que hay entre la alteza de la persona real y la bajeza de un esclavo. Pregunto pues agora: ¿cuál es mayor distancia, la que hay entre el rey y su esclavo, ó la que hay entre Dios y el hombre? La respuesta está en la mano, porque sabida cosa es que de lo finito á lo infinito ni hay proporción ni comparación. Pues si los hombres tendrían por extremo de locura poner el rey su vida por la de su esclavo, ¿qué diremos viendo poner á Dios su vida por los hombres? Porque en aquella infinita Sabiduría no podemos poner extremo de locura: por dónde es necesario poner un extremo de infinita é incomprehensible bondad y caridad. Pues cuando el ánima religiosa llegare aquí, ahí se deje estar, ahí repose, ahí se adormezca, ahí salga de sí misma, y no pase adelante. Porque entre todas las maravillas y consideraciones que se ofrecen en este misterio, ésta á mi juicio es la más admirable y más poderosa para enternecer corazones de hierro. Y si quisiere pasar adelante, acuérdese que á esto se puso aquel Rey soberano, no por esclavo bueno, sino malo, y que pudiendo remediarlo por muchas otras maneras, escogió ésta que para él era tan costosa, por ser para el tal esclavo de mucho mayor fruto que cualquiera otra. Pues esto, con lo que está dicho, nos descubre un incomprehensible é inmenso piélago y abismo de la infinita bondad y caridad de nuestro Dios y Señor. Por lo cual dije al principio desta parte que era necesario descalzar los zapatos, y desviar los ojos de todas las bondades y perfecciones criadas, cuando queremos tratar de la bondad y perfecciones del Criador.

Mas quien quisiere saber la origen deste amor del Salvador para con los hombres, lea el capítulo precedente, y ahí verá las fuentes y raíces deste amor, que son, la grandeza de las riquezas y gracias que fueron concedidas á la sagrada humanidad de Cristo, y la grandeza del amor y obediencia que él tuvo á su eterno Padre, y la grandeza del deseo que tiene de la gloria dél. Por estas cuatro grandezas que allí se declaran, se entiende la grandeza deste amor, de que aquí se ha tratado. Y para más clara inteligencia desto, considere la grandeza del amor y deseo que algunos sanctos tuvieron de la salvación de las ánimas, como fué el glorioso Padre Sancto Domingo, el cual se derretía todo como una hacha encendida por la perdición dellas. Consideremos también la caridad del apóstol S. Pablo (de quien adelante hace-

mos mención) el cual deseaba ser anatema de Cristo por la salud de sus hermanos (1). Y la de Moisén que pedía otro tanto, por que Dios perdonase los pecados de su pueblo, y donde no, que le borrase del libro en que lo había escrito. Y la caridad de Santa Caterina de Sena, que besaba la tierra que hollaban los predicadores, por tener oficio de salvar las ánimas, y pedía á nuestro Señor que tapase con ella la puerta del infierno, para que ninguna ánima pudiese entrar allá. Pues como la caridad de Cristo sea tanto mayor que la de todos los sanctos, cuanto él es mayor que ellos, ¿cuál sería el deseo que tendría de la salvación dellas, y cuán de voluntad se ofrecería á la muerte por ellas? El cual amor y deseo declaró él, cuando dijo á los discípulos, que le traían de comer (2): Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que me envió, y acabar la obra que él me encomendó, que fué la redempción del género humano.

(1) Rom. 9. (2) Joan. 4.

CÓMO EN LA SAGRADA PASIÓN SEÑALADAMENTE RESPLANDECE LA MISERICORDIA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

CAPÍTULO VIII

Ni menos resplandece en esta obra la misericordia de Dios, que su bondad y caridad, de que habemos tratado. Dónde se ha de notar que así como á la caridad pertenece comunicar los bienes proprios, así á la misericordia compadecerse de los males ajenos, y tomarlos sobre sí para remediarlos. Lo cual hizo nuestro clementísimo Redemptor por las entrañas de su gran misericordia. Para lo cual es cosa muy digna de notar que el pecado (si así se puede decir) tiene dos caras, una que mueve á indignación, y otra que mueve á compasión, considerando la gran desventura y miseria que consigo trae, pues hace al hombre enemigo de Dios y le priva del sumo bien, en que están todos los bienes. Es pues agora de saber que antes del diluvio miró Dios la cara del pecado, que mueve á indignación, y así destruyó el mundo con aquel diluvio general que purgó toda la tierra. Mas cuando lo quiso redemir, miró la cara que movía á compasión, y así determinó remediar al hombre con el diluvio de su sangre preciosa. De aquel tiempo se escribe que viendo Dios la gran malicia que había en el mundo (porque toda carne, que es todos los hombres, estaban estragados con todo género de vicios y carnalidades) tocado interiormente de dolor, esto es, de ira y de indignación, determinó quitar al hombre de encima de la tierra (1). Mas aquí por lo contrario, tocado de dolor, no de ira ni de indignación, sino de compasión, vista la perdición del mundo, determinó proveerlo de remedio. Usa la Escriptura destos términos, ira, dolor, é indignación, y compasión, no porque haya estos afectos en la naturaleza divina, sino por hablar en nuestro lenguaje, y declarar los efectos que destos afectos proceden.

---

(1) Genes. 6.

Movido pues aquel misericordioso y divino pecho con el espectáculo miserable de todos nuestros males así de culpa como de pena, determinó por las entrañas de su misericordia, como dice Zacarías (1), bajar de lo alto, y alumbrar á los que estaban asentados en tinieblas y sombra de muerte, tan cercanos á ella, cuanto está la sombra del cuerpo que la causa, significando por estas palabras que no precedieron aquí méritos de los hombres, sino tinieblas y miserias. Por dónde dice S. Augustín que no trajeron al Salvador del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Los cuales sentía él más que los dolores de su pasión, porque más le dolía ver á Dios tan ofendido y los hombres tan perdidos, que todos cuantos dolores su cuerpo padesció.

Pues esta tan entrañable compasión le hizo tomar sobre sí todas las deudas de nuestros pecados, las cuales todas iban en aquella pesada cruz que llevaba sobre sus hombros, como S. Pedro dice (2), ofreciéndose él á ser el fiador y principal pagador dellas, para que á costa suya quedásemos todos libres. Y aunque no es cosa agradable á Dios que el inocente pague lo que no debe, pero esle muy agradable la caridad y misericordia del que se ofrece á pagar por el pobre que debe. Y con esta tan costosa y sobrada paga fueron descargados todos nuestros pecados. Esto nos representó aquella serpiente que se hizo de la vara de Moisén, de la cual se escribe que se tragó las otras serpientes que los encantadores habían hecho con sus varas. Porque esta bendita serpiente nos representa á Cristo en la cruz, en la cual tenía imagen de pecador sin serlo, mas esta serpiente tragó las otras serpientes, que son los pecados, los cuales él quitó y consumió con el sacrificio de su pasión.

Y tan de veras tomó sobre sí esta deuda, que nuestros pecados llama suyos, por tomar él á su cuenta la paga dellos. Y así dice en un Psalmo (3): Cercádome han, Señor, males que no tienen cuento, y hanme comprehendido mis pecados, los cuales son tantos, que no se pueden ver. Y en otro Psalmo se querella que el Padre eterno lo había desamparado, y alejado dél la salud, por razón de sus pecados (4). En las cuales palabras el inocentísimo Cordero (en cuya boca nunca se halló engaño) llama

(1) Luc. 1. (2) I Petr. 2. (3) Psalm. 39. (4) Psalm. 21.

pecados suyos los que él había tomado sobre sí para descargarnos dellos. Y esto es lo que tantas veces repite Esaías en el capítulo 53, que todo trata de la pasión del Salvador. Y así dice: Él fué llagado por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados. La disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuimos nosotros curados. Y porque todo esto se hizo por orden del Padre, que por este medio quiso que se redimiese el mundo, dice el mismo Profeta que el Señor puso sobre los hombros dél las maldades de todos nosotros (1). Y porque no pensásemos que la voluntad del Hijo era diferente de la del Padre, añade luego el Profeta, diciendo (2): Ofrecióse á la muerte, porque él por su propria voluntad se quiso ofrecer, y por esto no abrió su boca para quejarse ni resistir á nada.

Esta obra de tan gran misericordia nos representó aquel piadoso samaritano del Evangelio (3), el cual hallando en el camino al herido y robado de ladrones, movido á compasión, curó sus llagas, y púsolo en su jumento, caminando él á pie, y entrególo al dueño de una posada, sacando él dinero de su bolsa para que el herido fuese curado, obligándose á pagar lo demás, si más gastase. Pues ¿quién es este doliente robado y herido de ladrones, sino el hombre miserable, que por el pecado introducido en el mundo por los demonios, perdió los bienes de gracia que había recebido, y quedó herido en los bienes de naturaleza? Al cual nuestro piadoso Samaritano, que es Cristo, curó con la medicina de sus sacramentos, y púsolo sobre su jumento, quedándose él á pie, tomando para sí el trabajo, para dar descanso al herido, y cometiendo á los ministros de su Iglesia que prosiguiesen esta cura á costa suya, que es aprovechándose de los méritos de su sagrada pasión, por los cuales se nos da el beneficio de la absolución, que es la medicina de nuestros males. Pues todo este bien dijo Zacarías en su Cántico que nos vino por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por la cual nos vino á visitar dende lo alto (4). Y ésta es la que señaladamente resplandece en la sagrada pasión, en la cual nuestro clementísimo Redemptor (como él dice) pagó lo que no había robado, porque los robadores, que somos nosotros, quedásemos libres y descargados (5).

---

(1) Ibidem. (2) Ibidem. (3) Luc. 10. (4) Luc. 1. (5) Psalm. 68.

CÓMO LA DIVINA PROVIDENCIA SINGULARMENTE RESPLANDECE EN LA SAGRADA PASIÓN DE JESUCRISTO.

CAPÍTULO IX

TRES caudalosos ríos proceden del piélago de la divina bondad, que son, caridad, misericordia y providencia. La caridad tiene por oficio comunicar sus bienes, la misericordia (como ya dijimos) compadecerse de los males y procurarles el remedio, mas la providencia hace lo uno y lo otro. Esto se ve en las inclinaciones y habilidades que dió el Criador á todos los animales para procurar lo que les cumple, y huir de lo contrario y dañoso, procurar su bien, y huir su mal.

Pues cuál sea la providencia que Dios tiene de los hombres, y señaladamente de todos sus escogidos, toda la sancta Escriptura á cada paso nos la representa, especialmente los Psalmos, y los Profetas, y todo el nuevo Testamento, donde tantas veces se declara el cuidado que tiene Dios de sus siervos. Mas en ninguna cosa nos declaró más esta providencia, que en darnos á su unigénito Hijo, en el cual nos proveyó de todas las cosas necesarias á nuestra sanctificación y salvación, sin dejar cosa á que no señalase su particular medicina y remedio. Porque él primeramente alumbró nuestra ignorancia con su doctrina, esforzó nuestra flaqueza con sus ejemplos, encendió nuestra tibieza con sus beneficios, cura las dolencias de nuestras ánimas con la medicina de los sacramentos, y susténtalas con el manjar de su precioso cuerpo. Y allende desto, él satisfizo por nuestras deudas con sus dolores, él enriqueció nuestra pobreza con sus merecimientos, él enciende carbones sobre nuestro corazón con el fuego de su amor, y él asiste y acompaña á su Iglesia hasta el fin del mundo (1). Y sobre todo esto él está en el cielo representando al Padre eterno el precio de nuestra libertad, que son sus sacratísimas llagas, con las cuales aboga siempre por nosotros, y alcanza remedio para nues-

(1) Matth. ult.

tros males. En lo cual todo se ve cuán grande sea el cuidado y providencia que tiene este clementísimo Redemptor de los suyos, y por cuántas vías y medios los incita y ayuda á toda bondad y sanctidad. Todo esto nos declara cuánto más resplandece la divina providencia en habérsenos dado Cristo, y en su sagrada pasión, que en todas las otras cosas, pues por ella nos vinieron todos estos y otros muchos bienes. Mas esto se verá más claro adelante, cuando tratáremos de los frutos del árbol de la sancta Cruz, porque todos ellos son ayudas singulares para conseguir nuestra felicidad y último fin, que es el oficio proprio de la Providencia.

CÓMO RESPLANDECE LA JUSTICIA DIVINA EN LA PASIÓN DE NUESTRO SALVADOR

CAPÍTULO X

AUNQUE la misericordia de nuestro Dios singularmente resplandesce en la pasión del Salvador (pues toda fué obra de misericordia no debida) mas no por eso deja también de descubrírsenos en ella el rigor de la divina justicia. Para lo cual se presupone que como Dios es sumamente perfecto, así lo son todas sus obras, de las cuales se dice que están hechas con número, peso y medida (1), para significar la orden y perfección con que están hechas y ordenadas. Entre estas obras una muy principal es la república deste mundo, y la ley eterna por donde él la gobierna, es aquélla por la cual todas las repúblicas bien ordenadas se rigen, que es haber en ella castigo para los malos, y para los buenos galardón. Y cuando esto se hace, está la república bien ordenada, mas cuando esto falta, que es cuando á los buenos se niega el galardón, ó á los malos el castigo, en este caso está la república mal ordenada. Pues según esto no era razón que en esta república de Dios hubiese esta fealdad y desorden, que tanta infinidad de maldades, y de agravios de prójimos, y de injurias y blasfemias cometidas contra aquella inmensa Majestad quedase sin castigo y satisfación.

Esta satisfación quiso el Salvador (por las entrañas de su misericordia) tomar á su cargo, ofresciéndose á satisfacer por esta deuda tan universal (como está ya dicho) y por eso cargaron sobre él todas las saetas de la divina justicia. Y así dijo el profeta Jonás en persona dél (2): Todos tus mares, Señor, y tus ondas pasaronsobre mí, y yo dije: Desechado estoy de la presencia de tus ojos. Y el mismo Señor en el Psalmo, hablando con su eterno Padre, dice (3): Sobre mí se confirmó tu furor, y todas las ondas de tu ira pasaron sobre mí. Mas cuán rigurosa haya sido la justi-

---

(1) Sap 11. (2) Jonae 2. (3) Psalm 87.

cia que en este Señor fué ejecutada, entiéndese por la grandeza de los dolores que padesció, los cuales fueron (como averiguan los teólogos) los mayores que se han padescido y padescerán jamás en esta vida, según que arriba se declaró.

Pues en la grandeza desta pasión verá el hombre la severidad y rigor de la divina justicia, que tal satisfación pidió por los pecados del mundo. Y aunque de aquella inocentísima carne procedía aquella agonía del huerto, y aquellas voces que decían, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (1), nunca el Padre eterno condescendió á estas voces tan dolorosas de carne que él tanto amaba, y que por sí nada debía, sino dejóla en medio de la corriente de todos sus dolores.

Pues si desta manera trata el Padre á un hijo tan amado (que es aquella sancta humanidad) que él amaba más que á todas las cosas criadas, y esto porque pagaba por pecados ajenos, ¿cómo tratará al siervo rebelde y malo, cuando lo hallare cargado de pecados proprios? Esto es lo que el Salvador declaró á las piadosas mujeres que lo seguían llorando, cuando les dijo (2): Hijas de Hierusalén, no queráis llorar sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos. Porque días vendrán en que digáis: Bienaventuradas las mujeres estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Porque si esto se hace en el madero verde, ¿qué se hará en el seco? Entonces darán voces á los montes y á los collados que cayan sobre ellos, y los cubran donde nunca más parezcan. Por lo dicho se ve cuánto se nos descubre en este misterio el rigor de la divina justicia, viendo lo mucho que pidió para descargo de nuestras deudas.

Pero no menos se declara esto mismo considerando los socorros y remedios que el Salvador dejó para nuestra justificación, de que agora acabamos de tratar. Porque ninguna cosa le quedó por hacer de las que podían servir para esto, con lo cual deja á los buenos con bastante remedio, y á los malos sin excusa. Antes éste es el más recio artículo de que se les ha de hacer cargo el día de la cuenta. Y así lo significó el Salvador cuando dijo (3): Éste es el juicio, que la luz vino al mundo, y amaron los hombres más las tinieblas que la luz, por ser malas sus obras. Y dice, éste es el juicio, para dar á entender que el mayor cargo que en este

---

(1) Matth. 26. (1) Luc. 23. (1) Joan. 3.

día se ha de hacer á los malos, es no haber querido aprovecharse de los grandes bienes y remedios que el Hijo de Dios con su pasión les ganó. De dónde resulta estar los miserables con el agua á la boca pereciendo de sed, y la mesa puesta con todos los manjares, muriendo de hambre, y entre tantas medicinas de sacramentos están enfermos, y allanado el camino de la virtud, no quieren caminar por él, y abiertas las puertas del cielo aun á los ladrones, no quieren entrar por ellas, y satisfecha la deuda general de los pecados, no la quieren aplicar á sí con la virtud de la penitencia. Y sobre todo esto, entre tantos beneficios y incentivos de amor están helados, y entre tantos ejemplos de humildad, soberbios, y entre tantos misterios y maravillas de Dios, ciegos y insensibles.

En lo cual se ve que las mismas cosas que declaran la grandeza de la divina providencia y misericordia, ésas mismas nos obligan á temer más el rigor de la divina justicia, porque cuanto fueron mayores las ayudas que nos dieron, tanto más nos obligaron, y tanto más estrecha cuenta nos pedirán, porque conforme al recibo se ha de pedir cuenta del gasto. Y ésta es una de las causas por donde todos los sanctos vivían con gran temor, no tanto por los pecados que habían cometido, cuanto por los beneficios que habían recebido, pues como el Salvador dice, á quien dieron mucho, de mucho le han de pedir cuenta (1).

Después desto convenía declarar cómo en este misterio que los gentiles tuvieron por locura, resplandece altísimamente la sabiduría divina. Mas porque esta materia presupone lo que adelante se escribe, quedará para su lugar.

---

(1) Luc. 12.

CÓMO EN LA SAGRADA PASIÓN Y ENCARNACIÓN RESPLANDECE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS

CAPÍTULO XI

Ni menos resplandesce en esta sagrada pasión la omnipotencia de Dios, como lo declaró el Salvador en aquellas divinas palabras que alegamos, cuando dijo (1): Agora se llega el juicio del mundo, y agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado en una cruz, todas las cosas traeré á mí. En las cuales palabras profetizó dos cosas, las mayores y más dificultosas de acabar de cuantas se han visto y verán jamás en el mundo, que fueron, desterrar la idolatría, y traer los hombres á adorar por Dios á un hombre crucificado entre ladrones. Lo cual fué obra de tan gran poder, cual jamás en el mundo se vió. Mas de esta tan grande maravilla ya tratamos copiosamente al fin de la segunda parte deste libro, y por eso no lo repetimos aquí.

También se descubre la grandeza deste poder en aquel admirable sentimiento que todas las criaturas mostraron al tiempo de su pasión, pues el cielo se escuresció, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron, y el velo del templo se rasgó, y todas las estrellas del cielo escondieron su luz y se vistieron de luto al tiempo que su Criador padescía. En lo cual mostraron que era Dios todopoderoso y señor de cielos y tierra el que así era testificado y llorado de todas sus criaturas. Y por este indicio lo conoció el buen ladrón, y le pidió lugar en su reino, no de la tierra (de que ya salía) sino del cielo, donde reinaba el que en la cruz padescía. Y por este mismo indicio lo conoció el Centurión, cuando dijo: Verdaderamente hijo de Dios era éste. Y por éste le conoscieron los que presentes estaban, hiriendo sus pechos y reconosciendo su pecado.

---

(1) Joan. 12.

Resplandece también, y mucho más, esta omnipotencia en el misterio de la Encarnación, que se presupone al de la sagrada Pasión. Porque éste fué como dice Santo Tomás (1), el mayor de todos los otros milagros, por haberse comunicado aquí el ser y supuesto divino, que es infinito, á la naturaleza humana, que es finita y criada, y esto quedando ambas naturalezas en toda su perfección, sin que la mayor consumiese á la menor, ni la menor menoscabase la gloria de la mayor. Y con ser esto así, es esta liga y junta tan estrecha, que en ambas naturalezas no hay más que una sola persona, que es la del Verbo divino. No es maravilla hallar unidad entre cosas diversas, cuando entreviene mixtura y composición entre ellas, como vemos que de diversos manjares que comemos, se hace un tercero, que es la sangre ó la carne de nuestros cuerpos. Pero esto es por la resolución y mixtura de las partes. Mas estando las dos naturalezas divina y humana enteras y en toda su perfección, haber tan grande unidad y tan estrecha liga, que todas las propriedades de la naturaleza divina se afirmen de la humana, y todas las bajezas de la humana se afirmen de la divina, esto es cosa de suma admiración. De manera que (como dice S. León Papa) no es aquí la unidad causa de confusión ni de menoscabo de las propriedades de ambas naturalezas. Y así la una de ellas es pasible, y la otra impasible, y de aquélla cuya es la ignominia, es también la gloria, y el mismo Señor es flaco y fuerte, y el mismo subjecto á la muerte y el vencedor de la muerte. La una parte resplandesce con milagros, y la otra está subjecta á las injurias: la una no se aparta de la igualdad del Padre, y la otra no pierde la condición y naturaleza de la madre. Toda la humildad está en la majestad, y toda la majestad en la humildad. Hasta aquí S. León. Desta comunión de parte á parte es causa aquella tan estrecha y tan admirable liga de las dos naturalezas en una persona, que es la mayor de las maravillas de Dios, y que más declara la grandeza del poder de quien esto pudo hacer.

(1) Contra Gent lib. 4, cap. 27.

CÓMO EN LA SAGRADA PASIÓN Y ENCARNACIÓN RESPLANDECE SINGULARMENTE LA SABIDURÍA DIVINA

CAPÍTULO XII

Así como en la sagrada Pasión resplandecen las perfecciones susodichas de nuestro Dios, no menos resplandece en ella su sabiduría, visto el medio tan conveniente que escogió para nuestra salud. Porque proprio es de la sabiduría ordenar y escoger el medio más conveniente y proporcionado para el fin que se pretende, y cuantas más cosas en él entrevinieren, que sirvan para conseguir este fin, tanto el medio será más excelente. Por dónde se entenderá que este medio que la Sabiduría divina escogió de la encarnación y pasión del Salvador para obrar nuestra salud, fué convenientísimo, por las muchas cosas que en él se contienen, las cuales sirven grandemente para conseguir el fin deseado de nuestra reparación.

Mas cuán dulce y devota sea esta materia, testifícalo S. Augustín, el cual dice de sí que después de baptizado no se hartaba en aquellos días de considerar con una maravillosa dulcedumbre la alteza del consejo divino sobre la salud del género humano: esto es, cuán excelente y cuán conveniente medio había sido este misterio para el fin susodicho.

Pues según esto la primera conveniencia es ver la proporción que tiene esta medicina para la cura de nuestra dolencia. Porque la causa y origen de esta dolencia fué la desobediencia y soberbia de un hombre culpado, que quiso usurpar la semejanza de Dios: por dónde la cura deste mal había de ser la humildad y obediencia de otro hombre sanctísimo, el cual con su humildad y obediencia reparase el daño de aquella antigua desobediencia. Esta conveniencia (que es el fundamento de esta doctrina) se platica más copiosamente en el capítulo IV, § I de esta tercera parte.

II. Presupuesta ya esta doctrina, pondremos otras conveniencias que en esto hay. Porque convenía también esto para

gloria y levantamiento del hombre caído, porque si hombre fué el que cayó y nos condenó, hombre también, y verdadero hombre de la misma naturaleza, fué el que nos levantó y reparó. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo que el sanctificador y los sanctificados todos descendían de un mismo padre (1), que fué Adán. Porque como eran hombres y hijos de Adán los que tenían necesidad de ser sanctificados, así también convenía que fuese hombre y del mismo linaje el que los había de sanctificar (que fué Cristo nuestro Salvador) para que en la naturaleza donde se halló la culpa, se hallase también la medicina y remedio della.

III. Convenía también para que pues un árbol fué causa de todo nuestro daño, otro lo fuese de nuestros remedio, y que el demonio que por un árbol venciera, por otro fuese vencido, y que el que por medio de una mujer soberbia pervertiera al hombre, por medio del fruto virginal de otra humilde mujer se remediase el hombre, y que como él venció engañando, así él fuese engañado, juzgando á Cristo por pecador, porque le veía mortal y penado, y como á tal le procurase la muerte (no teniendo derecho sobre quien no tenía pecado) y por esta tiranía fuese él justamente desposeído de aquella noble presa que tenía en su reino, que eran los sanctos Padres, con todos los miembros vivos de Cristo.

IV. Convenía también para la hermosura de la victoria de Cristo. Porque hermosa victoria es vencer al enemigo con sus mismas armas. Ca el demonio introdujo el pecado en el mundo, y por el pecado entró la muerte: y con esa misma muerte que trajo el pecado, destruyó Cristo al mismo pecado, como quien pega fuego á un árbol con las ramas del mismo árbol. Y esto fué cortar la cabeza al gigante Golías con la espada del mismo Golías (2).

V. Convenía también para que en esta obra, que fué la más excelente de todas las obras de Dios, no faltasen aquellas dos singulares virtudes y perfecciones suyas, las cuales andan en compañía de todas sus obras, que son misericordia y justicia (como atrás queda declarado) porque la justicia se ejecutó en el Hijo, y la misericordia se concedió al siervo.

(1) Hebr. 2. (2) I Reg. 17.

VI. Convenía también esto para que tuviésemos un perfectísimo dechado de todas las virtudes, y particularmente de la caridad, de la humildad, de la paciencia, de la obediencia, de la esperanza, de la mansedumbre, de la pobreza evangélica, de la aspereza de vida y de todas las otras virtudes. Y no podía proponérsenos otro dechado más perfecto y acabado que la vida y pasión del Salvador, en la cual resplandescen los ejemplos de estas virtudes mucho más que las estrellas del cielo. Porque los ejemplos de nuestro Salvador son muy diferentes de los que leemos en los sanctos. Porque éstos son ejemplos de criaturas (que no es mucho ser pobres, humildes y sufridas, pues son en sí tan bajas) mas estas mismas virtudes puestas en aquel soberano Señor que adoran los ángeles, tienen mayor peso y fuerza para mover nuestros corazones. Porque ¿qué corazón habrá tan frío, que no se encienda con este tan grande beneficio y obra de amor de nuestro Salvador? ¿Qué soberbia que no se abaje, viendo á Dios en su pasión tan humillado? ¿Qué codicia que no se modere, viéndole en una cruz desnudo? ¿Qué regalo que no se deseche, viéndole aquí con hiel y vinagre jaropado? ¿Quién procurará la cama blanda, viéndole acostado en un madero? ¿Quién será impaciente en las injurias, viéndole aquí escupido y abofeteado? Por dónde se ve cuán grande eficacia tengan para movernos los ejemplos deste Señor.

Mas hay aquí otra cosa, y es que estos ejemplos, demás de ser ejemplos, son también beneficios, pues por ellos nos merecia Cristo la divina gracia. Y por esta parte son también estímulos que nos incitan á amar á quien por tantas vías obraba nuestra salud.

Pues ésta fué una de las principales causas de haber querido el Hijo de Dios vestirse de nuestra humanidad, porque solo Dios era perfectísimo ejemplo que seguramente podíamos imitar, pero no le podíamos ver. Mas al hombre podíamos ver, pero no era regla cierta para haberlo de imitar. Por lo cual, como S. Augustín dice, era cosa convenientísima hacerse Dios hombre, para que así le pudiese el hombre ver, y vístole, imitar. De modo que ambas cosas eran necesarias para nuestra salud, que eran su divinidad y humanidad, la una para darnos remedio, y la otra para darnos ejemplo. Porque, como dice S. León Papa, si no fuera Dios, no nos pudiera dar remedio, y si no fuera hombre, no nos diera ejemplo.

VII. Convenía también esta sagrada Pasión para ejemplo y esfuerzo de los mártires. Porque sabía bien el Salvador con cuánto derramamiento de sangre de mártires innumerables se había de fundar su Iglesia. Y entendía cuán grande esfuerzo y consuelo habían de recebir ellos en sus batallas con el ejemplo de la grandeza de los dolores de la sagrada Pasión: y por esto quiso él que fuesen grandísimos, porque tal fuese el esfuerzo y consuelo que recibiesen con ellos. Esto queda ya declarado en el capítulo VI de la tercera parte.

§ I

Demás destas conveniencias susodichas hay otras muchas, porque todos los frutos del árbol de la cruz, de que se trata en lo que se sigue dende el capítulo XIII hasta el capítulo XVII, son también conveniencias deste misterio. Ca por esto fué cosa convenientísima que el Salvador padesciese, para hacernos todos los beneficios que en estos cuatro capítulos se recuentan. Y así cada uno por sí es juntamente fructo y conveniencia deste misterio, y ayuda grande para la virtud. Pero no se acaban aquí los fructos suavísimos deste árbol de vida, porque como dice Santo Tomás, cuanto uno más pensare en este misterio, tantos más fructos y conveniencias hallará en él.

COMIÉNZASE Á DECLARAR CÓMO LA SAGRADA PASIÓN FUÉ MEDIO CONVENIENTÍSIMO PARA REMEDIO DE LAS MISERIAS Y NECESIDADES HUMANAS

CAPÍTULO XIII

Dijimos al principio que entre todos los medios que la divina Sabiduría podía ordenar para nuestra salud, el de la sagrada Pasión era el que más convenía así para la gloria de Dios como para remedio de nuestra miseria. Lo primero habemos declarado hasta aquí, aunque brevemente: resta declarar lo segundo, que es, cómo este mismo medio era el que más convenía para remedio de nuestras necesidades. Entre las cuales la primera era de satisfacer á la divina Majestad por las culpas cometidas, y ser los hombres restituídos en su amistad y gracia. Esto ya vimos cuán perfectamente lo cumplió nuestro Salvador con el sacrificio de su pasión, y por eso no tenemos qué decir aquí sobre este paso. Síguese tras esto el remedio de las otras necesidades y enfermedades espirituales que nos impiden el camino del cielo.

Pues para la inteligencia desto se ha de presuponer que el hombre, en cuanto hombre, no tiene más que dos cosas proprias (con que se diferencia de los otros animales, y se hace semejante á los ángeles) que son entendimiento y voluntad. Todo lo demás tiene común con los brutos. Estas dos potencias de nuestra ánima quedaron por el pecado muy dañadas y estragadas. Ca el entendimiento quedó muy escurecido para el conoscimiento de Dios y de sus cosas (de donde manó tanta muchedumbre de idolatrías y supersticiones y herejías, con otros mil errores qne ha habido en la vida humana) y la voluntad quedó flaca, enferma y rebelde, y lo que peor es, inclinada á amar más á sí y á sus cosas proprias que á Dios, que es lo esencial del pecado original y la raíz y manantial de todos los pecados.

Siendo esto así, síguese que el remedio principal del hombre consiste en la reformación destas dos partes tan señaladas que

hay en él, junto con la reformación de las otras potencias inferiores de nuestra ánima, curando las dolencias espirituales de ellas, que nos impiden el camino de la virtud. Para lo cual no se podía hallar otra medicina más eficaz que el misterio de la sagrada Pasión, la cual basta para la cura y remedio de todas. Porque pues Dios, con ser uno y simplicísimo, contiene en sí las perfecciones de todas las cosas, razón es que la pasión del Hijo de Dios sea proprio y singular remedio de todas nuestras dolencias, y esto de tal manera, que así aprovecha á cada una dellas como si para sola ella fuera instituída, y no para las otras. Lo cual cierto es cosa de grande admiración. Y la causa de esto es, que por cuanto por esta sagrada Pasión nos vinieron infinitos bienes, por eso no es mucho que ella sea proprio y singular remedio de todos nuestros males.

§ I

Comencemos pues por la reformación y cura de nuestro entendimiento, la cual consiste en tener verdadero y sano conoscimiento de Dios y de todas las cosas que pertenecen á su servicio. Y descendiendo á cosas particulares, veremos cuánta luz para esto se nos da por el misterio de la sagrada Pasión. Pero esto será apuntando las cosas brevemente, más para que por estos ejemplos aprendamos á filosofar en esta materia, que para proseguir á la larga lo que sobre ella se pudiera decir.

Pues si la reformación de nuestro entendimiento consiste en tener sano el conoscimiento de Dios y de sus grandezas y perfecciones, ¿dónde resplandesce más este conoscimiento que en el misterio de nuestra redempción? Porque como en esta vida no podamos conocer á Dios por sí mismo, sino por sus obras, y mucho más por las más excelentes, y ninguna lo sea más que ésta de la sagrada pasión, síguese que ella es la que nos da mayor conoscimiento dél y de sus divinas perfecciones. Porque ¿dónde resplandece más claro la bondad de Dios, y su caridad, y su misericordia, y su justicia, y su providencia, y su sabiduría y omnipotencia, que en el misterio de la cruz? Esto está ya en particular declarado en los seis capítulos pasados, y por eso no es necesario repetirlo aquí.

II. Pues si queremos entender cuánta sea la dignidad y importancia de la virtud, digo para esto que todos cuantos libros hay en el mundo escriptos sobre esta materia, no declaran tanto esto, cuanto haber Dios bajado del cielo á la tierra, y vestídose de carne humana, y conversado treinta y tres años con los hombres, y al cabo padescido muerte de cruz, acompañado con inmensos dolores. Y si preguntáis por la causa desto, el Apóstol la declara diciendo (1): Entregóse á la muerte por librarnos de todo pecado, y hacer un pueblo limpio y seguidor de buenas obras. Pues ¿qué cosa se puede imaginar de mayor eficacia para hacernos estimar la virtud, y incitar al amor della, que ver lo que el Hijo de Dios y Sabiduría eterna hizo sobre esta causa?

III. Pues si queremos saber cuán grande sea la fealdad y malicia del pecado, miremos la satisfación que Dios por él pidió, que no fué menor que la sangre y vida de su unigénito Hijo, que valía más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Y por aquí también veremos cuál sea el odio y aborrescimiento que Dios le tiene, pues tanto hizo y padesció por desterrarlo del mundo. En lo cual paresce que en alguna manera aborresció más al pecado, que amó la vida del Hijo, pues consintió en la muerte del Hijo por matar el pecado. Pues ¿qué mayor odio se puede imaginar que éste? Y ¿qué será del que Dios hallare abrazado con cosa que él tanto aborresce?

IV. Y por aquí también podemos venir á tener el dolor y aborrescimiento de los pecados, que somos obligados, considerando que ellos fueron los sayones que azotaron á Cristo, y lo abofetearon, y coronaron de espinas, y escarnecieron, y crucificaron, porque si no entrevinieran aquí pecados, nada desto padesciera.

Y así puede lamentarse el verdadero penitente, y decir: Señor, yo te hice sudar gotas de sangre, yo te escupí, yo te abofeteé y te puse la cruz sobre esos hombros molidos y desollados, yo te di á beber tantas hieles cuantas veces te ofendí, y agora te las daría cuando peco, si fueses de eso capaz. Y así te quejas de mí por S. Bernardo diciendo: Hombre, ¿no fuí asaz herido por ti? ¿No miras cuánto padescí por tus maldades? ¿Por qué acrescientas afligión al afligido? Porque mayor pena me dan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo. Y en otro lugar

(1) Tit. 2.

dice el mismo Señor por el mismo sancto: Oh hombre, mira lo que por ti padezco. No hay dolor que iguale con el mío. Á ti llamo yo que por ti muero. Mira las penas que me atormentan, mira los clavos que me traspasan. Y siendo tan grandes los dolores que por de fuera padezco, mayor es el que en lo interior siento, cuando te veo tan ingrato.

§ II

V. Por aquí también conoscerá el hombre la dignidad y valor de su ánima, considerando el precio por que fué comprada. Porque (como dice S. Pedro) no fuimos comprados por oro ni plata, que son metales corruptibles, sino por la preciosa sangre de aquel Cordero sin mancilla Cristo Jesú. Por dónde verá el hombre en cuánto debe estimar la cosa que un tan sabio mercader que nos vino del cielo, tanto estimó, y cómo no debe cambiar por viles y abatidos precios lo que él tanto preció. Por lo cual dice S. Augustín: Viendo yo que mi ánima había sido comprada por la sangre del Hijo de Dios, no quise más ponerla en almoneda. Y por aquí también verá el hombre en cuánto debe estimar á su prójimo, aunque sea un vil esclavo, pues Dios tanto lo estimó, que dió su sangre por él.

VI. Asimismo cuánto debe recelar de escandalizarle y darle ocasión de hacer algún pecado con que mate su ánima, porque esto es derramar por tierra la sangre de Cristo. Porque si (como dicen) es oro lo que oro vale, sangre de Cristo es lo que su sangre costó, y ésa se derrama cuando un ánima pecando se pierde.

VII. Por aquí verá también cuán graves sean las penas del infierno, pues tan crueles penas padesció el Hijo de Dios por librarnos dellas. Y porque las mayores penas deste lugar son el desamparo de Dios, y el padescer sin alguna consolación, y ser entregado en poder de los demonios, él por su inmensa caridad quiso probar algo destas penas, pues él padesció sin alguna consolación, y fué desamparado de su eterno Padre, y fué entregado á los príncipes de las tinieblas, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en él todas las crueldades que quisiesen. Por lo cual justamente fuimos librados destas tan crueles penas.

VIII. Pues ¿qué diremos del valor de la gracia y de la gloria que por este mismo precio fueron compradas? Porque por eso ni se dió el Espíritu Sancto, ni se abrieron las puertas del cielo, hasta que este tan grande precio se dió por ellas. Y así por el valor del precio podremos conoscer la dignidad y excelencia destas dos cosas que por él fueron compradas.

Y así por estos y por otros semejantes ejemplos podemos entender que la cruz de Cristo sea una balanza, en la cual debemos pesar por este modo el valor y grandeza de todas las cosas espirituales, para que no las pesemos en la balanza engañosa de Canaán (1), que es el juicio y estima ciega de los hombres mundanos, en el cual pesa más un deleite sensual, ó un poco de interese temporal, ó un punto de honra vana, que Dios con todas sus riquezas y promesas. Mas la cruz es el peso del sanctuario, con el cual se han de pesar todas las cosas que pertenescen al culto de Dios, donde cada cosa tiene su justo precio y valor.

IX. Por aquí pues veremos cuán universal y cuán excelente sea la filosofía de la cruz, por la cual tantas cosas se saben tan de raíz, y cuán fácil sea de aprender aun á los simples y ignorantes. Los filósofos á cabo de mucho estudio y de muchos años alcanzaban algo del conoscimiento de Dios, y esto no sin mezcla de muchos errores: mas aquí una simple viejecica por el misterio de la Cruz alcanza sin algún estudio y sin error este conoscimiento de Dios y de todas las cosas que pertenecen á nuestra salud, como está declarado.

Y siendo esto así, veremos cuán perfectamente se cura la ceguedad de nuestro entendimiento con el misterio de la Cruz, pues la cura dél es darle conoscimiento de Dios y de sus cosas, el cual habemos visto en estos pocos ejemplos cuán fácil y cuán perfectamente se alcanza por este misterio. Y así con este precioso colirio de la sangre de Cristo quedan los ojos de nuestro entendimiento esclarescidos, y curados, y libres de la ceguera y engaños del mundo.

(1) Osee 12.

DE LA REFORMACIÓN DE LA VOLUNTAD, PARA LA CUAL NOS AYUDA LA SAGRADA PASIÓN

CAPÍTULO XIV

Después de la reformación del entendimiento síguese la de la voluntad, la cual consiste en estar ella adornada con todas las virtudes, mayormente con aquéllas que tienen su lugar y asiento en ella. Entre las cuales la primera es a caridad, que es reina de las virtudes y el fin y suma de toda la vida cristiana. Para la cual hallaremos tan grandes ejemplos y motivos en la sagrada Pasión, como si para aquélla sola sirviera, y no para las otras, como ya dijimos.

Dónde es mucho de notar que los ejemplos de Cristo nuestro Señor son de otra condición que los otros de los sanctos. Porque no es mucho que un sancto (que es una criatura subjecta á mil miserias, sea humilde, ó pobre, obediente, paciente, manso, &c. porque éstas son cosas conformes á su bajeza: mas que el Señor de la majestad y el piélago de todas las riquezas y grandezas se abaje á las obras y ejercicios destas virtudes, de manera que sea pobre, humilde, obediente, paciente y manso, esto es cosa que sobrepuja toda admiración. Por lo cual estos ejemplos son de tanto mayor eficacia para convencer nuestros corazones, cuanto es Dios mayor que todos sus sanctos. Tienen también otra dignidad, que de tal manera son ejemplos, que también son beneficios, y muy grandes beneficios, porque en todos ellos obraba Cristo nuestra salud, y así los ofrecía y ordenaba á ella, pues para sí de nada tenía necesidad. Y por esto, así como para nosotros nasció y murió, así todos los pasos y obras de su vida sanctísima aplicó y ordenó á nuestro remedio. Y aun sobre esto tiene otra excelencia, que se sigue de ésta, que es ser grandes estímulos y incentivos de amor. Porque siendo ellos tan grandes beneficios, no pueden dejar de ser grandes espuelas y estímulos para amar á quien tanto bien nos hizo, pues tanta fuerza tienen los beneficios para

robar los corazones con amor. Por lo cual todo se ve cuánta sea la excelencia y eficacia destos ejemplos para movernos á toda virtud.

§ I

X. *De la caridad.* Comencemos por la caridad. Esta virtud tiene muchas consideraciones y motivos que la aticen y enciendan: mas los principales son tres, que son, bondad, caridad y beneficios. Porque la bondad es el objecto y blanco de nuestra voluntad, así como el color lo es de la vista. Por dónde como los ojos no pueden ver sino lo que tiene color, así la voluntad no puede amar sino lo que tiene alguna razón de bondad ó apariencia della. Y como en las cosas espirituales lo bueno sea lo hermoso, en esta bondad ponemos la hermosura, que es también el objecto proprio del amor. Asimismo la caridad, que es amor, es otro grande motivo de amor. Porque (según dice Santo Tomás) así como con ninguna cosa se enciende más un fuego que con otro fuego, así ninguna cosa más enciende un corazón en amor que otro amor. Pues de los beneficios se dice que quebrantan las peñas, y que quien halló beneficios, halló prisiones para prender los corazones. Pues cuanto á los dos primeros motivos de amor, que son bondad y caridad, ya habemos declarado cuán grande haya sido la bondad y caridad que Cristo nos descubrió en su sagrada pasión, y cuán grandes estímulos aquí tenemos para amar á quien tanto nos amó, y á quien tanta bondad en esta obra nos mostró. Y porque todo esto ya tratamos á la larga, no hay para qué repetir aquí lo que está dicho.

Mas el beneficio que por este medio se nos hizo, declaró S. Juan en una palabra, diciendo que Cristo nos dió poder para ser hijos de Dios (1). En la cual palabra comprehendió este Evangelista inestimables beneficios y mercedes de nuestro Señor. Porque si somos hijos, luego somos también hermanos de Cristo. Si hijos, luego herederos del patrimonio de nuestro Padre, que es el reino del cielo. Si hijos, luego amados y tratados como hijos con regalos y castigos paternales. Si hijos, luego dotados de es-

(1) Joan. 1.

píritu de hijos, para que con filial amor llamemos á Dios en todas nuestras angustias á boca llena, Padre, Padre. Si hijos, luego él es padre, y como tal tendrá paternal cuidado y providencia de los que adoptó por hijos. Si hijos de padre, y padre todopoderoso, ¿qué les puede faltar? ¿Qué pueden temer? Los tales en los peligros estarán seguros, en los trabajos esforzados, en las necesidades socorridos, en las angustias consolados, y en todos los acaescimientos desta vida confiados, diciendo: padre tengo todo poderoso y todo piadoso, y tan de verdad padre, que nos mandó su unigénito Hijo que á nadie llamásemos padre sobre la tierra, porque uno era nuestro Padre que está en el cielo (1). Todos estos y otros semejantes favores comprehende esta dignidad de hijos de Dios, que nos vino por Cristo, como S. Augustín lo dice por estas palabras: Muchos hijos de Dios hizo el único Hijo de Dios. Compró para sí hermanos con su sangre, aprobólos siendo reprobado, rescatólos siendo vendido, honrólos siendo él deshonrado, y resuscitólos siendo muerto. ¿Pondrás pues dubda en que te negará sus bienes quien por tu amor recibió en sí tus males?

Este beneficio encaresce el mismo Evangelista, diciendo (2): Mirad cuál sea el amor que Dios nos tiene, pues nos concedió esta dignidad, que seamos llamados hijos de Dios, y que lo seamos. Y dice que lo seamos, porque no pensásemos que esta dignidad era de solo título, como encomienda de espera, sino que demás del título de hijos tiene él para con ellos providencia, amor y obras de padre.

Debajo desta gracia se comprehenden todas las demás, que es habernos hecho Cristo participneros de todos sus bienes, como el Apóstol dice (3). Porque no comió su bocado á solas, sino partiólo con sus hermanos, ó por mejor decir, dió todo lo que ganó y mereció á sus hermanos, pues él no tenía dello necesidad. Mas aquí es mucho de ponderar que aunque debemos mucho á este clementísimo Redemptor por esta comunicación de sus bienes, pero mucho más le debemos por el medio que para esto escogió, que fué hacerse él participante de nuestros males para comunicarnos sus bienes. Porque por el mérito de haberse él subjectado á estas bajezas, nos hizo participantes de sus grandezas. Y así con su pobreza nos enriquesció, con su humildad nos engrandesció,

(1) Matth. 23. (2) Joan. 3. (3) Hebr. 3.

con sus prisiones nos libertó, con sus dolores nos alegró, con sus llagas nos sanó, con su muerte nos resuscitó, y tomando sobre sí la maldición del pecado, nos dió la bendición de la gracia, y con la figura de serpiente que tomó, nos sanó de las mordeduras de la antigua serpiente. Y finalmente, así como él nació y murió para nosotros, así todo lo que de nosotros tomó, ofreció para nuestro provecho. Su carne nos dió en mantenimiento, su sangre en bebida, su vida en precio, sus brazos en refrigerio, su cruz en escudo, su precioso sudor de sangre en medicina, su corona de espinas en ornamento de gloria, la abertura de su lado en argumento de su amor, y el agua que dél salió, en lavatorio de nuestras culpas, y todos los pasos de su vida en ejemplos de la nuestra. Y así él nos es todo en todas las cosas. Él es única esperanza de los desmayados, refugio de los tentados, refrigerio de los afligidos, medicina de los enfermos, firmeza de los sanos, filosofía de los simples, paraíso de las ánimas devotas.

Otra manera hay para saber estimar la grandeza deste beneficio, y encender nuestro corazón en el amor deste tan piadoso bienhechor, que es considerar en él estas tres cosas, conviene saber, lo que nos dió, y el medio por dónde lo dió, y la causa por qué lo dió. Lo que nos dió, es lo que acabamos agora de declarar, y lo que engrandece S. Pedro apóstol, diciendo que por Cristo nos dió el Padre grandes y preciosas promesas (1), que son hacernos participantes de la naturaleza divina. Lo cual en cierta manera es hacernos dioses, esto es, semejantes á Dios en la pureza de la vida, y después en la bienaventuranza de la gloria. Finalmente por él nos fueron dados bienes de gracia y de gloria, que son los mayores bienes que á una pura criatura se pueden dar. Mas el medio por donde estos bienes nos dió, ya está declarado que fué por los dolores de su sagrada Pasión, que fueron los mayores que se han padescido en el mundo. De modo que á trueque de los mayores dolores que se podían padescer, nos dió los mayores bienes que se nos podían dar. Pues ¿qué se puede añadir á este beneficio? ¿Qué corazón no se derrite considerando este tan admirable trueque de la misericordia divina? Mas lo tercero, que es causa de todo esto, dijimos arriba que fué sola su bondad, sin haber de nuestra parte merecimiento alguno, ni de

(1) II Petr. I.

la suya interese proprio. En la consideración de cada cosa déstas tiene muy bien en qué espaciarse un corazón devoto.

XI. Mas porque entre lo que este Señor nos dió, la mayor pieza es la bienaventuranza de la gloria que en la otra vida esperamos, nunca el hombre entenderá la grandeza deste beneficio, hasta que goce della, y entonces verá claro lo que debe á las llagas deste piadosísimo Redemptor, considerando que éstas fueron las puertas por donde él entró á gozar lo que el Salvador con tantas lágrimas y heridas le ganó. Y quien agora considerare más la grandeza deste gozo, entenderá más la grandeza deste beneficio.

Concluyendo pues esta parte, digo que si (como al principio dijimos) los mayores incentivos de amor son la bondad, y la caridad, y los beneficios, digan agora todos los ángeles y los hombres, ¿qué mayor bondad, qué mayor caridad, y qué mayores beneficios que los que en este misterio se nos han declarado? ¡Oh con cuánta razón dijo el Salvador (1) que había venido á poner fuego en la tierra! Y ¿qué mayor fuego que el que se nos pone con estos tan grandes motivos de amor? Por esto dijo S. Ambrosio que con los otros beneficios nos había Cristo obligado á amarlo, mas que con éste nos hizo fuerza. Y por esto dijo el Profeta que cuando este Señor viniese al mundo, las aguas arderían con fuego (2), porque no era razón que hubiese corazón tan frío que no se abrasase con tan grandes incentivos de amor. Porque ¿qué son cuantos azotes y espinas y heridas el Salvador recibió en su sacratísimo cuerpo, sino incentivos deste fuego, y voces que predican su amor y piden el nuestro? Por lo dicho pues nos consta claro ser el misterio de la sagrada Pasión un tan eficaz y tan poderoso medio para hacer arder nuestros corazones en el amor de nuestro Redemptor, como si para solo este fin fuera ordenada, y no para otros.

---

(1) Luc. 12. (2) Esai. 64.

§ II

XII. *De la esperanza.* Compañera y hermana de la caridad es la esperanza, y así todo lo que nos incita á amar á Dios, nos mueve también á esperar en él. Porque ¿qué no esperaré yo de tan grande bondad, que á tantos trabajos se puso por hacerme bueno y bienaventurado? ¿En quién confiaré yo con mayor seguridad, que en quien tanto me amó, que murió porque yo no muriese? ¿En quién tendré más cierto mi remedio, que en quien no contento con hacerme participante de sus bienes, quiso él (por mostrarme su amor) hacerse participante de mis males? ¿Cómo me negará el remedio, cuando ya no le cuesta nada, quien me redimió con tanta costa suya? ¿Cómo huirá de quien le busca, quien buscó por tantos caminos á quien huía? Muy bien declaró esto el Apóstol, cuando dijo (1): Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más después ya de reconciliados seremos salvos por la vida de él. Y siendo verdad (como dijimos) que el Salvador usó con nosotros de tan gran misericordia, que los trabajos y dolores de la pasión tomó para sí, y el fructo y mérito dellos comunicó á mí, ¿qué no podré yo esperar, teniendo tales prendas de amor y presentando tales méritos de mi parte? Pues quien cada cosa déstas pensare y pesare con mucha atención, verá que toda la vida y muerte del Salvador nos está animando, y esforzando, y convidando á esperar en Señor tan bueno, tan amigo, tan liberalísimo bienhechor y misericordiosísimo reparador.

XIII. *De la humildad.* Pues ¿qué diremos de la virtud de la humildad, raíz y fundamento y guarda fiel de las virtudes? ¡Cuánto resplandesce ella en todo el proceso de la vida y pasión del Salvador! ¿Qué otra cosa nos predica aquel pesebre, aquel establo, aquella circuncisión y huída á Egipto, y el baptismo, y la tentación, con todo lo demás? Estos ejemplos son de la vida: mas los de la muerte bastaron para asombrar los ángeles, y espantar todas las criaturas, las cuales tan extraño sentimiento hicieron en la muerte de su Criador. ¿Qué cosa es ver á Dios preso y

(1) Rom. 5.

maniatado como ladrón, escupido como blasfemo, escarnecido como loco, azotado como malhechor, tenido en menos que Barrabás, y crucificado entre ladrones? Y como si todo esto fuera poco, estando ya para entrar en la batalla de su pasión, se levantó de la mesa, y puesto de rodillas lavó los pies de sus discípulos, y entre ellos los de Judas. Pues ¿quién no queda atónito considerando esta tan profunda humildad? ¿Quién no entiende por aquí la dignidad y importancia desta virtud, pues por tantas vías el Maestro de las virtudes la quiso imprimir en nuestros corazones? Porque entendía él muy bien la dureza de nuestra cerviz y la altivez de nuestro corazón, como de hombres que este mal habían heredado de sus primeros padres, que por soberbia se perdieron: y por esto como sabio arquitecto fortificó esta parte tan flaca de nuestra ánima, que estaba más á peligro, con tantos ejemplos de humildad.

XIV. *De la obediencia.* Pues de la obediencia de Cristo, ¿qué diremos sino lo que dijo el Apóstol (1), que siendo este Señor verdadero Dios, igual al Padre (y esto no por rapina, sino por naturaleza) se abajó á tomar forma de siervo, y se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, que era el más deshonrado linaje de muerte que en aquel tiempo había? De modo que aquel Señor que como el mismo Apóstol dice (2), es resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia, y el que sustenta todas las cosas criadas con la virtud de su palabra, y el que solo puede perdonar pecados, y el que está asentado á la diestra de la Majestad en las alturas rodeado de ángeles, éste tiene por casa y cama y trono real en la tierra una cruz en medio de dos ladrones. ¡Oh admirable obediencia! ¡Oh profunda humildad! ¡Oh espantosa caridad! ¡Oh inestimable amor de nuestra salud, que por tales medios fué procurada!

XV. *De la paciencia.* De la paciencia ¿qué podemos decir, pues nos consta que esta sagrada pasión fué toda obra de paciencia? Porque aunque entrevinieron en ella todas las otras virtudes, y todas en sumo grado de perfección, mas el padescer fué obra de paciencia, aunque imperada por la caridad y obediencia del Padre eterno, que le mandó abrazar esta pasión por nuestro remedio. Y por esto se dice con razón que esta virtud fué la ves-

(1) Philipp. 2. (2) Hebr. 1.

tidura de bodas con que vino vestido el Hijo de Dios, cuando se desposó con la Iglesia en el tálamo de la cruz. A la imitación desta virtud nos exhorta S. Pedro Apóstol diciendo (1): Cristo padesció por nosotros, dándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas, el cual (no habiendo cometido pecado, ni halládose engaño en su boca) cuando le maldecían, no maldecía, y cuando padescía, no amenazaba, antes se entregaba al que injustamente le condenaba.

En lo cual es cosa digna de consideración ver el comedimiento (si así se puede llamar) de nuestro clementísimo Maestro y Redemptor. Porque así como los sanctos varones no se atreven á aconsejar á otros las buenas obras que ellos no hacen, así este Señor, con saber que á él como á Señor se debía reverencia, y á nosotros como á siervos pertenecía la obediencia, con todo eso no quiso mandarnos cosa que él primero no la hiciese. Mandónos lavar los pies unos á otros, y lavó él primero los de sus discípulos. Mandónos que en su Iglesia tomásemos antes lugar de menores que de mayores, de siervos y no de señores, y él dice de sí que conversaba entre sus discípulos, no como quien está asentado á la mesa, sino como quien ministra en ella (2). Finalmente mandónos ser tan fieles á Dios, que cuando fuese menester, padesciésemos tormentos y muertes por él, y eso quiso él hacer por nosotros. De modo que no nos quiso obligar á padescer por él, sin que padeciese él primero por nosotros Mas es grande la diferencia que hay de parte á parte, porque en lo uno padece la criatura por su Criador, y el siervo por su Señor, esperando dél su galardón, mas en lo otro padece el Señor por su siervo, sin esperar algo dél. Con esta consideración se esforzaba la virgen Sancta Margarita á los tormentos de su martirio, diciendo: Pues mi Señor padesció por mí, yo también tengo de padescer por él. Y éste mismo era el esfuerzo y consuelo de todos los mártires, y lo es de todos cuantos algo padecen por su amor, viendo cuán justa cosa es que la criatura padezca por su Criador, de quien tanta necesidad tiene, pues el Criador padesció por su criatura sin tener della necesidad.

Estas cuatro virtudes (de que hasta aquí habemos tratado, que son, caridad, humildad, paciencia y obediencia) dice S. Ber-

(1) I Petr. 2. (2) Luc. 22.

nardo que son cuatro piedras preciosas con que Cristo adornó los cuatro cabos de la cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la obediencia á la mano derecha, y la paciencia á la izquierda, y la humildad, como raíz y fundamento de las virtudes, está en lo bajo.

§ III

XVI. *De la mansedumbre.* Hermana de la paciencia y de la humildad es la mansedumbre, y sin ellas no se halla, porque de la paciencia toma el sufrir, y de la humildad el humilde y blandamente sufrir. Cuánto haya resplandescido esta virtud en la pasión de Cristo, el profeta Esaías lo vió en espíritu, y lo profetizó diciendo (1): Así como oveja que llevan al matadero, fué llevado, y como el cordero delante del que lo trasquila, enmudeció y no abrió su boca. Lo cual se vió en todas las acusaciones y falsos testimonios que contra el Salvador se dijeron, á los cuales ninguna cosa respondió. Por dónde el juez espantado grandemente deste tan nuevo silencio entre tantas acusaciones, le dijo (2): ¿Á mí no hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para soltarte? Entonces el manso Cordero abrió su boca para sacar al juez de aquel engaño, diciendo: No tendrías tú poder sobre mí, si no te fuese dado de lo alto.

Del amar á los enemigos. Á esta virtud con sus hermanas pertenece el amar á los enemigos, y hacer oración por ellos, de que tenemos no menor ejemplo en esta sagrada pasión. Del cual maravillado S. Bernardo, dice así: Mirad las maravillas de Dios, y los prodigios que ha obrado sobre la tierra. Herido Cristo con azotes, coronado con espinas, traspasado con clavos, colgado de un madero, y lleno de oprobrios, olvidado de todos estos dolores dice: Padre, perdona á éstos, porque no saben lo que hacen. Pues ¿de qué corazón, de qué entrañas tan tiernas salió esta voz de tanta suavidad?

XVII. *De la pobreza evangélica.* Ni á los amadores y seguidores de la pobreza evangélica faltan ejemplos en la vida de Cristo y en su sagrada pasión, pues al tiempo del nascer no tuvo otra casa sino un establo, y al tiempo del morir no otra cama sino

(1) Esai. 53. (2) Joan. 19.

la cruz, ni otra almohada sino la corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre, ni otra sepultura sino la que Josef le dió de limosna, y finalmente acabó con tanta pobreza, que no hubo un jarro de agua para quien la pedía muriendo. ¿Puede ser pobreza mayor? Pues ¿cuán gran motivo tienen aquí los pobres para consolarse en los trabajos de su pobreza?

XVIII. *De la aspereza de la vida.* Con la pobreza evangélica se junta la aspereza de la vida, que anda en su compañía, de cuyos ejemplos no menos está llena la vida y muerte deste Señor, pues en su persona dijo el Profeta (1): Pobre soy yo, y ejercitado en trabajos dende mi juventud. Y el profeta Esaías por esta causa lo llama varón de dolores y que sabe de penas (2), porque vió en espíritu los trabajos que este mansísimo Cordero había de padescer. Éstos nos predican su destierro, sus caminos, sus cansancios, sus ayunos, sus oraciones, sus vigilias, su hambre y su sed, su frío y calor, con todos los otros trabajos que en su vida y mucho más en su muerte padesció. Y por esta causa la Esposa en los Cantares llama al Esposo manojico de mirra (3), la cual aunque es suavísima cuanto al olor, es amarguísima cuanto al sabor. Pues desta mirra fué llena la sagrada pasión y vida del Salvador. Y dado caso que él en cuanto Dios no padesció, ni podía padescer, mas padesció en cuanto hombre, por razón de la sagrada humanidad que estaba con él uñida en una misma persona, la cual él amaba con inestimable amor, de la cual una sola hora de vida valía más que todas las vidas de hombres y ángeles, porque era vida de Dios hombre. Pues esta sagrada humanidad, esta cordera inocentísima entregó el Padre eterno á aquellos lobos infernales para que la maltratasen y despedazasen por nuestro remedio. Por cuyo ejemplo la misma Esposa abrazó tan perfectamente todo género de trabajos, que dice de sí misma que sus manos distilaban una mirra perfecta, y que sus dedos estaban llenos de mirra finísima (4). Pues esta mirra son los trabajos y asperezas que los amadores de la perfección suelen abrazar por amor de Cristo, como son cilicios, disciplinas, vigilias, ayunos, vestiduras ásperas y duras camas. Por dónde todas las veces que la carne se queja desto y la naturaleza padesce, el más fácil y cotidiano remedio es levantar los ojos á Cristo crucificado, y mirar

(1) Psalm. 87. (2) Esai. 53. (3) Cant. 1. (4) Cant. 5.

lo que él padesce, no por sí, sino por nosotros, y con esto no podrá dejar el hombre de consolarse y esforzarse en sus trabajos.

XIX. Aquí tienen también consuelo todos los atribulados con diversas enfermedades y muertes de sus queridos, y de otros trabajos de mil maneras, que nunca faltan en esta vida (que toda es un mar tempestuoso lleno de tormentas y mudanzas) en las cuales no tenemos otro remedio más á la mano, que poner los ojos en Cristo crucificado, el cual siendo fuente de sanctidad y inocencia, padesció tales penas por las culpas ajenas. Por dónde no es mucho que padezca el hombre culpado algo por las suyas proprias.

Aquí también se halla certísimo remedio para todas las tentaciones y sugestiones del enemigo: para lo cual dice S. Augustín que no hay mayor socorro que esconderse en las llagas de Cristo: esto es, que en apuntando la tentación, levante luego el hombre los ojos á mirar á Cristo crucificado, considerando aquella figura tan lastimera que tenía en la cruz con el cuerpo ensangrentado, acordándose que aquel Señor es Dios, y que todo aquello padesce por satisfacer por nuestros pecados, y tiemble de hacer cosa cuyo remedio tan caro costó al Hijo de Dios, y que el mismo Dios tanto aborresce, pues entregó á la muerte su unigénito Hijo por destruir y matar al pecado. Y considere cómo castigará el Padre eterno al siervo malo cargado de pecados proprios, pues tal satisfación tomó del Hijo inocente por los ajenos.

CÓMO EN LA SAGRADA PASIÓN SE NOS DA COPIOSA MATERIA DE MEDITACIÓN

CAPÍTULO XV

No se acaban aquí los frutos del árbol de la sancta Cruz: otros hay no menos saludables que los pasados, que se siguen dellos. Para cuyo entendimiento es de saber que una de las cosas en que más se desvelaron los filósofos antiguos, fué inquirir en qué cosas consistía el último fin y bienaventuranza del hombre, que es el más rico, más alto y más dichoso estado y de mayor descanso, á donde él puede llegar. Y después de muchas opiniones y errores que en esta materia hubo, finalmente los más sabios entre ellos vinieron á decir que esta bienaventuranza consistía en el ejercicio de la más alta potencia del hombre, que es el entendimiento, empleándolo en la más alta cosa que hay en el mundo, que es Dios. Y así ponían esta felicidad en la contemplación de Dios y de sus grandezas. Y porque no podían conocer á Dios en sí mismo, procuraban conocerle por sus obras, que es por las grandezas y maravillas que veían en este mundo, de que al principio de este libro tratamos. Y por poder mejor entender la orden y artificio de las cosas criadas, y levantarse por ellas al conocimiento del Hacedor, empleaban toda la vida en los estudios de la filosofía, porque estas sciencias les daban mayor conocimiento de las cosas, y por ellas de la causa de donde proceden, que es Dios. Y con este tan largo trabajo y estudio á bien librar alcanzaron, no todos, sino algunos, una grande admiración de la sabiduría y omnipotencia de Dios, que tales cosas supo y pudo hacer, y un natural amor dél, que no basta para alcanzar la verdadera bienaventuranza sobrenatural que esperamos.

Viendo pues aquel soberano Señor cuán prolijo y dificultoso camino era proceder por la fábrica y orden deste mundo al conocimiento de las perfecciones y grandezas del Hacedor, determinó abreviarlo y aclararlo, enviándonos su unigénito Hijo (que

es imagen perfectísima del Padre) vestido de nuestra humanidad, para que así lo pudiesen ver nuestros ojos de carne, y conocer por él las grandezas y perfecciones de su eterno Padre, que en él y en todos los pasos de su vida sanctísima y muerte resplandecen tanto más perfectamente que en las criaturas, cuanto es él más excelente que ellas. Por lo cual dijo el Apóstol que no sólo era Cristo nuestra sanctificación y redempción, sino también nuestra sabiduría (1), porque por él más que por todas las cosas criadas subimos al conocimiento del Criador, y señaladamente por su sagrada pasión, que fué la más alta de todas sus obras.

Pues para alcanzar esta sciencia no hay necesidad de estudiar filosofía, ni astrología, ni aun de saber leer, porque muchos religiosos legos vemos en las religiones muy reformadas, y muchas mujercicas y doncellas ignorantes, que con solo el conocimiento que alcanzan de este misterio por lo que oyen en los sermones, ó por los pasos de la sagrada pasión que ven pintados en los retablos (que son como libros de los ignorantes) ocupándose en la consideración deste misterio, vienen á alcanzar tan grande conoscimiento de la bondad, y caridad, y misericordia, y providencia de nuestro Señor, y de las otras perfecciones suyas, y de la malicia del pecado, y de la hermosura y excelencia de la virtud, cuanto nunca filósofos pudieron alcanzar con el trabajo y estudio de toda la vida. En lo cual vemos el cumplimiento de aquella profecía de Esaías, el cual dice que en la venida del Salvador toda la tierra se hinchiría del conoscimiento de Dios, así como el agua de la mar cuando cresce y se esplaya por sus riberas (2). Y es tan excelente esta sabiduría que se aprende al pie de la cruz, que el apóstol S. Pablo, habiendo oído los secretos del tercero cielo, dice que no sabe otra sciencia sino á Jesucristo, y éste crucificado (3).

Pues quien esto atentamente considerare, entenderá que la cruz, demás de ser árbol de vida, es también un libro perfecto que nos enseña todo lo que habemos de creer y hacer. Y para mayor luz desta doctrina debe el cristiano presuponer que le tiene puestos ante los ojos dos libros, en que pueda leer sin saber leer: el uno es el libro de las criaturas, de que tratamos en la

(1) I Cor. 1. (2) Esai. 11. (3) I Cor. 2.

primera parte deste Sumario. Y leyendo por este libro conocerá primeramente la grandeza de la sabiduría de Dios, que ordenó este mundo con tan grande concierto, repartiendo los tiempos del año, y dividiéndolos en días y noches tan á propósito de lo que convenía para la conservación de las criaturas. Leerá también aquí su omnipotencia, pues con sola su palabra fabricó todo lo que su sabiduría trazó y ordenó. Leerá aquí también su providencia, viendo cuán perfectamente proveyó de lo necesario á todas sus criaturas, sin que nada les falte. Leerá también la grandeza de su hermosura, contemplando el resplandor de las estrellas del cielo y la variedad de las flores y piedras preciosas de la tierra. Éstas cuatro perfecciones divinas se leen en el libro de las criaturas, y por este libro dijo el gran Antonio á un filósofo que solía estudiar. Por el mismo también estudiaron todos los filósofos, porque como no tenían lumbre de fe, no tenían otra luz sino la que estas criaturas les daban.

Mas los cristianos, á quien nuestro Señor hizo merced desta lumbre, tenemos otro libro más perfecto que éste, que es la cruz de Cristo. Y quien hubiere leído todo lo que hasta aquí habemos escripto en esta tercera parte, y hubiere pedido á nuestro Señor con humildes y devotas oraciones le dé ojos para saber mirar á Cristo en la cruz, en ella entenderá de una vista cuanto nos enseña la teología cristiana así especulativa como práctica. Porque en este libro hay dos hojas, en la primera de las cuales leerá y verá cuán grande sea la bondad, la caridad, la misericordia, la justicia, la providencia, la omnipotencia y sabiduría de Dios, que en este misterio resplandece, como está ya declarado. Y en la otra hoja hallará la teología moral, que son los mayores motivos para abrazar las virtudes y aborrecer los vicios, que se pueden hallar.

Mas no es solo este fruto el que se coge deste árbol sagrado (con el cual se esclaresce y perficiona nuestro entendimiento) sino también tiene aquí su gusto y cebo la voluntad, con todos los otros afectos y sentimientos de amor y devoción. Porque por aquí se causa en nuestro corazón dolor y arrepentimiento de los pecados, considerando lo que el unigénito Hijo de Dios padesció por ellos. Por aquí se despierta el agradescimiento de los beneficios divinos, pues éste fué el mayor de todos y el causador de todos los otros. El cual beneficio es tan grande que como dice el Salva-

dor, cuando los hombres callasen, las piedras darían voces (1). Y si deseamos encender nuestros corazones en amor de Dios, ¿dónde hallaremos mayores estímulos y incentivos de amor que en la sagrada Pasión? Y si queremos esforzarnos á padescer algo por su amor, ¿dónde hallaremos mayor esfuerzo que en los trabajos del Redemptor? Y si queremos poner ante nuestros ojos un perfectísimo dechado de todas las virtudes para imitarlas, ¿dónde las hallaremos más perfectamente estampadas que en la cruz deste Señor? De manera que en la cruz (demás del conoscimiento susodicho de Dios y de sus divinas perfecciones) hallarán los que devotamente en ella piensan, materia de compasión, y de compunción, y de agradescimiento, y de amor de Dios, y de imitación, y también de admiración de este tan excelente medio que la divina Sabiduría escogió para nuestra sanctificación y salvación. Y con ser esta sagrada Pasión materia de dolor y de compasión, pero (como escribe S. Buenaventura) en ella se halla materia de tan grande alegría y suavidad, que con ningunas palabras se puede explicar, mayormente cuando consideramos los motivos y estímulos de amor que en ella se nos dan, de que arriba tratamos. Porque por eso se dice que se alegró el patriarca Abraham, considerando este día de la sagrada Pasión. Y por eso exclama la Iglesia, diciendo: Dulce madero, dulces clavos, y dulce peso, porque esta dulzura siente quien contempla y gusta los frutos deste árbol sagrado.

§ I

Finalmente son tan grandes los provechos desta sancta meditación, que si cuantas personas espirituales y devotas ha habido en la Iglesia (después que el Evangelio se predicó) y cuantas hay agora en todo el mundo, fueren preguntadas cuál es la causa que más las ha esforzado y ayudado en la carrera de la virtud, todas á una voz responderán que la consideración y meditación desta sagrada Pasión, porque en ella hallan todo lo que han menester para el reparo de su vida. Aquí hallan esfuerzo en sus trabajos, consuelo en sus tribulaciones, y socorro en sus necesi-

(1) Luc. 19.

dades, y esperanza en sus peligros. Si son tentados del enemigo, aquí se acogen á las llagas de Cristo: si han perdido la devoción, aquí la hallan: si están resfriados en el amor de Dios, aquí se calientan: si están derramados y distraídos con los negocios desta vida, aquí se recogen: si los fatiga el cilicio y la vestidura áspera, mirando á Cristo crucificado se consuelan: si el mundo los persigue, miran á su Dios y Señor perseguido é infamado. Cuando les fatiga la pobreza, míranlo en la cruz desnudo: cuando les duele la disciplina, míranle en la columna azotado: cuando les da desgusto la comida pobre y desabrida, acuérdanse de la hiel y vinagre que por último refrigerio se le dió en la cruz. Por aquí pues se ve cuán general es esta medicina para todas las necesidades de nuestras ánimas, y cuánta luz y materia de devoción y amor de Dios por ella se nos da.

Pues el que quisiere aprovechar en el camino del cielo, debe comenzar y acabar por este sancto ejercicio. Porque por este medio han llegado muchas personas á un altísimo grado de perfección, de que tengo especial noticia. Y S. Bernardo y S. Buenaventura por este camino confiesan ellos que caminaron, y por él llegaron á grande perfección. Pues á estos sanctos procure seguir el que desea aprovechar, hasta que el Espíritu Sancto le enseñe otro camino que después déste hay.

Por lo dicho en este capítulo entendemos ser la cruz de Cristo el árbol de vida que puso Dios en medio del paraíso de su Iglesia, el cual tiene ramas altas y bajas, para que así los bajos como los altos puedan aprovecharse y gozar de los frutos dél.

CÓMO LA SAGRADA PASIÓN AYUDA Á LA ORACIÓN PARA ALCANZAR LO QUE EN ELLA PEDIMOS

CAPÍTULO XVI

Con la meditación suele andar junta la oración, por cuyo medio pedimos á nuestro Señor las virtudes de que tenemos mayor necesidad, ó á que tenemos mayor afición. Mas para que esta petición tenga eficacia, es necesario que vaya llena de confianza. Ca entre otras condiciones que la oración ha de tener para que alcance lo que pide, la más principal es que vaya acompañada con confianza. Y así dice el Salvador (1): Cuando vais á orar, creed que se os dará lo que pedís, y dárseos ha. Mas dirá alguno: ¿cómo podré yo alcanzar esa tan firme confianza, siendo tan pobre de merescimientos como es el hombre pecador? Á esto respondo trayendo á la memoria aquel tan misericordioso concierto que el Salvador hizo con nosotros (que arriba declaramos) que fué tomar para sí la carga de los trabajos, y comunicar á los hombres el fruto de sus merecimientos.

Pues éstos debemos alegar y presentar ante el acatamiento divino, cuando algo pedimos, pues de todos ellos nos hizo donación en vida y en muerte nuestro segundo Adam y piadoso padre; que en la cruz nos reengendró con dolores de muerte. Y así podemos alegar por nuestra parte cómo este Señor para nosotros nasció, y vivió, y murió, y pagó lo que no debía por lo que nosotros debíamos. Por nosotros ayunó, y caminó, y oró, y veló, y lloró, y sufrió en sus palabras calumniadores, y en sus obras acusadores, y en sus tormentos escarnecedores, con todo lo demás que en vida y muerte padesció. Y haciendo esto, cumpliremos con otra cosa que nuestro Señor quiere de nosotros, y es, que no parezcamos vacíos delante dél: y no pareceremos tales, si le presentáremos estos trabajos y méritos de nuestro Salvador.

(1) Marc. 11.

CONCLUSIÓN DE TODO LO QUE HASTA AQUÍ ESTÁ DICHO EN ESTA TERCERA PARTE

CAPÍTULO XVII

Juntemos agora el fin con el principio desta tercera parte. Dijimos allí que dado caso que nuestro Señor pudiera remediar al hombre por muchas otras maneras, pero que como él en todas sus obras no mira lo que puede, sino lo que más conviene á la orden de su sabiduría, escogió este modo de remediarnos, por ser el más conveniente y proporcionado así para gloria suya como para provecho y remedio del hombre. Esto es lo que habemos probado en lo que hasta aquí se ha dicho, lo cual brevemente punto por punto probaremos y concluiremos aquí.

Porque primeramente, cuanto toca á la gloria de Dios, era necesario reconciliarnos con él, pues estaba enemistado contra nosotros por aquel común pecado. Pues ¿quién pudiera ser más suficiente para esta reconciliación que el Hijo de Dios, infinitamente amado de su eterno Padre? Y si era necesario satisfacer á la Majestad ofendida con la soberbia y desobediencia de aquel primer hombre, ¿qué mayor satisfación para esto que la humildad y obediencia del que juntamente era Dios y hombre? Porque si el hombre quitó á Dios (cuanto era de su parte) la reverencia y obediencia que le debía, mucho más le ofreció Cristo con la humildad y obediencia con que lo glorificó. Dónde se infiere, conforme á la doctrina del Apóstol (1), que mucho mayores fueron los bienes que nos vinieron por Cristo, que los males que nos vinieron por Adam. Lo cual se ve en la muchedumbre de los sanctos que ha habido en el mundo, y en la grandeza de los favores que les fueron hechos. Y si nosotros no experimentamos esto, es porque no nos disponemos ni aparejamos para ello, pues no menos está abierta la mano de Dios para nosotros

(1) Rom. 5.

que para ellos. Y demás desto, si era necesario algún grande sacrificio para aplacar á Dios ofendido, ¿qué mayor sacrificio que el que le ofreció nuestro sumo pontífice y sacerdote Cristo, el cual lleno del Espíritu Sancto ofreció, no sangre de corderos ni de becerros, sino su misma sangre en el altar de la cruz? Y si era necesario algún precio para el rescate de los cautivos que tenía en su reino el demonio (no como señor dellos, sino como carcelero de Dios) ¿qué otro precio más excelente que la sangre deste Cordero, de la cual una sola gota bastaba para rescate de mil mundos? Y si aquel primer hombre estaba condenado á muerte por su culpa, aquí se ofrece en satisfación por la muerte de un hombre muerte de Dios y hombre. Vemos pues por lo dicho cuánto más satisfecho y glorificado quedó Dios con este sumo sacrificio, que ofendido con el desacato del hombre culpado. Y á este propósito se suelen aplicar aquellas palabras en las cuales el sancto Job decía: Pluguiese á Dios que se pesasen en una balanza los pecados por que Dios se airó contra mí, y en otra la calamidad de los trabajos que por ellos padezco, porque ésta parecería más pesada que las arenas de la mar. Las cuales palabras con más verdad se atribuyen á Cristo que al sancto Job, pues fué infinito más lo que él pagó, que lo que nuestros pecados merecían.

Agora veamos cómo las divinas perfecciones resplandecen en esta obra de nuestra redempción. Pues para esto digo brevemente que si nuestro Señor, que por sus obras se da á conocer en esta vida, quisiera con toda su sabiduría y omnipotencia hacer una obra señalada, en la cual nos descubriera la grandeza de sus perfecciones, esto es, de su bondad, y caridad, y misericordia, y justicia, y providencia, y omnipotencia, y sabiduría, ¿qué otra obra pudiera hacer con que más claramente estas perfecciones suyas se nos descubrieran? Esto queda ya declarado en siete capitulos desta tercera parte, que desto tratan, á los cuales remito al prudente lector.

Digo también que si este mismo Señor con esta misma sabiduría quisiera hacer una obra con que nos declarara la dignidad y excelencia de la virtud, y la deformidad del pecado, y el aborrecimiento que le tiene, ¿qué otra obra pudiera hacer con que más nos descubriera lo uno y lo otro? Esto queda ya declarado en el postrer capítulo de la segunda parte.

Añado más, que si el mismo Señor quisiera hacer una obra con la cual encendiera y abrasara nuestros corazones en su amor, ¿qué otra pudiera hacer que con mayor eficacia á esto nos moviera? Porque con los otros beneficios nos obligó á que le amásemos, pero con éste casi nos necesitó. Por lo cual dijo él que había venido á poner fuego en la tierra (1). Esto también queda declarado en el capítulo 7 de la caridad.

Así podemos discurrir por la virtud de la humildad, y de la mansedumbre, y de la paciencia, y de la obediencia, y de la esperanza, y de la aspereza de la vida y pobreza evangélica, y hacer las mismas preguntas, y concluir que no era posible á la divina Majestad hacer alguna obra más poderosa para incitarnos al amor destas virtudes, que ésta.

Asimismo, si quisiera hacer alguna obra cuya consideración despertara más nuestros afectos y deseos á las cosas del cielo, ¿qué otra pudiera ser más conveniente para eso, que la historia y misterio de esa misma Pasión? En cuya meditación hallan las ánimas devotas materia de compasión, y de compunción, y de imitación, y de admiración, y de agradecimiento deste sumo beneficio, y de amor y temor de Dios. Porque éste es el libro que vió en espíritu el profeta Ecequiel escrito dentro y fuera (lo uno para los simples, y lo otro para los sabios) en el cual dice que estaban escritas lamentaciones, y cantares, y amenazas, para las cuales cosas se hallan grandes motivos en la sagrada Pasión.

Pues para consuelo de tristes y afligidos, y remedio de tentados, ¿dónde se hallará medicina más eficaz que en las llagas del Crucificado?

Pero lo que aquí nos pone mayor admiración, es que para todas estas cosas susodichas y para otras semejantes, y para cada una dellas en particular, de tal manera sirve este misterio como si para ella sola se ordenara, y no para las otras, como arriba se declaró, y como lo verá quien quisiere discurrir por cada una dellas. La razón desto parece ser que como esta sagrada Pasión sea obra del mismo Hijo de Dios, así como Dios, siendo simplicísimo y uno, es todas las cosas, así su sagrada Pasión sirve para todas ellas. Otra razón hay para esto, y ésta es que asentado por la lumbre de la fe que el Hijo de Dios encarnó y

(1) Luc. 12.

padesció por hacer á los hombres amadores de las virtudes y enemigos de los vicios, como escribe el Apóstol (1), ¿qué vicio hay que por aquí no sea sumamente aborrecido, y qué virtud para la cual no hallemos aquí grandes motivos y espuelas, pues la causa de su Pasión fué hacernos virtuosos y sanctos?

Queda pues concluído por lo dicho lo que al principio propusimos, que es haber sido éste el más excelente de todos los medios que Dios pudiera escoger para nuestra sanctificación y salvación. Porque si (como ya dijimos) aquélla es más propria obra de Dios, que más redunda en gloria suya y provecho del hombre, en esta obra resplandece más esta gloria que en todas cuantas hasta hoy ha hecho y puede hacer, como ya está dicho. Y cuanto toca al provecho del hombre, por aquí se le da una tan grande luz para el conoscimiento de las perfecciones divinas y de todo lo que pertenece á su salvación y sanctificación, y tan grandes estímulos para el amor y temor de Dios y para todas las otras virtudes, que todos cuantos libros están escritos, y se pueden escribir, no nos darán tan grandes motivos para amar las virtudes y aborrecer los vicios, como nos da este misterio, según que lo tenemos ya probado.

Por lo dicho se entenderá bien cuán eficaz haya sido la medicina deste misterio para la cura de todas las dolencias de nuestras ánimas. Mas porque la excelencia de la medicina se conoce por los efectos que óbra, veamos agora el fructo que della se siguió en el mundo, porque ésta es la mayor prueba y abono della. Algunas medicinas hay muy bien compuestas y ordenadas por grandes médicos, y con todo eso acaesce que aplicándolas á la enfermedad, ó por la destemplanza del doliente, ó por la rebeldía del humor indigesto, ningún efecto hacen. Mas no se puede decir esto en ningún caso desta medicina, porque por rebelde y repugnante que estaba el mundo á toda virtud y sanctidad, fué curado y reformado por ella. Lo cual señaladamente se verá por lo dicho en el capítulo 16 de la segunda parte, que trata de la reformación que se siguió en el mundo por la predicación del Evangelio. Pero más á la clara se entenderá esto por lo que está escrito en la misma parte, en el capítulo 23, donde se cuenta la infinidad de sanctos y sanctas que ha habido en la religión cris-

(1) Tit. 2.

tiana. Y aunque lo contenido en estos capítulos declara lo susodicho, pero lo que más brevemente nos lo enseña, son los Martirologios, donde están resumidas las vidas y martirios de los sanctos, y quien por ellos leyere, no acabará de maravillarse viendo tanta infinidad de sanctos como allí se cuentan en todas las partes del mundo.

Vese también la eficacia desta medicina por la mudanza susodicha que el mundo hizo después della, pues el conocimiento de Dios, que estaba arrinconado en la provincia de Judea, se extendió por todas las provincias de lo que estaba descubierto del mundo, pues (como se ve en los Martirologios susodichos) apenas hubo tierra que no fuese sanctificada y regada con sangre de mártires. Pues ¿qué cosa más propria ni más digna de aquel Señor, cuya sanctidad alaban aquellos espíritus soberanos diciendo: Sancto, Sancto, Sancto es el Señor Dios de los ejércitos, que haber trazado y ordenado una cosa de que tanta sanctidad se siguió en el mundo? Pues considerando esto, con mucha razón exclama Sant Buenaventura con aquellas palabras del Apóstol, que dice (1): Lejos sea de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, pues en ella y por ella tantos bienes se me conceden. Porque ¿en qué me tengo yo de gloriar sino en la gloria de Dios y en la salud del hombre? Pues ¿dónde se halla lo uno y lo otro perfectamente, sino en la cruz? Allí fué Dios honrado como él merecía, con tan grande sacrificio y obediencia, y allí fué el hombre amado más de lo que merecía, con tan grande beneficio y redempción.

Este capítulo querría yo que el siervo de Dios leyese muchas veces, después de muy bien ponderado lo contenido en él, porque no faltando la luz divina (sin la cual todos quedamos á escuras) no menos se confirmará con él en la fe del misterio de nuestra redempción, que si viese hacer ante sí muchos milagros. Mas no es sola ésta la confirmación de nuestra fe, porque muchas otras están dichas, y otras aún nos quedan por decir.

---

(1) Gal. 6.

DE ALGUNAS PREGUNTAS Y OBJECCIONES QUE SE PUEDEN PROPONER ACERCA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN, VIDA Y MUERTE DE NUESTRO SALVADOR

CAPÍTULO XVIII

Entre las cerimonias con que mandaba Dios en la ley comer el cordero pascual (que era figura del verdadero cordero, Cristo nuestro Salvador) una dellas era que no se comiese crudo, sino asado. Alguno habrá que se maraville desta prohibición, y que le parezca cosa excusada prohibir lo que nadie había de hacer, que es comer carne cruda. Mas por este mandamiento, que paresce excusado, dice S. Gregorio que quiso nuestro Señor levantarnos de la letra al espíritu, dándonos á entender que algunos habían de comer este cordero crudo, contra este mandamiento, y éstos fueron los herejes y los infieles, los cuales considerando por una parte la majestad y alteza de la naturaleza divina, y por otra la bajeza de la humana, no mirando más que lo que de fuera en ella parecía, sin considerar la alteza del consejo divino que en esta obra resplandesce, juzgan atrevidamente ser esta obra indigna de la majestad de Dios, porque no miran más que la sobrehaz y corteza della. Éstos pues son los que comen este cordero crudo, los que fríamente y sin algún calor de devoción lo contemplan. Mas asado lo comen los que con devoto y herviente corazón ponen los ojos en el inmenso fuego de amor con que el Salvador se ofreció en sacrificio por remedio de nuestros males, y merecernos la vida eterna. Y la diferencia que hay entre los unos y los otros, declaró el Apóstol cuando dijo (1): Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles. Mas los que Dios llamó de los unos y de los otros, hallan que en este misterio está encerrado el sumo poder y sabiduría de Dios. Éstos pues son los que comen el cordero asado, mas aquéllos lo comen cru-

(1) I Cor. I.

do, y por eso condenan lo que no alcanzan. Pues contra éstos pretendo declarar, con el favor de nuestro Señor, en lo que se sigue desta tercera parte, cómo ninguna destas cosas es indigna de aquella infinita y soberana Bondad, aunque á los ojos carnales (que no miran más de lo que por de fuera se ve) parezca indigna de la gloria de la majestad. Pues á cada una destas objecciones ó preguntas responderemos aquí por su orden.

Primera pregunta acerca de la humanidad de Cristo nuestro Salvador.

§ I

La primera objección ó pregunta es acerca de la bajeza de la naturaleza humana, paresciendo al juicio de la prudencia del mundo cosa indigna de la grandeza de Dios juntar consigo naturaleza tan baja en unidad de persona. Tendría lugar esta objección considerando la naturaleza humana como ellos la consideran en sí mismos. Mas no es así, porque por el mismo caso que el Hijo de Dios la quiso misericordiosamente juntar consigo para obrar en ella el negocio de nuestra salud, él la enriqueció y engrandeció y sublimó con tan grandes riquezas y gracias, cuanto para tan grande dignidad se requería: con las cuales quedó tan rica, tan perfecta, tan hermoseada y tan resplandeciente, que comparada con ella toda la hermosura de los ángeles y de todos los querubines y serafines y de todo lo criado, no resplandece más que las estrellas del cielo ante el sol de medio día. Porque ya que este Señor se quiso vestir desta ropa, él la supo hermosear con tantas labores de gracias, que no fuese cosa indigna de su majestad tener uñida consigo tal naturaleza. Lo cual nos representa aquel velo del templo, hecho de hermosísimas colores, que es la sanctísima humanidad (que era el velo con que estaba cubierta la gloria de la divinidad) el cual era labrado de aguja, que es por artificio subtilísimo del Espíritu Sancto, cuya singular y admirable obra fué ésta.

Mas la causa de ofenderse deste misterio los infieles, procede de considerar al hombre con las manqueras y pasiones con que nace. Mas Cristo, aunque es verdadero y perfecto hombre, es

nuevo hombre, de nueva manera concebido por el Espíritu Sancto, y nascido de madre virgen, y sin mácula de pecado, y sin las pasiones desordenadas que tienen los otros hombres concebidos en él. Desta manera lo que era tan bajo por naturaleza, fué levantado con los privilegios de todas las gracias que aquí se juntaron. Y aun en esto se ve la grandeza de la sabiduría y omnipoten cia de Dios, él cual puede sublimar tanto por gracia lo que es tan bajo por naturaleza. No era menos alabado aquel famoso estatuario por nombre Fidias, cuando hacía una imagen de barro muy perfecta, que cuando la hacía de marfil ó de oro, porque mucho más se muestra la suficiencia del arte cuando la materia no ayuda al artífice. Pues así decimos que no fuera tan grande maravilla hermosear Dios la naturaleza angélica, si se juntara con ella, cuanto fué obrar esto en la naturaleza humana, por ser ella de condición más baja. Y ésta es una cosa en que Dios comúnmente muestra su grandeza, levantando de la tierra al pobre, y del estiércol al necesitado. Y así él es el que hace de los pecadores justos, y de las piedras hijos de Abraham, y de los pastores reyes, y de los rústicos profetas, y de los pescadores apóstoles y príncipes de su Iglesia: mas la suma de todas sus grandezas y riquezas en esta sagrada humanidad se mostró.

Mas para que la rudeza de nuestra razón entienda mejor lo dicho, pondré un ejemplo, por el cual subiendo de las cosas menores á las mayores, conozcamos la dignidad y gloria desta sagrada humanidad. Dice S. Buenaventura que el Padre Sant Francisco había llegado á tan gran pureza, que su carne parecía de un niño recién nascido, y muy semejante á la que tuviera en el estado de la inocencia. Pues imaginemos agora una carne mil veces más pura que ésta, y añadamos que ésta fuese concebida por sola virtud del Espíritu Sancto en las entrañas de una virgen más pura que las estrellas del cielo, y pongamos en esta carne una ánima con todas las grandezas y excelencias y gracias y riquezas que arriba dijimos, y todo esto sin alguna centella ni sombra de pecado, ni otra imperfección. Pregunto pues agora: ¿qué indignidad era del Hijo de Dios ayuntar consigo tal humanidad como ésta en su misma persona? Pues tal es la que la religión cristiana confiesa haber sido ayuntada al Verbo divino para obrar en ella el negocio de nuestra salud. Cuya pureza declaró el Profeta cuando dijo que el Señor había reinado, y ves-

tídose de hermosura, y ceñídose de fortaleza y de virtud (1). Dónde llama á la sagrada humanidad ropa de hermosura, para significar la grandeza de su perfección y pureza. Pero más perfectamente se representó la hermosura y gloria desta sancta humanidad en el misterio de la gloriosa transfiguración del Salvador, donde su rostro resplandesció como el sol, y sus vestiduras parescieron blancas como la nieve.

Siendo pues ésta la perfección y hermosura de aquella sagrada humanidad, la cual por estas vestiduras se entiende, ¿qué indignidad es vestirse el Hijo de Dios de tan rica vestidura cual ésta es? Está tan lejos esto de ser cosa indigna desta Majestad, que muchos graves doctores confiesan que aunque no hubiera pecado, no dejara este Señor de vestirse desta ropa tan hermosa, para gloria y muestra de la grandeza de su bondad y caridad. Mas porque de la riqueza y hermosura desta sacra humanidad tratamos más á la larga en nuestra Introducción del Símbolo de la Fe, á este lugar remitimos al prudente lector (2). Esto baste para respuesta de la primera pregunta.

Cómo todo el proceso de la vida de nuestro Salvador corresponde así á la dignidad de su persona como al oficio á que venía.

§ II

MAS para cumplimiento desta materia será bien que veamos cómo todo el proceso de la vida y pasión del Salvador corresponde á la dignidad y gloria desta sancta humanidad. Para lo cual es de saber que dos cosas señaladamente habemos de considerar en la vida deste Señor, que son, quién él era, y á lo que venía. Si miramos quién él era, á él convenía toda gloria y honra, porque era Hijo de Dios: mas si miramos á lo que venía, á él convenía toda humildad y pobreza, porque venía á curar nuestra soberbia. Por lo primero dijo S. Juan (3): Vimos la gloria deste Señor, la cual era conforme á quien él era, que era Hijo

(1) Psalm. 92. (2) Tercera parte, diálogo segundo, fol. 114 & 115 (páginas 221 y 224 *de esta edición*) (3) Joan. 1.

del Padre, lleno de gracia y de verdad. Mas por lo segundo dijo Esaías (1): Vímosle, y estaba desfigurado, y deseamos verle despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos.

Y ésta es la causa por que en el proceso de la vida de este Señor unas veces hallaremos cosas de grande gloria, conformes á la dignidad de su persona, y otras de grande humildad y pobreza, proporcionadas al oficio á que venía. Esto vemos luego en su sancto nascimiento, en el cual tiene por madre una mujer, mas esta madre es virgen. Es concebido en sus entrañas virginales, mas esto es por sola virtud del Espíritu Sancto. Nace en un establo, mas resplandece con una nueva estrella en el cielo. Por lo cual con mucha razón exclama S. Augustín, diciendo: ¿Qué niño es éste que buscan los extranjeros, al cual conocen en el cielo, y búscanlo en la tierra, resplandece en lo alto, y está escondido en lo bajo, venlo en Oriente, y búscanlo en Judea? ¿Qué rey es éste tan pequeño y tan grande, que antes que hable en la tierra, ya pone sus edictos en el cielo? Por dónde si te escandalizan, hombre, los pañales, escucha el cantar de los ángeles, si te parece cosa vil el establo, levanta los ojos á la estrella que resplandece en el cielo. Si crees las cosas bajas, cree también las altas.

Éstos son (dice S. Augustín) Señor Jesús, los testimonios de tu grandeza en esa tierna edad, antes que las ondas de la mar obedeciesen á tu imperio, antes que los vientos por tu mandamiento cesasen, antes que los muertos por tu llamamiento resuscitasen, antes que el sol, cuando tú morías, se escureciese, y la tierra, cuando tú resuscitabas, temblase, y el cielo, cuando tú á él subías, se abriese. De manera que siendo traído en los brazos de la madre, ya eras conocido por señor del mundo.

Pues esta diversidad de cosas altas y bajas que vemos en el nascimiento de este Señor, vemos también en todo el discurso de su vida sanctísima. Porque en ella veremos una tan grande humildad y pobreza, que llegó el Señor de la majestad y abismo de todas las riquezas á sustentarse con las limosnas que unas piadosas mujeres le daban. Pues ¿qué mayor humildad que ésta? Mas ¿cuáles eran las riquezas y la gloria deste pobre? Andaba por la tierra lanzando los demonios, curando los paralíticos,

(1) Esai. 53.

alumbrando los ciegos, sanando los cojos, resuscitando los muertos, sosegando los mares, y andando sobre ellos. Á su imperio servían los ángeles, de su poder temblaban los demonios, á su voz respondían los muertos, á su mandamiento obedecían los elementos, con su palabra perdonaba los pecados, con su virtud sanctificaba los corazones, y con solo el tocamiento de su vestidura sanaba los enfermos, y con el de sus manos multiplicaba los panes y daba de comer á los hambrientos.

Mas dejemos agora los milagros, y tratemos de las virtudes deste Señor, y de la manera de su vida sanctísima, en la cual veremos cuánto concuerda con la sanctidad de su persona y del oficio á que venía. Venía pues (entre otras cosas) á desaficionar los hombres del amor de las cosas de la tierra, y aficionarlos á su Criador, como él declaró cuando dijo (1): Fuego vine á poner en la tierra, ¿qué tengo de querer sino que arda? Pues ¿qué otra cosa hizo en todos los pasos y obras de su vida, sino echar brasas de carbones sobre nuestros corazones para encenderlos en su amor? Y por eso entre todas las virtudes que en él resplandescían, señalamente se esmeró en aquéllas que lo hacían más amable á los hombres, cual es la humildad, la caridad, la misericordia y la mansedumbre, que aun en los animales es amable. Éstas son aquellas cuerdas con las cuales promete el Señor por su Profeta que había de atraer á sí los hombres (2), que es, con lazos y prisiones de amor. Pues comenzando por la humildad, ¡qué humildad fué nascer en un establo, y ser circuncidado al octavo día como pecador, y huir á Egipto como flaco, y ser baptizado entre publicanos y pecadores como uno dellos, y tratar con sus discípulos, según él dice (3), no como señor que está asentado á la mesa, sino como ministro que sirve! ¡Cuál fué aquella mansedumbre que guardó en toda la vida, de la cual dijo el mismo Señor por Esaías (4): Veis aquí mi siervo, el escogido que yo escogí, en quien puse mi espíritu. No clamará, no contenderá con nadie, ni se oirá su voz en las plazas: la caña que estuviere cascada, no la quebrará, y la torcida que estuviere humeando, no la apagará! Lo cual mostró él muy á la clara con la mujer adúltera, pues no quiso condenar á la que todos condenaban (5). Ni fué menor, sino mayor la mansedumbre que mostró en todos

(1) Luc. 12. (2) Osee 11. (3) Luc. 22. (4) Esai. 42. (5) Joan. 8.

los pasos de su sacratísima Pasión, la cual vió en espíritu el mismo Profeta, cuando dijo (1): Como oveja que llevan al matadero, así será llevado, y como el cordero delante del que le tresquila, así enmudecerá y no abrirá su boca. Y con esta mansedumbre respondió al que le dió la bofetada en casa de Anás, diciéndole (2): Si mal hablé, muéstrame en qué, y si no, ¿por qué me hieres?

Pues ¿qué diré de su misericordia y del celo de la salvación de las ánimas, pues dende que comenzó el oficio de la predicación del Evangelio, toda la vida gastó en andar por villas y castillos, curando los cuerpos y doctrinando las ánimas? ¡Con qué entrañas de caridad convidaba á todos los pecadores que viniesen á él, diciendo (3): Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré refrigerio! ¡Cuán amigos quiso que fuésemos de misericordia, pues quiso que el proceso del día del juicio, por el cual se han de sentenciar buenos y malos, fuesen las obras de misericordia, diciendo á los buenos (4): Venid, benditos de mi Padre, y tomad la posesión del reino que os está aparejado, porque tuve hambre, y dístesme de comer, &c. añadiendo al cabo: Porque lo que á uno destos pequeñuelos hecistes, á mí lo hecistes, y lo que no hecistes con ellos, á mí lo negastes! ¡Qué humano se mostró con el Centurión, cuando le pidió salud para un su criado (5), respondiendo que él iría á su casa y lo curaría, pudiendo con sola una palabra darle salud, como se la dió! ¡Cuán agradecido á Zaqueo publicano, por el amor y devoción que en él conoció (6), pues se le convidó á comer con él en su casa! ¡Cuán agradescido á aquellas sanctas Marías que iban al sepulcro á ungir su sacratísimo cuerpo (7), pues se les ofreció en el camino vivo, á quien ellas buscaban muerto, y consintió abrazar y besar sus sagrados pies, y adorar aquellas preciosas señales de las llagas que en ellos había recebido! Y no menos mostró este amor y agradescimiento á los dos discípulos que iban á Emaús, platicando con mucho dolor y sentimiento de sus corazones lo que el Señor había padescido, pues les acompañó todo el camino, declarándoles las sanctas Escripturas, y confirmándolos en la fe (8).

Y demás desto, ¡cuán benigno se mostraba con los pecadores,

(1) Esai. 53. (2) Joan. 18. (3) Matth. 11. (4) Matth. 25. (5) Matth. 8. (6) Luc. 19. (7) Matth. 28. (8) Luc. 24.

y cuán deseoso de su salvación, pues comía con ellos (1), para atraerlos á sí con su ejemplo y doctrina! ¡Cuán grande fué la misericordia de que usó con la Magdalena (2), pues infundió en aquella ánima pecadora un tan grande amor de Dios, y un tan profundo dolor de sus pecados, los cuales tan fácilmente le perdonó! ¡Cuán benigno fué con la Samaritana (3), pues de mujer pecadora súbitamente la hizo evangelista! ¡Cómo se enterneció su corazón, cuando vió ir la madre viuda á enterrar un solo hijo que tenía! Porque según dice el Evangelista (4), movidas sus entrañas á compasión (como verdadero hombre que era) se llegó á ella sin ser llamado ni rogado, y le dijo: Mujer, no llores. Y acercándose á las andas en que iba el muerto, lo resuscitó y lo entregó á su madre.

Mas veamos de la manera que el Señor de la majestad trataba con aquellos pobres pescadores sus discípulos. ¡Con cuánta mansedumbre sufría su rudeza y simplicidad, y cuán familiar y benignamente conversaba con ellos! Y habiéndole ellos desamparado al tiempo de su pasión, y dejádolo solo en poder de sus adversarios, como olvidado desta cobardía y deslealtad, luego ese día que resuscitó, les envió una amorosísima embajada con la sancta pecadora, diciéndoles (5): Ve á mis hermanos, y diles que subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. ¡Cuán amigo se les mostró cuando les dijo (6): Como el Padre me ama, así os amo yo! La grandeza de este amor (demás de otras muestras) declaró él en aquel glorioso sermón de la cena, en el cual por la mayor parte trata de la consolación de sus discípulos, que estaban tristes por la partida de su Maestro. Dónde es cosa dignísima de considerar que estando el Salvador para padescer los mayores dolores que jamás en esta vida se padescieron, y siendo más justo tratar de su propria consolación que de la dellos, tanta fuerza tuvo su amor, que como olvidado de sí, trata de la consolación dellos, como si fuera mayor la pena de su ausencia que el dolor de su pasión. Pues ¿quién aquí no reconoce las entrañas de caridad y la benignidad deste clementísimo Señor?

Sobre todo esto, ¡cuán misericordioso se mostró con S. Pedro cuando le negó (7), pues volvió su rostro hacia él, y le infundió

(1) Matth. 9. (2) Lúc. 7. (3) Joan. 4. (4) Luc. 7. (5) Joan. 20. (6) Joan. 15. (7) Luc. 22.

aquel gran dolor y arrepentimiento de su pecado! Y (lo que más es) á él solo apareció después de resuscitado, antes que á los otros discípulos (1), para enjugar las lágrimas de sus ojos, y esforzar y consolar al que tan confuso y desconsolado estaba por su culpa. ¡Cuán benignamente reprehendió á sus discípulos porque querían pedir fuego del cielo contra los samaritanos, porque no le habían querido recebir, diciéndoles (2): No sabéis cuál es el espíritu que en vosotros mora. El Hijo de la Virgen no vino á matar los hombres, sino á salvarlos! Allende desto, ¡qué humildad, qué caridad, qué regalo, qué benignidad fué que aquel soberano Señor á quien adoran todos los poderes del cielo, y ante cuyo acatamiento está prostrada toda la naturaleza criada, se prostrase ante los pies lodosos de sus discípulos (3), y se los lavase y alimpiase con aquellas manos, en las cuales el Padre eterno había puesto todas las cosas!

Mas sobre todo esto, ¡qué entrañas de compasión mostró, cuando viendo la ciudad de Hierusalén (4), y representándosele el castigo que según las leyes de la divina justicia le estaba aparejado, derramó muchas lágrimas de aquellos purísimos y clementísimos ojos por el grande azote que le estaba guardado! Y esta misma compasión lo enterneció tanto, estando en la cruz, que la primera palabra que allí habló, fué rogar por ellos (5).

Y estando él padesciendo tan grandes dolores (que bastaban para quebrar corazones de piedras) ellos no sólo no se compasdecían dél, mas antes le acrescentaban los dolores con sus lenguas (6), que era como echar sal en las llagas frescas y recientes. Mas el inocentísimo Cordero, compadesciéndose más de su perdición que indignándose por sus injurias, al tiempo que ellos meneando las cabezas le escarnecían, él hacía oración por ellos, diciendo: Padre, perdona á éstos, porque no saben lo que hacen: porque verdaderamente le dolía más su ceguedad que la misma cruz. Y teniendo ante sí á su desconsoladísima madre, primero que tratase de la consolación della, trató del perdón y remedio dellos. Pues ¿quién no ve cuán grande benignidad y nobleza de corazón sea ésta?

Éstas son aquellas virtudes y aquella espiritual y divina her-

(1) Luc. 24. (2) Luc. 9. (3) Joan. 13. (4) Luc. 19. (5) Luc. 23. (6) Matth. 27.

mosura que debajo del humilde y pobre hábito de Cristo resplandecía, la cual en espíritu había visto el Profeta Real (como quien tenía ojos para conocer este nuevo linaje de hermosura) cuando dijo que este Señor era el más hermoso de los hijos de los hombres, y que con esta su hermosura había de reinar prósperamente (1), no sólo sobre los cuerpos de los hombres, sino mucho más sobre sus corazones, atrayéndolos y aficionándolos á sí con la hermosura y gracia destas virtudes, tirando saetas agudas de amor á los corazones de sus enemigos, para hacerlos amigos. Porque los que nunca pudieron ser vencidos con azotes, lo fueron con los regalos y beneficios que en esta venida les descubrió. Por dónde con mucha razón dijo el Apóstol que se había descubierto en esta venida la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador (2), la cual antes nos estaba encubierta. Concluyo pues también agora que si Dios había de conversar con los hombres, no había otra más conveniente manera de conversación que ésta que él escogió.

---

(1) Psalm. 44. (2) Tit. 3.

SEGUNDA PREGUNTA: DE LA HUMILDAD, POBREZA Y ASPEREZA DE LA VIDA DE NUESTRO SALVADOR

CAPÍTULO XIX

Declarado en común el proceso de la vida de nuestro Salvador, descenderemos á tratar en particular de la humildad y pobreza y aspereza della, por parecer estas cosas á la prudencia humana bajas y indignas de tan grande Majestad. Esta pregunta nasce de no conocer los hombres la dignidad y grandeza de los verdaderos bienes. Porque el mundo tiene por grandes bienes éstos que son temporales y se ven con ojos corporales, y así llama grandes á los ricos dellos, como son los reyes y príncipes del mundo. Mas el juicio y estima de la palabra de Dios es tan diferente desto, que dice por Sant Lucas el mismo Señor (1): Lo que es alto á juicio de los hombres, á veces es abominable delante de Dios. Pues si éstos no son grandes, ¿á quién llama la palabra de Dios grande? Llama por boca del ángel S. Gabriel á S. Juan Baptista diciendo dél que sería grande delante de Dios. Y este á juicio de Dios grande andaba descalzo, vestido de un cilicio hecho de pelos de camellos, sin casa, sin cama, sin criados, manteniéndose de lo que hallaba por esos campos, como se mantienen los animales ó las aves. Éste pues tan pobre y tan mal vestido dice el ángel que será grande delante de Dios, que es la verdadera y suma grandeza, donde queda la del mundo por muy baja y casi contrahecha.

Y que esto sea así, dícelo claro la razón, porque como nuestra ánima sea sin comparación más excelente que el cuerpo, síguese que tanto serán más excelentes los bienes della que los dél, que son los bienes espirituales. Pues por esto dijimos al principio que el que quisiere entrar en este sanctuario, ha de descalzar los zapatos, que es despedir de su ánima las opiniones y pareceres que se le hubieren pegado del juicio del mundo.

(1) Luc. 16.

Mas quien quisiere saber la respuesta desta pregunta, ponga los ojos en los fines á que el Salvador vino á este mundo. Porque quien esto considerare, verá claro que por ninguna vía convenía que viniese de otra manera de la que vino. Vino pues primeramente para desterrar los pecados del mundo, como dice S. Juan. Para esto apareció el Hijo de Dios en el mundo, para destruir las obras del diablo, que son los pecados. Lo segundo, vino á plantar en la tierra una manera de vida celestial, que es la perfección de la vida evangélica. Lo tercero, vino para desengañar los hombres, enseñándoles otra manera de felicidad de la que ellos andan buscando por las criaturas. Pues estas tres cosas nos vino á enseñar el Hijo de Dios. Y para todas ellas sirven maravillosamente estas tres virtudes susodichas, que él en su vida sanctísima nos representó.

Pues cuanto á lo primero, conviene saber que la causa de cuantos pecados se han hecho y hacen en el mundo, son aquellos tres malos amores que cuenta S. Juan en su Canónica (1), que son, amor desordenado de la hacienda perecedera, y de la honra vana, y de los sensuales deleites. Que esto sea verdad, cada uno lo puede fácilmente conocer, porque luego verá que ningún pecado se hace que no proceda de alguna destas tres pestilenciales raíces, que con nada se hartan ni contentan, por mucho que sea. Fingen los poetas que á la puerta del infierno está una terrible guarda que llaman el Cancerbero, el cual dicen que tiene tres cabezas, y que padesce perpetua hambre. Con lo cual por ventura quisieron los poetas significar estos tres insaciables amores que todos tenemos. Á lo menos el siervo de Dios que anda velando sobre la guarda de sí mismo, debe imaginar que tiene dentro de su corazón (por pequeño que le parezca) otro Cancerbero, que es un apetito sensual del cual nacen estos tres insaciables amores, causadores (como digo) de cuantos males se hacen.

Pues siendo esto así, ¿qué había de hacer el que venía á desterrar los pecados del mundo, sino poner el cuchillo á estas tres malas raíces con estas tres virtudes que él abrazó en todo el discurso de su vida sanctísima, y enseñarnos con su ejemplo á hacer lo mismo? Porque con la pobreza voluntaria se corta la raíz de la codicia, y con la virtud de la humildad la del amor desordena-

(1) I Joan. 2.

do de la honra, y con la aspereza y trabajos de la vida el deseo desordenado de los deleites. De modo que con estas tres virtudes se cortan estas tres pestilenciales raíces, que son causa de todos los males. Pues si este Señor venía á enseñarnos por su ejemplo esta celestial filosofía, ¿de qué manera había de venir, sino armado con estas tres virtudes que cortan las raíces de todos los vicios, pues él vino á ser nuestra luz y nuestra guía, para que por donde él caminó, caminásemos todos?

§ I

Pasemos adelante. Vino también, lo segundo, á plantar en la tierra una vida celestial, que es la perfección de la vida evangélica, que no es para todos, sino para aquéllos que anhelan á la perfección: los cuales no contentos con la guarda de los mandamientos, se esfuerzan á la de los consejos. Pues quien á la perfección de esta vida quiere caminar, sepa cierto que las tres columnas sobre que ella se funda, son estas tres virtudes susodichas, contrarias á aquellos tres malos amores que dijimos, porque éstos son los mayores impedimentos que tenemos para llegar á esta perfección. Para lo cual conviene advertir que como nuestro espíritu sea substancia espiritual (como son los ángeles) cuanto es desta parte no tiene por qué apetescer cosas de carne (que son extrañas y peregrinas á su naturaleza) sino cosas espirituales, que son conformes á ella. Y si esto no hace, es por estar casado, ó (por mejor decir) amancebado con su propria carne: la cual tira por él con la fuerza destos tres amores susodichos, que son como tres cadenas que lo abaten de lo alto (donde es su naturaleza) y lo inclina á las cosas de la tierra, que le son ajenas y peregrinas. Por dónde así como una piedra que contra su naturaleza está en lo alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego ella por sí correría á lo bajo, que es á su lugar natural, así quitando á nuestro espíritu estas prisiones susodichas, luego él (cuanto es de parte de su naturaleza) se levantará á lo alto, que es al amor de las cosas espirituales y divinas, aunque para lo uno y para lo otro se requiere gracia, para que esta subida sea meritoria. Por dónde se ve cuán necesarias sean estas tres virtudes susodichas para la perfección desta vida, pues

por ellas se cortan estas tres prisiones que nos impiden la subida para ella.

Añadiré para lo mismo otra razón. Para cuya inteligencia es de saber que la perfección desta espiritual vida de que tratamos, consiste en vivir el hombre conforme á la más noble parte que tiene dentro de sí. Porque como él sea compuesto de carne y de espíritu, tiene en sí disposición para vivir dos maneras de vidas, una conforme á los apetitos de su carne (que es vida de bestias) y otra conforme á la dignidad y condición de su espíritu, que es vida de ángeles. Pues los que despreciada esta vida carnal, sospiran por la espiritual, sepan cierto que han de mortificar su carne, porque vida carnal y espiritual no caben en un subjecto, pues la una es contraria á la otra. Y acabar esto es la mayor empresa y la cosa más ardua de cuantas hay en esta vida, porque por la dolencia común del pecado original nuestro espíritu quedó muy flaco y debilitado, y la carne por el contrario con todos sus apetitos é inclinaciones muy furiosa y rebelde. Porque perdida la gracia de la justicia original con que fuimos criados (que era como un freno que tenía la carne perfectamente subjecta al espíritu) quitado este freno, luego la carne quedó suelta, y desenfrenada, y rebelde, como un caballo furioso y por domar y sin freno, que es la mayor calamidad de cuantas el mundo padesce. Mas por el contrario, el espíritu quedó tan debilitado y tan flaco, que no puede por sí ni aun tener un pensamiento que sea agradable á Dios, sin su favor y gracia.

Pues volver agora este negocio al revés, conviene saber, que la carne que está tan señora y tan poderosa, quede mortificada y debilitada, y el espíritu que está tan debilitado y como sepultado, de tal manera resuscite y se esfuerce, que sojuzgue la carne. y la haga sierva de señora, es un linaje de mudanza, y (si decir se puede) una manera de alquimia, que solo el Espíritu Sancto puede hacer, donde no se hace de cobre oro, ni de plomo plata, sino de la carne espíritu, y de la tierra cielo, y del hombre ángel. Y para salir con esto, ¡oh cuánta diligencia, cuánta vigilancia, cuánta fortaleza, cuánta solicitud y cuidado, cuántas oraciones y vigilias son menester! ¡Cuántas batallas se han de vencer hasta llegar á tener esta carne subjecta al espíritu para que no nos lleve tras sí! Porque quien á fuerza de remos navega contra la corriente de un río arrebatado, en descuidándose del remo, luego

vuelve hacia tras, En lo cual parece que la vida de los que desean llegar á la perfección es una continua batalla, una perpetua lucha entre la carne (que está en su propria tierra y naturaleza) y entre el ánima (que es extranjera y peregrina) y finalmente es una perpetua cruz en que habemos de crucificar todos nuestros sentidos y apetitos, que son cuasi infinitos. Aunque también confieso que no faltan grandes esfuerzos y consolaciones del Espíritu Sancto para los que esto emprenden.

Mas volviendo al propósito, siendo esto así, y habiendo venido el Hijo de Dios á ser el maestro, el predicador, el capitán y guía desta vida espiritual, y el espejo y dechado della, y el que mucho más con obras que con palabras nos la había de enseñar, ¿cuál había de ser su vida, sino pobre, áspera y llena de trabajos? Porque con esta manera de vida es refrenada, sopeada y sojuzgada la carne, la cual nos inclina á todo lo que es contrario al espíritu: y sabemos que un contrario no puede ser vencido sino con otro más poderoso. Vemos pues por lo dicho cuán conveniente cosa era que así viniese quien para esto venía.

§ II

Lo tercero, venía (como verdadera luz y guía del mundo) á desengañar los hombres, y mostrarles otra manera de felicidad de la que ellos andan buscando. Porque ellos la tienen puesta en la posesión de las riquezas y deleites corporales, lo cual está tan lejos de ser así, que apenas hay cosa más contraria á ella, como lo entendieron aun muchos de los filósofos gentiles. Y porque esta materia es muy larga, declararé en suma lo que á este artículo toca. Es pues de saber que la felicidad del hombre en esta vida consiste en emplear su entendimiento en la más excelente obra de cuantas él puede hacer, que es, en la contemplación de Dios y de sus grandezas y maravillas. En la cual se halla tan grande suavidad y tan grande paz y contentamiento, cuanto es Dios más suave, más rico y más amable que todas las criaturas. Pero esta suavidad no gustan todos, sino solos aquéllos que tienen purgado el paladar de su ánima. Porque así como el doliente que tiene estragado el gusto, no juzga bien de los sabores (y así á veces juzga lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce) así el

que tiene inficionado el gusto de su ánima con los malos humores de los pecados y aficiones sensuales, no puede sentir la suavidad de las cosas espirituales. Porque es Dios, como dice S. Augustín, sabiduría ó saber del ánima purgada, y por eso no lo gusta sino quien así la tiene. Mas había probado este sabor quien después que halló esta sabiduría, dijo que la preciaba más que reinos y sillas, y que las riquezas de oro y plata y piedras preciosas eran nada en comparación della, porque ésta es aquel tesoro y aquella perla preciosa por la cual el sabio mercader del Evangelio vendió todo cuanto tenía, como lo hicieron todos los sanctos, y especialmente aquellos monjes solitarios, los cuales como tenían purgado el gusto de sus ánimas, hallaban tanto gusto en esta celestial sabiduría, que sufrían alegremente todos los trabajos que la soledad y pobreza extremada trae consigo. Porque de otra manera, ¿cómo pudieran unos hombres de carne y de sangre como nosotros sufrir tantos años los ardores y fríos del desierto, la mala casa, y mala cama, y pobre mesa, y aquellas espantosas abstinencias de las semanas enteras, si no fueran maravillosamente recreados y esforzados con este pasto suavísimo de la contemplación y posesión de Dios? Porque así como el sol, con ser un solo planeta, es más parte para alumbrar el mundo que todas las estrellas juntas, con ser tantas, así solo Dios es más parte para alegrar y beatificar un ánima, que la posesión de todos los bienes del mundo juntos. Mas el sabor deste suavísimo manna (que en sí contiene todos los sabores) dice S. Juan que no lo conoce sino quien lo ha probado, que es el que tiene (como dijimos) el paladar de su ánima purgado.

Y si me preguntáredes, ¿de qué humores ha de estar purgada una ánima para gustar deste manna celestial? digo que destos tres desordenados amores (que aquí habemos contado) porque purgado dellos, luego probará por experiencia, ayudado de la divina gracia, cuán suave cosa sea Dios. Y asimismo libre dellos nuestro espíritu, luego (cuanto es de parte de su naturaleza, que es substancia espiritual) volará á lo alto á gozar de aquel supremo y altísimo espíritu, que es el centro de su felicidad. Por dó parece que la mortificación de estos tres amores, que se alcanza por medio destas tres virtudes que dijimos, así como es fundamento de la vida perfecta, así lo es desta vida bienaventurada. Pues siendo esto así, ¿quién no ve que estas tres virtudes señaladamen-

te habían de resplandescer en aquel Señor que venía á enseñarnos con su ejemplo el camino de la verdadera felicidad?

Concluyendo pues todo este discurso, digo que si el Salvador venía á enseñar por su ejemplo estas tres cosas susodichas, que es el camino para la inocencia y para la vida perfecta y bienaventurada (que son las tres cosas más excelentes que hay en esta vida) en ninguna manera convenía que viniese sino acompañado con estas virtudes susodichas, humildad, y pobreza, y aspereza de vida. Y no es maravilla que los hombres carnales no entiendan esta filosofía, pues (como dice el Apóstol) el hombre que aún es animal, no alcanza las cosas que son del espíritu de Dios. En lo cual se ve cuán grande sea el error de los que esperan un mesías que venga con grandes riquezas y grande aparato de guerra, como un Alejandro Magno, ó un Julio César, y con grandes capitanes para conquistar el mundo á fuego y á sangre. Pues ¿qué cosa más ajena del Criador y amador de los hombres, que venir á hacer esta riza y carnicería en las criaturas que él crió? ¿Cuánta mayor gloria suya, y más digna de su bondad, es venir á sanctificar los hombres, y hacerlos bienaventurados, y librarlos de la tiranía del demonio y del pecado, que á derramar la sangre dellos?

DEL PROCESO DE LA SAGRADA PASIÓN DE NUESTRO SALVADOR

CAPÍTULO XX

La pasión del Salvador dice el Apóstol que tuvieron los judíos por materia de escándalo, y los gentiles de locura, y de aquí tomaron ocasión para no recebir la fe de Cristo. Mas aquí mostraremos á los unos y á los otros que está tan lejos esto de contradecir á la fe deste misterio, que uno de los gravísimos argumentos de nuestra fe es éste. Lo cual verá claro quien no estuviere del todo ciego, si considerare el proceso desta sagrada pasión, que es el principio, y medio, y fin della.

Y comenzando por el principio della, que es por el mismo día en que este Señor había de ser entregado en manos de sus contrarios, consideremos para esto la turbación que padece un malhechor, mayormente en caso de muerte, cuando le dan aviso que la justicia se apareja para venir á prenderle. ¡Qué temores, qué desmayos, qué sobresaltos, qué trasudores de muerte, qué mudanza de colores, qué temblar de miembros, qué desatiento en todo lo que hace, qué saltar de casa en casa y de tejado en tejado para esconderse en algún desván, ó en algún otro rincón, y qué priesa en huir, si espera por aquí escapar! Esto y mucho más hacen todos los malhechores en este caso. Mas ¿qué hizo el Salvador en este tiempo? Este día se puso muy de propósito á lavar los pies de sus discípulos. Este día celebró la pascua del cordero, cenando con ellos. Este día nos instituyó el Sanctísimo Sacramento del altar, cuyas alabanzas no pueden dignamente predicar los ángeles. Este día se asentó muy de espacio á hacer un divinísimo sermón á sus discípulos, exhortándolos á la virtud de la caridad, y consolándolos por la pena de su partida, y esforzándolos para los trabajos que les quedaban por pasar (1). Pues si el Salvador fuera el que sus enemigos decían, sabiendo él lo que en aquella noche le estaba aparejado, y que Judas era ya ido á guiar la gente de armas que le había de prender, ¿cómo no huía, pues tenía tiempo? ¿Cómo no se escondía? ¿Cómo se iba al

(1) Joan. 13, 14, 15, 16, 17.

lugar conocido, donde Judas lo había de hallar? ¿Cómo finalmente gastó todo este día con tanta serenidad de rostro, haciendo todos estos oficios que aquí habemos referido? ¿Quién no ve aquí que voluntariamente quería padescer quien así esperaba á los enemigos? ¿Quién no ve que no era malhechor el que ninguna cosa hizo aquí de las que los malhechores en tal tiempo suelen hacer, y que era más que hombre el que voluntariamente escogía lo que toda la naturaleza aborrece, que es la muerte?

Juntemos con este principio el denunciar á sus discípulos cómo todos ellos en aquella noche se habían de escandalizar. Y á S. Pedro, que se mostró más constante que sus compañeros, denuncia que lo había de negar, y las veces que lo había de negar, y el tiempo de la negación, que había de ser antes que el gallo dos veces cantase. Pues quien esto denunciaba antes que fuese, y con estas dos circunstancias tan señaladas, ¿no se ve claro que era más que hombre? Porque á solo Dios pertenece saber las cosas que están por venir, mayormente las que penden del libre albedrío y voluntad del hombre. Y desta negación hacen mención todos los cuatro sanctos Evangelistas como de cosa que claramente daba testimonio de la divinidad del Salvador.

Pues si después deste principio tan glorioso miramos el medio, que es el discurso de su sagrada Pasión, hallaremos otra cosa no menos admirable, que es, de la manera que el Salvador se hubo ante los dos tribunales y jueces, que fueron Herodes y Pilato, ante los cuales fué presentado. Porque ¿qué cosa más admirable que ver la mesura y silencio que guardó ante estos jueces? ¡Qué silencio ante Herodes (1), que tanto deseaba oirle, y verle hacer algún milagro! ¡Qué silencio ante Pilato (2), que bastó para poner en espanto al mismo juez! ¿Cuándo jamás se vió hombre inocente y falsamente acusado, que no diese voces, que no pidiese plazo para probar su inocencia, que no tachase los testigos, que no probase con mil juramentos su inocencia? Pues esto también como lo pasado manifiestamente nos declara que voluntariamente padescía quien ninguna cosa hizo ni dijo de las que suelen decir y hacer los que no quieren padescer. Por este tan nuevo silencio (dice Tertuliano) pudiérades entender los fariseos quién era este Señor, pues tal moderación y silencio entre tanta muchedumbre de tes-

(1) Luc. 23. (2) Matth. 27.

tigos falsos, y en causa de muerte, ni jamás se vió, ni la naturaleza y condición de las cosas humanas tal consiente.

Dónde es mucho de notar que cuando el profeta Esaías recuenta los dolores é injurias de la pasión del Salvador (por las cuales no fué conoscido) no sin mucha consideración dijo que estaba su rostro casi escondido y despreciado. Porque en decir casi escondido, dió á entender que no estaba del todo escondido, pues quedaban estos postigos abiertos para que se viese que este Señor que padescía, era más que hombre.

Pero vengamos al fin de esta batalla. ¿Qué mayor argumento de la gloria y divinidad del Señor que padescía, que al tiempo de estar penando en la cruz, temblar la tierra, partirse las piedras, abrirse los sepulcros, rasgarse el velo del templo, y (lo que más es) vestirse el mundo de luto, escurecerse el sol y la luna y todas las estrellas? Las cuales, escurecido y eclipsado el sol, de quien reciben su claridad, forzadamente se habían de escurecer. Pues ¿qué maravilla es ésta? ¿Qué novedad tan extraña? ¿Qué altibajos son éstos, Salvador nuestro, estar por una parte desnudo y crucificado entre ladrones, y por otra vestirse de luto por vuestra pasión todas las criaturas? Pues esto era razón que así fuese, para que la mayor de las ignominias de Cristo fuese glorificada con la mayor de las maravillas del mundo, y para que no se escandalizasen los hombres con la ignominia de la cruz, vista la gloria deste sentimiento del mundo. Por lo cual sea glorificado el autor de nuestra salud, que con esto nos dió tan grande testimonio de su divinidad, porque está claro que era señor de cielos y tierra, pues todas las criaturas destos dos lugares así lo honraron y glorificaron. Porque el milagro deste eclipsi es tan grande y tan cierto y probado, que aunque no hubiera otros milagros, ni profecías, ni todo lo demás que en este libro está escripto, solo éste basta para convencer todos los entendimientos mucho más que todas las demonstraciones matemáticas que están escriptas. Porque haber entrevenido aquí este eclipsi (demás de hallarse esto referido por autores gentiles, enemigos nuestros) está claro que si esto así no pasara, no lo osaran fingir los Evangelistas, porque como ellos testifican haber sido este eclipsi universal sobre toda la tierra, si así no fuera, tuvieran contra sí por testigos á todos los hombres del mundo, los cuales los desmintieran y tuvieran no sólo por engañadores y burladores, sino también por más que

que locos, pues se atrevían á escribir una falsedad que tantos testigos contra sí tenía. Así que, de la verdad desta obra no se puede dudar. Pues haber sido ella una de las mayores maravillas del mundo parece claro por haber en este eclipsi concurrido tres grandísimos milagros. El uno es estar la luna en la parte contraria del sol, el otro es ser este eclipsi universal en todo el mundo, lo cual naturalmente es imposible, el otro es haber durado tres horas, que también es imposible. Las razones de esto explicamos en la segunda parte, en el capítulo que trata de los milagros.

Pues cuán grande confirmación de nuestra fe sea solo este eclipsi, vese claro, porque si el resplandor desacostumbrado de una estrella bastó para atraer aquellos sanctos Magos de Oriente hasta Hierusalén, y adorar prostrados por tierra á un niño tan pobre, y nacido en un tan vil y despreciado lugar, ¿cuánto mayor cosa es escurecerse el sol y la luna y todas las estrellas, cuando el Salvador padescía, que el resplandor de una nueva estrella cuando nascía? Porque por este indicio el buen ladrón conoció y confesó á Cristo por rey del cielo, aunque lo vió entre ladrones crucificado: y quien esto bien considerare, muy más certificado quedará en la fe deste misterio, que si con una demonstración matemática lo viese confirmado. Sea pues otra y otras muchas veces bendito el que con las tinieblas deste eclipsi alumbró nuestros entendimientos, y esclarece y confirma nuestra fe y todos los artículos della, pues todos ellos nos enseñó este Señor, cuya divinidad y gloria testifican todas las criaturas. Y la eficacia deste milagro se vió en el mismo tiempo que el Salvador padescía, ca todos los que presentes allí se hallaron, viendo este tan extraño espectáculo, y vista esta alteración de las criaturas, herían sus pechos y se convertían á Dios, en lo cual se cumplió lo que el Salvador había profetizado, diciendo: Cuando levantáredes en una cruz al hijo de la virgen, entonces conosceréis quién yo soy.

Queda pues con este discurso probado cómo esta sagrada pasión no sólo no es argumento contra nuestra fe, mas antes bien mirado es una de las mayores confirmaciones y testimonios della. Y si con esto juntáremos la reformación de costumbres y mudanza de vida que después de este misterio se siguió en el mundo (de que se trata en el capítulo 16 de la segunda parte) quedaremos más admirados y confirmados en la fe de esta verdad.

DE LA GRANDE GLORIA QUE ESTÁ ENCUBIERTA DEBAJO DE LA IGNOMINIA DE LA SAGRADA PASIÓN

CAPÍTULO XXI

Quédanos agora para mayor cumplimiento de la doctrina deste misterio satisfacer á los ojos de carne, que juzgan por cosa indigna de aquella soberana Majestad subjectarse á la ignominia de la pasión. No es cosa dificultosa responder á esta objección, presuponiendo lo que todo el mundo sabe, que la cualidad de la muerte no se juzga por la pena, sino por la causa. Porque como ninguna cosa hay más ignominiosa que padescer por algún delicto, porque esto es doblada mengua y miseria, así ninguna hay más gloriosa que padescer por justa causa, como es por la fe, por la castidad, por la justicia, por la patria y por el bien común. Porque en este caso, cuanto la pasión fuere más cruel y más amenguada, tanto es mayor la gloria de los que padescen por esta causa. Pues para conoscer la causa por que el Salvador padesció, no es menester más que poner los ojos en estos singulares fructos que se siguieron de su pasión (que aquí habemos referido) y en la maravillosa mudanza que el mundo hizo después della, y en la infinidad de mártires que con sus muertes glorificaron á Dios, y luego veremos cuán gloriosa y divina cosa haya sido padescer por tales causas.

Y el que quisiere entender la fuerza desta consideración, debe hacer estas tres cosas. Primeramente acuérdese de los grandes motivos que nos da la sagrada Pasión para todo género de virtud y sanctidad, como arriba queda declarado. Lo segundo considere la hermosura de una ánima sanctificada y puesta en gracia de Dios, la cual es tan grande, que escurece con su resplandor toda la claridad y hermosura de las estrellas. Y para mejor entender esto, ponga ante los ojos la sanctidad y pureza de los sanctos á que él tuviere más devoción, así de los pasados como de algunos presentes, que él habrá conoscido. Y esto hecho, cuente después el número de las ánimas de todos los escogidos, que desta

manera fueron sanctificados y hermoseados dende el principio del mundo hasta el fin, y especialmente los justos que florescieron dende que Dios bajó al monte Sinaí á dar la ley escrita, hasta la venida del Salvador, que nos dió la ley de gracia, y los que ha habido hasta el tiempo presente (donde entra el número cuasi innumerable de los mártires y de todos los otros justos hasta el tiempo presente) y los que sucederán hasta que el mundo se acabe, que son todos los siglos y mundos pasados, presentes y venideros. Pues cuán grande y cuán glorioso sea este número de los escogidos, solo aquel Señor lo sabe, que cuenta las estrellas del cielo, y llama á cada una por su nombre. Pues (resumiendo lo dicho) como sea verdad que la pasión de Cristo fué el principal medio por el cual todos estos sanctos fueron sanctificados, ¿qué cosa se puede afirmar más digna de aquella infinita Bondad, que haber ordenado una cosa de que tantos y tan admirables frutos se han seguido en el mundo? Y si es mayor la hermosura de una ánima que la del sol y de la luna, ¿qué tal parescerá aquella soberana ciudad de la gloria, hermoseada con tantos soles y tantas lunas?

Pues volviendo al propósito, siendo ésta la causa y el fructo de la sagrada pasión, síguese que cuanto ella fué más dolorosa y más ignominiosa, tanto es más gloriosa, porque no miramos á la bajeza de lo que el Salvador padesció, sino al fruto inestimable que de esto se siguió. Y considerando esto, luego nos parescerá ser esta pasión una obra más digna de aquella infinita Bondad, que cuantas hasta agora ha hecho y hará jamás.

Nadie niega ser la creación del cielo y de la tierra, del sol y de la luna y de las estrellas, obra muy gloriosa y muy digna de Dios. Pero quien tuviere sentido de Dios, verá claramente ser la pasión del Salvador muy más gloriosa y más digna de quien él es. Porque aquella obra es más digna de Dios, que más declara su bondad, y más fruto y provecho trae al mundo. Y vemos que habiendo Dios criado esos cielos tan hermosos, y esas estrellas tan resplandecientes, para que por la hermosura y beneficios dellas los hombres lo reconociesen y adorasen por su verdadero Dios y Señor, ellos cumplieron esto tan mal, que de la misma hermosura de las criaturas tomaron ocasión para adorarlas, dejando al verdadero Dios que las crió, por ellas. Mas después que él vino al mundo, y padesció en una cruz, vemos la sanctidad y

religión que en el mundo se siguió (que es la que acabamos de declarar) por la cual los hombres, dejados y hollados aquellos falsos dioses, abrazaron la fe y conoscimiento del verdadero Dios con tanta firmeza, que antes quisieron padescer mil muertes que apartarse della. Por lo cual se ve cuánto esta obra es más excelente y más digna de aquella suma Bondad, amadora de los hombres, que aquélla de que tan poco fructo se siguió, aunque esto no fué por parte de la obra, sino de la malicia humana.

Con ser esto ansí, todavía se espantan los hombres de ver á Dios preso, escupido y de tantas maneras maltratado. Así es razón que se espanten y queden como alienados y fuera de sí, considerando esta tan incomprehensible bondad.

§ I

Para entender este misterio de raíz, habemos de presuponer que así como Dios nuestro Señor es primer principio de todas las cosas, así él mismo es el último fin dellas. De manera que él las hizo, y para sí las hizo, que es para manifestación de sus perfecciones y de su gloria. Estas perfecciones suyas, con ser infinitas, podemos reducir á dos órdenes. Porque unas pertenecen á la grandeza de su majestad, y otras á la de su bondad. Mas aquí es de notar que para la manifestación destas dos órdenes de perfecciones ha Dios criado dos mundos, uno natural, que es éste que vemos poblado de tantas cosas, y otro sobrenatural, que es la Iglesia católica, adornada con los sacramentos y con las sagradas Escripturas y ejemplos de Cristo y de sus sanctos, y con la presencia del Espíritu Sancto.

Es pues agora de saber que para manifestación de las perfecciones que competen á la majestad, crió este mundo natural, en el cual nos manifestó la grandeza de su sabiduría, cuando con tanta orden y concierto lo trazó, y la de su omnipotencia, pues de nada lo crió, y la de su divina providencia, la cual tan perfectamente proveyó á sus criaturas de todo lo necesario para su conservación. Por medio pues deste mundo natural manifestó él estas tres tan grandes perfecciones suyas, que son aquellos tres dedos de los cuales, como Esaías dice (1), tiene colgada la redon-

(1) Esai. 40.

dez de la tierra, porque con estas tres perfecciones suyas la crió y la gobierna y sustenta.

Mas para declarar las perfecciones que pertenecen á su bondad, crió el mundo sobrenatural de la Iglesia, que dijimos. En el cual mediante las obras de gracia, y señaladamente de la mayor dellas, que fué la obra de la Encarnación y Pasión, nos declaró la grandeza de otras tres singulares perfecciones suyas, que son, la bondad, la caridad y la misericordia. Dónde es cosa dignísima de consideración ver por cuán diferentes medios declara nuestro Señor estas perfecciones. Porque aquellas tres primeras declara él con obras altísimas, como es la creación desos tan grandes cielos, del sol, de la luna, y de las estrellas, y de la mar, y de la tierra, y con la fábrica de los cuerpos de todos los animales, los cuales están hechos con tanta perfección, que en todos ellos (con ser cuasi infinitos) no hay cosa que sóbre ni que falte, como arriba dijimos. Pues con estas y otras semejantes grandezas declara Dios la excelencia de aquellas tres grandes perfecciones suyas que dijimos.

Mas las obras que pertenecen á la bondad, no se declaran con grandezas, sino (si decir se puede) con bajezas, que es con obras de extremada humildad. Porque ¿qué mayor humildad que nascer en un establo, que tener por cama un pesebre, que ser circuncidado como malhechor, que huir á Egipto como flaco, y al fin de la vida ser preso, maniatado, escupido, abofeteado, azotado y finalmente despojado de sus vestiduras y crucificado entre ladrones? ¿Hay mayores bajezas al juicio humano que éstas? Pero cuanto las bajezas fueron mayores (si miramos el fin por que el Salvador así se humilló) tanto fué la gloria de su bondad mayor. Porque como desta sagrada pasión se siguieron aquellos tan grandes frutos y ayudas para nuestra sanctificación y redempción (de que arriba tratamos) síguese que tales eran todas estas bajezas, cual el fin á que se ordenaban, que era todo nuestro bien. Porque como la gloria de que nuestro Señor Dios más se precia, sea la bondad, y entre los grados de esta bondad el mayor sea (como ya dijimos) padescer grandes trabajos y deshonras por hacer á otros buenos y sanctos, claro está que cuanto la deshonra de la pasión fué mayor, tanto la gloria de la bondad fué mayor. Y por consiguiente, cuanto más por nuestra causa se humilló y padeció, tanto mayores motivos de amor y agradescimiento nos dió. Por lo

cual dijo muy bien S. Bernardo (1): Cuanto más bajo se mostró en la humildad, tanto mayor se mostró en la bondad, y cuanto por mí descendió á mayor bajeza, tanto se me hizo más amable. Menosprécialo Herodes, mas yo tanto más le preciaré, cuanto él quiso ser más despreciado por mí.

Por lo dicho pues nos consta cómo las grandezas de nuestro Señor Dios, que pertenecen á la bondad, se nos declaran por estas bajezas, así como las otras se conoscen por sus grandezas. Y con esto se responde á los que tienen por cosa ignominiosa abajarse Dios á padescer estas cosas, pues por lo dicho nos consta ser ésta la más gloriosa de todas sus obras. Porque en las otras nos descubre la grandeza de su sabiduría y omnipotencia y providencia, mas en ésta se declara la grandeza de su bondad, de que él más se precia, y junto con ella la caridad y misericordia, á la una de las cuales pertenece comunicarnos este Señor sus bienes, y á la otra compadescerse y remediar nuestros males. En lo cual se ve claro cómo las cosas que á los ojos de carne (que no ven más de lo que por de fuera parece) se juzgan por bajezas á los del espíritu y de la fe son de inestimable grandeza.

§ II

Mas aquí es mucho de notar que aunque los medios por donde se declaran estas dos órdenes de las perfecciones divinas, sean tan diferentes (como está dicho) pero son semejantes en la admiración y espanto que causan en los que profundamente las consideran, pues así las unas como las otras son tales, que agotan y dejan suspensos los entendimientos de los que las saben mirar. Y dejadas aparte las otras obras divinas, pongamos los ojos en solas dos, que son la creación del mundo y la resurrección general de los cuerpos. Y para declarar la dificultad desta segunda obra (entre otros muchos ejemplos) no quiero traer más que uno, que es la resurrección de todos los cuerpos humanos que perescieron en el diluvio, de los cuales unos fueron comidos de peces, y se convertieron en la substancia dellos, y otros se resolvieron y

(1) Serm. de Epiphania.

mudaron en otras cosas. Pues siendo tan grande la muchedumbre destos cuerpos, que fué todo el linaje humano, que entonces fué anegado, sabe Dios dónde está la substancia de todos estos cuerpos, y de ella resuscitará el mismo cuerpo que fué, y no otro por él. Y lo que sobrepuja toda admiración, es decirnos el Salvador que ni un solo cabello de la cabeza faltará, sino que todos ellos uno por uno han de resuscitar. Y lo que digo destos cuerpos, digo también de la lengua blasfema del capitán Nicanor, que Judas Macabeo mandó hacer pedacicos y echar á las aves, la cual después de comida y convertida en la substancia dellas, ha también de resuscitar, y no otra por ella, para que la misma lengua que blasfemó, pague la culpa de su blasfemia. Y lo que se entiende desta lengua, se entiende también de todos los otros cuerpos que son, fueron y serán. Pues ¿qué hombre habrá que considerando estos ejemplos y otros semejantes de hombres comidos de aves, de animales y de otros hombres, y convertidos en la substancia dellos, no quede espantado, considerando la grandeza de la sabiduría y omnipotencia de quien sabe y puede hacer una tan extraña mudanza?

Pues aún mayor que ésta es la obra de la creación, porque en la resurrección hay algo de que se forme el cuerpo resuscitado, mas en la creación no lo hay, porque de nada crió Dios todo este mundo, con todo lo que en él hay, y lo que más nos admira, es ver que con sólo querer, sin otra alguna cosa, fueron todas las cosas criadas. Y añado más, que con solo este querer criaría agora Dios otros mil mundos en un solo punto, si quisiese, tan grandes y mayores que éste que vemos. Pues según esto, ¿cuál podremos imaginar que será aquel Ser donde se halla tan gran poder, que con sólo querer hace cosas tan grandes, y todas ellas tan perfectas? ¿Qué entendimiento habrá que considerando esto con especial atención, no quede como alienado y fuera de sí? Pues si éstas, que son obras de la sabiduría y omnipotencia de Dios, causan este espanto en quien así las considera, muy quejosa (si decir se puede) quedaría la bondad divina, que es (como dijimos) la cosa de que Dios más se precia, y por la cual quiere ser más conocido y alabado, si no hiciese tales obras de bondad, que dejasen también los hombres tan suspensos y atónitos como cuando consideran estas obras susodichas de su sabiduría y omnipotencia. Pues así como éstas arrebatan y suspenden todos

los entendimientos en una admiración de tan gran poder y saber, así es razón que obren este mismo espanto las obras que él hiciere para declarar la grandeza de su bondad.

§ III

Dirá alguno: Para esto crió los cielos y la tierra y todo cuanto hay en ellos, y eso declara la grandeza de su bondad, porque por ella lo crió todo. Y si esto es poco, por esa misma bondad crió los querubines y serafines, con todos los otros espíritus soberanos, y por sola su bondad y magnificencia los dotó de inestimables dones y gracias. Á eso respondo que todas esas magnificencias no costaron al Criador más que sólo querer, ni trabajó más en la fábrica destas cosas tan grandes, que en la de las muy pequeñas, lo cual testifica S. Augustín hablando con Dios, por estas palabras: Tu poderosa mano, Señor, siendo siempre la misma que es, en el cielo crió los ángeles, y en la tierra los gusanillos, no siendo mayor en aquéllos, ni menor en éstos. Porque como ninguna otra mano pudo criar el ángel, así ninguna otra el gusanillo, y como ninguna otra pudo criar el cielo, así ninguna otra la hoja de un árbol. Mas á tu poderosa mano igualmente son todas las cosas posibles, porque no es más fácil para ti criar un gusano que un ángel, ni extender el cielo que la hoja de un árbol, ni fundar la tierra sobre el agua que el agua sobre la tierra, mas todas las cosas que quisiste, hiciste en el cielo, en la tierra, en la mar y en todos los abismos. Hasta aquí S. Augustín. Pues estas obras tan excelentes de nuestro Dios más nos declaran la grandeza de su poder y saber que de su bondad, ni causan en nosotros la admiración y espanto que las susodichas. Porque como es natural cosa á la piedra correr á lo bajo, y al fuego subir á lo alto, así, y mucho más, es natural cosa á la divina Bondad hacer bien y ser comunicativa de sus riquezas á todo lo que crió. Y como es cosa natural al sol estar siempre echando de sí rayos de luz, así lo es á aquella suma Bondad estar siempre infundiendo los rayos de sus beneficios y favores en todas sus criaturas. Así que estas obras de la magnificencia y largueza divina no espantan más que ver al sol alumbrar, ó al fuego quemar, mayormente que estas obras no costaron más al Hacedor, de lo que costaría á un hom-

bre que estuviese par de un caudaloso río, dar un jarro de agua á quien se lo pidiese. Pues aún menos que esto costó al Criador toda la fábrica deste mundo y todos los dones que repartió por sus criaturas. Y si algún hombre pudiese hacer grandes bienes á una república sin poner nada de su casa, y no los hiciese, tendríamosle por envidioso y inhumano. Y si los hiciese sin perder por eso nada, no le tendríamos por muy liberal, pues dió lo que nada le costó. Verdad es que esto no cabe en aquella altísima Substancia, que á nadie está obligada. Mas esta obra de su bondad no nos pone el espanto que las otras obras de su omnipotencia y sabiduría que están dichas, ni nos descubre tanto de su bondad como las otras de su gran saber y poder.

De lo cual no es pequeño indicio que muchos filósofos que gastaron la vida en rastrear el conoscimiento de Dios por medio de sus obras, conoscieron por ellas tan poco de la grandeza desta bondad, que le negaron la providencia de las cosas humanas, y con ella la misericordia y la justicia, que son obras de esa bondad. Y quitándole estas tres virtudes, hacían que ni tuviese cuidado de nuestras miserias, ni cuenta con los buenos para galardonarlos, ni con los malos para castigarlos. Pues ¿qué bondad fuera aquélla, á la cual faltaban estas virtudes?

Entendía muy bien esto el santo rey David, y por eso hacía oración á Dios, diciendo: Mostradnos, Señor, vuestras misericordias, y enviadnos vuestra salud. Como si dijera: Habéisnos, Señor, mostrado en las admirables obras de la creación del mundo un tan gran poder y saber vuestro, que cuando nos ponemos á tantearlo, quedamos atónitos y espantados de vuestra grandeza. Pues descubridnos agora una tan grande muestra de vuestra bondad y misericordia, que no menos quedemos atónitos con la vista della que con las otras.

Pues siendo esta petición tan justa, y siendo razón que el Criador diese tal muestra de su bondad y misericordia, cual había dado de las otras perfecciones suyas, ¿qué obra podía haber más proporcionada para este fin que la de nuestra redempción? Porque pudiendo él remediar al hombre caído por otras muchas maneras (sin que le costara nada) escogió ésta de su sacratísima encarnación y pasión (que á él era tan costosa) por razón de los inestimables frutos que de aquí se seguían para la sanctificación y remedio de nuestras ánimas. Y esto es lo que el

Apóstol nos declaró cuando dijo (1): Apareció en el mundo la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador, no por las obras de justicia que hicimos nosotros, sino por su gran misericordia, por la cual nos quiso hacer salvos. Las cuales palabras pondera S. Bernardo diciendo que la omnipotencia de Dios se había descubierto en la creación de las cosas, y la sabiduría en la gobernación dellas, mas la gloria de la bondad y benignidad se descubrió en esta obra de la redempción. Pues ésta es la que espanta y suspende los ánimos en mayor admiración que las otras obras de su poder, si consideramos hasta dónde llegó esta bondad por nuestro remedio. Porque aquel grande Dios que crió todas las cosas, el Señor de los ángeles, el que formó el sol y la luna y las estrellas, el que mueve los cielos, el que ordena los tiempos, y reparte las aguas, y mantiene todas las criaturas, aquél á quien adoran los espíritus soberanos, y de cuya mano está colgada la redondez de la tierra, este Dios inmenso, infinito, incomprehensible é inefable, de quien tantas grandezas y maravillas están escritas, quiso ser preso, escarnecido, escupido, azotado, abofeteado, coronado de espinas y tenido en menos que Barrabás. Y el mismo quiso ser sentenciado por el inicuo juez á muerte, y muerte de cruz, y llevar él sobre sus hombros cansados el peso de la cruz, que se los desollaba, y que le diesen por refrigerio á beber (crueldad nunca vista) vino mezclado con hiel, y después despojado de sus vestiduras, enclavado y levantado en una cruz á vista de todo el mundo y de los ojos de su madre sanctísima, que oyó los golpes de los martillos, y vió los arroyos de aquella divina sangre que junto á sus pies corrían, y en esa cruz mofado y escarnecido de los fariseos y sacerdotes que le procuraron la muerte, y haber tomado para todo esto otra naturaleza en que pudiese padescer, quien en la suya no podía. Por lo cual dijo el Profeta que la obra que este Señor había de hacer, era peregrina y ajena de su naturaleza, aunque no de su bondad y misericordia.

(1) Tit. 3.

§ IV

Pues ¿qué diré de la humildad de su nascimiento? Edificó Salomón un templo á Dios, el más rico y más hermoso y sumptuoso de cuantos se han hecho en el mundo y harán jamás. Y acabándolo de edificar, maravillado de que Dios aceptase aquel lugar para su morada, comenzó á decir (1): ¿Es cosa creíble que quiera Dios morar acá en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos son pequeños, Señor, para tu morada, ¿cuánto más pequeña será esta casa que yo te he edificado? Pues si desto se maravillaba tanto aquel rey tan sabio, ¿con cuánta mayor admiración y espanto podremos nosotros decir: Es posible que ese gran Dios que hinche cielos y tierra, haya querido nacer en un establo? ¿Es posible que no tenga otra cama más rica que un pesebre? Y si esto es poco, ¿es posible que Dios haya querido nacer en este mundo entre dos animales, y después morir crucificado entre dos ladrones?

Pues ¿hay cosa que se pueda pensar de mayor espanto y admiración? ¡Dios nascido en un establo, Dios acostado en un pesebre, Dios mamando á los pechos de una mujer! Y si esto es poco, ¡Dios abofeteado, Dios azotado, el espejo de hermosura, en quien desean mirar los ángeles, escupido y afeado, finalmente Dios entre dos ladrones, como príncipe dellos, crucificado! ¿Quién aquí no se espanta? ¿Quién no tiembla? ¿Quién no queda atónito y como fuera de sí con el espanto de tan grande bondad y misericordia? El sol en este tiempo escondió los rayos de su luz, el aire se escureció, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron, el velo del templo se rasgó, y los que presentes se hallaron, herían sus pechos confesando su pecado. Pues si todas las cosas hacen tan grande sentimiento en este tiempo, y hasta los mismos cuerpos insensibles se maravillan de cosa tan extraña, ¿cuánto más debe maravillarse el hombre, por cuyo remedio aquella soberana Majestad se abatió á cosas tan humildes y tan extrañas de su naturaleza? ¿Qué cosa ha habido en el mundo admirable, si ésta no lo es? Ya no me maravillo (dice un doc-

(1) II Paral. 6.

tor) de la hermosura del cielo, adornado con tantas lumbreras, ya no hago caso de la fertilidad y riquezas de la tierra, ya no pongo los ojos en la inmensidad y fecundidad de la mar, ni en la virtud y fuerza de los vientos que la levantan, ya no miro el resplandor del sol, ni la variedad constantísima de la luna, ni la hermosura de las estrellas, ni la orden y concierto de todas las obras de naturaleza, las cuales declaran el poder y sabiduría del que las crió. Porque así como las estrellas pierden su claridad en presencia del sol, así estas obras divinas, con ser muy esclarecidas, cuando se comparan con ésta, pierden su resplandor.

Pues ésta es la obra que no menos deja atónitos los corazones de los que profundamente la consideran, que las obras de su omnipotencia y sabiduría divina. Ésta es la que de tal manera arrebataba y suspendía los corazones de los sanctos, que muchas veces quedaban alienados y privados de los sentidos, por estar sus ánimas absortas y sumidas en el abismo desta tan grande bondad. Ésta es la que esforzaba los mártires en medio de sus tormentos, acordándose de lo que su Criador y Señor padesció por ellos. Ésta es la que hacía á aquellos sanctos monjes que moraban en los desiertos, sufrir los fríos y ardor del sol, y la hambre y desnudez, y el destierro de toda humana consolación, y la cruz de la mortificación de su carne, considerando la aspereza con que este Señor trató la suya inocentísima. Ésta la que da materia de consideración, y devoción, y compunción, y admiración á las ánimas humildes y devotas. Ésta la que puso tan grande admiración á aquellos espíritus soberanos, que viendo á este Señor nascido y reclinado en un pesebre, espantados de tan grande bondad y misericordia, cantaron aquel dulce himno: *Gloria in excelsis Deo*, alabando y glorificando á Dios por ella. Ésta es por la cual entre los nombres que Esaías cuenta deste Señor, uno es Admirable, para mostrar cuán maravilloso se haya mostrado el Salvador en esta obra, no sólo á los hombres, sino también á los ángeles y á todos los elementos y criaturas insensibles. Ésta es la obra que enciende la caridad de los tibios, y confirma la esperanza de los flacos, y alivia los trabajos de los tristes, y confunde la altivez de los soberbios, y reprehende la codicia de los avarientos, y condena los deleites de los regalados, y ésta finalmente es el cuchillo y condenación de todos los vicios.

Pues respondiendo á la pregunta que en este párrafo propu-

simos, si estos frutos y efectos tan admirables se siguieron de la sagrada Pasión, ¿qué cosa se puede creer más digna de aquella infinita Bondad, que haber hecho una cosa de que tanta bondad se siguió en el mundo, y que tan grandes estímulos y ayudas nos da para hacernos buenos y sanctos? Cuando queremos aprobar una medicina, no miramos si es dulce ó amarga, sino los efectos que óbra: y pues la pasión de Cristo fué medicina de la común dolencia del género humano, por este efecto que obró y óbra en nuestras ánimas, habemos de estimar la excelencia della. Y así no tendremos por cosa indigna de aquella soberana Majestad padescer lo que padesció, si miramos el fruto que de aquí se siguió.

Y volviendo al propósito principal de toda esta tercera parte, digo que en ella queda suficientísimamente declarado lo que al principio propusimos, esto es, que entre todos los medios que la divina Sabiduría podía escoger para remediar al hombre caído éste era el más excelente y más conveniente para gloria suya y para el remedio de nuestra miseria, pues por aquí quedó él más glorificado, y el hombre más copiosamente redemido, si él se quisiere aprovechar del remedio que le está ya ganado.

FIN DE LA TERCERA PARTE

CUARTA PARTE DE ESTE LIBRO

EN LA CUAL

POR TESTIMONIO DE LOS PROFETAS SE DECLARA QUE NUESTRO SALVADOR ES EL VERDADERO MESÍAS PROMETIDO EN LA LEY

DE CÓMO NUESTRO SEÑOR DETERMINÓ ENVIAR SU UNIGÉNITO HIJO AL MUNDO PARA NUESTRO REMEDIO, Y DE LAS SEÑALES QUE NOS DIÓ PARA CONOCERLE CUANDO VINIESE.

CAPÍTULO I

Es tan grande la bondad y misericordia de nuestro Señor, que acabando el primer hombre de traspasar su mandamiento por sugestión y malicia del demonio (que tomando figura de serpiente engañó á la mujer, para pervertir al hombre por ella) luego prometió remedio al hombre caído, y amenazó castigo á su pervertidor, diciéndole que él le quitaría aquella ufanía en que se gloriaba de haber pervertido al hombre por medio de la mujer. Porque él criaría otra nueva mujer, de la cual nacería un hijo que le quebraría la cabeza y le despojaría del señorío que había adquirido sobre el hombre.

Y porque las obras de Dios son ordenadas con suma sabiduría y consejo, quiso él que por el camino que había procedido la perdición del hombre, procediese el remedio dél: esto es, que así como por medio de un hombre entró el pecado en el mundo, así por medio de otro entrase la justicia y el remedio dél, y así como la desobediencia y soberbia de aquel primer hombre fué principio de todos nuestros males, así la humildad y obediencia de otro hombre lo fuese de todos nuestros bienes, y así como por aquél somos todos concebidos y nacemos en pecado, así por éste volviésemos á renacer por agua de Espíritu Sancto libres de todo pecado, y como por aquél nacemos hijos de ira y en desgracia de Dios, así por éste fuésemos reconciliados con Dios, y restituídos

en su amistad y gracia. Y finalmente, como por aquél fuimos desterrados del paraíso, así por éste en lugar del paraíso de la tierra se nos diese la posesión del paraíso del cielo, y como por aquél quedamos todos tales cual él quedó, como hijos de tal padre, así por éste viniésemos á ser tales cual él es, como hijos reengendrados por él. Conforme á lo cual dice Sant Pablo: El primer hombre fué de la tierra, terreno, mas el segundo fué del cielo, celestial: cual fué el terreno, tales son los terrenos (que son los que no tienen más que lo que dél heredaron) y cual fué el celestial, tales son los celestiales, que son los que han participado el espíritu y gracia dél. Éste pues fué el medio que la divina Sabiduría escogió para nuestro remedio, queriendo que así como un hombre fué causa de nuestra perdición, así otro lo fuese de nuestra reparación, como arriba queda declarado.

Mas aquí es de notar que así como la unión del parentesco que tenemos con el primer hombre, es el medio por donde se deriva en todos sus hijos su miseria, así es necesario que haya entre los espirituales hijos deste segundo hombre otra espiritual unión, para que por medio della se nos comunique el espíritu y gracia dél. Esta unión se hace por fe y amor, mediante la cual somos encorporados con este Señor como miembros vivos con su cabeza, porque así como este segundo padre no es carnal sino espiritual, así la unión y deudo que con él habemos de tener, no es carnal, sino espiritual, que es la susodicha.

De aquí se infiere que el principio y fundamento de nuestra salvación es el conocimiento deste Señor, que Dios quiso que fuese el autor y reparador de nuestra salud, porque deste conoscimiento ha de proceder el amor. Y este conoscimiento y amor es la liga con que somos uñidos y encorporados con él, y hechos participantes dél, como está dicho.

Siendo esto así, convenía que la divina Sabiduría (cuyas obras son perfectísimas) nos diese clarísimas y evidentísimas señales para conocer este reparador, cuando viniese al mundo, porque no errásemos en cosa de tanta importancia. Y convenía también que no permitiese concurrir estas señales en otro algún hombre, porque si esto fuese, ya los hombres no pecarían en recebirlo, pues en él concurrían las tales señales, y Dios sería la causa de su engaño: lo cual es imposible.

Mas aquí es de saber que las señales que para esto nos dió, son

en dos maneras. Ca unas son particulares, que tratan de las cualidades y condiciones de la persona del Salvador, conviene saber, de su linaje, de su concepción, de su nascimiento, de su sanctidad, de su doctrina, de la manera de su vida, de su muerte, de su resurrección y subida al cielo. Otras señales hay más claras y más notorias, que son las hazañas que este Señor había de obrar en el mundo cuando viniese, y del tiempo en que había de venir. Las cuales señales y profecías son tan públicas y notorias, que nadie las puede negar. Digo pues que de las primeras señales (que son las personales) y de las profecías dellas tratamos en la cuarta parte de nuestra Introducción del Símbolo (á donde remitimos al cristiano lector que las quisiere saber) mas en este breve Sumario solamente trataremos de las segundas, las cuales convenía que fuesen clarísimas y evidentísimas, para que este Señor ni pudiese dejar de ser conocido, ni tuviese color ó excusa quien no le conociese. Porque cuanto este conoscimiento era de mayor importancia, tanto las señales nos habían de dar dél más clara noticia, pues á la divina Providencia pertenece proveer con mayor recaudo á las cosas que son de mayor momento. Pongamos un ejemplo desto. Quiso el Criador que se conservasen las especies de las plantas y animales que él crió. Para lo cual proveyó que de las mismas cosas procediese tanta abundancia de semillas, que fuese imposible desfallecer las tales especies. De una pepita de un melón ó de un naranjo, ¿cuántas otras pepitas nacen? De un sábalo, ó de cualquier otro pescado, ¿cuántos otros pescados nacen? Pues si tanto cuidado puso la divina Providencia en que no faltasen las especies de las cosas que sirven para mantenimiento del cuerpo, ¿cuánto mayor lo pondría en las que sirven para la salvación de las ánimas? Entre las cuales el principio y fundamento de todas es el conoscimiento susodicho de este Salvador. Pues para esto puso él señales tan claras y manifiestas, que los que bien las consideran, no acaban de espantarse de cómo sea posible haber en el mundo gente tan ciega, que no vea cosas tan claras y manifiestas. Oso decir esto sobre buenas prendas, porque en este breve Compendio verá el cristiano lector no una sola, sino diez señales para conocer la venida y persona del Salvador, tan ciertas, tan notorias y tan eficaces para esto, que no sólo todas ellas juntas, mas cada una por sí sola es bastantísima demonstración para ello. Y á la prueba me remito.

Primera señal para conocer la venida de Cristo, que es la destruición de la idolatría.

§ I

Pues entre estas señales y obras que este Señor había de hacer en el mundo, cuando viniese, la más admirable y más divina era que por medio de su doctrina había de ser desterrada la mayor pestilencia y abominación del mundo, que era el culto de los ídolos, el cual (sacado aquel rinconcillo de Judea) reinaba en todo lo que alumbra y calienta el sol, y esto de tiempo inmemorial. Esto profetizó Zacarías, capítulo 13, donde dice Dios que destruiría los nombres de los ídolos de la tierra, y que no habría más memoria dellos. Lo cual vemos tan perfectamente cumplido, que no sólo están desterrados estos ídolos, mas también la memoria dellos. Porque á no haber agora libros de gentiles que dellos tratan, no supiéramos qué cosa era Minerva, ni Juno, ni Diana, ni Apolo, ni Esculapio, ni otros semejantes monstruos. Lo mismo está profetizado por Sofonías en el capítulo 2, y por Nahum en el primero, y por Esaías en el 30, y por el sancto Tobías en el postrer capítulo de su historia. Esta hazaña (como arriba dijimos) era tan dificultosa de acabar, que ninguna potencia criada bastaba para ello, porque ¿quién había de ser más poderoso que todo el mundo, sino solo el Señor del mnndo, pues ella reinaba en todo el mundo? Cuán grande beneficio haya sido éste, entiéndese considerando que el pecado de la idolatría es un mal tan grande y tan universal, que todos los otros pecados y males nacen dél, como se escribe en el capítulo 18 de la Sabiduría.

Pues este tan grande beneficio, esta tan memorable hazaña, esta tan gloriosa empresa, ¿para quién estaba guardada sino para el verdadero Mesías y Salvador del mundo? Porque (si como Dios lo había prometido con solenne juramento al patriarca Abraham) dél había de nacer un hijo, por quien todas las gentes habían de ser benditas (1), ¿qué bendición, ó qué salud podía

(1) Genes. 22.

dar este hijo al mundo, estando lleno de tantas abominaciones y maldiciones, cuantos ídolos adoraba? Mas ¿qué es menester probar esto por razones, pues nos consta por todas las Escrituras sagradas y profanas que de la ciudad de Hierusalem salieron los discípulos de Cristo, los cuales tomaron á cargo esta empresa tan ardua de derribar los ídolos de los gentiles, y predicar á Cristo crucificado por verdadero Dios? Y acometieron este negocio con tanto esfuerzo y valor, que todos ellos murieron en la demanda, unos degollados, otros crucificados, otros alanceados, otros despeñados. Solo Sant Juan no murió á hierro, aunque fué desterrado. Sola esta hazaña basta para creer que el Salvador es ya venido. Porque argüimos así brevemente. Entre las grandes hazañas que había de obrar el Mesías, cuando viniese, una de las más principales era desterrar la idolatría del mundo, ésta vemos hecha por la doctrina de Cristo y por la predicación de sus discípulos y ministros, luego se sigue necesariamente que es ya venido el que esta hazaña había de acabar, que es el Mesías. Aquí no procedemos con muchos rodeos ni multiplicación de palabras, sino con solos dos renglones concluímos tan de plano esta verdad, que no hay cosa que á ella se pueda responder.

Segunda señal:
de la conversión de las gentes al verdadero Dios.

§ II

OTRA profecía dice que en este tiempo los gentiles en lugar de sus falsos dioses habían de recebir y adorar al Dios de los judíos como á solo y verdadero Dios. Así lo profetizó David, cuando dijo que los príncipes de los pueblos se habían de juntar con el Dios de Abraham. Y por Esaías dice el mismo Señor (1): Buscáronme los que antes no preguntaban por mí, y halláronme los que no me buscaban. Y yo dije: Veisme aquí, veisme aquí, á la gente que no invocaba mi nombre. Y por Oseas dice el mismo

(1) Esai. 65.

Señor (1): Diré al pueblo que no era mío: Tú eres mi pueblo. Y él dirá: Tú eres mi Dios. Destas profecías que tratan de la vocación y conversión de las gentes al culto y conocimiento del Dios de Abraham, está lleno [el profeta Esaías, como persona escogida por Dios para profetizar esta vocación.

Y que esta tan grande obra había de ser hecha por medio del Salvador, declarólo el Padre eterno en el mismo Profeta, hablando con su Mesías, por estas palabras (2): Poco es que seas mi siervo para traer á mi servicio los tribus de Jacob y convertir las heces de Israel: yo te he dado para que seas luz de las gentes, y salud mía hasta los fines de la tierra. Esto vemos ya cumplido, pues todas las naciones del mundo, no sólo de cristianos y judíos, mas también de turcos y moros, adoran y confiesan al Dios de Abraham como á verdadero Dios, puesto caso que yerran, pues no le conocen por trino y uno como él es. Por lo cual entenderemos que dende que Dios crió al mundo hasta el día presente no se ha visto hombre que tan grande obra acabase y tan grande beneficio hiciese al mundo, como nuestro Jesús. Porque sacar al mundo de tan grande mal, y tan universal como era la idolatría, y hacerle tan grande bien como es el conoscimiento del verdadero Dios, claro está que ha sido el mayor beneficio de cuantos hasta hoy se han hecho al mundo. Pues ¿para quién estaba reservada esta grande obra, sino para el verdadero Mesías? Y pues nos consta haber sido ella hecha por su doctrina y ministerio de los suyos, ¿quién puede dudar ser él ya venido?

Tercera señal: de la subjección del imperio romano.

§ III

Otra singular obra estaba reservada para este Señor, que era subjectar á su religión y obediencia el imperio romano, que señoreaba el mundo. Lo cual nos representa aquella estatua misteriosa que vió Nabucodonosor (3), la cual tenía la cabeza de oro, y los pechos y brazos de plata, y el vientre y los muslos de

(1) Osee 2. (2) Esai. 49. (3) Daniel. 2.

acero, y las piernas v pies de hierro. Y después desto dice que vió una piedra cortada de un monte sin manos, la cual dió en los pies de la estatua, y la hizo pedazos: y esta piedra cresció tanto, que hinchió el mundo. En las partes desta estatua, según la exposición de todos los doctores católicos y hebreos, están representados cinco reinos ó monarquías, conviene saber, la primera de los caldeos, que reinaron en Babilonia, figurada en la cabeza de oro. La segunda de los persas y medos, que subjectaron á los caldeos, figurada en los pechos y brazos de plata. La tercera de los griegos, que subjetaron á los persas en tiempo de Alexandre Magno, representada en el vientre y muslos de acero. La cuarta de los romanos, entendida en las piernas de hierro. Porque como el hierro doma todos los otros metales, así esta monarquía domó y subjectó á sí todas las otras. La quinta es la de Cristo, figurada en aquella piedra cortada del monte sin manos de hombres, para significar la pureza de su concepción, que no fué por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Sancto. Y desta piedra se dice que dió en los pies de la estatua, y los hizo pedazos, para significar que Cristo (figurado en esta piedra) había de subjectar al imperio romano: mas esto no con armas materiales, pues adelante veremos cómo el reino de Cristo no era temporal, sino espiritual y eterno, como aquí se dice: mas esta subjección de que aquí se trata, es que este imperio romano había de tomar sobre sí el yugo suavísimo de Cristo, y reconocerlo y adorarlo por su verdadero Rey y verdadero Dios y Señor. El cual reino y señorío es más perfecto y más excelente que los otros señoríos temporales. Porque mayor cosa es alcanzar señorío sobre los corazones de los hombres, que sobre solos sus cuerpos. Pues esta profecía vemos cumplida en tiempo del gloriosísimo emperador Constantino, el cual confesó á Cristo por verdadero Dios, y lo adoró, y le edificó muchos templos, y adornó y enriqueció sus altares, y honró con suma veneración sus sacerdotes, y no traía otra señal en sus banderas sino la de la cruz, y con ésta venció á tres emperadores tiranos, que fueron Majencio, Licinio y Maximino, y quedó solo señor del mundo, y en todas las batallas que dió, siempre fué vencedor con esta gloriosa señal. La cual vió él y su ejército en el cielo sobre la tarde con estas letras escritas: Con ésta vencerás, como él mismo lo juró delante de muchos testigos. Y después déste todos

los emperadores romanos adoraron á este Señor, excepto Juliano Apóstata. Concluyendo pues agora, digo que si estaba profetizado de Cristo que había de subjetar á su fe el imperio romano, y esto vemos cumplido dende el imperio de Constantino, que ha más de mil y docientos años, síguese que es ya venido el que desta manera había de triunfar de la ciudad que triunfó del mundo, y subjetar á sí la que subjetó al mundo. Ésta es una demonstración que de tal manera convence todos los entendimientos, que no les deja lugar para respirar, pues está claro que la profecía es verdadera, y el cumplimiento della es notorio.

Mas quiero poner un ejemplo para más claridad desta profecía. Pongamos caso que hubiese una profecía, la cual dijese que cuando el Mesías viniese, había de caer fuego del cielo, y quemar todos los templos de ídolos que hubiese en Roma, Alejandría y Antioquía. Si estando esto así profetizado, viésemos caído este fuego, y hecho este estrago en estos lugares, ¿habría alguno que osase decir no ser venido el Mesías? Claro está que no, aunque fuese hombre de piedra. Pues diciendo los Profetas que otras tres obras mucho mayores que ésta se habían de ver en el mundo, cuando el Mesías viniese, conviene á saber, que por su doctrina se había de desterrar dél el culto de los ídolos, y que por ella los hombres en lugar de sus falsos dioses habían de adorar al Dios de Abraham, y que el imperio romano enseñoreador del mundo se había de sujetar á él, viendo estas tres tan grandes cosas acabadas, ¿cómo se puede dudar que sea ya venido el que estas tres tan grandes obras había de hacer? ¿Qué hombre que tenga una centella de juicio, puede dudar de esto? Esto solo basta para que se vea cuán sin excusa quedarán ante Dios los que con ser esto ansí, todavía permanecen en las tinieblas de la incredulidad.

Cuarta señal: de la conversión de Egipto.

§ IV

Otra señal hay después de la pasada para conoscer la venida de Cristo, que es la conversión de la tierra de Egipto á nuestra religión: la cual profetiza Esaías en el capítulo 19 por tan claras palabras, que así los doctores católicos como los hebreos,

nuestros contrarios, entienden que esta conversión ha de ser en la venida de Cristo: mas ellos la esperan cuando él venga, pero nosotros confesamos ser ya cumplida, porque nos consta por todas las historias eclesiásticas y de muchos doctores sanctos cuánto floreció la fe y religión cristiana en la tierra de Egipto, y cuán grande fué el número de monjes y de Padres sanctísimos que allí hubo, cuales fueron los Antonios, Hilariones, Paulos, Arsenios, y otros innumerables. Donde hubo una ciudad grande llamada Oxirinco, vecina de Tebas, en la cual junto con sus arrabales había diez mil monjes y veinte mil vírgines, como en otra parte escribimos, y como se escribe en el principio del libro *Vitas Patrum*. Donde leemos que era tan grande la fe destos sanctos varones, que eran tan fáciles en hacer á cada paso milagros, como se hacían en tiempo de los Apóstoles, hasta mandar uno de aquéllos al sol que se detuviese un poco en el cielo, y aun por menos causa que lo mandó Josué, y hacerse así. Pues las palabras del Profeta son éstas: En aquel día estará el altar del Señor en la tierra de Egipto, y llamarán los egipcios al Señor viéndose atribulados, y enviarles ha libertador y defensor que los ampare. Y en este tiempo será el Señor conocido de los egipcios, y ellos lo conocerán y honrarán con los sacrificios y dones que le ofrecerán, y harán sus votos y promesas al Señor, y cumplirlas han.

Éstas son las palabras del Profeta, en las cuales tan claramente profetiza la conversión de la tierra de Egipto, que fué la tierra más supersticiosa y monstruosa en los pecados de la idolatría de cuantas hubo en el mundo, porque no solamente adoraban los animales brutos (como consta de la sancta Escriptura) sino también (lo que parece cosa increíble) adoraban ajos y cebollas, como gravísimos autores cuentan. Por dónde elegantemente dijo un poeta: *Felices populi, queis talia in hortis numina nascuntur*. Y dado caso que todos los Profetas traten clarísimamente de la conversión de los gentiles á la fe (entre los cuales se comprehende la tierra de Egipto) pero quiso el Espíritu Sancto que especialmente se hiciese mención della para mayor gloria de la redempción de Cristo y de su gracia, la cual fué poderosa para que una de las más monstruosas tierras del mundo en el pecado de la idolatría viniese á ser la más religiosa y más poblada de sanctos que hubo en el mundo. Finalmente fué aquí tan grande el número de los monjes, que los mandaba el emperador Valente,

arriano, ir á la guerra, mas él pagó luego la pena desta maldad.

Llamo pues agora por todos los ingenios del mundo para que vean el engaño de los que no han recebido á Cristo. Porque si Dios dice tan claramente por su Profeta que en la venida de Cristo se ha de convertir la tierra de Egipto, y sabemos clara y evidentemente por innumerables testimonios de historias y de sanctos cuánto floresció allí la religión cristiana y el conocimiento de Cristo, ¿qué duda hay sino ser ya él venido? Júntense todos los entendimientos del mundo para ver qué se puede responder á esta razón. Con la cual no solamente se confunde la incredulidad de los que no reciben á Cristo, mas también se confirma la fe y verdad de los que lo recibieron, pues ven el cumplimiento de una cosa tan grande y tantos años antes profetizada, y que solo Dios era poderoso para hacer, que es, para mover y mudar y sanctificar los corazones de tantos hombres.

Mas por este argumento se verá claro cuánto puede la malicia y el desamparo de Dios por los pecados, pues la ciega gente viene á creer las locuras y fábulas y torpezas horribles del Talmud, y dejar de creer una verdad más clara que la luz del medio día. Y el castigo desta ceguedad profetizó Moisén por estas palabras: Castigarte ha Dios con ceguedad y locura del entendimiento de tal manera que en medio del día andes como ciego palpando las paredes, y así no sepas enderezar tus caminos y ordenar tu vida.

Quinta señal: de la sanctificación de los hombres.

§ V

OTRA hazaña reservada para la venida deste Señor era, que de los gentiles (1), que eran como leones y lobos y serpientes y bestias fieras, se habían de levantar muchos que imitasen en su manera de vida la pureza de los ángeles. El cumplimiento de lo cual vimos no sólo en millares de monjes que hacían vida sanctísima en los desiertos y fuera dellos, y en muchos coros y monasterios de vírgines purísimas que en todas partes florecían, sino mucho más en millares de cuentos de mártires que en todas

(1) Esai. 10, 11, 34, 41, 55.

las ciudades del mundo fueron con cruelísimas invenciones de tormentos martirizados, los cuales, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra de la virtud y de la verdad, ¿cómo no cayeran y desmayaran, cuando estas grandes avenidas y torbellinos de tormentos venían sobre ellos? Mas cuál sea la causa de no estar agora tan extendida por todas partes, ni florecer tanto la sanctidad como en aquella edad de oro (que es en la primitiva Iglesia, cuando estaba reciente la sangre de Cristo y la doctrina y milagros de los Apóstoles y varones apostólicos) adelante lo tratamos. Esto pues nos consta haberse cumplido en esta gloriosa edad que decimos, como lo testifican todas las historias eclesiásticas, escriptas por gravísimos y sanctísimos varones. Y hasta las mismas escripturas de los gentiles tratan de la inocencia de los cristianos de aquel tiempo, y de su maravillosa constancia en la confesión de la fe, y de la infinita muchedumbre de mártires que por ella padescían, como paresce por la carta que sobre esta materia escribió Plinio el menor al emperador Trajano, y por otras escripturas de gentiles. Pues siendo esto así, notoria cosa es ser ya venido el que esta tan gloriosa mudanza había de causar en los corazones de los gentiles, los cuales estaban atollados y sumidos en el profundo de todos los vicios que el pecado de la idolatría trae consigo.

Sexta señal: del lugar de donde habían de salir los predicadores del Evangelio.

§ VI

Con esta obra se junta aquella señalada circunstancia del lugar de donde habían de salir los ministros por quien Dios había de desterrar la idolatría del mundo, y plantar esta nueva fe y religión, que es de la ciudad de Hierusalem. Lo cual manifiestamente profetiza Esaías por estas palabras (1): En los postreros días estará aparejado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y será levantado sobre los collados, y co-

(1) Esai. 2.

rrerán á él muchas gentes diciendo: Venid, y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus caminos, y andaremos por las sendas de sus mandamientos, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalén, y él juzgará las gentes, y argüirá á muchos pueblos. Esta misma profecía escribe también el profeta Miqueas en el capítulo 4 por las mismas palabras que Esaías, testificando que de la ciudad de Hierusalem habían de salir los que habían de reducir los hombres que adoraban los ídolos, al conoscimiento del verdadero Dios y obediencia de sus sanctos mandamientos. Lo mismo profetizó David en el Psalmo 109 por estas palabras: Dijo el Señor á mi Señor: Asiéntate á mi mano derecha, hasta que ponga todos tus enemigos debajo de tus pies. Y la vara de tu virtud (que es el sceptro de tu reinado) enviará el Señor dende Sión, para que alcances señorío en medio de tus enemigos.

Esta circunstancia del lugar de Hierusalem, de donde habían de salir los que habían de desterrar del mundo la idolatría, y traer los hombres al conoscimiento del verdadero Dios, aclara y confirma el negocio de la verdad con tanta firmeza, que ningún lugar deja para dudar. Porque habiendo infinitas ciudades en el mundo, señalar como con el dedo ésta sola, y decir que de aquí habían de salir los ministros desta obra tan grande, y ver esto cumplido, ¿qué lugar deja para dubdar? Porque cuatro verdades pondré aquí, que hombre que da fe á las Escrituras no puede negar. La primera es, que la idolatría había de ser desterrada del mundo, conforme á las profecías alegadas, y señaladamente la de Zacarías, donde dice Dios que él destruirá los ídolos de la tierra, y que no habrá más memoria dellos (1). La segunda verdad es, que esta tan gran hazaña se guardaba para el Mesías, cuando él viniese, como claramente queda probado arriba en la segunda señal de la venida de Cristo, por todas las profecías que allí alegamos. La tercera verdad es ésta que aquí alegamos, que es del lugar donde habían de salir los ministros que habían de acabar esta tan grande obra como era desterrar del mundo los falsos dioses, y traer los hombres al conoscimiento del verdadero Dios. Estas tres verdades susodichas son tan ciertas y verdaderas como lo es el mismo Dios, pues todas están tan claramente

(1) Zach 13.

expresadas en la sacra Escriptura. Mas la cuarta verdad, que es haber salido los discípulos de Cristo desta ciudad de Hierusalem, y tomado á cargo esta empresa tan gloriosa, y haber muerto todos ellos en esta demanda, y padescido innumerables mártires sobre ella, esto nos consta por todas las historias sagradas y profanas, griegas y látinas, y por todos los libros que refieren las batallas de los mártires, que llaman Martirologios, y por el común consentimiento de todo el mundo, y por los muchos libros de gentiles que escribiendo las vidas de los emperadores, trataron también de las persecuciones de los cristianos.

Pues de lo dicho hago una demonstración tan fuerte, que aunque se junten todos los entendimientos de los hombres y de los demonios, no la puedan contradecir. Porque si es verdad que Dios había de desterrar la idolatría del mundo, y que esta hazaña tan señalada se guardaba para el Mesías, y que de Hierusalem habían de salir los que Dios había de tomar para ministros desta obra, y consta que los discípulos de Cristo salidos desta ciudad fueron los autores y ministros della, ¿qué entendimiento podrá negar que Cristo sea el verdadero Mesías? ¿Con qué más claras señales, con qué más fuerte argumento pudiera Dios dar á conoscer el verdadero Mesías que con éste? ¿Qué puede responder á esto la infidelidad humana, por muy ciega y obstinada que esté? Porque este argumento se funda en cuatro verdades, las tres de la sacra Escriptura, y la cuarta notoria á todo el mundo. Por lo cual vemos cuán justo es nuestro Señor Dios, y cuán justamente condenará á todos los incrédulos, pues con tan evidentes señales no se quisieron convencer. Pues si sola esta profecía basta para concluir este negocio, ¿qué será si con ella juntáremos todas las demás que después désta se siguen, como luego veremos? Porque si á sola ésta no se puede responder, ¿qué será corroborando ésta con todas las demás?

Séptima señal:
de la venida del Salvador estando en pie el segundo templo.

§ VII

A éstas añado otras señales que el Espíritu Sancto, amador de la salud de los hombres, nos dejó para conoscer la venida deste Señor, cuyo conocimiento es (como está dicho) el fundamento de nuestra salud. Para lo cual es de saber que después de la captividad de Babilonia fué reedificado el templo de Hierusalem, el cual era tan desigual del que Salomón había edificado, que los viejos que habían visto la riqueza del primer templo, lloraban de ver la desigualdad del uno al otro. Pues en este tiempo mandó Dios decir á los príncipes del pueblo por el profeta Ageo que se esforzasen y supiesen que sería mayor la gloria de este templo segundo que la del primero (1), no por más rico que él, sino porque de ahí á poco vendría el deseado de todas las gentes, y entraría en él, y con la presencia y entrada suya sería mayor la gloria deste segundo templo que la del primero. Ésta es promesa de Dios por boca de su Profeta. De dónde se sigue que estando en pie aquel templo, había de venir el deseado de todas las gentes á él, que es Cristo nuestro Señor. Vemos pues que este templo ha más de mil y quinientos años que está destruído, abrasado y puesto por tierra: luego síguese que este Señor haya venido, pues la palabra y promesa de Dios no puede faltar, porque antes faltará el cielo y la tierra que faltar ella. Quiero poner un ejemplo para que se entienda mejor la fuerza desta profecía. Pongamos caso que un Profeta profetizase que antes que cayesen por tierra los muros de Roma, había de venir el Mesías. Si estos muros estuviesen caídos, todos entenderían que este Señor era ya venido, y no dudaría desto quien no dudase de la profecía. Pues si este Profeta dice aquí que aunque este templo era como nada comparado con el otro, pero que sería más glorioso que él por la entrada y presencia del Salvador, que tantas veces lo honró con su presencia y con la doctrina que en él predicó, síguese necesa-

(1) Aggaei 2.

riamente que estando salvo y entero aquel templo, había de venir á él. Y pues nos consta ser este templo ya derribado, también nos consta ser el Salvador ya venido. ¿Qué entendimiento habrá que no quede convencido con esta profecía tan clara? Por dónde no acabo de maravillarme de cuán gran poder tenga el demonio, pues que puede echar tinieblas en esta luz tan clara, y cegar los corazones de los que tiene ya encantados y subjectos á sí. Mas dejo de maravillarme, considerando cuántos corazones de Faraón hay en el mundo, el cual ni con ver los mares abiertos, ni los primogénitos muertos, &c. se quiso rendir á un Dios tan poderoso.

Octava señal,
que es estar ya acabado el sceptro del tribu de Judá.

§ VIII

Añado á ésta la profecía del patriarca Jacob, el cual dando la bendición á Judas su hijo, le profetizó que nunca faltaría de su linaje quien rigiese á su pueblo, hasta que viniese el que había de ser enviado, el cual sería esperanza de las gentes (1). Y en lugar destas palabras, el que ha de ser enviado, la traslación del Targún, que es de grande autoridad entre los hebreos, puso más claro: Hasta que venga el Mesías. Lo cual se cumplió así, comenzando del reino de David hasta los Macabeos, los cuales aunque eran de linaje de los sacerdotes, por el tribu sacerdotal y real estaban emparentados como parece por la historia de los Reyes, donde se escribe que Josabet, hija del rey Jorán, estaba casada con el pontífice Jóyada. Por dónde los que descendían del linaje deste sacerdote, eran ya de linaje de David. Y por esto S. Lucas llama á Santa Isabel (que era del linaje de Aarón, sumo sacerdote) pariente de nuestra Señora, que era del linaje de David. Pues tornando al propósito, este sceptro y señorío se acabó en tiempo de Herodes, cuando el Salvador nació. Porque este Herodes (que era de linaje de los idumeos) con favor y ayuda de los romanos venció á Antígono, rey de Judea, y se apoderó del reino, y dende él en adelante cesó la línea del linaje de David, y

(1) Genes. 49.

por esta causa mató Herodes todos los descendientes del linaje de David, y hizo quemar todos los libros que trataban destos linajes, y hasta los mismos doctores de la ley (que enseñaban conforme á ella que no podía ser rey ningún extranjero) mandó matar, para más asegurar su reino. Pues viendo nosotros que ha más de mil y quinientos años que este sceptro del linaje de Judá se acabó, ¿qué podemos inferir sino que otros tantos años ha que este Señor, que había de ser esperanza de las gentes, es ya venido? ¿Quién puede negar esto, sino quien negare la verdad de las sanctas Escripturas y promesas de Dios? De modo que así como de la profecía sobredicha de Ageo sacamos que antes que aquel templo fuese destruído, había de venir el Mesías, así desta del patriarca Jacob sacamos que antes que el sceptro de Judá se acabase, había de venir el mismo Señor. Vemos pues cumplido lo uno y lo otro, porque el templo está ya caído, y el sceptro de Judá acabó en el mismo tiempo que el Salvador nació, cuando reinaba Herodes: luego ambas cosas están testificando que el Mesías es ya venido. No sé qué pueda el ingenio humano responder á estas dos tan claras profecías.

Nona señal: del reino eterno de David.

§ IX

Ninguna de las cosas que hasta aquí se han dicho, hay que por sí sola no baste para concluir la venida del Salvador. Mas como el Espíritu Sancto, que es el autor de la Escritura, pretendía tanto darnos lumbre para conocer este Señor, y dejar sin excusa á los que no le recibiesen, añade unas señales sobre otras, para que no pudiésemos perder de vista lo que tanto nos importaba. Y por esto á las señales pasadas añade la perpetuidad del reino de David, la cual por ninguna vía se puede salvar, sino confesando el reino de Cristo nuestro Salvador, hijo de David, que hoy día reina y reinará para siempre en el pueblo cristiano. Para lo cual es de saber que deseando David con gran devoción edificar una solenne casa y templo para honra de aquel Señor que de pobre pastorcico lo había hecho rey tan poderoso, envióle Dios á decir por el profeta Natán que en pago de aquel buen de-

seo y propósito que había tenido de fabricarle casa en que morase, le prometía de edificarle una casa eterna, y un reino perpetuo, del cual no apartaría su misericordia, como la había apartado de la casa de Saul (1). Sobre esta promesa escribe David un Psalmo divino (2), en el cual después de haber tratado de la grandeza de Dios, el cual puede prometer cosas que ningún tiempo ni poder humano baste para impedirlas, comienza á relatar esta promesa en diez y ocho versos deste Psalmo, que todos tratan de ella. Y porque ella era tan grande, que parecía sobrepujar la común fe de los hombres, confírmala el mismo Dios con un solenne juramento que hace por sí mismo, porque no tenía otro mayor por quién jurase. Y por que no pensásemos que por la eternidad deste reino se entendía algún grande espacio de tiempo (como se hace en otros lugares de la Escritura) dice que la duración deste reino será tan perpetua como es la del sol y de la luna y los días del cielo. Y por que no imaginásemos que esta promesa se entendía con condición que los hijos de David guardasen los mandamientos divinos, y no de otra manera (como se entiende en otras promesas de Dios) ocurrió también á esto, diciendo que si los hijos de David quebrantasen sus leyes y mandamientos, él los visitaría y castigaría por este quebrantamiento, mas que la promesa hecha á David estaría siempre firme, porque así lo había jurado, y que no había de mentir, ni ser vanas y falsas las palabras que salían de su boca. Todo esto refiere David en este Psalmo. Y esta misma promesa volvió Dios á ratificar con el profeta Hieremías con la misma firmeza y con la misma comparación, diciendo que así como es imposible faltar del mundo los días y las noches, así lo sería faltar rey del linaje de David en su pueblo (3).

Éstas son las profecías de la perpetuidad deste reino de los hijos de David, repetidas con palabras tan claras, que ni Tulio ni Demóstenes con toda su elocuencia pudieran explicar la perpetuidad deste reino con otras más claras. Aquí los cristianos (á quien hizo Dios merced de comunicar la lumbre de su fe) salvamos fácilmente la verdad desta promesa, confesando que en muriendo el postrer rey de Judea por nombre Antígono, del linaje de los judíos, y comenzando á reinar Herodes, del linaje de

(1) II Reg. 7. (2) Psalm. S8. (3) Hierem. 33.

los idumeos, nació el rey Mesías, Cristo nuestro Salvador, del linaje de David, por cuyo nascimiento Herodes mató los Inocentes, pretendiendo matar entre ellos al nuevo rey para asegurar su reino: y entre ellos, por tener en parte compañía con los tristes padres (cuyos hijos mataba) mató también su proprio hijo. Lo cual no sólo refieren nuestros Evangelistas, mas también autores gentiles, alegando aquel dicho del emperador Augusto, el cual oída la muerte deste hijo, dijo que en casa de Herodes era mejor ser puerco que hijo. Así que los cristianos sin rodeos de palabras salvamos la verdad desta promesa, confesando el reino de Cristo, hijo de David, el cual reina hoy, y reinará hasta la fin del mundo en el reino del verdadero Israel, que es el pueblo cristiano, heredero de la fe deste sancto Patriarca.

Mas ¿qué hacen aquí los maestros de los hebreos, apretados con esta profecía tan clara? ¿Qué han de hacer los que son ciegos y guías de otros ciegos, sino buscar invenciones con que perseveren en su ceguedad, por no perder la autoridad y provecho que tienen entre los miserables discípulos que traen engañados? Mas no pudiendo contradecir á la verdad de la Escritura, tomaron por remedio acogerse á la mentira, diciendo que todavía hay en su pueblo reyes y gobernadores del linaje de David. Y preguntándoles adónde están, por no ser tomados en mentira, dicen que están adelante de los montes Caspios, donde nadie aportó, ni los vió, ni se puede dar razón dello. Pues ¿qué habían de hacer los miserables, viéndose tan concluídos, sino acogerse á donde se acogen los que tienen mal pleito, que es á la falsedad y mentira? ¿Qué cosa más desvergonzada, ó por mejor decir, más lastimera, que ver cómo á sabiendas quieren cegar á sí y á sus discípulos? Así lo hicieron los que de los milagros del Salvador tomaron motivo para tratarle la muerte, paresciéndoles que si Cristo viniese á reinar, que ellos perderían la dignidad y los oficios que en aquella república tenían. Y con este mismo consejo traen éstos engañado al pueblo miserable, por no perder ellos la dignidad y preeminencia que entre ellos tienen.

Décima señal: de las hebdómadas de Daniel.

§ X

Mas no se contentó aquel divino Espíritu, amador de nuestra salud, con darnos todas estas señales, sino quiso también declararnos muy distinctamente el tiempo de la venida deste Señor. Y aunque bastaban para esto las dos profecías arriba alegadas, la una del profeta Ageo, que profetiza la venida de Cristo estando en pie aquel segundo templo, y la otra del patriarca Jacob, que la profetiza antes que se acabase el sceptro del linaje de Judas, mas no contento con estas dos tan claras profecías, descendió á contarnos el número de los años después de los cuales Cristo había de venir y padescer. Lo cual hace en aquella tan celebrada y tan clara profecía de Daniel, que es la que mayor luz da á este misterio (1). Dice pues este Profeta que después que entendió ser cumplidos los setenta años del cautiverio de Babilonia, que Hieremías había profetizado, hizo una muy larga y devota oración á Dios por la libertad de su pueblo. Y por ella le fué enviado el ángel Sant Gabriel, el cual le dijo que estaban señaladas setenta hebdómadas ó semanas, para dar fin al pecado, y quitar la maldad, y traer al mundo la justicia eterna, y cumplirse las visiones y profecías, y ser ungido el Sancto de los sanctos, que es Cristo, así llamado por la excelencia de su sanctidad. Y añade luego que después deste plazo sería muerto Cristo, y que no sería su pueblo el que lo había de negar, y que la ciudad y el sanctuario sería destruído por el ejército y capitán que contra él había de venir, y que esta destruición había de durar hasta la fin.

Estas hebdómadas ó semanas que aquí el Profeta señala, claro está que no son de días, porque según esto serían todas ella poco más que un año. Por dónde se entiende semanas de años, como se toma en el capítulo 23 y 25 del Levítico, ni hay en la Escriptura otra manera de hebdómadas, sino éstas dos. Y siendo semanas de años, hacen número de cuatrocientos y noventa años. Mas los maestros de los hebreos, viéndose concluídos con esta

(1) Dan. 9.

profecía (por la cual se prueba claramente ser el Mesías ya venido) fingen otra manera de semanas y otra cuenta de años. Mas la verdad está tan clara, que por ninguna vía se puede escurecer. Porque si el Profeta no profetizara aquí más que la muerte sola de Cristo, tomaran ellos ocasión de esparcir sus nublados en el día claro de la verdad, fingiendo las fábulas que suelen. Mas el Profeta juntamente con el pecado de la muerte de Cristo profetiza el castigo deste pecado, que fué la destruición de Hierusalem y del templo, y para ambas cosas señala el tiempo de las setenta semanas. Y cónstanos evidentemente que este castigo vino poco después destas setenta semanas, que hacen los cuatrocientos y noventa años susodichos. Porque entonces vino el ejército de los romanos, y asoló y destruyó la ciudad y el templo. Luego síguese que estas setenta semanas comprehenden el número de años en que este castigo vino. De modo que el tiempo del castigo nos declara el tiempo que el Profeta significó por estas semanas. Y así consta que en ese mismo tiempo padeció Cristo, pues para ambas cosas señala el Profeta el mismo tiempo. Y como nos consta de lo uno, también consta de lo otro, mayormente que no había de venir primero el castigo que el pecado. El pecado fué primero, que es la muerte de Cristo, que tan claramente el Profeta denunció, llamándole el Sancto de los sanctos, y el castigo fué cuarenta años después, porque este espacio se dió á la edificación de la nueva Iglesia de los fieles, que se había de fundar en Hierusalem. Los cuales antes del castigo fueron por parte de Dios avisados que se fuesen á otro lugar á morar, porque no los comprehendiese aquel terrible azote que Dios quería enviar á la ciudad por el pecado en ella cometido.

Y para que más claramente se vea el engaño destos malos intérpretes, es de saber que los otros Profetas principalmente tratan de las obras de Cristo, y de las señales de su vida y muerte, para que por ellas lo conosciésemos: mas Daniel no contento con esto, trató muy particularmente del tiempo de su venida, para que esto con lo demás nos diese mayor luz para el conoscimiento desta tan importante verdad. Y por esto reparte estas semanas en muchos pedazos, para declarar en qué tiempo se habían de hacer otras cosas que juntamente con ésta profetiza, como era la reedificación de la ciudad de Hierusalem y de los muros de ella. Digo pues agora que si por estas hebdómadas no se

entienden semanas de años, sino otro tiempo, como esto no tenga fundamento sólido en la Escriptura, sino ser invención ó imaginación de los hombres, queda la profecía frustrada, y el intento del Espíritu Sancto, y de nada nos sirve la profecía, pues por ella no podemos saber cosa cierta en materia donde tanta certidumbre se requiere, pues della pende toda nuestra salvación. Pues ¿qué cosa más fuera de propósito y más indigna del Profeta que haber tratado tan en particular deste tiempo, y repartídolo en tantos pedazos, para declarar lo que en cada tiempo se había de hacer, y señalado el principio de donde estas semanas se habían de comenzar, y el fin donde se habían de acabar, y después desto hecho no declarar qué número de años comprehendían estas semanas, para que así nos dejase á escuras y sin ninguna luz y conocimiento de lo que quería enseñar, pues no nos declaraba qué número de años comprehendía esta profecía, sino que anduviésemos adevinando y fingiendo unos un tiempo, y otros otro? ¿Qué cosa más fuera de toda razón, y más llena de tinieblas y confusión? Pues en estos y otros semejantes barrancos han de caer los que andan huyendo de la luz, que es á los ojos lagañosos y enfermos muy penosa. Y así dice dellos el Profeta que cayeron de ojos, y tropezaron en medio del día como ciegos (1). Porque éste es el azote más recio con que Dios los amenaza en el sexto capítulo de Esaías. Este castigo vemos ejecutado á la letra en los que en medio de la luz tan clara desta profecía y de todas las demás que aquí habemos referido, todavía permanecen en las tinieblas de su infidelidad.

Undécima señal, que fué el castigo de la muerte del Salvador.

§ XI

A todas estas señales añado la postrera, la cual de tal manera es señal, que también fué castigo y azote enviado por el pecado de la muerte del Salvador, que fué la destruición de Hierusalén, profetizada tan claramente por Daniel. Y cierto es cosa que me pone admiración la dignidad del espíritu profético que tantos años antes que las cosas sucedan, las denuncia con

(1) Esai 59.

tanta certidumbre, como lo vemos en esta profecía. Porque ¿qué cosa más admirable que ver un hombre de carne y de sangre como cualquier de nosotros decir: de aquí á cuatrocientos y noventa años será destruída y asolada una de las más principales ciudades del mundo, que era Hierusalén, y asimismo el más famoso y venerado templo del mundo que en ella había, y esto de tal manera que jamás ni el templo ni la ciudad será reedificada. Pues ¿quién aquí no glorifica la grandeza de Dios, que tal lumbre y tal conocimiento puede dar á un hombrecillo como cada cual de nosotros? Esto pues vemos ya cumplido por los emperadores Tito y Vespasiano, que destruyeron á Hierusalén, y agora de presente lo vemos, pues ni aquella ciudad, ni aquel templo, ni aquella república ha sido más restituída, y así dura esta destruición (como dice Daniel) hasta el fin. Y pues esto vemos ya tan á la clara cumplido, síguese que el Salvador no sólo es ya venido, sino también padescido. La historia deste tan grande castigo repartimos en nuestra Introducción del Símbolo en tres partes. En la primera se trata de las calamidades que padesció el pueblo dende el tiempo de Pilato hasta el cerco de Hierusalén, mayormente en la conquista de la provincia de Galilea y de otras muchas ciudades comarcanas, donde fué tan grande el número de los muertos y captivos, demás de ser todas estas ciudades robadas y saqueadas, y muchas dellas asoladas y puestas por tierra. En la segunda parte referimos los inmensos trabajos y calamidades que sucedieron en el cerco de Hierusalem. Donde fueron tantas las desventuras y tan grande el número de los muertos, que ni dende que Dios crió el mundo hasta el tiempo del diluvio ni después del diluvio hasta nuestros tiempos ha habido matanza de hombres, no digo yo que iguale con ésta, mas ni que llegase á la mitad della. Porque según refiere Josefo, fueron muertos de hambre y á hierro un cuento y cien mil hombres. Pues si tratamos de los que fueron captivos, ¿cuándo se halló tanto número de captivos, y tan cruelmente tratados, pues los llevaban para echar á las fieras que los despedazasen, y para que peleando unos con otros en las fiestas de los romanos se matasen? ¿Cuándo dende que el mundo es mundo, se usó de los miserables captivos para semejantes pasatiempos? ¿Cuándo se vió tal hambre como la que en este cerco se pasó, cuando los hombres comían los cintos y las riendas de los caballos, y los cueros de los zapatos,

y las pajas y boñigas de los bueyes? ¿Cuándo jamás se vió tal crueldad como era abrir los vientres de los hombres que se acogían al campo de los romanos, á los cuales abrían por los vientres para buscar el oro que los miserables escondían en sus entrañas para mantenerse con él? ¿Cuándo los romanos, siendo vencedores, asolaban las ciudades y provincias que pretendían hacer tributarias, y de cuyas rentas se querían aprovechar? Porque quedando ellas asoladas y sin moradores, ¿qué provecho les podía venir? Y por eso Pompeyo (que poco antes conquistó la provincia de Judea) contento con la victoria y con la subjección della, dejóla poblada y entera como estaba antes. Resta pues de lo dicho que ninguna de cuantas calamidades han sucedido en el mundo, ni muchas dellas juntas, vienen á cuenta con ésta. Pues siendo éste el más terrible y espantoso castigo de cuantos ha habido después que Dios crió el mundo, ¿quién dubdará haber sido por el mayor de los pecados del mundo, que fué la muerte del Salvador, mayormente habiéndolo él mismo cuarenta años antes, no sin muchas lágrimas, profetizado, como arriba declaramos?

En la tercera parte deste castigo pusimos las calamidades que después de la conquista de Hierusalem se siguieron, y el destierro general que hoy día padesce la parte desta gente que persevera en su error. Dónde hallaremos también clarísimos argumentos de su engaño, pues no podrán satisfacer á las preguntas y consideraciones que en esta materia les haremos. Si no, díganme, ¿cómo Dios, que los tiempos antiguos tantos favores les hacía, agora los ha desamparado? ¿Cómo entonces les acudía cada vez que se convertían á él, y los libraba, y agora lo llaman continuamente, y no les acude? Si como dice el Profeta (1), está Dios cerca de los que lo llaman, si lo llaman de verdad, y que hará siempre la voluntad de los que le temen, ¿cómo ni les hace la voluntad, ni oye sus clamores y oraciones? Si el mismo Profeta dice (2) que hace Dios justicia á los que padecen agravios é injurias, ¿cómo aquí no la hace de tantos agravios como esta gente padesce? Si como dijo aquella santa Judith (3), Dios tiene prometida su misericordia á la casa de Israel, ¿cómo aquí se ha olvidado tanto tiempo desta misericordia? Si tiene dada su palabra que si viéndose angustiados y perseguidos de los hombres

(1) Psalm. 144. (2) Psalm. 145. (3) Judith 13.

por sus pecados, se volvieren á él, que los librará (1), ¿cómo habiéndose ya convertido á él, no los libra? ¿Qué es de aquellos tan grandes favores y providencias de que usa Dios con todos sus fieles siervos? ¿Qué es de aquella misericordia y favor que les promete en el tiempo de la tribulación? ¿Cómo no acude á los que ve padescer tantas menguas y afrentas y destierros por guardar su ley y serle fieles? ¿Qué olvido es éste? ¿Qué desamparo éste? ¿Cómo duerme aquel Señor, de quien se dice (2) que no dormitará ni dormirá el que es guarda de Israel? ¿Cómo ha este Señor cerrado los ojos para no ver tantas calamidades, y tapado los oídos para no oir tantos clamores, y apretado las entrañas para no apiadarse de tantas aflicciones?

Y es cosa de grande admiración que con ser tantas y tan varias las naciones del mundo, y tan diferentes en las leyes y en la religión, en las cerimonias y en los ánimos y discordias que tienen entre sí, con todo eso todas ellas concuerdan en esto, que es desestimar y maltratar esta pobre gente. De modo que habiendo sido en un tiempo (cuando en ellos florescía la religión, como fué en tiempo de David, Salomón, Josafat y otros sanctos reyes) la más esclarecida gente del mundo, agora es la más abatida entre moros y turcos y gentiles, de cuantas hay en él. Pues ¿quién no ve ser éste un espantoso juicio y castigo de Dios? Porque ¿quién otro permite esta tan gran mudanza en pueblo antiguamente tan escogido, tan amado, tan favorecido, tan socorrido en sus trabajos, y tan privilegiado, y entre todas las naciones del mundo solo escogido, teniéndolo agora tan olvidado?

Consideren también aquella maldición que ellos mismos echaron sobre sí, cuando lavando Pilato sus manos, y diciendo que él era inocente de la sangre de Cristo, respondieron ellos (3): La sangre dél caya sobre nosotros y sobre nuestros hijos, y verán que dende esta sentencia que ellos dieron contra sí, hasta el día de hoy (comenzando dende las vejaciones del mismo Pilato) siempre padescieron trabajos sobre trabajos, destierros sobre destierros, robos sobre robos, y miserias sobre miserias. En lo cual parece haber Dios confirmado esta sentencia que ellos dieron sobre sí, y que ésta no sólo fué maldición sino profecía, que vemos hoy día con nuestros ojos cumplida.

(1) Deut. 30. (2) Psalm. 120. (3) Matth. 27.

Del tiempo que dura este destierro y captiverio.

§ XII

Sobre todas estas consideraciones pongamos los ojos en los años que dura este general destierro y captiverio. Porque cónstanos que el captiverio de Babilonia no duró más que por espacio de setenta años, y la principal causa dél fué el pecado de la idolatría, y el quebrantamiento de las leyes de Dios, junto con la opresión de los pobres y personas miserables, como parece por todas las escripturas de los profetas. Mas agora ellos ni adoran los ídolos que solían, ni oprimen ni vejan á nadie, antes ellos son los oprimidos y los vejados. Pues ¿cómo estando ellos libres destos pecados gravísimos (que fueron la principal causa de aquel azote) y siendo tan fieles en adorar á su Dios y en guardar tan enteramente sus sábados y sus ayunos y cerimonias, no los libra de este general destierro y captiverio, que pasa ya de mil y quinientos años, no habiendo durado el otro, que fué por mayores pecados, más que solos setenta? Si Dios es justo juez (como lo es) al cual pertenece proporcionar la pena con la culpa, ¿cómo castigó gravísimos pecados, y con ellos la idolatría, con castigo de setenta años, y menores pecados y sin idolatría castiga con más de mil y quinientos de captiverio, pues agora ni adoran á Baalín, ni á Moloc, ni le ofrecen sacrificios, ni sacrifican sus proprios hijos, ni los pasan por fuego, como antes lo hacían? ¿Cuándo en los tiempos antiguos clamaron á Dios, viéndose afligidos, que no fuesen socorridos? Y agora claman muchas veces al día en sus públicos ayuntamientos, y en todos estos millares de años nunca han sido oídos. Si dicen que todavía padecen, parte por los pecados antiguos que sus padres cometieron, y parte por los que ellos de presente cometen, á esto respondo que no pueden ser mayores pecados los que agora cometen, que aquéllos por que Dios destruyó y asoló á Hierusalem y á su sancto templo por Nabucodonosor, y tomada esta venganza, mandó al profeta Hieremías que dijese á aquella poca gente que había quedado en Hierusalén, estas palabras (1): Si estuviéredes quietos en esta

(1) Hierem. 42.

tierra, yo os sustentaré, y no os destruiré: plantaros he, y no os arrancaré, porque ya estoy aplacado con el castigo que os di. Y no os temáis del rey de Babilonia, porque yo estaré con vosotros para salvaros y libraros de sus manos. Por estas palabras entendemos cómo queda Dios aplacado después de haber castigado, y que es gran disparate decir que lo que ya castigó dos mil años ha, que agora lo vuelve á castigar. Éstas son las invenciones que buscan para huir de la verdad los que están obstinados en su ceguera.

Contra éstos mismos hacen aquellas palabras que dice Dios por Hieremías (1): En aquellos días no se dirá más, los padres comieron la uvas acedas, y los hijos padecen la dentera, porque cada uno morirá por el pecado que tiene cometido. Todo hombre que comiere las uvas acedas, ése padescerá la dentera. La cual sentencia declara el profeta Ecequiel por estas palabras (2): El ánima que pecare, ésa morirá, y el hijo no pagará por la culpa de su padre, ni el padre por la del hijo. La justicia del justo estará sobre él, y la maldad del malo cargará sobre él. Ésta es ley justísima de aquel soberano y justísimo Juez. Porque de otra manera, ¿qué cosa menos para creer, que castigar agora Dios á cabo de dos mil años en los hijos inocentes la culpa ya tanto tiempo antes castigada en los padres que la cometieron? ¡Oh cuánto puede la obstinación y la ceguedad de los que el príncipe de las tinieblas tiene ciegos, pues les hace creer cosas tan indignas de la bondad y justicia de Dios!

Del estado en que están
los que aún permanecen en su incredulidad.

§ XIII

A todas las profecías que hasta aquí habemos referido, añadiré otra, la cual explica con tanta claridad el estado de la parte desta gente que está ciega, que sola ésta, sin las demás que habemos alegado, basta para convencer y concluir todos los entendimientos del mundo. Para lo cual es de notar que querien-

(1) Hierem. 31. (2) Ezech. 18.

do Dios representar el estado en que había de quedar su pueblo, si no recibía al Salvador (que era, ni servir á Dios, ni tampoco á los ídolos) mandó al profeta Oseas que pusiese su afición en una mujer muy querida de su marido (1), pero con todo eso adúltera, para que con esta manera de casamiento representes á los hijos de Israel el amor que yo les tengo, y con todo eso ellos, como mujer adúltera, ponen sus ojos en los dioses ajenos. Yo (dice el Profeta) hice lo que el Señor me mandó, y di en dote á esta mujer quince dineros de plata y ciertas medidas de cebada, y díjele: Muchos días me esperarás, no fornicarás, ni tampoco estarás con tu marido, y yo también te esperaré. Ésta es la semejanza de lo que Dios quería representar. Tras desto añade luego el Profeta lo que esta manera de casamiento significaba, diciendo: Porque muchos días se pasarán, en los cuales los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin vestiduras sacerdotales, y sin ídolos. Y después desto se convertirán, y buscarán á su Señor Dios y á David su rey, y reverenciarán el nombre del Señor y su bondad: y esto será en el fin de los días. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta, las cuales no podrán dejar de poner admiración á quien considerare cómo este Profeta dos mil años antes debujó la manera del estado en que agora vemos la parte de este pueblo que está ciego, con tan claras palabras como si de presente lo viera con sus ojos. Porque ¿quién no ve pasar esto á la letra después de la destruición de Hierusalem y de aquel reino, pues esta parte de gente ni tiene rey, ni príncipe, ni sacrificios, ni altar, ni vestiduras sacerdotales, ni tampoco ídolos? Y es mucho para notar lo que dice el Profeta á esta su mujer: No fornicarás, ni estarás con tu marido, porque en todo este tiempo este pueblo ni ha fornicado adorando los ídolos (como lo hacía antes) ni tampoco está con su marido, que es Dios, pues no está en su amor y gracia. Y no lo está, pues no ha querido recebir á su rey David, que es nuestro Salvador, á quien él mandó que recibiesen y obedesciesen so pena de su castigo y indignación.

Concluyo pues este discurso diciendo que si el cumplimiento desta profecía tan clara y tan antigua no convence todos los entendimientos (aunque sean de gentiles) y no basta para abrir los

(1) Osee 3.

ojos de los que hasta agora están ciegos, no sé qué cosa pueda bastar, ni sé qué pueda decir, sino que es grande el poder del príncipe de las tinieblas, grande la malicia de la voluntad depravada, grande el azote desta ceguedad. A lo menos esto es cierto, que en la hora de la cuenta no tendrá esta incredulidad excusa ante aquel rectísimo Juez, porque no puede haber excusa donde no hay justa causa de ignorancia.

CAPÍTULO II

Concluyamos agora esta materia recogiendo della el conoscimiento de la verdad, que es la raíz y fundamento de nuestra salvación. Para lo cual conviene primeramente que todos los que tienen necesidad de la luz desta doctrina, consideren la grandeza del negocio de su salvación, que es gloria para siempre, ó infierno para siempre: con el cual negocio comparados cuantos hay debajo de cielo, no pesan una paja. Lo segundo digo que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos é impedimentos de ella, que son, odios, iras, invidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento, pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razón y pasión, y cómo no caben ambas en un subjecto. Porque así como el que pone un vidrio verde ó amarillo sobre los ojos, todas las cosas le parecen ser del mismo color, así la pasión hace parecer las cosas tales cuales ella las representa. Debe también el amador de la verdad estar dócil, y dar oídos á todo buen consejo y razón, y no estar obstinado, y tapados los oídos, como hace la serpiente cuando la quieren encantar. Debe también despedir de sí toda soberbia y presumpción, pues está escrito (como dice el Eclesiástico) que donde está la humildad, ahí está la sabiduría. Y acuérdese que para el que esta luz desea, es vanísima razón decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo: pues tal quiero yo ser. Porque si ésa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo, serían verdaderas, y cada cual de los que las siguieren, podría decir lo mismo. Lo cual es imposible, pues estas sectas se contradicen unas á otras, y cosas contrarias no pueden ser ambas verdaderas. También debe el amador de la verdad despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcorán de los moros, donde les es mandado que no traten de defender su ley por razón, sino

por armas, lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza) y despojarle de la más rica pieza que Dios le dió, que es la lumbre de la razón, la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz, que se derivó en nuestras ánimas para regir y ordenar por ella nuestras vidas.

Y pues toda esta materia que tratamos, se resume en reconoscer á nuestro Salvador por el verdadero Mesías prometido en la ley, pongamos los ojos en las obras señaladas que (según el testimonio de los profetas) este Señor había de obrar en el mundo, cuando viniese, y por ellas le conoceremos. Porque estas obras estaban de tal manera reservadas para su venida y persona, que ningún otro las había de acabar sino él. Vemos pues claramente el cumplimiento de todas ellas. Porque primeramente por sus discípulos y doctrina fué desterrada aquella general pestilencia de la idolatría, que (quitado el rincón de Judea) reinaba en todo lo descubierto del mundo. Vemos que por ella los honradores de los falsos dioses vinieron en conocimiento del verdadero Dios, que era el Dios de Israel. Vemos que de Hierusalem salieron los discípulos del Salvador, que tomaron á su cargo esta tan gloriosa empresa, y después de muchas batallas y mucha sangre valerosamente derramada, al cabo salieron con ella. Vemos que de aquella masa corrompida y abominable de la gentilidad (que estaba sumida en el cieno de todos los vicios) se levantó tan gran número de sanctos, de pontífices sanctísimos, de confesores, de monjes religiosísimos, de compañías de vírgines purísimas, y (lo que más es) de mártires innumerables que murieron por esa fe que antes impugnaban: en los cuales se cumplieron aquellas profecías de Esaías, donde dice que los dragones y bestias fieras alabarían á Dios, y que los páramos y tierras estériles se convertirían en jardines floridos, y los sequedales en ríos y fuentes de agua, y que en las cuevas donde moraban primero los dragones, nacerían cañaverales y juncos, y que allí habría camino sancto. Vemos otrosí cómo el imperio romano, domador del mundo, se subjectó á Cristo dende el tiempo del emperador Constantino, y después todos sus sucesores. Vemos lo que nadie puede negar, conforme á la profecía de Daniel, que pasados poco más de cuatrocientos y noventa años después que el rey Ciro mandó reedificar el templo de Hierusalem (que son los años que comprehenden las setenta hebdómadas deste Profeta) esta ciudad con su templo fué

abrasada, arrasada y puesta por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra, y sin jamás hasta hoy haber podido ser reedificada, como él tan claramente lo profetizó. Vemos que los que no quisieron recebir al Salvador, andan hoy día desterrados por todas las naciones del mundo, tan vejados y maltratados como todos sabemos. Pues ¿quién pudo denunciar estas cosas tantos mil años antes, sino Dios? Y ¿quién pudiera acabar cosas tan grandes, sino Dios? ¿Quién pudiera desterrar la idolatría de todo el mundo, sino Dios? ¿Quién reducir tantas naciones al conoscimiento de un solo Dios, sino Dios? ¿Quién hacer semejantes á los ángeles los hombres, que eran semejantes en la vida á los demonios (que eran los gentiles) sino Dios? ¿Quién traer al imperio romano á que dejados sus antiguos dioses, adorados en todos los siglos por todos los príncipes del mundo, á que adorase un hombre crucificado entre ladrones por verdadero Dios, sino Dios? ¿Quién pudo destruir y deshacer totalmente aquella república de Judea, más antigua que la romana, sino Dios? Pues ¿quién dudará ser Dios el que todo esto pudo denunciar antes que fuese, y después ejecutarlo y poner por obra cosas tan grandes, sino Dios?

Y demás desto, si este Señor había de venir al mundo antes que aquel templo se destruyese, como está dicho (1), y antes que el ceptro del tribu de Judá se acabase (2), y vemos el templo tantos mil años ha destruído, y el ceptro acabado, pues ¿quién puede dudar ser ya venido el que en esta sazón había de venir?

Por tanto ruego agora á todos los que tenéis necesidad de la luz desta doctrina, por reverencia de un solo Dios, amador de la salud de las ánimas y lumbre de los corazones humildes, y por lo que debéis al negocio de vuestra salvación, que despedidas todas las nieblas de iras y odios y pasiones, y toda obstinación y dureza de corazón, pidáis á Aquél que es padre de las lumbres, os quite el velo de la ceguedad de delante los ojos, y esclarezca vuestro entendimiento, y os dé á sentir la fuerza de las razones y profecías que aquí habemos alegado, para que por las profecías y obras que la doctrina del Salvador obró en este mundo, conozcáis ser el verdadero Mesías: cada una de las cuales por sí sola es bastante para prueba desta verdad, cuanto más concurriendo todas ellas juntas en él. Porque si para solo él estaban re-

(1) Aggaei 2. (2) Genes. 49.

servadas estas hazañas tan universales y tan notables, síguese que nadie las pudo hacer sino él. Y pues las vemos tan claramente cumplidas, á él recibamos, á él adoremos, á él confesemos, para que así seamos participantes de los grandes bienes que él trajo consigo al mundo. Y si esta breve doctrina no bastare para convencer los duros y obstinados, muchos habrá dóciles, humildes y tratables, á quien aproveche, mayormente pues como S. Pedro dijo (1), no es Dios aceptador de personas ni de linajes, pues él es padre y criador de todos, y él dice que está á la puerta llamando á nuestros corazones para que le queramos recibir en ellos.

(1) Act. 10.

DE LAS FALSEDADES Y FÁBULAS DEL TALMUD

CAPÍTULO III

Después destos tan ilustres testimonios de las sanctas Escripturas (con los cuales tan claramente se prueba la venida de nuestro Salvador, y se convence la ceguedad de los que otra cosa creen) hay otro gravísimo argumento para convencer esta ceguedad, que son las fábulas y disparates del Talmud.

Estas fábulas y patrañas mandó el papa Benedicto sacar del dicho libro á un médico suyo, grande letrado en la ley, que se había convertido á nuestra fe. Lo cual hizo él fielmente, declarando el libro, y el capítulo, y las primeras palabras del capítulo en su misma lengua hebrea, para que nadie pudiese dubdar de lo que decía. El libro destas falsedades hizo imprimir D. Gaspar, de religiosa memoria, arzobispo de Goa en la India Oriental. Parte destas fábulas y mentiras escribimos en nuestra Introducción del Símbolo, en la cuarta parte, en el capítulo XXII. Donde hallará el prudente lector extraños disparates y locuras que contiene aquella secta, y no acabará de espantarse de entendimientos que dan oídos á cosas tan monstruosas.

Estas mismas locuras que este autor recopiló, refiere también Sixto Senense en la Biblioteca Sancta, en el libro 2, fol. 199, el cual añade á éstas otras no menos monstruosas. Y aunque ellas sean tales, que parece cosa increíble estar tales cosas escritas y mandadas creer so pena de muerte, pero quien considerare á qué extremo de ceguedad llega una ánima desamparada de Dios, esto y mucho más creerá de la ceguedad y malicia humana. Si no, vea qué milagros no vió Faraón en Egipto, y los pontífices y fariseos que condenaron al Salvador, pues les constó de la resurrección de Lázaro y de la del mismo Señor, y con todo esto perseveraron en su ceguedad y malicia.

Ni tampoco pueden decir que estas cosas no están escritas en aquel libro, pues sabemos que todas las sinagogas de Italia están

llenas destos libros, tanto que (como dice este autor) en sola la ciudad de Cremona se quemaron doce mil libros déstos por mandado del sacro senado de la Inquisición de Roma. Y con todo esto ellos untan bien las manos de los impresores, y hacen imprimir secretamente los tales libros.

Y cuán grande argumento sea éste para desengañar á los que desean ser desengañados, y llegar al conocimiento desta tan importante verdad, parece claro por esta razón. Porque para convencerse un entendimiento por el testimonio de las sanctas Escrituras, es necesaria fe, que es sobre toda razón, mas para juzgar cuán grandes sean los disparates del Talmud, basta la lumbre natural de la razón que tiene cualquier hombre, por infiel y bárbaro que sea.

Mas con todo esto yo no me atreveré aquí á escribir estas falsedades, lo uno por ser muchas dellas tales que no podrán dejar de dar grandes motivos de risa á quienquiera que las leyere (y yo no quiero dar en este libro motivos para reir, sino para llorar y edificar las ánimas) y lo otro, por ser muchas dellas torpísimas y deshonestísimas, y por esto no quise ofender con ellas á las orejas castas y limpias, puesto caso que solas ellas bastarán para ver claramente la ceguedad y engaño de los que tales cosas creen. Porque así como fué gran parte para desterrar la idolatría de los gentiles, declarar la vanidad de sus dioses, sus casamiento, sus adulterios, sus incestos, sus celos, sus pasiones y sus disensiones, que son cosas tan ajenas de la naturaleza divina, así estas patrañas y mentiras tan feas fueran mucha parte para convencer la falsedad deste engaño.

Mas con todo eso ruego á toda persona que desea ser desengañada y confirmada en la verdad de la fe, que lea á Sixto Senense en el lugar susodicho, el cual punto por punto alega los libros y capítulos donde cada cosa déstas está escripta. De dónde resultará que los fieles que originalmente descienden desta nación, no podrán dejar de dar infinitas gracias á nuestro Señor por haberlos librado de tan monstruosos errores y falsedades. Desta manera Sant Augustín, acordándose de los errores y herejías en que había vivido (de que la misericordia de Dios lo había librado) le da gracias con aquellas palabras del Psalmo (1): Rompiste, Se-

(1) Psalm. 115.

ñor, mis ataduras, á ti sacrificaré sacrificio de alabanza, é invocaré tu sancto nombre. Pues desta manera darán gracias los que por esa misma misericordia se ven libres de tantas ceguedades y engaños en que pudieran perseverar, como otros muchos han perseverado. Cuando los hijos de Israel, pasado el mar Bermejo, vieron ahogados los egipcios, comenzaron á cantar alabanzas á nuestro Señor por verse libres de tan crueles enemigos. De modo que los que antes les eran materia de grande temor, cuando estaban vivos, después lo fueron de alegría y alabanza, cuando los vieron muertos. Pues desta manera cantarán alabanzas al Señor los que mediante la lumbre de la fe vieren tales monstruos muertos en su corazón, viéndose por ella libres de errores tan monstruosos y pestilenciales como en el libro susodicho leerán.

RESPÓNDESE Á ALGUNAS OBJECCIONES ACERCA DE LO DICHO

CAPÍTULO IV

Después de haber declarado cómo todas las señales que los profetas nos dieron para conocer al Mesías, concurren en la persona de nuestro Salvador, quedábanos para conclusión desta materia responder á los puntos principales en que tropieza la parte del pueblo que no le ha querido recibir. Esto hecimos en la Introducción del Símbolo en once diálogos, en los cuales pretendíamos instruir un catecúmeno recién convertido á nuestra fe, explicándole llanamente los artículos principales della, á donde remitimos al que esto quisiere saber. Mas en este sumario daremos una respuesta general á todos estos puntos, y ésta será declarar cómo nuestro Señor Dios mandó en el capítulo 18 del Deuteronomio que obedeciésemos y diésemos entera fe á todo lo que nos enseñase el Mesías, cuando viniese, so pena de ser él vengador de quien así no lo hiciese. Esto dijo él á Moisén por estas palabras: Yo levantaré un profeta de en medio de tus hermanos, semejante á ti, y pondré mis palabras en su boca, y decirles ha todas las cosas que yo le mandare decir, y yo seré vengador del que no quisiere oir las palabras que él en mi nombre hablare. Por este profeta tan señalado, de que nuestro Señor aquí habla, entienden todos al Mesías. Y á éste nos manda Dios obedecer y creer todo lo que él nos enseñare. Él pues nos enseñó todos los artículos y misterios de la fe que profesamos, los cuales estamos obligados á creer, pues así nos lo manda Dios: y en lo que él manda, no ha lugar de dubda ni de disputa. Esto debe bastar por agora al verdadero y humilde cristiano que se rige por fe y palabra de Dios.

§ I

Con todo esto me pareció responder aquí á algunos principales puntos, en que tropiezan los que no han recibido este Señor. Entre los cuales uno es ofenderse ellos de la pobreza y humildad en que vivió. Porque esperaban ellos un rey Mesías temporal más rico que Salomón, y más poderoso y guerrero que Alejandro Magno ó Julio César. A esto suficientísimamente se responde con la profecía de Zacarías (1), el cual manifiestamente dice que este Señor había de ser pobre, y como tal había de entrar en Hierusalén, no en carros triunfales ni caballos, sino en una pobre asnilla con su pollino. Y lo mismo profetizó Esaías en el capítulo 53, que todo trata de la sagrada Pasión, donde dice que vió al Señor desfigurado y como leproso, y que deseó verle el más abatido de los hombres, varón de dolores y lleno de penas y trabajos, y que por esto no fué reputado ni conocido por quién él era, como lo vemos cumplido en los que todavía perseveran en su incredulidad.

Esto solo debe bastar para el desengaño de los que otra cosa esperan. Mas la conveniencia y razón desta humildad y pobreza declaramos en la parte precedente, capítulo 15, § I, donde remetimos al prudente lector deseoso de saber la verdad.

Mas á lo sobredicho añadiré aquí que las riquezas no son verdaderos bienes (pues no hacen buenos á sus dueños) sino cosas indiferentes para bien y para mal. Mas porque nuestra naturaleza, generalmente hablando, está más inclinada al mal que al bien, por la corrupción del común pecado, de aquí es que los hombres usan más de ellas para el mal que para el bien, mayormente si caen en manos de hombres vanos ó mal inclinados, porque esto es como dar armas á un furioso, ó dineros á un tahur. Y así vemos que los tales comúnmente son altivos, y presumptuosos, y menospreciadores de los otros, regalados, confiados en sí mismos y olvidados de Dios, porque no tienen necesidades que los obliguen á acordarse dél, como las tienen los miserables. Finalmente son tantos los impedimentos para que nos dan materia las riquezas, que vino á decir el Salvador que más fácil cosa era entrar

(1) Zachar. 9.

un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos (1). Bien veo que éste es encarecimiento, mas por él quiso aquel Maestro que vino del cielo declararnos la grandeza deste peligro. Y con esto contesta el Eclesiástico, diciendo (2): Bienaventurado el rico que fué hallado sin mácula de pecado, que ni se fué en pos del oro, ni puso su confianza en los tesoros del dinero. ¿Quién es éste, y alabarlo hemos, porque hizo maravillas en su vida? En las cuales palabras claramente da á entender cuán gran maravilla sea hallarse un rico sin mancilla de pecado. Y en decir, quién es éste, y alabarlo hemos, declara cuán pocos sean los que desta mácula carecen.

Para confirmación de lo dicho basta ver que muchas nobilísimas repúblicas vinieron á perderse, cuando la prosperidad y abundancia de riquezas entró en ellas. Porque ¿qué otra cosa destruyó la república de los lacedemonios y también de los romanos? Si no, preguntemos á Juvenal, ¿cuál fué la causa de tantas monstruosidades de los vicios de Roma, sino (como él expresamente dice) haberse perdido la pobreza antigua en que vivían, cuando entre ellos florescían las artes de la guerra y de la paz? Y no menos claro dice Tito Livio que la prosperidad y abundancia de riquezas puso á Roma en el extremo de todos los males, el cual era tal, que ya no podían sufrir sus vicios, ni tampoco los remedios dellos.

Siendo pues esto así, ¿cuán gran desatino es esperar un Mesías que nos venga á henchir de bienes que de tantos males han sido causa? Está tan lejos esto de la verdad, que la primera cosa que hacían los fieles que habían creído en Hierusalén (donde más que en otra parte floresció la religión cristiana) era desposeerse de sus haciendas, y después de vendidas, poner el precio de ellas á los pies de los Apóstoles, para que ellos las dispensasen como les pareciese. Y de los fieles de la misma nación, que moraban par de Alejandría, escribe Filón, nobilísimo autor entre los judíos, que la primera cosa en que se fundaban, era renunciar todas sus haciendas, por tener los corazones libres para la divina contemplación, con la cual eran muchos dellos de tal manera recreados, que á veces se les pasaban seis días sin tomar más refección corporal que este pasto espiritual. Pues según esto, ¿cuán lejos esta-

(1) Marc. 10. (2) Eccli. 31.

rían los tales de esperar Mesías temporal que los enriqueciese, pues el fundamento de su vida era el menosprecio destas riquezas?

§ II

Y para más clara inteligencia de lo dicho apuntaré aquí tres diferencias de bienes que los filósofos señalan, unos que llaman externos ó exteriores, por estar fuera del hombre, como son riquezas, mandos, señoríos, oficios y dignidades, y cosas semejantes, aunque éstos no llaman bienes, sino (como ya dijimos) cosas indiferentes para bien y para mal. Otros hay que son bienes de nuestro cuerpo, como son salud, fuerzas, buena complexión, ligereza y hermosura, y otras tales cosas, que también se hallan en algunos brutos animales. Otros hay que pertenecen al ánima, que son proprios del hombre, como son sciencia, prudencia, sabiduría y finalmente todas las virtudes, así las tres teologales como las cuatro cardinales, con todas las otras que se comprehenden debajo déstas. Éstos pues son proprios y verdaderos bienes, que bastan para hacer al hombre verdaderamente bueno, y esto de tal manera, que el que estuviere rico y abastado destos bienes, aunque carezca de todos los otros, y sea más pobre que Job, y más enfermo y llagado que el pobrecico Lázaro, éste tal á boca llena se llamará bueno. Y por el contrario el que estuviere abastado y lleno de todos los otros bienes, y sea más rico que Salomón y que todos los reyes de los persas, y más victorioso que todos los emperadores romanos, si le faltare la virtud, no se puede llamar más bueno de lo que se puede agora llamar el gran Turco ó el Sofí.

Pues siendo esto verdad, y siendo cierto que el Mesías fué tantas veces prometido por todas las edades y por todos los profetas con tan grandes encarecimientos, que dan voces á todas las criaturas insensibles para que prediquen y canten á Dios cantares nuevos por la grandeza de los bienes que por medio del Mesías nos ha de hacer, ¿qué locura, qué ceguedad tan extraña esperar dél estos bienes, que ni se llaman bienes, ni son dignos de tal dador y de tan magníficas promesas, y son bienes que dió él á emperadores gentiles, idólatras y contaminados con todos los vicios? ¡Oh ceguedad y desatino, digno de ser llorado con lágrimas

de sangre! Otros bienes, y otros señoríos, y otras victorias son las que promete Dios por su Mesías, tan cantado y celebrado en las sanctas Escripturas, en las cuales no promete bienes de la tierra, sino bienes del cielo, no bienes del cuerpo, que tenemos común con los brutos, sino bienes del espíritu, que tenemos común con los ángeles, no bienes temporales que se acaban con la vida, sino bienes eternos que duran para siempre, no bienes que falsamente se llaman bienes, pues no hacen bueno á su poseedor, sino verdaderos bienes, pues hacen al hombre verdaderamente bueno, y hijo de Dios, y heredero de su reino. Y si por él promete señorío, no éste que tienen los turcos y los moros, que son señores de los hombres y esclavos de sus vicios, sino señorío sobre sí mismos y sobre todos sus apetitos. Y si promete victorias, no es vencer á los otros hombres, sino vencer á sí mismos, que es la más ardua y más gloriosa victoria de todas. Y si promete libertad, no es estar libre de la subjección de los tiranos, sino de la subjección de sus vicios, de que estaba libre el patriarca Josef, aunque era captivo. Finalmente no promete señorío ni reino de la tierra, sino reino del cielo. Éstas son promesas dignas de tal prometedor, y de tal Mesías, y de tantas y tan antiguas profecías, denunciadas con tan grandes encarecimientos, porque esotras temporales que los ciegos imaginan, diólas Dios de gracia y sin prometimiento á hombres perversos y enemigos suyos. Esto basta para respuesta de la primera objección.

§ III

Después desto hay otra cosa, en que los flacos tropiezan, que es tener por cosa extraña estar abrogada la ley que dió el mismo Dios. Á esto respondemos que lo principal y esencial de la ley, que es lo moral, en que se comprehenden los diez mandamientos, nunca cesó, ni cesará jamás: pero lo ceremonial, y las diferencias de sacrificios de aves y animales, y la manera del sacrificarlos, en lo cual se ocupa la mayor parte de la ley, esto decimos que ha cesado. Porque todas estas cosas eran figuras que representaban el verdadero sacrificio de Cristo, que él había de ofrecer por la salud del mundo. Y pues ya este sacrificio está ofrecido, cesan las figuras que lo representaban y prometían. Porque

guardarse agora, sería testificar por la obra que aún no estaba ofrecido. Y que ésta sea la voluntad de Dios, muéstralo él, pues consintió que fuese destruído el templo de Hierusalem, donde solamente se podían ofrecer sacrificios. Lo cual declara Sant Crisóstomo por este ejemplo: Si un enfermo pidiese al médico con grande instancia licencia para beber vino, y él se la diese con tal condición que no lo bebiese sino por un vaso que él le señalase, y esto hecho, el tal médico quebrase el vaso, claro está que por el mismo caso daba á entender que no quería que bebiese vino. Pues desta manera decimos que Dios había dado ley de ofrecer sacrificios, pero esto con expreso mandamiento que no se pudiesen ofrecer sino en el templo de Hierusalem. Mas pues él ha consentido que este templo esté derribado (después que el verdadero sacrificio de Cristo se le ofreció) síguese que ya no quiere sacrificios, pues consintió que se destruyese el lugar donde solamente se podían ofrecer. ¿Qué cosa más clara?

Y que esto sea verdad, abiertamente lo confirma el mismo Señor por el profeta Malaquías con tan claras palabras, que no deja lugar para dubda alguna. Porque dice así (1): No está ya mi voluntad con vosotros, ni recibiré ofrendas de vuestra mano, porque dende Oriente á Poniente es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece á mi nombre una ofrenda limpia. Pues ¿con qué palabras más claras podía nuestro Señor declarar que ya no quería los sacrificios y ofrendas de la ley antigua, pues dice que ni le agradan sus sacrificios, ni tampoco los que los ofrecían?

Sabemos también que Cristo nuestro Señor, demás de ser nuestro rey, es también nuestro sacerdote, y no según la orden de Aarón, sino según la de Melquisedec, como el Padre eterno lo declara hablando con el Hijo, por estas tan notables palabras (2): Juró el Señor, y no se arrepentirá de lo que juró: Tú eres sacerdote eterno según la orden de Melquisedec. Pues desta manera, establecido este nuevo sacerdocio, queda derogado el antiguo, y por consiguiente toda la ley, la cual por la mayor parte se empleaba en tratar destos sacerdocios de Aarón, y desta manera de sacrificios. Y porque entendía el mismo Señor cuán dificultoso había de ser de creer que la ley y el sacerdocio orde-

(1) Malach. I. (2) Psalm. 109.

nado por él había de cesar, interpuso el juramento para mayor afirmación de lo que decía. Y no contento con esto, añadió aquella palabra tan desacostumbrada en la sancta Escriptura, y no se arrepentirá de lo que juró, para que así con esto como con el juramento hiciese más fe de lo que decía. Pues el sacrificio deste Melquisedec no era de animales, sino de pan y vino, el cual era figura del que Cristo ofresció en la cena con sus discípulos, á los cuales dió su cuerpo y su sangre en especie de pan y vino. Y este mismo sacrificio es el que debajo destas especies ofresce cada día la Iglesia, que es aquella ofrenda pura y limpia que (según la profecía alegada de Malaquías) se le ofrece en todo lugar.

Mas para que entendamos el valor y excelencia deste divino sacrificio, es de notar que hay diversas maneras de sacrificios, y unos más excelentes que otros. Porque sacrificios eran antiguamente los que en la ley se ofrescían de diversos animales. Pero eran tan bajos sacrificios, que quitado aparte el mandamiento de Dios y la devoción de quien los ofrescía, ellos de sí no tenían virtud ni sanctidad alguna. Pero más perfecto sacrificio que éste es aquél que explicó David, cuando dijo (1): Si quisieses, Señor, sacrificio, yo te lo ofrescería, mas sé que no te agradan estos sacrificios. Sacrificio para ti es el espíritu atribulado, y el corazón contrito y humillado, Señor, no le despreciarás. Otro sacrificio más perfecto que éste, es aquél que significó el mismo Profeta, cuando dijo (2): Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Y llama éste sacrificio porque para ofrescer este sacrificio, que es de virtud y sanctidad, es menester degollar la propria voluntad y todos los otros apetitos que contradicen á este linaje de sacrificio. Lo cual no se hace sin dolor. Mas entre estos sacrificios de justicia hay uno más alto que todos los otros, que es cuando el hombre sufre la muerte por la fe que debe á su Criador, y por no hacer cosa contraria á las leyes de su justicia. Éste es pues el más perfecto sacrificio que el hombre puede ofrescer á su Dios, ésta la mayor honra con que le puede honrar, y ésta la mayor muestra y obra de amor que puede hacer, porque aquí el hombre no ofresce sangre y vida de animales, sino su misma vida y sangre, dejándose despedazar y desmembrar por amor de Dios.

(1) Psalm. 50. (2) Psalm. 4.

Mas á todos estos sacrificios excede infinitamente aquel divinísimo y sumo sacrificio que el unigénito Hijo de Dios ofresció en la cruz por la obediencia de su eterno Padre y por celar la gloria y honra de su sancto nombre. El cual sacrificio excede tanto á los otros sacrificios, cuanto fué mayor la caridad con que se ofresció, y más alta la persona que lo ofresció, que fué la del Hijo de Dios, que dió valor y precio infinito á este sacrificio. El cual agradó tanto á aquella inmensa Majestad, que lo aceptó en satisfación y descargo de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que fueran.

Pues este sacrificio, que tan agradable fué al eterno Padre, quiere él que cada día se le ofrezca en el altar debajo de las especies de pan y vino, para que siempre se le ofrezca el servicio que una vez tanto le agradó. Porque por virtud de las palabras de la consagración la substancia del pan se muda en la del cuerpo de Cristo, y la del vino en su sangre preciosa. En lo cual se ve cuánto se engañan los infieles diciendo que adoramos el pan y el vino, porque no adoramos sino el cuerpo y sangre de Cristo, que debajo de aquellas especies está encubierto.

§ IV

Y que esto sea así, la fe y el mismo Señor que instituyó este sacramento, nos lo dice. Y aunque esto sea artículo de fe, que es sobre toda razón, mas esa razón nos dice ser ésta cosa dignísima de ser creída. Porque dos cosas bastan para que esto creamos, que son, entender que Dios puede hacer esta maravillosa mudanza, y que quiere hacerla. Y cuanto á lo primero, que es poder Dios hacer esto, nadie lo podrá dubdar. Porque quien pudo criar el mundo de nada, fácilmente mudará una substancia en otra, pues es mayor cosa hacer de nada algo, que mudar una cosa en otra, como lo hizo cuando en el milagro de las bodas mudó el agua en vino. Mas del querer de Dios menos dubdará quien hubiere en alguna manera experimentado los efectos deste Sanctísimo Sacramento, de los cuales tratamos largamente en la Introducción del Símbolo. Mas aquí diremos brevemente que es tan grande la virtud y eficacia de este divino Sacramento para sanctificar las ánimas de los que devotamente le frecuentan, que

todos á una voz afirmarán que ni los otros sacramentos, ni todos sus espirituales ejercicios de oraciones y meditaciones y psalmos y cantares divinos los esfuerzan y alegran y encienden tanto en amor de Dios, ni crían en sus ánimas tantos buenos propósitos y deseos, ni los ayudan tanto contra todas las tentaciones del enemigo, ni los hacen andar tan solícitos y diligentes en la guarda de sí mismos, como la frecuencia deste divinísimo Sacramento. De lo cual no es pequeño argumento que acaecerá estar un devoto sacerdote dos horas en oración tratando con Dios, y poco más de media hora que gasta en una misa, y muchas veces le acontecerá salir más esforzado y más devoto y más consolado de esta misa, que de todo el otro espacio más largo que empleó en su oración. Y añado más, que es tan grande el gusto y suavidad deste pan celestial, y la admiración que las ánimas religiosas conciben de la bondad y dignación de Dios (que quiere entrar á morar en sus ánimas para deificarlas y transformarlas en sí, que vienen muchas veces á padescer alienación de los sentidos con la fuerza del amor y suavidad interior que con él reciben, como lo leemos de muchos sanctos, y sabemos que no faltan hoy día muchas ánimas devotas en quien esto se ve.

Y si á éstas preguntares por el beneficio y fructo que reciben cuando comulgan, responderán que sienten en sí una nueva y extraordinaria llama de amor de Dios, la cual viene acompañada con tan grande suavidad y alegría del espíritu y con una tan grande paz y satisfación interior, que por entonces ninguna cosa desean más de la que tienen. Y de aquí les nasce una tan encendida sed y hambre deste pan celestial (por volver á gozar deste tan sabroso convite y de los tesoros y riquezas espirituales que en él se comunican) que nadie lo podrá entender sino el que lo ha probado. Y algunas veces acontece (como dice Sant Buenaventura en un Tratado de la Perfección, que escribió á una hermana suya) ser tanta la consolación y alegría del espíritu, que llegando una destas personas á comulgar con grande flaqueza del cuerpo, salga de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera, queriendo nuestro Señor mostrar en esto que este Sacramento es salud y manjar de todo el hombre, así exterior como interior, aunque en diferente manera.

¿Qué más diré, sino que aun los hombres que tienen poco cuidado de sus consciencias, confesarán que no tienen mejor hora

para ellas (que es, para recogerse y compungirse y arrepentirse de sus pecados) que aquélla en que reciben la sagrada comunión? Finalmente son tan grandes las virtudes deste divinísimo Sacramento, y los efectos que óbra en las ánimas de los que dignamente le reciben, que ni lenguas de hombres ni de ángeles bastan para declararlos.

Pues por la virtud y eficacia que este divino Sacramento tiene para la sanctificación de nuestras ánimas, se prueba la segunda cosa que propusimos, que es el querer de Dios. Porque cónstanos ser él infinitamente bueno, y cónstanos también que ninguna cosa hay más propria, ni más gloriosa, ni más natural, ni que más convenga á esta suma Bondad, que comunicarse á todos, que es hacer á todos sanctos y buenos, como él lo es. Pues siendo esto así, ¿qué cosa más propria ni más gloriosa podemos atribuir á esta suma Bondad, que haber instituído una cosa tan poderosa para hacer á los hombres sanctos y buenos? Pongamos un ejemplo. Decidme, ¿qué cosa con más razón se puede creer de Hipócrates que haber escrito un excelente libro de medicina, y de Tulio que haber hecho una muy elegante oración en el Senado? Pues viniendo á nuestro propósito, ¿qué cosa más conforme á razón se puede creer de aquella infinita Bondad, que haber ordenado un sacramento tan poderoso para sanctificar las ánimas? ¿Hay cosa en el mundo que con mayor gloria se pueda atribuir á tal bondad? ¿Hay cosa más alta y más digna de Dios que ésta? Pues es cierto que cuantos buenos hay hoy en la Iglesia, y cuantos ha habido dende que el Evangelio se predicó, todos á una confesarán que la cosa que más los ayudó á alcanzar esta bondad, y á sufrir todos los trabajos de la virtud, fué la frecuencia deste divino Sacramento. Y así escribe Sant Lucas que lo frecuentaban los fieles que habían creído en Hierusalem, perseverando cada día en oración en el templo (1), y comulgando después en sus casas, porque no había entonces otras iglesias, y con esto andaban tan esforzados y tan llenos de las consolaciones del Espíritu Sancto, que como el Apóstol les escribe (2), sufrían no sólo con paciencia, sino también con alegría, ser robados y despojados de sus haciendas, acordándose que tenían en el cielo otra mejor y más perpetua hacienda. Por lo cual si todos

(1) Act. 2. (2) Hebr. 10.

confesamos ser Dios el que crió los cielos y la tierra, con mayor razón podemos decir que él ordenó este divino Sacramento (como en otra parte dijimos) porque mayor cosa es justificar y sanctificar los hombres, que criar los cielos: lo cual hace este admirable Sacramento. Y por esto no es menos creíble haberlo él instituído que haber criado el mundo. Lo cual no dubdará quien hubiere gustado algo dél y de la eficacia de su virtud.

Y por acrescentar nuestro Señor la fe y devoción de este sumo Sacramento, nunca cesa de hacer nuevas demonstraciones y maravillas por él. En la Historia Pontifical se refieren dos clarísimos milagros dél, uno en cierta ciudad de Alemaña, y otro en la villa de Frómesta, que hasta hoy día dura y se muestra. También es notorio el de los Corporales de Daroca y el de la villa de Santarén, que se ve en la iglesia llamada del Milagro por esta causa. Y en nuestros días, que es el año mil y quinientos y ochenta y dos, acaeció otro insigne milagro en la ciudad de Nápoles, donde un mal hombre que tenía hecho pacto con el demonio, por mandado dél, después de haber recebido el Sanctísimo Sacramento, lo encerró en una cajuela dorada, que el mismo demonio le había dado, mandándole que echase el Sacramento en un muladar. Mas cuando el hombre abrió la cajuela, halló la hostia toda sembrada de gotas de sangre. Y entendiendo ser esto milagro, arrepentido de su maldad se fué luego á confesar. Y dando recaudo desto al vicario general, fué á casa deste hombre acompañado de algunas personas doctas y religiosas, y abriendo la cajuela, hallaron que la mitad de la hostia estaba hecha carne, y la otra mitad blanca, con las pintas de sangre que antes tenía. Y desta manera la llevaron á la iglesia, poniéndola en lugar decente. Y cuando otra vez volvieron á visitarla, hallaron que toda la hostia estaba vuelta en carne, de lo cual todo se envió información á Su Sanctidad. Pues con estas y otras semejantes maravillas pretende nuestro Señor confirmar los fieles en la fe deste Sacramento, y confundir los herejes y infieles, para que no tenga excusa su infidelidad, pues este milagro fué tan público y notorio en toda Italia, que no pueden alegar ignorancia dél.

Otra cosa digna de eterna memoria acaeció en la ciudad de Ávila, de que la misma ciudad con su comarca son testigos. Un hombre infiel, instigado por el demonio, hubo á las manos una hostia consagrada que se guardaba en el sagrario, y por llevarla

más segura, echóla en una alforja. Mas un hombre católico vió que de aquella alforja salían unas llamas de fuego. Dió desto noticia al Sancto Oficio, y preso aquel hombre, y apretándole por el caso, confesó que llevaba allí una hostia consagrada. La cual fué luego puesta en el sagrario del insigne monasterio de Santo Tomás de Ávila, y cada un año se muestra al pueblo el día de la fiesta del Sancto Sacramento en la tarde, donde toda la ciudad concurre. Y con haber noventa y tantos años que esto pasó, está la hostia tan entera como el día que allí se puso, siendo costumbre en todas las iglesias renovar el Sancto Sacramento de quince en quince días. Y llegando á este monasterio pocos años ha el Reverendísimo Padre Fray Vicente Justiniano, general de toda nuestra Orden, un religiosísimo compañero que consigo traía, por nombre Fray Serafino (que después le sucedió en la misma dignidad) no se hartaba de mirar esta hostia, derramando muchas lágrimas con la admiración desta maravilla. Y llamándole, porque era ya tiempo de irse de allí, respondió: *Sinite me videre mirabilia Dei*, que es: Dejadme ver estas maravillas de Dios. Y verdaderamente ésta es una grande maravilla, estar pasando de noventa años una hostia sin corrupción. Por lo cual sea bendito el que estas maravillas hace para confusión de los herejes y infieles, y para acrecentar la fe y devoción de los fieles.

Mas volviendo al propósito principal, éste es el sacrificio del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor, que en especie de pan y vino se le ofrece cada día, figurado en aquel sacrificio de Melquisedec. Y con ser sacrificio que á Dios se ofrece, es también sacramento que da gracia al que dignamente lo recibe, con la cual somos sanctificados y hechos participantes de la virtud del mismo sacrificio que por nosotros en la cruz se ofreció. Esto baste por agora para responder á la segunda objección.

CÓMO LOS PECADOS
HAN SIDO CAUSA DE HABERSE ESTRECHADO EL REINO
DE CRISTO

CAPÍTULO V

QUÉDANOS otra cosa á que responder, acerca del señorío y reino de Cristo. Porque las escripturas de los Profetas dilatan la grandeza de su reino por todo el mundo, y agora vemos cuán estrechado y diminuído está. Á esto se responde con otro ejemplo semejante, porque no puede haber mayor multiplicación de hijos que la que Dios prometió al patriarca Abrahán, que se compara una vez con las estrellas del cielo (1), y otras con el polvo de la tierra (2), y otras con las arenas de la mar. Pues esto cumplió Dios perfectamente en tiempo de David y de Salomón, donde se escribe que los hijos de Israel estaban tan multiplicados como las arenas de la mar (3). Pero después que se multiplicaron los pecados, se diminuyó el número de los hombres, como se lo había profetizado Moisén, diciendo que si ellos quebrantasen la ley de Dios, los castigaría él con enfermedades y plagas hasta destruirlos, y que quedarían pocos en número los que primero estaban multiplicados como las estrellas del cielo (4). Lo mismo testificaron aquellos tres sanctos mancebos que mandó Nabucodonosor echar en el horno de fuego, los cuales estando en medio de las llamas, hacían oración á Dios por su pueblo, alegándole que él había prometido al patriarca Abrahán que multiplicaría sus hijos como las estrellas del cielo y como el arena que está á la orilla de la mar. Porque, Señor, estamos diminuídos y apocados más que todas las gentes, y somos abatidos y humillados por nuestros pecados (5). Finalmente llegó á tanto esta diminución del pueblo, que no llegaron á cincuenta mil personas las que volvieron del captiverio de Babilonia á reedificar á Hierusalem. Pues en este ejemplo vemos cómo Dios cumplió su pro-

(1) Genes. 22. (2) II Reg. 17. (3) III Reg. 4. (4) Deut. 28. (5) Daniel 3.

mesa multiplicando aquel pueblo en los tiempos susodichos, mas después que entrevinieron pecados, vino en esta tan gran diminuición como les estaba profetizado.

Pues lo mismo decimos del reino de Cristo, el cual por singular virtud y providencia de Dios, en medio de la tempestad de las persecuciones se iba de cada vez acrecentando y extendiendo por todo el mundo, como parece claro por los Martirologios, donde leemos que en todas las naciones hubo mártires sanctísimos hasta el tiempo del emperador Constantino, y así se acabó de hinchir la tierra del conoscimiento de Cristo. De lo cual hallamos agora no pequeños indicios en las tierras de los infieles. Mas después que faltaron las persecuciones (con que los fieles andaban armados y apercebidos contra la furia de los tiranos) y cresció la prosperidad, y con ella la ambición, y la invidia, y las delicias, y el avaricia, raíz de todos los pecados, cresciendo los vicios, se fué diminuyendo la fe, porque éste es el principal azote con que Dios los castiga, como él mismo lo amenaza en el Apocalipsi, avisando á sus iglesias que se emienden y hagan penitencia, so pena que vendrá contra ellas, y les mudará el candelero de su lugar (1). Este candelero es la lumbre de la fe, la cual permite nuestro Señor por su justo juicio que pierdan los que no se aprovechan della. De esta manera en el Evangelio mandó quitar la moneda al que la tenía atada en un trapo, sin granjear con ella (2). Y esto es lo que el mismo Señor dice en el Evangelio (3): Al que tiene, darle han, y al que no tiene, eso que paresce tener (que es la fe y esperanza muerta) le quitarán.

Dicen los teólogos que la fe, demás de ser hábito especulativo (que nos inclina á creer los misterios divinos) es también práctico, porque nos inclina á obrar conforme á lo que nos manda creer. Por dónde, si el hombre resiste siempre á lo que esta celestial lumbre le enseña, permite Dios que venga del todo á perdella. Así dicen que el caballo (que naturalmente es inclinado á correr) viene á mancarse si está mucho tiempo en la caballeriza sin hacer este oficio. Y por esto manda S. Pablo á su discípulo Timoteo que junte con la fe buena consciencia, porque los que esto no hicieron, vinieron á perder esa fe (4). Lo cual vemos por experiencia en estos tristes tiempos, donde en aquellas naciones en

(1) Apoc. 2. (2) Luc. 19. (3) Ibidem. (4) I Tim. 1.

que mucha parte de la gente era dada al vicio de comer y beber (haciendo dios á su vientre) permitió él que viniese á perderse la fe, y abrazar una herejía tan favorable á los apetitos de la carne como la de Mahoma. Pues por esta causa ha permitido nuestro Señor que viniese á estrecharse la fe, que antes estaba tan extendida y dilatada por todo el mundo, porque donde falta la buena consciencia y sobran todos los vicios, permite nuestro Señor que venga por tiempo á faltar la fe.

Y que esto había de ser así, lo tenemos mucho antes profetizado, como lo escribe el Apóstol á su discípulo Timoteo por estas palabras (1): Has de saber que en los postreros días sucederán tiempos peligrosos, porque vendrán á ser los hombres muy amigos de sí mismos, cobdiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin afección, sin paz, malsines, deshonestos, crueles, ajenos de toda benignidad, traidores, protervos, hinchados y más amigos de los deleites que de Dios, mostrando en lo de fuera una imagen y aparencia de religión, estando muy ajenos della. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Y lo que de aquí se sigue, declara él mismo en otra carta al mismo discípulo por estas palabras (2): El Espíritu Sancto claramente dice que en los postreros días se apartarán algunos de la fe, dando crédito á los espíritus de errores y doctrinas de los demonios, predicando mentiras con hipocresía y aparencia de sanctidad. En las cuales palabras declaró el Apóstol la condición de los herejes de nuestros tiempos, los cuales trayendo siempre en la boca Cristo y Evangelio y espíritu, destruyen las sagradas cerimonias y el ejercicio de las buenas obras y de los ayunos y de toda virtud. Con este mismo dicho del Apóstol contesta el testimonio del Salvador, el cual dice que en los postreros días, porque abundará la maldad, se resfriará la caridad de muchos (3).

Ésta es pues la condición general de todas las cosas humanas, que por muy empinadas que estén, siempre vayan en declinación y nunca permanezcan en un ser, y que así ruede como ruedan los mismos cielos, á quien las cosas temporales están subjectas. ¿Quién pensara que la monarquía de los asirios y de los persas y de los romanos había de caer? Pues ya vemos que en nuestros

(1) II Tim. 3. (2) I Tim. 4. (3) Matth. 24.

tiempos no nos quedan más que los nombres dellas. Ésta es (dice Cipriano) la sentencia que está dada contra el mundo, ésta la ley que por Dios le está puesta, que todas las cosas que nacen, mueran, y después que hayan nascido, tengan su vejez, y que las cosas grandes se diminuyan, y las fuertes se enflaquezcan, para que después de diminuídas y enflaquecidas, fenezcan. Y pues debajo de esta ley y condición corren todas las cosas humanas, no habemos de eximir della cosa que corra por mano de los hombres. Aunque con esto es verdad que la fe y la Iglesia y el reino de Cristo, aunque esté agora estrechado, nunca faltará, porque así nos lo tiene prometido el que lo fundó.

Ni deja este soberano Juez de usar deste castigo por ver que desta manera se diminuye el número de los fieles y el culto divino que se le debe. Porque no tuvo él un tiempo más que un solo pueblo que le honrase, y un templo y un altar donde se le ofreciesen sacrificios, y cuando entrevinieron pecados, desechó su altar, y maldijo el lugar de su sanctificación, como lo llora Hieremías (1), y así se quedó sin pueblo, sin templo y sin altar en todo el mundo. Y así lo lamentaban aquellos tres sanctos mozos echados en el horno de Babilonia (2), de que arriba hicimos mención, los cuales en su oración decían que no tenían en aquel tiempo príncipe, ni profeta, ni sacrificios, ni lugar para ofrecer á Dios primicias para alcanzar su misericordia.

Pues ¿qué diré de los diez tribus de Israel, que habiéndolos Dios sacado de Egipto con tan grandes maravillas, y dádoles la tierra prometida, después que se entregaron al servicio de los ídolos y de los vicios, los desamparó y quitó la tierra que les había dado, y hizo que fuesen llevados captivos y esparcidos por todas las naciones del mundo? Pero mayor maravilla es haber anegado todo el mundo con las aguas del diluvio, después que en él se multiplicaron los pecados. Siendo pues éste el estilo perpetuo de la divina Justicia, no nos debemos espantar que habiéndose multiplicado tanto los pecados, se haya diminuído tanto el número de los fieles.

Y allende desto se debe considerar que cuando la Escritura dice que el reino del Mesías se extenderá por todo el mundo, y que todos los fines de la tierra se convertirán al Señor, no se ha

---

(1) Thren. 2. (2) Dan. 3.

de entender esta universidad como la entienden los lógicos, sino como la entienden comúnmente los hombres. Porque la sancta Escriptura habla conforme al común lenguaje que se usa. Basta para el cumplimiento de esta profecía que Cristo nuestro Salvador fué predicado, conoscido y adorado en todas las naciones del mundo, aunque entre los fieles hubiese algunos infieles y idólatras, que poco á poco se iban consumiendo y desengañando. Y ser esto así, nos consta por todas las historias eclesiásticas y profanas y por los libros que llaman Martirologios (como arriba dijimos) donde se ve que en todas las provincias y naciones del mundo hubo mártires gloriosísimos, y con esto necesariamente había de haber hombres sanctísimos, porque tales era menester que fuesen los que tenían espíritu y fuerzas para padescer tan extraños tormentos con que los tiranos los martirizaban. Y esto basta para salvar la verdad de aquellas promesas, en las cuales se nos declara que el reino de Dios (que estaba estrechado en solo aquel rincón de Judea) se había de extender por todas las naciones del mundo.

HÁCESE AQUÍ COMPARACIÓN
DE LOS DOS PUEBLOS DE LOS FIELES, JUDÍOS Y GENTILES

CAPÍTULO VI

Otra queja se propone en esta materia, que es haberse preferido el pueblo de los gentiles al de los judíos, siendo ellos el primer pueblo que Dios escogió, y á quien se dieron las sanctas Escripturas y las promesas de Cristo. A esto brevemente respondemos que á ellos vino el Salvador en su propria persona, predicando y obrando las maravillas que obró en la tierra, y mandando á sus discípulos que por aquel tiempo no fuesen á predicar á las ciudades de los samaritanos y gentiles, sino á las ovejas que perescieron de la casa de Israel (1). Dellos también tomó el Espíritu Sancto los ministros que predicaron y fundaron la fe en el mundo. Y cuando el Salvador, después de resuscitado, declaró á los discípulos por testimonio de las Escripturas que Cristo había de padescer y resuscitar, concluyó la plática diciendo: Así está escripto, y así convenía que Cristo padesciese y resuscitase, y que se predicase en el mundo penitencia y perdón de pecados en su nombre, comenzando dende Hierusalem. En las cuales palabras se ve el cuidado que el Salvador tuvo de este pueblo, pues expresamente mandó que de allí se comenzase á predicar la buena nueva del Evangelio. Y conforme á este mandamiento comenzaron á hacer este oficio los Apóstoles en esta ciudad. La cual señaladamente tomaron á cargo Sant Pedro y Sant Juan, concertándose con Sant Pablo y S. Bernabé, para que ellos predicasen en la gentilidad, y Sant Pedro y Sant Juan (que eran las columnas de la Iglesia) predicasen en Judea (2). En la cual fundaron una iglesia de tan grande sanctidad, que fué ejemplo de virtud y paciencia á todas las otras iglesias del mundo. Y así alabando Sant Pablo la fe y sanctidad de los moradores de Tesalónica, les dice: Vosotros, hermanos, habéis sido imitado-

(1) Matth. 10. (2) Galat. 2.

res de las iglesias de Dios que están en Judea, porque las mismas persecuciones habéis padescido de vuestros naturales, que ellos de los suyos.

Esta iglesia perseveró mucho tiempo en la sinceridad de la fe, tanto que cuenta Eusebio catorce sucesiones de obispos religiosísimos de la misma nación, que con gran prudencia y ejemplo de vida la gobernaron, aunque después con diversas guerras y alborotos y levantamientos se alteró el estado de las cosas, como acaece en todos los negocios humanos, que nunca permanecen en un mismo ser. Así que según esto no puede negar esta gente no haber sido participante de la gracia del Evangelio, pues ella fué la que primero recibió las primicias de la gracia, y en ella mandó el Salvador que primero que en todas las otras naciones se predicase su Evangelio.

Mas que le haya sido preferido el pueblo de los gentiles (aunque no sea lícito á los gusanillos de la tierra tratar de la alteza de los juicios de Dios) todavía no falta qué responder á esto. Y lo primero que decimos, es ser incomprehensibles los juicios de Dios, como el Apóstol dice (1), y ser como dice David (2), un profundísimo abismo que no se puede apear. Esta elección y preeminencia fué figurada en la bendición que se dió al patriarca Jacob, que era el hijo menor, y se quitó á Esaú, que era el mayor (3). De lo cual se espantó tanto Isaac, padre de ambos, que lo significó la Escriptura por estas palabras: Espantóse Isaac con un grande espanto sobre todo lo que se puede creer, y maravillado desta mudanza, dijo: ¿Quién es aquél que entró primero que tú, el cual recibió mi bendición, y comprehenderle ha? Esto pues figura fué de lo que aquí decimos, conviene á saber, que de dos hijos que Dios en este mundo había de tener, que son dos pueblos, uno de judíos y otro de gentiles, el mayor, que era el de los judíos, había de hacerse menor, y el menor mayor. Lo cual representó el mismo Dios á la madre de ambos, como lo representó al padre. Porque viendo ella que estos dos niños peleaban en su vientre, fué á consultar con Dios este misterio, y él le respondió (4): Dos gentes y dos pueblos están en tu vientre, y el un pueblo vencerá al otro, y el mayor servirá al menor. Lo cual también es figura de lo que está dicho. Y para que más nos maravillemos, esta aprobación y

(1) Rom. 11. (2) Psalm. 35. (3) Genes. 27 (4) Genes. 25.

reprobación de los dos hermanos, como el Apóstol encarece (1), fué hecha antes que ellos naciesen ni hubiesen hecho bien ó mal (por do meresciesen ser aprobados ó reprobados) sino por sola la profundidad de los juicios de Dios, que deben ser adorados y no escudriñados, pues no pueden ser injustos, aunque sean ocultos. Así que esta profundidad de los juicios de Dios es una causa desta permutación y elección que habemos dicho.

Otra causa es el pecado cometido en la muerte del Salvador, por el cual la parte que no le ha querido recebir, anda derramada y aviltada por todo el mundo, padesciendo la pena que el mismo pueblo tomó sobre sí, cuando dijo (2): Su sangre cargue sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Para lo cual nos conviene mucho notar que aunque nuestro Señor en las Escripturas sanctas unas veces tome nombre de padre, y otras de esposo ó marido (porque ambos nombres y oficios le convienen) pero en cierta manera más le pertenece nombre de marido ó esposo que de padre. Porque el padre (aunque el hijo sea tan perverso como lo fué Absalón para con David) todavía el padre se acuerda que es padre, y no quiere la muerte del hijo: mas el marido, si la mujer es adúltera y mala, luego pierde el amor que le tenía, de tal manera que la mayor de las amistades se convierte en la mayor de las enemistades. Por dónde no es de maravillar que habiendo entrevenido el pecado susodicho en la muerte de Cristo, haya Dios usado con su esposa la sinagoga deste castigo, y puéstola en lugar más bajo, y á la gentilidad en más alto.

Lo cual también se representó en las bendiciones que el patriarca Jacob dió á sus hijos (3). Porque á Rubén (que era el primero de todos, el cual como primogénito había de ser mayor en los dones y en el imperio, y así le había de caber la dignidad de rey ó de sumo sacerdote) díjole el padre que ninguna destas honras se le ha de dar, por el pecado que había cometido en amancillar la cama de su padre. Siendo pues esto conforme á las leyes de la divina justicia, no nos debemos espantar que haga Dios con los pueblos lo que hace con las personas particulares, cuando se atraviesan los pecados, por los cuales las leyes de la divina justicia causan todas estas mudanzas. Así vemos aquel primer ángel que cayó, el cual (según la opinión de S. Gregorio)

---

(1) Rom. 9. (2) Matth. 27. (3) Genes. 49.

era la más alta de todas las criaturas, haberse hecho por su soberbia la más baja y abominable de todas, y la mujer (que en la orden de las criaturas racionales, por la parte que es mujer, está en el lugar más bajo) haber sido por su profundísima humildad colocada en el lugar más alto de todo lo criado, al lado de su unigénito Hijo. Pues según esto, donde viéremos que entrevienen pecados, no nos maravillemos que haya mudanzas conformes á lo que merecen las culpas, pues éstas (como dijimos) bastaron para destruir el mundo con las aguas del diluvio, y para hacer demonios á los que primero eran ángeles.

Allende lo dicho, para consolación de los que se ven humillados, alegaremos también aquella profecía de Esaías, el cual hablando con la gentilidad, dice (1): Alégrate, estéril que no parías, y salta de placer y alaba á Dios la que no tenías dolores de parto, porque más serán los hijos de la estéril que los de la que tiene marido. Pues ¿qué significa esto? No es dificultoso de entender, porque la estéril que no paría, es la gentilidad, que no paría hijos espirituales, que eran hombres fieles y sanctos. Mas la que tenía marido, era la sinagoga, cuyo marido y esposo era Dios, como él muchas veces se llama en las sanctas Escripturas. Quiere pues decir aquí el Profeta que será mayor el número de los fieles que se convertirán de la gentilidad, que los del judaísmo. Pues siendo esto así, y siendo este pueblo mayor en número, ¿de qué nos maravillamos que sea mayor en dignidad? Porque ordinariamente á la mayor parte se da el mayor lugar.

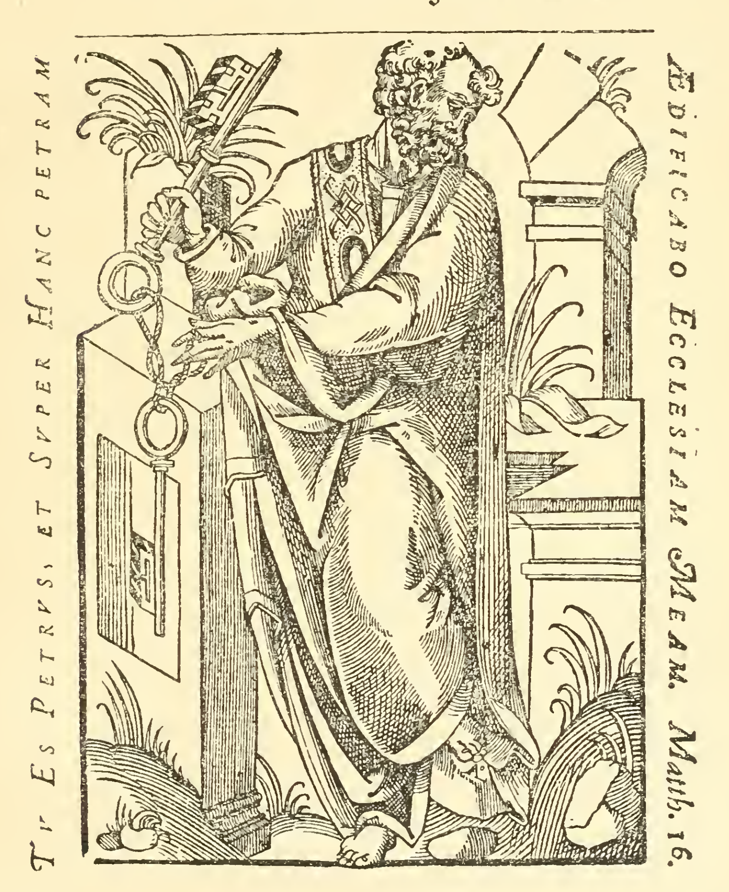
(1) Esai. 54.

FIN DE LA CUARTA PARTE

BREVE TRATADO EN QVE SE DECLARA

de la manera que se podra proponer la Doctrina de nuestra sancta Fe, y religion Christiana, a los nueuos fieles.

ORDENADO POR EL PADRE FRAY LVYS DE GRANADA.



En casa de Cornelio Bonardo,

Año. 1588.

AL CRISTIANO LECTOR

QUIEN atentamente considerare la cualidad de los tiempos en que agora vivimos, verá cumplida la profecía de David, el cual dice que vendrá tiempo en que las tierras fértiles y llenas de ríos y fuentes de aguas se habían de volver en páramos y sequedales, y por el contrario, que en estos sequedales y tierras estériles habían de nascer ríos y fuentes de aguas, con que se habían de hacer tierras fértiles y fructuosas (1). Esta profecía se cumplió, cuando la tierra de Judea, en la cual estaba el culto y veneración de Dios, que daba fructo de buenas obras, se hizo tierra yerma y estéril por el pecado de su incredulidad, y por el contrario, la gentilidad, que era estéril de buenas obras, se hizo fértil y fructuosa por medio de la fe. Con cuya conversión se templó el dolor que mostró el Salvador, cuando lloró sobre la ciudad de Hierusalem, viendo el azote que le estaba aparejado. Lo cual figuró el Espíritu Sancto en el casamiento del patriarca Isaac con su esposa Rebeca, á la cual amó con tan grande amor, que (según dice la Escriptura) con él templó el dolor que tenía, de la muerte de su madre Sarra. Pues así nuestro verdadero Isaac Cristo, hijo de la Sinagoga según la carne (cuya muerte espiritual lloró y sintió más que su propria muerte) templó este dolor con la nueva esposa con que se desposó, que fué la Iglesia de la gentilidad.

Digo pues que esta misma profecía vemos también cumplirse en nuestros días, cuando Alemaña é Inglaterra, donde corrían tantas fuentes de aguas de gracia y de sabiduría, se han hecho estériles é infructuosas con sus herejías, y en este tiempo, cuando la fe por esta parte se iba estrechando, se fué por otra dilatando por las tierras de Oriente y Occidente y por estos nuevos mundos que en nuestros días se han descubierto. Y así se cumple agora en estas naciones que se han depravado, el casti-

(1) Psalm. 106.

go que el Salvador denunció á los fariseos, diciendo: Quitarseos ha el reino de Dios, y darse ha á gente que fructifique con él.

Y como para aquella conversión de la gentilidad tomó Nuestro Señor por ministros á los Apóstoles y á los varones Apostólicos y Evangélicos, así despierta agora nuevos espíritus de sanctos Religiosos Franciscos, Augustinos y Dominicos, los cuales movidos con celo de la gloria de Dios y de la salvación de las ánimas, se ofrecen á los peligros de la mar, y trabajos de las tierras de bárbaros no conocidas, por esta causa, haciendo el oficio de aquellas nubes que el profeta Esaías vió ir volando (1) y llevando consigo el agua de la gracia y de la doctrina, para regar con ella las tierras estériles y secas de la gentilidad, para que así den fructos de vida eterna. Muchos de los cuales han honrado y glorificado su ministerio con la sangre que por él han derramado.

Mas porque la mies es copiosísima, y todas las naciones de gentiles están dando voces y pidiendo cristiandad, y para desmontar tantas breñas como hay en ellas, eran necesarios más obreros, la divina Providencia (que nunca falta en las cosas necesarias) ofrecida esta ocasión, determinó multiplicar los obreros, y así, demás de los Padres susodichos de las Órdenes Mendicantes, crió otra nueva religión de los Padres de la Compañía de Jesú, los cuales descocupados de todos los otros ejercicios que este ministerio les pudieran impedir, todo su estudio y trabajos emplean en el negocio de la salvación de las ánimas, no sólo en las tierras cultivadas de los fieles, sino también en las incultas de los herejes y infieles, navegando hasta el cabo del mundo, y esto con tanto fructo, que ya tienen ofrecidas las primicias de sus trabajos á los pies del Vicario de Cristo. Y á ellos otrosí como fieles obreros ha honrado nuestro Señor con haber derramado su sangre por él, no sólo entre los infieles, sino también entre los herejes de nuestros tiempos.

Pues viendo yo que en esta edad se abren tantas puertas entre los gentiles para la dilatación de la fe, por que me cupiese alguna partecilla en esta obra de tanto merecimiento, quise al fin de este libro servir con mi cornadillo, escribiendo este breve tratado, en que se declara el modo que se podrá tener en ense-

(1) Esai. 60.

ñar y persuadir nuestra sancta fe á los infieles, aunque acometí esto no sin alguna confusión y vergüenza mía, porque me vino á la memoria el poco caso ó escarnio que hizo aquel famoso capitán Aníbal de un gran filósofo, el cual no habiéndose hallado en alguna guerra, presumió tratar del arte militar delante de un capitán que tantos años había peleado con el pueblo romano, vencedor del mundo, teniendo por loco á quien sin experiencia de la guerra trataba della ante un capitán tan experimentado. Digo esto, porque estando yo arrinconado en una celda, quiero enseñar de la manera que se podrán proponer los misterios de nuestra fe á los que traen las manos en la masa, y á quien la divina gracia habrá enseñado lo que la especulación sola sin experiencia no alcanza. Mas con todo eso tomé atrevimiento para lo dicho, porque en nuestra Introducción del Símbolo y en este Sumario della se trata de los principales misterios de nuestra fe, que han de ser explicados á los catecúmenos ó á los infieles. Y á mí pertenecía apuntar los lugares donde estos misterios están escritos, para que de ahí tome el prudente maestro lo que sirviere para su propósito y fuere más acomodado á la capacidad del que ha de ser enseñado. Por tanto, nadie espere aquí de mí nuevas razones ó sentencias, porque este tratadillo no es para eso, sino antes es uno como reportorio de los lugares adonde se escriben las materias de lo que se ha de enseñar. Por lo cual será necesario que el prudente maestro esté visto en estos dos libros, á donde me refiero, ó á lo menos en este Sumario. Servirá también esta mi diligencia para despertar los ingenios de los que tienen experiencia deste oficio, para que añadan á esta escriptura lo que la experiencia y el Espíritu Sancto les hubiere enseñado, que es el verdadero maestro de esta doctrina.

BREVE TRATADO

EN EL CUAL SE DECLARA

DE LA MANERA QUE SE PODRÁ PROPONER LA FE

Á LOS INFIELES

QUE DESEAN CONVERTIRSE Á ELLA

CAPÍTULO I

EN QUE SE EXPLICA EL INTENTO Y PROPÓSITO DE ESTE TRATADO

Porque en las Indias Orientales hay algunos reyes gentiles que desean abrazar nuestra sancta fe y religión, parecióme proponer aquí alguna forma cómo esto se pueda más cómodamente hacer. De lo cual S. Augustín en el cuarto tomo de sus obras hizo un tratado (1), de donde podrán tomar los Padres que en este piadoso oficio entienden, lo que mejor les pareciere. Y porque los gentiles antes de su conversión no dan crédito á las sanctas Escripturas, sino á la razón (que es una lumbre natural que Dios infundió en nuestros entendimientos, la cual á ningún hombre falta) por esta vía deben á los principios proceder, por ser más fácil. Para lo cual les podrá servir nuestro Sumario del Símbolo de la Fe, que por la mayor parte procede por esta vía, declarando y confirmando los principales misterios de nuestra fe por la conveniencia que la razón humana tiene con ellos. Aunque mucho más podrán servir para esto algunos capí-

(1) Opus de Cathech. rudibus.

tulos del libro, cuyo es este Sumario, los cuales apuntaremos aquí en sus lugares. Para lo cual conviene que el que tiene este oficio á cargo, esté resoluto en esta doctrina, para que tome della lo que más hiciere á su propósito.

Mas ante todas las cosas debe él poner ante los ojos el fruto y merecimiento desta obra, la cual es tan grande, que con ningún género de palabras se puede explicar, pues nos consta que (como dice S. Gregorio) no hay sacrificio más acepto á Dios que la conversión de las ánimas, cuanto más siguiéndose de aquí la dilatación de la fe, de la cual se sigue la salvación de otras muchas ánimas.

Y sepa cierto que al que en esto entiende, no han de faltar grandes contradiciones y persecuciones, porque en ninguna cosa se aprovecha el demonio más de sus fuerzas y artes, que en ésta, viendo que le quieren privar de su reino y silla, que tiene tiranizada de muchos años. Mas confíe en el Señor (cuya es esta obra) y pida con gemidos y oraciones entrañables su ayuda, y sepa cierto que haciéndolo así, no le faltará el favor de aquel Señor que á pesar de los monarcas del mundo y de los mismos demonios y poderes infernales fundó su Iglesia y destruyó la idolatría. No falte perseverancia y confianza, porque nunca faltará la protección divina. Porque pues él desea que todos los hombres se salven y vengan al conoscimiento de la verdad (1), y él mismo dice que tiene otras ovejas que no son de su manada, y que á él conviene traerlas á ella, para que así venga á hacerse un corral y un pastor (2), no negará su favor y ayuda para la obra que él tiene determinada.

Mas así como esta obra es de grande ulilidad, así no es de menor dificultad. Porque persuadir á los infieles el misterio de la Sanctísima Trinidad, y de la encarnación y pasión del Hijo de Dios, y del Sanctísimo Sacramento del altar, ya se ve cuánta dificultad hay en este negocio, y cuánta necesidad tiene del socorro de las oraciones continuas quien entiende en él. Por dónde los que por esta vía se convierten á la fe, más se pueden llamar hijos de lágrimas y de oraciones, que de palabras y sermones, como lo fué Sant Augustín de las lágrimas de Sancta Mónica su madre.

(1) I Tim. 2. (2) Joan. 10.

Y por razón de la dificultad que estos misterios tienen, no conviene luego proponerlos, hasta que el hombre esté más asentado y fundado en lo que pertenece á la doctrina moral. Y porque algunos de los señores gentiles quieren que se les proponga la suma de la fe en pocas palabras, y otros quieren ser enseñados en toda nuestra doctrina, lo uno y lo otro propondremos aquí, cuanto por el Señor nos fuere concedido. Pues habiendo de proponer la suma de nuestra fe en breve, se podrá usar del principio siguiente.

CÓMO SE PODRÁ PROPONER LA SUMA DE NUESTRA FE EN POCAS PALABRAS

CAPÍTULO II

El principal cuidado que debe tener todo hombre de entendimiento y razón, ha de ser de conoscer á Dios su criador, y saber de la manera que lo ha de servir y honrar. Á lo cual nos inclina la misma naturaleza. Porque así como ella imprimió en los corazones de los hijos un natural amor y reverencia para con sus padres, así también imprimió en el de todos los hombres una reverencia y amor para con Dios, que es padre de los padres, y señor y gobernador universal de todo este mundo, y dador de todos los bienes con que se sustenta nuestra vida. Y de aquí es que por maravilla se hallará en el mundo nación tan bárbara y tan fiera, que aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, y cómo haya de ser honrado, que no tenga alguna noticia dél, y no le honre con alguna ceremonia, aunque yerre en lo uno y en lo otro.

Pues como sea cosa tan natural y tan debida servir, amar y honrar á Dios, es necesario saber de la manera que él quiere ser legítimamente honrado y venerado. Porque hay muchas sectas en el mundo, con que los hombres ignorantes pretenden honrar á Dios, de las cuales unas son supersticiosas, otras vanas, otras deshonestas, otras crueles y sangrientas, en que se derrama sangre humana: las cuales todas son indignas de la majestad y bondad de Dios, pues á él ninguna cosa agrada sino la virtud y sanctidad, y ninguna desagrada sino el pecado y la maldad.

Pues según esto, el principio y fundamento de la Religión cristiana (dejados por agora los otros misterios aparte) consiste en tres cosas principales. Entre las cuales la primera y más principal es confesar que como hay un solo mundo, así hay un solo Dios, que lo crió y lo gobierna con su providencia. Asímismo conviene confesar que Dios es una cosa tan grande y tan perfecta, que ni hay en el mundo otra mayor, ni se puede imaginar otra mayor, y que en él están todas las perfecciones y grandezas que

el entendimiento humano puede comprehender, con otras infinitas que no alcanza. Y así confesamos que en él hay sabiduría infinita, poder infinito, bondad infinita, hermosura infinita, justicia y sanctidad infinita y riquezas y grandezas infinitas. Y entre estas perfecciones suyas, de la que él más se precia, y por la cual quiere ser más alabado y glorificado, es la bondad y sanctidad. Y así aquellos espíritus soberanos que en el cielo asisten delante dél, perpetuamente lo están alabando, diciendo: Sancto, Sancto, Sancto es el Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de su gloria, que es, de las obras maravillosas de su sabiduría. Y como él tanto se precia de la bondad y sanctidad, de aquí nasce ser sumamente amigo de los buenos, y sumamente enemigo y aborrescedor de los malos, en cuanto malos. Ésta es pues la primera parte de la verdadera Religión, con que Dios ha de ser venerado, que es sentir alta y magníficamente de sus grandezas, confesando que en él están todas las perfecciones en sumo grado de perfección y sin alguna imperfección.

Después de esto, la segunda cosa que él nos pide, es que vivamos conforme á la lumbre natural de la razón, que él infundió en nuestros corazones. Porque ésta sin maestro alguno nos declara cuál es lo bueno, y cuál lo malo, y nos dice que debemos seguir lo uno, y aborrescer lo otro. Porque como Dios imprimió un instincto natural en la oveja, y en cualquier otro animal, con el cual conosce cuál es la yerba buena, y cuál la mala y ponzoñosa, y la inclina á comer de la una, y dejar la otra, así él mismo infundió esta lumbre en nuestros corazones, que nos declara cuál sea lo bueno, y cuál lo malo y ponzoñoso, y nos mueve á procurar lo uno, y huir lo otro.

Pues esta lumbre nos enseña que habemos de amar á Dios sobre todas las cosas, y á los otros hombres como á nosotros mismos. Y conforme á esto nos dice que lo que queremos para nosotros, queramos para ellos, y lo que no queremos para nosotros, no lo queramos para ellos. Esta misma lumbre natural nos declara cuáles sean las obras malas y ponzoñosas que matan nuestras ánimas, las cuales son, hurtar, adulterar, infamar, injuriar, matar, mentir, engañar, jurar el nombre de Dios en vano, y (lo que es peor) blasfemarlo. Asimismo nos enseña cuáles sean las buenas y saludables obras que dan vida á las mismas ánimas,

como son honrar á Dios, y honrar también después de Dios á sus ministros y sacerdotes, y á nuestros padres, y á nuestros príncipes y señores, y á nuestros bienhechores, y socorrer y hacer el bien que pudiéremos á los pobres y necesitados.

Todo esto nos enseña la ley natural, que es la lumbre que el Criador infundió en nuestros corazones para enseñarnos á bien vivir y para que nadie (si fuese malo) pudiese alegar ignorancia, pues dentro de sí tiene el maestro que todo esto le declara. Y aunque sean muchas las cosas que Dios, mediante esta lumbre, nos manda, pero todas ellas se resumen en dos mandamientos, que son, amar á Dios sobre todas las cosas, y á nuestros prójimos como á nosotros mismos.

Á estas dos cosas susodichas (en que consiste la suma de la Religión cristiana) se añade otra, que sirve para la guarda déstos. La cual es creer que Dios tiene cuenta con las vidas y obras de los hombres, para dar á cada uno según su merecido, á los malos castigo y pena, y á los buenos gloria perdurable. Porque como él sea sumamente bueno y sancto, y ésta sea (según dijimos) la perfección de que él más se precia, síguese que él ha de ser sumamente amigo de los buenos, y sumamente enemigo de los malos, y así dará á cada uno su pago, conforme á la vida que hubiere vivido. De lo cual se trata en el capítulo que se sigue.

Y de aquí se infiere la inmortalidad de las ánimas, para que en ellas se ejecuten las leyes de la divina Justicia, porque de otra manera no se podrían salvar. Esta doctrina pertenece á la divina Providencia, que tiene cuenta con los buenos y con los malos, de la cual se trata copiosamente en la primera parte de nuestra Introducción del Símbolo, en el capítulo treinta y seis, de donde podrá el maestro tomar lo que le pareciere necesario.

Mas volviendo al propósito, qué tan grande sea la gloria que en la otra vida se dará á los buenos, no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Porque si en este mundo (donde tantas ofensas se hacen á Dios) crió él cosas tan hermosas y tan vistosas, como es la verdura de los campos, la frescura de las arboledas, la hermosura de las flores y de las aves, de las fuentes, del oro, de la plata, de las piedras preciosas, y sobre todo la hermosura de los cielos, del sol, de la luna y de tan grande número de resplandescientes estrellas, ¿qué tendrá allá de esotra banda del cielo, donde él mora, para gloria de sus escogidos?

Pues si la divina magnificencia tales cosas da aun á los viciosos, ¿cuáles tendrá guardadas para los virtuosos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿cuánto mayores dará á quien los hubiere merecido? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿cuánto más será en pagar los servicios? No se puede comprehender la gloria que dará á los agradescidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

Mas la grandeza del castigo y pena que él tiene aparejada para los malos (que son los quebrantadores de esta ley natural, que está dicha) tampoco se puede explicar con palabras. Porque como Dios sea sumamente bueno, como tiene sumo amor á los buenos, así tiene sumo aborrescimiento á los perversos y malos. Por dónde como es incomprehensible la gloria que tiene aparejada para los unos, así lo es también la pena que tiene deputada para los otros. Lo uno y lo otro declara S. Augustín por estas palabras: Como ningún gozo desta vida puede igualarse con el gozo de los buenos en la gloria, así ninguna pena hay tan grande en este mundo, que iguale con la que los malos padescen en el infierno. Porque en este malaventurado lugar hay fuego abrasador, frío intolerable, tinieblas palpables, hedor incomportable, gusano inmortal, blasfemias rabiosas, perpetuas maldiciones, visión de dragones y serpientes, y desesperación de todos los bienes. Y sobre todo esto hay allí muerte sin muerte, dolor sin remisión, arrepentimiento sin fructo, y penitencia sin esperanza de perdón.

§ I

Si sobre lo dicho quisiere el maestro tratar de la resurrección de los cuerpos y del día del juicio, puédelo continuar, diciendo así.

Demás de lo dicho confiesa la fe y religión cristiana la resurrección general de todos los cuerpos. Porque quiere aquel justísimo Juez que así como los buenos con cuerpos y ánimas trabajaron en el servicio de su Criador, ansí en ambos sean galardonados. Y como los malos también con ambas cosas le ofendieron, en ambas sean penitenciados, por que tenga el cuerpo su parte en la pena, pues la tuvo en la culpa, antes él por la mayor parte fué la causa della. Ni se puede decir que esto sea imposible á

Dios, porque el que de un poco de sangre de una mujer formó nuestro cuerpo en las entrañas de la madre, con todos los miembros y sentidos y órganos que tiene, también lo podrá volver á renovar del polvo y ceniza en que se resolvió, cuando quisiere. Y el que de una pepita de un naranjo crió un árbol, y de un piñoncillo un pino tan grande, y finalmente quien de nada crió este tan grande mundo, mucho más podrá de la tierra, en que el cuerpo muerto se convertió, volver á rehacerlo.

Pues el día señalado, en que todos estos cuerpos han de resuscitar, es el postrero del mundo, en el cual han de ser juzgados y sentenciados todos los hombres, conforme á sus obras. Mas antes de este día precederán grandes y espantosas señales, que denuncien el fin del mundo. Porque así como cuando el hombre (que se llama mundo menor) está para morir, comienzan á desfallecer y dar señal de la muerte vecina todos los miembros del cuerpo, levántase el pecho, acórtase el anhélito, yélanse las piernas, enronquécese la voz, afílansen las narices, escurécense los ojos, demúdase la color del rostro, y todos los otros miembros comienzan á sentir su fin, así cuando el mundo mayor (que es éste en que vivimos) después de cumplido el número de los escogidos que han de poblar el cielo, se haya de acabar, han de preceder señales y alteraciones grandes en todas las principales partes dél: esto es, en el cielo, en la tierra, en la mar, en el aire y en los mismos hombres, que son la principal parte dél. Entonces el sol se cubrirá de tinieblas, y la luna se teñirá de sangre, y las estrellas parecerá que caen del cielo, y el aire estará lleno de truenos y relámpagos temerosos, la mar dará horribles bramidos, que sonarán de muy lejos, y levantará sus olas tan alto, que parecerá haber de cubrir la tierra. Con las cuales cosas los hombres andarán como alienados y fuera de sí, transidos y descoloridos, por los grandes temores que destos pronósticos concibirán. Y antes desto arderá el mundo con disensiones y guerras, y habrá grandes temblores de tierra, y pestilencias, y hambres, y otras señales espantosas del cielo.

Estando pues el mundo en este estado, enviará el Juez soberano un arcángel, el cual con el sonido de una grande trompeta llamará á todos los hombres vivos y muertos, para que vengan á juicio. Y á este terrible sonido, por virtud de aquel omnipotente Señor que de nada crió este tan grande mundo, resuscitarán

todos los hombres que son, fueron y serán, y todos se juntarán en el lugar que para esto la divina Justicia señalará: donde estarán todos desnudos é iguales, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes: y los Reyes potentísimos se hallarán allí tan solos, cuanto aquí estuvieron acompañados, y tan humildes cuanto aquí estuvieron ensalzados, y tan pobres cuanto aquí estuvieron ricos y poderosos. Todos ellos estarán allí temblando y esperando la suerte que les ha de caber. Entonces descenderá del cielo el Hijo de Dios con gran poder y majestad, acompañado de todos aquellos espíritus soberanos, para juzgar el mundo y dar á cada uno su merecido, según la vida que vivió.

Lo cual todo por virtud de Dios se hará en muy breve espacio. Y á los buenos dirá: Venid, benditos de mi Padre, &c. Y por el contrario, á los malos: Id, malditos, al fuego eterno, donde para siempre arderán en vivas llamas, despedidos de la compañía de Dios y de todos sus escogidos. Donde desearán la muerte, y la muerte huirá dellos. Y su oficio perpetuo será maldecir y blasfemar del cielo y de la tierra, y de los padres que los engendraron, y de la vida que vivieron, y de cuanto en este mundo mal gozaron.

Esta materia bien tratada sirve grandemente para atemorizar los corazones de los hombres. Porque tratándola el Apóstol ante el presidente Feliz (el cual, como gentil, no daba crédito á los misterios de nuestra fe) con todo eso dice la Escritura que se estremeció todo, por temor de lo que había oído al Apóstol desta materia (1). Y este temor dispone mucho los corazones para recibir la fe, que es principio para librar deste tan grande mal.

Ésta pues parece que será la manera que se podrá tener para declarar la suma de nuestra religión á los que quieren saberla.

(1) Act. 24.

DE LA MANERA EN QUE SE DEBEN PROPONER EN PARTICULAR LOS MISTERIOS DE NUESTRA FE Á LOS QUE PRETENDEMOS CATEQUIZAR, QUE ES INTRODUCIRLOS EN EL CONOCIMIENTO DELLA

CAPÍTULO III

En el capítulo pasado dijimos cómo se debe aparejar el buen maestro, cuando pretende atraer á los que han sido infieles, al conocimiento de los misterios de nuestra fe. Agora diremos cómo se debe aparejar el que la quiere recibir. Y primero debe ser preguntado qué es lo que le mueve á ser cristiano. Y si entendiere que es algún interese y provecho humano, débelo desengañar y decirle que no entra por la puerta que debe, para recebir la fe. Porque si á éste le mueven respectos, ó temores, ó intereses humanos, cuando ésos le faltaren, tan fácilmente desechará la fe como la recibió. Procure pues el maestro de rectificarle su intención, diciéndole que su intento sea servir y glorificar á Dios su Criador y Señor, y salvar su ánima, y librarla de las penas que han de padecer todos los malos.

Y porque el negocio de su salvación es el mayor de cuantos negocios hay en el mundo, conviene que se disponga para recebirlo con grande humildad, porque Dios es amigo de los humildes, y enemigo de los soberbios, que confían en sí mismos y en sus ingenios. Por tanto se debe humillar ante aquella soberana Majestad, y entender que dél le ha de venir la luz y el conoscimiento desta tan importante verdad. Porque así como todos los bienes y fructos de la tierra proceden del movimiento de los cielos, así entienda que todos los bienes espirituales del ánima también nos vienen de allá. Porque como sea mayor cosa el buen ser que el ser, si este ser natural y corporal nos viene de lo alto, mucho más ha de venir de ese lugar lo que pertenece al buen ser, que consiste en el conocimiento y amor de nuestro Criador. Y por esto debe el hombre (como está dicho) humillarse y pedirle esta luz, con que alcance el conocimiento de esta verdad.

Requiérese también de su parte que al principio esté dócil y crea lo que le dijeren. Porque (como dicen los filósofos) conviene que el que comienza á aprender, crea al maestro que le enseña, aunque por entonces no le dé la razón de las cosas, porque después, cuando más entrare en la sciencia, entenderá la razón dellas, por la dependencia que tienen unas de otras.

También es necesario que no quiera saber luego toda la doctrina de la fe junta, porque en ella hay muchas cosas que saber, y si él lo quisiere abarcar todo de una vez, confundirse ha con la muchedumbre de ellas. Y por tanto debe ir poco á poco procediendo á este conocimiento, porque ellas tienen tal dependencia y consecuencia entre sí, que las unas van dando luz á las otras. Y porque en esta doctrina hay unas cosas más claras, y otras menos claras, comenzaremos por las más claras y fáciles, y después procederemos á las demás.

CÓMO EN ESTE MUNDO HAY UN SOLO DIOS Y SEÑOR, Y QUE ES IMPOSIBLE HABER MUCHOS DIOSES, Y CÓMO ES NECESARIO QUE HAYA ALGUNA VERDADERA RELIGIÓN, CON QUE ÉL SEA SERVIDO Y HONRADO

CAPÍTULO IV

PRESUPUESTOS los avisos susodichos, comenzará el maestro á doctrinar su catecúmeno, siguiendo (si le pareciere) la orden de las partes de nuestro Sumario, y tomando dél lo que más hiciere á su propósito, como aquí le iremos apuntando. Y primeramenle le propondrá las tres sentencias y verdades siguientes.

La primera, que en este mundo hay un soberano rey y señor, que es Dios, el cual es la cosa más alta y más perfecta de cuantas el entendimiento humano puede comprehender, como en el capítulo precedente declaramos. Para prueba desto sirven las demonstraciones que al principio de la primera parte de nuestro Sumario pusimos, de las cuales escogerá el maestro las que le parecieren más acomodadas á la capacidad de su discípulo.

Y puesto caso que no se vea este soberano Señor con ojos corporales, no por eso deja él de ser el que es. Porque no hay cosa más cierta que tener nosotros ánima en nuestros cuerpos (pues por ella vivimos, y nos movemos, y sentimos, y sin ella todo esto falta) y con saber cierto que la tenemos, no por eso la vemos, por ser ella substancia espiritual é invisible, como es el mismo Dios, á cuya imagen fué ella criada: mas conocémosla por sus efectos, como conocemos que en este mundo hay un supremo gobernador por los efectos que vemos en él, tan acomodados á la conservación y sustentación de nuestra vida, aunque no lo veamos.

Lo segundo, conviene presuponer que este soberano Señor tiene providencia de todas las cosas criadas para conservarlas en sus naturalezas y encaminarlas á sus fines y á todo lo que conviene para su conservación. Porque primeramente él tiene providencia de todos los brutos animales, dándoles todas las ha-

bilidades é inclinaciones que sirven para su conservación, esto es, para buscar su mantenimiento, y para defenderse de los peligros, y para la cura de sus enfermedades, y para la criación de sus hijuelos, como más largamente está declarado en la primera parte deste Sumario.

La segunda verdad es que este soberano Señor tiene especial providencia de las cosas humanas. Porque primeramente la tiene de nuestros cuerpos, para los cuales singularmente crió muchas cosas, que no sirven para los otros animales, sino para solo el provecho y recreación del hombre, como más largamente queda declarado en la primera parte deste mismo Sumario, que trata de la divina Providencia. De dónde se infiere que si tiene providencia de los cuerpos, mucho más la tendrá de las ánimas. Porque como sea verdad que los cuerpos se criaron para servicio de las ánimas, si la tiene de los cuerpos, que son semejantes á las bestias, ¿cómo no la tendrá de las ánimas, que son hechas á su imagen y semejanza? Y si es verdad que el cuerpo es el esclavo, y el ánima la señora, ¿cómo ha de tener más cuidado del esclavo que de su señora?

Y si contra esto se alegaren los desconciertos y desórdenes de la vida humana, á esto se responde que es diferente la providencia que Dios tiene de los brutos, de la que tiene de los hombres. Porque la de los brutos es siempre de una manera, porque como ellos no tienen libre albedrío, no hay en ellos bien ni mal moral para ser merecedores de castigo ó de galardón. Mas en el hombre es lo contrario, porque como tiene este albedrío, puede usar bien y mal dél, ó guardando las leyes y mandamientos divinos, ó quebrantándolos. Y por tanto, la providencia que tiene de los hombres, es conforme al mérito ó demérito dellos, galardonando los buenos, y castigando los malos, á veces en este mundo, y después en el otro, conforme á las leyes de su justicia.

Porque cónstanos que lo que es un rey en su reino, es Dios en este gran reino del mundo, que él crió. Por dónde, si el buen rey guarda justicia en su reino, castigando los malos y honrando los buenos (porque de otra manera sería tirano) ¿cuánto más aquel Rey soberano (que es sumamente justo y perfecto en todas sus obras) guardará justicia en este su grande reino, galardonando los fieles y obedientes siervos, y castigando los rebeldes y desobedientes? Y porque esto no se hace siempre en esta vida (pues

vemos muchos buenos perseguidos y maltratados, y muchos malos por el contrario ricos y prosperados) síguese necesariamente que lo que no se hace en esta vida, se ha de hacer en la otra, para que así tenga lugar la divina Justicia. Y por esta razón alcanzaron algunos filósofos gentiles (como fué Plutarco) que nuestras ánimas eran inmortales, para que después de salidas del cuerpo, se ejecutasen en ellas las leyes de la divina Justicia. Por lo cual dice este filósofo que la divina Providencia y la inmortalidad de las ánimas andan juntas, y se concluye la una de la otra. Ésta es pués la mayor consolación y esfuerzo para bien obrar que tienen los buenos, saber que está su galardón cierto y seguro en Dios. Y éste es el mayor azote y tormento que padecen los malos, entender que hay Dios, que es justísimo juez, el cual ha de castigar sus torpezas y tiranías y maldades. Y por esto no querrían ellos (cuanto es de su parte) que hubiese Dios que los castigase, por pecar más á su salvo y con menos remordimiento de su consciencia.

§ I

Después desto enseñará el maestro que no hay más de un solo Dios, y que es imposible haber muchos dioses, por las razones que en la primera parte de nuestra Introducción apuntamos.

Y dejadas aparte otras, bastará al presente sola ésta: porque si hay (pongo por ejemplo) dos dioses diferentes entre sí, necesamente ha de tener el uno de ellos alguna cosa con que se diferencie del otro. Pregunto pues: ó esta cosa es perfección, ó imperfección. Si es imperfección, ya éste no será Dios, porque en Dios no cabe imperfección. Mas si fuere perfección, ya el que de ella carece, no será Dios, pues carece de esa perfección, porque Dios es una cosa sumamente perfecta, en el cual ninguna perfección ha de faltar.

Verdad es que aunque no hay muchos dioses, hay muchos ángeles, que son unos espíritus altísimos, potentísimos y nobilísimos, que asisten delante dél y le glorifican, y por cuyo ministerio mueve él los cielos, y gobierna este mundo. Mas éstos llámanse hijos adoptivos de Dios, mas no se llaman ni son dioses, porque este nombre de Dios es incomunicable, y á solo el Criador pertenece, y no á sus criaturas, por altísimas que sean. Y de

aquí se ocasionó el error de los gentiles, que creían haber muchos dioses, atribuyendo á las criaturas el nombre incomunicable del Criador.

Otras ocasiones hubo también para el mismo error, que fueron ser los hombres tan groseros, que no creían haber en el mundo otra cosa sino la que se percibía por los sentidos corporales, no mirando que el ánima que tienen dentro de sí, es una substancia nobilísima, la cual (como ya dijimos) por ninguno de los sentidos corporales se conoce. Y de aquí procedió que viendo estos hombres groseros la hermosura del sol y de la luna y de las estrellas, y el provecho que dellas recibían, les atribuían divinidad. Otros por lisonjear á sus reyes (mayormente si eran bien quistos) los hacían dioses. Otros por consolarse en las muertes de sus hijos muy queridos, los deificaban, y decían que estaban en el cielo hechos dioses, y con este engaño y con las fiestas y sacrificios que les hacían, se consolaban. Otros, por el grande amor que tenían á sí mismos, á cualquier cosa de que recibían algún notable provecho, atribuían divinidad: y así la atribuyeron á los que enseñaron á arar y estercolar los campos, y á los que inventaron la medicina, y á los bueyes, por el gran beneficio que se recibe dellos. Pues ¿qué más diré? Otros llegaron á tan grande extremo de locura, que como M. Antonio Sabelio refiere (1), adoraban los ajos y cebollas, por hallar este manjar muy fácil para los que poco tienen. Y esto permitió Dios por justo juicio, para que los que desampararon al verdadero Dios, viniesen á caer en errores tan horribles y monstruosos.

Concluyamos pues que así como en este mundo no hay más de un sol que produce todas las cosas corporales, y en el reino un rey, que tiene suprema jurisdición, de quien la tienen todos los inferiores que lo gobiernan, y en el hombre (que se llama mundo menor) no hay más que una ánima sola, que es principio y causa de todas las obras del hombre, así en este mundo no hay más que un solo Dios, el cual es en este mundo mayor lo que es el ánima en el hombre, que se llama mundo menor. Porque como esta ánima, siendo una simple forma, es principio y causa de todas las obras del hombre (porque ella es la que ve en los ojos, y oye en los oídos, y huele en las narices, y gusta en el paladar,

(1) M. Anton. Sabel. libr de Exemplis.

y siente en todo el cuerpo, y ella misma es la que digiere el manjar en el estómago, y lo hace sangre en el hígado, y la reparte por las venas, y la que engendra los espíritus vitales y animales, y finalmente la que da vida, calor, sentido y movimiento á todos los miembros del cuerpo) así nuestro grande Dios, siendo una simplicísima substancia, es principio y causa universal de todas cuantas obras se hacen en este mundo, si no es del pecado.

Declarado pues por este medio cómo no hay en este mundo más que un solo Dios, gobernador y señor de todo lo criado, proceda luego á declarar la otra verdad que de aquí se sigue, conviene saber, que este soberano Rey y Señor ha de ser amado, reverenciado y honrado sobre todas las cosas, así por la soberanía y grandeza de su majestad y señorío, como por los innumerables beneficios que dél recibimos, que son cuantas criaturas hay en este mundo, pues todas las crió él y deputó para el servicio y sustentación de nuestra vida.

Esta razón convenció á todas las naciones del mundo, por bárbaras que eran, á entender que estaban obligadas á honrar y servir á este común Señor y dador de todos los bienes. Mas como no tenían lumbre del cielo que les enseñase de qué manera había de ser este común Señor legítimamente honrado y venerado, vinieron á desvariar en diversas maneras de sectas, con que pretendían honrallo con cosas indignas de su majestad y bondad. Porque como él sea sumamente bueno, ninguna cosa le agrada sino la virtud y sanctidad, y ninguna le ofende sino el vicio y la maldad. Pues como sea verdad que este Señor haya de ser sancta y legítimamente venerado, síguese necesariamente que ha de haber en el mundo alguna tal religión que sea digna de su bondad, y le sea agradable. Ésta pues decimos que es la Religión cristiana, lo cual se declarará en el capitulo siguiente.

Estas tres verdades susodichas están probadas y declaradas en la primera parte de este Sumario, y de ahí puede tomar el maestro lo que mejor le pareciere, según la capacidad del discípulo. Las cuales tres verdades son tan ciertas y averiguadas en la lumbre natural de la razón, que ningún hombre que la tenga, las podrá negar.

QUE SOLA LA FE

Y RELIGIÓN CRISTIANA ES LA CIERTA Y LA VERDADERA

CAPÍTULO V

Después de estas tres verdades se sigue la cuarta, y ésta es, que supuesto ya y probado que ha de haber alguna verdadera religión en el mundo, con que Dios sea honrado, decimos que ésta es la que profesa la religión cristiana. Esta cuarta verdad se prueba en toda la segunda parte de este Sumario, declarando que todas las condiciones y excelencias que ha de tener la verdadera religión, se hallan en ella.

Entre estas condiciones y excelencias la primera es que la verdadera religión con que Dios ha de ser legítima y sanctamente venerado, ha de ser revelada por el mismo Dios, para que sea cierta y verdadera. Porque si á su providencia pertenece proveer de todas las cosas necesarias á sus criaturas, mucho más debe proveer al hombre en las suyas, pues para servicio dél fueron ellas criadas. Y entre las necesidades del hombre, la mayor es saber de la manera que ha de servir y honrar á Dios, porque de aquí pende todo el bien de su cuerpo y mucho más de su ánima, y no era razón que faltase él en ésta, que es la mayor de sus necesidades. Porque si tantas diferencias de manjares crió para mantener el cuerpo, y tantas yerbas medicinales para curarlo, no había de desamparar el ánima, que sin comparación es más noble que el cuerpo. Y no era razón que dejase esto al entendimiento y discreción del hombre, pues por la muchedumbre de sectas y falsas religiones que en el mundo ha habido, se ve claro cuán inhábil es su entendimiento para alcanzar esta verdad. Pues esto tuvo él por bien de revelarnos per el ministerio de los ángeles y de los profetas, los cuales fueron hombres sanctísimos, y como á tales damos crédito en las cosas que de parte de Dios nos denunciaron, como á órganos y ministros y embajadores suyos. Á cuya providencia pertenecía declararnos de la manera que él quería ser de nosotros servido y reverenciado. Y ésta es la que nos enseña la Religión cristiana, como la más perfecta y verdadera de todas cuantas ha habido en el mundo. Porque quien atentamente esto considerare, hallará que todas las condiciones que ha de tener una verdadera religión, se hallan perfectísima-

mente en ella, porque ninguna de cuantas ha habido en el mundo, siente más alta y magníficamente de las grandezas de Dios, que ella. Ninguna tiene mejores leyes y mandamientos y más conformes á la lumbre natural de la razón, que ella. Ninguna favorece más la virtud, y desfavorece el vicio, que ella, pues tan grandes premios promete al uno, y tan grandes amenazas y castigos al otro. Ninguna que por tantos, tan sabios y tan sanctos doctores haya sido aprobada y defendida como ella. Ninguna, por cuya verdad y confesión tanta sangre de mártires se haya derramado como por ella. Ninguna que por tanta infinidad de milagros haya sido confirmada como ella. Lo cual se ve por las historias eclesiásticas y por las vidas de los sanctos, por las canonizaciones de ellos, y por las vidas que Sant Hierónimo escribió, y por los milagros que Sant Augustín refiere en los libros de la Ciudad de Dios, y por los que refiere Teodoreto en su Historia, y Sant Gregorio en los Diálogos, y Sulpicio Severo en los suyos, y por los que se escriben en las corónicas de las Órdenes, &c. Ninguna otrosí hay que con tantos testimonios de Profetas esté aprobada como ella, y sobre todo esto (como por la condición de los efectos se conozca la de las causas) ninguna ha habido que tan excelentes efectos haya obrado en el mundo como ella, pues della manó el destierro de la mayor pestilencia del mundo, que era el pecado de la idolatría, y della nació una infinita muchedumbre de sanctos y sanctas, esto es, de mártires, de confesores, de vírgines, de monjes y religiosos que en ella han florecido. Lo cual brevemente se ve por los Martirologios, donde se hallan para cada día del año tantos sanctos y sanctas en todo género de sanctidad. Pues según esto, ¿cuál podremos juzgar que será el árbol que tales fructos lleva? ¿Cuál la religión que tales efectos ha producido en el mundo? Ésta es la regla general por donde conocemos la excelencia de las cosas. Porque aquél tenemos por más excelente médico, que más enfermos sana, aquél por mejor abogado, que en más causas vence, y aquél por mejor maestro, que más y mejores discípulos saca. Pues como la Religión cristiana sea escuela y maestra de las virtudes, y de esta escuela hayá salido tan copiosa mies de virtud y sanctidad, síguese necesariamente que ésta sea la mejor maestra y más excelente Religión de cuantas se han visto en el mundo. La declaración de todas estas excelencias se hallará en la segunda parte de este Sumario, que de solo esto trata.

CAPÍTULO VI

Declarado este fundamento de la Religión cristiana, que se comprehende con la lumbre natural de la razón, síguese tratar de la sobrenatural, que es de las cosas que se alcanzan por la fe. Entre las cuales son las dos más principales el misterio de la encarnación del Hijo de Dios, el cual misterio presupone el de la Sanctísima Trinidad, pues nos consta que la segunda Persona della fué la que tomó carne humana. Mas porque estos dos misterios son muy altos, y al principio desta doctrina conviene comenzar por las cosas más fáciles y más vecinas á nuestra razón, parece que estos dos tan grandes misterios se deben reservar para el fin de la doctrina, y tratar luego de los sacramentos, que son remedios de las flaquezas que cada día experimentamos en nuestra vida, á las cuales no era razón que la divina Providencia faltase. Pero esto será con toda brevedad. Es pues de saber que estos sacramentos son medicinas espirituales de nuestras ánimas, ordenadas por aquel Médico que vino del cielo á curarnos deste género de enfermedades.

Para cuyo entendimiento habemos de tomar por fundamento una muy celebrada sentencia de filósofos, los cuales dicen que el Autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias á sus criaturas, como se podrá ver en las habilidades que dió á los brutos animales para buscar su mantenimiento, y para defenderse en sus peligros, y para criar sus hijos y curarse en sus enfermedades, como en la primera parte deste Sumario se declaró. Pues como sea verdad que la divina Providencia tenga mayor cuidado de las cosas más nobles que de las menos nobles, y el hombre sea más noble de todas estas criaturas inferiores, síguese que con mayor cuidado ha de proveer á las necesidades y enfermedades del hombre, que á las de las otras criaturas. Y como entre las dos partes del hombre, el ánima sea sin comparación más excelente que el cuerpo, también se sigue que con

mayor cuidado ha de proveer á las necesidades y dolencias della, que á las dél.

Es pues agora de saber que la mayor dolencia que el hombre en su ánima tiene, es la mala inclinación de sus apetitos y malos deseos, porque éstos lo mueven é incitan vehementemente á todos los vicios y pecados. Y esta dolencia no se cura con el conocimiento de lo bueno y de lo malo, que se nos da por la doctrina de la ley divina, porque no pecan tanto los hombres por la ignorancia desto, cuanto por la corrupción y desorden de su apetito. Por lo cual en esta parte (donde está la dolencia) se ha de poner la medicina.

Esta medicina es la divina gracia, la cual (demás de hacer el ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios) trae consigo todas las virtudes, con las cuales queda ella armada y fortalecida para guardar todos los mandamientos divinos, y resistir á todas las contradiciones y tentaciones del enemigo y á todos los apetitos y malos deseos de su carne.

Siendo pues ésta la mayor necesidad y dolencia de nuestras ánimas, síguese que aquel Señor, amador dellas y que no falta (como está dicho) en las cosas necesarias, había de proveer á ésta, que es la mayor de todas. Y así lo hizo, instituyendo los sanctos sacramentos, los cuales tienen virtud para dar esta gracia que decimos, con que se cura esta dolencia susodicha. Y aunque todos estos sacramentos concuerdan entre sí en un efecto común, que es dar gracia, pero demás desto tiene cada uno su virtud y efecto particular, conforme á la necesidad y dolencia para cuyo remedio fué instituído, y con esto se diferencian los unos de los otros.

Del número de los Sacramentos.

§ I

Agora será razón tratar del número de los Sacramentos. Para lo cual se debe presuponer que así como el cuerpo y el ánima son como hermanos, así son semejantes en sus necesidades. Por dónde, así como nuestros cuerpos nascen, y después de nacidos crecen, y para esto y para conservarse en la vida

tienen necesidad de mantenimiento corporal con que se sustenten, y muchas veces enferman, y tienen necesidad de medicinas para ser curados, y después de curados quedan por algún tiempo débiles y flacos con las reliquias de la enfermedad pasada, así también hay estas mismas necesidades y mudanzas espiritualmente en nuestras ánimas, como en el proceso se verá. Y para el remedio destas cinco necesidades ordenó nuestro Salvador cinco sacramentos, que son, Baptismo, Confirmación, el Sacramento del altar, y el de la Confesión, y el de la Extremaunción. Los cuales sirven para el remedio de cinco necesidades espirituales que nuestras ánimas padecen, semejantes á las otras cinco que tienen nuestros cuerpos. Los cuales son sacramentos de necesidad, porque obligan á todo fiel cristiano que tiene uso de razón. Mas sobre éstos hay otros dos, que son, Orden y Matrimonio, y éstos pertenecen á los que quisieren tomar alguno destos dos estados.

Pues destos sacramentos trataremos aquí sumariamente, apuntando solo aquello que se puede proponer á un catecúmeno. Lo demás (como esta materia de sacramentos sea muy trillada) quedará para la disposición del que la enseña.

§ II

Entre estos sacramentos, el primero es el Baptismo, que es común remedio del pecado original en que somos todos concebidos, y de todos los otros pecados actuales que el hombre hasta entonces hubiere cometido. Y por razón de lo primero se administra este sacramento á los niños de tierna edad antes que tengan uso de razón, entreviniendo aquí la fe de sus padres ó padrinos, ó de la Iglesia. Porque quiso la divina Providencia que así como este pecado original se contrajo por voluntad y culpa ajena (que fué la del primer padre que pecó) así se pudiese curar por la fe ajena (como está dicho) sin actual voluntad del niño baptizado.

Mas en las personas que tienen ya uso de razón, requiérese que haya determinación de propria voluntad, y aborrescimiento de la mala vida pasada, con propósito de la emienda. Y en éstos no sólo quita el pecado original, sino también todos los

otros actuales que hasta aquel punto hubiere el hombre cometido, sin que dellos quede culpa ni pena. Porque este sacramento es como nacimiento en la vida espiritual (en la cual nace el hombre, cuando se baptiza) y así como en el nascimiento y generación de una cosa no queda nada de aquello de que se engendró (como vemos que en el pollo, que se engendra de un huevo, no queda nada del huevo de que se engendró) así en el hombre que nasce en esta nueva vida espiritual, no queda nada de la vida vieja, que es, de las culpas y pecados de ella. De modo que si el hombre entonces muriese, iría derecho á gozar de Dios. Y esta tan grande gracia y perdón general se da á los baptizados por el mérito del sacrificio y sangre de Cristo, que satisfizó por todos nuestros pecados. Y por esto se administra este sacramento por aguas (que alimpia todas las immundicias) para que la materia en que se administra de fuera en el cuerpo, declare el efecto que óbra de dentro en el ánima, que es alimpiarla de todo pecado. Pues cuando el hombre se llega á recebir este sacramento, debe reconocer la merced que nuestro Señor le hace por virtud de la sangre de Cristo, porque allí lo recibe por hijo, y lo hace heredero de su reino, y le infunde la gracia con todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, y así queda hecho templo vivo suyo.

El segundo sacramento es el de la Confirmación, que sirve para fortalecer el ánima así para la confesión de la fe, cuando corre algún peligro, como para resistir á los combates y tentaciones del enemigo. Porque así como un niño, después de nacido, cresce y cobra fuerzas para los trabajos, así la divina Providencia ordenó que después de nacida el ánima en esta nueva vida por el sacramento del Baptismo, fuese fortalecida para lo dicho por virtud deste segundo sacramento de la Confirmación.

Síguese el tercero Sacramento del altar, que es el más alto y divino de los sacramentos, porque en él está la presencia real y verdadera de aquel Señor que es fuente de la gracia, que por él se nos da en mayor abundancia. Porque por virtud de las palabras de la consagración la substancia del pan se muda en la del cuerpo de nuestro Salvador, y la del vino en su sangre preciosa. Porque aquel Señor que de nada crió este mundo, muy bien podrá por el ministerio del sacerdote mudar una substancia en otra, como lo hizo en el milagro de las bodas donde mudó el

agua en vino. Lo cual declara Sant Ambrosio por estas palabras: Si tan grande es la fuerza de las palabras de Cristo, que por virtud dellas comenzaron á tener ser las cosas que no lo tenían, cuando fueron criadas, ¿cuánto más virtud tendrán para mudar las cosas que ya tienen ser, y convertirlas en otras? Porque mucho mayor cosa es hacer de nada algo, que mudar una substancia en otra.

Las virtudes y efectos deste Sacramento declara la materia del pan, en que se administra. Porque todos los efectos que óbra el manjar en los cuerpos, ésos mismos óbra este pan celestial espiritualmente en las ánimas. Porque él las conserva en la pureza de la nueva vida, y las hace crescer y aprovechar en ella, y les da fuerzas espirituales para perseverar en los trabajos de la virtud y resistir á las tentaciones del enemigo, y los recrea con el gusto de la suavidad espiritual. Y allende desto sirve este Sacramento para dar perdón de las negligencias y defectos de cada día, y á veces se alcanza por él perdón de los pecados mortales, haciendo al hombre de atrito contrito, que es propriedad común de todos los sacramentos de la ley de gracia.

§ III

La necesidad que había en la Iglesia de este pan celestial para perseverar en la vida espiritual, es la que hay del manjar material para conservarnos en la vida corporal. Porque el calor natural que tenemos en nuestros cuerpos, está siempre consumiendo la substancia de ellos, y por esta causa es necesario el mantenimiento, para que con él se repare lo que con este calor se gasta Pues como en nuestros cuerpos hay este calor, que gasta nuestra substancia, así en el ánima hay otro calor, no natural, sino muy perjudicial, que es el ardor de nuestros apetitos y codicias, el cual cuanto más enciende los deseos sensuales de nuestro cuerpo, tanto más debilita y enflaquece el fervor y buenos propósitos del espíritu. Por lo cual tenemos necesidad de reparar lo que en nosotros siempre gasta y diminuye este amor sensual. Lo cual es oficio proprio deste divino Sacramento, por la virtud sobrenatural que en él puso el que lo instituyó, que fué el mismo autor y fuente de la gracia. De lo cual parece cuánta

necesidad tenemos de frecuentar este sumo Sacramento, para que así como tenemos dentro de nuestras ánimas un perpetuo gastador, tengamos un perpetuo reparador, para que no desfallezca la vida de nuestra ánima con lo que éste gasta.

Por lo dicho también se entiende con cuánta devoción y reverencia y con cuánta pureza de consciencia se deba el hombre disponer para llegarse á este misterio, pues en él se llega á recibir en su ánima á aquel Señor, de cuya majestad tiemblan todos los poderes y principados del cielo, que en este Sacramento real y verdaderamente está como dicho es.

§ IV

Vengamos al cuarto sacramento de la Penitencia. La necesidad que de él tenemos, se conoce también por la condición y naturaleza de nuestros cuerpos, los cuales muchas veces suelen enfermar. Para remedio de los cuales la divina Providencia (que en nada falta) crió mil maneras de remedios, de yerbas y aguas medicinales, conforme á la cualidad y condición de las dolencias. Mas para las espirituales proveyó de un general remedio, que es el sacramento de la Penitencia, en el cual por virtud de las palabras de la absolución que el sacerdote pronuncia, se da perdón de los pecados á los que están dispuestos y aparejados para ello.

Y la disposición y aparejo es que al hombre le pese de todo corazón por haber ofendido á un tan grande Dios y Señor y á un tan piadoso Padre como él. Y junto con esto, que tenga firme propósito de no ofenderle adelante en cosa de pecado mortal: y hecho esto, se confiese de todos sus pecados con propósito de cumplir la penitencia que le dieren, con todo lo demás que el confesor le mandare.

El quinto sacramento de los personales es el de la Extremaunción, que suele administrarse en la postrera necesidad: y su efecto es curar las reliquias de los pecados que quedan de la mala vida pasada, para que el ánima del que muere vaya más limpia y apurada á presentarse en el juicio divino.

Los otros dos sacramentos, que son de la Orden y Matrimonio, no son para todos, sino para solos aquéllos que quieren tomar alguno destos dos estados que hay en la Iglesia cristiana.

Porque como en cualquiera de ellos haya sus espirituales cargas y obligaciones, con las cuales no puede el hombre perfectamente cumplir, si no es ayudado con especial favor de la divina gracia, por tanto aquella soberana Providencia, que no falta en las necesidades de nuestra vida (como está ya dicho) ordenó estos dos sacramentos para dar á los que los reciben especial favor y gracia proporcionada al remedio destas necesidades.

Esto se ha dicho aquí sumariamente: lo demás podrá poner de su casa el que enseña esta doctrina, pues la materia es muy sabida, aunque de la necesidad que hubo de ordenarse sacramentos, se trató en la segunda parte deste Sumario, en la séptima excelencia de la Religión cristiana, que es tener sola ella sacramentos. Mas del Sancto Sacramento del altar se trata más copiosamente al fin de la cuarta parte deste Sumario. De dónde podrá tomar el que enseña, lo que hiciere más á su propósito.

DEL MISTERIO INEFABLE DE LA SANCTÍSIMA TRINIDAD

CAPÍTULO VII

Después desto será necesario tratar del misterio de la encarnación y pasión del Hijo de Dios. Y porque este misterio presupone el de la Sanctísima Trinidad (porque la persona del Hijo de Dios fué la que encarnó y padesció) será necesario tratar antes de este misterio. Para lo cual podrá usar el maestro deste principio, haciendo cuenta que habla con su catecúmeno por estas palabras.

En la plática pasada os dije, hermano, que esta doctrina de la religión cristiana nos fué revelada y enseñada por el mismo Dios. Agora habéis de saber que en esta doctrina hay cosas que se alcanzan por la lumbre de la razón, y otras más altas, que sobrepujan la facultad de ella, las cuales sirven para gloria y conocimiento de Dios y para la sanctificación y reformación del hombre. Las primeras son éstas que hasta aquí habemos tratado, conviene saber, que en este mundo hay Dios, que es supremo y universal Señor de todas las cosas, y que él merece ser amado, servido y honrado sobre todas ellas, y que la más legítima y sancta manera de honrarle es sentir altísimamente de sus grandezas y perfecciones, y vivir según la ley natural, que es conforme á la lumbre que él imprimió en nuestros corazones. Todas estas cosas son tan conformes á esta lumbre natural de la razón, que quienquiera que no la tuviere pervertida y depravada, fácilmente las concederá.

Mas el mismo Señor que nos enseñó éstas que son tan claras, nos reveló otras más altas, que sobrepujan la facultad de nuestra razón: mas no por eso merecen ser menos creídas que las pasadas, porque la verdad dellas quiso nuestro Señor que fuese testificada por muchos milagros, y por el testimonio de los Profetas, de que antes hecimos mención, y por el testimonio de mártires innumerables que padescieron mil géneros de tormentos por la confesión de esta verdad, y la confirmaron con su sangre, y asi-

mismo por la confesión de innumerables varones doctísimos y sanctísimos que la predicaron y defendieron con sus escrituras de todos los que la contradecían. Y sobre todo esto la testifica y confirma Dios en los corazones de los fieles, alumbrando sus entendimientos con la lumbre de la fe, para que sin ver milagros ni razones crean todos estos misterios con tanta firmeza, que estén aparejados á morir por esta verdad. Y esto es lo que hacía á los mártires padescer mil tormentos por ella.

Mas por sobrepujar estas cosas la facultad de nuestra razón, no por eso militan contra la verdad de nuestra Religión, mas antes sirven para la confirmación della. Lo cual declararemos por este ejemplo. La diferencia que hay entre el médico y el cocinero de un príncipe, ésa hay entre el falso profeta y el verdadero, porque el cocinero no tiene más cuenta que con el sabor del manjar, mas el médico no la tiene con esto, sino con la salud del príncipe, ora sea el manjar sabroso, ora desabrido. Pues desta manera decimos que los falsos profetas no tienen cuenta con la pureza de la verdad, sino con lo que es agradable al pueblo, conviene saber, lo que es fácil de creer, y fácil y sabroso de hacer, para ser creídos del pueblo, como se ve en la ley que Mahoma predicó. Mas los verdaderos profetas no tienen cuenta con esto, sino con el fiel de la verdad, ora sea sabrosa ó desabrida, fácil ó dificultosa de creer. Porque fían de Dios que él hará creíbles las cosas que en su nombre y para gloria suya se predican. Y por tanto, indicio es de ser la doctrina verdadera sobrepujar ella la facultad de nuestra razón, y ser contraria á los gustos y apetitos de nuestra carne.

§ I

Pues entre estas cosas tan altas, la primera es el misterio de la Sanctísima Trinidad. En la cual confesamos de nuestro Señor Dios una excelencia, que tiene alguna semejanza con la de los reyes. Porque éstos, por la parte que son reyes, tienen algunas preeminencias, que á ninguno de sus vasallos competen. Porque tienen sceptro, y corona real, y suprema jurisdición y mando en todo su reino, por dónde á nadie son subjectos, mas antes todos son subjectos á ellos, con lo cual se diferencia de ellos. Y que esta diferencia sea conforme á la naturaleza de la Majestad Real,

mostró el mismo Criador en la república de las abejas, entre las cuales diferenció al rey dellas, porque tiene otra manera de cuerpo y de figura que ninguna de sus abejas tiene. Pues conforme á esto decimos que Dios nuestro Señor (que es soberano rey de todo este universo) tiene también cosas en que se diferencia de todas sus criaturas. Entre las cuales una es que como sea verdad que entre las criaturas racionales, donde hay una substancia, no hay más que una sola persona, en este soberano Señor, no habiendo en él más que una sola substancia, hay tres personas distinctas, que son Padre, y Hijo, y Espíritu Sancto. Entre las cuales el Padre produce al Hijo, y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Sancto. Este misterio no se puede probar por nuestra flaca y corta razón, porque es tan alto, que se pierde de vista. Ni tampoco hay ejemplos de cosa semejante en las cosas criadas, porque como sea infinita la distancia que hay entre el Criador y las criaturas, no puede haber en ellas cosa que sea semejante á él, si no son algunas comparaciones imperfectas que sirven para despertar algún tanto nuestra rudeza. Desta manera hacemos comparación del sol que (por ser la más noble de todas las criaturas corporales) tiene alguna semejanza con este soberano Señor. Porque como en él hay tres cosas, que son, el mismo sol, y la luz, que procede dél, y el calor, que procede de ambas cosas, así en este misterio confesamos la persona del Padre, y la del Hijo, que procede del Padre, y la del Espíritu Sancto, que procede de ambos.

Otra comparación hallaremos en nuestra ánima, que como fué hecha á imagen de Dios, tiene alguna semejanza con él. Porque ella tiene tres facultades ó potencias que llamamos ánima intellectiva, sensitiva y vegetativa. Con la intellectiva entendemos las cosas espirituales, á imitación de los ángeles: con la sensitiva conocemos las cosas corporales, mediante los cinco sentidos, como también las conocen los brutos, y con la vegetativa se mantiene y sustenta nuestro cuerpo, y se digiere el manjar, y se convierte en nuestra substancia: la cual también se halla por sí sola en las plantas, que crescen y se mantienen con el humor de la tierra. Y es cierto cosa notable que con hallarse cada una destas tres ánimas por sí sola en estas tres órdenes de criaturas, en el hombre están todas tres juntas: en el cual se hallan estas tres virtudes y facultades, que son la intellectiva, sensitiva

y vegetativa, siendo una sola ánima. Pues desta manera decimos que hay en aquella soberana deidad tres personas distinctas, que son Padre, Hijo y Espíritu Sancto, y con todo eso no hay más que una sola esencia divina, y por eso no hay tres dioses, sino un solo Dios. De modo que como en nuestra mano tenemos cinco dedos distinctos entre sí, y con todo eso no hay cinco manos, sino una sola mano, de la cual proceden estos cinco dedos, así en aquella altísima naturaleza hay tres personas distinctas, pero no hay tres substancias, sino una sola substancia, y por eso no hay tres dioses, sino un solo Dios.

Y cuando en este divino misterio nombramos Padre y Hijo, no habemos de imaginar cosa alguna corporal, porque como Dios sea un espíritu purísimo y simplicísimo, todo lo que hace es con solo su divino entendimiento y voluntad. Y con solo esto crió los ángeles, y crió este mundo y cuantas cosas hay en él. Y por eso esta generación divina es toda espiritual, sin que entrevenga en ella cosa alguna corporal. Porque Dios nuestro Señor, que á todas las criaturas deste mundo inferior que tienen vida, dió fecundidad y virtud para engendrar y producir hijos semejantes á sí (y así el hombre engendra otro hombre, y el animal otro animal, y la planta otra planta) no había él de ser estéril y carecer de hijo, que por una manera inefable engendrase.

Ni es maravilla que no alcance nuestro entendimiento la manera desta generación divina. Porque si todos los entendimientos humanos no alcanzan cómo se engendra un niño en las entrañas de su madre, esto es, cómo de una poca de sangre se engendra y forma un cuerpo con tanta variedad de miembros y órganos y sentidos, con tantas diferencias de venas, de arterias, de nervios, y sobre todo, cómo de una materia tan líquida como es la sangre, se forman por una parte los huesos duros, y por otra la carne blanda, si esta generación corporal no se alcanza, ¿cómo se alcanzará la manera de aquella divina generación, que sobrepuja todo entendimiento?

Otros ejemplos de cosas materiales escribimos en nuestra Introducción del Símbolo, unos para dar á entender (aunque imperfectamente) este misterio, y otros para humillar el entendimiento del hombre, mostrando cuán poco alcanza aun de las cosas que se ven con los ojos y palpan con las manos, para que conociendo su ignorancia y rudeza, se humille y no presuma al-

canzar con su flaca razón este tan alto misterio. Porque si los filósofos confiesan ser tan flaca la vista de nuestro entendimiento para entender las cosas altas de la naturaleza como los ojos de la lechuza para ver la lumbre del sol, ¿qué maravilla es ser aún más flacos para entender la más alta cosa que hay en el mundo, que es la alteza de aquella divina Substancia, que sobrepuja todo entendimiento criado? Muy bien dijo un sabio: Los hombres, á quien fué dado el entendimiento limitado y por medida, no pueden comprehender las cosas que no tienen límite ni medida. Plinio dijo que en las obras del autor de la naturaleza (que es Dios) hay algunas tan admirables, que al juicio humano parecen increíbles, por no alcanzar la razón y causa dellas. Pues si tan admirable es el Criador en sus obras, ¿cuánto más lo será en sí mismo? Y si falta la razón para entender sus obras, ¿cuánto más faltará para entender á el autor de ellas? Y por esto, gran locura es la de los hombres que no creen que podrá ser lo que ellos no pueden entender, siendo tantas las cosas que no alcanza nuestra rudeza.

Todo lo sobredicho hallará el prudente maestro declarado en la cuarta parte del libro alegado, en el Diálogo tercero, que trata de la Sanctísima Trinidad, y de allí podrá tomar lo que le pareciere más fácil y más acomodado á la capacidad del enseñado, añadiendo que estamos obligados á amar y servir á nuestro Criador con todas las potencias de nuestra ánima, entre las cuales tienen el principado el entendimiento y la voluntad. Y así como el mayor servicio que le puede hacer la voluntad, no es cuando ama los amigos, sino cuando por su amor ama los enemigos, así el mayor que le puede hacer nuestro entendimiento, no es cuando entiende las cosas claras, que se alcanzan por razón, sino cuando se cautiva y mortifica y humilla, creyendo las cosas que exceden la facultad de la razón, cuando lo manda Dios.

DEL INEFABLE MISTERIO
DE LA ENCARNACIÓN Y PASIÓN DEL HIJO DE DIOS

CAPÍTULO VIII

El más alto misterio que profesa la fe y religión cristiana, es el de la encarnación y pasión del Hijo de Dios. Por tanto, el que desea declarar este misterio, conviene que vaya prevenido con muchas y fervientes oraciones, y confíe en el Señor, cuya es esta obra, que no le faltará. Porque pues él fué poderoso para hacer creer al mundo que un hombre crucificado entre ladrones era Dios, criador de los cielos y de la tierra, y que de tal manera lo creyese, que millares de cuentos de hombres padesciesen mil géneros de tormentos por esta verdad, también lo podrá hacer agora, pues la obra y la gloria della es suya. Podrá pues el que enseña proceder desta manera.

En la plática pasada declaramos cómo en la fe y religión cristiana había algunas cosas que se alcanzaban por la lumbre de la razón natural, y otras más altas, que exceden la facultad de la razón. Entre las cuales la más principal y la que es fundamento de nuestra fe, es creer que la segunda persona de la Sanctísima Trinidad, que es el Hijo de Dios, descendió del cielo á la tierra para dar orden cómo los hombres subiesen al cielo, que es, para que viviesen con tal sanctidad y pureza, que mereciesen ir á gozar de Dios en su gloria.

Y porque este misterio es muy alto, así como á los lugares altos no podemos subir sino por muchos escalones, así tampoco podemos llegar al conocimiento de este misterio tan alto, sino presuponiendo algunas sentencias que sean como escalones para venir al conocimiento dél. Entre los cuales el primero es saber que la inmensa bondad de Dios es el principio y causa de todas cuantas obras ha hecho y hará siempre. Por ésta crió el mundo, y por ella lo gobierna y provee de todas las cosas (sin embargo de las ofensas que cada día recibe de los hombres ingratos) haciendo salir su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre las

tierras de los justos y de los pecadores. Éste es el primer escalón desta subida.

El segundo es entender que la condición y naturaleza de la bondad es hacer bien, y comunicar el bien que tiene, á todos. Y como Dios sea sumamente bueno, así (cuanto es de su parte) es sumamente comunicativo de sus bienes á sus criaturas, y á cada una según la capacidad y condición de su naturaleza. Y así vemos cómo á los animales brutos dió todas las facultades y habilidades que sirven para su conservación, y cada año los multiplica de nuevo, y así los provee de nuevo pasto y mantenimiento con que se sustenten y vivan. Porque no es capaz la naturaleza de estos animales de mayores bienes que éstos.

Pero como Dios sea sumamente bueno, y así sea sumamente comunicativo de sus bienes, no se contenta con la comunicación destos bienes tan bajos, sino determinó criar otras más altas criaturas, á las cuales comunicase las riquezas de su misma bienaventuranza y gloria. De modo que siendo él glorioso y bienaventurado con la vista de su misma hermosura, fué tan magnífico y liberal, que no quiso ser él solo bienaventurado, sino crió también dos órdenes de criaturas nobilísimas, hechas á su imagen y semejanza, para que fuesen capaces de su gloria, que fueron los ángeles y los hombres, los ángeles en el cielo, y los hombres en la tierra, los unos que son substancias espirituales sin cuerpos, y los otros con cuerpos, como son los hombres, que de cuerpo y espíritu están compuestos.

Mas porque las obras de Dios son perfectas, como él lo es, así como crió estas dos órdenes de criaturas para tan alto fin, así las proveyó de todas las virtudes y perfecciones que para conseguirle se requieren. Porque como en los palacios de los reyes no se admiten los hombres andrajosos y desarrapados, sino muy bien ataviados y vestidos, así en aquel palacio celestial (donde reside el Rey de los reyes) no pueden entrar los hombres sensuales y carnales, porque éstos son los andrajosos y mal vestidos que allí no son admitidos.

Mas con esta condición concedió el Criador esta dignidad á los unos y á los otros, que siéndole fieles y obedientes, y usando bien de la gracia y beneficios recebidos, alcanzasen este bien soberano, pero si hiciesen lo contrario, lo perdiesen por su pecado. Porque esto pide la rectitud y orden de la divina Justicia.

Dejemos agora los hombres, y tratemos de los ángeles. Los cuales se dividieron en dos partes. Porque unos, reconociendo que todos los bienes que tenían eran de Dios, dados graciosamente, se humillaron profundamente ante su acatamiento, y se ofrescieron con toda su voluntad y amor á ser perpetuamente sus fieles servidores y obedecer á sus sanctos mandamientos. Y porque los ángeles son de tal cualidad, que nunca se mudan (como los hombres) en lo que una vez se determinan, por esto fueron luego confirmados en gracia, y levantados á la visión beatífica de la divina Hermosura, y en ella perseveran y eternalmente perseverarán.

Mas entre los ángeles hubo uno hermosísimo y perfectísimo, que (según siente Sant Gregorio) era el más alto de todos: el cual, habiendo de ser más agradecido y más humilde y más subjecto al Criador que así lo había sublimado, no lo hizo así, sino enamorado de su misma hermosura, se ufanó con ella, y deseó alcanzar por sus proprias fuerzas la semejanza de Dios. Por lo cual, como desagradecido y soberbio, fué desterrado de aquel glorioso lugar (donde no habitan sino los humildes) y porque otra gran muchedumbre de ángeles siguió el ejemplo y consejo deste maldito ángel, fueron juntamente con él desterrados del cielo.

Los cuales, estando obstinados en su malicia, y desesperados de volver al lugar que perdieron, tienen un rabioso odio contra Dios, que los condenó, y trabajan con todas sus fuerzas y artes por escurecer su gloria y apartar á los hombres de su servicio y de la guarda de sus mandamientos. Y como ellos no pudieron alcanzar aquel principado que pretendían en el cielo, trabajan por alcanzarlo en la tierra, engañando los hombres miserables, y haciéndose adorar dellos en los ídolos, por los apartar del culto y veneración del verdadero Dios, y introduciendo en el mundo mil diferencias de sectas y falsas religiones, tanto, que en solas las islas de Japón dicen haber veinte y cuatro sectas diferentes, en las cuales, dejado el verdadero Dios que rige los cielos y la tierra, adoran las estatuas de los demonios. Á otros persuade que las ánimas que tenemos son mortales, y que no hay más que nacer y morir. Y asentado esto, entréganse á todos los vicios y cobdicias y robos y carnalidades como gente que ninguna cuenta tiene con Dios. Y así viven como puras bestias, que no sienten ni buscan más que lo presente, ni procuran más que los bienes

del cuerpo, teniendo entendimiento y ánima racional, capaz del mismo Dios, y hecha á imagen dél, pues tienen entendimiento y voluntad y libre albedrío, como él.

§ I

Dejemos agora al ángel, y vengamos al hombre, el cual (como está dicho) crió Dios para el mismo fin que el ángel. Para lo que sirve á este propósito, se puede ayudar el doctor de lo que se contiene en este Sumario, en el capítulo 2 de la tercera parte, declarando las gracias y preeminencias con que Dios crió al hombre para conseguir este fin. Y lo segundo cómo cayó y perdió esta gracia y justicia original, que había recibido, y los males en que incurrió por esta pérdida. Entre los cuales el mayor es nascer con una inclinación habitual de amar más á sí y á sus cosas que á Dios: del cual amor proceden todos los pecados del mundo y toda la corrupción de la vida humana.

Para cuyo entendimiento es de saber que deste amor proprio, cuando está desordenado, nacen aquellos tres malos amores, que Sant Juan escribe (1), que son, amor desordenado de la honra, y de la hacienda, y de los deleites sensuales. Y destos tres amores (cuando están desordenados) proceden todos los pecados del mundo. Porque comenzando por el desordenado amor de la honra, ¿quién podrá explicar las guerras, las muertes, las vanidades, los trajes, los gastos y prodigalidades de excesos que trae consigo el amor desordenado de la propria excelencia y del querer mandar y aventajarse y señalarse entre los otros? Pues de la cobdicia del dinero ¿cuántos engaños, cuántas marañas, cuántas usuras, cuántos robos, cuántas tiranías, cuántas sinjusticias y cuántas opresiones de pobres han nascido? Pues los pecados que se siguen del amor excesivo de los deleites corporales, ¿quién los explicará? Porque de aquí procede la gula con todas las invenciones de manjares y sabores exquisitos y golosinas que los hombres sensuales han inventado, con los gastos excesivos que para esto se requieren. De aquí las carnalidades, y lujurias, y deshonestidades, y torpezas, y hechicerías, y adulte-

(1) I Joan. 2.

rios, y muertes de hombres, que de aquí se han ocasionado. Y de aquí se siguen las envidias de los que nos pasan adelante, y las iras y venganzas de los que ponen impedimento á nuestros apetitos y deseos. Y de aquí se derivan los bandos, y parcialidades, y odios, y enemistades, que duran toda la vida: y por abreviar, de aquí nacen todos cuantos pecados se hacen en el mundo, porque ninguno peca sino con alguna pretensión ó interese y deseo de alcanzar algo de lo susodicho. Ésta es pues la raíz y dolencia de todos los hombres, los cuales nacen con esta perversa inclinación: y ésta procede de haber el hombre perdido la gracia y justicia original, con que Dios lo crió.

Deste mal tan grande se siguen otros tres grandes males, entre los cuales uno es estar los hombres en desgracia y enemistad de Dios, el cual como sea infinita y suma bondad, aborrece sumamente al malo, en cuanto malo, y á su maldad. Y desta enemistad se sigue que no tiene él de los tales aquel cuidado y providencia paternal que tiene de los que le sirven y aman. Y así el demonio, viéndolos en este estado, entra en ellos, y se apodera dellos, y los derriba en mil despeñaderos de pecados y males así del cuerpo como del ánima.

Y de aquí se sigue el postrero de todos los males, que es, quedar el hombre desterrado de la compañía y gloria de Dios y de todos los bienaventurados, y sentenciado á las penas del infierno. Éste es pues en suma el estado miserable en que el hombre quedó por el pecado. Y digo por el pecado, porque está claro que no había de criar aquel sapientísimo artífice Dios al hombre con tan rebeldes inclinaciones, y tan contrarias al su mismo hacedor y señor (pues todas sus obras son perfectas, como él lo es) sino el pecado junto con el demonio, que lo atizó, fué causa de esta tan grande repugnancia y desorden.

§ II

Explicada esta dolencia, declare cómo nuestro Señor por las entrañas de su misericordia determinó remediar al hombre caído por la más alta manera de remedio que se podía hallar, que fué, descendiendo del cielo á la tierra, vestido de carne humana, y

ofreciéndose (como verdadero hombre que era) en sacrificio por la salud del mundo.

Preguntará alguno: ¿por qué causa aquella suma Sabiduría escogió este medio tan costoso y trabajoso para nuestra salud y redempción? A esto brevemente se responde que la causa fué los inestimables bienes y provechos que de aquí se siguieron para la sanctificación y salvación de nuestras ánimas, que es, para hacernos buenos y bienaventurados, como él lo es: de los cuales careceríamos, si por otro medio fuéramos redemidos. Y puesto caso que él pudiera acabar este negocio por otros muchos medios, si quisiera, mas ésta es regla general en todas las obras de Dios, que comúnmente no mira él lo que puede hacer de poder absoluto, sino lo que conviene á la gloria de su sancto nombre y al remedio de nuestras miserias: y para esto ningún medio había más excelente que éste, como en el proceso se verá.

Pues teniendo respecto á lo dicho, confesamos que ningún medio había más eficaz para la sanctificación y reparación del hombre que éste. Para lo cual es de saber que en dos cosas consiste la perfección del hombre, que es, en la reformación de su entendimiento y en la de su voluntad, que son las dos partes principales en que consiste el ser del hombre, por las cuales se dice ser hecho á imagen y semejanza de Dios. Por dónde, reformadas estas dos partes, y puestas en su perfección, queda el hombre reformado y perficionado. Pues para esta reformación ninguna cosa hay debajo del cielo que más sirva que el misterio de la sagrada Pasión. Lo cual se declara brevemente en la tercera parte deste Sumario, y señaladamente en los capítulos 5, 6, 7, 8 y 11, y de aquí tomará el maestro lo que mejor le pareciere para la prueba y declaración de lo susodicho, por no repetir aquí lo que allí está declarado.

Y por lo contenido en estos capítulos parece claro cuán grandes ayudas se nos dan en la sagrada Pasión para la sanctificación y justificación de nuestras ánimas, esto es, cuánta luz para el conocimiento de nuestro Criador, y cuántos motivos y estímulos para todas las virtudes y para cada una de ellas en particular. Porque quien atentamente considerare este negocio, hallará que de tal manera nos ayuda la sagrada Pasión á alcanzar cada una de estas virtudes, como si para sola ella fuera ordenada, y no para las otras. Porque si tratamos del amor de Dios, ¿qué cosa

más poderosa para encender en nosotros este amor? Si de la humildad, ¿qué cosa más eficaz para humillarnos? Si de la paciencia, si de la obediencia, si de la mansedumbre, ó de cualquier de las otras virtudes, ¿quién no ve cuántos motivos tenemos en la sagrada Pasión para todas ellas?

CÓMO LA SUMA DE TODO NUESTRO BIEN CONSISTE EN LA CARIDAD Y AMOR PARA CON DIOS, Y CUÁN GRANDES IMPEDIMENTOS TENÍAN LOS HOMBRES PARA LEVANTARSE Á ESTE AMOR, Y POR CUÁN ALTA Y SINGULAR MANERA LOS QUITÓ EL SALVADOR POR MEDIO DE SU SACRATÍSIMA PASIÓN Y ENCARNACIÓN

CAPÍTULO IX

Agora es de saber que entre estos grandes fructos de virtudes que se siguen de la sagrada Pasión, uno de los más principales fué encender los corazones de los hombres en el amor de su Criador, como él mismo lo declaró, cuando dijo (1): Fuego vine á poner en la tierra, ¿qué tengo de querer sino que arda? Para cuyo entendimiento es de saber que el amor de Dios es el fin de todas las leyes y mandamientos divinos. Porque todos ellos se ordenan á este divino amor, sin el cual ninguna cosa agrada á Dios, y con el cual todas las cosas le agradan. Ni él pide ni quiere de nosotros otra cosa más principalmente que este amor, porque en él se comprehenden todas las otras virtudes, con que él es servido. La razón desto es porque el que de verdad y de todo su corazón ama á Dios, desea también con el mismo ímpetu y fuerza agradarle, y como sepa que ninguna cosa le agrada sino solas las virtudes y buenas obras, de aquí es que con el mismo ardor que se muève á amar á Dios, se mueve también al amor de todas estas virtudes. Y del mismo amor de do procede el deseo de agradarle, también procede el temor de ofenderle. Y porque ninguna cosa le ofende sino solos los pecados, de aquí le viene un tan gran aborrecimiento dellos, que antes se ofrecerá á perder la vida, y mil vidas, que ofenderle. Por lo cual todo se ve que el amor de Dios no sólo es fin de todos los mandamientos divinos, sino también un compendio y sumario de ellos. Y por esto dijo el Apóstol: *Qui diligit, legem implevit, plenitudo enim legis est dilectio.*

---

(1) Luc. 12.

Mas con ser éste un tan grande bien, eran grandes los impedimentos que los hombres tenían para amar á Dios, si carecían de fe. Porque el amor presupone conocimiento de la bondad de la cosa que ha de ser amada. Y por esto dijo Sant Augustín que podemos amar las cosas que nunca vimos, mas no las que no conocemos. Pero el conocimiento que los hombres sin fe tenían de Dios, era muy flaco y muy incierto. Porque como nuestra ánima (mientras mora en la cárcel de este cuerpo) no pueda entender sino lo que entra por las puertas de los sentidos corporales, y Dios nuestro Señor (como espíritu purísimo) esté levantado infinitamente sobre todo lo corporal, de aquí es que ni él puede entrar por estos sentidos, ni ser conocido por ellos. Tenían también los hombres ignorancia de todas aquellas perfecciones divinas que sirven para encender nuestro amor para con él. Porque no sabían si él tenía providencia y cuidado de las cosas humanas (pues muchos filósofos la negaron) y así no sabían si tenía misericordia para socorrer á nuestras miserias, y justicia para castigar nuestras culpas, y tampoco tenían noticia del amor que Dios tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos. Y según lo dicho, tampoco sabía el hombre si era amado de Dios, ó no, y así le faltaba el mayor incentivo de amor, que es ser amado del que quiere amar.

Pues deste amor divino para con el hombre estaba él muy dubdoso, porque no veía él en sí cosa digna del amor deste tan grande y tan prudente amador. De lo cual aun los Sanctos se maravillaban, y así decía uno dellos (1): ¿Quién, Señor, es el hombre para que tú le engrandezcas, y para que pongas en él tu corazón, que es tu amor? De lo mismo se maravillaba David (2) como quien tan perfectamente conocía la vanidad y bajeza del hombre. Siendo pues esto así, faltaba al hombre el mayor estímulo de amor, que era saber si era amado de Dios, paresciéndole que cosa tan vil no podía ser amada de tan gran Señor.

Había también otras causas para dubdar deste divino amor. Porque común sentencia es de los sabios que la semejanza es causa de amor. Pues según esto, ¿qué semejanza podía haber entre el hombre y Dios? Dios altísimo, y el hombre bajísimo, Dios riquísimo, y el hombre pobrísimo, Dios felicísimo, y el hom-

(1) Job 7. (2) Psal. 143.

bre miserabilísimo, Dios inmortal y impasible, y el hombre mortal y pasible, Dios la misma bondad, el hombre lleno de toda maldad, Dios espíritu purísimo, y el hombre cercado de carne impurísima, finalmente Dios invisible, y el hombre visible y tan subjecto á este sentido, que apenas puede amar lo que no ve.

Sobre todo esto, era grande impedimento para este amor la distancia de los lugares, que es, Dios en el cielo entre los ángeles, y el hombre en la tierra entre los gusanos. Asimismo era grande impedimento la distancia de las naturalezas, divina y humana, que es la mayor desemejanza y desproporción que hay para fraguarse este amor, pues el amor es unión de los que se aman y se hacen entre sí una misma cosa por amor. Por dónde no se puede negar sino que todos estos impedimentos tenían los hombres que carecían de fe, para amar á su Criador.

§ I

Viendo pues esto el Hijo de Dios, y conociendo que todo nuestro mal era carecer deste sancto amor, y todo nuestro bien tenerle, movido con entrañas de infinita caridad y misericordia, determinó cortar de raíz y de un golpe todos estos impedimentos de nuestro amor para con él. Mas ¿de qué manera? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras! Con solo el misterio de su sacratísima Encarnación quitó perfectísimamente todos estos impedimentos de su amor. Porque por medio della el que era invisible, se hizo visible, y el que era espíritu purísimo, se vistió de carne flaca, y el que era Dios, se hizo hombre, y el que era señor, se hizo nuestro hermano, y el que era inmortal é impasible, se hizo mortal y pasible, y el que estaba exento de todas las miserias, se subjectó por nuestro amor á ellas. Lo cual divinamente nos representaron Elías y su discípulo Eliseo, porque para dar vida á un niño muerto, se tendieron sobre él, encogiendo sus cuerpos á la medida del niño, poniendo sus ojos sobre los ojos dél, y sus pies y manos sobres los pies y manos dél, y desta manera proporcionando sus cuerpos, y haciéndolos semejantes al cuerpo del niño muerto, le dieron vida. Pues esto mismo hizo nuestro grande Dios, acomodándose y haciéndose semejante al hombre, de la manera que está dicho, y así le restituyó la vida de gracia, que

por el pecado y falta de amor había perdido. Y desta manera quitó las nieblas de nuestros entendimientos, y las ignorancias que dél teníamos. Porque con esto nos declaró la providencia y cuidado que tenía de las cosas humanas, y la misericordia para socorrer á nuestras miserias, y el amor que tiene á la virtud, y el aborrecimiento del pecado, pues murió por destruirlo. Lo cual todo en pocas palabras nos representa la Iglesia, cuando canta que por el misterio del Verbo de Dios encarnado se dió nueva luz á los ojos de nuestra ánima, para que conociendo á Dios hecho ya visible, nos levantemos al conocimiento y amor de las cosas invisibles, y (como dice S. Buenaventura) viendo á Dios vestido de carne, le pudiesen conocer, imitar y amar los corazones de carne. Por dónde dice S. Bernardo que viendo Dios á los hombres hechos carnales, les puso tan grande dulcedumbre en la carne que por ellos tomó, que ha de ser de durísimo corazón quien no le amare con todas sus fuerzas, y el que antes no amaba á Dios, considerándolo en espíritu, lo ame agora, viéndolo hecho carne.

§ II

Mas no contento este Señor con habernos quitado todos los impedimentos deste amor (como está dicho) acrecentó los mayores estímulos y motivos de amor que se podían hallar. Porque demás de la imagen y semejanza que tomó, haciéndose hombre y vistiéndose de nuestra carne, ofreció su vida á la muerte, por librarnos della, que es el mayor indicio de amor de cuantos hay. Y así dijo él (1): No hay mayor muestra de amor que poner el hombre su vida por la de sus amigos.

Mas para ponderar la grandeza de este amor, conviene poner ante los ojos todo lo que este grande amador por nuestra causa padeció. Porque bien mirado, ¿qué son todos los dolores de su ánima y todas las llagas de su cuerpo sino testimonios de su amor y voces que nos predican la grandeza dél? Y quien le contempla de pies á cabeza cubierto de llagas, en cada una dellas halla una fuente de amor. Para que así veamos con cuánta razón

(1) Joan. 15.

dijo el Salvador que había venido á poner fuego en la tierra, y deseaba que ardiese.

Por dónde concluye S. Augustín que una de las más principales causas por que el Salvador vino al mundo, fué querer encender nuestros corazones en su amor con esta tan grande muestra de amor, por ser éste el mayor estímulo de amor que hay (1). Lo cual prueba el mismo Sancto por ejemplo de los amores profanos. Porque una de las cosas que más procuran los que desean ser amados de alguna persona, es declararle por obras ó por palabras la grandeza del amor que le tienen.

En lo cual todo se ve lo que al principio propusimos, esto es, cuán conveniente medio fué éste que la divina Bondad y Sabiduría escogió para nuestra salud, pues tantos y tan grandes estímulos por aquí se nos dieron, no sólo para el amor de nuestro Criador (que es lo principal) sino para todas las otras virtudes, como está ya declarado. Y no es menester mucha filosofía ni mucho discurso para el conocimiento de esta verdad, porque basta poner los ojos en la mudanza que hizo el mundo después de la venida del Salvador á él. Porque luego vimos tanta muchedumbre de sanctos y sanctas, tantos enjambres de monjes que moraban en los desiertos, tantos coros de purísimas vírgines, y tanta infinidad de mártires gloriosísimos, que después desto se siguieron: donde vimos los altos abajados, los furiosos amansados, los soberbios humillados, los disolutos recogidos, donde se juntaron los lobos con los corderos, y los leones con los becerros, sin recibir algún daño dellos. Por las cuales semejanzas nos declaran los Profetas el estado en que el mundo estaba cuando el Salvador vino á él, y la mudanza que hizo después de su venida. Por dónde así como conocemos la excelencia de la medicina por los efectos que óbra en los cuerpos de los enfermos, así conoceremos la virtud y eficacia de la venida del Salvador al mundo por los efectos y mudanzas que con su venida obró en él.

(1) Augustin. de Catech. Rudib.

DE LAS PREGUNTAS
QUE SE PUEDEN HACER SOBRE EL MISTERIO DE LA SAGRADA PASIÓN, Y DE LAS RESPUESTAS DE ELLAS

CAPÍTULO X

Declarada la razón y conveniencia de este misterio divino, quédanos agora responder á algunas preguntas que la prudencia humana puede hacer acerca dél. Entre las cuales la primera es maravillarse los hombres de que aquella altísima Majestad descendiese á juntarse con una cosa tan baja como es la naturaleza humana. Después de esto maravíllanse de la grande humildad, pobreza y aspereza de vida, en que este soberano Señor vivió. Estas cuatro preguntas se proponen en los cuatro postreros capítulos de la tercera parte de este Sumario, y en ellas hallará el prudente lector la respuesta de ellas. Y por eso no hay para qué repetirlas aquí.

Esto baste para despertar el ingenio de los obreros de este sancto oficio. Para lo demás podrá ayudar lo que está escrito en esta quinta parte, ó en nuestra Introducción del Símbolo de la Fe. Pero más ayudará la experiencia del negocio y el favor y espíritu de aquel Señor, de quien está escripto: *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa. Cui est honor & gloria in saecula saeculorum. Amen.*

FINIS

TABLA

DE LA

PRIMERA PARTE DESTE SUMARIO

Págs.

PREÁMBULO: de los fructos de la fe formada........................... 13
Del primer artículo de nuestra fe, que es, Creo en Dios &c. CAP. I.......... 15
Cómo es imposible haber muchos dioses. CAP. II.......................... 28
De la obligación que tenemos al amor y servicio de nuestro Señor por razón de los beneficios de las obras de naturaleza. CAP. III.................. 30
De los cuatro elementos. CAP. IV.. 33
De los compuestos destos elementos. CAP. V............................. 39
De la providencia que Dios tiene de las cosas humanas. CAP. VI........... 44
De las grandezas de Dios. CAP. VII...................................... 48
Conclúyese de lo dicho que ha de haber alguna verdadera religión, con que Dios sea honrado. CAP. VIII.. 50

TABLA DE LA SEGUNDA PARTE

Preámbulo primero, en que se declara qué cosa sea fe, y de dos maneras de fe. CAP. I.. 53
Preámbulo segundo: de la manera de proceder en esta segunda parte. CAP. II. 59
Primera excelencia de nuestra sancta fe, en la cual se declara que la doctrina de la fe ha de ser revelada por Dios, y que tal es la que predica la religión cristiana. CAP. III.. 61
Segunda excelencia de la religión cristiana, que es sentir altamente de Dios. CAP. IV.. 65
Tercera y cuarta excelencia de la religión cristiana, que es ser ella religiosísima, esto es, ser grande honradora de Dios, y ser toda espiritual. CAP. V. 68
Quinta excelencia, que es la rectitud y sanctidad de las leyes que nos manda guardar. CAP. VI... 76
Sexta excelencia de la religión cristiana, que es la alteza de vida que mediante los consejos evangélicos nos enseña. CAP. VII...................... 81
Séptima excelencia de nuestra religión, que es, que sola ella tiene sacramentos que causan y dan gracia. CAP. VIII............................ 88
Octava excelencia de la religión cristiana, que es el favor grande que promete á la virtud, y disfavor á los vicios. CAP. IX....................... 91
Nona excelencia de la religión cristiana, que es la antigüedad della. CAP. X. 93
Décima excelencia de la religión cristiana, que es la estabilidad y firmeza della. CAP. XI... 95
Undécima excelencia de la religión cristiana, que es la dignidad y pureza de las sanctas Escripturas. CAP. XII............................... 97
Duodécima excelencia de la religión cristiana, que es la pureza de la vida que causa en los guardadores della. CAP. XIII........................ 99

Págs.

Décimatercia excelencia de la religión cristiana, que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad y último fin del hombre. Cap. XIV 103
Décimacuarta excelencia de la religión cristiana, que es haber desterrado la idolatría del mundo. Cap. XV 113
Décimaquinta excelencia de la religión cristiana, que fué la reformación del mundo. Cap. XVI 115
Décimasexta excelencia de la religión cristiana, que es el testimonio de los sanctos doctores. Cap. XVII 131
Decimaséptima excelencia de la religión cristiana, que es el testimonio de las Sibilas. Cap. XVIII 134
Décimaoctava excelencia, que es ser aprobada por el testimonio y sangre de los mártires. Cap. XIX 136
De los motivos que los tiranos tuvieron para perseguir tan rabiosamente la Iglesia. §. III 145
De la muchedumbre de los mártires, y de la grandeza de sus tormentos, y de la constancia con que los padescían. § IV 148
Trátase aquí en particular de algunos señalados martirios. Cap. XX 154
Dedúcese de lo dicho cuán grande confirmación sea de nuestra fe la sangre de los mártires. Cap. XXI 165
Relación de siete sacerdotes que padescieron por la fe de la Iglesia Romana el año de 1582 en Inglaterra. Cap. XXII 173
Relación del martirio del Padre Campión, de la Compañía de Jesús, y de los compañeros que con él padescieron. Cap. XXIII 182
Décimanona excelencia de la religión cristiana, que es ser testificada y aprobada con milagros. Cap. XXIV 193
Vigésima excelencia de la religión cristiana, que fué la conversión del mundo. Cap. XXV 199
De los milagros que se coligen de lo que se ha dicho en este capítulo pasado, que trata de la conversión del mundo. Cap. XXVI 208
Vigésimaprima excelencia de la fe y religión cristiana, que son las profecías que hay en ella. Cap. XXVII 215
Vigésimasecunda excelencia de la religión cristiana, que es la muchedumbre innumerable de los sanctos que ha habido en ella. Cap. XXVIII 223
Conclusión de todo lo dicho. Cap. XXIX 228
De la práctica y fructo de la fe. Cap. XXX 233

TABLA DE LA TERCERA PARTE

De la disposición que se requiere para tratar del misterio de nuestra redempción. Cap. I 243
Comparación de la obra de la redempción con la de la creación. Cap. II 248
De la común dolencia de la naturaleza humana por el pecado original. Cap. III 252
Cómo la doctrina del pecado original sirve para declarar la necesidad del remedio de la encarnación y pasión de nuestro Salvador. § II 257
Del remedio desta dolencia, que fué la perfecta satisfación y redempción de Cristo. Cap. IV 260
De la promptitud y alegría con que el Hijo de Dios se ofreció á todos trabajos que se requerían para nuestra redempción. Cap. V 269

Págs.

Cómo todas las perfecciones divinas resplandecen más altamente en la sagrada pasión de Cristo nuestro Redemptor que en todas las otras obras suyas, y primero de la bondad. CAP. VI 272
Cómo en la sagrada Pasión resplandece la caridad y amor de nuestro Salvador para con los hombres. CAP. VII 287
Cómo en la sagrada Pasión señaladamente resplandece la misericordia de nuestro Señor. CAP. VIII 297
Cómo en la sagrada Pasión resplandece la divina providencia de nuestro Señor. CAP. IX 300
Cómo resplandece la justicia divina en la pasión de Cristo. CAP. X 302
Cómo en la sagrada pasión y encarnación de nuestro Salvador resplandece la omnipotencia de Dios. CAP. XI 305
Cómo en la sagrada Pasión y Encarnación resplandece singularmente la divina sabiduría. CAP. XII 307
Comiénzase á declarar cómo la sagrada Pasión fué medio convenientísimo para remedio de las necesidades humanas. CAP. XIII 311
De la reformación de la voluntad, para la cual nos ayuda la sagrada pasión de Cristo. CAP. XIV 316
Cómo en la sagrada Pasión se nos da copiosa materia de meditación. CAPÍTULO XV 327
Cómo la sagrada Pasión ayuda á la oración para alcanzar lo que en ella pedimos. CAP. XVI 332
Conclusión de todo lo que hasta aquí está dicho en esta tercera parte. CAPÍTULO XVII 333
De algunas preguntas ó objecciones que se pueden proponer acerca del misterio de la encarnación, vida y muerte de nuestro Salvador. CAP. XVIII 338
Primera pregunta acerca de la humanidad de Cristo. § I 339
Cómo todo el proceso de la vida de nuestro Salvador corresponde así á la dignidad de su persona como al oficio á que vino. § II 341
Segunda pregunta acerca de la humildad, pobreza y aspereza de la vida de nuestro Salvador. CAP. XIX 348
Del proceso de la sagrada pasión de nuestro Salvador. CAP. XX 355
De la grande gloria que está encubierta debajo de la ignominia de la sagrada Pasión. CAP. XXI 359

TABLA DE LA CUARTA PARTE

De cómo nuestro Señor determinó enviar su unigénito Hijo al mundo para nuestro remedio, y de las señales que nos dió para conocerle cuando viniese. CAP. I 371
Primera señal para conoscer la venida de Cristo, que es la destruición de la idolatría. § I 374
Segunda señal: de la conversión de las gentes al conoscimiento del verdadero Dios. § II 375
Tercera señal: de la subjección del imperio romano á Cristo. § III 376
Cuarta señal: de la conversión de Egipto. § IV 378
Quinta señal: de la sanctificación de los hombres. § V 380

Págs.

Sexta señal: del lugar de donde habían de salir los predicadores del Evangelio. § VI 381
Séptima señal: de la venida del Salvador estando en pie el segundo templo. § VII 384
Octava señal: que es estar ya acabado el sceptro del tribu de Judá. § VIII 385
Nona señal: del reino eterno de David, que se cumple en Cristo. § IX 386
Décima señal: de las hebdómadas de Daniel. § X 389
Undécima señal, que fué el castigo de la muerte del Salvador. § XI 391
Del tiempo que dura este destierro y cautiverio. § XII 395
Del estado en que están los que aún permanescen en su incredulidad. § XIII. 396
Conclusión de todo lo dicho. Cap. II 399
De las falsedades y fábulas del Talmud. Cap. III 403
Respóndese á algunas objecciones acerca de lo dicho. Cap. IV 406
Cómo los pecados han sido causa de estrecharse el reino de Cristo. Cap. V. 418
Comparación de los dos pueblos de los fieles, judíos y gentiles. Cap. VI 423

TABLA DEL MODO DE CATEQUIZAR

Capítulo I.—En que se explica el intento y propósito deste tratado 432
Cap. II.—De cómo se podrá proponer la suma de nuestra fe en pocas palabras 435
Cap. III.—De la manera en que se deben proponer en particular los misterios de nuestra sancta fe á los que pretendemos catequizar, que es introducirlos en el conocimiento della 441
Cap. IV.—Cómo en este mundo hay un solo Dios y Señor, y que es imposible haber muchos dioses, y cómo es necesario que haya alguna verdadera religión con que sea servido y honrado 443
Cap. V.—Que sola la fe y religión cristiana es la cierta y verdadera 448
Cap. VI.—De los siete sacramentos 451
Cap. VII.—Del misterio inefable de la Sanctísima Trinidad 458
Cap. VIII.—Del inefable misterio de la encarnación del Hijo de Dios 463
Cap. IX.—Cómo la suma de todo nuestro bien consiste en la caridad y amor para con Dios, y cuán grandes impedimentos tenían los hombres para levantarse á este amor, y por cuán alta y singular manera los quitó el Salvador, por medio de su sacratísima pasión y encarnación 469
Cap. X.—De las preguntas que se pueden hacer sobre el misterio de la sagrada Pasión, y de las respuestas dellas 474

FIN

EN SALAMANCA

En casa de Cornelio Bonardo

M.D.LXXXVIII

MADRID

EN CASA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO

DIEZ Y SEIS DE JULIO

1908





